POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS XVI - XXXIX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

MANUEL BALASCH RECORT

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 58

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1983.

Depósito Legal: M. 4268 - 1983.

ISBN 84-249-0873-2.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1983.—5562.

LIBRO XVI

(FRAGMENTOS)

Filipo V en Pérgamo

El rey Filipo[1] llegó a las inme- 1
diaciones de Pérgamo, y pensan-
do que no había logrado matar a Átalo mostró una fero-
cidad total. En efecto, cedió a la rabia de su ánimo[2], 2
pero debió disponer casi siempre su cólera no contra
los hombres, sino contra los dioses, porque en las es- 3
caramuzas la guarnición de Pérgamo le rechazaba fá-
cilmente debido a la aspereza del lugar. Y del país no
extraía ningún provecho, ya que Átalo había tenido
buen cuidado en cuanto a ello y lo había previsto de-
bidamente. A Filipo, pues, le restaba únicamente apun- 4
tar su furia contra las sedes y los recintos de los dio-
ses, con lo cual creo, al menos yo, que se injuriaba
más a sí mismo que a Átalo. No sólo incendiaba tem- 5
plos y altares, sino que, además, los derruía e, incluso,

---

[1] Filipo V de Macedonia. Estamos en el año 201 a. C. La guerra que sostienen Filipo V y Antíoco III se inscribe en el marco de las luchas de Roma para conquistar la hegemonía en tierras griegas. Cf. H. BENGSTON, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, págs. 447 y sigs.

[2] Seguramente por la derrota que había sufrido en la batalla naval de Quíos, el año precedente, en liza contra Átalo de Pérgamo y los rodios. Véase n. 9.

machacaba las piedras para evitar que se pudiera re-
6 edificar lo arrasado. Cuando hubo demolido el Niceforio[3] taló el recinto, destrozó el vallado y derribó los templos, tan numerosos como opulentos, hasta sus
7 mismas bases. Primero se dirigió a Tiatira[4], desde donde hizo una marcha e invadió la llanura de Tebas[5]: creía que en estos lugares ante todo recogería un buen
8 botín. Al fallarle también esta esperanza retrocedió hasta Hieracome[6] y, desde allí, mandó un aviso a Zeuxis[7], con la orden de que le aprovisionara de víveres y que, desde aquel momento, le apoyara según lo esti-
9 pulado en los pactos[8]. La respuesta de Zeuxis fue que actuaría según lo acordado, pero en realidad rehusaba reforzar a Filipo.

---

[3] El Niceforio de Pérgamo era un conjunto de templos, el más importante de los cuales estaba dedicado a Atenea. Este santuario estaba situado fuera del recinto amurallado; por eso, Filipo lo pudo demoler.

[4] Cf. XXIII 5, 10. La ciudad, la actual Akhissar, era una población importante, a poca distancia del río Lico, cf. *Grosser historischer Weltatlas*, I, Munich, 1972, pág. 28.

[5] Cf. XXI 10, 13. La llanura de Tebas estaba al E. del golfo de Ida.

[6] Propiamente, «la aldea sagrada». La población estaba entre Tiatira y el río Hermo; en ella había un santuario de Ártemis.

[7] Cf. V 45. General que sirvió activamente a Antíoco III el Grande. Derrotó a Molón (batalla de Apolonia, cf. el lugar citado), quien había usurpado el reino seléucida. También al servicio de este seléucida combatió en Magnesia contra los romanos (finales del 190 a. C.), pero fue derrotado, y él mismo entabló negociaciones con los vencedores. La batalla de Magnesia modificó decisivamente el mapa político del Asia griega.

[8] Se refiere a un pacto secreto entre Filipo V y Antíoco III; cf. XV, 20.

Batalla naval de Quíos[9]

Filipo, al fracasar en el asedio[10] y al verse atacado por el enemigo con una formación de naves ponteadas[10 bis] superior en número, se vio en apuros y, ante tales perspectivas, no sabía qué hacer. 2
Pero las circunstancias no le permitían escoger dema- 2
siado, por lo que se hizo a la mar cuando el enemigo no lo esperaba; Átalo, en efecto, pensaba que Filipo 3
proseguiría sus trabajos de zapa. Filipo puso el máxi- 4
mo empeño en zarpar ocultamente, convencido de que si lo lograba cobraría ventaja, y luego podría navegar bordeando la costa con toda seguridad hasta llegar a la isla de Samos[11]. Pero sus cálculos le engañaron to- 5
talmente, pues Átalo y Teofilisco[12] cuando comprobaron que Filipo levaba anclas se atuvieron al punto a la situación. Se hicieron a la mar, aunque sin orden, ya que 6
creían, como acabo de declarar, que Filipo persistiría en sus propósitos anteriores. Sin embargo, mandaron re- 7
mar ardorosamente y atacaron. Átalo embistió contra el ala derecha, que era la que guiaba al enemigo, y Teofilisco, contra la izquierda. Filipo, atrapado por la 8
situación, dio el santo y seña a los de su ala derecha,

[9] En realidad, el desenlace de la batalla fue indeciso. Véase la discusión en F. W. WALBANK, *A historical Commentary on Polybius*, Oxford, 1957 y sigs., *ad loc.*, aunque BENGSTON, *Geschichte*, pág. 448, concede la victoria a Átalo y a los rodios por escaso margen.

[10] De la ciudad de Quíos, capital de la isla del mismo nombre.

[10 bis] Estas naves ponteadas *(cataphráctoi)* se utilizaron desde el s. IV a. C. Los remeros iban protegidos por una cubierta en la que podían instalarse un centenar de soldados, frente a los catorce que llevaba una trirreme ateniense en la guerra del Peloponeso.

[11] Que por aquel entonces dominaba. Cf. § 9 de este capítulo.

[12] El navarco rodio. Sobre su excepcional figura política en Rodas, cf. XXX 5, 5.

con la orden de disponer las naves de proa y entablar batalla corajudamente contra el adversario, mientras que él personalmente se retiró a bordo de una lancha a unos islotes [13] que estaban a media ruta; allí aguardó
9 el desenlace de la lucha. *El contingente de Filipo dispuesto para la liza constaba de cincuenta y tres naves ponteadas y con éstas de *** [14] lanchas y ciento cincuenta galeras [15], porque no logró equipar toda la flota que
10 tenía en Samos [16]. El enemigo contaba con sesenta y cinco naves ponteadas (incluyendo las de los bizantinos), a las que se sumaban nueve trihemiolias [17] y tres trirremes.

3 La nave de Átalo fue la que inició el asalto y, al punto, las que estaban cerca cargaron sin ningún or-
2 den. Átalo, que había arremetido contra un navío de

[13] Probablemente, unas islas pequeñas que hay delante del cabo Argenno, al SO. de la península de Eritrea, a ocho millas del cabo Poseidón, al S. de Quíos, actualmente cabo Asprokavo.

[14] Sigue una laguna en el texto griego, insanable precisamente porque indicaba el número exacto de lanchas que había en la flota de Filipo.

[15] La palabra griega correspondiente es *pristês*, exactamente «pez espada», probablemente porque debía tener un cierto parecido con este animal por su espolón poco corriente en las naves de guerra.

[16] Filipo V se había anexionado Samos hacía poco tiempo en virtud del pacto sirio-macedonio (cf. III 2, 8), pero perderá muy pronto su dominio, que pasará a la dinastía egipcia de los Ptolomeos, cfr. XVIII 1, 14.

[17] Las trihemiolias eran lanchas comparables, en sus funciones, a las patrulleras actuales, para la custodia de las costas. Un *hēmiólion* era una nave, usada principalmente por piratas, que tenía dos bancos de remeros dispuestos de tal forma que la mitad del banco superior se podía remover para alojar el palo y la vela tras un abordaje. El *trihēmiólion* era una mezcla de trirreme y de *hēmiólion* por cuanto tenía la disposición de los remos de esta última y el resto como una trirreme. Este tipo de nave fue invención rodia. Cf. la nota 140 del libro V.

ocho hileras de remeros[17 bis] y le había asestado por
debajo del agua un golpe muy preciso, acabó hundiendo la nave, por más que los hombres de cubierta se
batieron con denuedo. Y la nave capitana de Filipo, 3
una con diez hileras de remeros, cayó en manos del
enemigo de una manera absurda. En efecto, una trihe- 4
miolia que le salió al paso cargó contra ella y la golpeó violentamente en mitad del casco, por encima de
la hilera superior de remeros, y el timonel ya no pudo
hacerse con la dirección de la nave. De modo que ésta, 5
cogida a la trihemiolia, se veía en un gran apuro, totalmente incapaz de maniobrar. En ese momento dos 6
penteras se sumaron todavía a la arremetida, agrietaron a babor y a estribor la nave capitana de Filipo,
la destruyeron y mataron a los hombres de su dotación, entre ellos a Demócrates, el almirante macedonio.
En aquella misma ocasión, Dionisodoro y Dinócrates[18], 7
que eran hermanos de Átalo y almirantes de su flota
atacaron, el primero, una heptera y, el segundo, una
octera del enemigo, y acabaron el combate naval de
una manera inesperada, porque Dinócrates, al embestir 8

[17 bis] Desde la época de Alejandro Magno se sustituyó el tradicional navío de guerra, la trirreme, por la quinquerreme y otros de más remeros aún, como la hexera, la heptera y la octera. Tradicionalmente se ha considerado que la trirreme tenía tres filas superpuestas de remeros; en consecuencia, la quinquerreme tendría cinco, seis la hexera, siete la heptera y ocho la octera. Los problemas técnicos que planteaban las tres filas de remeros en la trirreme no han sido explicados satisfactoriamente; mucho menos si estas filas se ampliaban hasta ocho. Parece por ello sugestiva la teoría de que no se trataba de indicar con el numeral la cantidad de filas de remeros, sino el número de éstos que manejaban cada remo. Cf. F. E. Adcock, *The greek and macedonian art of war*, Univ. of California Press, Berkeley/Los Ángeles, 1967, págs. 31 y sigs.

[18] Del primero no se sabe nada. El segundo fue delegado de su hermano Átalo en la conferencia con Filipo V y el cónsul Flaminino. Cf. XVIII 1, 3-4, 2.

a la octera, fue él quien recibió el golpe por encima
de la línea de flotación[19], con lo que la nave le que-
dó levantada de proa. Consiguió abrir una vía de agua
en el navío enemigo, pero no lograba desprenderse de
él por debajo del agua, a pesar de que muchas veces
9 intentó asestar un golpe a su proa. Los macedonios
luchaban con bravura, por lo que Dinócrates corrió
10 el máximo riesgo. Pero Átalo voló en su ayuda, atacó
la nave adversaria y logró deshacer la trabada de los
buques, con lo que Dinócrates se salvó contra toda es-
11 peranza, y la dotación de la nave macedonia, que había
combatido con un gran arrojo pereció íntegramente;
12 el buque, a la deriva y desguarnecido, pasó a dominio
de Átalo. Dionisodoro se había lanzado al ataque con
violencia, pero erró el objetivo[20], y navegó arrimado al
flanco enemigo, con lo que perdió los remos de estribor.
13 También las torretas[21] de este lado se le derrumbaron,
14 tras lo cual el enemigo le rodeó por todas partes. En
medio de clamor y de alboroto la nave se hundió y mu-
rió su tripulación, pero Dionisodoro y dos hombres más
lograron ganar a nado una nave trihemiolia que acudía
en su ayuda.

4 Las naves restantes de ambos contingentes comba-
2 tían en condiciones similares, pues la ventaja de Filipo
por sus lanchas se veía compensada por la superioridad
3 de que gozaba Átalo con sus naves ponteadas. En el ala
derecha de Filipo la situación era tal que la pugna
quedaba indecisa, aunque Átalo tenía más posibilidades.

---

[19] Aquí el griego presenta una palabra *(bíacha)* que sólo sale aquí, de significado dudoso. Ni aun los diccionarios griegos más completos la registran; el sentido debe ser el anotado en la traducción.

[20] Atacó una heptera, como veremos algo más abajo (§ 7).

[21] Estas torretas servían para adelantar algo la línea de la borda, que era la de ataque, y seguramente podían desplazarse a lo largo de los flancos del buque.

Señalé más arriba[22] que los rodios, así que la flota se 4
hizo a la mar, no se aproximaron al enemigo al prin-
cipio, pero su velocidad era muy superior a la del ad-
versario, por lo que establecieron contacto con la reta-
guardia macedonia. Inicialmente acosaron la popa de 5
las naves que retrocedían y les astillaron las hileras
de remos; cuando las naves restantes de Filipo empeza- 6
ron a virar para ir en socorro de las que peligraban,
y las rodias que habían zarpado en último lugar se
agregaron a las de Teofilisco, entonces ambos bandos 7
dispusieron sus buques frente a frente y trabaron com-
bate con valor: se exhortaban unos a otros a grandes
voces y al son de la trompeta.

Y si los macedonios no hubieran colocado sus lan- 8
chas entre las naves ponteadas enemigas, la batalla
naval hubiera tenido un desenlace fácil y rápido, pero
ahora los rodios se veían apurados de muchas maneras.
En efecto: tras haber desordenado su alineación pri- 9
mitiva, en su acometida inicial, ahora estaban todos
revueltos entre sí y no lograban atravesar con facilidad
la formación enemiga ni hacer girar sus naves; en re- 10
sumen, no podían echar mano de su superioridad, pues
las lanchas les atacaban ya los flancos, con lo que les
inutilizaban las hileras de remos, ya las proas, de ma-
nera que obstaculizaban el trabajo de pilotos y remeros.
Pero los rodios usaban una táctica contra los ataques 11
a sus proas: amorraban sus barcos precisamente por
ellas[23], con lo que las naves recibían los golpes por
encima del nivel del mar; ellos, en cambio, asestaban
los suyos por debajo del agua, con lo que las averías
causadas por sus embates no podían ser reparadas.

---

[22] El texto aquí aludido no se ha conservado.

[23] El griego recubierto por esta traducción es oscuro: ¿qué significa «hacer bajar sus naves» (=amorrarlas) por el lado de proa? Quizás la proa era tan baja que los remos enemigos no llegaban a tocarla.

13 Sin embargo procedían pocas veces a luchar de este
modo y, aquí, inclinaron a su favor la contienda por-
que en el combate cuerpo a cuerpo expulsaron valien-
temente a los macedonios de las cubiertas de sus pro-
14 pios bajeles. Al romper la línea enemiga, muchas veces
inutilizaban los remos de las naves adversarias, luego
navegaban en círculo y arremetían contra las proas de
unas naves o atacaban a otras por el flanco cuando vi-
raban: en el primer caso, abrían brechas y, en el se-
gundo, despojaban a los buques rivales de algún apa-
15 rejo preciso para la contienda. Los rodios, pues, peleaban
así y destruyeron un buen número de bastimentos
contrarios.

5 Y fueron tres quinquerremes de los rodios los que
se distinguieron más en la brega: el buque insignia,
en el que navegaba Teofilisco, el quinquerreme manda-
do por Filóstrato y, en tercer lugar, el pilotado por
Autólico, en el que se había embarcado Nicóstrato en
2 su calidad de trierarco[24]. Este último se lanzó contra
una nave adversaria, pero le quedó el espolón cogido
en ella y lo perdió. Y ocurrió que el golpe hizo que
la nave comenzara a hundirse con su tripulación, ya
que hacía agua por la proa. Autólico y sus hombres,
rodeados por enemigos, al principio lucharon varonil-
3 mente, pero al final el jefe cayó al mar con sus armas,
herido, y los demás combatientes murieron con valor
4 en la contienda. En aquel preciso momento, Teofilisco
acudía en su ayuda con tres quinquerremes. No logró
recuperar la nave, inundada de agua ya por todas par-
tes, pero inutilizó dos unidades enemigas y forzó a sus
5 dotaciones a tirarse al mar. Sin embargo, pronto lo
acosaron, rodeándole, un gran número de lanchas y

[24] Es difícil precisar qué era un trierarco entre los rodios; algunas alusiones hacen pensar que tendría a su cargo la construcción y el mantenimiento de las naves de guerra.

de naves ponteadas. Perdió la mayoría de sus soldados,
que combatieron arrojadamente; él mismo recibió tres 6
heridas, pero por su audacia y arrostrando el peligro salvó casi de milagro su propia nave con la ayuda de Filóstrato, que también asumió el riesgo con todo cora-
je. Reunido de nuevo con su propia escuadra, lanzó 7
otro ataque y vino a manos con el enemigo; estaba ya desprovisto de fuerza corporal, pero su vigor moral era más alto y sorprendente que el de antes.

Lo que ocurrió en realidad es que hubo dos bata- 8
llas navales muy distantes entre sí, porque el ala derecha de Filipo, de acuerdo con los planes iniciales, se iba acercando a la costa y nunca estuvo muy lejos del
continente asiático, pero el ala izquierda, que había 9
virado en redondo para ayudar a las naves de su retaguardia, quedó junto a la isla de Quíos; ésta fue el ala que peleó contra los rodios.

En el ala derecha, Átalo había conseguido una gran **6**
victoria y se aproximaba al islote en el que Filipo
había fondeado aguardando el desenlace. El mismo 2
Átalo observó que un quinquerreme de los suyos había quedado fuera de combate, averiado e inundado por el golpe de una nave enemiga. Y se lanzó a recuperarlo
con dos cuatrirremes. Como esta nave enemiga cediera 3
y se retirara hacia tierra, Átalo la acosó más enér-
gicamente, empeñado en rescatar la otra. Filipo com- 4
probó que Átalo se había separado mucho de los suyos: tomó cinco quinquerremes y tres hemiolias, además de las lanchas que estaban más cerca de él, y se lanzó al ataque. Aisló a Átalo de su escuadra y le forzó a echar a tierra su nave, lo cual Átalo logró no sin un
gran esfuerzo. Pero una vez conseguido huyó con las 5
dotaciones hacia Eritras[25]; Filipo, por su parte, se apo-

[25] Ciudad al fondo del golfo del mismo nombre, a la altura de la plaza de Quíos, en esta isla; la batalla naval se libró entre la isla y el continente.

6 deró de las naves adversarias y del bagaje real. En
esta ocasión Átalo usó de cierta estratagema: esparció
por la cubierta de su nave lo más valioso de su ajuar
7 regio. Y los primeros macedonios que abordaron la nave
con sus lanchas, al ver aquella cantidad de vasos, de
vestidos de púrpura con sus adornos correspondientes,
cesaron en la persecución y se dedicaron a hacer botín.
8 De ahí que Átalo pudiera retirarse sin peligro hacia
Eritras.

9 En el conjunto de la batalla naval, Filipo sufrió
una gran derrota[26], pero alentado por la peripecia de
Átalo se hizo a la mar, reunió afanosamente sus propias
naves y exhortaba a sus hombres a que tuvieran buen
ánimo, ya que en la confrontación habían salido vence-
10 dores. Ciertamente, se había esparcido entre sus com-
batientes la especie, es más, la confianza de que el rey
Átalo había muerto, fundada en el hecho de que Filipo
11 se había traído remolcada la nave real. Dionisodoro
sospechó lo que en verdad había ocurrido a su rey,
juntó las naves de su ciudad y levantó el estandarte:
se concentraron rápidamente en torno suyo y navegó
12 sin peligro hacia los fondeaderos de Asia. Los macedo-
nios que habían luchado a favor de los rodios y que
hacía tiempo que estaban inquietos aprovecharon la
ocasión para abandonar el escenario de la guerra con-
tingente por contingente; alegaban que debían darse
13 prisa en socorrer a su propia flota. Los rodios remol-
caron unas naves y hundieron las restantes con los es-
polones de las suyas, tras lo cual pusieron rumbo a
Quíos.

7 En la batalla contra Átalo, Filipo perdió una nave
de diez hileras de remeros, otra de nueve, otra de siete

[26] Las fuentes históricas que ha usado aquí Polibio son claramente antimacedonias, pues las pérdidas de los aliados aquí reseñadas son ridículamente pequeñas.

y otra de seis, diez del resto de las naves ponteadas,
tres trihemiolias y veinticinco lanchas con sus tripu-
laciones; en la batalla contra los rodios le zozobraron 2
diez navíos ponteados, lanchas en número de unas
cuarenta, y el enemigo le apresó dos tetrarremes y siete
lanchas con las correspondientes dotaciones. A Átalo 3
le fueron hundidas una nave trihemiolia y dos quin-
querremes [el adversario le apresó dos tetrarremes][27],
y el mismo bajel del rey. Los rodios perdieron dos 4
quinquerremes y un trirreme, pero los de Filipo no les
cogieron ninguna nave. En cuanto a hombres, los ro- 5
dios perdieron unos sesenta y Átalo alrededor de se-
tenta; los macedonios de Filipo, en cambio, unos tres
mil y seis mil marineros[28]. De los macedonios y sus 6
aliados cayeron prisioneros unos dos mil hombres;
ellos mismos capturaron unos setecientos[29].

De modo que éste fue el resultado de la batalla 8
naval de Quíos. Pero Filipo se irrogaba la victoria con
dos alegaciones, en primer lugar porque había empu-
jado hasta tierra la nave de Átalo y luego la había
apresado, y además porque cuando ancló en el lugar 2
llamado Argeno pareció que lo había hecho entre los
restos de un naufragio. Realizó, pues, lo que correspon- 3
día a esto y, al día siguiente, juntó los despojos y se-
pultó los cadáveres identificados, para acrecentar así las
fantasías ya citadas. Pero, al cabo de poco, los rodios 4
y Dionisodoro le refutaron: ni él mismo había creído

[27] Los editores del texto griego Hultsch y Walbank suponen aquí una laguna restituida erróneamente por Mabonio, quien comete una haplología (cf. final § 2). Pero otros editores opinan que la haplología no es razón suficiente para rechazar la restitución propuesta, que, efectivamente, llena una laguna.

[28] Estos marineros no debían de ser macedonios, sino esclavos o mercenarios.

[29] Esta captura de prisioneros por parte de los vencidos no es clara, y no se ve cómo la pudo exponer la fuente rodia que sirvió a Polibio. Cf. Walbank, *Commentary*, ad. loc.

5 jamás en su victoria. En efecto, al otro día, mientras
Filipo seguía ocupado en lo mismo, ellos se pusieron
mutuamente en contacto y navegaron contra el rey.
Colocaron sus naves de frente, pero nadie les salió al
encuentro, por lo que ciaron hasta tocar tierra en
6 Quíos. Filipo, que nunca había perdido tantos hom-
bres en un solo lance ni por mar ni por tierra, llevó
a mal lo ocurrido y su inclinación a la guerra decre-
7 ció mucho, aunque de todos modos procuraba ocultar
esta poca propensión a los demás. Pero en ello las cir-
8 cunstancias no le favorecían. En efecto, aun descon-
tando otras cosas, lo que ocurrió después de la batalla
9 impuso a todos los que lo vieron: la carnicería humana
había sido tal en aquella ocasión, que toda la ruta
estaba llena de muertos, de sangre, de armas, de des-
pojos de naves, y en los días siguientes se podía ver en
las playas montones revueltos de restos humanos y de
10 los materiales citados. De ahí que no sólo Filipo, sino
todos los macedonios cayeran en un desaliento no
común.

9 Teofilisco sobrevivió un solo día. Redactó para su
país un informe sobre el desarrollo de la batalla na-
val, nombró a Cleoneo para que le sustituyera en el
2 mando de la fuerzas, y murió de las heridas. Fue un
hombre valiente en los combates y digno de memoria
3 por su carácter. Si él no se atrevía a presentar batalla
a Filipo, todos perdían sus oportunidades por temor
4 a la audacia de este rey. Pero cuando Teofilisco inició
la guerra, obligó a su propio país a estar a la altura
de las circunstancias, forzó a Átalo a no ser remiso y
a preparar lo necesario para la contienda, a combatir
5 con coraje y a no rehuir el riesgo. Fue justo, pues, que
los rodios ante su muerte le rindieran honras tales que
despertaron no sólo en los contemporáneos sino aún
en la posteridad el interés por el ideal de la patria.

Después del desenlace de la batalla naval de Lade[30], 10
cuando los rodios ya estaban ausentes y Átalo no se había reintegrado a la lucha, es cosa clara que Filipo podía completar su navegación y llegar a Alejandría. He aquí el principal indicio que da a entender que cuando Filipo hizo esto ya no estaba en sus cabales.

Un componente irracional en la esperanza humana

¿Qué es, pues, lo que retraía 2
su ímpetu? Simplemente la naturaleza de las cosas. Muchos 3
aspiran a lo imposible cuando todavía está lejos: las esperanzas que albergan son grandes, y la pasión inhibe el cálculo de cualquier hombre. Pero cuando se acerca el momento de actuar, entonces desisten de lo que acometieron temerariamente: su impotencia y la dificultad de lo que les sale al encuentro les ofuscan y confunden sus proyectos.

Toma de Prínaso[31]

Después de todo ello Filipo lan- 11
zó algunos asaltos[32], pero infructuosamente por la aspereza que protegía la ciudad, de modo que se replegó, destruyendo en su retirada los fuertes y las colonias del país. Rechazado, pues, acam- 2
pó junto a Prínaso. Dispuso pronto de unas pantallas protectoras de mimbre, hizo con ellas los preparativos adecuados y empezó el asedio abriendo galerías. Pero 3
el intento no le prosperaba al ser el lugar rocoso, por lo que urde lo siguiente: durante el día hacía ruido 4
debajo tierra, como si el trabajo de zapa adelantara, por la noche transportaba de fuera tierra y la amon-

[30] Cf. XV 1-8.

[31] Después de la batalla de Lade, Filipo V invadió los territorios de Mileto y tomó la ciudad. Atacó inútilmente Cnido (XI, 1) y, desde ahí, se dirigió a Perea rodia, concretamente a Prínaso. La Perea rodia es la parte continental de Asia Menor (Caria y Licia) dominadas por Rodas, que la recibió en la paz de Apamea (188 a. C.) y la perdió en 167.

[32] No sabemos contra qué plaza.

tonaba junto a las entradas de las minas; pretendía que los de la ciudad calcularan según la cantidad de
5 tierra acumulada y se alarmaran. Los prinaseos al principio se sostuvieron noblemente, pero cuando Filipo les mandó un hombre a decirles que ya les había socavado dos pletros de muralla y a preguntarles si preferían irse sin correr peligro o bien perderse junto con la ciudad, pues en el incendio de sus fortificaciones no
6 se iba a salvar nadie, dieron tal crédito a sus palabras que entregaron la plaza.

12 La ciudad de los yasios está en la costa de Asia, en el golfo situado entre el templo milesio de Posidón y la ciudad de Mindo. Es el llamado golfo [de Mandalia,] [33] pero más usualmente conocido como golfo de Bargilia,
2 de acuerdo con las ciudades radicadas en él. Los habitantes de Yaso se alaban de ser originariamente una fundación argiva, aunque después lo fueron de los milesios, porque sus antepasados, ante las pérdidas que sufrieron en una guerra contra los carios, llamaron al hijo de Neleo, el fundador de Mileto. La ciudad mide
3 diez estadios [34]. Entre los bargilietanos se dice y se cree que la efigie de Ártemis Cindíada [35], que está al aire
4 libre, no se moja aunque llueva o nieve, afirmación paralela a la de los yasios respecto a la imagen de

---

[33] Aquí hay una laguna textualmente insanable, pero la referencia al golfo de Yaso (actualmente, de Mandalia) es segura. El nombre de golfo de Bargilia se le dio también por la ciudad del mismo nombre situada en su extremo occidental.

[34] De perímetro.

[35] Este templo fue muy conocido por una epifanía de la diosa que ahuyentó a un ejército romano. (Cf. M. Nilson, *Geschichte der griechischen Religion,* II, Munich, 1950, pág. 216.) Ésta es, por lo demás, una de las funciones típicas de la diosa, cf. P. Grimaldi, *Diccionario de mitología* (traducción castellana de F. Payarols), Barcelona 1966, art. «Ártemis». Sobre la advocación «Astia» de Ártemis, no poseemos ninguna información, salvo que fue la divinidad principal y tutelar de Yaso.

Ártemis Astia. Incluso algunos autores aseguran cosas
así. En lo referente a tales asertos de los historiadores 5
no sé lo que pasa, pero en toda mi obra me opongo
disgustado a ellos. Me causan la impresión de una sim- 6
pleza sencillamente pueril, por cuanto tal cosa cae no
ya fuera de una teoría razonable, sino fuera de lo po-
sible. En efecto, sostener que algunos cuerpos ex- 7
puestos a la luz no arrojan sombra es propio de un es-
píritu calenturiento[36]. Y esto, lo ha hecho Teopompo[37]:
escribe que los que entran en el templo de Zeus, en
Arcadia, no proyectan sombra. En esto no se diferencia 8
de lo ahora dicho. A algunos historiadores que explican 9
prodigios y se inventan fábulas parecidas a las anterio-
res se les debe excusar si lo hacen con miras a preser-
var la piedad de los pueblos hacia la divinidad. Pero
no se deben hacer concesiones excesivas. Sin duda en 10
estas materias es difícil trazar una línea divisoria cla-
ra; sin embargo, hay que hacerlo. Al menos yo creo 11
que si bien debemos ser indulgentes con errores peque-
ños y creencias no demasiado exactas, con todo hemos
de rechazar sin contemplaciones cualquier afirmación
desorbitada al respecto.

Grecia: a) *Tentativa de Nabis contra Mesenia*[38]

En el Peloponeso, según un **13**
propósito ya antiguo, Nabis[39], el
tirano de los lacedemonios, echó
de la ciudad a los ciudadanos,
otorgó la libertad a los esclavos y los casó con las mu-
jeres y las hijas de los dueños anteriores; al propio 2
tiempo exhibió su poder como asilo sagrado de todos
los que huían de sus países por algún sacrilegio o alguna
infamia, con lo que juntó en Esparta una multitud de

[36] Cf. la nota 44 del libro X.

[37] Sobre la crítica polibiana a Teopompo, cf. la nota 12 del libro VIII y los lugares citados allí.

[38] Estamos en los años 202/201.

[39] Sobre Nabis, cf. XIII 6-8.

3 hombres impíos[40]. Pero todo esto ya está expuesto más arriba[41]; ahora hablaremos de cómo, aliado con los etolios, los eleos y los mesenios[42], cuando pactos y juramentos le forzaban a prestar ayuda a todos éstos si alguien salía en campaña contra ellos, Nabis, sin embargo, no hizo el menor caso de tales obligaciones, y se dispuso a infringir sus tratos con la ciudad de Mesenia.

b) Digresión acerca de los historiadores rodios Zenón y Antístenes[43]

14 Dice Polibio: ya que algunos autores de monografías también han historiado esta época que abarca la intentona contra Mesenia y las batallas navales[44] que he descrito, quiero discutir brevemente acerca de ellos.

---

[40] Cf. XIII 6, 4-8, 2.

[41] En la parte conservada de este libro no se hace referencia para nada al tema, aunque tangencialmente se toca en la crítica que, seguidamente, se hace de Zenón y Antístenes.

[42] Esparta, Etolia, Élide y Mesenia fueron aliados durante la primera guerra macedónica (cf. IX 28 y sigs.; 30, 6; 31, 3), y esta alianza continuó con carácter exclusivamente defensivo después de que Etolia hubo hecho la paz con la «alianza griega». Las guerras denominadas genéricamente macedonias responden a la opresión que para Macedonia representó el firme establecimiento romano al otro lado del Adriático. Filipo V se alió con Aníbal (año 215), y esto desencadenó la primera de estas guerras (215-205 a. C.). Cartago y Macedonia no lograron coordinar sus fuerzas ni sus acciones, mientras que Roma explotó hábilmente las disensiones internas de los griegos. Filipo V apoyó enérgicamente la «alianza griega», pero no logró evitar que Etolia firmara, en el año 206, una paz por separado con Roma. Esta primera guerra concluye con la paz de Fénice, población del Epiro, firmada por Filipo V y los romanos en el 205.

[43] Zenón de Rodas, contemporáneo de Polibio, algo mayor que él. Su obra en quince libros *Chronikḗ Syntáxis* se ocupó de la historia de su isla natal, pero trató la historia extranjera en cuanto condicionaba la de Rodas. Se interesó por lo que hoy llamaríamos historia de la cultura. Como veremos en seguida,

Lo haré, sin embargo, no de todos, sino sólo de aque- 2
llos que me parecen dignos de recuerdo y de distinción[45], me refiero a Zenón y a Antístenes, ambos de
Rodas. Creo que son muchas las causas que les hacen 3
merecedores de atención. En efecto, no sólo han vivido en aquella época, sino que, además, intervinieron activamente en política y, ahora, se dedican a tareas literarias no para extraer lucro de ellas[46], sino por amor a la fama y por lo adecuadas que son a los hombres po-
líticos. No podemos dejar de mencionarlos, para evitar 4
que los estudiosos, al no coincidir nosotros en algún caso con estos autores, ante la fama de la isla de Rodas y la creencia de que los rodios son habilísimos en las cosas del mar, les den más crédito a ellos que a nos-
otros. Estos historiadores, desde luego, primero decla- 5
ran que la batalla naval de Lade no es menos importante que la de Quíos, pero que fue más empeñada y feroz, tanto en las acciones concretas de la pelea como en su desarrollo general; dicen también que en ella la
victoria correspondió a los rodios. Yo podría aprobar 6
que los autores otorguen cierta importancia a sus propios países, pero no, en modo alguno, que hagan afir-
maciones contrarias a lo que ha ocurrido. Bastan y 7
sobran, en efecto, los errores que cometemos los autores, pues evitarlos les es difícil a los humanos. Pero si escribimos falsedades adrede para favorecer a nues-

Polibio le reprocha inexactitudes y un cierto patrioterismo. De Antístenes de Rodas, contemporáneo del anterior, se sabe mucho menos. Escribió una *Historia de Rodas (Rodiaká)* e *Historias de filósofos*. Diógenes Laercio da trece citas de él.

[44] De Lade y de Quíos.

[45] «Distinción» traduce el término griego *diastolḗ* y pertenece a la terminología estoica.

[46] Es decir, no son profesionales de la historia, como tampoco lo es Polibio, a quien repugnan los que se dedican por oficio a la composición de historias. Cf. XII 25, 3, y aquí mismo, algo más abajo, § 8.

tro país o a los amigos, o para congraciarnos con al-
guien, ¿en qué diferiremos de los que se ganan la vida
8 de esta manera? Así como éstos ponderan las ganan-
cias y, según ellas, convierten sus composiciones en
indemostrables, los políticos, arrastrados alguna vez por
la inclinación o por el odio, al final acaban como los
9 antedichos. Por ello, los lectores deben prestar especial
atención a este respecto y los autores guardarse a sí
mismos.

15 El caso presente corrobora mi afirmación. Los auto-
res citados están de acuerdo en que, en las acciones
parciales de la batalla de Lade, el enemigo se apoderó
2 de dos quinquerremes rodios con sus dotaciones y en
que durante la refriega una nave rodia arboló la ban-
dola[47], porque había sufrido un impacto y hacía agua.
Muchos de los navíos rodios cercanos la imitaron y se
3 retiraron hacia alta mar. Al final el almirante, abando-
nado junto a unos pocos, se vio obligado a hacer lo
4 mismo que los antedichos. Vientos desfavorables les
empujaron a Mindia[48], donde fondearon. Al día siguien-
5 te zarparon hacia la isla de Cos, el enemigo remolcó
los quinquerremes capturados, echó anclas junto a Lade
y pernoctó allí donde los rodios habían tenido el cam-
6 pamento. Los autores citados están todavía de acuerdo
en que los milesios[49], alarmados ante lo sucedido y ante
el temor de verse atacados[50], coronaron no sólo a Filipo,

---

[47] El término náutico «bandola» parece el más ajustado para traducir el griego *dólōn;* se trataba de un mástil pequeño con una vela, normalmente abatido; si se levantaba, ello era señal de retirada, tanto es así que la locución: «izar la bandola», llegó a significar simplemente «retirarse».

[48] El puerto de Mindo, hoy Gümüslük, en el extremo sur de la península de Halicarnaso.

[49] Posiblemente, Filipo entró en Mileto.

[50] El texto griego *dià tēn éphodon* es muy ambiguo: Schweighäuser da una traducción latina *urbem ingressus,* que debe significar «que atacaron la ciudad». HOLLEAUX (citado por WALBANK,

sino incluso a Heraclides[51]. Después de exponer todo 7
esto, lo cual es indudablemente propio de unos derro-
tados, declaran vencedores a los rodios tanto en las
acciones parciales como en el conjunto de la batalla,
y eso cuando aún se conserva en el pritaneo el docu- 8
mento[52] que, acerca de tales hechos, el almirante re-
mitió a la asamblea y a los prítanes. Pues bien, este
documento concuerda con mis afirmaciones, no con
las de Zenón y de Antístenes.

Tras lo dicho, ambos autores tratan de la ruptura[53] **16**
del pacto establecido por Nabis con los mesenios. Aquí, 2
Zenón afirma que Nabis partió de Lacedemonia, cruzó
el río Eurotas por el lugar llamado Hoplita y avanzó
por una calzada estrecha junto a Poliasio, hasta alcan-
zar los parajes de Selasia[54]. Una vez en ellos, rebasó 3
Talamas y llegó hasta el río Pámiso[55], en el lugar de-

Commentary, ad loc.) traduce «on account on their attack» *(i. e.*, de Lade). Lo mismo PATON: «for his brilliant attack», que cita la variante posible de SCHUCKBURG: «on his entrance to their territory». Hay un paralelismo con el lugar XI 24, 3, en el que el término *éphodos* significa «ataque», «invasión» previsible. De modo que la interpretación de Schuckburg parece la más probable.

[51] Heraclides, almirante de Filipo V; cf. XIII 4, 1.

[52] Eran documentos oficiales *(epistolaí)* que quedaban archivados en el pritaneo de Rodas.

[53] Esta ruptura tuvo lugar en el año 201 a. C.

[54] Estos nombres propios nos son en su mayoría desconocidos. Con todo, Selasia debe de ser la población llamada actualmente Hagios Konstantinos, unos diez kilómetros al N. de Esparta; Talamas estaba en el golfo de Mesenia, al O. del Taigeto, la actual población de Svina.

[55] Hay dos ríos con este nombre en Mesenia (ESTRABÓN, VIII 344). Uno es una pequeña corriente (hoy el río Milea) que fue, seguramente, el límite entre Mesenia y Esparta en tiempos de Filipo II; el otro se llama todavía hoy Pámiso, es el más caudaloso de Mesenia y riega la llanura mesenia. La referencia a Faras demuestra que el historiador Zenón se refería a este último. Faras es la actual Kalamata, a orillas del Pámiso.

4 nominado Faras. De todo ello no sé ni qué decir;
estas afirmaciones presentan un orden tal que, en una
palabra, en nada difieren de quien aseverara que salió
de Corinto, cruzó el Istmo y, tras tocar las Rocas Es-
cirónicas, de repente atacó Contoporia y, bordeando
5 Micenas, prosiguió su avance hacia Argos[56]. Evidente-
mente, aquí el error sería palmario, pues los lugares
están emplazados de manera bien opuesta: mientras
que el Istmo y las Rocas Escirónicas están al Este de
Corinto, Contoporia y Micenas están casi junto a su
6 Sudoeste. De manera que es absolutamente imposible
7 a quien siga tal ruta llegar a las localidades citadas. Se
da un caso idéntico en la geografía de Lacedemonia,
8 pues el río Eurotas y Selasia están al Noroeste de
Esparta, mientras que Talamas, Faras y el río Pámiso
9 están al Sudoeste. En realidad, el que desde Talamas
quiera marchar contra Mesenia no es ya que deba hacer-
lo bordeando Selasia, es que ni tan siquiera debe
cruzar el río Eurotas.

17 A esto añade Zenón que Nabis había efectuado la
salida desde Mesenia por la puerta que conduce a Te-
2 gea. Lo cual es absurdo, pues en esta ruta entre Mesene
y Tegea se encuentra Megalópolis, de manera que en
Mesene no hay puerta de la que se pueda decir que
3 conduzca a Tegea. Quizás se objete: desde luego, pero
resulta que los mesenios tienen una salida denominada
«Puerta de Tegea», por la que Nabis emprendió la mar-
cha; esto confundió a Zenón, quien supuso que Tegea
4 estaba más cerca de los mesenios. Y esto no es así,
sino que Laconia y el territorio de Megalópolis están en
5 medio de Mesenia y la Tegeátide. Concluyo: Zenón afir-
ma que el río Alfeo, ya en las proximidades de sus

[56] Ésta es una ruta absurda, propuesta por Polibio para evidenciar la informalidad de Zenón. Los lugares citados son bien conocidos. Contoporia es una montaña entre Corinto y Argos.

fuentes, se oculta y que, tras un largo recorrido sub-
terráneo, aflora al suelo en Licoas[57] de Arcadia. Pero, 6
en realidad, este río, no lejos de sus manantiales, se
oculta unos diez estadios y emerge de nuevo. Discurre
por el país de Megalópolis. Primero su caudal es pe-
queño, pero va creciendo y, después de atravesar a la
luz del día toda la región mencionada, al cabo de unos
doscientos estadios alcanza Licoas. Aquí ya ha afluido a 7
él el río Lusio, por lo que, caudaloso y en realidad im-
practicable ***[58].

Indudablemente, todo esto a mí me parecen erro- 8
res que, sin embargo, admiten excusa y explicación:
lo último se debió a la ignorancia y lo de la batalla
naval, a un exceso de patriotismo. ¿Se puede, enton- 9
ces, reprochar verdaderamente algo a Zenón? Sí: el
haber puesto el máximo interés no en la investigación
de los hechos ni en la organización de su material,
sino en la elegancia del estilo, de la que es notorio
que se jacta con frecuencia, cosa que, por lo demás,
hacen la mayoría de los autores de algún renombre.
Yo sostengo que debemos atender cuidadosamente la 10
exposición artística de los hechos, porque esto coad-
yuva no poco, sino mucho, a la utilidad de la historia,
pero, sin embargo, no podemos pensar que los hom-
bres inteligentes consideren que la dicción es lo primor-
dial y primero. ¡Ni mucho menos! La historia tiene 11
aspectos más importantes, de los cuales sí se puede
jactar el hombre político.

Lo que pretendo defender resultará muy claro por **18**
lo que sigue: el historiador en cuestión expone el ase- 2

[57] Es el actual Castro de Santa Elena, en el curso del Alfeo, más abajo de su confluencia con el río Lusio.

[58] Aquí el códice Turonense señala una laguna de extensión imprecisable, pero, en todo caso, muy amplia.

dio de Gaza[59] y la confrontación que hubo en Celesiria
entre Antíoco y Escopas, la batalla de Panio[60]. Pues
bien: nadie negará que ha cuidado tanto el estilo de
su dicción que la extravagancia de su lenguaje no se
ve rebasada ni tan siquiera por la de las obras decla-
matorias redactadas para suscitar el pasmo del vulgo;
3 en cambio, desatendió tanto la realidad de los hechos
que su irreflexión y poca práctica también resultan a
4 su vez incomparables. Efectivamente, primero quiso ex-
poner la disposición de las fuerzas de Escopas[61]. Dice
que su falange y unos pocos jinetes quedaron empla-
zados en el ala derecha, al pie del monte, y que su ala
izquierda ocupaba la llanura, junto con la caballería
5 debidamente alineada. Añade que Antíoco[62], así que
despuntó el alba envió a su hijo mayor, llamado tam-
bién Antíoco[63], con una parte de sus fuerzas, para que
se adelantara y ocupara el sector de la montaña desde
6 el que se dominaba al enemigo. Y en pleno día hizo
que el resto de su ejército cruzara el río[64] que separa-
ba los dos campamentos, y lo estacionó en la llanura;
alineó la falange frente al centro de la formación ad-
versaria y distribuyó su caballería a ambos lados de

---

[59] El asedio de Gaza y la batalla de Pamio tuvieron lugar en la quinta guerra siria, en el año 201 a. C., pero del desarrollo de esta contienda no sabemos prácticamente nada. Cf. BENGSTON, *Geschichte*, pág. 448. En ella luchó Antíoco III contra Ptolomeo Lágida y se anexionó buena parte del S. de Siria.

[60] El topónimo Panio se refiere a la divinidad Pan que tiene poco que ver con el Pan griego, arcadio; es una divinidad semítica cuyo lugar de culto principal estaba en una gruta no lejos de las fuentes del Jordán, al pie del monte Hermón.

[61] Cf. XV 25, 16.

[62] Aquí empieza la descripción de la situación de las fuerzas de Antíoco III.

[63] Su madre fue Laódice; había nacido en el 220 a. C. y, desde el 209, compartía el reino con su padre.

[64] Quizás sea el Jordán en los primeros tramos de su curso.

la falange. En el ala derecha puso también su caba-
llería acorazada[65], al mando, toda ella, del hijo menor
de Antíoco[66]. A continuación relata cómo el rey apos- 7
tó sus elefantes delante de su falange, a cierta distancia
de ella, junto con los tarentinos de Antípatro[67]. Los 8
espacios libres que quedaban entre las bestias, los cu-
brió con arqueros y honderos. Dice Zenón que el rey
y su escolta montada y los soldados escudados se situa-
ron detrás de los elefantes. Tras señalar estas posicio- 9
nes dice que el hijo menor de Antíoco, el que estaba
en la llanura al frente de la caballería acorazada opo-
niéndose al ala izquierda del enemigo, cargó desde la
colina, derrotó y persiguió a la caballería adversaria
mandada por Ptolomeo[68], hijo de Eropo. Este Ptolo-
meo mandaba el ala izquierda, los etolios[69] que estaban
en la llanura. Luego las falanges entraron en contacto 10
y se trabó una lucha encarnizada. A Zenón le pasa por
alto el que las falanges no podían enfrentarse, puesto
que entre ellas había situado anteriormente a los ele-
fantes, la caballería y la infantería ligera.

A continuación escribe que la falange de Antíoco, **19**
demostrablemente inferior en potencia ofensiva[70], se
vio agobiada por los etolios, y se replegaba al paso, pero
que los elefantes recogieron bien a los que se batían
en retirada; atacaron incluso al enemigo, prestando
con ello un gran servicio. No es fácil entender cómo 2

---

[65] Es la traducción exacta: los caballos iban protegidos por unos petos de bronce.

[66] El que más tarde será Antíoco IV Epífanes (175-163 a. C.). Pero tuvo un hermano mayor que él, al que sucedió, Seleuco IV (187-175 a. C.). Cf. XXXI, 2, 1-2.

[67] Sobre Antípatro, cf. V 79, 12; sobre los tarentinos, IV 77, 7.

[68] Se trataba, seguramente, de un macedonio al servicio de Egipto.

[69] Reclutados por Escopas, cf. XV 25, 16.

[70] El término griego aquí no es seguro; una variante textual da el sentido de «en capacidad de maniobra».

los elefantes llegaron a situarse detrás de la falange, y aun admitiéndolo, no se ve cómo pudieron prestar
3 este gran servicio, porque, una vez que las dos falanges entraron en combate, las fieras no podían distinguir si los que se les echaban encima eran amigos o enemi-
4 gos. Asegura, luego, Zenón que los jinetes etolios durante el combate se vieron en apuros porque no esta-
5 ban habituados a la aparición de las fieras. Pero él mismo dice que la caballería, apostada ya al principio en el ala derecha, permaneció intacta; en cuanto al resto de los jinetes, los situados en el ala izquierda,
6 huyeron masivamente, superados por Antíoco. ¿Entonces, cuál es la parte de la caballería que, colocada en el punto medio de la falange, se asustó ante los ele-
7 fantes? ¿Y dónde estaba el rey? ¿Qué servicio prestó en la acción, rodeado como estaba durante la pelea por las formaciones más escogidas de jinetes y de infantes? De esto no dice ni media palabra. ¿Y qué del hijo mayor de Antíoco, el que, con parte de las fuerzas, se
8 anticipó a ocupar posiciones en los altos? Porque, después de la batalla, ni tan siquiera regresó a su propio campamento. Y es natural: Zenón supuso a dos Antíocos hijos del rey, cuando fue uno solo el que salió
9 a campaña. ¿Y cómo pudo ser Escopas el primero y el último en abandonar el campo de batalla? Porque Zenón dice que él, cuando vio que los hombres de Antíoco el menor, de regreso ya de su persecución, aparecían por la espalda de su falange, perdió las esperanzas de
10 vencer y se retiró. Tras esto sitúa el combate más encarnizado, que se dio cuando su falange quedó cercada por los elefantes y la caballería: aquí dice que Escopas fue el último que se alejó del peligro.

20 Me parece que cosas así, unos despropósitos tales,
2 acarrean una gran vergüenza a los escritores. Por eso se debe intentar dominar todas las facetas de la historia, lo cual sería magnífico. Pero si es imposible, debe-

mos poner el máximo cuidado en familiarizarnos con las más necesarias e importantes.

Me ha llevado a decir esto[71] el ver ahora que también 3
aquí, igual que ocurre en las demás artes y profesiones,
la verdad y lo que es auténticamente útil en cada caso
resulta postergado, y en cambio lo que redunda en una 4
fanfarronería fantasiosa es alabado y emulado como si
fuera algo grande y admirable. Desde luego que esto
último en la historia, como en los géneros literarios res-
tantes, es más fácil de elaborar y se gana el aplauso de
manera más barata. En lo tocante a la ignorancia de 5
la geografía de Laconia, los errores me parecieron ga-
rrafales y no vacilé en escribir al mismo Zenón[72]. Creo, 6

---

[71] Cita este fragmento E. R. LEHMANN, «Polybios und die griechische Geschichte», en *Polybe. Neuf exposées*, Vandoeuvre, Ginebra, 1974, pág. 163, para documentar la seriedad con que Polibio, frente a otros autores como Timeo, tomaba su cometido de historiador. Del lugar aquí anotado concluye Lehmann que el estilo y el modo de Timeo, atractivos, pero poco serios, se habían ganado a la mayoría de historiadores contemporáneos, lo que Polibio reconoce con un cierto malhumor y con un fuerte desdén. Seguramente este libro XVI fue redactado o refundido por Polibio tardíamente; nuestro historiador no se preocupa del contraste de su tono aquí con las seguras afirmaciones del segundo proemio de su obra, III 5, 8 y sigs., donde se asegura que, en el caso de que la obra polibiana quede interrumpida por la muerte de su autor, no faltarán autores fascinados por ella que le den cumplido término. Este Polibio de III 5, 8 es comparable a la figura del «savant» ilustrado del s. XVIII, con un irreprimible optimismo. Pero, seguramente, este primer intento de historia universal no ha sido entendido por el mundo intelectual griego contemporáneo ni siquiera en vida de su autor, lo que ha ocasionado en éste un duro pesimismo.

[72] Esta referencia a una relación epistolar de Polibio con uno de sus colegas y oponentes da pie al profesor MUSTI, en su artículo «Polibio e la storiografia romana», en *Polybe. Neuf exposées*, pág. 125, para establecer que, a partir del libro XVI, la cuestión de las fuentes de las que se ha servido Polibio para redactar su obra se complica, porque desde aquí entran relaciones personales e informes privados por escrito.

en efecto, que es propio de un hombre noble no cimentar la gloria personal en los fallos ajenos, cosa que hacen algunos, antes bien, en vistas al bien común, me parece que debo poner en cuanto pueda cuidado y corrección, tanto al confeccionar mi obra histórica
7 como al estudiar la de los otros. Zenón recibió mi carta y la leyó. Reconoció que ya era demasiado tarde para introducir cambios, pues su obra había sido publicada. Le dolió enormemente, pero la cosa no tenía
8 remedio. Acogió amistosamente mi crítica. Por lo que a mí se refiere, digo a mis comentaristas contemporáneos y a los futuros que, si encontraren que he mentido a propósito, que he falseado intencionadamente
9 la verdad, que me censuren sin contemplaciones, pero, si comprobaren que lo he hecho por no saber más, en tal caso que sean comprensivos, tanto más cuanto que yo precisamente me he impuesto un cometido enorme, estudiar la multitud de temas que se integran en esta obra.

Egipto: carácter de Tlepólemo[73]

21 El entonces administrador del reino de Egipto, Tlepólemo, era joven, y había pasado su vida ininterrumpidamente en la milicia, con gran ostentación.
2 Era de índole altiva y ambicionaba ser famoso; aportaba, en suma, a la dirección del Estado grandes cuali-
3 dades, pero defectos no menores. Era muy capaz en la conducción de un ejército y en planear las empresas bélicas, [además] era de temperamento viril y tuvo una
4 habilidad congénita para las arengas militares; en cambio, cuando se trataba del ajuste de otros y diversos problemas, su falta de interés y de sobriedad, tanto para conservar los fondos públicos como para adminis-

---

[73] Estamos en la historia de Egipto en el bienio 202/201. Sobre Tlepólemo, cf. XV 25, 25-29.

trarlos en algo útil, le convirtieron en el hombre más
torpe. Ésta fue la causa no sólo de su rápido desastre, 5
sino también de la debilitación del imperio egipcio.
Porque cuando se le confió el control de las finanzas se 6
pasaba la mayor parte del día boxeando o entre efe-
bos, en concursos con armas. Y, al término de esto, 7
organizaba bacanales; empleó la mayor parte de su
vida en tales ocupaciones y entre estas compañías. Y en 8
las horas del día que dedicaba a las audiencias repartía
(más bien dilapidaba, si hay que decir la verdad) los
bienes estatales entre los embajadores llegados de Gre-
cia y los gremios de actores teatrales, aunque la parte
del león la llevaban los soldados y los oficiales de su
corte. No sabía decir «no», y daba todo lo que tenía 9
a mano al que sabía ganárselo con sus palabras. Desde 10
entonces el mal creció y se propagó por sí mismo,
porque el que se veía favorecido inesperadamente exa- 11
geraba sus expresiones de agradecimiento, tanto por
la merced recibida como por las que esperaba en el
futuro. Tlepólemo, enterado de los elogios que todos 12
le tributaban, de las libaciones que se le dedicaban en
las orgías, leía encima las inscripciones elogiosas y oía
las canciones que le entonaban los músicos por toda
la ciudad. Y acabó engreído y cada vez más hinchado,
más predispuesto también a favorecer a soldados y a
gente extranjera.

Pero esto enojaba a los cortesanos, que observaban **22**
todos sus hechos y dichos, y llevaban muy a mal su
irresponsabilidad; comparaban con él a Sosibio[74] y se
admiraban de éste, pues pensaban que había mostrado 2
una prudencia superior a lo que se podía esperar de
sus años mientras estuvo en la guardia real, y que
en sus entrevistas con extranjeros había justificado

---

[74] Cf. XV 32, 6-11.

la fe[75] depositada en él. Él, efectivamente, guardaba el
sello real y tenía a su cargo la custodia de la persona
3 del monarca. Fue por aquel entonces, más o menos,
cuando se presenta allí de regreso de la corte de Filipo,
4 Ptolomeo, el hijo de Sosibio. Ya antes de zarpar de
Alejandría estaba lleno de vanidad, tanto por su natu-
ral propio como por las riquezas que le había legado
5 su padre. Pero cuando, llegado a Macedonia, trató a los
soldados de la guarnición real, supuso que entre los
macedonios la hombría consistía en distinguirse de
los demás en el modo de calzar y de vestir. Llegó a
Egipto obsesionado por estos extremos y convencido
de que su ausencia y el haber convivido con los mace-
donios le habían convertido en hombre, pero que los
de Alejandría continuaban siendo unos esclavos, unas
6 cabezas de ganado. De modo que, naturalmente, muy
pronto sintió celos de Tlepólemo y se produjeron fric-
7 ciones entre ambos. Todos los cortesanos se pusieron
del lado de Ptolomeo, porque Tlepólemo manejaba el
dinero y los asuntos de Estado no como un regente,
sino como un heredero. Las diferencias se agravaron
8 rápidamente. Entonces Tlepólemo, cuando le llegaban
malas noticias de que los cortesanos le acechaban malig-
namente, empezó desoyéndolas, pues despreciaba lo
9 que se le decía. Pero, luego que en la asamblea general
se atrevieron a lanzarle reproches públicos en su au-
10 sencia, diciendo que administraba mal el Imperio, mon-
tó en cólera, reunió al consejo y dijo que aquéllos lo
habían calumniado a escondidas y entre sí, pero que él
había decidido formular su acusación delante de todos
y a cara descubierta.

11 Tras su discurso ante el pueblo, Tlepólemo retiró la

---

[75] El término «fe» equivale al latín *fides* y debe ser tomado en el sentido ético y político en que lo entendía aquella sociedad, el de una fidelidad jurada.

custodia del sello real a Sosibio y, desde entonces, ya gobernó todas las cosas según su parecer personal.

Siria: la lealtad de la población de Gaza

De aquella ocasión en que An- 22 a
tíoco devastó la ciudad de Gaza
dice Polibio[76]: me parece opor- 2
tuno y conveniente dar de los de Gaza[77] el buen testimonio que merecen. En efecto, por lo que toca a valor 3
no ceden en nada, en las acciones de guerra, ante los demás pueblos de Celesiria, y les aventajan si se trata de actuar a una o de ser leales. Más aún: su audacia es irresistible. Cuando la incursión persa, todos los 4
demás pueblos quedaron anonadados por las dimensiones de aquel imperio, y se entregaron, ellos y sus ciudades, a merced de los medos; sólo los de Gaza se avinieron al asedio y soportaron aquella calamidad. Y en tiempos de la expedición de Alejandro cuando 5
no sólo los demás se rindieron, sino que incluso Tiro fue tomada y reducida a esclavitud, y los que se resistían al empuje y a la fuerza de Alejandro debían prácticamente desesperar de cualquier salvación, en Siria sólo Gaza se le opuso y tanteó todas sus posibilidades. Y lo mismo hizo ahora, pues luchó lo indecible 6
en su empeño de conservarse leal a Ptolomeo. Por eso, 7
del mismo modo que cuando se trata de personas en nuestra *Historia* destacamos a los hombres valientes, se debe también recordar con elogio y públicamente las ciudades que, por tradición o por principios, acostumbran a actuar con nobleza.

---

[76] Frases como ésta, que desde ahora aparecen con frecuencia en el texto polibiano, pertenecen a los epitomadores que realizaron la selección de Polibio.

[77] Cf. V 68, 2.

23 *Entrada triunfal de Escipión en Roma*[78]

Publio Cornelio Escipión llegó desde África a Roma no mucho después de la época en cuestión[79].
2 El interés con que le esperaba el pueblo era proporcional a la enormidad de las hazañas de este hombre, de manera que también era grande la curiosidad que la urbe sentía hacia él, junto con una no menor sim-
3 patía. Y es lógico y natural que las cosas fueran así.
4 Porque si antes no habían esperado poder expulsar a Aníbal de Italia ni rechazar el peligro que se les aferraba, a ellos y a sus deudos, ahora no sólo se creían firmemente al abrigo de cualquier riesgo y contingencia, sino que además se veían superiores al enemigo, por lo que se entregaron a las mayores demostraciones de
5 alegría. Cuando Escipión dio inicio al desfile, entonces estaban todavía más fuera de sí, porque el espectáculo de los prisioneros que formaban en línea les recordaba el peligro que habían pasado; todo eran acciones de gracias a los dioses y halagos al que había
6 logrado un cambio de tanta envergadura. Incluso Sífax[80], el rey de los masasilios, fue paseado por toda la ciudad con los demás prisioneros; algún tiempo des-
7 pués murió en el cautiverio. Acabados estos festejos, en Roma se celebraron todavía durante varios días ininterrumpidamente certámenes y regocijos públicos, provisora de los cuales fue la munificencia de Escipión.

[78] Bienio 201/200 a. C.

[79] No podemos precisar de cuál se trata.

[80] Sobre Sífax, cf. XI 24. TITO LIVIO da una versión distinta sobre su muerte, XXX 45, 4-5: «La muerte sustrajo a Sífax más a un espectáculo de las masas que a la gloria de un triunfador, pues murió en Tíbur, a donde había sido trasladado desde Alba Longa.»

Filipo en Caria[81] Había comenzado ya aquel invierno en el que Publio Sulpicio[82] fue nombrado cónsul en Roma. El rey Filipo continuaba en el país de los bargilios; al ver que ni los rodios ni Átalo licenciaban a los hombres de sus flotas respectivas, sino que tripulaban más naves y dedicaban más atención a sus guarniciones, se sentía incómodo y cavilaba muchas y diversas empresas para el futuro. Temía a su vez que los bargilios salieran del puerto, pues preveía alarmado una batalla naval, y al no fiarse en absoluto de la evolución de las cosas en Macedonia, se negaba resueltamente a pasar el invierno en Asia, temeroso de los etolios y de los romanos. No desconocía, en efecto, las embajadas que contra él se enviaban a Roma *** y supo que la campaña romana en África había concluido. Todo lo cual le ponía en dificultades arduas. Pero de momento se vio obligado a quedarse allí, donde llevaba, según el dicho, una vida de lobo[83]. Pues entre los carios robaba y pillaba: violentaba a unos y, muy a pesar de su natural, adulaba a otros, porque el ejército le pasaba hambre. Unas

24
Había comenzado ya aquel in- 24
(2) del puerto → 2; No desconocía → 3; en África → 4; de lobo → 5

---

[81] Otoño del año 201. Se continúa la narración de la campaña de Filipo V. Tras tomar Yaso, Filipo toma Bargilia, también en el golfo de Yaso.

[82] Publio Sulpicio Servio ya había sido cónsul en el año 211 y, en calidad de tal, tomó parte en la primera guerra macedonia (VIII 1, 6); en el año 200 a. C. es elegido cónsul por segunda vez.

[83] Una vida de lobo, cf. XV 20. El refrán es popular, confrontar C. Wunderer, *Polybios-Forschungen*, Leipzig, 1898, reproducción fototípica, Aalen, 1969, pág. 14, donde se afirma que la aplicación a Filipo no es originaria de Polibio, sino de la fuente que éste utilizó. Aunque Polibio rechaza el ampuloso estilo de Timeo, cargado de citas y de refranes, él mismo no los desdeña, aunque en el uso de este material es más parco y acertado. Cf. C. Wunderer, *Zitate und geflügelte Worte bei Polybios*, Leipzig, 1909, reproducción fototípica, Aalen, 1969, página 3.

veces lo sustentaba con carne, otras con higos, y otras
6 aún con algo de trigo. Le aprovisionaban Zeuxis, los milasios[84], los alabandeos[85] o los magnesios[86], a quienes, cuando le daban, halagaba, y cuando no, ladraba y
7 ponía asechanzas. Al final por medio de Filocles[87] puso una celada a la ciudad de los milasios, pero fracasó
8 porque el intento era demencial. Taló los campos de los de Alabanda como si fueran enemigos: decía que le era imprescindible proporcionar víveres a su ejército.

9 Polibio de Megalópolis en el libro decimosexto de su *Historia* dice: Filipo, el padre de Perseo, cuando recorría el Asia falto de víveres para su ejército recibió higos de los magnesios, porque no había trigo. Por eso, luego que tomó la plaza de Miunte[88], regaló el territorio a los de Magnesia en pago de los higos. (Ateneo, III 78 c.)

25 *Átalo y los rodios en Atenas*[89]

El pueblo de Atenas mandó embajadores al rey Átalo, que debían darle gracias por lo que había promovido[90] y, al mismo tiempo, rogarle que se

[84] Milasa: plaza del SO. de Asia Menor; bajo el dominio de los seléucidas gozó de libertad prácticamente total; en la paz de Apamea entre Antíoco III y los romanos (188 a. C.), fue declarada ciudad libre de tributos *(oppidum liberum)*. Fue un emporio comercial.

[85] Alabanda: plaza situada en la margen izquierda del río Marsias (hoy Tschina-Tschai), en el centro de Caria. Esta ciudad hoy se llama Arabhissar.

[86] Magnesia, ciudad jonia al pie del monte Tórax, no lejos del río Meandro; para ver el emplazamiento exacto de las ciudades, cf. *Weltatlas*, I, 22/23 K 4, 5.

[87] En XXII 14, 7 y XXIII 1, 5, este Filocles aparece como un estrecho colaborador de Filipo V.

[88] Miunte: ciudad portuaria jonia en la desembocadura del río Meandro (hoy Büjük Menderes) en el golfo de Latmos.

[89] Estamos en abril del año 200 a. C.

[90] Es decir, por su acción en apoyo de los rodios contra las naves de Filipo.

trasladara personalmente a Atenas para deliberar acer-
ca de la situación. Al cabo de unos días el rey supo 2
que unos legados romanos habían llegado por mar al
Pireo; creyó necesario encontrarse con ellos y zarpó a
toda prisa. Enterados de su presencia, los atenienses 3
le votaron una recepción fastuosa, y lo mismo también,
para su estancia allí. Átalo, pues, navegó hasta el Pireo, 4
y en el primer día se entrevistó con los legados roma-
nos. Comprobó que recordaban muy bien la colabora-
ción pasada[91], y que estaban dispuestos a la guerra
contra Filipo, lo cual le satisfizo enormemente. Al día 5
siguiente junto con los embajadores romanos y los ma-
gistrados atenienses subió a la ciudad en medio de una
gran pompa, pues les salieron al encuentro no sólo los
arcontes con los caballeros, sino todos los ciudadanos
con sus mujeres e hijos. Cuando se encontraron, con 6
el trato surgió en el pueblo ateniense un afecto tal hacia
los romanos, y aun hacia Átalo, que no dejaron de
hacer nada por considerarlo exagerado. Cuando Átalo 7
penetró por el Dipilón[92], de ambos lados se dirigieron
a él sacerdotes y sacerdotisas, que abrieron luego todos
los templos, colocaron víctimas sobre los altares y le
brindaron ofrecer el sacrificio. Por último, los atenien- 8
ses le votaron unas honras tales como jamás, en tan
poco tiempo, habían tributado a sus bienhechores an-
teriores, pues además de otras cosas dieron a una tri- 9
bu[93] el nombre de «atálida» y le contaron a él entre
los héroes tribales epónimos.

---

[91] En la guerra que acababa de terminar; cf. IX 30, 7; X 41, 1... La palabra griega traducida exactamente por «colaboración» es, más bien, vaga y no incluye necesariamente una alianza.

[92] El puerto principal de Atenas subiendo desde el Pireo. Este barrio ateniense fue muy conocido por su cerámica, de la cual hay piezas importantes en el museo arqueológico del Pireo.

[93] Desdoblando para ello una tribu en dos, según cuenta Esteban de Bizancio, *s. v.;* los atenienses, además, cambiaron el

26 Después de esto reunieron la asamblea e invitaron
2 a ella al rey en cuestión. Ante esta petición, Átalo manifestó que le parecía poco elegante presentarse personalmente y citar todos los favores delante de los mis-
3 mos beneficiarios. Los atenienses no insistieron en que acudiera, y le indicaron que escribiera lo que él supo-
4 nía conveniente en aquella situación. Átalo accedió a esto y redactó un escrito, que los presidentes trasla-
5 daron a la asamblea. En compendio se trataba de un memorial de los favores concedidos por él mismo al pueblo de Atenas, una enumeración de sus acciones
6 contra Filipo en aquella coyuntura, y al final una exhortación a la guerra contra éste; les aseguraba y les juraba que si ahora no se decidían a declarar noblemente que compartían los sentimientos de odio contra Filipo junto con los rodios, los romanos y él mismo, y luego, tras haber desatendido su oportunidad, pretendían participar de la paz que habían logrado otros,
7 errarían en lo que convenía a su propio país. Leída la carta, el pueblo ateniense votó su disponibilidad para la guerra tanto por lo dicho como por la simpatía que
8 profesaba a Átalo. A mayor abundamiento entró una delegación rodia que expuso muchos argumentos en favor de su propia tesis. Y los atenienses acordaron
9 declarar la guerra a Filipo. También acogieron suntuosamente a los rodios, coronaron a este pueblo con la corona al más valiente y otorgaron a todos sus ciudadanos derechos políticos iguales[94] a los que ostentaban los atenienses. Con esto, Atenas pagaba, además de otros favores, la devolución a ellos de las naves y de los prisioneros de guerra que Filipo les había captura-

nombre de un demo, al que llamaron Apolonieo, según el nombre de Apolonia, la esposa de Átalo.

[94] Sobre esta igualdad cf. II 46, 2.

do. Los embajadores rodios cumplieron, pues, su en- 10
cargo y zarparon con su flota hacia las islas, a Ceos[95].

Inicio de la guerra entre los romanos y Filipo V[96]

En el tiempo en que los roma- 27
nos permanecían en Atenas[97], Nicanor[98], general al servicio de Filipo, hacía correrías por el Ática y llegó hasta la Academia[99] ateniense. Los romanos le
mandaron un heraldo, se reunieron con Nicanor y le 2
pidieron que comunicara a Filipo la intimación por parte de Roma de que no hiciera la guerra a ningún griego[100] y de que compensara a Átalo según la sentencia de un tribunal imparcial por los daños que le había
inferido. Si se aviene a ello todavía le es posible la paz 3
con los romanos, si se niega a hacerles caso, afirma-
ron, sucederá lo contrario. Nicanor les escuchó y se fue. 4
Los embajadores romanos habían anclado en Fénice[101] y habían dicho lo mismo a los epirotas acerca de Filipo; con igual finalidad visitaron a Aminandro[102] en Atamania y llegaron a Egio, a comunicarlo a los aqueos.

---

[95] La isla más próxima de las Cícladas al continente griego, patria de los famosos poetas Simónides y Baquílides.

[96] Se trata de la segunda guerra macedonia entre Filipo V y los romanos (200-197 a. C.).

[97] Cf. XX 24, 1.

[98] Nicanor, apodado «el elefante», XVIII 24, 2. Morirá el año 160 en lucha con los judíos (1 *Mac* 3, 38).

[99] Un suburbio de Atenas, aproximadamente a un kilómetro de la puerta del Dipilón. Era famoso por su santuario de Atenea en el que había plantados once olivos sagrados y se habían levantado once altares. No estaba lejos la Academia platónica.

[100] A ningún griego del continente, significación habitual en Polibio cuando cita, simplemente, a «los griegos».

[101] Cf. II 5, 7.

[102] Rey de Atamania, pequeña región continental entre Etolia, Epiro, Macedonia y Tesalia, que, desde el año 200 a. C., peleó a favor de los romanos. Cf. XXIX 6-8, 14.

5 Cuando por medio de Nicanor hubieron expuesto lo
suyo a Filipo, zarparon para dirimir las diferencias
existentes entre Antíoco y Ptolomeo.

Conducta de Filipo

28 Soy de la opinión de que el
empezar bien y mantener el en-
tusiasmo durante un tiempo suficiente que asegure un
éxito considerable es cosa que se ha dado ya en mu-
2 chos, pero que sólo pocos son capaces de culminar un
proyecto, y que si en algo la suerte les ha sido adversa,
son idóneos para suplir por cálculo lo que les falló en
3 previsión. De modo que no falta razón a quien reproche
la inoperancia de Átalo y de los rodios, ni a quien cele-
bre la conducta real y verdaderamente magnánima de
Filipo, la constancia en sus propósitos. No es que yo
alabe su carácter sin distingos, pero sí señalo su ímpetu
4 en la ocasión presente. Establezco esta diferencia para
evitar que alguien crea que digo cosas encontradas:
hace poco alababa a Átalo y a los rodios, y hacía re-
proches a Filipo, mientras que ahora realizo lo contra-
5 rio. Por eso ya al principio de esta mi obra noté una
diversidad: establecí que era preciso, a veces, alabar
y, otras, condenar a unas mismas personas, ya que con
frecuencia el peligro o el empeoramiento de las situa-
ciones modifican las voluntades de los hombres, otras
veces, en cambio, las varía el mejoramiento de aqué-
6 llas. Hay casos en que los hombres se ven empujados
por su propia índole hacia lo que es debido, en otros
ocurre lo contrario. Que es lo que en aquella ocasión,
7 creo, sucedió a Filipo. En efecto, irritado por los de-
sastres que había sufrido se indignó y se enfureció más
de lo que era normal en él, pero con ello se adaptó de
manera sorprendente y prodigiosa a la situación de en-
tonces, y fue así como se enderezó contra los rodios
y el rey Átalo y saldó con éxitos sus empresas siguien-
8 tes. Me ha sugerido decir esto la realidad de que al-

gunos, igual que hacen los corredores flojos[103] en los estadios, abandonan sus propios proyectos cuando están a un paso de culminarlos, mientras que a otros precisamente esta circunstancia les lleva a superar al enemigo.

Toma de Abido por Filipo V

Filipo quiso privar a los roma- 29
nos de los recursos y de las piedras para escaleras existentes en estos parajes.

Para, si se propone hacer un recorrido en sentido in- 2
verso, disponer del puerto de Abido.

Si bien me parece inútil exponer la peculiaridad de 3
estos lugares, debido a que todos los autores han tratado prolijamente la situación de estas ciudades, la posición estratégica de Sesto y de Abido[104], y así tal cosa no
aprovecha demasiado, con todo, en vista a lo que sigue, 4
creo provechoso recordar sumariamente a mis lectores
estos aspectos, para suscitar su interés. Nos podemos 5
formar una idea de lo que ocurrió en las ciudades citadas, no tanto por la topografía de los lugares mismos como por la comparación y el cotejo de lo que declaro
a continuación. Así como resulta imposible navegar a 6
nuestro mar desde el que unos llaman Océano y otros

---

[103] Este símil es platónico, y de PLATÓN debe haberlo tomado Polibio, cf. *República* 613c. No lo encuentro registrado en WUNDERER, *Zitate...*

[104] Sesto, ciudad emplazada en el Quersoneso Tracio frente a Abido; las dos ciudades están enlazadas por la leyenda de Hero y Leandro. Homero la cita ya en el *Catálogo de las naves*. En el 190 a. C., los romanos la conquistan y la incorporan al Imperio romano. Abido está situada en el lugar más estrecho de los Dardanelos. También viene citada en el *Catálogo* homérico de las naves. En el año 200 a. C., opuso resistencia a Filipo V, pues la ciudad se había aliado con los romanos. A principios del s. XIX la hizo famosa un célebre poema de LORD BYRON, *La novia de Abido*.

Mar Atlántico, a no ser pasando por el estrecho de las
7 columnas de Heracles, del mismo modo es irrealizable
la navegación desde nuestro mar a la Propóntide[105] y
al Ponto si no es haciendo la penetración por el paso,
8 que se abre entre Sesto y Abido. Y como si la fortuna
hubiera establecido una proporción en la disposición
de ambos pasos, resulta que el de las columnas de
Heracles tiene una anchura múltiple de la del Heles-
9 ponto. En efecto, la anchura del primero es de sesenta
estadios, la del de Abido de dos[106], y esto es para que
se pueda intuir que el Mar Exterior[107] supera muchas
10 veces en magnitud al nuestro. Pero el paso de Abido
presenta muchas más ventajas que el estrecho de las
11 columnas de Heracles. El primero de los mencionados,
que está habitado por hombres debido a ser medio de
comunicación de unos con otros, tiene disposición de
puerta. A veces los que han querido pasar a pie enjuto
de un continente a otro han tendido un puente sobre
él[108]; otras veces se navega por él continuamente en
12 ambas direcciones. Contrariamente, el estrecho de las
columnas de Heracles es poco útil, no sirve excesiva-
mente para la comunicación de los pueblos que viven
en los extremos de África y de Europa, porque el Mar
13 Exterior es algo desconocido. La ciudad de los abide-
nos está flanqueada, a ambos lados, por dos cabos de

---

[105] Para la Propóntide, cf. IV 39, 2. Para ver exactamente la situación, *Weltatlas*, I, 22/23 A IK2.

[106] Mientras Polibio indica sólo, con leve error, la anchura del estrecho de Gibraltar, sesenta estadios, 11 km., cuando la distancia de la punta de Gibraltar a Ceuta es de 14, en cambio nuestro historiador yerra claramente la anchura del Helesponto en el lugar indicado, pues dos estadios son unos 300 m., cuando la distancia real es de 2 km.

[107] El Océano Atlántico.

[108] Polibio se refiere al conocido paso del ejército de Jerjes (HERÓDOTO, VII 33).

la costa europea[109], y tiene un puerto capaz de albergar
contra cualquier viento a los que recalen en él. Pero es 14
totalmente imposible fondear fuera del puerto y delante
de la ciudad, debido a la rapidez y a la fuerza de la
corriente que hay en aquellos lugares.

Filipo plantó una empalizada en un lado y una es- **30**
tacada en el otro y asediaba a los abidenos por mar
y por tierra. En sí la acción no era notable ni por la 2
magnitud de los preparativos ni por la variedad de los
planes imaginados para las obras (planes a los que sue-
len aplicarse asediados y sitiadores para combatirse
mutuamente), pero se hizo digna de mención, si es que 3
lo es alguna otra, y de ser transmitida a la posteridad
por la bravura de los asediados y por su extremado
coraje. Al principio los abidenos confiaban en sí mis- 4
mos y sostenían vigorosamente la sofisticada maquina-
ria de Filipo, desarmaban a tiros de catapulta los inge-
nios que se les aproximaban por mar, y a otros les
pegaban fuego. Tanto es así, que a duras penas logró
el enemigo retirar las naves de la zona de peligro. Y a 5
las obras terrestres los abidenos se opusieron animo-
samente, y ni tan siquiera desesperaban de derrotar
al adversario. Pero cuando el muro exterior se les de- 6
rrumbó por el trabajo de zapa, lo cual posibilitó a los
macedonios aproximarse, a través del muro derruido,
a la muralla paralela construida por dentro, entonces
los abidenos enviaron a Ifíades y a Pantágnoto para
invitar a Filipo a que tomara posesión de la ciudad.
Las condiciones eran: debía comprometerse a permitir 7
la retirada de los soldados enviados por Átalo y por
los rodios, y acceder a que los hombres libres se salva-
ran, cada uno por donde quisiera y pudiera, saliendo

[109] Los cabos de Sesto y Cinosema (hoy Nágara y Kilid Bahr, respectivamente). El puerto es el actualmente llamado Nágara Limán.

8 sólo con la ropa que llevaban puesta. Pero Filipo les
exigió una rendición incondicional o que combatieran
con arrojo. Y los enviados regresaron.

31 Enterados de la respuesta, los abidenos se reunieron
en asamblea y deliberaron sobre las circunstancias;
2 ahora estaban desesperados. Resolvieron, pues, ante
todo, conceder la libertad a los esclavos: así tendrían
unos camaradas totalmente adictos en la lucha. Des-
pués juntaron a todas sus mujeres en el templo de
Ártemis, y a sus pequeñuelos con sus nodrizas en el gim-
3 nasio. Decretaron, en tercer lugar, depositar en el ágora
toda su plata y todo su oro; la vestimenta de valor que
poseyeran la cargarían íntegramente en el cuatrirreme
4 de los rodios y en el trirreme de los cicicenos. Esto fue
lo que acordaron. Cumplieron los decretos de manera
unánime y se congregaron por segunda vez en asamblea.
Eligieron a los cincuenta ancianos de más confianza,
pero dotados del vigor corporal necesario todavía para
5 cumplir las decisiones. Delante de todos los ciudada-
nos les tomaron juramento de que, si veían que el
enemigo había conquistado el muro interior, degolla-
rían a las mujeres y a los niños, pegarían fuego a las
naves citadas y, de acuerdo con las maldiciones, arro-
6 jarían al mar el oro y la plata. Después de esto y en
presencia de los sacerdotes, todos se juramentaron a
vencer al enemigo o a morir luchando por la patria.
7 Finalmente sacrificaron algunas víctimas y obligaron
a los sacerdotes y a las sacerdotisas a pronunciar sobre
aquellas entrañas abrasadas imprecaciones para afron-
8 tar la situación que he descrito. Se aseguraron, pues,
de todo esto y se disolvieron para dedicarse a trabajos
de contraminado, resistiendo al enemigo. Sin embargo,
el acuerdo había sido unánime: si les derrumbaban el
muro interior, por encima de sus ruinas combatirían
al adversario hasta morir.

Se puede decir que el temerario coraje de los abi- 32
denos ha rebasado la conocida desesperación de los
focenses[110] y la valentía de los acarnanios[111]. Parece que 2
los focenses tomaron idénticas resoluciones en cuanto
a sus familiares, pero les quedaba todavía una leve es-
peranza de vencer, porque estaban en condiciones de
provocar a los tesalios a una batalla campal en toda
regla; lo mismo cabe decir del pueblo de Acarnania: 3
cuando se apercibió de la incursión de los etolios, tomó
unas determinaciones como las reseñadas en cuanto a
su situación. Ambos casos los hemos narrado nosotros,
anteriormente[112], al menos en parte. Pero los de Abido, 4
cercados y prácticamente sin esperanzas de salvación,
prefirieron, la población entera, morir con sus mujeres
e hijos, a vivir y, encima, verse con la infamia de que
sus hijos y mujeres habían caído en poder del enemigo.
Con razón se puede reprochar a la fortuna el desastre 5
de los abidenos, pues como si le causaran piedad en-
derezó al punto aquellas ciudades de las desgracias
sufridas, al dar la victoria y la salvación a los des-
esperados. Su intención para con Abido fue distinta: 6
los hombres murieron, la ciudad fue conquistada, y las
madres con sus hijos cayeron en poder de los rivales.

Cuando se derrumbó la muralla interior, los defenso- 33

---

[110] Pausanias recuerda la acción en que los focenses expulsaron a los tesalios de su territorio. Para ello, inutilizaron la caballería tesalia cubriendo el paso de Hiámpolis con ánforas ardientes. Luego asesinaron a los oficiales tesalios que tenían en su poder y a sus propios compatriotas que habían simpatizado con los tesalios, por lo que éstos mataron a los rehenes focenses, y determinaron aniquilar a los focenses, hombres, mujeres y niños. Entonces los focenses tomaron una decisión similar a la de los abidenos, que no llegaron a poner en práctica porque, en último término, derrotaron a los tesalios.

[111] Cf. IX 40, 4-6.

[112] Polibio debió de narrar la historia aludida a los focenses, pero, en cualquier caso, su narración no nos ha llegado.

res, según su juramento, se encaramaron por los mon-
tones de escombros y seguían combatiendo con un de-
nuedo tal que Filipo, aunque iba lanzando oleadas de
macedonios una tras otra hasta llegar la noche, al final
desistió de la lucha y perdía, incluso, la esperanza de
2 salir adelante en la empresa. La primera línea de los
abidenos peleaba con ferocidad pisando los cadáveres
enemigos, y no sólo se batían audazmente con sus pu-
3 ñales y sus lanzas, sino que, cuando un arma de éstas
se les inutilizaba o las soltaban por fuerza de sus manos,
llegaban al cuerpo a cuerpo con los macedonios y re-
chazaban con su restante armamento al adversario; a
otros se les quebraban las picas y con las mismas asti-
llas asestaban golpes contundentes; [echaban mano] [113]
de las puntas de las lanzas y herían a los enemigos en
el rostro y en las partes desnudas del cuerpo, con lo
4 que les llevaron a una confusión total. Cuando sobrevino
la noche y se paró la lucha, la mayor parte de los defen-
sores había sucumbido encima de los escombros y los
supervivientes estaban exhaustos por la fatiga y las
heridas. Entonces Gláucidas y Teogneto reunieron a al-
gunos ancianos y arruinaron la decisión espléndida y
admirable que habían tomado antes los ciudadanos,
5 por salvarse ellos. Decidieron conservar la vida a las
mujeres y a los niños, y enviar, así que apuntara el
alba, a Filipo los sacerdotes y las sacerdotisas provis-
tos de ínfulas, para suplicarle y rendirle la ciudad.
34 En aquel tiempo, Átalo fue informado del asedio de
Abido, navegó por el mar Egeo hasta Ténedos [114] pre-
cisamente cuando el romano Marco Emilio el Joven se
2 presentó, también por mar, en la misma Abido. En

[113] Hay laguna en el texto, pero se subsana felizmente por el lema del escolio; sin embargo, Büttner-Wobst restituyen «[golpeaban con]».

[114] Isla de población doria, frente a la costa de Lidia, en Asia menor.

Rodas los romanos supieron con exactitud lo que ocu-
rría en el asedio de Abido y, según las órdenes que te-
nían, quisieron tratar personalmente con Filipo. Apla-
zaron el ataque contra los reyes [115] y enviaron al hombre
citado, que se entrevistó con Filipo en Abido y le expuso 3
los decretos del senado romano: intimarle que no hi-
ciera la guerra contra ningún griego, que no se inmis-
cuyera en los asuntos de Ptolomeo y, en cuanto a las
injusticias que había cometido contra Átalo y contra
los rodios, debía someterse a un juicio para indem-
nizarles. Si lo hacía así podría permanecer en paz con 4
los romanos, pero si se negaba a acceder de grado,
estaría en guerra contra ellos. Filipo quería hacerle 5
ver cómo eran los rodios los que le habían atacado,
pero Marco Emilio interrumpiéndole le preguntó:
«¿Y qué los atenienses? ¿Y qué los cianeos? ¿Y qué,
ahora, los abidenos? ¿Quién de éstos —prosiguió— te
ha atacado primero a ti?» El rey Filipo, sin saber qué 6
decir, repuso que le perdonaba por haber hablado tan
altivamente, y ello desde tres puntos de vista: primero,
porque era joven e inexperto en aquellos asuntos; en
segundo lugar, porque era el más apuesto de los hom-
bres de su tiempo (lo cual era verdad), [y ante todo
porque era romano] [116], «y yo —afirmó— exijo con empe- 7
ño a los romanos que respeten lo pactado [117] y que no
me hagan la guerra. Y si me la hacen invocaré a los
dioses y los rechazaré enérgicamente.»

Dicho esto, se separaron el uno del otro; Filipo 8
tomó posesión de la ciudad y se encontró con que los
abidenos habían amontonado todo lo de valor que po-

[115] Antíoco III y Ptolomeo V Epífanes.

[116] Aquí, Tito Livio traduce literalmente a Polibio, pero añade esta frase inexistente en la tradición manuscrita griega, por lo que los editores del texto griego han indicado aquí una laguna y la han subsanado a base del texto latino de Tito Livio.

[117] El tratado de Fénice. Cf. la nota 43 de este mismo libro.

9 seían, dispuesto para que él se lo quedara. Pero, al ver
la multitud y el furor de los que habían degollado a
sus mujeres e hijos y luego se habían suicidado, pues
unos se habían quemado, otros se habían ahorcado,
o se habían tirado a un pozo, o se habían lanzado
10 desde un tejado, quedó horrorizado y, al mismo tiempo,
dolorido por lo que allí había pasado. Anunció que
daba tres días de plazo a los que desearan ahorcarse
11 o quitarse de otro modo la vida. Y los abidenos vol-
vieron a su acuerdo inicial. Juzgaron que habían sido
traidores a los que lucharon y murieron por la patria,
y ya no quisieron vivir más: sólo sobrevivieron los que
tenían las manos encadenadas o impedidas de alguna
12 otra manera; todos los demás se lanzaron inmediata-
mente a la muerte, familias enteras.

35 Tras la toma de Abido se presentaron en Rodas unos
legados aqueos pidiendo a los rodios que hicieran las
2 paces con Filipo. Pero, inmediatamente después de
éstos, llegaron unos embajadores romanos y les expu-
sieron que no debían pactar con Filipo sin la anuencia
de Roma. Los rodios decretaron ponerse de lado del
pueblo de Roma y tener en cuenta su amistad.

Campaña de Filopemén contra Nabis [118]

36 Filopemén calculó las distan-
cias de todas las ciudades aqueas
entre sí y cuáles de ellas podían
llegar a Tegea[119] siguiendo un
2 mismo camino. Por lo demás escribió cartas a todas
las ciudades y las distribuyó de manera tal que las más
distantes recibieran no sólo la suya, sino también las
3 correspondientes a las demás ciudades de su ruta. En
las cartas primeras se escribía lo siguiente, dirigido
a los comandantes: «Así que recibáis esta carta haced
al punto que los que están en edad militar se reúnan

[118] Estamos en el año 200 a. C.

[119] Plaza situada en el centro de Arcadia, al NE. de Megalópolis.

todos en el ágora con sus armas, con víveres y dinero suficientes para cinco días. Cuando los presentes en 4
una ciudad estén ya reunidos recogedlos y conducidlos hasta la ciudad más próxima. Al llegar allí entregad la carta destinada al comandante local y seguid las instrucciones contenidas en ella.» En esta última 5
carta había escrito lo mismo que en las anteriores, variando solamente el nombre de la ciudad hacia la cual debían proseguir. Este procedimiento lo siguió 6
de ciudad en ciudad. Así, en primer lugar nadie supo para qué acción o para qué tentativa eran aquellos preparativos ni tampoco hacia dónde se marchaba, salvo a la ciudad próxima; nadie sabía nada, y todos, perplejos y tras recoger unos a otros, marchaban hacia adelante. Por el hecho de que las ciudades más 7
lejanas no distaban todas lo mismo de Tegea, la carta no fue entregada en todas ellas simultáneamente, sino a cada una al cabo de un tiempo proporcional a la lejanía. Todo ello hizo que ni los tegeatas ni los que iban 8
llegando conocieran el futuro, pero todos los aqueos se concentraron en Tegea con su armamento; afluían por todas las puertas.

Filopemén usó de esta estratagema y fue superior en 37
su concepción debido a la gran cantidad de escuchas y de espías que tenía contra el tirano. En el día en 2
que la gran masa de soldados aqueos debía reunirse en Tegea mandó a sus mejores tropas que pernoctaran en Selasia, y que al día siguiente, al romper el alba, invadieran Lacedemonia. Si los mercenarios que acudieran 3
a rechazarles les ponían en situación difícil, les ordenó replegarse hacia Escotita[120], y que, por lo demás, se pusieran a las órdenes de Didascalondas el cretense[121],

---

[120] Un robledal que se extendía a ambos márgenes del río Eno (hoy Kelefina).

[121] Sin duda alguna, un mercenario al servicio de los aqueos.

pues confiaba en él y le había dado instrucciones para
4 toda la campaña. Éstos, pues, avanzaron animosos en cumplimiento de lo preceptuado; Filopemén ordenó a los aqueos cenar antes de la hora habitual, e hizo salir a las tropas de Tegea. Avanzó durante la noche a marchas forzadas, y al alborear situó su ejército en los parajes llamados de Escotita, a medio camino en-
5 tre Tegea y Lacedemonia. Al día siguiente los mercenarios apostados en Pelene[122], así que los vigías dieron la señal de la penetración enemiga, acudieron a defender, y, como es su costumbre, establecieron un combate
6 cuerpo a cuerpo con el adversario. Según lo dispuesto, los aqueos se retiraron y los mercenarios les acosaron
7 con osadía y audacia. Pero llegaron ya al lugar de la emboscada. Los otros aqueos se levantaron, y en parte mataron y en parte apresaron vivos a sus rivales.

Filipo acucia a los aqueos contra los romanos

38 Filipo viendo que los aqueos no estaban muy dispuestos a emprender una guerra contra los romanos, se empeñó por todos los medios en suscitar odio entre unos y otros.

De Asia

39 Esto, nos lo atestigua Polibio de Megalópolis con sus palabras, pues en el libro decimosexto de su *Historia* escribe: Escopas, el general de Ptolomeo, avanzó hacia los lugares altos[123] en el invierno[124] y subyugó al pueblo judío.

2 El asedio fue menos enérgico; Escopas cobró mala fama y se burlaban de él con insolencia.

3 Polibio dice en el mismo libro: Escopas fue vencido por An-

[122] Cf. nota 188 del libro IV.

[123] Los «lugares altos» tienen una indudable resonancia semítica (bíblica), lo que hace pensar que aquí Polibio habrá usado una fuente judía.

[124] En el invierno de los años 201/200 a. C.

tíoco, quien se apoderó de las plazas de Batana[125], Samaria[126], Abila, Gádara[127]; al cabo de poco tiempo se le pasaron los judíos 4
que vivían junto al templo llamado de Jerusalén. De esto podría- 5
mos hablar mucho más, especialmente por el esplendor de aquel templo, pero dejaremos para otra ocasión tratar el tema. (JOSEFO, *Arqueología judía* XII 3, 3.)

Fragmentos de localización incierta

Barbantio[128], lugar junto a Quíos. **40**
Polibio, libro decimosexto.

Gitta[129], lugar de Palestina. Polibio, 2
libro decimosexto.

Hela[130], territorio de Asia. Plaza comercial del rey Átalo. 3
Polibio, libro decimosexto.

Los insubres, pueblo itálico[131]. Polibio, libro decimosexto. 4

Candasa, fortaleza de Caria. Polibio, libro decimosexto. 5

Cartea[132], una ciudad de la tetrápolis de Ceos. Sus habitantes 6
se llaman carteos. Polibio, libro decimosexto.

Mantua, ciudad de los romanos. El gentilicio es «mantuano». 7
Polibio, libro decimosexto[133].

---

125 Batana es la región de Basan bíblica. *Dt* 3. 10, no lejos del monte Hermón; su capital era Adra.

126 La región y la población de Samaria son bien conocidas por la Biblia; separaba la Judea y la Galilea, al O. del Jordán.

127 Abila y Gádara, cf. V 71, 2-3.

128 O, quizás, Brabantio: la grafía es insegura en la fuente textual griega. Como sea, ignoramos su localización.

129 Gitta es la ciudad que en *2Re* 14, 25 se llama Gat-Efer, en Galilea; allí fue incinerado un profeta Jonás que no es el del mismo nombre que escribiera la profecía canónica.

130 Hela, corrupción por Elea. Este topónimo se da dos veces en Grecia: *a)* en el Epiro, al N., en la margen derecha del río Eleo, y *b)* en la costa misia, en el Asia Menor, en el golfo que lleva el mismo nombre, en la Eólide. La referencia de Polibio debe ser, más bien, a esta segunda.

131 Cf. nota 54 del libro II.

132 Cfr. nota 95 de este mismo libro.

133 Del libro XVII de las *Historias* de Polibio no nos queda ningún fragmento, ni ninguna noticia acerca de su contenido.

LIBRO XVIII

(FRAGMENTOS)

La conferencia de Lócride[1] y sus consecuencias

1 Al llegar el tiempo fijado, saliendo de la Demetríade, Filipo se presentó, tras algún tiempo de navegación, en el golfo Malíaco[2];
2 llevaba consigo cinco lanchas y otro buque de guerra

---

[1] Estamos en noviembre del año 198 a. C. Las operaciones en los dos primeros años de esta guerra (segunda guerra macedonia), que fue inevitable por las exageradas exigencias de los romanos a Filipo V (cf. XVI 34, 4-6), no dieron ventaja decisiva a ninguna de las dos partes. Los romanos y sus aliados, los rodios y Átalo de Pérgamo, se hicieron dueños del mar, pero ello quedaba neutralizado por los éxitos de Filipo en su campaña por tierra, que le aseguraron el dominio de Macedonia, del Epiro y de anchas zonas de Tesalia. Pero, en mayo del año 198, asumió el mando de las operaciones en Macedonia el cónsul Tito Quinto Flaminino, que forzó a Filipo a evacuar su posición de seguridad en el río Aoo, junto a Antigonea, y a retirarse hasta el paso de Tempe. Por vía diplomática, Flaminino logró que la liga aquea entrara en la coalición antimacedonia. Filipo pidió negociaciones que tuvieron lugar en Nicea, plaza de la Lócride. Pero la conferencia no condujo a nada y la guerra prosiguió, hasta que la derrota de Filipo en Cinoscéfalas (junio del 197) le llevó a negociaciones definitivas con Flaminino.

[2] Una profunda penetración del mar Egeo, a la altura del N. de la isla de Eubea, en cuyo borde sur se encuentra la ciudad de Nicea, capital de los locros epicefirios.

en el que viajaba él mismo. Le acompañaban los es- 3
cribanos macedonios Apolodoro y Demóstenes[3], Brá-
quiles[4] de Beocia y Ciclíadas el aqueo, expulsado del
Peloponeso por las causas que dijimos antes. Acompa- 4
ñaban a Tito Quinto Flaminino: el rey Aminandro[5];
Dionisodoro[6], en representación de Átalo; de las ciu-
dades y los linajes aqueos, Aristeno[7] y Jenofonte; de
Rodas, el almirante Acesímbroto[8]; de los etolios, el
general Feneas[9], y muchos otros políticos[10]. Flaminino 5
y sus hombres se acercaron al mar por Nicea, y se si-
tuaron en la misma playa. Filipo se aproximó a tierra,
pero se quedó mar adentro. Cuando Flaminino le invitó 6
a desembarcar, Filipo, de pie en su nave, repuso que
no lo haría. El romano le preguntó que a quién temía, 7
y Filipo declaró que él no temía a nadie, sino a los
dioses[11], pero que desconfiaba de casi todos los que

[3] Cf. 8, 7; 34, 4.

[4] Hijo de Neón y nieto de Ascondas, partidario, como su padre y su abuelo, de Macedonia. Murió asesinado por partidarios de Roma, cf. 43, 1-3; XX 7, 3; XXII 4, 7. Ciclíadas fue nombrado comandante en jefe de los aqueos y se opuso a las tentativas de Filipo V de hacer que la liga aquea se coaligara con él contra Roma. La alianza de la liga aquea con Roma hizo que saliera desterrado, cosa que Polibio debió narrar (cf. «por las causas que dijimos antes»), pero que no nos ha llegado.

[5] Cf. nota 102 del libro XVI.

[6] Almirante de Átalo en la batalla de Quíos. Cf. XVI 3, 7.

[7] Aristeno, general aqueo en 199/198, fue el que propugnó que la liga aquea se pusiera del lado de los romanos (TITO LIVIO, XXXII 1-3). Este Jenofonte citado a continuación nos es un personaje desconocido.

[8] Acesímbroto, sucesor de Cleoneo, a quien Teofilisco nombró para sucederle tras la batalla de Quíos. Asumió el cargo en el año 200, o bien el 199 a. C.

[9] General etolio para el período 198/197; era la cabeza del partido prorromano en Etolia.

[10] Seguramente, etolios.

[11] Hultsch, en su aparato crítico del texto griego cita aquí la conocida frase de Bismarck: «Wir Deutschen fürchten Gott,

8 estaban allí, principalmente de los etolios. Extrañado
el general romano, le hizo observar que el riesgo y la
oportunidad eran idénticos para todos. Filipo le inte-
9 rrumpió y le aseguró que no hablaba en razón, pues si
a Feneas le pasaba algo, los etolios disponían de mu-
chos más generales, pero que, si Filipo moría, de mo-
mento no había quien pudiera ser rey de Macedonia.
10 A todos les pareció que la conferencia empezaba de un
modo algo inoportuno, pero, sin embargo, Flaminino
instó a Filipo a que manifestara lo que le había movido
11 a acudir. Filipo objetó que no era él a quien correspon-
día hablar, sino al romano, por lo que rogaba a Fla-
minino que expusiera lo que se debía hacer para salva-
12 guardar la paz. El general romano explicó que lo que
13 él debía señalar era claro y simple. Exigía que Filipo
se retirara inmediatamente de toda Grecia, que entre-
gara a sus ciudades respectivas los prisioneros y los
14 desertores que retenía, que cediera a los romanos las
partes de Iliria que dominaba, aquellas de que se
adueñó después del tratado del Epiro. Igualmente,
debía restituir a Ptolomeo todas las ciudades que se
había anexionado tras la muerte de Ptolomeo Filo-
pátor [12].

2 Flaminino, pues, dijo esto y luego guardó silen-
cio, se volvió a los demás y les invitó a exponer, uno
a uno, las órdenes que les habían conferido los que les
2 enviaban. El primero que tomó la palabra fue Dioni-
sodoro, el comisionado por Átalo, quien dijo que Filipo
debía devolver las naves apresadas en la rota de Quíos
y, con ellas, las dotaciones. Debía, además, restaurar
el templo de Afrodita y el Niceforio, que había destrui-
3 do. Tras éste habló Acesímbroto, el almirante rodio,

aber sonst nichts in dieser Welt.» La distinción entre miedo y desconfianza es, realmente, muy tenue en este contexto.

[12] Ptolomeo IV Filopátor (221-204? a. C.).

quien exigió de Filipo la evacuación de Perea[13], de la
que les había despojado, y que retirara las guarnicio-
nes de Yaso y de las ciudades de los bargilios y de los
euromeos. Demandó, además, la reintegración de los 4
perintios[14] a la confederación de Bizancio y el desalojo,
por parte de los macedonios, de Sesto, Abido y de to-
dos los mercados y puertos sitos en Asia. Después de 5
los rodios los aqueos pidieron Corinto y la ciudad de
Argos, ambas sin destrozos. Y, por último, los etolios 6
solicitaron, primero, que Filipo abandonara todo el te-
rritorio griego, demanda que ya habían hecho los ro-
manos; en segundo lugar, que les restituyeran intactas
las ciudades que antes habían pertenecido a la confe-
deración etolia.

Tras expresarse en estos términos el general etolio 3
Feneas, participó Alejandro, de sobrenombre Isio[15],
hombre que parecía práctico y hábil orador, y aseguró
que ni ahora Filipo buscaba lealmente la paz ni hacía 2
la guerra con nobleza, si era preciso hacerla: en las
reuniones y conferencias ponía asechanzas, espiaba y
se comportaba como si estuviera en guerra, pero en la
guerra misma su conducta era inicua y muy vil. En 3
efecto, en vez de oponerse al enemigo frente a frente,
solía retirarse pegando fuego a las ciudades y robando
en ellas a mansalva; esta conducta le humillaba y ofen-
día las armas de los vencedores[16]. No había sido ésta 4

---

[13] Cf. nota 31 del libro XVI.

[14] Perinto, fundación griega (llamada más tarde Heraclea, la actual Eregli), en la costa tracia. En esta época era plaza independiente, pero en 189 a. C. sabemos con certeza que pertenecía al reino de los atálidas.

[15] Sobre Alejandro Isio, cf. XIII 1, 1.

[16] No se reprocha a Filipo que destruya las ciudades, sino que lo haga gratuitamente, sin necesidad alguna. Recuérdese que, en las primeras fases de la segunda Guerra Mundial, los alemanes centraron buena parte de su propaganda en el hecho

la conducta que se habían propuesto los reyes macedonios anteriores, sino la contraria. Luchaban entre sí casi siempre en descampado; pocas veces arrasaban o
5 destruían una ciudad. La guerra que por el dominio de Asia se hicieron Alejandro y Darío convertía en notoria para todos su afirmación, decía este Alejandro, y también la disputa entre los diádocos, guerra en la que todos pelearon contra Antíoco por la posesión de Asia.
6 No de otro modo también los sucesores de éstos hasta
7 Pirro fueron del mismo parecer: guerreaban entre ellos preferentemente en campo abierto y se esforzaban de verdad en dirimir sus diferencias mutuas por las armas; las ciudades, las respetaban por su convicción de que los vencidos estimaban mucho esto en sus vencedores.
8 Pero destruir lo que ha sido causa de la guerra, para luego desistir de ella, es de locos, de locos de re-
9 mate. Y es lo que ahora realiza Filipo, pues ha destruido grandes ciudades en Tesalia siendo su amigo y aliado. Fue en aquella ocasión en que se replegó a marchas forzadas de los desfiladeros del Epiro[17]: arruinó tantas ciudades como jamás habían destruido los
10 que antes guerrearan contra los tesalios. Después de añadir muchos más ejemplos en abono de su tesis,
11 acabó preguntando a Filipo ¿por qué, cuando Lisimaquia[18] pertenecía a la liga etolia y tenía un gobernador militar nombrado por ésta, le expulsó y retuvo la ciudad
12 con una guarnición macedonia?, ¿por qué, si él era amigo de los etolios, saqueó la ciudad de los cianeos,

---

de que limitaban las destrucciones en terreno enemigo al mínimo indispensable.

[17] El paso por Viossa (Aous) junto a Antigonea, que cubría la ruta en dirección sudeste, ocupada por Filipo en la primavera del 198, de donde lo expulsó Flaminino.

[18] Cf. nota 68 del libro XV.

aliados con ellos? ¿Con qué explicación retiene ahora Equino[19] y Tebas[20], Ptía[21], Farsalo y Larisa?[22].

Alejandro Isio dijo esto y se calló. Filipo se acercó 4
a tierra más de lo que estaba antes y, de pie en su navío, aseguró que Alejandro les había echado un discurso etolio, puro teatro. Dijo que todos eran muy 2
conscientes de que a nadie le gusta aniquilar a sus propios aliados, pero que hay ocasiones en que las circunstancias fuerzan a los comandantes a hacer muchas cosas contra sus propias convicciones. El rey es- 3
taba todavía diciendo esto cuando Feneas, que era muy corto de vista, atajó a Filipo reprochándole que decía cosas absurdas, «porque es preciso —añadió— o ven- 4
cer en la batalla o hacer lo que indican los más fuertes». Filipo, puesto en ridículo no rehuyó, sin embargo, evidenciar su natural; se volvió y dijo: «Esto, Feneas, lo ve incluso un ciego»; porque este rey macedonio era agudo y muy hábil en tomar el pelo a los demás. Y, vuelto otra vez hacia Alejandro, prosiguió: «Me 5
preguntas, Alejandro, por qué ocupé Lisimaquia. Pues 6
para evitar que por vuestro descuido los tracios raptasen a sus habitantes, que es lo que ha ocurrido cuando yo por la guerra de ahora he retirado de allí a mis soldados, que no la ocupaban con la intención que tú insinúas, sino que la protegían. Jamás hice la guerra a los 7
cianeos, pero, al hacérsela Prusias, yo acudí en ayuda de aquél y los aniquilé, aunque la culpa fue vuestra. Porque muchas veces yo mismo, y también los demás 8
griegos, os enviamos embajadas requiriéndoos que suprimierais de vuestra legislación la ley que os faculta

[19] Para Equino, cf. IX 41, 1-42, 4.

[20] Es Tebas de Ptía, no la capital de Tesalia.

[21] Ptía, capital de Ptiótide, pequeña región al S. de Tesalia. Era la patria de Aquiles.

[22] Farsalo y Larisa, plazas tesalias, la primera al S. y la segunda al N. de Tesalia, casi en la frontera con Magnesia.

para tomar como botín lo que ya lo es de otros[23], pero vuestra respuesta fue que antes quitaríais Etolia de Etolia que suprimir esta ley.»

5 Tito Flaminino se extrañó de esto, y el rey intentó explicárselo diciéndole que los etolios tienen una ley consuetudinaria por la cual no sólo hacen botín de las personas y el territorio de aquellos contra quienes es-
2 tán en guerra, sino que, dado el caso de que otros pueblos guerreen entre sí, aunque sean amigos y aliados de los etolios, nada priva a éstos de ayudar sin un decreto público a los dos bandos en conflicto y ane-
3 xionarse territorios de ambos. Aclaró que entre los etolios ni la amistad ni la enemistad tienen límites precisos, sino que son rivales y enemigos declarados de
4 todos los que se disputan algo. «¿Cómo pueden ahora acusarme precisamente éstos de que, siendo yo amigo de los etolios y aliado de Prusias, hice algo contra los
5 cianeos? ¡Ayudé a mi aliado! Pero lo más intolerable es que vosotros, que os equiparáis a los romanos, exijáis que los macedonios se marchen de toda Grecia.
6 Decir esto es, ciertamente, una gran fanfarronada, que si proviene de los romanos es aún soportable, pero
7 no, si de los etolios. ¿De qué parte de Grecia me expulsáis? ¿Qué límites ponéis a Grecia? ¡Si la mayoría de etolios no son griegos! Ni el linaje de los agreos[24], ni el de los apodotes, menos todavía el de los anfiloquios,

---

[23] Los ciudadanos etolios podían tomar privadamente parte en una guerra, si se lo autorizaba la liga etolia, aunque Etolia permaneciera neutral.

[24] Los agreos vivían al SE. del golfo de Ambracia, los apodotes al SE. de Etolia, en el curso medio del río Dafno, y Anfiloquia estaba en la punta oriental del golfo de Ambracia. Por lo demás, Eurípides llama a los etolios semibárbaros *(Fenicias* 138); Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* III 94-98, habla de los apodotes; véase A. W. Gomme, *Commentary on Thucydides I*, Oxford, 1962, págs. 399-408.

son griegos. ¿Me concedéis licencia para quedarme en estos territorios?»

Tito Flaminino se echó a reír. Filipo prosiguió: «A los 6
etolios, básteles esto. A los rodios y a Átalo les digo que un juez imparcial juzgaría más justo que ellos me devolvieran mis naves y prisioneros que no yo a ellos.
No fui yo el primero en atacar a Átalo y a los rodios; 2
la cosa es conocida. Ahora bien: si tú lo pides, restituiré Perea a los rodios y a Átalo sus naves y los prisioneros supervivientes. Ni el Niceforio derribado ni el 3
recinto de Afrodita, soy capaz de reconstruirlos, pero mandaré plantas y hortelanos que tendrán cuidado del lugar: harán crecer los árboles ahora talados.» Tito 4
Flaminino se rió otra vez de aquella chanza; Filipo pasó 5
a los aqueos y, primero, enumeró los favores que habían recibido de Antígono[25] y, después, los de él mismo; a continuación adujo la magnitud de las honras que los aqueos le habían conferido. Finalmente, leyó 6
el decreto por el cual habían decidido abandonarle y pasarse a los romanos, cuyo texto utilizó como excusa para hablar muy duramente contra la ingratitud y la perfidia aqueas. Y a pesar de todo aseguró que les de- 7
volvería Argos; en cuanto a Corinto, lo deliberaría con Tito Flaminino.

Tras decir esto a los demás, se dirigió a Tito Flami- 7
nino y le preguntó (aclarándole que ahora su palabra era para él y para los romanos) si debía desalojar sólo las ciudades y los territorios griegos que había conquistado o también lo que había heredado de sus mayores.
Ante el silencio del romano estaban prestos a contes- 2
tar Aristeno por los aqueos y Feneas por los etolios.
Pero ya anochecía, circunstancia ésta que interrumpió 3
las conversaciones. Filipo sugirió que todos escribieran las condiciones en que se debía hacer la paz y que se

[25] De Antígono Dosón.

4 las entregaran. Él estaba solo y no tenía con quien
deliberar: por eso quería reflexionar a fondo sobre
5 lo que se le pedía. Tito Flaminino oía muy a gusto las
agudezas de Filipo, pero no quería que los demás lo
notaran, por lo que a su vez habló jocosamente al ma-
cedonio, y le dijo así: «Es lógico, Filipo, que estés
solo, pues has asesinado a los amigos, que mejor te po-
dían aconsejar»[26]. El macedonio sonrió maliciosamente,
pero no contestó.

6 Y entonces, después de los alegatos, todos dieron a
Filipo por escrito sus reivindicaciones y decidieron que,
7 al día siguiente, se encontrarían de nuevo en Nicea. En
la hora establecida de aquella jornada, Flaminino y sus
acompañantes estaban en el lugar señalado, pero Filipo
no se presentó.

8 El sol había avanzado ya mucho y Tito Flaminino
y sus edecanes ya no lo esperaban casi, cuando Filipo
compareció al atardecer; se presentó acompañado de
2 las mismas personas que el día anterior. Había emplea-
do tanto tiempo, afirmó, apurado por la dificultad de
las demandas que se le hacían, aunque los demás es-
taban convencidos de que quería excluir la oportunidad
de una acusación contra él por parte de los aqueos
3 y de los etolios. Efectivamente, en el día anterior, en
el momento de irse, Filipo había observado que ambos
deliberaban entre sí y que estaban dispuestos a hacerle
4 reproches. Entonces se acercó y pidió al general romano
hablar privadamente con él acerca de la situación: así
aquello no quedaría en una escaramuza verbal entre
ambas partes, sino que se pondría un fin auténtico a
5 la discusión. Lo suplicó y demandó muchas veces, y
Flaminino preguntó a sus acompañantes qué debía ha-
6 cer. Éstos le aconsejaron la entrevista y escuchar qué
era lo que decía. Entonces Flaminino se hizo seguir de

[26] Cf. VIII 12, 2.

Apio Claudio, tribuno militar, ordenó a los demás que
se retiraran un poco de la playa y que permanecieran
allí, e invitó a desembarcar a Filipo. El rey tomó con- 7
sigo a Apolodoro y a Demóstenes y bajó a tierra. Fue
al encuentro de Flaminino y dialogó con él largo rato.
Es difícil establecer lo que allí hablaron uno y otro, 8
pero, a su regreso, Flaminino expuso a los demás los
ofrecimientos del rey: devolvería a los etolios Farsalo 9
y Larisa, pero no Tebas. Cedía a los rodios Perea, pero
no se retiraría de Yaso ni del territorio de los bargi-
lios. Entregaría a los aqueos Corinto y Argos. Aseguraba 10
que entregaría a los romanos sus posesiones de Iliria
y los prisioneros, y que restituiría a Átalo sus naves y
cuantos supervivientes quedaran de las batallas na-
vales[27].

Todos los presentes[28] estaban descontentos de las **9**
condiciones de paz ofrecidas e insistían en que, primero,
Filipo debía cumplir la demanda exigida unánimemente,
esto es, retirarse de toda Grecia, pues de lo contrario
discutir los puntos uno por uno era vano y no condu-
cía a nada. Filipo se apercibió de que entre ellos había 2
desacuerdo, pero al propio tiempo temía verse acusado,
de modo que rogó a Tito Flaminino que difiriera la
reunión hasta el día siguiente, porque ya era tarde e
iba a caer la noche; él convencería o se dejaría conven-
cer acerca de sus demandas. El romano se mostró 3
de acuerdo y determinaron acudir todos a la playa de
Tronio[29]. Se separaron y, al día siguiente, acudieron
todos puntualmente al lugar señalado. En un breve par- 4
lamento, Filipo recomendó a todos, pero principalmente
a Tito Flaminino, que no rompieran las negociaciones

[27] El texto griego usa, ciertamente, el plural, pero Átalo tomó parte sólo en la batalla de Quíos.

[28] Excepto Flaminino.

[29] Tronio, capital de los locros epicnemidios, conquistada por Filipo en el año 208 a. C.

ahora, cuando los ánimos de la mayoría estaban ya
5 embargados del afán de paz y de concordia, a ver si por ellos mismos llegaban a un acuerdo acerca de los puntos en litigio. De lo contrario prometió que enviaría *una misión al senado romano para convencerle acerca* de aquel contencioso. Y si no lo lograba, él obedecería
6 lo que se le mandara. Filipo, pues, hizo esta proposición, pero todos dijeron que estas demandas eran inaceptables, por lo que se debían hacer preparativos
7 bélicos. Con todo, el general romano observó que, aunque también a él le parecía muy poco probable que
8 Filipo cumpliera alguno de aquellos ofrecimientos, sin embargo, la gracia solicitada por el rey no era obstáculo a sus propias operaciones, de modo que mani-
9 festó que era factible concedérsela. Explicó, además, que sin el consentimiento del senado romano resultaba imposible que algo de lo dicho allí entrara en vigor[30]. Y añadió que era una época muy oportuna para explo-
10 rar la voluntad de los senadores: en efecto, era invierno y los ejércitos no podían maniobrar, de manera que aquel tiempo no sólo no era inapropiado, al contrario, era el más apto para todos para trasladar al senado romano una consulta acerca de la situación.

10 Muy pronto estuvieron todos de acuerdo, porque veían que a Tito Flaminino le interesaba el recurso
2 al senado. Tomaron la resolución de permitir a Filipo enviar una legación a Roma, pero decidieron, igualmente, mandar también todos ellos embajadores que hablaran ante el senado romano acusando a Filipo.
3 La cosa discurría según los cálculos iniciales y la intención de Tito Flaminino en la reunión. Urdió, pues, lo que seguía en sus proyectos: aseguró con cuidado su propia posición y no cedió ninguna ventaja a Filipo,

[30] Esto es falso: sabemos por Tito Livio que el cónsul Flaminino gozaba de plenos poderes.

pues estableció una tregua de dos meses[31], le indicó 4
que en este tiempo debía enviar su embajada a Roma y le ordenó retirar inmediatamente las guarniciones que tenía en Fócide y en Lócride. Organizó también celo- 5
samente la defensa de sus propios aliados, para evitar que durante este tiempo los macedonios le infligieran mal alguno. Comunicó todo esto a Filipo por escrito, 6
pero desde entonces fue ya cumpliendo sus propios proyectos personalmente. Envió sin tardanza a Ami- 7
nandro a Roma porque conocía su ductilidad y sabía que se amoldaría a los amigos que él tenía allí por doquier que le llevaran; además causaría gran impacto e impresión por su título de rey. Y, luego, mandó 8
a los que propiamente eran sus emisarios, Quinto Fabio, que era sobrino de su esposa, y Quinto Fulvio; les acompañaba Apio Claudio apodado Nerón. Los em- 9
bajadores etolios eran Alejandro Isio, Damócrito Calidonio[32], Dicearco de Triconio, Polemarco de Arsínoe, Lamio de Ambracia y Nicómaco, un acarnanio de los 10
refugiados de Turios[33] que residían en Ambracia, Teodoto de Feras, un exilado de Tesalia residente en Estrato. Los aqueos delegaron a Jenofonte de Egio[34], y el 11
rey Átalo sólo a Alejandro. Los atenienses remitieron una delegación encabezada por Cefisodoro.

Todos éstos se presentaron en Roma antes de que el **11**
senado tomara acerca de los cónsules nombrados para aquel año la decisión de si debían ser enviados ambos

---

[31] De noviembre del 198 a enero del 197 a. C.

[32] Cf. XXI 31, 13. Fue general etolio en los años 200/199 a. C. Dicearco de Triconio será general bastante más tarde, en 195/194; los otros legados etolios nos son desconocidos.

[33] Turios es una ciudad acarnania.

[34] Aquí la tradición manuscrita griega vacila: mientras unos entienden «de Egas» *(Aigaí*, pequeña plaza al S. de Macedonia), otros leen, quizás más acertadamente, «de Egio», ciudad políticamente importante en esta época.

a la Galia o se consideraba preciso mandar uno de los
2 dos contra Filipo. Cuando los amigos de Tito Flaminino
vieron ya con certeza que ambos cónsules iban a que-
darse en Italia por el riesgo que representaban los ga-
los, hicieron entrar en el senado a todos los enviados
3 griegos a la vez y acusaron duramente a Filipo. Las in-
culpaciones eran por el estilo de las que formulaban
4 personalmente al rey, pero tuvieron buen cuidado de
procurar inculcar al senado que era imposible que los
griegos tuvieran idea de lo que es libertad si Calcis,
Corinto y Demetríade se veían sometidas por el ma-
5 cedonio. Pues aseguraban que era demasiada verdad
lo que el propio Filipo había dicho, a saber, que las
citadas plazas eran las cadenas de Grecia. ¡Interpre-
6 tación exacta! Y los peloponesios no podían ni tan si-
quiera respirar mientras hubiera en Corinto una guar-
nición real; ni los locros ni los beocios ni los focenses
podían permanecer tranquilos mientras el rey retu-
7 viera Calcis y el resto de la isla de Eubea. Y menos
todavía los tesalios y los magnesios iban a gustar la
libertad, si Filipo y sus macedonios continuaban en
8 Demetríade. Por eso, la retirada de Filipo de los otros
lugares era una simulación para salir bien parado de
un trance difícil. «Pero cuando le apetezca someterá
de nuevo a los griegos por el mero hecho de dominar
9 los lugares indicados.» De ahí que solicitaran del se-
nado que, o bien forzara a Filipo a evacuar todas estas
plazas, o se confirmara en la decisión de hacerle una
10 guerra sin cuartel. Y lo más duro de esta guerra ya
estaba hecho, pues los macedonios ya habían sufrido
dos derrotas [35] y, por tierra, se les había interceptado
11 la mayoría de los aprovisionamientos. Decían esto, y

[35] En el año 199 a. C., cuando Sulpicio forzó el paso modernamente llamado de Banitza, el mismo año en que Flaminino forzó el paso del río Aoo (3, 9).

exhortaban al senado a no defraudar a los griegos en
sus esperanzas de libertad y a no privarse ellos mis-
mos del más bello título de gloria. Los embajadores 12
griegos, pues, decían estas cosas y otras semejantes;
los de Filipo se habían preparado para hacer un dis-
curso más bien largo, que, sin embargo, vieron atajado
en su mismo principio, pues interrogados acerca de si 13
Filipo iba a abandonar Calcis, Corinto y Demetríade,
dijeron que sobre esto no disponían de mandato. Se 14
vieron cortados, por consiguiente, y aquí mismo les
suspendieron la intervención.

El senado mandó a los dos cónsules a la Galia, **12**
como ya dije más arriba[36], y decretó que la guerra
contra Filipo se debía continuar; se otorgaban a Tito
Flaminino plenos poderes en el frente de Grecia. La 2
información de esto pasó muy pronto a Grecia: a Tito
Flaminino todo le salía a pedir de boca. Ciertamente
la fortuna le ayudó algo, pero mucho más el hecho de
haberlo organizado todo con su propia previsión. Por- 3
que el hombre en cuestión era perspicaz como el que
más de los romanos. Manejó con tal acierto y prudencia 4
no sólo las empresas públicas, sino también sus inicia-
tivas particulares, que cualquier alabanza de ello re-
sulta pálida. Y, sin embargo, era joven, pues no pasaba 5
de la treintena. Fue el primer romano que cruzó Grecia
al mando de un ejército.

Definición de la traición[37]

Con frecuencia y en muchos **13**
temas me sobreviene, al menos a
mí, gran extrañeza acerca de los
errores humanos, principalmente en lo que atañe a los

[36] Cf. 11, 2.

[37] En los capítulos 13-15, Polibio presenta y defiende, e ilustra por vía negativa, el ideal helenístico de autonomía: es traidor no el que obliga a alianzas, o a cambiarlas, sino el que provoca la injerencia de la potencia aliada en los asuntos y los conflictos internos de su Estado para extraer de ello un beneficio o

2 traidores. De ahí que me proponga disertar sobre ellos
3 de modo adecuado a las circunstancias. Sé muy bien,
desde luego, que éste es un tema difícil de investigar
y de precisar. Sí, no resulta sencillo determinar quién
4 realmente debe ser tildado de traidor. Es claro que
no hay que tachar sin más de traidores a aquellos que
libremente se comprometen en una acción común
5 aliándose a reyes o a príncipes, pero tampoco a aque-
llos que, en tiempo de peligro, inducen a sus países
a cambiar sus relaciones establecidas por otras amis-
6 tades y alianzas. ¡Ni mucho menos! Precisamente mu-
chas veces unos hombres así han proporcionado a sus
7 patrias los máximos beneficios. Para no aducir ejem-
plos de tiempos remotos, será fácil entender mi afirma-
8 ción por la situación presente. Pues si Aristeno[38] no
hubiera hecho pasar en el momento oportuno a los
aqueos de su alianza con Filipo a una confederación
con los romanos, es evidente que su pueblo habría pe-
9 recido totalmente. Ahora bien, aparte de la seguridad
de que, desde entonces, han disfrutado todos, reina la
convicción de que Aristeno y su resolución han sido la
10 causa de la prosperidad de los aqueos, quienes, sin
excepción, lo han tratado no como un traidor, sino todo
lo contrario, lo han honrado como hombre salvador y
11 benemérito de la patria. Y lo mismo cabe afirmar de
los otros que gobiernan y actúan de modo semejante,
según las necesidades de los tiempos y de las situa-
ciones.

14 De modo que, aunque a Demóstenes se le han alabado muchas cosas, en esto puede merecer reproche:

---

para perjudicar a sus rivales. Un ejemplo concreto lo presentará después (XXIV 8-10) la política de Calícrates con Roma.

[38] Aristeno de Megalópolis, general de la liga aquea, que, en el año 198 a. C., hizo pasar la ciudad de Sición al partido de los romanos; hasta entonces había sido aliada de Filipo V. Polibio, pues, ilustra su tesis con ejemplos contemporáneos.

de manera indiscriminada y arbitraria lanzó la afrenta
más cruel a los hombres más conspicuos de Grecia,
cuando sostuvo que, en la Arcadia, Cércidas, Jerónimo 2
y Eucámpidas[39] habían traicionado a Grecia al aliarse
con Filipo. Y lo mismo en Mesenia, los hijos de Filía- 3
das, Neón y Trasíloco[40]; en Argos, Mirtis, Telédamo
y Mnáseas; de manera semejante en Tesalia, Dáoco y 4
Cineas[41]; en Beocia, Teogitón y Timolas[42]. Y a éstos 5
añadió muchos otros[43] citándolos por ciudades. Pero,
en realidad, todos ellos llevaban su buena razón y de-
fendían los derechos de sus conciudadanos, principal-
mente en Arcadia y Mesenia. Realmente, éstos al atraer 6
a Filipo hacia el Peloponeso[44], habiendo humillado pre-
viamente a los lacedemonios, en primer lugar permitie-
ron respirar y cobrar una idea de libertad a todos los
moradores del Peloponeso y, además, al recobrar los 7
territorios y ciudades que los lacedemonios en su época
de esplendor habían arrebatado a los mesenios, a los
megalopolitanos, a los tegeatas y a los argivos[45], hicie-
ron prosperar a sus propias ciudades: esto no lo niega
nadie. Y el pago de esto no iba a ser hacer la guerra 8

---

[39] Sobre Cércidas, cf. II 48, 4. De Jerónimo y Eucámpidas habla PAUSANIAS, VIII 27, 2, como ciudadanos de Ménalo, ciudad arcadia.

[40] Personajes desconocidos, así como también los siguientes, si bien de los segundos se puede afirmar que fueron ciudadanos de Argos.

[41] DEMÓSTENES, XVIII 295, añade un tercer personaje, Trasideo. Los tres sirvieron activamente la política de Filipo II.

[42] También aquí Demóstenes añade otro personaje, Anemoetas. Pero, por el testimonio de DINARCO, *In Demosthenem* 74, se le menciona como amigo de Demóstenes, de modo que su trayectoria política no fue uniforme.

[43] Es verdad: léase la larga lista de nombres que DEMÓSTENES ofrece en XVIII 295.

[44] Para la invasión de Laconia, por parte de Filipo, en el otoño del 338 a. C., cf. IX 28, 6; 33, 8.

[45] Cf. IX 33, 12.

a Filipo y a los macedonios, naturalmente, sino, bien al
revés, ayudarle con todas sus fuerzas en lo que le diera
9 gloria y honor. Si lo hubieran hecho aceptando en sus
países guarniciones de Filipo, o bien si hubieran dero-
gado las leyes y privado de libertad de expresión a sus
conciudadanos para su propio medro y dominación,
ciertamente hubieran merecido el apelativo de traidores;
10 pero si cumpliendo sus deberes para con su patria
difirieron de los atenienses al enjuiciar la situación y
creyeron que no convenía lo mismo a los atenienses
que a sus ciudades, por descontado que no por eso
11 Demóstenes debió de llamarles traidores. El que lo mide
todo según los intereses de su país y cree que todos los
griegos deben tener los ojos fijos en Atenas, y si no
lo hacen, los califica de traidores, éste me parece un
12 ignorante muy desviado de la verdad, principalmente
cuando lo que entonces sucedió en Grecia testifica que
no fue Demóstenes quien previó correctamente el fu-
turo, sino Eucámpidas, Jerónimo, Cércidas y los hijos
13 de Filíadas. A los atenienses su oposición a Filipo aca-
bó por llevarles a experimentar los máximos descala-
14 bros tras la derrota de Queronea. Y si no hubiera sido
por la magnanimidad del rey y su generosidad, la po-
lítica de Demóstenes hubiera costado desventuras aún
15 mayores a los atenienses. En cambio, los hombres an-
tes citados procuraron conjuntamente seguridad contra
los lacedemonios a los arcadios y a los mesenios, y les
ofrecieron tranquilidad, en tanto que cada uno en par-
ticular proporcionó a su patria grandes y abundantes
bienes.

15 De modo que determinar a quién se puede aplicar
con justicia el calificativo de traidor es dificultoso[46],
2 pero se dará en el clavo destinándolo principalmente

[46] En este capítulo, Polibio define positivamente el concepto de traidor.

a aquellos hombres que cuando se corre un riesgo ca-
pital entregan las ciudades al enemigo, y lo hacen para
salvarse, para prosperar o por diferencias políticas con
otros ciudadanos, y también se acertará, ¡por Zeus!, 3
tildando de traidores a los que aceptan una guarnición
extranjera y aprovechan esta ayuda externa en favor de
sus proyectos particulares y de sus ambiciones, con lo
que someten sus patrias a la potestad de otros más
poderosos. A todos éstos les cuadra, justamente, la de- 4
nominación de traidores. Y en verdad que de ello nunca 5
les ha correspondido provecho ni honor, sino, como es
bien notorio, lo contrario a todos sin excepción. Aquí 6
nos extrañan sus motivaciones de fondo: ¿qué es lo
que miran o qué cálculos hacen cuando se precipitan
a tal infortunio? Pues un traidor jamás pasó desaper- 7
cibido a una ciudad, a un ejército o a una fortaleza,
porque, aunque en el mismo momento de la acción
no se le descubra, el tiempo posterior los vende a todos.
Y nadie negará que, una vez descubierto, un traidor 8
ya no vive feliz, sino que recibe el castigo adecuado de
manos de aquellos mismos que se benefician de su fe-
choría. Los que muchas veces se aprovechan, a su co- 9
modidad, de los traidores son los generales y los go-
bernantes, pero cuando ya se han servido de ellos los
tratan como traidores, según dice Demóstenes[47]. Pues 10
lo natural es que piensen que quien ha entregado su
propia patria y sus amigos de antes al enemigo no les
será leal ni les observará fidelidad. Y aunque escapa- 11
ren a las manos de éstos, no les será fácil evitar las
de los traicionados. Y en la hipótesis de que consigan 12
esquivar el acecho de unos y de otros, durante toda

---

[47] He aquí el texto de DEMÓSTENES, XVIII 47: «Luego que el que busca gobernar se hace dueño de la situación y se convierte en señor de los que se lo han proporcionado, muy consciente de su perversidad, entonces les odia, desconfía de ellos y los ultraja.»

su vida les seguirá como verdugo la mala reputación
entre los hombres, que les presentará muchos miedos
infundados, pero otros muy reales, de día y de noche;
colaborará con los que les tramen algún mal, indicán-
13 doles cuál puede ser. Finalmente, ni durmiendo les
permitirá olvidar sus crímenes, les forzará a soñar todo
género de atentados y peripecias, conscientes como
son de la hostilidad que todos les profesan, del odio
14 universal contra ellos. Y aun siendo así las cosas, sin
embargo, a excepción de muy pocos casos, jamás a nadie
que lo haya precisado le ha faltado la ayuda de un
15 traidor. Se puede colegir razonablemente que el géne-
ro humano, que parece ser el más malvado entre los
vivientes, da buenos argumentos para ser considerado
16 también el más necio, pues los demás seres vivos sir-
ven a sus pasiones corporales y sólo éstas consiguen
afligirles, pero los hombres, por alta que sea la opi-
nión que nos hayamos formado de ellos, yerran no
menos por falta de razón que por culpa de la natura-
17 leza. Sobre este tema baste con lo dicho hasta aquí.

16

El rey Atalo en Sición[48]

El rey Átalo ya antes[49] había
recibido honores excepcionales en
la ciudad de Sición, cuando les
redimió[50] a muy alto coste las tierras consagradas a
2 Apolo. Le levantaron una efigie colosal de diez codos
3 de altura junto a la de Apolo en el ágora. Entonces les

---

[48] Cuando Filipo vio que su intento de aproximación al senado había fracasado, entabló conversaciones con Nabis, tirano de Esparta, sobre la plaza de Argos. Su oferta era: si ganaba la guerra contra los romanos, Argos quedaría en su poder, si la perdía la plaza pasaría a poder de Nabis, lo que realmente ocurrió. Pero Nabis traicionó a Filipo y abrió, a su vez, negociaciones con los romanos.

[49] En el año anterior, 198 a. C.

[50] La referencia es, seguramente, a que estas tierras de cultivos habían sido dadas como garantía contra una prestación de dinero en la época de la primera guerra macedonia.

hizo un nuevo donativo de diez talentos y de diez mil
medimnos de trigo; su popularidad creció enorme-
mente: le votaron una imagen de oro y decretaron
tributarle un sacrificio anual. Átalo, tras obtener to- 4
das estas honras zarpó hacia Cencreas[51].

Crueldad de la esposa de Nabis

Nabis, el tirano, dejó la ciudad 17
de Argos al cuidado de Timócra-
tes de Pelene[52], en quien confia-
ba mucho; se servía de él para las acciones de más
envergadura. Llegó a Esparta y, al cabo de pocos días, 2
envió a su mujer[53] con la orden de que se trasladara
a Argos para recaudar dinero. Y ella, una vez allí, su- 3
peró mucho en crueldad a Nabis, pues iba convocan- 4
do a las mujeres, unas a solas, otras agrupadas por
familias, y empleaba todo género de ultrajes y violen-
cias; expolió a casi todas no sólo de sus ornatos de oro, 5
sino también de sus vestidos más preciosos.

De un discurso de Atalo en Tebas

Átalo les hizo un discurso más 6
largo, en el que recordó la vir-
tud heredada de sus antepa-
sados.

Batalla de Cinoscéfalas[54]: comparación entre la legión romana y la falange macedonia

Tito Flaminino no podía descu- 18
brir dónde acampaba el enemi-
go, pero sabía con certeza que ya
se encontraba en Tesalia, de modo
que ordenó a todos sus hombres
cortar estacas y llevárselas con-
sigo, porque en aquella ocasión podían servir. Según 2
el uso griego, esto parece imposible, pero según el ro-
mano es muy hacedero. Efectivamente, los griegos en 3

---

[51] Sobre Cencreas, cf. V 29, 5, y la nota 164 del libro II.

[52] Cf. IV 81, 7 y XVI 37, 5.

[53] Se llamaba Apega, cf. XIII 7, 2 y sigs.

[54] Cf. la nota 1 de este libro. La palabra «Cinoscéfalas» (=cabezas de perro) no designa un monte, sino toda la cadena montañosa que va de Larisa a Farsalo.

las marchas apenas si pueden con sus picas, a duras
penas soportan las fatigas que éstas les producen,
4 pero los romanos se cuelgan de las espaldas sus an-
chos escudos mediante correas de cuero y llevan en
las manos sólo sus lanzas, por lo que pueden trans-
portar también lo necesario para plantar una estaca-
5 da. A su vez, resulta que hay una gran diferencia entre
6 ellas, pues los griegos juzgan que la mejor estaca es
la que tiene más vástagos y muy fuertes alrededor del
7 tronco, mientras que los romanos prefieren estacas
con dos o tres, o, a lo sumo, cuatro [horcas o ramas
laterales,] y escogen las que tienen [vástagos en la
8 punta,] no alrededor. De lo que se sigue que el acarreo
es muy fácil —un hombre lleva tres o cuatro estacas
atadas en un haz— y su uso es extraordinariamente
9 seguro. En cambio, las estacas de los griegos, cuando
se plantan delante de la acampada, son muy fáciles de
10 arrancar, pues las partes de ellas que son duras, com-
pactas y simples quedan hundidas en el suelo y los
vástagos, como son muchos y grandes, si dos o tres
hombres tiran de ellos, permiten arrancar las estacas
11 sin excesivo esfuerzo. Logrado esto, inmediatamente se
abre una brecha, debido al tamaño de las estacas y
porque éstas en la empalizada están poco entrelazadas
12 o entretejidas entre sí, todo lo contrario que entre los
romanos. Pues éstos disponen las estacas enredadas
unas con otras de tal forma que no es fácil distinguir
en las puntas a qué vástago pertenecen de las estacas
clavadas en el suelo, ni, a su vez, ver en qué vástago
13 acaban. Además, no es posible introducir la mano y
tirar de ellas, porque las estacas se han plantado tu-
pidamente, pegadas unas a otras, y sus puntas se han
14 afilado cuidadosamente. Y aun si se logra meter la
mano no es fácil arrancarlas, primero porque todas
las partes externas poseen un poder de resistencia ab-
15 soluto que les viene del suelo y, en segundo lugar,

porque el hombre que tira de una estaca se ve obligado a arrancar muchas que le siguen debido a estar entrelazadas unas con otras; no es normal que dos o tres hombres se cojan a la misma. Y si alguno logra arran- 16
car dos o tres estacas, el agujero ni se ve. Por eso, 17
al ser tan grandes las ventajas, ya que esta empalizada se dispone fácilmente, se traslada con comodidad y su uso es firme y seguro, es evidente que si un dispo- 18
sitivo militar romano es digno de admiración e imitación, es éste [55]. Yo al menos lo creo así.

Tito Flaminino, pues, tras preparar las estacas por **19**
si le eran útiles en alguna ocasión, avanzó [56] al paso con todo su ejército; cuando llegó a cincuenta estadios de la ciudad de Feras [57], acampó allí. Al día si- 2
guiente, al despuntar el alba mandó unos exploradores que investigaran por si podían encontrar medios de descubrir dónde estaba y qué hacía el enemigo. Filipo, sabedor por aquellos mismos días de que los 3
romanos tenían el campamento no lejos de Tebas, levantó el campo y avanzó desde Larisa con todo su ejército; hacía la marcha en dirección a Feras. Cuan- 4
do distaba unos treinta estadios de esta plaza esta-

---

[55] En un coloquio sostenido tras la comunicación de F. W. WALBANK, «Polybius between Greece and Rome», en *Polybe. Neuf exposées...*, págs. 3-31, el profesor Marsden *(ibid.*, pág. 37) parte de esta comparación entre las estacas griegas y las romanas, decidiendo que éstas son mejores, para señalar, negativamente, que Polibio no llegó a contestar la pregunta que da origen a su historia, el porqué de la superioridad romana sobre el universo, los famosos cincuenta y tres años en que se adueñó prácticamente de todo el mundo conocido (cf. I, 1, 5). Nicolet repuso que la respuesta sí existe, a saber, todo el libro VI polibiano, que contiene el tratado *de militia romana* y el estudio de la Constitución de Roma.

[56] Desde Tebas de Ptía; lo sabemos por TITO LIVIO, XXXIII 5, 1-4.

[57] Feras está en la Pelasgiótide; es la actual Velestino.

bleció allí su campamento y ordenó a todos que tu-
5 vieran el oportuno cuidado de sus personas. Y, al albo-
rear, puso en movimiento su ejército: a los habitua-
dos a marchar en primera posición en él les mandó
ir por delante con la consigna de rebasar las alturas
de Feras. Él mismo, avanzado ya el día, movió todas
6 sus tropas desde la empalizada. Poco faltó, pues, para
que las avanzadillas de ambos bandos chocaran en las
7 cimas. Pero se atisbaron mutuamente en la oscuridad.
Y se detuvieron en las inmediaciones unas de otras,
remitiendo al punto información a los jefes respecti-
vos acerca de lo ocurrido: requerían instrucciones al
8 respecto. [Los generales decidieron permanecer aquel
día] a la expectativa, y llamaron a las avanzadillas a
9 sus campamentos de entonces. Al día siguiente los dos
comandantes en jefe enviaron a inspeccionar a cierto
número de jinetes y de soldados de infantería ligera,
unos trescientos por bando; entre los suyos, Tito Fla-
minino incluyó dos escuadrones[58] de etolios, porque
10 conocían bien los lugares. Los dos destacamentos se
encontraron cerca de Feras en la ruta que conduce a
11 Larisa y trabaron un combate feroz. La fuerza que iba
al mando de Eupólemo de Etolia[59] peleó vigorosamen-
te; cuando reclamó de los italianos que tomaran parte
en la acción, los macedonios se vieron en situación
12 difícil. Con todo, la escaramuza se prolongó por mu-
cho tiempo; luego los combatientes se replegaron a
sus acampadas.

20 Al día siguiente, ambos generales, a quienes des-
agradaban los parajes de Feras, debido a que esta-

---

[58] Seguramente de caballería; la palabra griega no lo precisa. Por lo demás, lo que realmente destacaba del ejército etolio era la caballería.

[59] Deportado a Roma el año 170 a. C., como jefe de la facción etolia antirromana, no puede excluirse que conociera personalmente a Polibio y le explicara el desarrollo de la batalla.

ban cultivados y llenos de jardines con sus cercados[60], se retiraron de allí. Filipo hizo la marcha en dirección 2
a Escótusa[61], con la esperanza de procurarse abastecimientos en esta ciudad; después, aprovisionado ya suficientemente, quería encontrar una posición adecuada a sus fuerzas. Pero Tito Flaminino sospechando su in- 3
tención movió su ejército[62] al tiempo que lo hacía Filipo: quería adelantarse a talar las cosechas de Escótusa. Entre las rutas de ambos se alzaban unas lo- 4
mas bastante altas, de manera que ni los romanos vieron hacia dónde se dirigían los macedonios, ni éstos comprobaron la marcha de los romanos. Ambos gene- 5
rales emplearon todo el día: Tito Flaminino llegó al lugar denominado Eretria[63], [en el país de Ptía,] y Filipo al río Onquesto[64]; los dos acamparon sin conocer la situación del campamento rival. En la jornada 6
siguiente avanzaron otra vez y volvieron a acampar: Filipo, en Melambio, una aldea llamada así, y Tito Flaminino, en Tetideo[65], en las campiñas de Farsalia; todavía ahora cada bando ignoraba la posición del contrario. Se produjo una lluvia torrencial y una tronada 7
formidable, y al día siguiente por la mañana cayó sobre la tierra una niebla tan espesa que no se podía ver

---

[60] Los cercados eran lo que obstaculizaba a los combatientes.

[61] Cf. X 42, 3; cf. también nota 162 del libro X.

[62] Sobre las marchas y contramarchas que precedieron a la batalla de Cinoscéfalas, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., donde hay un plano de toda la operación.

[63] No es la Eretria más conocida de la isla de Eubea, sino la de Ptiótide, lo que precisa la restitución de la laguna inmediata.

[64] El río Onquesto, que pasa por la ciudad que llevaba su nombre, es el actual Platanoreuma, en el centro de Beocia.

[65] La grafía no es segura; algunos manuscritos dan Testideo. Como sea, estaba al S. de Tesalia. En Testideo transcurre la acción de la *Andrómeda* de Eurípides. Quizás no sea exactamente un topónimo, sino un barrio de la ciudad de Ptía.

8 nada ni a una mínima distancia. Con todo Filipo, que
quería ejecutar como fuera sus planes, levantó el cam-
9 po y se puso en marcha con todo su ejército. Pero,
al ser obstaculizado en su marcha por la densa niebla,
tras un breve recorrido hizo acampar a sus fuerzas detrás de la empalizada y envió hombres a vigilar; les ordenó ocupar las alturas de los altozanos intermedios.

21 Tito Flaminino, acampado junto a Tetideo, estaba preocupado porque desconocía la situación del enemigo; dispuso, pues, diez escuadrones de caballería y unos mil hombres de infantería ligera y los envió con la orden de recorrer el país y explorarlo cuidadosamente.
2 Éstos avanzaron en dirección a las cimas y, al caer
sobre ellas, pasaron desapercibidos a los macedonios
3 que las ocupaban debido a la oscuridad del día. Al
principio, éstos quedaron algo desconcertados, pero luego, al cabo de poco, los dos destacamentos comenzaron a tantearse y, además, informaron a sus jefes
4 de lo acaecido. En el choque los romanos llevaron ini-
cialmente la peor parte y se veían en mala situación,
atacados por los vigías macedonios, de modo que en-
5 viaron una demanda de ayuda a su campamento. Tito
Flaminino mandó llamar a los etolios de Arquidamo[66] y de Eupólemo y a dos de sus centuriones, y les mandó con quinientos jinetes y dos mil soldados de infan-
6 tería. Cuando éstos se añadieron a los que ya desde
el principio pugnaban en la escaramuza, la batalla ofre-
7 ció al punto un giro opuesto, pues los romanos cobra-
8 ron la moral que les significaba el refuerzo, mientras
que los macedonios se defendían con coraje, pero, puestos ahora en aprieto y totalmente superados, se refugiaron en las cimas y pidieron socorro al rey.

[66] Este Arquidamo aparecerá más tarde como líder de la facción etolia antirromana, es decir, habrá cambiado de partido, cf. XX 9, 2; XXVIII 4, 8. Sobre Eupólemo, cf. 19, 11.

Filipo no esperaba en modo alguno, por los moti- 22
vos aducidos[67], que precisamente aquel día se diera la
batalla decisiva; había mandado muchos hombres de
su campamento a forrajear. Pero por los que le venían 2
de diversos lugares supo lo que ocurría. La niebla ya
se había disipado; él avisó a Heraclides de Girtonio,
que mandaba la caballería tesalia, a León, hiparco
de los macedonios, y los envió, acompañados de Ate-
nágoras y de todos los mercenarios, a excepción de
los tracios. Este refuerzo estableció contacto con sus 3
camaradas exploradores. Ahora fueron los macedonios
los que recibieron una ayuda fuerte. Y se lanzaron
contra el adversario, expulsando, a su vez, a los romanos
de las alturas. El máximo obstáculo con que tropeza- 4
ron para poner en una fuga definitiva al enemigo fue
el amor propio de la caballería etolia[68]. Los etolios, 5
efectivamente, en la misma medida en que en el com-
bate de a pie, cuando se trata de batallas campales,
son torpes tanto por su armamento como por su mane-
ra de ordenarse, sobresalen en los choques de caba-
llería entre todos los demás griegos tanto en los en-
cuentros en grupo como en los duelos singulares.
También entonces contuvieron la arremetida adversaria 6
y los romanos no se vieron empujados hasta una pe-
queña llanura inmediata, sino que a corta distancia
de ella, se revolvieron y plantaron cara. Tito Flaminino 7
vio no sólo que su infantería ligera y su caballería
habían cedido, sino también que esto había infundido
pasmo en todo su ejército. Le hizo salir íntegramente
y lo alineó al pie de las colinas. Fue entonces cuando 8
un mensajero tras otro de las fuerzas de cobertura
corrían hacia Filipo y gritaban: «¡Oh rey! El enemigo

[67] Las malas condiciones atmosféricas.

[68] Cf. 19, 11.

huye: no dejes pasar esta oportunidad. Los bárbaros
no nos resisten, éste es tu día, ésta es tu ocasión.»
9 Aunque Filipo no estaba muy conforme con aquellos
parajes, sin embargo se vio inducido a la batalla. Las
lomas citadas se llaman de Cinoscéfalas. Son escarpa-
10 das y cortadas a pico; su altura es considerable. Filipo
se daba perfecta cuenta de lo poco apropiado del lu-
gar e, inicialmente, jamás se hubiera avenido a dar una
batalla allí, pero entonces, estimulado por las espe-
ranzas exageradas de aquellos mensajeros, mandó sa-
lir a sus tropas de la empalizada.

23 Tito Flaminino ordenó en línea todo su ejército;
atendía a los suyos que estaban combatiendo y, al mis-
mo tiempo, recorría las filas de los demás y las aren-
2 gaba. Su alocución era breve, pero tenía su empaque,
y además era familiar al auditorio. Porque señalándo-
les con la mano al enemigo que ahora tenían claramen-
3 te a la vista, decía a sus soldados: «¡Hombres! ¿No
son éstos los macedonios que, cuando en Macedonia do-
minaban el paso de Eordea, vosotros, a las órdenes
de Sulpicio, forzasteis a huir hacia las alturas, des-
4 pués de hacer en ellos una carnicería? ¿No son éstos
los macedonios que, cuando ocupaban en el Epiro unas
rutas difíciles por las que nadie creía posible hacer
discurrir el ejército, vosotros con vuestro valor obli-
gasteis a tirar las armas y a huir hasta refugiarse en
5 Macedonia? ¿Qué razón tenéis ahora para recelar si
vais a combatir en igualdad de condiciones contra unos
hombres así? ¿Qué hecho en vuestro pasado os hará
mirar con aprensión? ¿No es precisamente lo contra-
6 rio, que el pasado os debe infundir valor? Por eso,
soldados, cobrad ánimo y lanzaos confiadamente a la
pelea. Estoy convencido de que, con el favor de los
dioses, la batalla de ahora pronto tendrá el mismo des-
7 enlace que las contiendas anteriores.» Tito Flaminino,

pues, habló así, y ordenó que el ala derecha[69] se que-
dara donde estaba, con los elefantes por delante; el
ala izquierda, ocupada por la infantería ligera, avanzó
impetuosamente contra el adversario. Las tropas de van- 8
guardia de los romanos, apoyadas ahora por la infan-
tería de las legiones, se revolvieron y atacaron al ene-
migo.

Filipo, en aquel mismo instante, al ver que la ma- **24**
yor parte de su propio ejército ya se había alineado
delante de la empalizada, recogió personalmente a sus
peltastas y guió la parte derecha de su falange, tre-
pando enérgicamente por las colinas; encargó a Nica- 2
nor[70], apodado «el elefante», el cuidado de que el resto
del ejército les siguiera por el mismo sendero. Así 3
que los primeros hombres alcanzaron las cumbres, los
formó en línea hacia la izquierda y se adelantó a ocu-
parlas. Y las encontró desguarnecidas, pues antes las
primeras filas de macedonios habían ejercido fuerte
presión sobre los romanos, que se habían retirado al
otro lado de las colinas. Organizaba todavía el ala de- 4
recha de su ejército, cuando le llegaron sus mercena-
rios, acosados duramente por los rivales. En efecto, la 5
infantería ligera romana había recibido el refuerzo de
la pesada, según expliqué un poco más arriba[71], apo-
yando su pelea y asumiendo como por turno el come-
tido de la primera: embistió enérgicamente a los ma-
cedonios y mató a muchos de ellos. Filipo al principio, 6
cuando llegó, al ver que su infantería ligera había tra-
bado combate no lejos del campamento romano, re-
bosaba de satisfacción, pero ante el cambio, al com- 7
probar que los suyos cedían y que demandaban ayuda,
se vio forzado a socorrerlos y a jugarse ya entonces

[69] Formada por una legión y sus auxiliares.
[70] Cf. XVI 27, 1.
[71] Cf. 23, 8.

el todo por el todo, aunque la mayor parte de su falange estaba todavía en marcha, ascendiendo por las la-
8 deras de las lomas. Recogió a los que ya combatían y los situó a todos, infantes y jinetes, en el ala derecha. Ordenó a los peltastas y a la falange duplicar su pro-
9 fundidad y apretarse hacia la derecha. Realizado lo cual, estando ya el enemigo al alcance de la mano, ordenó a los soldados de la falange enristrar las picas y, a la
10 infantería ligera, llegar al cuerpo a cuerpo. En aquel mismo momento, Tito Flaminino recibió también, en los espacios vacíos que dejaban sus manípulos, a los de sus avanzadillas y cargó contra el enemigo.

25 El choque frontal de ambos bandos fue terrible, acompañado de un griterío ensordecedor, ya que en los dos ejércitos se entonó el grito de guerra y, desde fuera del combate, se animaba a los combatientes. Lo que ocurría era para dejar atónito y para inspirar horror.
2 El ala derecha de Filipo se batió espléndidamente durante el encuentro, porque atacaba desde un lugar más alto. La gravedad de su formación le daba ventaja y su armamento se adaptaba más a aquel tipo de lucha.
3 Por lo que tocaba al resto del ejército macedonio, los que seguían a las tropas ya entradas en combate estaban aún lejos del enemigo y el ala izquierda acababa de alcanzar las alturas y empezaba a aparecer
4 por las cimas. Tito Flaminino comprendió que sus hombres no podrían contener la avalancha de la falange: su ala izquierda se había visto forzada a retroceder, algunos de sus hombres habían muerto y el resto se
5 retiraba en desorden. Su única esperanza de salvación radicaba en el ala derecha, por lo que se puso perso-
6 nalmente a su mando. Observó que, de los enemigos, los que seguían a los que habían entrado en combate resultaban inoperantes; que los de las cimas bajaban contra él, y que otros se quedaban en las cumbres, por lo que emplazó delante de su formación a los elefantes

e hizo avanzar a los manípulos romanos contra el adversario. Los macedonios no tenían quien impartiera 7
órdenes[72], no podían concentrarse para adoptar la formación propia de la falange por las dificultades del lugar y porque los que estaban a continuación de los combatientes avanzaban en formación de marcha y no de combate, de manera que ni tan siquiera se opusieron 8
a los romanos, sino que, empavorecidos por los elefantes, se diseminaron y huyeron.

La mayoría de los romanos persiguió a éstos y los **26**
mató, pero uno de los tribunos militares que no tenía 2
más de veinte manípulos, en el mismo momento de la refriega pensó qué sería más útil hacer, y con ello, contribuyó no poco a la victoria total. Al apercibirse 3
de que Filipo con sus hombres se había adelantado mucho a los demás y de que ejercía una fuerte presión sobre el ala izquierda romana, dejó el ala derecha, donde la victoria era ya indiscutible, se dirigió hacia los que todavía peleaban, se aproximó por detrás y atacó a los macedonios por la espalda. Y, como la ope- 4
ración de la falange macedonia no le permite girar sobre sí misma ni entablar combates individuales, el tribuno en cuestión fue acosando y matando a los que tenía a su alcance, que no podían defenderse, hasta que 5
al final también aquí los macedonios se vieron obligados a tirar las armas y a emprender la huida. Y los romanos que ya habían empezado a ceder delante de éstos se rehicieron y atacaron a su vez. Como ya dije, 6
al principio Filipo, guiándose por lo que ocurría en su propia ala, estaba convencido de su victoria indiscutible; entonces, al ver que de repente los macedonios 7
tiraban las armas y que el enemigo les disparaba por la espalda, acompañado de algunos jinetes y de algunos hombres de a pie, se retiró un poco del choque

[72] Parece que Polibio se ha olvidado de Nicanor. Cf. 24, 12.

8 y contempló el conjunto. Se percató de que los roma-
nos, en la persecución de su ala izquierda, ya se apro-
ximaban a las cimas, por lo que reunió de aquel lance
el mayor número posible de tracios y de macedonios,
9 y *emprendió la huida. Tito Flaminino persiguió* a los
fugitivos; en los collados se encontró que las forma-
ciones macedonias acababan de ocupar las cimas. Pri-
mero se detuvo, [inseguro sobre lo que debía hacer,]
porque el enemigo se mantenía con las picas en alto,
10 que es lo que acostumbran a hacer los macedonios
11 cuando se rinden o se pasan al adversario. Cuando
conoció el sentido de lo que ocurría, contuvo a los que
estaban con él, porque quería salvar a los vencidos.
12 Ésta era la intención de Tito Flaminino, pero algunos
romanos de los que se habían adelantado asaltaron
a los macedonios desde un lugar eminente y les aco-
metieron, matando a la mayoría. Sólo unos pocos con-
siguieron salvarse tirando las armas [73].

27 La pelea, pues, cesó en todas partes con la victoria
de los romanos. Filipo se retiró hacia el valle de Tem-
2 pe [74]. El primer día pernoctó en la llamada Torre de
Alejandro y, al siguiente, avanzó hasta Gonnos [75], pero
se quedó en la entrada de Tempe, con la intención de
recoger a los que se hubieran podido salvar en la huida.
3 Los romanos persiguieron durante algún tiempo a los
fugitivos, pero luego unos se dedicaron a desvalijar

[73] Ésta es la primera gran derrota de Filipo V, que los historiadores comparan con la que Napoleón sufrió en Jena en 1806 a manos de los prusianos. El resultado de la batalla fue que, desde entonces, la dinastía macedonia se vio reducida a sus límites estrictos. Como protagonista de la historia general de Grecia, Macedonia se esfumó.

[74] Valle de 8 km. de longitud, famoso en la antigüedad por la belleza de sus paisajes y su vegetación. Es el paso natural de Grecia central a Macedonia. Por él fluye el río Peneo.

[75] No sabemos dónde estaba la Torre de Alejandro; Gonnos estaba en la punta occidental del valle de Tempe.

a los muertos, otros juntaron a los prisioneros y la mayoría se lanzó a saquear el campamento enemigo.
Pero, en eso, se encontraron con que los etolios se 4
les habían anticipado. Y, como les pareció que se veían privados de una ganancia que les correspondía, empezaron a quejarse de los etolios y a decir al general que los riesgos se los imponía a ellos, mientras que
concedía las ganancias a los otros. Y regresaron a su 5
propio campamento, donde pasaron la noche. Al día siguiente reunieron a los prisioneros, juntaron el resto
del botín y avanzaron, marchando hacia Larisa. En esta 6
batalla murieron unos setecientos romanos; de los macedonios, en conjunto, perecieron unos ocho mil y
cayeron prisioneros no menos de cinco mil. Y éste 7
fue el desenlace de la batalla librada en Tesalia, en Cinoscéfalas, entre los romanos y Filipo.

Crítica del armamento romano

Yo, por mi parte, en el libro 28
sexto dejé prometido que, cuando encontrara un lugar apropiado, emitiría un juicio acerca del armamento romano y del macedonio, en qué difieren el uno del otro ventajosa y desventajosamente; ahora, sobre los propios
hechos, intentaré cumplir totalmente mi promesa[76]. 2
Porque la formación macedonia probó por sus mismas acciones en la época anterior que era superior a las formaciones griegas y a las del Asia, y la de los romanos aventajó a todos los pueblos de África y de
Europa occidental[77]. En nuestra época, no una vez sino 3

[76] Esto es típico del método de Polibio: no trata los temas en abstracto, sino que espera a hacerlo cuando un caso concreto se presta a ilustrar su tesis. Aquí, concretamente, cf. VII 13, 2.

[77] Polibio concibe aquí la confrontación de la legión romana y la falange macedonia como una final de un campeonato, en el que ambas han eliminado, sucesivamente, a sus rivales respectivos.

muchas, ha habido confrontación de estas formaciones
4 y de sus hombres, por lo que será útil y a la vez atractivo investigar las diferencias, por qué sucede que los romanos son superiores y se llevan el primer puesto
5 en las batallas que se dan en las guerras. No digamos que es sólo por un azar[78] ni felicitemos sin más a los triunfadores, que es lo que hacen los hombres necios; sepamos las causas verdaderas y alabemos y admiremos razonadamente a los generales.

6 De las batallas que los romanos sostuvieron contra Aníbal y de las derrotas que sufrieron no es preciso tratar otra vez, ya que, si experimentaron tales desastres, no fue debido a su armamento ni a su formación, sino a la habilidad y al talento de Aníbal,
7 cosa que nosotros ya pusimos en claro y demostramos
8 con ocasión de las mismas contiendas. Da buen testimonio de nuestro relato, en primer lugar, el final de la guerra de ahora; pues cuando los romanos han dispuesto de un general de la altura de Aníbal, el triunfo
9 les ha seguido inmediatamente; en segundo lugar el mismo Aníbal, que descartó su armamento tradicional y, así que obtuvo el primer triunfo, armó sus tropas al punto con armas romanas, y desde entonces las usó
10 siempre más. Pirro, ciertamente, no sólo adoptó el armamento romano, sino también tropas italianas, alternando un manípulo y una unidad de falange en sus
11 luchas contra los romanos. Pero ni así consiguió vencer, sino que el resultado de sus batallas siempre le resultó dudoso.

12 Acerca de estos temas era preciso anteponer lo dicho para evitar cualquier cosa que se oponga a nuestras afirmaciones. Y ahora trato ya directamente la comparación propuesta.

---

[78] No es el azar el que decide una batalla, sino la razón, cf. II 7-8.

Teniendo, como tiene, la falange sus características 29
propias y su potencia, es fácil entender (para ello hay
muchos argumentos) que nadie puede resistir su ataque
frontal ni su arremetida. Cuando su formación se aprie- 2
ta para entrar en liza, cada hombre con sus armas
ocupa un espacio de tres pies de ancho; la longitud de
las picas, según su diseño primitivo, fue de dieciséis
codos, pero, adaptada a las necesidades actuales, es de
catorce, de los cuales hay que descontar la distancia 3
entre las dos manos del que la empuña y la longitud
de la parte propiamente llevada detrás, que sirve para
tenerla abatida, cuatro codos en total. Es evidente, pues, 4
que se alarga diez codos por delante del cuerpo de cada
hoplita cuando éste va contra el enemigo y la aferra
con ambas manos. El resultado es que las picas de 5
la hilera segunda, tercera y cuarta sobresalen más, y
las de la quinta, dos codos por delante de los hom-
bres de la primera fila. Y la falange no pierde sus ca-
racterísticas en lo referente a su longitud y a su espe-
sor, según demuestra Homero en lo que sigue: 6

Juntó casco con casco, escudo con escudo, hombre con hombre
y los penachos brillantes de los cascos, de crin de caballo,
se unían al agacharse: tan apretados se colocaron[79],

cosa dicha con tanta belleza como verdad, ya que es 7
evidente que las picas se adelantarán a los hombres
de primera fila cinco codos, pues en longitud distan
dos una de otra.

De ahí se puede ver fácilmente la potencia de ataque, 30
la fuerza que, naturalmente, tiene la falange a dieci-
séis hileras de profundidad. Los que están detrás de 2

[79] Versos de la *Ilíada* XIII 131-133.

la quinta hilera no pueden intervenir directamente en la embestida, por lo que no levantan las picas contra el
3 adversario: las llevan sobre los hombros para asegurar por arriba el conjunto de la formación; las picas, compactas, defienden de aquellos proyectiles que vienen lanzados por encima de los combatientes y que pueden caer en las filas delanteras o en los que las siguen
4 inmediatamente. Y éstos, por la presión de sus cuerpos en la arremetida empujan violentamente a los precedentes y hacen duro su ataque; resulta imposible que los de las primeras filas den la media vuelta[80].

5 Ésta es, en su conjunto y en sus partes, la disposición de la falange; ya podemos tratar el armamento romano, la formación romana en su organización to-
6 tal, y comparar diferencias y peculiaridades. También los romanos ocupan con sus armas un espacio de tres
7 pies cuadrados. Pero, puesto que en su modo de luchar cada uno se mueve separadamente, porque el escudo protege el cuerpo girándose siempre a prevenir la posible herida, y el legionario romano en el combate
8 lucha con la espada que hiere de punta y de filo, es notorio que se precisará un orden más suelto y un espacio por lo menos de tres pies entre hombre y hombre en la misma fila colateral y longitudinal, si han de
9 cumplir a satisfacción su cometido. La conclusión será que cada legionario romano se opondrá a dos soldados de la primera fila de la falange, de modo que su lucha y
10 su encuentro serán contra diez picas, y que, cuando se ha entrado en combate, un hombre no puede golpear, por muy rápido que actúe, ni logra fácilmente forzar, tanto menos cuanto los romanos apostados en segundo término no pueden colaborar con los delanteros ni en
11 su esfuerzo ni en la acción de las espadas. En resumen, se ve muy claro que, frontalmente, es imposible

[80] Para huir.

resistir el ataque de la falange cuando ésta mantiene
su peculiaridad y su fuerza; ya lo dije al principio.

¿Qué causa, pues, hacía triunfar a los romanos y 31
cuál era el fallo de los que usaban la formación en
falange? Resulta que la guerra no tiene determinados ni 2
el momento ni el lugar de la acción, y la falange sólo
dispone de una ocasión y de un tipo de terreno en
los que puede ser totalmente útil. Si a los rivales les 3
fuera forzoso avenirse a los sitios y ocasiones propias
de la falange cuando se trata de una batalla decisiva,
sería natural, según lo dicho, que los que usan tal for-
mación se alzaran siempre con la victoria, pero si es 4
posible y aun fácil esquivar estas condiciones, ¿cómo
puede ser temible esta formación? Es cosa recono- 5
cida que la falange necesita lugares llanos y sin vege-
tación, y que, además, no tengan obstáculos, me refie-
ro a fosos, surcos, barrancos o a corrientes fluviales,
todo lo cual es suficiente para perturbar y aun echar 6
a perder la formación de que se trata. También todo el 7
mundo estará de acuerdo en que es muy difícil, por
no decir imposible, encontrar lugares ya de veinte esta-
dios cuadrados, ya de más, libres de todo lo que se
mencionó. Pero con todo, supongamos que se han en- 8
contrado: si el otro bando combatiente no accede a
ellos, sino que recorre y devasta el país y el de sus
aliados, y sus ciudades, ¿qué provecho se extraerá de
la formación en falange? Ésta, si se queda en los lu- 9
gares que le convienen, no sólo no aprovechará a sus
aliados, sino que ni se salvará a sí misma. En efecto, 10
el enemigo interceptará cómodamente el suministro de
provisiones cuando domine indisputadamente el cam-
po libre; si la falange quiere hacer algo y abandona 11
el terreno propicio, el adversario la manejará sin di-
ficultad. Supongamos incluso que alguien, en su con- 12
frontación con la falange, accede al terreno llano, pero
no arriesga todo su ejército en una sola ocasión, sino

que mantiene alejadas del choque una pequeña parte
de sus fuerzas: lo que sucederá se echa de ver por lo
que ahora hacen los romanos.
32 Pues no hay que demostrar con palabras lo que
hemos expuesto hasta ahora, sino con hechos ya ocu-
2 rridos. Los romanos no alinean sus legiones longitudi-
nalmente a la falange, sino que parte de ellas inicial-
mente no entra en combate[81]; sólo la restante ataca
3 al enemigo. Y sólo por esto, tanto si los soldados de la
falange presionan a los que se lanzan de frente con-
tra ellos como si se ven apremiados por éstos, las pro-
4 piedades de la falange se desvanecen, porque o per-
seguirán a los que ceden o huirán de los que les aco-
san y abandonarán a los demás componentes de su
5 formación, tras lo cual ya se ha dado a la reserva ene-
miga un espacio vacío, el que los de la falange ocu-
paban, que ya no podrán atacar de frente; el adversario
asaltará a la falange por los flancos y por la espalda.
6 Cuando resulte fácil evitar las ventajas y la oportuni-
dad de la falange, pero ésta no pueda esquivar lo que
le es adverso, ¿cómo no se seguirá en la práctica que
7 la diferencia entre los dos sistemas es enorme? Los
que usan la formación en falange deben necesariamen-
te recorrer lugares de todo tipo y acampar en ellos,
también anticiparse a ocupar posiciones estratégicas,
deben asediar o soportar asedios y afrontar aparicio-
8 nes inesperadas de sus rivales: todo esto pertenece a
la guerra e influye largamente en la obtención de vic-
9 torias ya importantes, ya definitivas. Y, en todo ello,
la formación macedonia es poco útil y, a veces, in-
útil, puesto que el soldado de la falange no puede
aprestarse a luchar individualmente o en destacamen-
10 tos. En cambio, la formación romana es óptima, pues
todo romano, una vez se ha armado y se dirige al

[81] Los *principes* y los *hastati*.

combate, está equipado igualmente para cualquier lugar y cualquier ocasión, contra cualquier aparición del enemigo. Y está dispuesto y está, igualmente, bien prepa- 11
rado tanto si se trata de una batalla decisiva como de un combate parcial: luchará por manípulos o individualmente. He aquí por qué, siendo mucho más efectivo 12
el uso de las partes, sucederá que el resultado corresponde mucho más a los proyectos de los romanos que a los de los otros. Creí indispensable hacer memoria 13
del tema con cierta amplitud, porque algunos griegos, con ocasión de la derrota de los macedonios, juzgaron que lo sucedido era increíble y, luego, muchos se preguntaron el cómo y el porqué de la inferioridad de la ordenación en falange ante el armamento romano.

Conducta de Filipo después de perder la batalla

Filipo, que había hecho todo **33**
lo posible en aquella confrontación, fracasó totalmente. Recogió el máximo número posible de los supervivientes de la batalla y, a través del valle de Tempe, llegó a Macedonia. La noche anterior mandó a La- 2
risa a uno de sus escuderos, con la orden de hacer desaparecer y quemar la correspondencia real[82]. Con ello hizo una cosa verdaderamente digna de un rey: no olvidar lo que es decoroso ni aun en las circunstancias más terribles, porque sabía muy bien que tal 3
documentación iba a proporcionar al enemigo muchos argumentos contra él y contra sus aliados, si los romanos llegaban a apoderarse de estas memorias. Sin duda, 4
esto es cosa que ya ha sucedido a otros: cuando han tenido éxito no han sido capaces de llevar, como hombres dignos, la potestad alcanzada; en cambio, en las desgracias se han portado con prudencia y reflexión; esto último ocurrió principalmente con Filipo: será pal- 5

[82] No se ve exactamente la referencia. Lo más probable es que fuera un diario de campaña o unas memorias del rey.

6 mario por lo que se dirá a continuación. Del mismo modo que mostramos con claridad sus impulsos iniciales a obrar con justicia y, luego, su deterioro, cuándo, por qué y cómo ocurrió, y narramos con pruebas
7 documentadas su acción tras esta mutación, es preciso, del mismo modo, exponer su cambio de mentalidad[83] y la habilidad con que se adaptó a los reveses de la fortuna: afrontó la crisis en sus asuntos con la mayor prudencia.

8 Tito Flaminino después de la batalla atendió debidamente a los prisioneros[84] y al resto del botín, y se dirigió a Larisa ***.

Consecuencias de la batalla de Cinoscéfalas

34 *** muy enojado por la avaricia de los etolios en lo referente al botín, [Tito Flaminino] no quiso despojar a Filipo de su imperio, porque así aquéllos
2 quedarían dueños de Grecia. También llevó muy a mal su fanfarronería, pues veía que se atribuían la victoria
3 y que llenaban Grecia de su pretendido coraje[85]. Por

[83] El término griego es *metánoia*, que más tarde jugará un papel importantísimo en la incipiente teología cristiana, principalmente en San Pablo, significando «cambio de mentalidad».

[84] Polibio insiste una y otra vez en la humanidad de Tito Flaminino; al final de la batalla de Cinoscéfalas procura salvar la vida de los vencidos (26, 11); aquí atiende a los prisioneros. Es interesante, a este respecto, WALBANK, «Polybius between Greece...», en *Polybe. Neuf exposées...*, pág. 15: la idea ha pasado de Polibio a Diodoro y a Catón, generalizando esta humanidad a todos los romanos. Pero Polibio, en el fondo, critica desfavorablemente la iniciativa romana en la tercera Guerra Púnica.

[85] A tanto llegó la cosa que el poeta ALCEO DE MESENE compuso el siguiente epitafio:

Insepultos tesalios, por nadie llorados yacemos
 en este alcor, treinta mil, tú que nos ves al pasar.
Ares nos domeñó con hombres de Etolia y de Roma,
 que de Italia, país espacioso, Tito llevó.
Gran dolor para Ematia. Mas el sinvergüenza Filipo
 escapó más febril que el ciervo raudo y veloz.

El poema nos ha sido transmitido por Plutarco en su biogra-

eso, en las reuniones los trataba con altanería, pero no
tocaba los problemas de interés común; llevaba a cabo
sus proyectos por sí mismo o a través de los amigos.
Entre ambos había esta tirantez, cuando al cabo de 4
unos días llegaron de parte de Filipo los embajadores
Demóstenes, Ciclíadas y Limneo[86]. Tito Flaminino dia- 5
logó con ellos largamente en presencia de los tribunos
militares: pactó inmediatamente una tregua de quin-
ce días y concertó que, durante el armisticio, se entre-
vistaría personalmente con Filipo para tratar de la
situación presente. Estas conversaciones se llevaron a 6
cabo de una manera muy cordial, lo cual encendió do-
blemente las sospechas de los etolios contra Tito Fla-
minino. Por aquel entonces, en Grecia el soborno pre- 7
valecía y nadie hacía nada gratis; esto circula como
moneda corriente entre los etolios, que no podían creer
que aquel cambio de Tito Flaminino para con Filipo
se hubiera dado sin la existencia de regalos. En cuanto 8
a esto, los etolios desconocían los usos y costumbres
romanas; se orientaban según ellos mismos y calcu-
laban que lo lógico era que Filipo en aquella ocasión
hubiera alargado una gran cantidad de dinero, y que
Tito Flaminino no hubiera podido resistir la tentación.

Si aquí tratara de los tiempos pasados[87], me atre- **35**
vería a hacer una afirmación tajante: ningún romano
de entonces, diría, hizo una cosa así; me refiero al tiem-
po anterior a que los romanos emprendieran guerras
ultramarinas[88]. Hasta entonces observaron sus costum-

---

fía de Tito Flaminino, y fue recogido por la Antología Palatina. Plutarco cuenta que el hiriente poema indignó más a Tito Flaminino que al propio Filipo.

[86] Para Demóstenes y Ciclíadas, cf. 1, 23; Limneo debe de ser el citado como rehén en XXIX 4, 6.

[87] La frase es vaga, pero la referencia debe de ser a las guerras que Roma libró en su flanco oriental antes del 200 a. C.

[88] La primera fue la guerra contra Cartago en tierras sicilianas; cf. I 5.

2 bres y leyes. En los tiempos actuales tal aseveración no la haría de todos; particularmente, sin embargo, de la mayoría de ciudadanos romanos me atrevería a asegurar que también, en lo que atañe a esto, son capaces
3 de observar lealtad. A guisa de ejemplo proporcionaré dos nombres reconocidos, para que no parezca que
4 digo cosas imposibles. Lucio Emilio [89], el vencedor de Perseo, cuando se hubo adueñado del Imperio macedonio, en el tesoro del cual, además del ajuar restante y de los suministros, se encontraron más de seis mil
5 talentos de plata y oro, no sólo no codició este dinero, sino que ni tan siquiera lo quiso ver, y lo administró a través de terceros. Y en su vida privada no andaba
6 sobrado de recursos, sino más bien escaso. Con motivo de su fallecimiento, ocurrido no mucho después de aquella guerra, los hijos naturales [90] de Lucio Emilio, Publio Escipión [91] y Quinto Máximo, quisieron restituir la dote a la esposa, veinticinco talentos, y se vieron en tales dificultades que al final no hubieran podido restituirla, si no hubieran vendido los bienes domésticos,
7 los esclavos y con ellos aun algunas fincas. Si lo que he explicado resulta increíble a alguien, es fácil ob-
8 tener una demostración concluyente de ello. Entre los romanos hay muchas discusiones, y se debate más que nada este tema debido a las diferencias políticas mutuas; sin embargo, el que indague sobre lo que hemos
9 dicho verá que en ello hay unanimidad. También Pu-

[89] Lucio Emilio Paulo, hijo del cónsul del mismo nombre que murió en la batalla de Cannas.

[90] Ya se ha notado alguna otra vez que la expresión «hijo natural» significaba «hijo habido con la esposa propia» para distinguirlo de cualquier otro tipo de hijo. Aquí la madre es Papiria, pero Lucio Emilio Paulo padre se divorció de ella; la segunda esposa, aludida más abajo, ignoramos cómo se llamaba.

[91] Sobre este personaje y su carrera política, cf. XXIV 14, 2; XXXI 22-24, 28; XXXIII 7, 3; XXXVI 5, 8.

blio Escipión, el hijo natural de Emilio, sobrino por adopción de Publio llamado el Máximo[92], se apoderó de Cartago[93], ciudad tenida como la más opulenta entre todas las del universo, y, sencillamente, no se adueñó de nada de ella para su vida privada, ni lo compró ni se apropió de algo de alguna otra manera, aunque tampoco
su fortuna particular era muy grande. Pero, a fuer de 10
buen romano, era moderado en cuanto a propiedades.
Y no sólo se abstuvo de lo de la misma ciudad de Carta- 11
go, sino que no permitió que nada de África se mezclara
con su peculio personal. El que investigue comprobará 12
que por lo que a riquezas se refiere entre los romanos había una opinión concorde en cuanto a este hombre.

Pero a este tema le daremos un tratamiento más 36
amplio cuando alcancemos un lugar más adecuado[94].
Tito Flaminino señaló un día a Filipo y escribió inme- 2
diatamente a los aliados explicándoles que debían presentarse a la reunión; él mismo al cabo de unos días llegó a la entrada del valle de Tempe en la fecha se-
ñalada. Congregados los aliados, puesto que el consejo 3
lo formaban ellos exclusivamente, el general romano se levantó e invitó a cada uno a indicar las condiciones
bajo las cuales se debía hacer la paz con Filipo. El rey 4
Aminandro habló de modo breve y comedido, y luego calló; dijo que todos pensaran en él, para evitar que, una vez abandonada Grecia por los romanos, Filipo dirigiera su cólera en contra suya; los atamanes siempre eran presa fácil de los macedonios tanto por ser dé-
biles como por tener su territorio muy cerca. Después 5
de él se levantó Alejandro de Etolia y alabó a Tito Flaminino, porque había reunido a los aliados en consejo para tratar de la paz y porque había exhortado a todos

[92] Es el famoso Escipión Africano el Viejo; cf. XXXI 26, 1.
[93] En el año 146 a. C.; cf. XXXVIII 19-22.
[94] Será XXXI 22-30.

6 a exponer su parecer, pero señaló que el romano no entendía en absoluto aquellas circunstancias y que se engañaba si creía que, tras firmar la paz con Filipo, dejaría una calma segura a los romanos, o a los griegos
7 una libertad sin riesgos[95]. Nada de esto era factible: si Tito Flaminino quería cumplir totalmente los proyectos de su patria y sus propias promesas, formuladas a todos los griegos, afirmó que la única manera de hacer la paz con los macedonios era deponer a Filipo del
8 reino. Lo cual era muy fácil, si no se desperdiciaba la
9 ocasión de entonces. Tras disertar largamente acerca de esta proposición acabó su discurso.

37 Tito Flaminino recogió la palabra y manifestó que Alejandro de Etolia no sólo ignoraba las normas de conducta romanas, sino también los proyectos que él abrigaba y, por encima de todo, lo que convenía a los
2 griegos. Pues los romanos nunca destruían inmediatamente a aquellos contra quienes acababan una guerra[96]:
3 confirmaba esta afirmación lo sucedido con los cartagineses y Aníbal. Por obra de éste y de aquéllos, los romanos habían sufrido lo más duro y, después que resultaron dueños de hacer sencillamente lo que quisieran, no tramaron nada irremediable contra los car-
4 tagineses. Él, personalmente, jamás había sido de la opinión, agregó, de que se debía hacer la guerra a Filipo sin tregua. Si el macedonio hubiera accedido antes de

[95] La previsión de Alejandro de Etolia era certera; escribe Bengston, *Geschichte*, pág. 453: «Die Räumung Griechenlands durch die Römer erweist sich bald als ein schwerer politischer und strategischer Fehler. Denn inzwischen hatte der Seleukide Antiochos III seine Hand auf die Meerengen gelegt.»

[96] Aquí emerge el concepto de guerra justa, que luego se incorporará más claramente a la ética y a la política; el origen del concepto parece ser estoico. Cf. V 11, 5. Siglos más tarde, el problema ocupará extensamente a los teólogos cristianos medievales y aun en los tiempos del Renacimiento y del Barroco.

ella a cumplir lo que se le indicaba, él se hubiera mos-
trado propicio a un pacto. Por eso se sorprendía, pro- 5
siguió, de que, habiendo tomado antes parte en las
reuniones acerca de la paz, ahora se revelen irrecon-
ciliables. «¿Será porque hemos vencido? ¡Entonces 6
esto es lo más desconsiderado! Porque en el momento
de combatir los hombres valientes deben ser corajudos
y altivos[97]. Si se ven derrotados, se comportarán con 7
dignidad y grandeza de alma; si vencen, su conducta
será moderada, benigna y humanitaria. Vosotros ahora
me aconsejáis lo contrario. ¿Qué duda cabe de que a 8
los griegos les conviene muchísimo humillar al pode-
río macedonio? Pero no de un modo que quede des-
truido.» Continuó diciéndoles que quizás muy pronto 9
sabrían lo que es la violencia de los galos y de los
tracios[98], que ya se ha desencadenado muchas veces.
En definitiva, les dijo que él y los romanos que es- 10
taban allí decidían que si Filipo se avenía a cumplir
todo lo que le habían señalado los aliados, se le conce-
dería la paz, pues con ello se seguía el parecer del se-
nado de Roma; los etolios eran muy dueños de tomar
sus propias determinaciones. Feneas quería hablar para 11
decir que así todo lo ganado hasta entonces había
sido baldío, pues Filipo, si conseguía salir del mal
paso actual, pretendería restablecer de golpe su poder.
Tito Flaminino, sin levantarse, le dijo encolerizado: 12
«¡Feneas, basta ya de necedades! Pues yo dispondré
el convenio de modo tal que, ni aun queriendo Filipo,
podrá dañar a los griegos.»

Y, estando en éstas, se separaron. Al día siguiente 38

---

[97] Cf. XXXVII 8, 8, donde Polibio explica que precisamente ésta es la conducta de los romanos.

[98] Cf. IX 34, 11, por lo que se refiere a la violencia de los gálatas (o galos, concretamente los de las Galias), y 35, 3, para el argumento de que Macedonia es tradicionalmente baluarte de Grecia contra los bárbaros.

compareció el rey y, al tercero, se reunieron todos para
la conferencia. Filipo se adelantó y, con tacto y habi-
lidad, aplacó la dureza de los sentimientos de sus opo-
2 nentes, pues declaró que accedía y que cumpliría lo
señalado por los romanos y por sus aliados, y que, en
cuanto a lo demás, pasaba las decisiones al senado ro-
3 mano. Dijo esto y todos guardaron silencio, a excep-
ción de Feneas el etolio, quien exclamó: «¿Por qué
no nos devuelves, Filipo, Larisa, Cremasta, Farsalo, Te-
4 bas de Ptía y Equino?» Filipo repuso que las tomaran
ellos mismos, pero Flaminino se lo denegó, diciendo
que sólo Tebas de Ptía, «pero las demás no es nece-
5 sario», afirmó. De los tebanos explicó que, al acercár-
seles él con su ejército y rogarles que se pasaran a la
lealtad romana, se negaron; ahora, pues, tras la guerra
estaban sometidos, y él gozaba de la potestad, aclaró,
6 de decidir sobre ellos a su antojo. Feneas, muy en-
fadado, dijo, en primer lugar, que, puesto que han lu-
chado en esta guerra, debían recuperar las ciudades que
7 antes estaban confederadas con ellos y que, además,
según la primera alianza[99], de lo cogido en la guerra, los
bienes muebles serían para los romanos y las ciudades,
para los etolios. En cuanto a esto, Flaminino aseguró
8 que desconocía ambas condiciones, pues la alianza ha-
bía quedado sin efecto en el mismo momento en que
los etolios dejaron a los romanos y se reconciliaron con
9 Filipo[100], y aun en la hipótesis de que la alianza per-
sistiera, ellos debían recuperar y tomar posesión no
de las ciudades que se pasaron voluntariamente a la
lealtad romana, que es lo que ahora han hecho todas
las de Tesalia, sino de aquellas eventualmente conquis-
tadas por la fuerza.

39 Estas palabras de Tito Flaminino agradaron a todos,

---

[99] Es la alianza del año 211 a. C., cf. IX 28-39.

[100] Fue en el año 206 a. C., cf. la nota 1 de este libro.

pero los etolios las llevaron muy a mal, como si fueran
otro inicio de grandes conflictos[101], ya que, poco des- 2
pués, de esta diferencia y de esta chispa prendió el
fuego de la guerra contra los etolios y el de la guerra
contra Antíoco. El motivo principal que movía a Tito 3
Flaminino al cese de hostilidades era que sabía que,
en Siria, Antíoco había levantado el campo con todo
su ejército[102] y marchaba contra Europa, lo cual le 4
hacía recelar que Filipo se acogiera a esta esperanza,
se quedara en las ciudades y alargara la guerra, e in-
cluso que se presentara el otro cónsul y se le atribu-
yera el honor de toda la gesta. Por esto, concedió al 5
rey lo que pedía, una tregua de cuatro meses. Filipo
abonó a Flaminino doscientos talentos y le entregó
como rehén a su hijo Demetrio[103] y a otros amigos; po-
día, además, enviar a Roma legados a tratar la situa-
ción y a confiar al senado la decisión definitiva. Y en- 6
tonces se separaron, tras jurarse fidelidad en todos y
en cada uno de los puntos: estipularon que si no se
llegaba a una paz definitiva Tito Flaminino devolvería
a Filipo los rehenes y los doscientos talentos. Y am-
bos bandos enviaron a Roma sus legados, unos a pedir
la paz y otros a oponerse a ella...

Sobre los engaños[104]

¿Qué es lo que ocurre que **40**
todo el mundo, engañado en lo
mismo y por los mismos, no cesamos en nuestra ne-
cedad? Este tipo de villanía se ha dado mucho, lo han 2
cometido gran cantidad de personas. Sin duda no es 3
extraño que se dé en otros, pero sí lo es que este en-
gaño atrape precisamente a los que son como fuente

[101] Cf. XI 5, 9.

[102] Sobre los movimientos de Antíoco III, cf., más abajo, 41.

[103] Era el segundo hijo de Filipo V; a la sazón, contaba sólo once años.

[104] Una temática o comentarios similares, en V 75, 4; XV 25, 5.

4 de esta vileza. Pero la causa es que no reflexionan sobre el excelente dicho de Epicarmo:

Sé sobrio, sé desconfiado: he aquí el cimiento de la [sabiduría[105].

5 *Fragmento sobre Medio*[106]

Medio, ciudad de Etolia. Polibio en el libro decimoctavo.

41 a *Avance de Antíoco en Asia Menor*[107]

*** impedir a Antíoco que zarpara, y no por enemistad, sino recelando que si éste ayuda a Filipo, con ello se obstaculizará la libertad de Grecia.
2 El rey Antíoco estimaba en mucho la plaza de Éfeso[108], porque era estratégica, parecía ser una especie de fortaleza terrestre y marítima contra Jonia y contra las ciudades del Helesponto; a los reyes asiáticos les era un punto muy favorable para su defensa contra Europa.

---

[105] El dicho, con mínimas variantes textuales, fue muy corriente en la antigüedad grecolatina, cf. WALBANK, *Commentary*, ad. loc. Epicarmo, poeta cómico dórico siciliano, reivindica para sí ser el creador de la comedia como género literario, cosa que no todos le conceden. Concretamente sobre esta cita, C. WUNDERER, *Zitate...*, pág. 51. Quizás en la sabiduría popular este dicho ha culminado en el catalán «pensa mal i no erraràs», pero, sobre su empleo como norma de vida, las objeciones éticas y morales son evidentes.

[106] Cf. nota 11 del libro II.

[107] Después de su campaña victoriosa contra Ptolomeo V Epífanes, Antíoco III venció a Escopas en Sidón y le forzó a capitular, conquistando todos los territorios que forman la actual Palestina. De ello tiene noticia el primer libro bíblico de los Macabeos, *Mac* I, 1. Luego Antíoco giró hacia Asia Menor y Tracia.

[108] Que ya había conquistado y en la que pasó el invierno de 197/6 a. C. Éfeso está en una colina, en el golfo de Scalanova, al S. del río Caistro.

Muerte y encomio de Átalo[109]

Dice Polibio en su libro deci- 41
moctavo: Átalo falleció[110], y es
justo, igual que acostumbramos
a hacer con otros[111], pronunciar también sobre él una
palabra adecuada. Pues desde el inicio de su marcha 2
hacia la realeza no tuvo ningún apoyo ajeno a su perso-
na, sólo sus riquezas, las cuales, si se manejan con au- 3
dacia y prudencia, son de gran provecho para cualquier
empresa, pero sin las cualidades antedichas acostum-
bran a ser para la mayoría de los hombres causa de
estrago y, en fin, de perdición; porque engendran en- 4
vidias e insidias y tienen gran influencia en la ruina
del cuerpo y en la del espíritu. Pocas son las almas ca-
paces de rechazarla por el poder de la riqueza. Por eso 5
es digna de admiración la magnanimidad de Átalo,
pues no se propuso usar sus recursos para otra cosa
que no fuera llegar a la realeza; es imposible citar algo
más importante o más bello. Átalo buscó cimentar sus 6
planes no sólo con liberalidad y favores a sus amigos,
sino también con hazañas militares: venció en batalla 7
a los galos[112], que entonces formaban el pueblo más
belicoso y duro de Asia. Así empezó y fue el primero
que se dio a sí mismo el título de rey. Alcanzó, pues, 8
este honor, vivió setenta y dos años, de los cuales reinó
cuarenta y cuatro, y se comportó en su vida de manera
venerable y prudente para su mujer y sus hijos. Fue 9
leal para con sus aliados y amigos, y murió en la más
bella de las empresas, luchando por la libertad de Gre-
cia[113]. Pero lo más importante es que dejó cuatro hijos 10

---

[109] Cf. también XXI 20, 2-5.

[110] En Pérgamo, en el año 197 a. C.

[111] Cf., por ejemplo, XXIII 12 (Filopemén), 13 (Aníbal), 14 (Escipión el Africano).

[112] Cf. I 6, 5. La batalla se libró en tierras de Delfos.

[113] Mientras pronunciaba un discurso en Tebas para ganar a

adolescentes, si bien aseguró tan firmemente la sucesión en el trono que el Imperio fue pasando a sus hijos y a sus nietos sin sufrir ninguna conmoción.

42 *Embajadas a Roma*[114] Cuando Marcelo Claudio obtuvo la dignidad consular, llegaron a Roma los emisarios de Filipo y también los enviados de Tito Flaminino y de los aliados, todos para tratar
2 los pactos con Filipo. En el senado romano[115] se pronunciaron muchos discursos y los senadores decretaron
3 ratificar los acuerdos. Cuando el asunto se propuso al pueblo, Marco Marcelo, que deseaba pasar personalmente a Grecia, rechazó la ratificación y puso un gran
4 empeño en romper los pactos. El pueblo, sin embargo, siguió el parecer de Tito Flaminino y volvió a corro-
5 borar los acuerdos. El senado entonces eligió diez hombres próceres y los mandó para manejar, junto con Tito Flaminino, la situación de Grecia y asegurar la
6 libertad de los griegos. También los legados aqueos disertaron en el senado acerca de su alianza; eran
7 Damóxeno de Egio y sus acompañantes. Pero allí hubo parlamentos contradictorios, porque los eleos disputaban públicamente a los aqueos Trifilia[116], y los mesenios, que por aquel entonces eran aliados de los romanos, pretendían las plazas de Ásine[117] y de Pilos; los etolios querían Herea[118]; la asamblea romana delegó

---

los beocios para la causa romana, le dio un ataque; trasladado a Pérgamo, murió a poco de llegar.

[114] Estamos en el año 196 a. C.

[115] Las embajadas eran recibidas por el senado, que las escuchaba y decidía sobre sus demandas.

[116] Cf. la nota 80 del libro IV.

[117] Hay dos topónimos de este nombre: uno en Mesenia, en la costa, es un saliente del golfo de Mesenia, y otro al S. de Nauplia, en el golfo Argólico. Aquí se trata de la primera. Pilos es la conocida patria de Néstor, en la costa oriental del Peloponeso.

[118] Cf. la nota 153 del libro II.

la solución en la comisión de los diez. Y esto fue lo 8
que ocurrió en el senado romano.

Beocia: restauración y caída de Bráquiles[119]

De Grecia: después de la batalla[120], Tito Flaminino pasaba el invierno en Elatea[121]; los beocios, interesados en la recuperación de sus hombres que habían participado en la campaña de Filipo, remitieron unos legados a pedir seguridades a Tito Flami- 43
nino. Éste, con la intención de atraerse las simpatías 2
de los beocios, pues hacía tiempo que sospechaba de
Antíoco, accedió muy bien dispuesto. Los prisioneros 3
beocios fueron repatriados inmediatamente desde Macedonia. Entre ellos se encontraba Bráquiles[122], al que nombraron al punto beotarca[123]. Y lo mismo hicieron con otros de quienes se creía que eran amigos de la casa real de Macedonia: los honraron y distinguieron no
menos que antes[124]. Enviaron también una embajada a 4
Filipo a darle gracias por el regreso de sus soldados, manchando con ello el favor que les había hecho Tito
Flaminino. Al observar esto, Zeuxipo, Pisístrato y los 5
que eran notoriamente partidarios de los romanos lo llevaron a mal: preveían el futuro y temían por ellos
mismos y por sus parientes. Sabían bien, en efecto, que 6
cuando los romanos evacuaran Grecia, Filipo quedaría en su flanco y apoyaría siempre a sus enemigos políticos; ellos no iban a tener en modo alguno segura su
ciudadanía en Beocia. Por eso se pusieron de acuerdo y 7

[119] Estamos en el invierno de los años 197/196 a. C.

[120] De Cinoscéfalas.

[121] Elatea era la plaza principal de la Fócide; la había capturado Flaminino en el otoño del año 198, expulsando a su población, que se refugió en Estínfalo, en Arcadia.

[122] Cf. nota 4 de este mismo libro.

[123] En el siglo III a. C., en la confederación beocia el gobierno político y militar estaba en manos de siete beotarcas elegidos de entre los ciudadanos de las principales poblaciones de Beocia.

[124] Cf. XX 4-7.

8 enviaron legados a Tito Flaminino en Elatea. Los legados se reunieron con el hombre en cuestión y le expusieron muchos y variados argumentos que hacían al caso: le hicieron comprender los impulsos que entonces movían a la plebe contra ellos mismos y la in-
9 gratitud del populacho, acabando por decir sin tapujos que si no se suprime a Bráquiles y se mete miedo a la mayoría, cuando se hayan marchado las legiones los
10 amigos de los romanos ya no gozarán de seguridad. Tito Flaminino les escuchó atentamente y les dijo que él no iba a participar en el complot, pero que no pon-
11 dría obstáculos a lo que tramaban. Además hizo que trataran el asunto con Alexámeno, el jefe etolio[125].
12 Zeuxipo y sus acompañantes le hicieron caso y entablaron conversaciones con el general etolio, quien se convenció en el acto y asintió a lo que se le exponía: dispuso tres soldados etolios y tres italianos con la misión de atentar contra la vida de Bráquiles.

13 No hay testigo tan terrible ni acusador tan implacable como la conciencia que habita en el alma de cada uno[126].

El establecimiento romano en Grecia y la declaración del Istmo[127]

44 Precisamente en esa época[128] llegaron de Roma los diez próceres que debían manejar la situación de Grecia; llevaban consigo el decreto del senado acerca
2 de la paz con Filipo. El contenido del decreto[129] era el

[125] Fue general de las tropas de la confederación etolia en el año 197/196 a. C.

[126] Una idea paralela, en XXIII 10, 2-3.

[127] Estos hechos hay que colocarlos en la primavera-verano del año 196.

[128] La del asesinato de Bráquiles y de personas romanas en Grecia.

[129] Es lo que, en terminología jurídica, se llama *senatus consultum*.

siguiente: «Todos los demás griegos[130], tanto los de
Asia como los de Europa, serán libres y se regirán
por sus leyes propias, pero Filipo entregará a los ro- 3
manos los hombres que le estaban sometidos y las
ciudades que ocupó con sus guarniciones; la entrega
se efectuará antes de los juegos ístmicos. Las ciudades 4
son Euromo, Pédasa, Bargilia y la población de los
yasios[131]; igualmente, Abido, Taso, Mirina y Perinto[132],
de las cuales Filipo licenciará las guarniciones y las
dejará ir libres. En cuanto a la independencia de la ciu- 5
dad de los cianeos[133], Tito Flaminino debe escribir a
Prusias comunicándole el decreto del senado. Filipo 6
restituirá a los romanos todos los prisioneros y los de-
sertores en aquel mismo momento, y también las naves
ponteadas, a excepción de cinco lanchas y de su gran
nave con dieciséis bancos de remeros. Filipo debe pa- 7
gar, además, mil talentos, la mitad al contado y la otra
mitad a plazos durante diez años.»

Se entregó este decreto a los griegos, que alegró y **45**
satisfizo a todos, a excepción de los etolios, disgusta-
dos porque no alcanzaron lo que esperaban: murmu-
raban acerca de él y decían que allí no había hechos,
todo era palabrería. Y, del mismo texto, extraían algu- 2

---

[130] Los que no están sujetos a Filipo.

[131] Euromo: plaza de Caria, en Asia Menor; también Pédasa estaba en Asia Menor, pero su ubicación es incierta; debía de estar no lejos de Mileto. Bargilia fue una plaza en la costa minorasiática, también en Caria; sobre Yaso, cf. XVI 12, 1 y la nota 35 de este mismo libro.

[132] Sobre Abido, cf. la nota 105 del libro XVI; Taso era una ciudad al N. de la isla del mismo nombre. Mirina es una población de la isla de Lemnos; sobre Perinto, cf. nota 14 de este mismo libro.

[133] Filipo abrió, en el año 202 a. C., su campaña en el área del Egeo forzando a Lisimaquia y a Calcedón a unirse a la alianza macedonia. Se anexionó Perinto y atacó la plaza de Cío, puerto de Bitinia situado en la parte más profunda del golfo Cianeo.

nas conclusiones probables destinadas a confundir las
3 mentes de los que las oían: los etolios sostenían que,
en el decreto referente a las ciudades donde Filipo man-
tenía guarniciones, había dos decisiones. Por la prime-
ra se intimaba a Filipo la evacuación de estas guarni-
ciones y la entrega de las ciudades a los romanos; por
la segunda, a evacuar las ciudades y dejarlas en liber-
4 tad. Las ciudades a liberar venían señaladas nominal-
mente, y eran las de Asia; las entregadas a los roma-
5 nos estaba claro que eran las de Europa. Helas aquí:
6 Óreo, Eretria, Calcis, Demetríade y Corinto [134]. De esto
saltaba a la vista que los romanos recogen de Filipo
los grilletes de Grecia; lo que hay es un cambio de
dominadores, en modo alguno una liberación de los
griegos.

7 Y esto es lo que los etolios repitieron una y otra
vez. Tito Flaminino, por su parte, se marchó de Elatea [135]
acompañado de la comisión de los diez mandatarios;
tras hacer una escala en Antícira [136], zarpó sin demora
rumbo a Corinto. Al llegar allí celebró reuniones con
8 los corintios y deliberó sobre la situación general. Las
acusaciones de los etolios arreciaban y algunos ya les
daban crédito, por lo que Tito Flaminino se vio obli-
gado en la reunión a proponer muchos y variados ar-
gumentos explicando que, si pretendían salvar intacto
9 el prestigio de los griegos y que todos crean que los

---

[134] Eretria, Calcis y Corinto son de ubicación bien conocida. Óreo es una ciudad importante al N. de la isla de Eubea; Demetríade está en Tesalia, es el puerto más profundo del golfo de Pagaso.

[135] Hay, por lo menos, tres plazas con este nombre en la Grecia antigua: *a)* una fortaleza al N. de Atenas, ya en el límite con Beocia, famosa por el cap. 69 del discurso *De la Corona* de DEMÓSTENES; *b)* una ciudad en el extremo más septentrional de Tesalia; *c)* plaza importante de la Fócide. Parece que la referencia del texto es a esta última. Cf. nota 123.

[136] Plaza muy próxima al golfo de Malia.

romanos desde un principio atravesaron el mar no en
provecho propio, sino en pro de la libertad de los
griegos, ahora debían evacuar todos los lugares y libe-
rar todas las ciudades ocupadas por Filipo. Pero el 10
consejo se encontró en un callejón sin salida, porque
si bien en Roma ya se había tratado de las demás ciu-
dades y los diez mandatarios habían recibido acerca
de ellas instrucciones precisas, no obstante, acerca de
Corinto, de Calcis y de Demetríade, por consideración
a Antíoco se había otorgado a los diez la libre potestad
de determinar según su opinión lo que pareciera más
idóneo a los tiempos y favorable a Roma: era induda- 11
ble que el rey aludido espiaba desde algún tiempo la
situación de Europa. Sin embargo, Tito Flaminino logró 12
imponer en el consejo el criterio de liberar, en el acto,
Corinto y entregar la plaza a los aqueos, según los
acuerdos iniciales, pero se quedó con el Acrocorinto,
Demetríade y Calcis.

Éstos fueron los acuerdos tomados. Llegó el tiempo **46**
de los juegos ístmicos, y se reunieron en Corinto casi
todos los hombres más famosos del universo, por la
expectación de las gestas ya inmediatas; en toda la
gran aglomeración se oían muchas y diversas teorías:
unos decían que era impensable que los romanos se 2
mantuvieran lejos de ciertos lugares y ciudades, otros
precisaban que Roma iba a permanecer lejos, cierta-
mente, de los lugares tenidos generalmente por estra-
tégicos, pero que, si lo lograban, retendrían posiciones
menos conocidas, desde luego, pero que iban a pres-
tarles una utilidad no menor. Y en sus conversaciones 3
privadas señalaban inmediatamente, compitiendo en in-
genio, cuáles eran estas plazas. Debatíanse los hombres 4
en esta duda y la masa se congregó en el estadio para
asistir a los juegos. Entonces se adelantó un heraldo, 5
hizo callar al gentío con un toque de corneta y pro-
clamó el siguiente anuncio: «El senado romano y Tito 6

Quinto Flaminino, cónsul y general, que han hecho la
guerra contra Filipo y los macedonios, dejan libres, sin
guarnición, sin imponer tributos, y permiten usar las
leyes patrias a los corintios, a los focenses, a los lo-
cros, a los eubeos, a los aqueos de Ptía, a los magne-
sios, a los tesalios y a los perrebios.» Estalló al punto
una ovación formidable: algunos no oyeron la procla-
7 ma, otros querían oírla de nuevo. La gran mayoría
de aquellos hombres no lo acababa de creer, parecién-
doles que oían lo dicho como en sueños. ¡Era tan in-
8 esperado lo que ocurría! Todos gritaban con renovado
impulso que el heraldo y el corneta avanzaran hacia el
centro del estadio y se hiciera de nuevo la proclama.
Aquellos hombres querían, creo yo, no sólo oír, sino
también ver al que hablaba, debido a que su anuncio
9 era verdaderamente increíble. Y cuando el heraldo se
hubo adelantado hasta el medio y, a toque de corneta,
acalló el vocerío de la multitud e hizo la proclama en
los mismos términos que antes, se prorrumpió en
aplausos tan atronadores, que los que ahora conse-
guían oír no lograban hacerse cargo totalmente de lo
10 ocurrido. Cuando cesaron las aclamaciones, nadie repa-
ró en absoluto en los atletas, pues todos hablaban,
unos con sus vecinos y otros consigo mismos, como si
11 no estuvieran en sus cabales. Y después de los juegos,
debido a los transportes de alegría, por poco en su
12 gratitud matan a Tito Flaminino: unos querían verle
de frente y llamarle salvador[137], otros se empeñaban
en cogerle la mano, la mayoría le arrojaba coronas y
13 cintas de lana. Sí, por poco, matan al hombre. Y aun
siendo las muestras de agradecimiento tan desmesura-
das, no faltó quien dijera que estaban todavía a gran

[137] Esta apelación, normalmente, comportaba honores divinos, según Diodoro, XX 46, 2. Este detalle mide las muestras de agradecimiento.

distancia, por defecto, desde luego, de la magnitud de
la concesión. Y, efectivamente, era admirable que los 14
romanos y su general Tito Flaminino adoptaran esta
actitud hasta el punto de arrostrar dispendios y cual-
quier peligro por la libertad de los griegos, era una
gran cosa que aportaran las tropas que su propósito
exigía, pero lo más sorprendente de todo ello fue que 15
ningún azar [138] obstaculizara el intento, sino que todo
convergió sencillamente en un punto, como si por aque-
lla proclama solamente no sólo los griegos moradores
de Asia, sino también los de Europa se convirtieran en
hombres libres, no ocupados militarmente, exentos de
tributos [139], regidos por sus propias leyes.

Acabados los juegos, los romanos trataron en pri- **47**
mer lugar con los comisionados de Antíoco y les orde-
naron abstenerse de atacar las ciudades autónomas de
Asia [140] y de hacerles cualquier tipo de guerra: las que
ahora dominaba pertenecientes a Ptolomeo o a Filipo,
debía evacuarlas. Además le añadieron que no pasara 2
con tropas a Europa [141], pues ya nadie hacía la guerra a
ningún griego, ni había griegos sometidos a quienquiera
que fuese. Declararon que algunos de ellos irían al en- 3

---

[138] La palabra griega aquí es *týchē* y, quizás, podría interpretarse el lugar en el sentido de que la Fortuna no frustró, esta vez, los planes de Flaminino, pero, puesto que la tesis general de Polibio parece ser la contraria, se da la traducción de *azar*.

[139] Aquí Polibio falló. La libertad de Grecia fue al precio de impuestos formidables exigidos por Roma. Cf. Bengston, *Geschichte*, pág. 452, donde se comenta minuciosamente este final de la segunda guerra entre Filipo V y Roma, y se describen las consecuencias que ello tuvo para Grecia.

[140] Estas plazas eran dos: Lámpsaco, en Eolia, y Esmirna, en la costa jonia de Asia Menor; atacadas por Antíoco III, ambas recurrieron a Flaminino en el año 196 a. C.

[141] En la primavera del año 196, Antíoco III cruzó el Helesponto y ocupó, entre otras, las plazas de Sesto y Lisimaquia.

4 cuentro de Antíoco. Hegesianacte [142] y Lisias regresaron
5 al rey con esta respuesta; tras ellos fueron llamados
todos los presentes allí de los diversos pueblos y ciu-
dades, a quienes se expusieron las decisiones de los
comisionados. De entre los macedonios los romanos
6 concedieron la independencia a los llamados orestos [143],
porque durante la guerra se les habían pasado, y dieron
la libertad a los perrebios, a los dólopes y a los mag-
7 nesios. Se la otorgaron también a los tesalios, a quienes
asignaron los aqueos de Ptía, pero excluyendo Tebas de
8 Ptía y Farsalo, pues esta última plaza la reclamaban
los etolios con mucho empeño: afirmaban que les
correspondía ya por el primer convenio; lo mismo de-
9 cían de Léucade. Los miembros del consejo trasladaron
al senado romano la decisión acerca de estas ciudades,
pero permitieron a los etolios la continuación de los
focenses y de los locros en su confederación, que era
10 ya la situación de antes. Los romanos dieron a los aqueos
Corinto, Trifilia y la ciudad de Herea. Y el parecer
general era entregar Óreo y Eretria al rey Éumenes,
11 pero Tito Flaminino lo discutió al consejo, y no se
tomó la correspondiente decisión. De ahí que, tras
un breve tiempo, las ciudades en cuestión fueran de-
claradas libres por decreto del senado romano y, con
12 ellas, también Caristo [144]. A Pléurato [145] le confiaron Lic-

[142] Un colaborador estricto de Antíoco III. Fue poeta, historiador y gramático. Lisias no sabemos quién fue.

[143] Vivían en la cuenca del río Haliacmo, en el curso septentrional del río, en el Epiro.

[144] De todas las plazas que entran en esta discusión se ha indicado, en otros lugares, lo necesario (cf. Índice onomástico); Caristo es aquí la ciudad de la isla de Eubea, no la del mismo nombre que se encuentra en Laconia.

[145] Este Pléurato no debe confundirse con el que sale en II 2, 3, padre de Afrón, rey de los ilirios; es un biznieto suyo, hijo de Escerdiledas, con quien reinó conjuntamente y que, en el año 212, se alió con los romanos contra Filipo V.

nis y Parto[146], que eran plazas ilirias sometidas hasta
entonces a Filipo. Y, finalmente, concedieron a Ami- 13
nandro el dominio de los fuertes que durante la guerra
había arrebatado a Filipo.

Tomaron, pues, todas estas determinaciones y los **48**
diez comisionados romanos se dividieron: Publio Lén-
tulo navegó hasta Bargilia y liberó la plaza; Lucio Es- 2
tertinio se llegó a Hefestia[147] y Taso y a las ciudades
tracias, e hizo lo propio. Publio Vilio[148] y Lucio Teren- 3
cio se dirigieron a Antíoco, y Cneo Cornelio[149], al rey
Filipo. Estos últimos, reunidos con él en Tempe, confe- 4
renciaron acerca de los temas de los que poseían ins-
trucciones y le aconsejaron, además, que enviara emi-
sarios a Roma a concertar una alianza, para evitar dar
la impresión de que acechaba su oportunidad y es-
peraba la llegada de Antíoco. El rey aceptó estas su- 5
gerencias y ellos partieron en seguida y llegaron a la
asamblea etolia en Termo[150]. Se adelantaron a hablar 6
al pueblo y exhortaron a los etolios, con muchos ar-
gumentos, a que se mantuvieran fieles a sus primeros
propósitos y continuaran siendo amigos de Roma. De 7
los muchos etolios presentes, unos reprocharon a los
romanos de manera política y sin ofender que no ha-
bían explotado su triunfo en provecho de todos y que

[146] Licnis es la población hoy llamada Ócrida, junto al lago del mismo nombre, en Macedonia. Parto no sabemos dónde estaba.

[147] Hefestia, plaza en la costa norte de la isla de Lemnos.

[148] Publio Vilio Tápulo fue el cónsul que precedió a Tito Flaminino en sus funciones en Grecia; Flaminino lo retuvo a su lado y lo utilizó con frecuencia como legado; Lucio Terencio era un joven aristócrata romano que inició aquí su carrera política y militar.

[149] Cneo Cornelio Léntulo era uno de los pocos supervivientes de la batalla de Cannas; por Tito Livio sabemos que había intentado suplantar a Escipión el Africano.

[150] Se trata de la asamblea regular de otoño de la liga etolia.

8 no se habían avenido a los convenios primeros. Pero otros etolios hablaron injuriosamente y afirmaron que los romanos jamás hubieran navegado hasta Grecia ni hubieran derrotado a Filipo, si no hubiera sido por
9 ellos[151]. Cneo se negó a defenderse y sugirió a los etolios que enviaran legados a Roma, donde el senado les
10 haría justicia completa. Ellos, convencidos, los remitieron. Y éste fue el final de la guerra contra Filipo[152].

Antíoco y la ciudad de Lámpsaco: negociaciones de de Lisimaquia[153]

49 Si, como se dice, están en las últimas, buscarán refugio entre los romanos[154], les entregarán la ciudad[155] y a ellos mismos.

2 A Antíoco todo le salía según sus cálculos. Estaba ya en Tracia, cuando acudió a su encuentro, en Selimbria[156], Lucio Cornelio, que era un emisario del senado romano enviado a lograr una paz entre Antíoco y Ptolomeo.

50 En aquella misma ocasión, de los diez comisionados, Publio Léntulo llegó de la ciudad de los bargilios;

[151] Es la posición habitual de los etolios; cf. nota 86 de este mismo libro.

[152] Pero esta guerra motivó otra: la llamada «guerra de los pueblos» peloponesios entre el tirano espartano Nabis y la liga aquea, porque el primero se negó rotundamente a entregar Argos. Se aliaron con él los pueblos del Peloponeso, mientras que aqueos, tesalios, macedonios y atálidas se aliaron con Roma y derrotaron a Nabis. Flaminino venció otra vez, pero no aniquiló a los espartanos, sino que se limitó a encerrarlos en Laconia y organizó en el Peloponeso una coalición favorable a Roma, todo lo cual está ampliamente documentado en BENGSTON, *Geschichte*, págs. 452-453.

[153] Estamos en el invierno del año 197/196.

[154] Quizás es una *deditio* o entrega incondicional, por más que éstas las efectuaban, más bien, las ciudades sitiadas por los romanos o bien en guerra con ellos.

[155] Sobre Lámpsaco, cf. nota 143.

[156] Colonia laconia al O. de Bizancio, en la costa norte de la Propóntide.

Lucio Terencio y Publio Vilio llegaron de Tasos. El rey 2
Antíoco conoció en seguida la presencia de éstos y, al cabo de pocos días, se reunieron todos en Lisimaquia[157].
Asistían también Hegesianacte y Lisias, enviados, a la 3
sazón, a Tito Flaminino. Los encuentros privados en- 4
tre el rey Antíoco y los romanos habían sido llanos y muy cordiales, pero después, al celebrarse la conferencia conjunta sobre la situación general la cosa tomó
un cariz muy distinto, porque Lucio Cornelio exigía 5
que Antíoco abandonara las ciudades que había ocupado en Asia, se refería a las pertenecientes a Ptolomeo, al tiempo que urgía vehementemente que las so-
metidas a Filipo fueran evacuadas sin dilaciones. En 6
efecto, era ridículo que los trofeos que los romanos habían ganado en su guerra contra Filipo, ahora viniera
Antíoco y se los llevara. Avisó también a éste que no 7
atacara las ciudades autónomas[158]. Y dijo que le ex- 8
trañaba enormemente el motivo que le había hecho pasar a Europa con tantas fuerzas terrestres y marítimas; si se calculaba la cosa correctamente, no quedaba ra-
zón que no fuera la de atacar a los romanos. Tras 9
exponer todo esto, Lucio Cornelio guardó silencio.

Antíoco manifestó, en primer lugar, que no acababa 51
de ver con qué razón le discutían las ciudades de Asia: en todo caso, esto hubiera correspondido hacerlo a to-
dos los demás más que a los romanos. En segundo lu- 2
gar exigió que no se inmiscuyeran en los asuntos de Asia, pues él no se interfería en absoluto en los de
Italia. Explicó que había pasado a Europa con aque- 3
llas tropas para recuperar las ciudades del Quersoneso y de Tracia[159], pues el dominio de estas plazas le
correspondía más a él que a cualquier otro. En efecto, 4

[157] Cf. nota 68 del libro XV.
[158] Cf. nota 143.
[159] Cf. nota 96.

desde el principio este gobierno era de Lisímaco[160], pero
Seleuco le hizo la guerra y en ella lo derrotó, de modo
que todo el reino de Lisímaco pasó a Seleuco a punta
5 de lanza. Después, en tiempos de sus antepasados,
las turbulencias motivaron que, primero, Ptolomeo[161]
y, después, Filipo robaran estas poblaciones y se que-
6 daran con ellas. Él mismo ahora las reclamaba no
aprovechándose de las dificultades de Filipo, antes bien
7 las recuperaba usando de su justo derecho. Y no ha-
cía ninguna injuria a los romanos si restituía a los
lisimaqueos, absurdamente expulsados por los tracios,
8 a su ciudad y se la restauraba, pues al hacerlo, expli-
có, no pretendía pelearse con los romanos, sino dis-
9 poner un palacio a Seleuco[162]. Declaró que las ciudades
autónomas de Asia debían alcanzar la libertad no por
las órdenes de los romanos, sino por sus propios mé-
10 ritos. En lo referente a Ptolomeo, aseguró que él, per-
sonalmente, dispondría las cosas según pluguiera al
egipcio; había decidido establecer con él no sólo lazos
de amistad, sino, además de esta amistad, contraer
parentesco.

52 Lucio Cornelio pensó que era preciso llamar a los
lampsacenos y a los de Esmirna y concederles la pa-
2 labra. Y así se hizo. De los lampsacenos se presenta-
ron Parmenión y Pitodoro, y de los esmirneos, Cirano.
3 Éstos hablaron con suma franqueza y Antíoco se mo-
lestó porque le parecía que sometían su disputa a un
4 tribunal romano, de modo que interrumpió a Parme-
nión diciéndole: «Detén este torrente de palabras, pues
no es ante los romanos, sino ante los rodios ante quie-

[160] Lisímaco fue uno de los epígonos de Alejandro Magno que, a la muerte de éste, recibió Tracia, pero fue derrotado y muerto por Seleuco I Nicátor en la batalla de Corupedio (281 antes de Cristo).

[161] Ptolomeo III Evérgetes y Filipo V.

[162] El futuro Seleuco IV Filopátor.

nes os concedo discutir vuestras desavenencias.» Y así 5
se disolvió la asamblea, sin llegar a ningún tipo de acuerdo.

Caída de Escopas y de Dicearco: mayoría de edad de Ptolomeo V Epífanes[163]

Las gestas bellas y extraordi- 53
narias, las anhelan muchos, pero son pocos los que osan poner la
mano en ellas. Ciertamente, Es- 2
copas tenía muchos más motivos
que Cleómenes[164] para arriesgarse y exponerse, pues 3
este último había quedado relegado y reducido a las esperanzas depositadas en sus sirvientes y amigos y, sin embargo, no las dejó correr, sino que se aferró a ellas todo lo que pudo, prefiriendo morir con honor
a vivir con vergüenza. Aunque Escopas disponía de 4
un fuerte contingente dispuesto a colaborar oportunamente, cuando el rey era todavía un niño[165], fue remiso
y se dejó atrapar, digamos que expresamente. Aristó- 5
menes[166] conocía, en efecto, que Escopas reunía a sus partidarios en su propia casa y que tramaba un complot juntamente con ellos. Por medio de unos escu-
deros lo convocó al consejo real. Pero Escopas estuvo 6
tan fuera de sus cabales, que ni se atrevió a realizar sus planes ni tuvo el coraje de atender la convocatoria
del rey, lo cual ya es lo último y lo peor de todo. In- 7
formado de su decisión irracional, Aristómenes le ro-
deó la casa con tropas y elefantes; mandó, además, a 8
Ptolomeo Éumenes[167], acompañado de soldados, con la orden de llevárselo: si no consentía de buen grado,
debían detenerle por la fuerza. Ptolomeo Éumenes llamó 9
a la casa y manifestó que el rey reclamaba la presencia

[163] Estamos en los años 197/196.

[164] Sobre Cleómenes, cf. V 33-39.

[165] En otoño del año 197 a. C., Ptolomeo Epífanes tenía trece años.

[166] Era lo que hoy llamaríamos «jefe de la casa real».

[167] Miembro del consejo real.

de Escopas. Éste, primero, desatendió las órdenes: miraba fijamente a Ptolomeo, y quedó así largo rato como
10 si amenazara y se admirara de su audacia. Ptolomeo avanzó y lo agarró sin temor por la túnica; Escopas
11 pidió auxilio a los presentes. Pero fueron entrando más soldados, al tiempo que alguien indicaba a Escopas la situación exterior. Entonces, Escopas cedió a las circunstancias y, con sus amigos, siguió a Ptolomeo Éumenes.

54 Así que llegó al consejo real, el rey lo acusó en breves palabras y, tras él, Polícrates[168], que acababa de llegar de Chipre; el último en hablar fue Aristómenes.
2 Y su acusación fue, más o menos, como las precedentes, sólo que añadió a lo ya citado la reunión con sus amigos y el haberse negado a obedecer la llamada del
3 rey. Por cuyas inculpaciones lo condenaron no sólo los asistentes al Consejo, sino también los embajadores
4 de países extranjeros allí presentes. Aristómenes, cuando se dispuso a formular la acusación, entre otros muchos hombres ilustres de Grecia citó a los embajadores que los etolios habían remitido a tratar de la paz, entre los que figuraba Dorímaco[169], el hijo de Nicóstrato.
5 Cuando todos hubieron hablado, tomó la palabra Escopas, que intentó aducir algunos argumentos en su defensa, pero nadie le hizo el menor caso, porque lo que decía no tenía la menor coherencia. Y se le en-
6 carceló al punto, junto con sus amigos. Ya de noche, *Aristómenes mató por medio de un veneno a Escopas*
7 y a todos sus cómplices; a Dicearco[170] le aplicó, antes de matarlo, el suplicio de la flagelación y el del potro, cobrándose así la deuda pública y común que debía

---

[168] Para Polícrates, cf. V 64, 4.

[169] Legislador etolio muy conocido, cf. XIII 1, 2-3.

[170] Dicearco fue un etolio que, por orden de Filipo V, hacia los años 205-204, saqueó las islas autónomas del mar Egeo y ayudó a los cretenses contra Rodas.

a todos los griegos. Pues este Dicearco es aquel hom- 8
bre que cuando Filipo se propuso tomar, rompiendo
la tregua, las islas Cícladas y las ciudades del Heles-
ponto, estuvo al frente de la armada macedonia en
calidad de almirante y de comandante de toda la cam-
paña. Enviado a una misión manifiestamente impía, no 9
pensó en absoluto cometer ningún crimen y, en el col-
mo de su necedad, supuso que podría aterrorizar a
los hombres y a los dioses: allí donde ancló las naves 10
levantó dos altares, uno dedicado a la Impiedad y otro
a la Ilegalidad[171], encima de los cuales ofreció sacri-
ficios y adoró a las dos como si fueran divinidades. De 11
modo que me parece que alcanzó el justo castigo de
los hombres y de los dioses: había dispuesto su vida
de una manera antinatural, y, lógicamente, su muerte
fue también antinatural. El rey Antíoco permitió, a los
demás etolios que lo quisieran, retirarse a su país. Y ellos
se fueron llevándose lo que poseían.

Mientras Escopas vivió fue famoso por su codicia **55**
(pues en avaricia superaba a todos los demás hom-
bres), pero, una vez muerto, lo fue todavía más por la
gran cantidad de oro y de ricos ajuares encontrados
en su casa. Cómplice de su salvajismo y de sus borra- 2
cheras fue un tal Carimorto[172], con cuya ayuda desva-
lijó el palacio real como si fuera un vulgar salteador.

Después de haber liquidado convenientemente el 3
problema de los etolios, los oficiales de la corte empe-

---

[171] Es un caso del culto llamado apotropaico, es decir, se ofrecía algo a una divinidad para que no perjudicara al oferente. Sin que cite expresamente el caso, ilustra bien el sentido religioso de esta época, en que la creencia en la divinidad ha quedado fuertemente debilitada, Martin Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion*, Munich, 1955, I, págs. 812-815.

[172] De éste sabemos que tenía el título especial de «comisario de cacerías de elefantes» en tiempos de Seleuco IV Filopátor (187-175 a. C.).

zaron sin tardanza a preparar las fiestas de la proclamación del rey, no porque la edad de Ptolomeo urgiera a ello, pero creían que así la situación mejoraría y que el reino adquiriría un cierto grado de tranquilidad, al parecer que el rey actuaba con plenos poderes.
4 Dispusieron los preparativos con magnificencia y realizaron la ceremonia de una manera acorde con la dignidad de la realeza; es creencia común que Polícrates es el que colaboró en la realización del proyecto.
5 Este hombre, en efecto, ya en su juventud, durante el reinado del padre de Ptolomeo[173], no cedía a nadie, en la corte, el primer lugar ni en lealtad ni en gestas,
6 y lo mismo durante el reinado de este rey. Le confiaron la isla de Chipre y los impuestos que se recaudaban en ella, y en circunstancias difíciles y cambiantes no sólo salvó la isla para el muchacho, sino que juntó una buena cantidad de dinero que, luego, cuando viajó a la corte, liquidó al rey; el gobierno de Chipre lo había
7 confiado a Ptolomeo de Megalópolis[174]. Todo ello le granjeó una gran aceptación y preponderancia en los tiempos siguientes, pero después, a medida que avanzaba en edad, cayó en una vida licenciosa y depravada.
8 Ya en su madurez se ganó una mala fama, como la de Polícrates, también Ptolomeo, el hijo de Agesarco.
9 Cuando llegue el momento oportuno, no dudaremos en explicar los hechos vergonzosos con que contaminaron ambos su propia dignidad[175].

---

[173] Ptolomeo IV Filopátor (221-204? a. C.).

[174] Hijo del Agesarco que sale en XV 25, 14. Pero el nombre de Agesarco es aquí enmienda en el texto griego debida a Schweighäuser; las fuentes griegas vacilan entre Hegesandro o Hagesandro, en cuyo caso se trataría de personajes desconocidos.

[175] En XXII 17 se trata de Polícrates. El lugar en que se trataba de este Ptolomeo se ha perdido.

LIBRO XIX

(FRAGMENTOS)

En España, Catón destruye muros de ciudades[1]

Polibio explica que en un solo día, por orden de Catón, fueron derruidos los muros de las ciudades situadas más allá del río Betis[2]. Su número era alto y vivían, en ella, gran cantidad de hombres belicosos. 1

Dice que el número de prisioneros hechos en la guerra púnica era enorme. Puesto que los suyos no los rescataban, Aníbal los había vendido. Y prueba de que eran muchos es que Polibio escribe que el negocio se había ofrecido a los aqueos por cien talentos, cuando el precio señalado por cada hombre, que el futuro dueño debía abonar, era de quinientos denarios[3]. 2

---

[1] Estamos en los años 196/195 a. C.

[2] En el año 197 se sublevaron los turdetanos del N. de España y, a consecuencia de la revuelta, murió Cayo Sempronio Tuditano. Para reprimir la insurrección, fue enviado aquí Marco Porcio Catón. La campaña se desarrolló en el N. de la península, en el territorio de los bergistanos, con capitalidad en la población actual de Berga, en la provincia de Barcelona, y siempre, en todo caso, no lejos del río Ebro, por lo que esta mención del Betis o Guadalquivir es, necesariamente, un error de Polibio o de su fuente.

[3] El texto es confuso, porque, entre el talento y el denario, no se pueden establecer equivalencias exactas.

LIBRO XX

(FRAGMENTOS)

Antíoco consulta con los etolios[1]

1 Y de nuevo Polibio: enviaron treinta apócletos[2] del alto consejo para que trataran con el rey. Y aún: Antíoco reunió a estos apócletos y celebró con ellos un consejo sobre la situación.

2 Antíoco[3] había enviado legados a los beocios, quienes respondieron a aquéllos que, cuando el rey acudiera personalmente, entonces deliberarían sobre sus demandas.

3 Antíoco[4] estaba en Calcis y, al inicio del invierno, se le pre-

---

[1] Después de la conferencia de Lisimaquia, las relaciones entre Roma y Antíoco III empeoraron rápidamente. Ahora estamos en el año 192, en el que Flaminino fue enviado a Grecia con tres colegas para solicitar apoyo. Visitaron Atenas, Acaya y Calcis, y en Demetríade expulsaron al gobernador Euríloco, que huyó hacia Etolia. En la primavera de este año hay una conferencia en Naupacto y, en presencia de Menipo, legado de Antíoco, los etolios deciden emplazar a Antíoco a aceptar un arbitraje entre ellos y Roma. Toman Demetríade, fracasan ante Calcis y, en Esparta, el tirano Nabis es asesinado, consiguiendo Filopemén hacerse con la situación.

[2] Sobre estos miembros, cf. nota 12 del libro IV.

[3] Aquí el texto, que se debe a la mano del epitomador, no a la de Polibio, escribe «Filipo», pero el error es claro.

[4] Después de la batalla de Delio (cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.), Eubea se pasó a Antíoco, que convirtió a Calcis en base de operaciones.

sentaron legados: Cárope[5], enviado por los epirotas, y Calístrato, por los eleos. Los epirotas solicitaban de él que no les involucra- 2
ra prematuramente en la guerra contra los romanos: debía considerar que su país es el más próximo a Italia de entre todos los griegos. Si se veía capaz de establecerse en el Epiro y de 3
garantizar su seguridad, estaban de acuerdo en admitirle en sus plazas y en sus puertos. Y si, de momento, no se decidía 4
a hacer esto, le pedían comprensión, pues temían que los romanos les declararan la guerra. Los eleos, a su vez, demandaban 5
el envío de refuerzos, pues los aqueos habían votado la guerra, y ellos temían ser invadidos por ellos. El rey contestó a los epi- 6
rotas que les remitiría delegados para tratar con ellos los asuntos de interés común, y envió a los eleos mil soldados de a pie, 7
al frente de los cuales iba Eufanes de Creta. (SUIDAS.)

La situación en Beocia

Hacía mucho ya que los beocios 4
estaban en mala situación. Distaban mucho de su situación anterior y del prestigio de su constitución. En efecto, en el momento de la 2
batalla de Leuctra habían alcanzado gran poder y esplendor, pero no sé cómo, en la época subsiguiente, bajo el generalato de Abeócrito[6], los fueron perdiendo gradualmente. Y ahora ya no les disminuían, sino que, 3
simplemente, dieron un vuelco radical hacia lo opuesto y ajaron su gloria anterior hasta lo indecible. Los aqueos 4
les empujaban contra los etolios; los beocios cambiaron de bando y se aliaron con los aqueos, tras lo cual hicieron una guerra sin cuartel contra los etolios. Las 5
tropas de éstos invadieron Beocia: habían salido a campaña en su totalidad. Los beocios no aceptaron la pre-

[5] Para Cárope, cf. XXVII 15, 2. De Calístrato, el otro enviado, no sabemos nada.

[6] Hay una ligera variación gráfica en las fuentes textuales griegas: algunas registran Ameócrito. Como sea, en el año 273 a. C., este personaje era *neopoiós* en Delfos (administrador del santuario). Murió luchando contra los etolios en Queronea (245 a. C.; no debe confundirse con la batalla que, en el 338, Filipo II ganó a la confederación tebano-ateniense).

sencia de los aqueos, que se habían concentrado y se
6 disponían a socorrerlos; trabaron una batalla[7] contra
los etolios y salieron malparados de ella, lo cual los
desmoralizó tanto, que desde aquel hecho no se atre-
vieron a rivalizar en ninguna gesta ni participaron en
acciones ni en luchas que los griegos acometieron por
7 decreto común[8]; se dedicaron a los banquetes y a la
embriaguez, con lo que no sólo debilitaron sus cuerpos,
sino que corrompieron sus espíritus.

5 El acto que coronó todas sus locuras individuales
2 se realizó de este modo: los beocios, inmediatamente
después de su derrota ya citada, desertaron de los
3 aqueos y se pasaron al linaje etolio[9]. Al cabo de un
tiempo, también los etolios entraron en guerra con-
4 tra Demetrio[10], el padre de Filipo. Nueva deserción de
los beocios, que abandonaron a los etolios. Al presen-
tarse Demetrio en Beocia[11] con su ejército, los beocios
rehuyeron experimentar la menor contrariedad y se
5 sometieron incondicionalmente a los macedonios. Pero
ardía en ellos todavía una centella de su fama ances-
tral, por lo que algunos llevaron a mal aquella actitud,
6 aquella sumisión absoluta a los macedonios. Surgió, en
consecuencia, una oposición tenaz contra Ascondas y
Neón, abuelo y padre, respectivamente, de Bráquiles[12],
porque éstos eran los jefes de la facción promacedonia.
7 Ascondas, al final, logró imponerse por la casualidad
que sigue. Antígono, que a la muerte de Demetrio ha-

---

[7] La de Queronea, citada en la nota anterior.

[8] De la alianza aquea, no de la confederación beocia.

[9] Seguramente, con una *isopoliteía* (cf. II 46, 2), lo que explica la traducción.

[10] Sobre la guerra de Acaya y Etolia contra Demetrio II en los años 239/8, cf. II 44, 1.

[11] Demetrio II invadió Beocia en el año 236 a. C.

[12] Cf. XVIII 1, 2.

bía sido nombrado custodio[13] de Filipo, navegaba con
propósitos militares hacia el distrito fronterizo de Beo-
cia, rumbo a Larimna[14]. En esto se produjo una baja-
mar inesperada y sus naves quedaron varadas en el fir-
me. Corrió la voz de que Antígono se proponía devas- 8
tar el territorio; Neón hacía correrías al frente de toda
la caballería beocia para salvaguardar al país; coincidió
con Antígono apurado y puesto en situación difícil ante
lo que le ocurría. Estaba en condiciones de infligir 9
un daño tremendo a los macedonios, pero ante la sor-
presa de éstos decidió evitárselo. Su actuación agradó 10
a todos los beocios menos a los tebanos, a quienes lo
ocurrido molestó enormemente. Poco tiempo después 11
sobrevino la pleamar y las naves flotaron; Antígono,
muy agradecido a Neón porque no le había atacado
durante su aprieto, prosiguió su navegación prevista
hacia el continente asiático[15]. Más tarde derrotó al es- 12
partano Cleómenes[16], se hizo dueño de Lacedemonia[17]
y dejó como comandante[18] de la plaza a Bráquiles, como
signo de gratitud por el favor que había recibido de
su padre Neón. Esto motivó un engrandecimiento no
pequeño de la casa de Bráquiles. Y Antígono no tuvo 13
sólo esta providencia en favor de Bráquiles, sino que
ya desde entonces, y siempre, primero él y después
Filipo le proporcionaron dinero y le reforzaron, com-
batieron en Tebas a sus adversarios políticos, y obli-
garon a ser promacedonios a todos los ciudadanos beo-
cios, a excepción de unos pocos. Así empezó la casa de 14

---

[13] No tutor, sino custodio, encargado de la vigilancia de su persona.

[14] La ciudad más oriental, al E. de la Lócride.

[15] Estamos en el año 227 a. C.

[16] En Selasia.

[17] Cf. II 70, 1.

[18] La palabra griega es *epistátēs;* cf. V 26, 2.

Neón y su tendencia promacedonia, al tiempo que se inició el aumento de su hacienda.

6 La administración de los beocios había caído en un deterioro tan grande, que hacía cerca de veinticinco años que no se celebraban contratos privados ni se
2 seguían procedimientos públicos: unos magistrados se ponían al mando de una guarnición y los demás al frente de todo el ejército, con lo cual aplazaban administrar justicia; no faltaban generales[19] que pagaban a los pobres sueldos, extrayéndolos del erario público.
3 De ello muchos aprendieron a fiarse de tales hombres y a entregarles el gobierno para esquivar la reposición debida a injusticias y a deudas, y para recibir siempre algo de los fondos públicos gracias al favor de los ma-
4 gistrados ***. Ofeltas fue el que más pareció fomentar esta situación: siempre pensaba algo que, de momento, daba la impresión de aprovechar a la gran mayoría, pero que, después, iba a acabar con todos de forma
5 manifiesta. Y a esto siguió algo producido por un celo desafortunado. Pues los que morían sin hijos no dejaban sus haciendas a sus parientes más próximos, lo cual hasta entonces había sido lo habitual, sino que los legaban, como propiedad común, a sus amigos para
6 banquetes y borracheras. Incluso muchos que tenían descendencia distribuían la mayor parte de su fortuna personal entre sus amigos[20], de manera que a muchos beocios les tocaban más banquetes diarios que días tiene el mes.

---

[19] La palabra griega correspondiente es *stratēgós*, pero, referido a la administración beocia, la palabra podía no significar «general», sino simplemente «magistrado». Cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc.

[20] Aquí, quizás, haya una alusión implícita a Filopemén, que aconseja sobriedad y moderación a los conciudadanos, según PLUTARCO, *Vidas Paralelas:* «Filopemén» 9, 6-8. Como sea, Polibio aquí recuerda su función de moralista.

Mégara abandona la liga beocia

Esto hizo que los de Mégara[21], 7
que detestaban estas prácticas, recordaran su confederación anterior con los aqueos: se inclinaron de nuevo hacia ellos y hacia su partido. Los megareos desde los tiempos de 8
Antígono Gónatas formaban parte de la liga aquea, ya en los inicios de ésta; cuando Cleómenes avanzó y se estableció en el Istmo, aislados, se pasaron a los beocios, con licencia para ello de los aqueos. Pero, algo 9
antes de la época que ahora nos ocupa, insatisfechos por la manera como se llevaban los asuntos en Beocia, se inclinaron de nuevo hacia los aqueos. Los beocios, 10
enojados por lo que creyeron un desprecio, salieron en armas con todo su ejército[22] contra la ciudad de Mégara. Pero los megareos no hicieron el menor caso 11
de su presencia, por lo que los beocios se enfurecieron y se dispusieron a asediar la plaza y lanzar ataques contra ella. Sin embargo, el rumor propalado entre los 12
beocios de que Filopemén estaba en las inmediaciones con sus aqueos hizo cundir el pánico, y los beocios huyeron tumultuosamente hacia su país; incluso abandonaron las escaleras apoyadas en los muros.

Los beocios, pues, regulaban así sus asuntos pú- **7**
blicos y, con todo, por un golpe de suerte[23], lograron esquivar las guerras de Antíoco y de Filipo. Pero en los 2
tiempos subsiguientes ya no pudieron rehuir los con-

---

[21] A la muerte de Demetrio II los aqueos recobraron Mégara y se aliaron con Beocia y con la Fócide. En el año 224, cuando Cleómenes llega al Istmo, Mégara se juntó a la confederación beocia por presiones de Antígono Dosón, pero, durante el generalato de Filopemén en la liga aquea, Mégara se reintegra a esta obediencia.

[22] Probablemente, en el año 206/205 a. C.

[23] Más abajo se habla de la fortuna y el matiz de su sentido es, ciertamente, algo diferente. Éste es un lugar apto para profundizar en el concepto polibiano de fortuna que no ha sido aprovechado por los estudiosos del tema.

flictos, sino que, como si la fortuna[24] se tomara a propósito un desquite, pareció que les asaltaba duramente. Haremos mención de ello en las partes siguientes[25].

3 Muchos beocios aducían como pretexto de su enemiga contra los romanos el asesinato de Bráquiles[26] y la campaña que Tito Flaminino había hecho contra Coronea en castigo por las muertes de romanos[27] que
4 ocurrían en los caminos. Pero la verdadera causa radicaba en la corrupción de sus espíritus, debida a los
5 motivos ya citados. Al aproximarse el rey, los magistrados beocios salieron a su encuentro, se reunieron con él y, tras mantener conversaciones amistosas, lo condujeron a Tebas.

Boda de Antíoco en Calcis

8 Antíoco, llamado el grande[28], al que mataron los romanos, según cuenta Polibio en su libro vigésimo, tras llegar a Calcis[29], celebró su boda. Contaba cincuenta y dos años[30] y había puesto por obra dos empresas capitales: la liberación[31] de los griegos, según él mismo proclamaba, y la guerra contra
2 Roma. Se enamoró de una joven de Calcis y, durante la misma guerra, la tomó por esposa, siendo él, como era, un aficionado
3 a la bebida, que se divertía embriagándose. La joven era hija de Cleoptólemo, un personaje ilustre, y aventajaba en belleza
4 a todas las demás muchachas. Tras celebrar la boda en Calcis,

---

[24] Cf. XI 5, 8.

[25] Cf. XI 5, 8.

[26] Sucedió en el invierno del 197/196 a. C.; cf. XVIII 48, 12.

[27] Cf. XXXIII 29, 1-9. La mayoría de los romanos asesinados lo fueron alrededor del lago Copais; su número alcanzó los quinientos.

[28] Para este título, cf. IV 2, 7.

[29] En la isla de Eubea.

[30] Estamos en el año 191 a. C., y había nacido en el 243.

[31] Pero leemos en III 7, 3: «Debe considerarse un pretexto la liberación de los griegos, que los etolios, recorriendo con Antíoco las ciudades, invocaron de manera falaz y absurda.»

pasó el invierno allí, sin preocuparse en lo más mínimo de la situación. Impuso a su mujer el nombre de Eubea. Y, tras 5
perder la guerra, huyó a Éfeso con su joven esposa[32]. (ATENEO, X 439 e-f.)

Fragmento de la narración de la batalla de las Termópilas (191 a. C.)

Excepción hecha de los quinientos hombres que rodeaban al rey, nadie se salvó de todo aquel ejército, y nadie tampoco de los diez mil hombres que dije, tomándolo del historiador Polibio, que Antíoco llevó consigo a Grecia. (TITO LIVIO, XXXVI 19, 11.)

Negociaciones de los romanos con los etolios

Feneas, el general en jefe de 9
los etolios, cuando los romanos se apoderaron de Heraclea, vio que el peligro rodeaba a Etolia desde todas partes, consideró lo que había ocurrido a las demás ciudades y decidió enviar unos delegados a Manio Acilio[33] para tratar de una tregua y de un pac-

[32] La complicada trama de esta situación se puede seguir en BENGSTON, *Geschichte*, pág. 454. En otoño del 192 los etolios y Antíoco preparan y ejecutan una expedición contra Grecia para liberarla del yugo romano, pero la empresa tiene poco eco en la misma Grecia, y además Filipo V fue fiel a Roma. La liga aquea se declaró a favor de Roma, contra la liga etolia. Una primera batalla se da en las Termópilas, ganada por los romanos y sus aliados. Antíoco huye a Elatea y, de ahí, a Calcis. Dos batallas navales ganadas también por los romanos, la de Córico (septiembre del 191) y la de Mioneso (septiembre del 190), inclinan la balanza aún más a favor de los romanos. La contienda decisiva se dio en Magnesia (finales del 190 a. C.), donde el ejército de Antíoco III, de setenta mil hombres, fue derrotado por treinta mil romanos, con la ayuda de un contingente mandado por Éumenes II de Pérgamo. En las conversaciones de paz que siguieron inmediatamente, Antíoco III aceptó limitar su reino a las fronteras estrictas de Asia Menor.

[33] Glabrio fue el general en jefe de los romanos en esta expedición. Feneas, el general etolio, era de tendencia prorromana. Intervino como general y negociador etolio en los episodios narrados en la nota 1 del libro XVIII.

2 to. Con esta intención, pues, remitió a Arquedamo, a
3 Pantaleón y a Cálepo[34], quienes tenían previsto, para
cuando se entrevistaran con el general romano, ha-
cerle un discurso extenso. Pero en la audiencia se vie-
4 ron cortados y no pudieron pronunciarlo. En efecto,
Manio declaró que de momento no disponía de tiempo,
pues le retenía la distribución del botín tomado en
5 Heraclea[35]; concedió una tregua de diez días y dijo
que enviaría con ellos a Lucio Valerio Flaco, a quien
6 deberían exponer sus necesidades. Entrada en vigor
la tregua, Lucio se presentó en Hipata[36], donde se dis-
7 cutió a fondo la situación. Los etolios procuraban de-
fenderse remontándose al principio; aducían los bene-
8 ficios que de ellos habían recibido los romanos. Pero
Lucio los atajó en su empeño, diciéndoles que, tal como
estaban las cosas, aquel tipo de defensa resultaba in-
adecuado: eran ellos mismos los que habían roto con
la amistad anterior; la enemistad de ahora respondía
a ellos, a los etolios, de manera que los favores de
antes no encajaban en las circunstancias presentes.
9 Les recomendó que se dejaran de peroratas apologé-
ticas, que recurrieran, más bien, a un tono de súplica
y que pidieran perdón para los crímenes de su general.
10 Los etolios, tras algunas observaciones posteriores so-
bre la situación, decidieron ceder la última decisión a
11 Manio Acilio, entregándose a la lealtad[37] romana, sin

[34] Para Arquedamo, cf. XVIII 21, 5; fue general en jefe de la liga etolia en los años 191/190, 188/187 y 182/181. De tendencia antirromana (cf. XXVIII 4, 8), quizás los romanos le mandaran ejecutar tras la batalla de Pidna. Pantaleón es el nieto del Pantaleón que dispuso la alianza de aqueos y etolios en el año 239. Cálepo fue un locro de Naupacto.

[35] Cuando la ciudad fue tomada por este cónsul en el año 191 a. C.

[36] Ciudad de los enianos en el valle del río Esperqueo, en la ladera norte de la cordillera del Eta.

[37] El romano pide a los etolios la típica *deditio*.

saber exactamente, por supuesto, lo que entrañaba esta rendición. Les engañó el término «lealtad»; creían que así moverían más a compasión. Pero, entre los roma- 12
nos, «entregarse a la lealtad romana» significa lo mismo que rendirse incondicionalmente al vencedor.

Los etolios tomaron estas decisiones y enviaron a **10**
Feneas como acompañante de Lucio; debía exponer a Manio sin dilaciones lo acordado. Feneas se entrevistó 2
con el general romano, ante quien justificó de nuevo a los etolios, pero al final le dijo que éstos habían decidido entregarse a la lealtad romana. Manio le in- 3
terrumpió y le preguntó: «¿De verdad que es así, hombres de Etolia?» Y ante su afirmación prosiguió: «En- 4
tonces, en primer lugar, ningún etolio pasará al Asia ni en viaje privado ni por un decreto público; en se- 5
gundo, me entregaréis a Dicearco[38] y a Menéstrato (éste había salido a reforzar la guarnición de Naupacto) y, con ellos, al rey Aminandro y a los atamanios que se os han pasado con él.» Feneas le atajó diciendo: 6
«General: lo que pides no es justo y es insólito entre los griegos.» Manio, no tanto por enojo como para 7
hacer comprender a los etolios la verdad de su situación, infundiéndoles así un pánico total, exclamó: «¿De modo que os las dais de griegos y me habláis de lo decente y de lo conveniente, cuando os habéis entregado a la lealtad romana? ¡Puedo encadenaros a todos, si me parece bien!» Así habló, y mandó traer una ca- 8
dena y rodear a cada uno el cuello con un cepo[39]. Fe- 9
neas y sus acompañantes se quedaron pasmados y mudos, como si aquello tan extraño que les ocurría les hubiera paralizado el cuerpo y el alma. Lucio y algu- 10

---

[38] Sobre Dicearco de Triconio, cf. XVIII 10, 9; Menéstrato (algún manuscrito griego da Monetas) aparece de nuevo en XXI 31, 13.

[39] Algo semejante, en XXI 5, 3.

nos tribunos militares que lo presenciaban pidieron
a Manio que no decidiera nada desagradable contra
aquellos hombres, porque eran unos embajadores. El
romano asintió a la petición y, entonces, Feneas co-
11 menzó a hablar. Dijo que él mismo y los apócletos
cumplirían las órdenes, pero que, para entrar en vigor
lo exigido, se debía contar con la conformidad de la
12 asamblea etolia. Ante la observación de Manio de que
ahora hablaba con propiedad, Feneas solicitó otra tre-
gua de diez días. Se les concedió, y los etolios, acordado
13 el armisticio, se retiraron. Llegaron a Hipata y expli-
caron a los miembros del consejo superior lo que les
había ocurrido y los parlamentos habidos. Sólo cuan-
do los escucharon llegaron a comprender los etolios
su propia ignorancia [40] y el apuro al que ésta les había
14 llevado. Decidieron escribir a las ciudades y convocar
a los etolios para deliberar sobre lo que se les exigía.
15 Pero corrió la voz de lo que le había ocurrido a Feneas,
lo cual enfureció tanto a la multitud, que todos se ne-
16 garon a reunirse en asamblea. Resultó, pues, literal-
mente imposible deliberar acerca de las exigencias
de los romanos. Y, precisamente entonces, procedente
de Asia Menor, atracó en el puerto de Fálara [41], situado
en el golfo de Melia, Nicandro [42], que ya había zarpado
de allí, e informó que el rey Antíoco le había recibido
cordialmente y le había formulado promesas para el
futuro. Los etolios descuidaron todavía más la paz y no
17 hicieron ya nada para concluirla. Transcurrió el tiem-
po de la tregua y continuaron estando en guerra con-
tra los romanos.

11 No se debe silenciar la mala experiencia habida por
2 Nicandro. Llegó de Éfeso a Fálara, al duodécimo día

[40] De lo que para los romanos era la *deditio*.
[41] Fálara, puerto de Lamia, al S. de Ptía.
[42] Hijo de Bites de Triconio y general de la caballería etolia.

de haber zarpado de allí. Se encontró con que los ro- 3
manos estaban todavía en las cercanías de Heraclea y
que los macedonios, a pesar de haber abandonado
Lamia, habían acampado no lejos de la ciudad. Depo- 4
sitó sorpresivamente el dinero en Lamia y él intentó
escabullirse de noche entre los dos campamentos ha-
cia Hipata. Pero fue capturado por la guardia exterior 5
macedonia, que lo condujo a la presencia de Filipo
cuando el banquete estaba en su fase culminante. Lo
previsible era que, al caer bajo las iras de Filipo, o
bien allí mismo sufriría algún daño, o bien sería en-
tregado a los romanos. Pero, cuando avisaron al rey 6
del suceso, Filipo mandó a los que estaban en ello
que trataran bien a Nicandro y que, desde entonces,
fueran humanos con él. Poco después él mismo se 7
levantó y se fue al encuentro de Nicandro: hizo mu-
chos reproches a la locura colectiva que afectaba a los
etolios, en primer lugar, porque habían lanzado a los
romanos contra los griegos[43] y, luego, a Antíoco[44]. Sin
embargo, incluso ahora les aconsejaba que, dando al
olvido lo pasado, persistieran en ser adeptos suyos, y
que no consintieran en sacar partido de la situación
para perjudicarse mutuamente. Le encargó que indica- 8
ra todo esto a los prohombres etolios y, en cuanto a
él personalmente, le exhortó a que recordara en todo
momento el beneficio recibido. Lo remitió luego con
una escolta suficiente y ordenó a los encargados de
ello que lo condujeran sano y salvo a Hipata. Nican- 9
dro, ante un suceso tan inesperado y paradójico, de
momento se retiró a su casa, y desde aquella ocasión
fue partidario de la dinastía macedonia. Por ello, pos- 10
teriormente, durante el reinado de Perseo, sus simpa-

[43] En la primera guerra macedonia (215-205) entre Filipo V y una coalición encabezada por Roma y la liga etolia.

[44] En el año 192 a. C.

tías ya citadas lo condicionaron, de modo que se opuso de mala gana y remisamente a los intentos de este rey. Acabaron recayendo sobre él sospechas y acusaciones, fue detenido [45] y conducido a Roma, donde murió.

11 Córax [46], monte entre Calípolis y Naupacto. Polibio en su libro vigésimo.

12 Aperantia [47], ciudad de Tesalia. Polibio en su libro vigésimo.

Filopemén rechaza un soborno en Esparta

12 *** uno de ellos mismos que trataba este tema ante Filopemén. Pero, así como en muchas ocasiones hay hombres dispuestos a buscar ventajas personales prestándose a estos favores, y los convierten
2 en principio de amistad y colaboración, con todo en el caso de Filopemén no se encontró nadie absolutamente que quisiera de buen grado hacerles este favor,
3 hasta que, en tal apuro, eligieron por votación a Timolao, que era huésped paterno y muy familiar a Filopemén. Estuvo dos veces en Megalópolis y, precisamente por su gran amistad, no se atrevió a tratar directamente la cuestión, pero al fin cobró ánimo, se presentó en la ciudad por tercera vez y se atrevió a mencionar
4 la condecoración. Filopemén se lo admitió complacido, ante la sorpresa de todos. Timolao exultaba de gozo, en la suposición de que su intento había cuajado; Filopemén, por su parte, aseguró que dentro de pocos días acudiría a Esparta, ya que quería dar gra-
5 cias por el galardón a todos los magistrados. Y, efectivamente, no pasó mucho tiempo sin que se presentara; llamado al Consejo, manifestó que, desde hacía mucho tiempo, sabía la simpatía que le profesaban

[45] Cf. XXVII 15, 14; XXVIII 4, 6.

[46] Monte situado en Etolia oriental, al O. del Parnaso.

[47] Se desconoce la situación exacta, pero debía de estar no lejos del curso del río Aqueloo.

los lacedemonios, pero principalmente ahora, por el honor de la corona que le ofrecían. Añadió que acep- 6
taba con gusto su voluntad, pero que ponerla en práctica le azaraba, porque estas coronas y honores no debemos tributarlos a los amigos que, si se las ciñen, jamás se limpiarán de la herrumbre que producen; debemos ofrecerlas a los enemigos: así los amigos 7
conservarán su derecho de hablar con libertad ante los aqueos cuando se propongan socorrer a la ciudad, y los enemigos, tras tragar el cebo, se verán obligados o bien a concertarse con los lacedemonios, o bien a callar: en ningún caso podrán ya perjudicar.

Sobre el valor de la evidencia visual

No es lo mismo, es más, hay 8
una gran diferencia entre conocer una cosa de oídas o por haberla visto personalmente. Normalmente ayuda mucho, en todo caso, la certeza fundada en la evidencia ocular.

LIBRO XXI

(FRAGMENTOS)

Retorno de Roma de una embajada espartana[1]

1 Entonces llegó[2] de Roma la misión enviada por los lacedemonios fallida en sus esperanzas.
2 En efecto, había sido remitida
3 para tratar de los rehenes y de ciertas aldeas, pero el senado romano contestó que acerca de las aldeas daría plenos poderes a unos embajadores que iba a despachar; en cuanto a los rehenes quería deliberar toda-
4 vía. Y por lo que se refería a los exilados anteriores[3], los romanos dijeron que, liberada ya Esparta, no entendían cómo no eran restituidos a sus hogares.

---

[1] Estamos en el verano del año 191 a. C.

[2] A Esparta.

[3] Aquí el texto griego de las fuentes manuscritas pone «aqueos», palabra que el editor Schweighäuser enmendó en «anteriores». En efecto, los exiliados aqueos, que, por lo demás, juegan un papel importante, no se ve, sin embargo, qué relación podrían tener con la situación actual espartana. Para los exiliados aqueos, cf. XX 1, 9, 11; XXIII, 3, 2. Por lo demás, la referencia a «exiliados anteriores» hace suponer que los hay nuevos: los líderes del partido proaqueo.

Embajada etolia en Roma[4]

Cuando llegó a los romanos la **2**
noticia de la victoria naval[5], el
senado ordenó al pueblo, en pri-
mer lugar, observar nueve días una *supplicatio*[6], la 2
cual consiste en una fiesta general y en ofrecer a los
dioses sacrificios de acción de gracias por los buenos
éxitos obtenidos; y, en segundo lugar, convocar[7] a su 3
presencia a los comisionados etolios y a los mensajeros
de Manio. Unos y otros usaron largamente de la pala- 4
bra; el senado decidió ofrecer dos condiciones a los eto-
lios: o rendirse a discreción con todo lo suyo o, al-
ternativamente, abonar en el acto mil talentos y tener
los mismos amigos y enemigos que Roma. Los etolios 5
pidieron que se señalaran sin ambages las materias que
debían pasar a potestad de los romanos, pero el sena-
do rehusó fijar estos puntos. Por eso la guerra[8] conti- 6
nuó sin tregua.

[4] En el invierno de 191-190 a. C.

[5] De Córico, plaza del Asia Menor frente a la isla de Quíos, donde una flota aliada de Roma y Pérgamo al mando de Cayo Livio Salinator y de Éumenes derrotó a una flota siria al mando de Polixénidas (cf. X 29, 6).

[6] Tal como está escrito, el término griego *elinýas* es palabra usada una sola vez *(hápax)*, aunque no faltan palabras de la misma familia. En la traducción se da el término latino sugerido por WALBANK, *Commentary*, ad loc., notando, además, cómo aquí sale como una auténtica rareza algo que, sin embargo, pertenecía a una de las funciones esenciales del senado, cual era la de imponer al pueblo obligaciones religiosas. Referente a ello puede leerse con fruto el artículo *senatus* de *The Oxford Classical Dictionary*.

[7] En una asamblea general. Cuando un problema era muy peligroso o de gran importancia, el senado requería la opinión de la asamblea popular.

[8] La guerra de los romanos contra Antíoco III el Grande.

Embajada de Filipo en Roma[9]

3 Por aquel mismo tiempo el senado trató con unos enviados de
2 Filipo, quienes se presentaron comisionados por él para justificar la simpatía y el interés que el rey había tenido para con los romanos
3 durante la guerra de Antíoco. Al oírlo, el senado anuló inmediatamente para Demetrio, el hijo de Filipo[10], la condición de rehén, y prometió al mismo tiempo que declararía a Filipo exento de tributos siempre que él, en las presentes circunstancias, se mantuviera leal al
4 pueblo romano. Liberó, igualmente, a los rehenes lacedemonios, a excepción de Ármeno, hijo de Nabis, que algún tiempo después murió de enfermedad.

Alianza aquea con Éumenes[11]

3 b En Grecia llegó[12] a los aqueos una embajada remitida por Éumenes para tratar una alianza.
2 Se reunió el consejo extraordinario aqueo que ratificó la coalición y envió soldados, mil de infantería y cien jinetes, al mando de Diófanes de Megalópolis[13].

4 Anfisa[14] sufría el asedio de Manio Acilio, el general romano. Por aquel entonces el pueblo de los atenienses, sabedor de las malas condiciones en que se debatían los anfiseos y, también, de la presencia de Publio Cornelio Escipión, mandó a Equedemo como enviado,
2 con órdenes de saludar a Lucio y a Publio Cornelio, y tantearles, al propio tiempo, acerca de un entendi-

---

[9] Años 191/190.

[10] Cf. XVIII 39, 5.

[11] Años 191/190.

[12] Después de la batalla de Córico en el otoño del año 191 a. C. Los aqueos pretenden asegurarse el favor de Roma. Cf. XXII 7, 8.

[13] Era hijo de Dieo de Megalópolis e, inicialmente, partidario de Filopemén, aunque más tarde le acusara de incompetencia militar.

[14] La capital de los locros epicnemidios, en el N. del golfo de Eubea.

miento con los etolios. Cuando los legados se le pre- 3
sentaron, Publio Cornelio recibió amistosamente a
aquellos hombres y los trató con afabilidad: veía que 4
le serían útiles para los proyectos que entonces abriga-
ba. Se proponía, por un lado, componer pacíficamente
sus diferencias con los etolios, y si éstos no se ave-
nían, lo dejaría totalmente de lado y pasaría a Asia,
ya que se daba cuenta cabal de que el final de la guerra 5
y de toda la empresa no se lograba sometiendo al
pueblo de Etolia, sino venciendo a Antíoco y apode-
rándose de Asia. De modo que, así que los atenienses 6
aludieron a un entendimiento, les tomó muy de buen
grado la palabra y les propuso que ellos mismos tan-
tearan a los etolios [15]. Equedemo había enviado un 7
mensaje previo a Hipata [16] y ahora se presentó allí per-
sonalmente: trató acerca de un arreglo con Roma con
los apócletos de los etolios. También éstos le oyeron 8
con interés y nombraron a los que debían entrevistarse
con los romanos. Los enviados etolios, pues, se presen- 9
taron a Publio Cornelio, al que encontraron acampado
a sesenta estadios de Anfisa. Allí se conversó mucho:
los etolios rememoraban sus antiguas amistades con
los romanos. Publio Cornelio les habló de manera to- 10
davía más humana y afable: se refirió a sus gestas en
España y en Africa, y, al explicar cómo había tratado
a los pueblos de estas regiones que se le habían en-
tregado, afirmó, en conclusión, que también ellos de-
bían entregársele confiadamente. Al principio, todos 11
los presentes se llenaron de esperanza. Creían que
llegarían inmediatamente a un pacto; luego, cuando los 12
etolios preguntaron cuáles eran las condiciones en que
iba a estipularse la paz, Lucio les dijo que podían ele-
gir entre dos posibilidades: o bien sometérsele total- 13

[15] Propiamente, a sus magistrados o apócletos. Cf. IV 5, 9.
[16] Hipata, plaza del N. de Etolia.

mente o bien abonar al contado mil talentos y tener
14 los mismos amigos y enemigos que los romanos. Los
etolios allí presentes se enojaron, más que nada porque
esta afirmación no encajaba con sus palabras anterio-
res; además dijeron que debían trasladar estas órde-
nes a la asamblea etolia.

5 De modo que se retiraron para deliberar sobre lo
2 dicho y Equedemo se entrevistó con el alto consejo
3 aqueo para tratar lo mismo. De la proposición roma-
na, una cosa resultaba imposible por la enorme suma
de dinero, y la otra les infundía temor, porque ya antes
les habían engañado, cuando, tras aceptar, cayeron al
4 poco bajo las cadenas. Apurados y sin saber qué ha-
cer, los etolios enviaron los mismos delegados que an-
tes a preguntar si se les rebajaba la suma para que
pudieran pagarla, o bien si la sumisión total podía ser
suavizada a favor de algunos hombres y mujeres de alta
5 posición. Los enviados, pues, se entrevistaron con Pu-
blio Cornelio y le expusieron las peticiones etolias.
6 Lucio Cornelio les aclaró que el senado le había auto-
rizado solamente para proponer las condiciones ya
7 descritas, con lo que ellos se retiraron; Equedemo, por
su parte, les acompañó a Hipata y aconsejó a los etolios
en el sentido de que si de momento la paz sufría
aquellos obstáculos, debían solicitar una tregua para
zafarse de las calamidades presentes y enviar una em-
bajada al senado. Si eran atendidos en sus demandas,
8 bien; de lo contrario, les tocaba aguardar su oportu-
9 nidad, pues su estado no podía empeorar en absoluto;
en cambio, no se podía excluir que mejorase, y ello
10 por muchas razones. Pareció que Equedemo hablaba
atinadamente, por lo que los etolios decidieron enviar
11 una delegación a pactar una tregua. Se presentaron a
Lucio Cornelio y solicitaron de él que, de momento,
les garantizara una tregua de seis meses, para que ellos
12 pudieran enviar una embajada al senado romano. Pu-

blio Cornelio, que desde hacía tiempo quería tomar parte en las empresas de Asia, convenció fácilmente a su hermano de que cediera a aquellas pretensiones. Redactados los términos del acuerdo, Manio Acilio le- 13
vantó el cerco, entregó el mando y los aprovisionamientos a Lucio Cornelio y se fue directamente con sus tribunos a Roma[17].

La Fócide: una flota romana en Sesto[18]

Los focenses[19], molestos por los ro- 6
manos dejados en sus naves e irritados por los tributos, se sublevaron.
En aquel mismo tiempo los magistrados focenses temían la 2
escasez de víveres y la actividad desplegada por los partidarios de Antíoco, por lo que enviaron legados a Seleuco[20], que se encontraba entonces en los límites del país, a pedirle que no se
aproximara a su ciudad, porque ellos abrigaban el proyecto de 3

---

[17] Precisamente este lugar, que, según el filólogo D. MUSTI, «Polibio e la storiografia romana», en *Polybe. Neuf Exposées...*, pág. 122, refleja seguramente una experiencia personal de Polibio, que habría formado parte de la delegación romana, abre, junto con otros, la discusión de si los conceptos *deditio* y *deditio in finem* entrañan exactamente lo mismo (cosa que parece abonar Polibio) o un concepto jurídico diferente (cosa que parece abonar Tito Livio). Como sea, se señalan claramente dos clases de *deditio:* a) *deditio peregrina,* que equivale exactamente a nuestro rendirse a discreción. Los enemigos de los romanos que se entregaban así podían esperar ser, con el tiempo, ciudadanos romanos, o ser restituidos a su condición anterior. b) *deditio libertina:* la situación de los que se acogían a ella era peor: no podían aspirar ni a la ciudadanía romana ni a ser restituidos a su situación anterior; se regían por el *ius gentium* y debían vivir a una distancia de Roma no inferior a las ciento cincuenta millas romanas. Algunos autores apuntan todavía la existencia de una tercera entrega paralela, de este tipo, la *deditio barbara,* pero no se ha comprobado plenamente su existencia. Véase la entrada *dediticii* en DER KLEINE PAULY, *Lexicon der Antike,* Munich, 1979.

[18] Año 191/190 a. C.

[19] Cf. V 77, 4.

[20] Seleuco IV; cf. XVIII 51, 8.

no entrar en guerra y de esperar cómo acabaría aquello; luego
4 se atendrían a lo que se les mandara. De estos enviados, Aristarco, Casandro y Rodón eran partidarios de Seleuco y de sus ideales; contrariamente, Hegias y Gelias propendían a la causa
5 romana. Tras la entrevista, Seleuco admitió a Aristarco y a sus dos compañeros a su trato y excluyó de él a Hegias y a Gelias.
6 Informado del enojo popular y de la escasez de víveres, sin dar ninguna respuesta concreta y sin ningún trato previo avanzó hacia la ciudad. (SUIDAS.)

7 Le salieron al encuentro dos sacerdotes galos[21] con imágenes y pectorales, y le rogaron que no decidiera nada irremediable para la ciudad.

Las técnicas de la guerra naval

7 Sobre el ingenio lanzafuegos[22] que usó Pausístrato[23], el almirante de los
2 rodios: tenía forma de embudo. Por la parte de proa y a ambos lados había dos áncoras[24] en la superficie interior de las paredes de las naves; estas áncoras se oponían. Había, adaptadas a ellas, dos poleas; los extremos de las
3 áncoras emergían mucho del mar. El embudo, que contenía mucho fuego en brasas, pendía, mediante una cadena de hierro,
4 del extremo de las áncoras. Casi siempre que se embestía al enemigo de frente o de costado, se lanzaba el fuego contra la

---

[21] Eran eunucos, sacerdotes de Cibeles.

[22] Véase una reproducción de este ingenio en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[23] Pausístrato fue el general rodio que intentó sin éxito total desalojar las guarniciones macedonias que, en el 197 a. C., ocupaban la Perea rodia. Más tarde, en el año 191, peleó conjuntamente con los romanos en Éfeso.

[24] La palabra griega subyacente es difícil de traducir. Aquí parece significar unos lazos de cuero suspendidos por la parte interior del casco de la nave; el canasto en que se había depositado el fuego podía colgarse de cualquiera de los dos extremos del cuévano. El traductor inglés Shuckburg traduce *two staples*, «grapas», pero la materia debía de ser más flexible, por lo que tal traducción parece excesiva. Quizás se tratara de un mecanismo no tan complicado, de una simple tabla alargada que se podía hacer salir y voltear para que echara fuego sobre el barco enemigo.

nave adversaria, que quedaba muy lejos de la propia por la inclinación de la borda. *(Ibid.)*

Panfílidas[25], el almirante rodio, parecía más indi- 5
cado para cualquier ocasión que Pausístrato; ello se debía a que era tenaz y constante por naturaleza, más que arriesgado. La mayoría de los hombres suelen[26] 6
juzgar no razonadamente, sino por la casualidad. Por 7
esto mismo hacía muy poco que los rodios habían elegido a Pausístrato, porque era hombre práctico y audaz, pero el desastre[27] les hizo cambiar muy pronto de opinión.

En este mismo tiempo[28] llegó a Samos un escrito 8
destinado a los hombres de Lucio y a Éumenes, de parte de Lucio Emilio Regilo, el que detentaba la dignidad consular, y de Publio Escipión. En este escrito 2
se explicaban los acuerdos tenidos con los etolios sobre la tregua y la marcha de los ejércitos de a pie contra el Helesponto. Y de parte de los etolios se hi- 3
cieron las mismas aclaraciones a Antíoco y a Seleuco.

Diófanes de Megalópolis

Diófanes de Megalópolis poseía 9
una gran formación militar, porque, durante la larga guerra contra Nabis, que se desarrolló continuamente en las inmediaciones de Megalópolis, sirvió siempre a las órdenes de Filopemén y adquirió gran experiencia en los

[25] El texto griego pone Panfílidas, pero aquí hay un error del copista o un descuido del propio Polibio, pues el personaje aquí aludido es Éudamo, cosa que ya vio el editor Gelder; véase el aparato crítico de la edición del texto griego de Büttner-Wobst, y también WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[26] Aquí el texto griego ofrece una variante cuya traducción es: «los hombres instruidos juzgan...».

[27] En el año 190 a. C., Polixénidas, almirante rodio exiliado, destrozó la flota de su propio país mandada por Pausístrato en Samos.

[28] Estamos en mayo o junio del año 190.

2 métodos de guerra. Aparte de esto, este hombre, tanto por su presencia como por su destreza corporal,
3 era imponente. Pero su cualidad principal fue su arrojo en el combate y su competencia en el manejo de las armas.

10

Éumenes disuade a los romanos de hacer la paz con Antíoco[29]

El rey Antíoco[30] había invadido las campiñas de Pérgamo. Fue informado de la presencia del rey Éumenes y supo que habían llegado con él no sólo su flota, sino también sus fuerzas de tierra, por lo que decidió entablar conversaciones de paz simultáneas con los roma-
2 nos, con Éumenes y con los rodios. Levantó, pues, todo su campo y se aproximó a Elea[31]. Tomó una colina que estaba frente a la ciudad y apostó en ella sus fuerzas de tierra. Y desplegó, junto a la misma ciudad, su caba-
3 llería compuesta de más de seis mil hombres. Él se estableció entre los dos contingentes y pidió a Lucio[32] que acudiera a la ciudad para tratar de un arreglo.
4 El general romano se reunió con los rodios y con Éumenes y les invitó a exponer su parecer acerca de las
5 circunstancias presentes. A Eudemo y a Panfílidas no les parecía mal hacer la paz, pero el rey Éumenes afirmó que, en aquellas circunstancias, hacerla no era
6 ni honesto ni posible, «porque —prosiguió— ¿cómo puede ser honesto que acabemos la guerra metidos
7 como estamos entre muros»? Y aseguró que, de momento, tampoco se podía hacer la paz, «porque ¿cómo la haríamos, si no nos viene un cónsul sin cuyo consentimiento no podemos ratificar los pactos hechos?

[29] Año 190.

[30] Antíoco III el Grande y Éumenes II de Pérgamo.

[31] Era el puerto de Pérgamo; la capital estaba unos ocho kilómetros tierra adentro.

[32] Lucio Emilio Régulo, general romano en Siria en la época de Antíoco III.

Y, aparte de esto, si llegamos a unos acuerdos prelimi- 8
nares con Antíoco, por descontado que me es difícil
pensar que vosotros, romanos, repatriéis vuestra armada
y vuestras legiones antes de que vuestro senado aprue-
be lo aquí pactado. Lo único que podríamos hacer se- 9
ría aguardar la respuesta de allí invernando aquí sin
hacer nada, consumiendo nuestros suministros y pre-
parativos y los de los aliados, y eso para que después, 10
si el senado romano decidiera no ratificar lo aquí acor-
dado, nos veamos obligados a empezar por segunda
vez la guerra, habiendo desaprovechado la oportunidad
actual, en la que, con el favor de los dioses, podemos
poner fin a todo». Éstas fueron las palabras de Éume- 11
nes; Lucio Cornelio aceptó su consejo y respondió a
Antíoco que era imposible concluir unos acuerdos antes
de la llegada del procónsul. Antíoco lo oyó y, al pun- 12
to, se puso a devastar los territorios de los elaítas.
Luego, Seleuco se quedó donde ya estaba; Antíoco hizo 13
seguidamente una marcha, se introdujo en la llamada
llanura de Tebas y llegó a unas campiñas fértiles y
muy prósperas, donde su ejército se apoderó de todo
tipo de botín.

El rey Antíoco llegó a Sardes[33], procedente de la **11**
campaña citada, y enviaba continuamente mensajes a
Prusias en los que le exhortaba a coaligarse con él.
En otros tiempos, a Prusias no le hubiera contrariado 2
hacer causa común con Antíoco, porque temía mu-
cho que los romanos pasaran al Asia para liquidar to-
das las dinastías. Pero le llegó la carta de Lucio y de 3
Publio Cornelio, los dos hermanos, la leyó, y ello le
alivió bastante las preocupaciones. Previó el futuro 4
como algo aceptable porque los dos Escipiones em-
pleaban argumentos claros y, en su escrito, aportaban
muchos testimonios que les conferían credibilidad. En 5

[33] Sobre Sardes, véase VII 15, 1.

efecto, aludían no sólo a su política personal, sino a la
6 general de todo el pueblo romano, con base en la cual
demostraron no sólo que no despojaron de su trono a
ningún rey antiguo, sino que, además, habían entroni-
zado a algunos reyezuelos y habían hecho prosperar
a monarcas ampliándoles enormemente los dominios.
7 Citaban, de España, los casos de Indíbil y Colicante[34],
el de Masinisa en África[35] y el de Pléurato en las regio-
8 nes de Iliria[36]: de todos éstos afirmaban que los ha-
bían convertido en reyes reconocidos, de soberanos
9 de fortuna, de reyezuelos insignificantes que eran. Igual-
mente citaban, ya en Grecia, los casos de Filipo y de
Nabis. Del primero decían que le habían hecho la
guerra, que le habían reducido a la situación de entre-
gar forzosamente rehenes y pagar tributos; ahora, sin
embargo, que habían recibido de él una pequeña mues-
tra de simpatía[37], le habían restituido el hijo y los de-
más compañeros de cautiverio, le habían perdonado
los tributos y le habían devuelto bastantes de sus ciu-
10 dades conquistadas durante la guerra. A Nabis pu-
dieron simplemente aniquilarle[38], pero no lo hicieron
y le exculparon, pese a que era un tirano; se limitaron
11 a tomarle las prendas habituales. Con su carta, pues,
ambos Escipiones aconsejaban a Prusias que conside-
rara todo esto: no debía temer por su reino, sino adop-
tar confiadamente el partido romano; no se arrepenti-
12 ría de esta preferencia. Prusias atendió y cambió de

[34] Sobre Indíbil, cf. la nota 124 del libro III. Sobre Colicante, cf. XI 20, 3-5; ayudó a Escipión en la toma de Ilipa con tres mil soldados de infantería y quinientos de caballería.

[35] Cf. IX 25, 4.

[36] Cf. X 41, 4.

[37] Filipo ayudó a los romanos cuando éstos marcharon en dirección al Helesponto a través de Macedonia y de Tracia.

[38] En una campaña del año 195 a. C., que Polibio debió de narrar; pero la narración polibiana se ha perdido.

parecer: cuando se le presentó Cayo Livio como enviado, se despreocupó totalmente de las esperanzas que antes depositara en Antíoco y se entrevistó con los hombres citados. Fracasado en su expectativa, Antíoco 13
compareció en Éfeso. Calculó que sólo podría impedir el paso de las legiones y, en suma, apartar de Asia la guerra *** si dominaba con seguridad el mar. Determinó librar una batalla naval y decidir el conflicto mediante la lucha marítima[39].

Fragmento sobre los piratas

Dice Polibio: los piratas vieron la 12
incursión de las naves romanas, viraron en redondo y se retiraron[40]. (SUIDAS.)

Antíoco intenta hacer la paz

Antíoco, después de la derrota 13
sufrida en la batalla naval, se quedó en Sardes y malogró sus oportunidades; aplazaba cualquier tipo de acción. Cuan- 2
do supo que el enemigo había pasado a Asia, oprimido de angustia y sin ninguna esperanza decidió despachar legados a Publio Cornelio y a Lucio que negociaran la paz. Y envió a Heraclides de Bizancio[41] con 3
las siguientes instrucciones: él entrega las ciudades de Lámpsaco y Esmirna, e incluso la de Alejandría[42], que habían sido las que habían motivado la contienda. Asi- 4
mismo, si quieren tomarle otras de Eolia y Jonia, cede

[39] La referencia es a la batalla naval de Mioneso, cuya narración polibiana se ha perdido. Romanos y rodios, coaligados, la ganaron, lo que hizo que Antíoco abandonara Lisimaquia y se retirara al Helesponto. La batalla tuvo lugar en septiembre del año 190.

[40] Seguramente se trata de una escaramuza previa a la batalla de Mioneso.

[41] Para lo poco que se sabe de este personaje, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[42] Sobre Lámpsaco y Alejandría (de la Tróade), cf. V 78, 6.

las que han hecho causa común con los romanos[43].
5 Añade que encima les abonará la mitad de los gastos
6 que les ha ocasionado la guerra presente. Esto es lo
que el enviado tenía la orden de comunicar en la au-
diencia pública[44], pero, además, debía participar pri-
vadamente a Publio Cornelio otras cosas, que señala-
remos oportunamente, una por una en lo que sigue.
7 Llegado el enviado en cuestión al Helesponto, se en-
contró con que los romanos todavía estaban en el
campamento donde habían acampado inicialmente tras
8 la travesía. Y, primero, se alegró de ello, pues creía
que coadyuvaría a su intento el hecho de que el ad-
versario no hubiera variado sus propósitos y no se
9 hubiera lanzado a otros ulteriores. Pero cuando se en-
teró de que Publio Cornelio continuaba en la otra orilla
se *sintió embarazado*[45], *porque en aquellas conversa-*
ciones el máximo peso recaía en las decisiones de este
10 hombre. La causa de que el ejército permaneciera to-
davía en su primera acampada y de que Publio Cornelio
estuviera separado de él radicaba en que Publio per-
11 tenecía a la hermandad de los salios[46]. Tal como ex-
plicamos al tratar la constitución romana[47], ésta es
una de las tres corporaciones que en Roma ofrecen
los sacrificios más solemnes a los dioses [a los que
12 corresponde.] Con motivo del sacrificio, durante trein-

---

[43] Son Mileto, Notio, Eritrea, Esmirna, Focea y Cime.

[44] Era lo que los romanos habían pedido en Lisimaquia en el 196, cf. XVIII 49, 5-9.

[45] Porque con ello Publio Cornelio no asistiría personalmente a las reuniones.

[46] Publio Cornelio Escipión era miembro de una de las dos *sodalitates saliorum* (=hermandades de los salios), cada una de doce miembros, cuyo deber era venerar a Marte y a Quirino (divinidades difícilmente distinguibles) con cantos y danzas.

[47] Fue sin duda en el libro VI, pero la narración polibiana se ha perdido.

ta días[48] estos salios no se pueden ausentar del lugar
en que se encuentren. Es lo que entonces ocurría a 13
Publio Cornelio: cuando su ejército estaba ya para
efectuar la travesía, a él le sobrevino este tiempo, de
modo que no podía variar su residencia. Tal fue la 14
causa de que Publio Cornelio se hubiera separado del
ejército y quedara en Europa, y de que sus fuerzas,
que habían atravesado ya el Ponto Euxino, permane-
cieran todavía en el mismo lugar y no pudieran reali-
zar ninguno de los proyectos ulteriores, pues esperaban
al otro lado a este hombre.

Al cabo de unos días, pues, se personó Publio Cor- **14**
nelio, y Heraclides fue llamado a presencia del con-
sejo[49]. Allí habló según las instrucciones que tenía. 2
Dijo que Antíoco cedía las ciudades de Lámpsaco y de
Esmirna, añadiendo a éstas la de Alejandría; de Eolia
y de Jonia, aquellas que habían hecho causa común
con los romanos. A lo cual debía agregarse que les 3
abonaría la mitad de los gastos que les había causado
aquella guerra. Y a este respecto dijo todavía más 4
cosas: aconsejó a los romanos no tantear excesiva-
mente la fortuna, pues eran hombres, y que no pre-
tendieran ampliar indefinidamente las dimensiones de
su imperio: debían limitarlas, y más todavía en Euro-
pa[50], pues ya se había convertido en grande e inima- 5
ginable: ningún imperio anterior había alcanzado las
proporciones del suyo. Pero si ahora Roma quiere, 6
sea como sea, quedarse con parte de Asia, que la

---

[48] Eran los correspondientes al mes de marzo.

[49] De carácter simplemente consultivo.

[50] Los historiadores hablan aquí expresamente de un «equilibrio de fuerzas», término que suena tan moderno, pero para destacar que, si bien parece que Roma lo buscó hasta el año 215 a. C., a partir de este momento, muy consciente ya de su superioridad, lo que buscó con más ahínco fue el imperio universal.

7 delimite, pues el rey cedería el máximo posible. Dicho
todo lo cual, el consejo sugirió que el general Publio
Cornelio respondiera en los términos siguientes: lo
justo era que Antíoco abonara no la mitad de los
gastos, *sino éstos en su integridad, pues la guerra ha-*
bía estallado no por culpa de Roma, sino de Antíoco;
8 se debían liberar no sólo las ciudades de Eolia y de
Jonia, sino que Antíoco debía ceder todos los territo-
9 rios de acá de la cordillera del Tauro. El embajador
oyó la comunicación del consejo y, puesto que lo exi-
gido rebasaba con mucho su oferta, no dijo nada y
se retiró de la sesión, pero privadamente trató con
suma deferencia a Publio Cornelio.

15 Cuando encontró una ocasión oportuna, habló con
2 él sobre las instrucciones que tenía. Éstas eran, pri-
meramente, que el rey le devolvería sin ningún tipo
3 de rescate a su hijo; en efecto, al principio de la
guerra el hijo de este Escipión había caído en poder
4 de Antíoco. Y, en segundo lugar, el rey estaba dis-
puesto en la medida de lo posible, a pagarle la can-
tidad de dinero que se le indicara, y, desde entonces,
si por él lograba las condiciones de paz ofrecidas,
compartiría con él los ingresos que le rindiera el im-
5 perio. Publio Cornelio repuso que en lo que se le anun-
ciaba respecto de su hijo, lo aceptaba y muy agradecido,
6 si realmente cumplía la promesa. En cuanto a lo de-
más, declaró que Heraclides[51] erraba totalmente su
propia conveniencia no sólo en este encuentro de ahora
con él, sino también incluso en lo que dijo ante el
7 consejo. Si hubiera hecho estos ofrecimientos cuando
todavía el rey era dueño de Lisimaquia y del paso

[51] Aquí el texto griego pone un demostrativo: él, que tanto puede referirse a Heraclides como a Antíoco, pero puesto que fue el primero quien llevó las conversaciones, lo más probable es que la referencia sea a él.

hacia el Quersoneso, habría dado de plano en el clavo. Igualmente, si aun perdido esto, se hubiese presentado 8
en el Helesponto con su ejército dando a entender muy claramente que iba a obstaculizar nuestro paso y hubiese enviado un legado con los ofrecimientos de ahora, sin duda habría alcanzado lo que pedía. Pero 9
ahora que ha permitido que nuestras fuerzas pasen a Asia, que no sólo ha dejado que le monten, sino incluso que le pongan el freno[52], ¡nos manda una legación para tratar una paz en igualdad de condiciones! Lo lógico es que no la logre y que sus esperanzas se vean fallidas. De modo que le recomienda que reflexione 10
mejor sobre las circunstancias y que considere con realismo sus oportunidades. En pago de la promesa que 11
le hacía en cuanto a su hijo, le daba un consejo a la altura de su agradecimiento: le sugería que se aviniera a todo y que, en modo alguno, peleara contra los romanos. Heraclides le escuchó, regresó, fue al encuentro 12
del rey y le expuso todo detalladamente. Y Antíoco, 13
consciente de que lo que se le imponía no le era más gravoso que perder una guerra, dejó ya de ocuparse de la paz y, en todas partes, dispuso todo para otra batalla[53].

---

[52] Esta expresión de Publio Cornelio sobre la situación de Antíoco recuerda la fábula esópica del hombre y el caballo, pero no se aleja del género refranesco. Sin embargo, según ARISTÓTELES, *Retórica* II 20 1393b 9-23, ya Estesícoro había narrado esta fábula al pueblo de Hímera para avisarle contra el tirano Fálaris.

[53] Rotas las negociaciones, Publio Cornelio Escipión enfermó y se marchó a Elea a pasar la convalecencia. Antíoco le devolvió a su hijo, pero preparó la nueva batalla, que se libró en Magnesia a finales del año 190 a. C. Aunque Antíoco opuso setenta mil hombres a los treinta mil romanos, su ejército, muy heterogéneo, fue batido por Publio Cornelio, aunque el verdadero mérito de la victoria romana lo llevó Éumenes II de Pérgamo, que atacó por sorpresa y consiguió desbaratar el

16 *Condiciones de paz impuestas tras la batalla de Magnesia*

Después de la victoria de los romanos frente a Antíoco, éstos tomaron Sardes y la acrópolis recién *** [54] se presentó Museo, un
2 heraldo de parte de Antíoco. Publio Cornelio lo recibió amistosamente y él explicó que Antíoco deseaba mandar unos legados para discutir el conjunto de la situa-
3 ción: pedía que se garantizara la seguridad de los que iban a acudir, extremo que le fue confirmado. Museo
4 se retiró y, al cabo de unos días, comparecieron como enviados de parte del rey Antíoco, Zeuxis [55], que antes había sido sátrapa de Lidia, y Antípatro, hijo de la
5 hermana de Antíoco [56]. Éstos se interesaron por un encuentro previo con el rey Éumenes [57], recelosos de que las fricciones anteriores le hubieran azuzado a per-
6 judicarles. Contra lo que esperaban, le encontraron mesurado y benigno, de modo que inmediatamente se
7 dirigieron a la reunión general. Llamados a la sesión, entre otras muchas cosas que dijeron, aconsejaron a los romanos utilizar sus éxitos con clemencia y con
8 grandeza de ánimo. Afirmaban que esto interesaba no tanto a Antíoco como a ellos mismos, puesto que la fortuna les había concedido el mando y el gobierno
9 del universo. Luego preguntaron qué debían hacer para
10 obtener la paz con Roma y su amistad. Los miembros del consejo habían tenido una reunión previa y habían

---

grueso de la caballería seléucida y destrozó el ala izquierda de la caballería de Antíoco. Sobre las consecuencias de la victoria romana, que modificó esencialmente el mapa político de Asia Menor, cf. BENGSTON, *Geschichte...*, pág. 455.

[54] Aquí los editores, ante la incoherencia sintáctica y de sentido que presenta el texto griego, suponen una laguna de dimensiones indefinibles, en la que se habría explicado que Publio Cornelio Escipión, ya sano, se había trasladado de Elea a Sardes.

[55] Cf. V 45, 4.

[56] Cf. V 79, 12.

[57] Éumenes II.

decidido acerca de ello; entonces rogaron a Publio Cornelio que expusiera lo que habían acordado.

Éste afirmó que los romanos, ni aun cuando ven- 17
cieran, se tornaban más duros [ni en caso de derrota,
más moderados], por lo que ahora recibirían de ellos 2
la misma respuesta que ya habían recibido previamente, cuando, antes de la batalla, llegaron al Helesponto.
Antíoco debía retirarse de Europa y, de Asia, de toda la 3
parte de acá del Tauro. Debían abonar, además, quince 4
mil talentos de Eubea a los romanos en concepto de
indemnización de los gastos de guerra. De ellos, qui- 5
nientos debían ser abonados al contado, dos mil quinientos cuando el senado romano ratificase el tratado; el resto era a satisfacer en doce años, a mil talentos
anuales. Además, debían pagarse a Éumenes cuatro- 6
cientos talentos que se le debían, y también el trigo que faltaba según lo estipulado por Antíoco y el padre
de Éumenes. Debían aún ser entregados a los romanos 7
Aníbal, el cartaginés[58], Toante, el etolio, Mnasíloco de Acarnania, y Filón y Eubulo, estos últimos de Calcis.
En prenda de ello Antíoco debía entregar inmediata- 8
mente los veinte rehenes que se le indicaran. Esto fue lo que contestó Publio en nombre de todo el consejo.
Zeuxis y Antípatro se manifestaron de acuerdo con todo 9
ello, por lo que se acordó conjuntamente enviar emisarios a Roma que aconsejaran al senado y al pueblo
confirmar los acuerdos. Y se disolvió el consejo. En los 10
días que siguieron, los romanos repartieron sus fuer-
zas ***. Al cabo de unos días los rehenes se presen- 11
taron en Éfeso, y Éumenes y los legados de Antíoco
zarparon al punto hacia Roma. E hicieron lo propio 12

[58] Sobre la huida de Aníbal a la corte de Antíoco III, cf. III 11, 1. Sobre los restantes personajes aquí mencionados y sus distintos grados de responsabilidad en la guerra, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

legados de Rodas, de Esmirna y de casi todas las naciones y estados radicados más acá del Tauro: remitieron embajadas a Roma.

18 A principios del verano[59], después de la victoria de los romanos sobre Antíoco, el rey Éumenes, los legados de Antíoco, los de los rodios e, igualmente, los de los
2 demás pueblos llegaron a Roma, ya que casi todas las naciones de Asia inmediatamente después de la batalla enviaron mensajeros a la urbe: para todos las esperanzas de futuro estaban depositadas íntegramente en
3 el senado romano. Éste acogía amistosamente a todos los que se le iban presentando, pero trató con una fastuosidad especial, tanto en la forma de recibirle como en los obsequios de hospedaje, al rey Éumenes
4 y, después de él, a los rodios. Cuando fue ya tiempo de la conferencia, al primero que llamaron fue al rey Éumenes, y le dijeron que expusiera con franqueza lo
5 que deseaba alcanzar del senado. Éumenes declaró: «Si se tratara de obtener algún beneficio de otros, yo tomaría a los romanos por asesores y no desearía nada inmoderado ni exigiría nada que fuera más allá de lo
6 conveniente, pero, ya que se trata de pedir algo a los mismos romanos, me parece que lo mejor será darles la elección a ellos mismos tanto en lo que se refiere
7 a mi persona como a mis hermanos.» Se levantó un senador y le animó a que no hablara con timidez, sino que dijera lo que le parecía, «porque el senado —aclaró— tiene el firme propósito de concederte todo lo posible». Pero Éumenes se mantuvo en su mismo pare-
8 cer. Al cabo de un rato, el rey se retiró y el senado continuó reunido deliberando sobre lo que se debía
9 hacer. Se acordó, pues, reclamar la presencia de Éumenes y pedirle que expusiera sin reservas lo que le había hecho acudir; él sabía mejor que nadie lo que

[59] Estamos a principios del año 189 a. C.

necesitaba su reino y la situación de Asia. Tomada 10
esta decisión, se le llamó, uno de los senadores le in-
dicó lo acordado y le apremió a disertar sobre los
puntos en cuestión.

Éumenes, pues, declaró que, en lo que le afectaba **19**
a él personalmente no tenía nada que añadir, sino que
continuaba [firme en su anterior posición:] dejaba
totalmente a los romanos que decidieran ellos. Pero 2
había un punto que ciertamente le preocupaba: los
rodios. Esto le impelía ahora a hablar sobre la situación 3
actual: «En efecto, ellos están aquí movidos justa-
mente por el afán de ayudar a su propia patria en la
crisis presente, afán no inferior al que me lleva a mí
mismo a pugnar por el honor de mi reino en la me-
dida de lo posible. Pero sus palabras aparentan algo 4
que no responde, en absoluto, a sus propósitos. Y es
muy fácil percatarse de ello. Sí, dirán, cuando sean 5
introducidos a vuestra presencia, que no vienen en
absoluto a pediros nada para ellos, que no quieren per-
judicarme a mí, de ninguna manera, que su embajada
es en pro de la libertad de todos los griegos que viven
en Asia. Y asegurarán que tal causa no les es tan 6
grata a ellos como conveniente a vosotros y, consecuen-
cia de vuestras gestas pretéritas. Será esto, ciertamen- 7
te, lo que, a primera vista, indicarán sus palabras. Pero
se echa de ver que su disposición verdadera se opone
a las apariencias, porque, con la liberación de las ciu- 8
dades, las que los rodios os urgen, su poder crecerá
y se multiplicará, y el de Pérgamo de algún modo
desaparecerá. Pues el nombre de la libertad y el de 9
autonomía separarán de nosotros no sólo a los que
ahora van a ser liberados, sino también, cuando vean
que vosotros os habéis inclinado de este lado, a los
que ya antes eran súbditos nuestros: aquel nombre
los pasará a los rodios. Las cosas son así, naturalmen- 10
te: tales griegos creerán que deben su libertad a los

rodios y, de nombre, serán sus aliados, pero en realidad
se avendrán a hacer cualquier cosa que se les mande,
11 pues se tendrán por deudores del máximo favor. De
modo que, senadores, os pido que consideréis este
punto, no sea que, sin apercibiros de ello, elevéis a
algún amigo vuestro al tiempo que maltratáis absurda-
mente a otro, con lo cual beneficiaríais a los que se
habían convertido en enemigos vuestros, mientras que
menospreciaríais a vuestros amigos verdaderos.

20 »Yo por mi parte cedería en todo lo necesario, y
sin disputar, a mis vecinos, pero si se trata de vues-
tra amistad y de mi simpatía hacia vosotros, en cuanto
2 a mí dependa, no me voy a posponer a nadie. Y me
parece que mi padre[60], si viviera, os diría lo mismo que
3 yo. Porque fue él prácticamente el primero de todos
los habitantes de Asia que se hizo amigo y aliado
vuestro, y mantuvo nobilísimamente esta alianza hasta
su último día, no sólo en sus propósitos, sino también
4 en sus hechos: colaboró con vosotros en todas las
guerras de Grecia[61], para las cuales os proporcionó
más tropas, tanto terrestres como marítimas, que los
demás aliados; os abasteció de suministros en cifras
5 insuperables y arrostró los máximos peligros; final-
mente, acabó sus días en plena acción[62], en la guerra
de Filipo, cuando aconsejaba a los beocios que se os
6 hicieran amigos y aliados. Yo heredé el reino de mi
padre y mantuve sus principios. En esto me fue im-
posible superarlo; lo superé, en cambio, en ponerlos
7 en práctica. Sí: las ocasiones me pusieron a mí más
8 que a él en la prueba del fuego[63]. Antíoco estaba muy

[60] Atalo.

[61] La referencia es a la primera y a la segunda guerras macedónicas.

[62] Cf. XVIII 41, 9, y para su muerte, cf. XVIII 17, 6.

[63] La prueba de fuego: se hacía para comprobar la autenticidad de ciertos metales preciosos, y pasó metafóricamente a

interesado en darme a su hija por esposa y, así, ga-
narme para él. Restituía sin dilaciones las ciudades
que antes habían desertado de nosotros, y prometía
que en el futuro haría por nosotros cualquier cosa si
hacíamos con él la guerra contra vosotros. Mas dista- 9
mos tanto de aceptar cualquiera de sus ofrecimientos,
que hemos hecho la guerra contra Antíoco y a favor
vuestro con más fuerzas terrestres y navales que los
demás aliados; en los momentos en que más lo preci-
sabais hemos colaborado con vuestra acción con el
máximo de suministros, y nos hemos lanzado sin ex-
cusa a todos los peligros, junto con vuestros generales,
ciertamente. Y, para acabar, hemos soportado un ase- 10
dio y arriesgado la vida y el reino en la misma capital
de Pérgamo sólo por una buena disposición hacia
vuestro pueblo.

»¡Romanos! Todos vosotros sabéis que digo la ver- **21**
dad y muchos de vosotros sois de ello testigos ocu-
lares. Es justo, pues, que tengáis con nosotros la
providencia debida. Sería, en efecto, lo más terrible 2
de todo, que si a Masinisa[64], que había sido enemigo
vuestro, y que sólo al final buscó refugio entre vos-
otros acompañado de un número ridículo de jinetes,
que si a éste, digo, porque os fue fiel en una guerra
contra los cartagineses, le habéis hecho rey de la ma-
yor parte de África, que si a Pléurato, que en realidad 3
no ha hecho nada de nada, sino sólo observar de
palabra lealtad hacia vosotros, le habéis constituido
rey soberano de todos los monarcas de Iliria, a nos- 4
otros, en cambio, no nos tuvierais en cuenta, cuando,

---

acrisolar la validez de una conducta. Polibio usa la misma expresión, o parecidas, en XXXIX 14, 6 y en XXXIII 4, 3.

[64] Fue un conocido caudillo africano que luchó contra los romanos aliado con los cartagineses en las dos primeras guerras púnicas, pero en la tercera cambió de partido y se pasó a los romanos; sin embargo, les ayudó sólo con sesenta jinetes.

desde los días de nuestro padre hemos colaborado
con vosotros en vuestras gestas más brillantes y es-
5 pléndidas. ¿Cuál es, entonces, el consejo que os doy?
¿Qué es lo que afirmo que debo obtener de vosotros?
6 Os lo diré con franqueza, ya que nos habéis animado
7 a exponeros nuestro parecer. Si decidís retener algu-
nos territorios de Asia de los que están acá de la cor-
dillera del Tauro, sometidos antes a Antíoco, nosotros
8 más que nadie desearíamos verlo realidad, puesto que
creemos que el teneros por vecinos dará seguridad al
reino, máxime si participamos, como así es, de vues-
9 tro poderío. Pero si resolvéis no hacerlo, sino retiraros
totalmente de Asia, entonces afirmamos que no hay
otro a quien podáis ceder con más justicia que a nos-
otros lo que se ha convertido en trofeo de esta guerra.
10 "¡Por Zeus! —objetará alguien—. Todavía es mejor dar
la libertad a los sometidos." Esto si no se atrevieron
11 a combatir contra vosotros a favor de Antíoco. Pero
si se arriesgaron a ello, ¡cuánto más no valdrá tributar
a los amigos verdaderos el agradecimiento pertinente,
antes que beneficiar a los que han sido adversarios!»

22 Éumenes, que ya había hablado bastante, se retiró;
el senado le había acogido cálidamente, a él y a su
discurso, y se proponía favorecerle al máximo posi-
2 ble. Después de Éumenes, los senadores querían hacer
pasar a los rodios, pero uno de sus delegados se retra-
3 só y, entonces, se llamó a los de Esmirna. Éstos hi-
cieron una larga apología de la buena disposición y
prontitud con que habían apoyado a los romanos en
4 la guerra presente, pero, puesto que cuando se les ha
juzgado no ha habido diversidad de opiniones acerca
de ellos, ya que entre los estados autónomos de Asia
han sido los más celosos de todos, no nos parece ne-
5 cesario exponer con detalle sus argumentos. A conti-
nuación entraron los rodios y, tras aludir brevemente
a aquello en que ellos particularmente habían ayudado

a los romanos, pasaron, al punto, a tratar sobre su propio país. Y dijeron que lo más incómodo de su 6
embajada radicaba en el hecho de que la naturaleza de las cosas les había enfrentado a un rey que les era muy familiar, tanto pública como privadamente. Por- 7
que el país de los rodios estaba convencido de que lo más bello y más conveniente para los romanos era proporcionar la libertad a los griegos del Asia, para que alcanzaran la independencia, que es lo que más aprecian todos los hombres. Pero esto no interesaba ni a Éumenes ni a sus hermanos, pues por naturaleza cual- 8
quier monarquía rechaza la igualdad de derechos[65] e intenta que todos los ciudadanos, o al menos en su máximo número, obedezcan sumisamente. Mas aseguraron 9
que, aunque la realidad de las cosas fuera así, ellos, no obstante, perseguirían su propósito, no porque ante los romanos pudieran más que Éumenes, sino porque lo que sostenían parecía más justo y, obviamente, más conveniente para todos. En efecto, si a los romanos 10
les fuera imposible satisfacer debidamente a Éumenes al no entregarle las ciudades autónomas, sería lógico su apuro en las actuales circunstancias, pues se verían 11
en la alternativa de, o bien desatender a un amigo verdadero, o bien descuidar lo que es bello y conveniente; al final sus propias gestas se marchitarían y ellos las despreciarían. «Pero si se puede proveer de- 12
bidamente a ambos extremos, ¿quién llegará a verse en apuros? Aquí ocurre como en un banquete abun- 13
dante: hay de todo y en cantidad suficiente para todos, más que suficiente: Licaonia, la parte de Frigia que da 14
al Helesponto, Pisidia, además el Quersoneso y las partes de Europa que limitan con él [podéis darlo a quien queráis. Y si estas partes] se añaden al reino de Éumenes, pueden decuplicar su extensión actual. Si se le

[65] Cf. XV 24, 4-5.

asignan todos estos territorios, o al menos su mayor parte, su reino no tendrá nada que envidiar a los demás.

23 »De modo que es posible, senadores, hacer prosperar magníficamente a los amigos y no descuidar la
2 esplendidez de vuestras intenciones. Porque la finalidad de la acción no es la misma en vosotros que en los
3 demás hombres, es distinta. En efecto, todos los demás hombres se lanzan a sus empresas deseosos de ocupar y de someter ciudades, de hacerse con naves y
4 con provisiones, pero a vosotros los dioses os han librado de estas urgencias, puesto que han colocado
5 todo el universo bajo vuestra soberanía. ¿Qué os falta, pues? ¿De qué debéis hacer una providencia tan diligen-
6 te? No cabe la menor duda: debéis procuraros el elogio de los hombres, gozar entre ellos de buena fama, la cual, si es difícil adquirirla, más difícil es aún conser-
7 varla cuando se ha adquirido. Esta afirmación, la entenderéis así: hicisteis la guerra contra Filipo y lo soportasteis todo en pro de la libertad de los griegos. Sí, esto era lo que intentabais, el trofeo que os ha quedado de aquella guerra, y no cualquier otro, en
8 modo alguno. Y os complacéis más en él, que en el
9 tributo que os pagan los cartagineses. Lo cual es muy razonable, porque el dinero es una adquisición común a todos los humanos, pero la nobleza, lo que permite alcanzar el honor y la gloria, es cosa propia de los dioses o, en todo caso, de mortales muy cercanos a
10 ellos. De modo que la más respetable de vuestras gestas será la liberación de los griegos. Si ahora disponéis lo adecuado para ella, vuestra buena fama llegará a la culminación. Pero si lo omitís, incluso vues-
11 tras gestas anteriores perderán valor. ¡Senadores! Nosotros, que elegimos luchar por la causa de Roma y que hemos compartido de verdad con vosotros las máximas pugnas y peligros, tampoco ahora abandona-

remos las filas de los amigos, sino que no dudaremos 12
en recordaros abiertamente lo que creemos que os honra y os conviene, sin guiarnos por nada y sin valorar nada que no sea vuestro deber.»

Los rodios dijeron esto y pareció a todos que habían 13
discutido los problemas con moderación y habilidad.

A continuación fueron introducidos los embajadores **24**
de Antíoco, Antípatro y Zeuxis. Éstos hablaron en tono 2
de ruego y de súplica, y el senado aprobó los términos
del tratado concluido por Escipión en Asia. Al cabo 3
de unos días el senado los ratificó, y Antípatro firmó
la paz. Después entraron las demás embajadas que ha- 4
bían llegado de Asia, a las cuales oyeron brevemente,
y dieron a todas la misma respuesta. Ésta era que 5
remitirían diez enviados que conocerían todos los pun-
tos discutidos entre las ciudades. Esto fue lo que res- 6
pondió el senado, y después nombró a los diez enviados,
a los que facultaron para resolver en todas las cues-
tiones; en cuanto a la situación general decidieron 7
que, necesariamente, de entre los pueblos situados acá
de la cordillera del Tauro, los que habían vivido sometidos a Antíoco fueran confiados a Éumenes, a excepción de Caria y de la parte de Licia que está al sur del río Meandro, que corresponderían a los rodios;
aquellas ciudades griegas que abonaban tributo a Áta- 8
lo seguirían abonándolo a Éumenes; a las que lo abonaban a Antíoco les sería simplemente condonado.
El senado romano formuló estos principios generales 9
para la administración de Asia, hacia la cual enviaron a los diez delegados, que debían reunirse con Cneo
Manlio. Cuando ya habían partido, los rodios acudieron 10
otra vez al senado para tratar de la ciudad cilicia de Solos[66]: afirmaban que les unían con ella lazos de parentesco, y que por ello les correspondía ocuparse

[66] Plaza costera en Iliria, actualmente llamada Viransehir.

11 de tal ciudad. Al igual que los rodios, los habitantes
de Solos eran colonos de los argivos, de lo que dedu-
12 cían un entronque de hermanos. De ahí que afirmaran
la justicia con que los de Solos debían obtener de los
13 romanos la libertad por intercesión de los rodios. Cuan-
do el senado lo oyó, convocó a los delegados de An-
tíoco; primero, ordenó que Antíoco se retirara de
toda Cilicia, pero Antípatro no lo aceptó porque iba en
contra de los acuerdos. Entonces el senado renovó la
14 petición, reduciéndola ahora a la ciudad de Solos. Los
legados de Antíoco se opusieron también a ello tenaz-
mente y el senado los despidió, volviendo a llamar a
los rodios, a los que expusieron las objeciones de Antí-
patro, añadiendo que los romanos llegarían a todo si
15 los rodios lo creían indispensable. Sin embargo, los
embajadores rodios se declararon satisfechos por el in-
terés del senado y dijeron que no se insistiera más.
16 De modo que esto quedó como ya estaba. Cuando los
diez legados y los otros enviados disponían su marcha,
Escipión, Lucio y los que, en la batalla naval, habían
derrotado a Antíoco llegaron al puerto de Bríndisi, en
17 Italia. Y, al cabo de unos días, entraron en Roma y
celebraron sus triunfos.

Etolia y Grecia occidental en esta época[67]

25 Aminandro, rey de Atamania[68],
pensaba que ya se había hecho
firmemente con el poder y en-
vió unos legados a Roma y otros
a Cornelio Escipión, en Asia, pues el romano todavía
2 se encontraba en el territorio de Éfeso; por un lado,
quería justificarse, porque parecía que había retor-
nado a su país gracias a los etolios, por el otro, acu-
saba a Filipo, pero por encima de todo pedía ser re-

[67] Año 189 a. C.

[68] Cf. XX 1. Filipo había ocupado Atamania en primavera del 191 a. C., y Aminandro había huido a Ambracia.

admitido como aliado. Los etolios vieron en ello una 3
excelente oportunidad para apoderarse de Anfiloquia
y de Aperantia, por lo que proyectaron una campaña
contra los mencionados territorios. Su general Nican- 4
dro reunió todo el ejército e invadió Anfiloquia. La 5
mayoría de sus habitantes se le pasaron voluntaria-
mente y él entró en Aperantia[69]. También aquí se le
agregaron espontáneamente y todos marcharon contra
Dolopía[70]. Los dólopes dejaron por algún tiempo en- 6
trever que se resistirían por lealtad a Filipo, pero, tras
considerar lo que había ocurrido a los atamanes y la
[derrota sufrida por] Filipo, cambiaron al punto de
opinión y se agregaron a los etolios. Ante una serie de 7
éxitos tan continuada, Nicandro se replegó con su ejér-
cito a su país, convencido de que con los pueblos y
ciudades citadas había asegurado a Etolia y de que
nadie podría dañar ya a su patria. Acababa de ocurrir 8
todo esto y los etolios se enorgullecían ante tamaños
sucesos, cuando les llegó la noticia de la batalla de
Asia. Supieron que Filipo había sufrido un descalabro
definitivo y cayeron de nuevo en el desánimo. Y cuando 9
Damóteles llegó procedente de Roma y anunció que el
estado de guerra proseguía, que Marco[71] con sus tropas
venía por mar contra ellos, entonces se vieron en la
impotencia más absoluta y no sabían cómo afrontar lo
que se les echaba encima. Decidieron despachar envia- 10
dos a los rodios y a los atenienses, pidiéndoles y su-
plicándoles que ellos, a su vez, mandaran emisarios a
Roma a solicitar que cejara en su cólera y que salvara
Etolia de los males que la rodeaban. Y también ellos 11
mismos remitieron a Roma una legación compuesta por

---

[69] Territorios al N. de Etolia, en el límite con Acarnania.

[70] Región del N. de Etolia, en los confines con Tesalia.

[71] Marco Fulvio Nobilior. Se refiere a la prevista campaña del año 189 contra los etolios, que no llegó a realizarse.

Alejandro Isio[72], Feneas[73] y, juntamente con ellos, Cálepo, Álipo de Ambracia y Licopo[74].

26 *Planes de Marco Fulvio Nobilior contra Ambracia; los epirotas capturan a los enviados etolios*[75]

Unos legados [epirotas] se presentaron al general romano, que les consultó sobre su campaña
2 contra los etolios. Los legados le aconsejaban marchar contra Ambracia[76] (pues entonces los ambraciotas se habían hecho partidarios de los etolios)[77],
3 y lo justificaban argumentando que, por un lado, los territorios que rodean la ciudad citada son los más adecuados para el combate de las legiones, si los eto-
4 lios se aprestaran a ello, pero si, por el contrario, se acobardaran, tal ciudad parece levantada a propósito para ser asediada: el país tiene abundancia de material para disponer las obras. El río Aracto, que fluye en torno a la ciudad, ayudaría a las empresas del ejército y a la seguridad de los trabajos porque era
5 verano[78]. Pareciéndole oportunos estos consejos de los legados, el general romano condujo a sus fuerzas con-
6 tra Ambracia a través del Epiro. Llegó allí y los etolios no osaron oponérsele, por lo que andaba alrededor

---

[72] Cf. XVIII 3, 1.

[73] Cf. XVIII 1, 4; XX 9, 1.

[74] De estos personajes se sabe muy poco, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[75] Año 189 a. C.

[76] Plaza capital de la región del mismo nombre, actualmente Arta.

[77] Desde el año 230/229 perteneció a la liga etolia; hasta entonces había sido plaza independiente; en el año 189, Fulvio Nobilior la somete a Roma.

[78] TITO LIVIO traduce al latín este texto de Polibio, pero no lo entiende correctamente; su texto traducido reza así: «el Aracto, río navegable apto para transportar por él las cosas necesarias» (XXXVIII 3, 11). Pensar en un río que pueda ser navegable en verano es una utopía en estas regiones.

de la ciudad y la observaba, activando celosamente las obras de asedio.

Y los legados etolios enviados a Roma, espiados en 7
Cefalenia por Sibirto, el hijo de Petreo, fueron capturados y llevados a Caradra[79]. Los epirotas, primero, 8
decidieron trasladar aquellos hombres a Búceto[80] y custodiarlos cuidadosamente. Pero, al cabo de unos días, les pidieron un rescate, porque estaban en guerra con los etolios. Ocurría que Alejandro era el griego más 9
rico y los demás apresados no eran precisamente pobres, pero poseían mucho menos que el hombre citado. Primero, les exigieron que cada uno abonara cinco ta- 10
lentos. Todos estuvieron de acuerdo y aceptaron, pues valoraban su salvación por encima de todo; Alejandro, 11
sin embargo, dijo que él no cedía, pues era mucho dinero; se pasaba las noches en vela quejándose porque debía desprenderse de cinco talentos. Los epirotas pre- 12
veían el futuro y temían que si los romanos se enteraban de que retenían a unos enviados a ellos, les escribirían rogándoles o aun exigiéndoles que soltaran a aquellos hombres, de modo que aflojaron y les pidieron, otra vez, tres talentos a cada uno. El resto aceptó 13
gustoso y se fueron tras dar seguridades, pero Alejandro dijo que no pagaría más de uno, y que aun esto era demasiado. Al final, tras abandonarse a sí mismo, 14
se quedó en la cárcel. Era una persona anciana, con 15
una fortuna de más de doscientos talentos, pero me parece que, antes de soltar tres, hubiera consentido en morir. ¡Tan grande es, en algunos, la pasión de 16
amontonar dinero! Y en aquella ocasión el azar cola- 17
boró con la avaricia de Alejandro, pues si bien todos

[79] Cf. nota 147 del libro IV.

[80] Aunque la localización exacta se desconoce la plaza no podía estar lejos de la actual Chilocastro, en la desembocadura del río Aqueronte.

comprobaron su necedad, su extraña experiencia hizo
18 que debieran alabarle. En efecto, al cabo de pocos días llegó una carta de Roma que imponía la liberación, y sólo Alejandro se vio libre sin abonar rescate.
19 Sabedores de esta aventura, los etolios eligieron otra
20 vez a Damóteles como legado para enviar a Roma. Éste zarpó de Léucade, pero, al saber que Marco avanzaba a través del Epiro, con sus tropas, contra Ambracia, regresó a Etolia renunciando a su embajada.

El asedio de Ambracia[81]

27 Los etolios, asediados por el cónsul romano Marco Fulvio, se opusieron virilmente al ataque de las máquinas
2 de guerra y de los arietes. Pues Marco Fulvio aseguró, primero, sus dos campamentos y, luego, dispuso el asedio con medios abundantes. Emplazó tres ingenios junto al palacio de Pirro, a través de la llanura, a cierta distancia unos de otros, y paralelos, un cuarto junto al templo de Asclepio[82] y un quin-
3 to contra la acrópolis. Atacó, enérgicamente y a la vez, por todos los lugares y los defensores se alarmaron ante lo que les esperaba. Los arietes golpeaban eficazmente los muros, las lanzas falcadas desfondaban los torreones, pero los defensores de
4 la ciudad hacían esfuerzos para contrarrestarlo todo. Por medio de grúas lanzaban pesos, piedras y troncos de árboles contra los
5 arietes, y, después, con áncoras de hierro enganchaban las hoces de las falcadas y las apartaban del muro, de manera que las astas de estos ingenios se fragmentaban contra las almenas y las
6 hoces quedaban en manos de los defensores. Éstos hacían frecuentes salidas, a veces atacaban de noche a los que dormían en los ingenios, a veces acometían al descubierto a los que los guarnecían durante el día y así lograban prolongar el asedio.
7 Nicandro se dirigió desde fuera contra los romanos; había enviado quinientos jinetes a la ciudad, los cuales forzaron el paso a ella a través del foso con que los romanos habían rodea-
8 do [a los defensores]. Había ordenado que salieran un día fijado

---

[81] Verano del año 189.

[82] Un plano de Ambracia y del asedio a esta plaza por los romanos, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

previamente [y que atacaran]; él mismo participaría en el ataque
[desde fuera]. Ellos salieron valerosamente de la ciudad y lu- 9
charon con bravura, pero Nicandro no se presentó: quizás le
asustó el peligro o quizás creyó más necesario aquello a que por
el momento se dedicaba. Y el empeño resultó baldío. (HERÓN,
Poliorcética.)

Los romanos operaban incesantemente con los arietes y **28**
arrasaban siempre alguna parte de muro, pero, así y todo, no 2
lograban forzar la entrada a la ciudad a través de las brechas,
porque la contramuralla levantada por los defensores era eficaz
y, además, en las partes derruidas, los etolios luchaban coraju-
damente. Por esto los romanos, puestos en dificultad, como úl- 3
timo recurso se dedicaron al minado, a excavar agujeros bajo
tierra. De las tres máquinas existentes, aseguraron la obra de 4
en medio y, tras cubrir cuidadosamente [la cítara[83]] con un
entretejido de mimbre, construyeron frente a ella una galería,
paralela a la muralla, que medía unos dos pletros. Y, empezan- 5
do aquí, excavaron sin tregua noche y día, relevándose por tur-
nos. La cítara ocultó durante mucho tiempo a los que extraían 6
la tierra; los defensores no los veían. Pero, cuando el montón de 7
tierra extraída fue ya grande y los de la ciudad se apercibieron
de él, los jefes de los asediados mandaron excavar rápidamente
desde dentro un foso paralelo a la muralla y al pórtico erigido
ante las torres. Cuando el foso alcanzó la profundidad suficien- 8
te, pusieron en él, del lado del muro, piezas de bronce más altas
que el foso, que formaban como una pared, las más delgadas
por su fabricación, y, caminando a su lado mismo, dentro del
foso, escuchaban el ruido de los que excavaban por fuera. Así 9
que notaban el lugar señalado por la reverberación de una de
las placas de bronce, cavaban desde dentro otro foso transver-
sal debajo de su muro, con el fin de encontrarse con el enemigo.
Lo cual se logró rápidamente, porque, por debajo de la tierra, 10
los romanos no sólo habían llegado a la altura de la muralla,
sino que, además, habían sostenido, mediante columnas clava-
das a intervalos en las dos paredes de su mina, un espacio
suficiente de muro. Y arremetieron unos contra otros. Primero 11

---

[83] Paton traduce aquí «la máquina» (excavadora), pero Schweighäuser traduce, más exactamente, al latín *cytaram,* que era el término técnico para designar tal artilugio.

lucharon bajo tierra con sus sables, pero no podían hacer gran cosa, porque unos y otros se protegían con escudos y mimbres,
12 hasta que alguien sugirió a los asediados que se pusieran delante un tonel, que se adaptara exactamente al foso. Debían practicar un agujero en su fondo, hacer pasar por él un tubo de hierro tan largo como el tonel mismo y llenar éste de plumón de aves, con una brasa pequeña en la boca misma del vaso.
13 Entonces debían aplicar al orificio una tapadera muy agujereada e introducir todo el aparato por la mina, con la cara vuelta
14 hacia el enemigo. Cuando ya se aproximaran a él, tras obturar los bordes del túnel por todas partes dejando sólo dos agujeros libres a cada lado, por ellos debían empujar dos cimitarras que
15 no permitieran al adversario aproximarse al artilugio. Luego tomarían un fuelle como el usado por los forjadores, lo adaptarían al tubo de hierro y afollarían fuertemente en dirección a la boca, avivando el fuego conservado entre el plumón; harían salir fuera el tubo de hierro todo el tiempo que el plumón ar-
16 diera. Si se ejecuta todo tal como se ha dicho, saldrá una humareda densa que escocerá fuertemente por la naturaleza de las plumas; esta humareda inundará totalmente la gruta ene-
17 miga. Allí los romanos lo pasaron muy mal y se vieron en apuros, porque dentro de su mina no podían ni extraer ni so-
18 portar el humo de los adversarios. El asedio tomó este giro y el general de los etolios decidió enviar legados al general romano. *(Ibidem.)*

29 *La paz con Etolia*[84] En aquellos mismos días los enviados de Atenas y los de Rodas llegaron al campamento romano[85] para urgir las
2 paces. Se presentó también el rey de Atamania, Aminandro, interesado en librar a los ambraciotas de los
3 males que les rodeaban; Marco Fulvio le había dado seguridades ante las circunstancias; el rey en cuestión trataba familiarmente a los ambraciotas, porque había
4 pasado la mayor parte de su exilio[86] en la ciudad. Po-

[84] Año 189 a. C.
[85] Establecido en Ambracia.
[86] Tras su expulsión por Filipo V en el año 191 a. C.

cos días después llegaron algunos de Acarnania y, con
ellos, Damóteles, pues Marco Fulvio, al saber su peri-
pecia escribió a los tirrienses[87] ordenándoles que hicie-
ran llegar a aquellos hombres hasta él. Reunidos ya 5
todos éstos, se trató con empeño de lograr una ave-
nencia. Pero Aminandro siguió sus proyectos y se que- 6
dó cerca de los ambraciotas, a los que aconsejaba que
se salvaran [y que no arriesgaran el todo por el todo.]
Pero la salvación está lejos, les sugería, si no refle-
xionan más atinadamente acerca de sí mismos. Puesto 7
que se acercaba al muro con frecuencia para hablarles
de ello, los ambraciotas determinaron llamar a Ami-
nandro a su ciudad. El general romano permitió al rey 8
entrar en ella y Aminandro, una vez dentro, trató con
los ambraciotas las circunstancias de entonces; los em- 9
bajadores atenienses y los rodios tomaban al general
romano por las manos, le hablaban de mil maneras e
intentaban apaciguar su cólera. Alguien insinuó a Da- 10
móteles y a Feneas que se dirigieran con más asiduidad
a Cayo Valerio; era hijo de Marco Valerio Levino, el 11
primero que hizo una alianza con los etolios. Cayo Va-
lerio era hermano de la madre de Marco Fulvio, el que
allí era general. Era joven y muy activo, y gozaba de
una gran confianza por parte de Marco Fulvio. Cayo 12
Valerio, pues, inducido por Damóteles, creyó que era
asunto suyo y que, además, le convenía tomar a los
etolios bajo su protección. De modo que puso todo su
celo y todo su afán en librar al linaje etolio de los ma-
les que le circundaban. Y, puesto que el empeño era 13
enérgico y venía de todas partes, la cosa llegó a buen

[87] Son los habitantes de Turios, cuyo gentilicio vacila en su grafía. Cf. la nota 63 del libro IV. Aquí no han sido citados anteriormente; seguramente lo eran en alguna perícopa omitida por el epitomador.

14 término. Los ambraciotas hicieron caso a Aminandro,
se rindieron al general romano [88] y le entregaron la pla-
za, a condición de que se hiciera una tregua con los
15 etolios y éstos pudieran retirarse. Los romanos antes
no lo habían permitido como acto de lealtad para con
sus propios aliados.

30 Marco Fulvio convino con los etolios hacer las pa-
2 ces bajo las condiciones siguientes: los romanos co-
brarían en el acto doscientos talentos de Eubea y tres-
cientos más en el término de seis años, a razón de
3 cincuenta por año. Los etolios restituirían sin rescate a
los romanos en un plazo de seis meses todos los pri-
4 sioneros y desertores que se encontraran en Etolia. No
tendrían en su confederación ninguna ciudad, ni a par-
tir de entonces la admitirían, de las que los romanos
conquistaron tras el paso de Lucio Cornelio ni de las
5 que se les habían aliado; todos los cefalenios quedaban
fuera de estos tratados.

6 A grandes rasgos, éste es el resumen del contenido
del tratado, que, primero, debía ser ratificado por los
7 etolios y, luego, debía pasarse a los romanos. Los ate-
nienses y los rodios se quedaron allí, esperando la res-
puesta de los etolios; Damóteles regresó y les expuso
8 los acuerdos alcanzados. Y fueron aceptados unánime-
mente, pues todos ellos iban más allá de lo que espe-
raban. En cuanto a las ciudades que antes les habían
sido confederadas, discutieron algo, pero, al fin, se
9 conformaron con lo que se les proponía. Marco Fulvio
entró en Ambracia y dejó marchar a los etolios me-
diante una tregua, requisó los objetos dedicados, las
estatuas y las pinturas de la ciudad, que ésta poseía
en cantidad excepcional, porque Ambracia había sido
10 la residencia real de Pirro. Se le dio al cónsul una
11 corona de oro de ciento cincuenta talentos. Organizó

[88] Es un caso típico de *deditio*.

todo esto y marchó al interior de Etolia, sorprendido
de no recibir respuesta de los etolios. Llegó a Argos, 12
la llamada de Anfiloquia[89], y acampó allí; dista de
Ambracia ciento ochenta estadios. Allí vino a encon- 13
trarle Damóteles, para indicarle que los etolios habían
acordado confirmar los acuerdos establecidos por él.
Y, luego, se separaron: los etolios regresaron a sus lu-
gares y Marco Fulvio, a Ambracia. Llegado a esta pla- 14
za, hizo los preparativos para hacer pasar sus tropas
a Cefalenia y los etolios enviaron a Feneas y a Nican- 15
dro[90], en calidad de legados, a Roma, a tratar de la
paz, ya que de lo dicho nada podía entrar en vigor, 16
si no lo ratificaba la asamblea romana.

Estos hombres, pues, llevando consigo a los rodios y **31**
a los atenienses, navegaron en cumplimiento de su en-
cargo. De modo semejante también Marco Fulvio re- 2
mitió a Cayo Valerio y a algunos otros amigos para eje-
cutar la paz. Llegados a Roma, el rey Filipo renovó 3
la cólera del pueblo romano contra los etolios, pues 4
creía que éstos le habían despojado injustamente de
Atamania y de Dolopía, por lo cual mandó recado a sus
amigos pidiéndoles que compartieran su indignación y
no aceptaran aquella paz. Por eso, cuando los etolios 5
llegaron a él, el senado les desatendió, pero, ante las
instancias de los rodios y de los atenienses, cambió de
parecer y, luego, les prestó atención. León, el hijo de 6
Ciquesias, que seguía a Damón, parece que, entre otras
cosas —pues habló con elocuencia—, usó de una com-
paración muy puesta en razón y adecuada para aque-
llas circunstancias. Afirmó que la indignación contra 7
los etolios era lógica, pues cuando de los romanos ha-

[89] Para distinguirla de la capital de la Argólide y patria de Agamenón. Esta Argos estaba en el golfo de Ambracia, pero su ubicación en él es discutida.

[90] Cf. XVIII 1, 4.

bían recibido sólo beneficios, no los habían agradecido:
habían encendido la guerra contra Antíoco y habían
8 puesto en grave riesgo la hegemonía romana; sin em-
bargo, el senado romano erraba en un punto: en dirigir
9 su cólera contra la masa del pueblo. Lo que en los
estados sucede es semejante a lo que ocurre en el mar.
10 En éste, por su naturaleza, reinan siempre una calma
y una placidez tales que es incapaz de molestar a los
11 que se le acercan y usan de él, pero cuando se le
abaten encima los vientos huracanados, lo zarandean
y le obligan a moverse contra su propia naturaleza; en
tal caso, no hay nada más terrible ni espantoso que sus
aguas. Esto es lo que ahora se ha arrojado encima de
12 Etolia. «Pues, mientras nadie se entrometió con los
etolios, de entre todos los griegos ellos fueron quienes
13 os dieron un apoyo más firme y más amistoso, pero
cuando Toante y Dicearco[91] soplaron desde Asia, y des-
de Europa, Menestante y Damócrito[92] perturbaron las
masas y las forzaron, contra su naturaleza, a decir y
14 a hacer cualquier cosa, entonces los etolios malintencio-
nados conspiraron contra vosotros y, en realidad, fue-
15 ron causantes de sus propios males. Por eso debéis ser
implacables con las personas citadas, pero, en cambio,
apiadaros de las masas y hacer la paz con ellas, sabe-
dores de que están otra vez tranquilas y de que, sin
tener en cuenta otros detalles, si ahora se ven a salvo
por obra vuestra, os tendrán de nuevo la máxima sim-
16 patía de entre todos los griegos.» Con estas palabras
el ateniense convenció al senado romano y éste rati-
ficó la paz con los etolios.

32 Éstos fueron los acuerdos del senado, que la asam-
blea popular ratificó, de modo que los pactos entraron

---

[91] Cf. XVIII 10, 8.

[92] Sobre Damócrito de Calidón, cf. XVIII 10, 9.

en vigor[93]. En detalle, las condiciones del acuerdo fue-
ron las siguientes: «Que el pueblo de los etolios [obe- 2
dezca sin dolo ni engaño] al gobierno y al imperio del
pueblo de los romanos, que no permita el paso [al 3
enemigo] por su territorio ni por sus ciudades, si va
contra los romanos o contra sus aliados o amigos, y
que no le suministre nada por decreto público. [Que 4
tenga los mismos amigos y enemigos que los romanos]
y, si los romanos hacen la guerra contra alguien, que
también la haga contra él el pueblo de los etolios.
Que los etolios devuelvan los desertores, los bandidos 5
y todos los prisioneros que posean de los romanos y de
los aliados, excepción hecha de aquellos que, habiendo 6
sido hechos prisioneros de guerra, hayan vuelto a sus
países y hayan sido capturados de nuevo, y de los que
eran enemigos de los romanos durante el tiempo en
que los etolios lucharon aliados con Roma; todos los
citados deben ser entregados en un plazo de cien días,
a contar desde la entrada en vigor de los pactos al
magistrado romano jefe en Corcira; si en el plazo ci- 7
tado no comparece nadie, que sean entregados sin en-
gaño cuando comparezcan, y que éstos, tras la firma
de los acuerdos, ya no regresen a Etolia. Los etolios 8
deben abonar de momento, en piezas de plata de ley
no inferior a la ática, doscientos talentos de Eubea al
cónsul general de Grecia; si lo prefieren, pueden pa-
gar una tercera parte de esta suma en oro, en la pro-
porción de una mina de oro por diez minas de plata,
y, desde el día de la conclusión del tratado, cincuenta 9
talentos por año; esta suma será depositada en Roma.
Los etolios darán al cónsul cuarenta rehenes de más 10

[93] Éste es el primer tratado en que los romanos limitan la política exterior de un estado griego. Este tipo de tratado de paz recibe el nombre de *foedus iniquum*. Sobre sus consecuencias, cf. BENGSTON, *Geschichte*, pág. 457. El final de esta guerra significó la verdadera pacificación de Grecia.

de doce años y de menos de cuarenta para un período
de seis años. Estos rehenes los elegirán los romanos,
pero no podrán serlo ni un general de infantería ni un
general de caballería, ni un secretario público[94] ni los
que ya hayan sido rehenes en Roma. Y los rehenes se-
11 rán depositados en Roma. Si alguno de los rehenes
12 muere, será sustituido por otro. Que en este tratado no
13 conste nada acerca de Cefalenia. De los territorios,
ciudades y hombres que anteriormente pertenecieron a
Etolia, pero que fueron capturados por los romanos o
se aliaron con ellos durante o después del consulado
de Lucio Quintio Flaminino y Cneo Domicio Ahenobar-
14 bo[95], los etolios no pueden quedarse con nada. La ciu-
dad y el territorio de Eníade pertenecerá a Acarnania.»
15 Éstas fueron las condiciones que se juraron y, bajo ellas,
se concluyó la paz. Y éste fue el final de la guerra eto-
lia y, en general, de todo lo ocurrido[96] en Grecia.

32 b

Conquista de Same, en Cefalenia[97]

Por un entendimiento secreto, Publio Fulvio ocupó parte de la acrópolis de noche e hizo entrar, así, a los romanos. (SUIDAS.)

32 c

Sabiduría de Filopemén

Lo honesto y lo conveniente
coinciden muy raras veces: pocos
son los hombres capaces de con-
2 juntar ambas cosas y lograr que encajen. Por lo común
sabemos todos que repugna a lo honesto el provecho
inmediato y que lo útil, muchas veces, no es lo hones-
3 to. Excepcionalmente, Filopemén se propuso conseguir

[94] Esta cláusula es para impedir que Etolia caiga en el desgobierno.

[95] Cónsules en el año 192 a. C.

[96] Esta palabra es dudosa en el texto griego; otros leen «catástrofes».

[97] Años 189/188.

la coincidencia de ambos y la logró. Fue, en efecto, una empresa honesta restituir a la patria a los exiliados espartanos, fue conveniente humillar a la ciudad de los lacedemonios, desterrando[98] a los que habían servido a la dinastía de tiranos. Filopemén, que era hombre 4
dotado naturalmente y habilidoso, vio que el agente del enderezamiento de todo reino radica en el dinero y miró de dónde podía obtener fondos procedentes 5
de territorios foráneos[99].

Asia: Manlio y la guerra entre galos y griegos[100]

En los tiempos en que en Roma 33
se trataba la paz con Antíoco[101] y llegaban embajadas para regular la situación general de Asia, cuando en Grecia se luchaba contra los etolios, precisamente entonces se dio en Asia la guerra contra los galos, de la que ahora iniciamos la narración.

El procónsul Cneo Manlio Vulsio recibió una impresión fa- 2
vorable del joven Átalo[102] cuando se entrevistó con él, y lo despachó al punto hacia Pérgamo. (SUIDAS.)

Moágetes fue tirano de Cibira[103], hombre cruel y men- 34
tiroso. Merece ser citado no ya de pasada, sino ser tratado detenidamente y alcanzar la fama que le corresponde.

---

[98] Aquí la traducción se aparta del texto de Büttner-Wobst, que, traducido, da «asesinando». Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[99] El texto griego de todo este párrafo cuarto está muy deteriorado en el manuscrito, y es difícil extraer de él un sentido seguro; aquí se ha traducido según las restituciones de Büttner-Wobst.

[100] Año 189 a. C.

[101] Verano del 189.

[102] Átalo II.

[103] Cibira es la ciudad principal de la Tetrápolis Cibiria en el curso alto del Indo, en la Cabalítide, al N. de Caria.

3 Cuando Cneo Manlio, el procónsul romano, se aproximaba a Cibira y envió a Helvio a tantear las intenciones de Moágetes, éste le remitió legados a rogarle que no talara el país, pues él era amigo de los romanos,
4 y haría todo cuanto éstos dispusieran. Y, al tiempo que decía esto, ofrecía una corona de oro de cincuenta
5 talentos. Helvio lo oyó y le prometió que él, personalmente, respetaría el país, pero le dijo que mandara a tratar la situación general con el procónsul romano, que lo seguía inmediatamente con el grueso del ejér-
6 cito. Cuando éste llegó, Moágetes despachó, entre otros delegados, a su propio hermano. Cneo Manlio se encontró con ellos, mientras marchaba, y habló a los enviados con desprecio y duramente: afirmó no sólo que, de entre los reyes de Asia, Moágetes se había con-
7 vertido en el más hostil a los romanos, sino también que había realizado todo cuanto estaba a su alcance para derribar el Imperio de Roma: Moágetes, por consiguiente, merecía más que los romanos le aborrecieran y le castigaran, que no que le admitieran a su amistad [104].
8 Los enviados, alarmados ante aquella erupción de cólera, callaron las órdenes restantes y rogaron a Cneo Manlio que entrara en conversaciones inmediatamente.
9 Éste se mostró conforme y los emisarios regresaron a
10 Cibira. Al día siguiente, el tirano salió rodeado de amigos. Su vestido y su presencia eran humildes y modestos. En su propia defensa lamentó su impotencia y la debilidad de las ciudades que gobernaba, y pidió que
11 Cneo Manlio le aceptara cincuenta talentos: gobernaba
12 Cibira, Silio y la ciudad que hay en Limne. Cneo, estupefacto ante tal desvergüenza, no le dijo otra cosa,

---

[104] La última frase de este párrafo 7 no es indiscutible en su traducción, porque otra vez aquí el texto griego está muy deteriorado en su fuente; la traducción responde a las restituciones de Büttner-Wobst.

sino que debía abonarle quinientos talentos y estarle,
encima, agradecido; de lo contrario, no sólo le devas-
taría el país, sino que lo asediaría y, luego, le saquearía
la ciudad. Ante esto, Moágetes, horrorizado por lo que 13
le esperaba, rogó a Manlio que no cumpliera sus ame-
nazas: aumentó poco a poco su ofrecimiento de di-
nero y, al final, convenció al romano de que le admi-
tiera en su amistad al precio de cien talentos y diez
mil medimnos de trigo.

En el tiempo en que Cneo Manlio vadeaba el río **35**
llamado Colobato[105], llegaron a él enviados proceden-
tes de la ciudad de Isinda[106] a pedirle ayuda, pues los 2
termeseos[107], tras llamar a Filomelo[108], afirmaban que
sublevarían el país y que les arrebatarían la ciudad;
ahora ya asediaban la acrópolis, pues todos los ciudada-
nos se habían refugiado en ella con sus mujeres e hi-
jos. Manlio los atendió y les prometió que les ayudaría 3
con sumo gusto; él mismo creía que aquel suceso le
era un don del cielo y emprendió la marcha en direc-
ción a Panfilia.

Se aproximó a Termeso y aceptó la amistad de los 4
termeseos al precio de cincuenta talentos. Y con los
aspendios[109] hizo lo propio. Recibió también delegados 5
de las otras ciudades panfilias y, en los encuentros,
les causó la impresión ya descrita. Forzó, primero, el
asedio de Isinda y continuó la marcha en dirección
a los galos.

---

[105] La grafía es insegura, quizás sea Calabato, río de Licia occidental, el actual Istanos Çay.

[106] Ciudad en la orilla del río Colobato.

[107] Termeso, fundación griega en la Pisidia, en la ladera occidental del monte Sólimo.

[108] Sobre la indecisa figura de este personaje, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[109] Sobre Aspendo, cf. V 73 y nota 260 del libro V.

36 Cneo Manlio capturó la ciudad de Círmasa[110] y se
2 llevó de ella un botín incalculable. Avanzó bordeando el lago y comparecieron unos enviados de la ciudad de
3 Lisínoe para rendirla a discreción. Manlio aceptó la rendición y se dirigió al país de los sagalasios, donde cobró despojos aún mayores; allí tanteó las intenciones
4 de los de la ciudad. Ésta le mandó emisarios y él recibió la plaza en su amistad al precio de una corona de cincuenta talentos, veinte mil medidas de cebada y otras veinte mil de trigo.

37 Cneo Manlio, el general de los romanos, remitió legados a Eposógnato, el galo, para que éste, a su vez,
2 mandara enviados a los reyes galos[111]. Eposógnato expidió mensajeros a Cneo Manlio y aconsejó a este general romano que se abstuviera de atacar u ofender
3 a los galos tolistobogios[112]; prometió que él mismo en persona trataría con los reyes en favor de la amistad de los romanos, convencido de que éstos estaban predispuestos a todo lo conveniente.

4 Cneo Manlio, el procónsul romano, en su avance tendió un puente sobre el río Sangario[113], que era profundo y de paso di-
5 fícil. Y, así que hubo acampado en la misma orilla del río, se le presentan dos galos con pectorales e imágenes: iban en nombre de Atis y de Bátaco[114]. Eran sacerdotes de la Madre de los

---

[110] La situación de Círmasa es insegura, pero estaba en la ruta de Pérgamo a Panfilia.

[111] Son once tetrarcas que gobernaban cada una de las once tribus de Galacia.

[112] Las tribus galas eran tres originariamente, los tolistobogios, los trocmios y los tectosages, aunque el primero de los nombres citados presenta diversas variantes (tolostobogios...). La palabra celta a la que remonta es *tolistovagii*.

[113] El Sangario, río del antiguo Imperio persa, que desemboca en el Ponto Euxino.

[114] Nombres familiares para los sacerdotes del templo de Cíbele.

dioses[115], en su templo de Pesinunte; afirmaban que la diosa au- 6
guraba al romano el poder y la victoria. Cneo Manlio los acogió 7
cortésmente. Se encontraba en las inmediaciones de una peque- 8
ña población llamada Gordio, cuando le llegaron de parte de
Eposógnato unos enviados que le contaron cómo éste había
ido al encuentro de los reyes galos, los cuales no habían cedido, 9
en absoluto, a nada humanitario, sino que, simplemente, habían
congregado a sus mujeres e hijos, además de sus riquezas en
el monte llamado Olimpo[116], y allí se aprestaban a la lucha.
(SUIDAS.)

Sucedió que Quiómara, esposa de Ortiagonte[117], cayó prisio- **38**
nera junto con otras mujeres cuando los romanos, al mando
de Cneo Manlio, triunfaron en la batalla contra los galos de
Asia[118]. El centurión, en cuyas manos cayó, usó de su fortuna 2
cual lo hace la soldadesca y abusó de la mujer. Pero era un 3
hombre tan incontinente y mal educado en lo referente al pla-
cer, como en lo referente al dinero, por lo que la avaricia le
venció. Le prometieron una cantidad considerable de dinero a
cambio de la matrona, por lo que él la condujo, con ánimo de
cobrarse un rescate, hasta un río que separaba las dos acampa-
das. Cuando los galos que habían atravesado la corriente entre- 4
gaban la cantidad y recibían a Quiómara, ésta ordenó con un
signo a un galo apuñalar al romano que la despedía abrazándo-
la. El galo obedeció y degolló al centurión; ella recogió la cabeza, 5
se la puso en el regazo y se marchó. Llegó junto a su marido 6
y le arrojó aquella cabeza por delante. Él se maravilló y dijo:
«¡Mujer, bella es tu fidelidad!» «Sí —repuso ella—, pero más
bello es aún que sobreviva sólo mi verdadero marido.» El mis- 7
mo Polibio explica que en Sardes conversó con esta mujer y

---

[115] La Madre de los dioses, Cíbele, tenía su templo principal en Pesinunte. De ahí los romanos exportaron el culto de la *Magna Mater* a Roma, donde gozó de gran éxito.

[116] Es difícil localizar el monte en cuestión, pues el topónimo es abundante en Grecia; se trata, seguramente, de un elemento de sustrato, que como nombre común significaba «montaña».

[117] Ortiagonte fue el jefe de los galos tolistobogios.

[118] Se refiere a la batalla de Delfos, 189 a. C., en que los romanos aniquilaron una horda gala muy superior en número.

que admiró su buen juicio y su inteligencia. (PLUTARCO, *Mulierum virtutes*, XXII.)

39 Después de su triunfo sobre los galos, los romanos acamparon junto a la ciudad de Ancira[119]. Cuando el
2 general Cneo Manlio se disponía a avanzar, comparecen, de parte de los tectosages, unos emisarios que ruegan al romano que deje las tropas en el lugar en que están y que, al día siguiente, él acuda al espacio intermedio entre los campos: sus reyes acudirán tam-
3 bién para deliberar acerca de la paz. Cneo Manlio se mostró de acuerdo y se presentó según lo acordado, pero acompañado de quinientos jinetes. Y los reyes
4 galos no se presentaron. Se retiró a su propia acampada y aparecieron por segunda vez los emisarios, que manifestaron algunas reservas por parte de los reyes[120] y le rogaron que acudiera de nuevo, ya que éstos enviarían a altos dignatarios para discutir la situación en
5 su conjunto. Cneo dijo que se presentaría, pero él personalmente se quedó en el campo romano y envió a Átalo acompañado de algunos centuriones y de tres-
6 cientos hombres de a caballo. Comparecieron también los legados de los galos, según lo acordado, y discutieron la situación, pero al fin manifestaron que no estaban facultados para llegar a un acuerdo de principio
7 o para ratificar algo decidido con anterioridad; sin embargo, al día siguiente, los reyes irían y decidirían, completando con ello las negociaciones, si el procónsul
8 Cneo Manlio acudía también personalmente. Átalo prometió que Cneo acudiría en persona y todos se separa-
9 ron bajo estas condiciones. Con estos aplazamientos y estas largas, los galos pretendían ganar por la mano

[119] Ciudad fundada míticamente por el rey Midas. Fue la sede principal de los tectosages. Es la actual Ankara.

[120] El texto griego no es claro. Algunos traducen «que presentaron excusas».

a los de Roma y trasladar a la orilla del río Halis[121] parte de sus allegados y lo más valioso de sus propiedades, pero buscaban ante todo coger prisionero, si podían, al procónsul romano o, por lo menos, matarlo. Era esto lo que se proponían y, al día siguiente, 10
aguardaron la comparecencia de los romanos: tenían dispuestos unos mil jinetes. Cneo atendió las indica- 11
ciones de Átalo; persuadido de que los reyes acudirían, salió con una escolta de quinientos jinetes, según su costumbre. Pero ocurría que, en los días anteriores, 12
los que salían a forrajear y a recoger leña lo hacían por esta parte de la empalizada y se servían de la protección de la caballería que acudía a la conferencia. Aquel día pasó exactamente lo mismo y fueron mu- 13
chos los romanos que salieron, por lo que los tribunos mandaron que los jinetes que habitualmente cubrían a los forrajeadores irrumpieran por aquel lugar. Así lo 14
hicieron los jinetes y un puro azar dispuso lo necesario ante el mal que se avecinaba.

Fragmentos sobre Ariarates

La acción de Ariarates se acabó se- **40**
gún el refrán: «tenían mucho dinero, mas les cazó el enemigo[122].»

El procónsul Cneo Manlio pone orden en Asia

En aquella misma oportunidad, **41**
cuando Cneo Publio, el general romano, pasaba el invierno en Éfeso, en el año último de la Olimpíada en cuestión[123], se presentaron, de parte de las ciudades griegas de Asia y de otras muchas, lega-

[121] A unos 50 Km. al E. de Ancira.

[122] Este refrán, no lo trata Wunderer, entre otras razones, quizás, porque no lo advirtió como tal, o porque no le halló antecedentes en la literatura griega. Precisamente su lugar en la tradición manuscrita griega está muy deteriorado.

[123] Es la 147.

ciones portadoras de coronas dedicadas a Cneo Man-
2 lio por su triunfo sobre los galos. Todos los que viven
acá del Tauro se alegraron menos de la caída de An-
tíoco (por la que veían que unos se libraban de tribu-
tos, otros de tropas de ocupación y todos del yugo
real), que del hecho de que se les eximía del temor a
los bárbaros; comprendían que quedaban ya lejos de
3 su soberbia y de su locura. Antíoco envió a Museo y
los galos, a unos emisarios, todos con la pretensión de
averiguar las condiciones bajo las cuales alcanzarían
4 la amistad de Roma. Y lo mismo cabe decir de Aria-
rates [124], rey de Capadocia. Éste, en efecto, participaba
de los mismos ideales de Antíoco y se le había aliado
en su guerra contra los romanos; ahora temía por su
5 propia situación, que le angustiaba. Ello le movió a
despachar repetidamente representantes para saber qué
6 debía dar o hacer por si podía enmendar su error. El
general romano acogió con deferencia todas las emba-
7 jadas de las ciudades, las elogió y las despidió. Con-
testó a los galos que no trataría con ellos antes de la
llegada del rey Éumenes: entonces concluirían los pac-
tos. Respondió a Ariarates que tendría la paz al precio
8 de seiscientos talentos [125]. Con el legado de Antíoco con-
vino que él se presentaría con las tropas romanas en
los límites de Panfilia [126], donde percibiría los dos mil
quinientos talentos [127] y el trigo que debía distribuirse
a sus soldados según el acuerdo con Lucio Escipión
9 previo a los pactos. Luego prescribió a sus fuerzas una
purificación ritual [128] y, cuando la estación lo permitió,

---

[124] Cf. II 3, 6.

[125] Aquí Paton traduce erróneamente «doscientos».

[126] Aguas arriba del río Meandro.

[127] Cf. 17, 4-5.

[128] Purificaciones de este tipo eran normales y precedían a las expediciones militares o a casos de emergencia.

recogió a Átalo, se hizo a la mar y atracó en Apamea[129]
al cabo de ocho días. Allí se quedó tres; al cuarto, le-
vantó el campo y avanzó, haciendo una marcha muy
rápida. En tres jornadas llegó al lugar convenido con 10
Antíoco, donde acampó. Museo fue a su encuentro y le 11
rogó que aguardara, porque se habían retrasado los
carros y los animales que transportaban el dinero y el
trigo. El romano lo atendió y esperó tres días. Llega- 12
dos los aprovisionamientos, Cneo Manlio distribuyó el
trigo entre sus hombres y confió el dinero a algunos
tribunos con la orden de trasladarlo a Apamea.

Cneo Manlio supo que el comandante de Perga, nom- **42**
brado por Antíoco, ni evacuaba la plaza ni él mismo
se retiraba de ella, de modo que marchó con sus tro-
pas contra Perga[130]. Cuando se aproximaba a la ciudad, 2
le salió al encuentro el comandante de la guarnición a
pedir y a suplicar que no se le condenara sin oírle,
porque él hacía algo muy indicado: tras tomar la ciu- 3
dad en lealtad a Antíoco, afirmó que ahora la custo-
diaba hasta que se pusiera en claro a quién debía
fidelidad y qué es lo que tenía que hacer: de momento
nadie, sencillamente, le había dado instrucciones. Por 4
ello pedía un plazo de treinta días para enviar un emi-
sario al rey a inquirir lo que debía hacer. Cneo Manlio 5
veía que Antíoco, en los demás casos, había cumplido
escrupulosamente, por lo que concedió al comandante
en cuestión enviar a preguntar al rey. A los pocos días
llegó la respuesta y la ciudad fue entregada.

Y ello fue en el tiempo en que el rey Éumenes 6
y los diez embajadores llegaron por mar a Éfeso, a
principios de verano; se recuperaron de la navegación
durante dos días y, luego, subieron a Apamea. Cneo 7

---

[129] Cf. nota 161 del libro V.

[130] Sobre Perga, cf. V 72, 9. La ciudad es más famosa por su recurrencia en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* 13, 13, pero los biblistas acostumbran a transliterar el nombre «Perge».

supo su presencia y envió a su hermano Lucio a la
ciudad de Oroanda[131] con el encargo de urgir por la
fuerza la cobranza del dinero adeudado según los pac-
8 tos; él mismo levantó el campo y avanzó con sus tropas
a marchas forzadas: le interesaba enormemente reunirse
9 con Éumenes. Llegó a Apamea y se encontró con el rey
y los diez emisarios, con los cuales deliberó acerca de
10 la situación. Acordaron, primeramente, sancionar el ju-
ramento y los pactos hechos ya con Antíoco, sobre los
cuales ya no es preciso hacer más observaciones, con
su correspondiente texto oficial.

43 La redacción, en concreto, era como sigue: «Habrá
amistad para siempre entre los romanos y Antíoco, si
2 éste observa los pactos. Ni el rey Antíoco ni sus subor-
dinados permitirán el paso por su territorio ni apro-
visionarán a unos enemigos que marchen contra los
3 romanos o contra sus aliados, y lo propio harán los ro-
manos y sus subordinados con los que marchen contra
4 Antíoco o sus aliados. Antíoco no hará la guerra ni a
5 los habitantes de las islas ni a los de Europa. Que se
6 retire de las ciudades y del territorio ***. Que no saque
nada, a excepción de las armas que lleven los soldados.
Y, si por casualidad han sustraído algo, que lo restitu-
7 yan a las mismas ciudades. Y que no acepte soldados
8 ni otras cosas procedentes del reino de Éumenes. Si
en el ejército de Antíoco hay hombres procedentes de
las ciudades que se le anexionaron los romanos, estos
9 hombres deben ser remitidos a Apamea. Si entre los
romanos o entre sus aliados viven personas originarias
del reino de Antíoco, permítaseles conservar la opción
10 de quedarse o emigrar, según les plazca. Antíoco y los
reyes subordinados a él devolverán los esclavos pro-
piedad de los romanos, y los prisioneros, y los deser-

[131] Se ignora su localización exacta, pero debía de estar a orillas del río Sangario.

tores, y los prófugos dondequiera que les hayan capturado. Que entregue también Antíoco, si le es posible, 11
a Aníbal, el cartaginés, hijo de Amílcar, a Mnasíloco de Acarnania y a Toante, el etolio, a Eubúlidas y a Filón, ambos de Calcis, y a los que ejercieron el gobierno colegiado de Etolia. Antíoco debe depositar en Apa- 12
mea a todos sus elefantes y, desde ahora, ya no poseerá más. Que entregue sus naves largas juntamente con 13
sus accesorios y sus velas. Que no posea más de diez naves ponteadas, ni lanchas movidas por más de treinta remeros, ni naves con un banco de remos, y ello, aunque esté en guerra, líbrese ésta donde se libre. Que Antíoco 14
no navegue más allá del Calicadno[132] y del promontorio de Sarpedón, si no es para transportar tributos, enviados o rehenes. Le queda prohibido reclutar merce- 15
narios en territorios sometidos a Roma, y acoger a los que se fuguen de ellos. Los edificios propiedad de 16
los rodios o de los aliados de éstos radicados en territorio dominado por Antíoco continuarán perteneciendo a los rodios, igual que antes de que Antíoco declarara la guerra. Y si éste les debía dinero, que les 17
pague escrupulosamente, y si se ha deducido alguna cantidad, que no se les descuente y que se les abone. Y en lo concerniente a los rodios, que se vean exentos de tributos, cual lo estaban antes de esta guerra. Y si An- 18
tíoco hubiera dado a otros algunas de las ciudades que debe restituir, que mande salir de ellas las guarniciones y los hombres. Y si, luego, algunas pretenden hacer defección, no debe aceptarlas. Que Antíoco pague 19
a los romanos en moneda ática de la máxima ley doce mil talentos en doce años, a razón de mil por año;

[132] Este río nace en los montes de Pisidia, atraviesa la cordillera del Tauro y divide en dos la llamada Cilicia Áspera; desemboca en el Mediterráneo a unas veinte millas al O. de la desembocadura del río Lamas. El Calicadno se llama actualmente río Göksu.

que cada talento no pese menos de ochenta pesos romanos; además deberá entregar quinientos cuarenta
20 mil modios de trigo. Pagará al rey Éumenes trescientos cincuenta talentos en los cinco primeros años, a razón de setenta por año, al mismo tiempo que efectúe el pago
21 a los romanos. En vez del trigo puede, tal como juzgó el mismo rey Antíoco, dar ciento veintisiete talentos y mil doscientos ocho dracmas, que Éumenes estuvo de acuerdo en percibir como pago efectuado a su teso-
22 ro. Que Antíoco entregue veinte rehenes y que vaya cambiándolos cada tres años; que no cuenten menos de dieciocho años de edad ni más de cuarenta y cinco.
23 Si algo de la moneda entregada no resulta de curso
24 legal, que se enmiende el error al año siguiente. Si alguna de las ciudades o pueblos contra los cuales se prohibió a Antíoco guerrear le declaran la guerra, le
25 será permitido a éste hacerla. Pero no ejercerá soberanía sobre estos pueblos y ciudades ni les admitirá
26 como aliados. Si cometen injusticias mutuas unos contra otros, ambas partes serán convocadas ante un tri-
27 bunal imparcial. Y si las dos partes deciden de común acuerdo quitar o añadir algo a este pacto, sea ello factible.»

44 El juramento se depuso bajo estos términos y el general despachó, al punto, a Quinto Minucio Termo[133] y a su propio hermano Lucio, que acababa de llegar
2 de Oroanda con el dinero, hacia Siria, con la orden de recibir personalmente el juramento del rey y ase-
3 gurar el tratado en todos sus pormenores. Y remitió unos delegados a Quinto Fabio[134], el almirante de la armada, con la orden de que navegara a Pátara[135], recogiera las naves depositadas allí y las incendiara.

---

[133] Cónsul en el año 193 a. C. Sobre Lucio Manlio, cf. 42, 7.

[134] Quinto Fabio Labeo, pretor en el año 189 a. C.

[135] Pátara, ciudad costera, al E. de la desembocadura del Janto.

El procónsul Manlio cobró de Ariarates trescientos talentos 45
y lo hizo amigo de los romanos. (SUIDAS.)

Ordenación definitiva del Asia Menor[136]

En Apamea los diez legados y 46
el procónsul Cneo Manlio oyeron
a todos los que se habían concen-
trado allí. A los que discutían por dinero, por un terri-
torio o por cualquier otra cosa, les asignaron, de co-
mún acuerdo, ciudades en las que debían componer sus
diferencias. En conjunto establecieron la ordenación
siguiente: las ciudades autónomas que antes pagaban 2
impuesto a Antíoco, pero que habían sido leales a los
romanos, se vieron libres de tributos; las que abonaban
una gabela a Átalo, ordenaron que desde ahora la hi-
cieran efectiva a Éumenes. Y si algunas ciudades ha- 3
bían traicionado la amistad romana y habían hecho la
guerra en el bando de Antíoco, ordenaron que éstas
entregaran a Éumenes los tributos destinados a Antío-
co. A los [colofonios][137], habitantes de Notio, a los ci- 4
meos y a los milasios les despidieron sin imponerles
tributos; a los clazomenios[138], además de la inmunidad, 5
les concedieron la isla llamada Drimusa[139] y a los mile-
sios, el país sagrado del cual antes habían sido expul-
sados a causa de la guerra. Trataron con más honor 6
que a los demás a los quiotas, a los esmirneos y aun
a los eritreos, y les otorgaron los territorios que am-
bicionaban por entonces, pues tenían en cuenta el celo

[136] Años 189/188 a. C.

[137] Los editores han intercalado este término, inexistente en las fuentes textuales griegas; lo han tomado de Tito Livio, que aquí refleja fielmente el texto de Polibio. Sobre Colofón, cf. V 77. Notio era una ciudad costera, en la Caria, en las inmediaciones de Colofón. Había pertenecido a los atálidas desde el año 218 a. C., pero en esta guerra se declararon a favor de los romanos.

[138] Clazómenas es el puerto más importante de Lidia.

[139] Isla muy pequeña al N. de Clazómenas.

y el interés que en la guerra les habían patentizado.
7 Restituyeron a los focenses la constitución paterna y
8 los territorios que habían poseído. Luego recompensaron a los rodios: les dieron Licia y la parte de Caria que llega hasta el río Meandro, exceptuando Telmeso.
9 En el tratado hicieron la mención debida del rey Éumenes y de sus hermanos: de Europa les asignaron el Quersoneso, Lisimaquia y el territorio y los fuertes que les eran limítrofes, todo ello, dominio de Antíoco
10 hasta entonces; de Asia les entregaron la parte de Frigia que da al Helesponto y la Magna Frigia, la parte de Misia que antes Prusias había arrebatado a Éumenes, Licaonia, Milíade, Lidia, Trales, Éfeso y Tel-
11 meso [140]. Todo esto fue lo que regalaron a Éumenes. Y, en cuanto a Panfilia, Éumenes aseguraba que de ella le correspondía la parte de acá del Tauro, pero los legados de Antíoco decían que era la de más allá, por lo que, indecisos, Cneo y los emisarios romanos tras-
12 ladaron la cuestión al senado romano. Habían dispuesto lo más urgente y de más importancia. Levantaron el campo y avanzaron hacia el Helesponto: querían aprovechar el viaje para asegurarse contra los galos [141].

---

[140] Telmeso, en la costa licia, al S. del estuario del Indo.

[141] En el original griego sigue todavía un capítulo 47, pero el estado de su texto es tan deficiente, que es prácticamente irrestituible. El contenido se puede inducir por Tito Livio, XXXVIII 40, 3-41, y narra una marcha calamitosa de los romanos a través de Tracia. Fueron derrotados por una coalición de pueblos tracios al E. de Cipsela; allí perdió la vida Quinto Minucio Termo. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

LIBRO XXII[1]

(FRAGMENTOS)

Filopemén y Esparta[2]

Después de la ejecución masi- 3
va efectuada en Compasio[3], algu-
nos espartanos, descontentos por lo que había ocurrido
y convencidos de que Filopemén iba a destruir, a la
vez, la preeminencia y el poder de Lacedemonia[4], acu-
dieron a Roma[5] y se quejaron de lo sucedido y de Fi-
lopemén. Y, al final, consiguieron una carta de Marco 2
Lépido[6], el que posteriormente fue Pontífice Máximo
y que, entonces, detentaba la dignidad de cónsul. La 3
carta iba dirigida a los aqueos, y les decía que no ha-
bían dispuesto acertadamente los asuntos lacedemo-

---

[1] Los dos primeros capítulos de este libro en el manuscrito no son texto de Polibio, sino títulos, debidos a un copista, de diversas partes de la obra. Los traductores de Polibio omiten estos capítulos sistemáticamente.

[2] Años 187/186. En la obra de Polibio no quedan restos referidos a la olimpíada 148, 2 (=188/187).

[3] Por orden de Filopemén, en la primavera del año 188, como represión, en tierras de Esparta, contra los que querían separar Laconia de la liga aquea. Compasio no sabemos dónde estaba.

[4] «Lacedemonia» es conjetura general de los editores, pues las fuentes textuales griegas dan: «Roma».

[5] Probablemente, a finales del año 188 a. C.

[6] Sobre este pasaje, véase XVI 34, 1-7.

4 nios. Ante esta embajada, Filopemén nombró sin dila-
ciones emisario suyo a Nicodemo de Elea[7] y lo mandó
a Roma[8].

Ptolomeo Epífanes y los aqueos

5 En aquel mismo tiempo se
presentó, como legado de Ptolo-
meo[9], Demetrio el ateniense, que
acudía a renovar la alianza anterior del rey con la liga
6 aquea. Tal renovación fue acogida con agrado y se eli-
gieron, como diputados dirigidos a Ptolomeo, a Licor-
tas, mi padre[10], a Teodóridas y a Rosíteles[11], sicionios,
para que depusieran el juramento en nombre de los
7 aqueos y, a su vez, lo tomaran del rey de Egipto. Y en-
tonces ocurrió algo incidental, ciertamente, pero dig-
no de mención. Luego de haberse efectuado la renova-
ción de la alianza, Filopemén invitó al enviado real para
8 captárselo a favor de los aqueos. Durante el banquete
se hizo mención del rey, y su mensajero, entonces, in-
terrumpió un parlamento e hizo un largo discurso en
elogio de Ptolomeo: propuso algunos ejemplos de su
habilidad y osadía para la caza, y también de su vigor
y de su buen entrenamiento por lo que hacía a las
9 armas y a caballos. Y adujo un último ejemplo para
dar credibilidad a sus palabras: habló de que en una

---

[7] En otoño del año 187, después de la elección de Filopemén como general de los aqueos para los años 187/186.

[8] Aquí el texto griego, quizás porque el copista omitió por error algún término que no perjudica la secuencia sintáctica, se presta a interpretaciones: *a)* o bien se dice que Filopemén mandó su delegado a Roma así que los espartanos hubieron abandonado la capital, o bien *b)* se dice que Nicodemo llegó a Roma estando allí todavía los espartanos. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[9] Ptolomeo Epífanes.

[10] Cf. II 40, 2.

[11] Sobre Teodóridas, cf. XXIX 23, 6. De Rosíteles no sabemos nada.

cacería, montado a caballo, le había acertado a un toro con una jabalina sin correa [12].

Disturbios en Beocia [13]

Hecha ya la paz entre los romanos y Antíoco, se vieron en Beocia cortadas de raíz las aspiraciones de todos los que pretendían innovar; las constituciones adoptaron otro aspecto y caracteres diversos. Aquí la adminis- 2 tración de justicia se había visto paralizada durante veinticinco años, y entonces en todas las ciudades se esparcía un rumor; algunos afirmaban que se debía poner fin y remate a las discordias mutuas. Este tema 3 se discutió mucho, porque los indigentes superaban enormemente a los acomodados. Y surgió espontáneamente algo que ayudó a los prosélitos del partido más poderoso [14]. Tito Flaminino propugnaba, en Roma, des- 4 de hacía mucho, el regreso de Zeuxipo [15] a Beocia, pues lo había tenido de colaborador en muchas empresas en los tiempos de Antíoco y de Filipo. Entonces se 5 esforzaba para que el senado escribiera a los beocios en el sentido de que debían repatriar a Zeuxipo y a sus compañeros de éxilio. Cuando les llegó la noticia 6 a los beocios, temerosos de que la llegada de los hombres aludidos significara para ellos verse apartados de la amistad de los macedonios, ansiosos de emitir la sentencia sobre los cargos formulados contra Zeuxipo [nombraron un tribunal, se reanudó el juicio y se vio la causa contra él.] De esta manera lo condenaron, 7 de una parte, por sacrilegio, porque había levantado

4

[12] Normalmente, el cazador disparaba su jabalina encajándola en una pieza de cuero que le ayudaba a precisar el tiro y aumentaba su fuerza. Pues bien, aquí se dice que Ptolomeo V mató un toro disparándole una jabalina sin apoyo de ninguna clase.

[13] Años 187/186.

[14] El filorromano, naturalmente.

[15] Cf. XVIII 43, 5-13.

la lámina del altar de Zeus, la cual era de plata, y, además, también por homicidio: le inculparon de la
8 muerte de Bráquiles[16]. Tras preocuparse de esto, ya no atendieron a los escritos que recibían, más bien lo contrario: enviaron a Calícrito como embajador a Roma, para declarar que ellos no podían convertir en letra
9 muerta lo que se había decidido de manera legal. Y fue entonces cuando Zeuxipo se presentó personalmente al senado romano. Los romanos notificaron a los etolios y a los aqueos la decisión beocia, y les ordenaron
10 que restituyeran a Zeuxipo a su país. Pero los aqueos se negaron a emprender una campaña militar: prefirieron remitir emisarios que exhortaran a los beocios a atender las demandas romanas y, además, ya que habían empezado a hacer justicia, a hacerla también con aquellos aqueos con los que tenían algo pendiente.
11 Ocurría, en efecto, que había contratos entre ellos que
12 se arrastraban desde hacía mucho tiempo. Los beocios oyeron sus requerimientos; su general era Hipias[17]. De momento prometieron que harían lo que se les solicitaba, pero al poco tiempo lo abandonaron todo.
13 Ello movió a Filopemén a que, cuando Hipias había resignado el mando y lo ejercía ya Alcetes, garantizara a los demandantes las compensaciones que pedían a los
14 beocios. De ahí surgió entre aquellos pueblos la chispa
15 de discordias nada desdeñables. Pues al instante ***, se apoderó de los rebaños de Mírrico y de Simón. Esto motivó un complot, y fue la semilla y el prólogo no de una disensión entre ciudadanos, sino de una ene-
16 mistad bélica. Y si el senado romano hubiera dispuesto lo necesario para el regreso de Zeuxipo, la gue-
17 rra habría estallado inmediatamente. Pero ahora calló, y los megareos no urgieron las indemnizaciones, por-

[16] Cf. XVIII 43, 12.
[17] Cf. XX 4, 2.

que los beocios mandaron legados a tratar de los acuerdos[18].

Disputa entre Rodas y Licia[19]

Entre los rodios y los licios 5
surgieron diferencias por las cau-
sas que siguen. En el tiempo en 2
que los diez comisionados romanos disponían la situa-
ción de Asia[20] se presentaron unos embajadores de
parte de los rodios, Teedeto y Filofrón[21], y pidieron
que les fueran entregadas Licia[22] y Caria en pago del
celo y del interés que ellos habían puesto en pro de
los romanos durante la guerra de Antíoco, pero de 3
parte de los ilios[23] se presentaron también Hiparco y
Sátiro: suplicaban que, por la inclinación que hacia
ellos mostraban los romanos, les fueran condonados
a los licios sus errores. Los diez comisionados oyeron 4
a unos y a otros e intentaron acertar en la medida
de lo posible. En gracia a los de Ilión, no decidieron
nada irremediable contra los licios, pero querían con-
graciarse con los rodios, de modo que cedieron gratui-
tamente los licios a su dominio. Y esta decisión con- 5
dujo a un no desdeñable altercado y diferencia entre
los licios y los mismos rodios. Los de Ilión iban re- 6
corriendo las ciudades y anunciaban que habían con-
jurado la cólera de los romanos y que se les debía la
libertad, pero, en su patria, Teedeto decía y proclamaba 7

[18] «Porque los beocios...», el sentido de la frase es dudoso por deficiencia de la tradición manuscrita. La traducción presente responde a las restituciones efectuadas en el texto griego por Büttner-Wobst.

[19] Años 187/186, pero alguno de los hechos narrados aquí se remonta a años anteriores.

[20] Año 188 a. C.

[21] Partidarios de Roma; cf. XXVII, 2; XXVIII 2, 3; XXIX 11, 2.

[22] Antíoco había conquistado Licia en el año 197 a. C.

[23] De Ilión, sitio de la antigua Troya, que había recuperado su nombre.

que Licia y la parte de Caria que va hasta el río Meandro, habían sido cedidas gratuitamente a los ro-
8 dios por los romanos. Además, unos emisarios licios llegaron a Rodas a tratar de una alianza, pero los rodios habían dispuesto previamente a algunos ciudadanos que despacharon a las ciudades de Licia y de
9 Caria a ordenar cómo debía hacerse cada cosa. Y, a pesar de que era tan grande la discrepancia entre ambas concepciones, hasta cierto punto no les resultaba clara a todos la diferencia de lo expuesto. Pero, cuando los licios entraron en la asamblea rodia y hablaron de una alianza, tras ellos se levantó Potión, el prítanis de los rodios, dilucidó las posiciones de ambos y lanzó reproches contra los licios [los cuales expusieron su propia opinión y] dijeron que soportarían cualquier cosa antes que cumplir las órdenes de los rodios.

Diversas quejas ante el senado romano

6 En aquellos mismos días se presentaron en Roma unos legados de parte del rey Éumenes [24], que iban a exponer cómo Filipo se había adueñado
2 de varias ciudades tracias; de parte de los maroneítas acudieron unos exiliados a acusar y a culpar a Filipo
3 de su destierro. Y, con ellos, llegaron atamanes, perrebios y tesalios, quienes aseguraban que debían recuperar sus propias ciudades, de las cuales Filipo les había despojado con motivo de la guerra contra Antío-
4 co. Pero llegaron también embajadores de éste para
5 defenderlo ante los que les acusaban. Todos los hombres citados hicieron muchos discursos contra los legados de Filipo, por lo que el senado romano decidió nombrar en el acto una comisión que examinaría las acusaciones contra Filipo y que garantizaría la seguridad de los que quisieran exponer francamente su opi-

[24] Cf. XVI 24, 3.

nión y acusar al rey. Y nombraron para ello a Quinto 6
Cecilio, a Marco Bebio y a Tiberio Claudio.

Entre los enios había altercados desde hacía mucho, pues unos se inclinaban claramente a favor de Éumenes y otros, a favor de Macedonia. (SUIDAS.)

La liga aquea y los reyes[25]

En el Peloponeso, durante el 7
generalato aún de Filopemén, los
aqueos remitieron unos emisarios
a Roma a tratar[26] de Esparta y otros, al rey Ptolo-
meo para renovar la alianza ya existente entre ellos;
esto ya lo explicamos, escribe Polibio. Y ahora, en 2
el generalato de Aristeno[27], regresaron los enviados al
rey Ptolomeo, mientras en Megalópolis se celebraba la
asamblea de los aqueos. También el rey Éumenes había 3
enviado delegados para anunciar su disposición a en-
tregar ciento veinte talentos a los aqueos a condición
de que fueran invertidos en préstamos y los intereses
producidos sirvieran para sufragar la asamblea de los
aqueos en sus sesiones ordinarias. Llegaron aún otros 4
delegados enviados por el rey Seleuco[28]: acudían para
renovar la amistad con la promesa de que regalaría a
los aqueos una flotilla de diez naves largas. El sínodo 5
aqueo inició sus actuaciones. Primero se adelantó Ni-
codemo de Elea, que reprodujo el discurso que había
hecho ante el senado romano en favor de la ciudad de
Esparta, y leyó las respuestas romanas, de las que se 6
podía extraer una conclusión: a los romanos les des-
agradaba la terminación de las murallas, [la abolición

---

[25] Año 185 a. C.

[26] Otros traductores traducen «a apoyar», pero WALBANK, *Commentary,* ad loc., propone y justifica satisfactoriamente la traducción apuntada aquí.

[27] Años 185/184.

[28] Seleuco IV Filopátor.

de la constitución] y el fin de los ejecutados en Com-
7 pasio. Sin embargo, no iban a revocar nada. Nadie se opuso ni volvió a tratarlo, de modo que el tema quedó liquidado.

8 Luego entraron los enviados de Éumenes, que renovaron la alianza que había trabado su padre, y no-
9 tificaron al pueblo sus ofrecimientos pecuniarios. Disertaron prolijamente acerca de ambos puntos, y ponderaron la gran amistad y simpatía que el rey sentía por el linaje aqueo, tras lo cual guardaron silencio.

8 Se levantó entonces Apolónidas de Sición[29] y dijo que, por su cuantía, el obsequio era, ciertamente, dig-
2 no de los aqueos, pero que, a juzgar por la intención del donante y la aplicación por la cual lo daba, tal regalo resultaba el más vergonzoso e injusto de todos.
3 Las leyes, en efecto, prohiben que tanto los ciudadanos privados como los magistrados acepten regalos del rey bajo cualquier pretexto. De modo que todos eran notoriamente venales, si tomaban aquel dinero: aceptarlo representaba la ilegalidad máxima y, además,
4 había que reconocerlo, la más infame. «Pues el hecho de que la asamblea sea alimentada por Éumenes cada año y que delibere acerca de los problemas comunes tras haber mordido un cebo, comporta necesariamente
5 vergüenza y perjuicios. Ahora es Éumenes quien da di-
6 nero, luego lo dará Prusias y, luego, Seleuco. Las situaciones presentan aspectos encontrados, si se las mira desde el punto de vista del rey o desde el de las democracias. Los debates más largos y principales se producen acerca de las diferencias que tenemos con los
7 reyes[30], de modo que, necesariamente, una de dos: o el interés del rey prevalecerá por encima del nuestro,

[29] Cf. 11, 6-12; XXVIII 6, 6.

[30] Para la actitud crítica de Polibio acerca de estos reyes, cf. XV 24, 4-5.

o, si la cosa no es así, al obrar contra los que nos
pagan nos mostraremos públicamente como unos des-
agradecidos.» Por ello, Apolónidas no sólo aconsejó a 8
los aqueos la no aceptación, sino también el odio con-
tra Éumenes, por su idea de aquel regalo.

Luego se levantó Casandro de Egina y recordó a los 9
aqueos la calamidad de los eginetas. Habían caído en
ella precisamente por ser miembros de la liga aquea,
cuando Publio Sulpicio navegó con su flota y aprisionó
a todos los pobres habitantes de la isla; expusimos 10
anteriormente[31] de qué modo los etolios, que según sus
pactos con Roma se apoderaron de la ciudad, la ha-
bían entregado a Átalo al precio de treinta talentos.
Esto es lo que Casandro puso ante los ojos de los 11
aqueos y pidió a Éumenes que no intentara captarse
las simpatías de los aqueos dándoles dinero, sino que
se restituyera a los eginetas su ciudad, con lo cual se
ganaría indiscutidamente la amistad de todos. E im- 12
petró también de los aqueos que no aceptaran aquel
don, por el cual iban a aparecer desde entonces como
los liquidadores de las esperanzas de salvación que
tenían aún los eginetas.

Éstos fueron los discursos que hubo allí. Y la masa 13
se sintió tan conmovida, que nadie se atrevió a
hablar a favor del rey. Todos rechazaron el obsequio
en medio de un gran alboroto, y ello, a pesar de que
el montante de lo ofrecido le daba un aspecto, una
atracción a la vista casi irresistibles.

Tras el debate citado, se introdujo la cuestión de 9
Ptolomeo. Se convocó a los legados que le habían en- 2
viado los aqueos. Avanzó Licortas con ellos y empezó
explicando de qué forma habían dado y recibido los
juramentos acerca de la alianza; luego dijo que traían 3

[31] Con toda certeza, en el libro IX (años 212-210) o en el libro X (años 210-208), pero el relato no se ha conservado.

consigo una dádiva para la comunidad aquea: se tra-
taba de seis mil escudos de bronce para peltastas y
4 doscientos talentos de bronce acuñado. Alabó, por todo
esto, al rey, habló brevemente del interés y de la sim-
patía que profesaba al pueblo aqueo, y concluyó aquí
5 su discurso. A continuación se levantó Aristeno, el ge-
neral aqueo, quien interrogó al enviado de Ptolomeo
y a los enviados de los aqueos para renovar la alianza:
6 preguntó qué clase de coalición habían rehecho. Y nadie
le contestó; allí hablaban todos, pero el uno al otro,
7 y la asamblea estaba llena de apuro. Lo que motivaba
aquella situación absurda era lo siguiente: entre el rei-
no de Ptolomeo y los aqueos había numerosas alian-
zas, que tenían muchas diferencias entre ellas, según
8 la situación de las diversas ocasiones. Y ni el legado de
Ptolomeo había señalado nada distintivo en el mo-
mento de la renovación, sino que, simplemente, habló
9 del tema, ni tampoco los enviados aqueos: prestaron
juramento, y lo tomaron del rey, como si hubiera una
10 sola coalición. El general fue reseñando todas las alian-
zas y señaló con detalle sus diferencias, que eran gran-
des; exigía que el pueblo supiera qué alianza había
11 contraído. Y, allí, ni Filopemén logró dar razón, a pe-
sar de que él mismo en calidad de general había
repuesto la coalición, ni Licortas, que había acudido
12 como embajador a Alejandría. Los aqueos se pelearon
por su vida pública y Aristeno adquirió gran reputa-
ción como si fuera el único que hablaba sabiendo lo
que decía. Al final impidió que la resolución fuera ra-
tificada e hizo aplazar el debate por la confusión alu-
dida.

13 Entraron a continuación los embajadores de Seleu-
co, y los aqueos resolvieron renovar su amistad con
él, pero de momento rehusar el regalo de la flotilla.
14 Y, tras deliberar sobre ello, levantaron la sesión y to-
dos se retiraron a sus ciudades de origen.

Más tarde, cuando los Juegos Nemeos[32] estaban en 10
su punto culminante, llegó a Macedonia Quinto Cecilio, que regresaba de la legación que le había llevado
hasta Filipo. El general Aristeno convocó a los magis- 2
trados en la ciudad de Argos. Quinto llegó a la reunión y les hizo reproches afirmando que habían tratado con dureza y crueldad excesivas a los lacedemonios; exhortó prolijamente a los presentes a que enmendaran sus
errores de antes. Aristeno permaneció en silencio, evi- 3
denciando con ello que las actuaciones pasadas no le gustaban y que estaba de acuerdo con lo dicho por
Cecilio. Pero Diófanes de Megalópolis[33], hombre de 4
natural más militar que político, se levantó; no sólo no contribuyó en nada a la defensa de los aqueos, sino que por sus estrechas relaciones con Filopemén
señaló a Cecilio otra acusación contra ellos. Aseguró, en 5
efecto, que éstos habían dispuesto erróneamente su
actividad en Esparta y también en Mesenia: aludía a 6
ciertas disputas internas habidas aquí acerca del decreto de Tito Flaminino[34] sobre los exiliados, y a la
solución propuesta por Filopemén. Ello hizo creer a 7
Quinto Cecilio que contaba con algunos partidarios entre los aqueos, y le irritaba todavía más que los magistrados reunidos en sesión no se mostraran dis-
puestos a seguir sus consejos. Pero Filopemén y Licor- 8
tas, y con ellos Arcón, propusieron muchas y variadas razones demostrativas de que en Esparta se había actuado correctamente y de manera conveniente a los mismos lacedemonios; ahora resultaba imposible remover algo en el orden establecido sin transgredir el

[32] Del año 185 a. C.

[33] Cf. XXI 3b.

[34] En el verano del año 191 a. C., Diófanes, al frente de las tropas aqueas, atacó la plaza de Mesenia, pero los mesenios ofrecieron entregarse a los romanos en un acto de *deditio*, lo cual produjo disputas entre romanos y aqueos.

derecho de los hombres y la piedad debida a los dio-
9 ses. Y los presentes decidieron no variar sus acuerdos
10 y dar esta respuesta al enviado. Al ver tal solución,
Cecilio pedía al pueblo que se reuniera con él en asam-
11 blea. Los magistrados aqueos le exigieron que les ex-
hibiera la orden que acerca de ello debía tener del
senado. Pero el romano calló y los magistrados dije-
ron que la asamblea no se reuniría, pues las leyes no
lo permitían si no había para ello una orden escrita
del senado que indicara el motivo por el cual se debía
12 congregar. Cecilio se indignó enormemente porque no
se le concedía nada de lo que solicitaba, de manera
que se negó incluso a recibir la respuesta de los ma-
13 gistrados y se marchó sin ella. Los aqueos achacaron
la culpa tanto de la visita anterior, la de Marco Fulvio,
como de la de ahora, la de Cecilio, a Aristeno y Dió-
fanes: pensaban que éstos les habían atraído por su
14 rivalidad política con Filopemén. Y, desde entonces,
el pueblo receló de estos hombres. Ésta era la situa-
ción del Peloponeso.

El senado romano y los problemas de Grecia[35]

11 Cuando Cecilio hubo regresado
de Grecia y hubo expuesto al se-
nado lo referente a Macedonia y al
Peloponeso, fueron introducidos
a la sesión los embajadores llegados a la urbe para las
2 negociaciones correspondientes. Entraron, primero, los
de Filipo y Éumenes, y también los de Eno y los que
representaban a los exiliados de Maronea; todos ellos
pronunciaron unos discursos que se ajustaban a lo di-
cho en Tesalónica en la reunión presidida por Cecilio.
3 El senado decretó enviar otra vez legados a Filipo:
debían inquirir, en primer lugar, si se había retirado
de las ciudades de [Tesalia y de] Perrebia según lo
4 estipulado con Quinto Cecilio; luego debían ordenarle

[35] Años 185/184.

la evacuación de las ciudades de Eno y de Maronea y
que abandonara, en resumen, las fortalezas, las pla-
zas y la franja costera de Tracia. A continuación en- 5
traron los enviados procedentes del Peloponeso. Los 6
aqueos, efectivamente, habían remitido a Apolónidas
de Sición, que debía justificar lo ocurrido con Cecilio,
quien no les había tomado la respuesta, y debía ex-
poner, además, la situación de Lacedemonia. Como em- 7
bajadores de Esparta se habían presentado Areo y Al-
cibíades[36]; pertenecían al grupo antiguo de exilados
que, recientemente, Filopemén y los aqueos habían re-
patriado. Lo que más indignaba a los aqueos era que, 8
siendo reciente y muy grande el beneficio que habían
hecho a aquellos desterrados, ahora fueran tan des-
agradecidos con ellos, que emprendieran una embaja-
da en contra suya y acusaran, ante los que detentaban
el poder supremo, a los que los habían salvado contra
toda esperanza y los habían restituido a sus patrias.

Hubo, pues, una confrontación mutua en la que **12**
ambas partes intentaron justificarse. Apolónidas de Si-
ción pretendía hacer comprender al senado la impo-
sibilidad absoluta de que Filopemén y los aqueos hu-
bieran solucionado, mejor de como lo habían hecho,
los problemas de Esparta; Areo, por el contrario, in- 2
tentaba decir y explicar, primero, que, al quedar el
pueblo excluido por la fuerza, la ciudad ya no tenía
un verdadero poder, después que el Estado, tal como
había quedado entre ellos, era inseguro y sin libertad
de expresión; inseguro, porque eran pocos y despro- 3
vistos de murallas, y sin libertad de expresión, por-
que se obedecía sólo a los decretos generales de los
aqueos, eso por un lado, y por el otro, porque se de-
bía obedecer a generales impuestos. El senado los aten- 4

[36] Representantes de las dos casas reales: agíadas y euri-póntidas.

dió y determinó dar a los mismos legados un mandato también acerca de esto; para [Macedonia y] Grecia nombró una comisión, al frente de la cual puso a Apio Claudio Pulcher.

5 Los emisarios aqueos defendieron también a sus magistrados contra Cecilio delante del senado: decían que aquéllos no habían obrado ilegalmente y que no podían ser acusados por no haber reunido la asam-
6 blea, pues entre los aqueos era ley no convocar la asamblea popular, si no se trataba de dar un decreto acerca de una alianza o de una guerra o si no había una
7 orden por escrito del senado romano. De modo que era correcto que en aquella ocasión los magistrados se lo hubieran pensado antes de convocar la asamblea popular, ya que las leyes se lo impedían, puesto que Cecilio ni quería dar él la orden por escrito a los magistrados ni traía él una convocatoria hecha por el
8 senado. Tras estas palabras, Cecilio se levantó, acusó a Filopemén y a Licortas, y, en general, inculpó a los aqueos de haber llevado mal los asuntos de Lacede-
9 monia. El senado escuchó todos los discursos: respondió a los aqueos que enviaría legados a Lacedemonia
10 para que procedieran a una inspección. Y recomendó a los aqueos que, a los legados romanos que les fueran sucesivamente enviados, los atendieran y les prestaran los honores debidos, tal como hacen los romanos con los emisarios que llegan a ellos.

Macedonia: masacre en Maronea[37]

13 Desde Roma fueron reexpedidos a Filipo sus propios mensajeros, quienes le pusieron en clàro que[38] debía evacuar forzosamente las ciudades
2 de Tracia. Supo, así, esto, que le sentó muy mal, pues le parecía que le recortaban por todas partes el im-

[37] Año 184 a. C.
[38] Antes de la llegada de Apio Claudio (12, 4).

perio. Y descargó su rabia sobre los desventurados
maroneítas. Llamó a su presencia a Onomasto, el co- 3
mandante de Tracia, y habló con él acerca de sus
intenciones. Tras marcharse, Onomasto envió a Ca- 4
sandro a Maronea, pues éste era una persona conoci-
da por la mayoría, ya que residió allí mucho tiempo;
desde antiguo, Filipo mandaba a sus cortesanos a estas 5
ciudades y hacía que sus pobladores se habituaran a
las estancias de éstos. Al cabo de pocos días, cuando los 6
tracios estuvieron dispuestos, penetraron de noche gra-
cias a Casandro y hubo una gran masacre en la que
perecieron muchos maroneítas. Filipo, pues, castigó 7
de esta manera a sus adversarios, satisfizo su propia
cólera y esperó así la llegada de los enviados, con-
vencido de que el terror haría que nadie se atrevie-
ra a acusarle. Al poco tiempo, llegaron Apio Claudio 8
y su séquito, supo lo ocurrido en Maronea y repro-
chó duramente a Filipo, quien pretendió justificarse
alegando que él no había tomado parte en aquella 9
locura: eran los mismos maroneítas los que se habían
revuelto, unos inclinando sus simpatías hacia Éume-
nes y otros, hacia él mismo. Y así se habían precipitado
en aquella desgracia. Y dijo que si alguien le acusaba, 10
que lo hiciera cara a cara. Esto lo hacía, persuadido 11
de que el miedo impediría a todos arriesgarse; la ven-
ganza de Filipo, en efecto, era inmediata contra sus
adversarios; la ayuda romana estaba muy lejos. Pero 12
Apio manifestó que cualquier justificación era super-
flua, pues él sabía muy bien lo ocurrido y conocía al
causante, ante lo cual Filipo se vio en un apuro. Y, des- 13
pués de haber llegado hasta aquí, levantaron la pri-
mera sesión.

Al día siguiente, Apio ordenó a Filipo que remitiera **14**
a Onomasto y a Casandro desde allí mismo a Roma[39]. 2

[39] Aquí el texto griego ofrece una frase comúnmente ateti-

El rey se conturbó en grado sumo y pasó indeciso
largo tiempo. Dijo que enviaría a Casandro, que era
testigo presencial de los hechos, según manifestaba
Apio, para que el senado romano se enterara por él
3 de *la* verdad. Pero, tanto *en esta reunión con los en*-
viados romanos como en las posteriores, excluyó siem-
pre a Onomasto: pretextaba que éste cuando ocurrió
la matanza no estaba en Maronea, ni tan siquiera en
4 algún lugar cercano. Pero lo que en realidad temía
era que, una vez en Roma, Onomasto, que había co-
laborado con él en muchas empresas, le delatara ante
los romanos no sólo por lo de Maronea, sino por otras
5 muchas cosas. Y, al final, consiguió retener a Ono-
masto; a Casandro, tras la marcha de los legados, le
ordenó que se dirigiera hacia el Epiro, y lo mató en-
6 venenándolo. Y Apio también se fue, convencido de
la hostilidad de Filipo hacia los romanos y despre-
ciándolo por su crimen de Maronea.

7 El rey pensó sobre el asunto y lo consultó con
sus amigos, Apeles y Filocles [40]. Se dio cuenta de que
sus diferencias con los romanos habían aumentado
mucho y que ya no quedaban ocultas, sino que eran
8 visibles para todo el mundo. Estaba ya absolutamente
decidido a rechazar a los romanos y a vengarse de
ellos. Pero para alguno de sus planes no estaba listo
todavía, y calculó cómo podía lograr algún retraso y
9 ganar tiempo para los preparativos bélicos. Resolvió,
pues, enviar a Roma a su hijo menor, Demetrio, que
debería tanto defenderle de las acusaciones como pedir
10 perdón si se le podía achacar algún descuido. Filipo
pensaba que mediante su hijo alcanzaría del senado

---

zada por los editores de Polibio; traducida, dice: «... para que informaran de lo sucedido».

[40] Personajes que, desde ahora, serán importantes en la política macedonia.

todo lo propuesto, ya que cuando fue rehén en Roma, al joven lo trataron con gran distinción. Calculaba todo 11
esto, y, al tiempo que disponía la marcha de Demetrio y de sus compañeros de viaje[41], prometió ayuda a los bizantinos[42]. No es que éstos le importaran de- 12
masiado; lo que pretendía era alarmar a los reyezuelos tracios que habitaban al otro lado de la Propóntide, de cara todo ello a sus propios propósitos.

Grecia: disputa entre Gortina y Cnosos[43]

En la isla de Creta, cuando en 15
Gortina ejercía el cargo de cosmos[44] Cidas, hijo de Antalces, los gortinios querían debilitar de cualquier modo a los de Cnosos; segregaron del territorio de éstos el llamado de Licastio y lo concedieron a los raucios, y el de Diatonio[45], que dieron a los litios[46]. Precisamente 2
entonces se presentó en Creta, como emisario de Roma[47], Apio, para componer aquellas diferencias surgidas allí. Habló del tema en Cnosos y en Gortina; los cretenses le hicieron caso y le confiaron sus cuestiones. El romano restituyó a los de Cnosos el terri- 3
torio perdido y ordenó a los cidoniatas[48] recoger a los rehenes que antes habían entregado, dándolos a Carmión; les impuso también que dejaran Falasarna[49]

---

[41] Apeles y Filocles.

[42] Siempre acechados por tracios y gálatas; cf. IV 45-46.

[43] Año 184 a. C.

[44] Nombre genérico de los magistrados supremos cretenses.

[45] Los territorios de Licastio y de Diatonio están en las elevaciones septentrionales de la cordillera del Ida.

[46] Sobre Lito, cf. IV 54, 6.

[47] Aquí hay un pequeño *lapsus* por parte de Polibio, pues su texto, dado en versión estrictamente literal, dice: «desde Roma», pero, en realidad, acudía desde el Peloponeso (14, 12), de manera que aquí la traducción se ajusta más a la realidad de la situación.

[48] Sobre Cidonia, cf. IV 55, 4.

[49] En el extremo oeste de la isla de Creta.

4 sin tocar nada de ella. En cuanto a las asambleas gene-
rales, les permitió participar en ellas, si así lo deseaban,
5 o renunciar voluntariamente a ello. Pero, tanto ellos
como los exiliados de Falasarna, debían abstenerse de
tocar el resto de Creta *** mataron a Menecio, el ciu-
dadano más notable.

Egipto [50]

16 *** todos admiraron a Filipo [51]
por su magnanimidad [52]. Los ate-
nienses no sólo lo ultrajaron de palabra, sino que lo
dañaron de obra. Pero, tras vencerles en la batalla
de Queronea, distó tanto de inferirles algún daño, que
se preocupó de los muertos de Atenas y los mandó
sepultar; remitió a sus familias a los prisioneros sin
2 exigir rescate, dándoles vestidos nuevos. Mas, lejos de
imitar esta conducta, los hombres rivalizan en coraje
y en sed de venganza contra aquellos con quienes
guerrean, movidos por tales sentimientos ***. Ptolomeo
hizo atar a aquellos hombres desnudos, tiró de ellos
con carros, y tras inferirles tales torturas, les mandó
matar.

17 Cuando Ptolomeo, rey de Egipto, asedió la ciudad
de Licópolis [53], alarmados ante lo sucedido, los jefes
egipcios se rindieron a discreción. Pero él los trató
2 mal y se expuso a muchos peligros. Algo semejante
ocurrió cuando Polícrates pudo echar mano a los re-
beldes. Pues Átinis, Pausiras, Cesufo e Irobasto, jefes
supervivientes, cedieron a las circunstancias y se pre-
sentaron en Sais [54], donde se entregaron a la lealtad

---

[50] Aquí el texto griego del manuscrito está muy mutilado y el parágrafo primero es prácticamente intraducible. Parece que aquí se exponía cómo Antíoco Epífanes pretendía tener sangre divina en sus venas.

[51] Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno.

[52] Cf. V 10, 1-3; XVIII 14, 13-14.

[53] Se refiere a los hechos del año 197 a. C., descritos con detalle precisamente en la piedra de la Roseta. Una referencia a este asedio la tenemos en XVI 39, 2.

del rey. Pero Ptolomeo violó sus juramentos, ató a 3
aquellos hombres desnudos, tiró de ellos con carros
y, tras inferirles tales tormentos, los mandó matar[54a].
Se presentó en Náucratis[55] con su ejército; allí se le 4
juntó Aristónico, quien le reclutaba tropas en Grecia.
Con él y sus hombres zarpó hacia Alejandría, pero no
tomó parte en ninguna acción de guerra, porque Po-
lícrates, aunque contaba apenas veinticinco años, era
persona intrigante.

Macedonia y Grecia

Dice Polibio en su libro vigesi- 18
mosegundo: en lo que atañe a la
casa real de Macedonia, ya desde ahora[56] le comen-
zaba una serie de males incurables. No ignoro, cierta- 2
mente, que hay autores que al tratar la guerra de los
romanos contra Perseo quieren indicarnos la causa de
esta querella. Primero señalan la expulsión de Abrú-
polis[57] de sus dominios, bajo el pretexto de que, tras
la muerte de Filipo, había forzado las minas del Pan-
geo[58]. Por cuyo motivo Perseo, declarada la guerra, 3
expulsó al mencionado de su reino. A continuación 4
aducen la invasión de la Dolopía[59], la estancia de Per-
seo en Delfos y el complot contra el rey Éumenes 5
que en Delfos se organizó, y también la matanza de

---

[54] Sais, la metrópolis de la región de Saite.

[54a] El texto griego repite al pie de la letra el final del capítulo anterior. Cf. XXIX 12, 10.

[55] Fundación griega antigua, puerto comercial en el delta del Nilo, no lejos de Canopo.

[56] Años 186/185.

[57] Abrúpolis fue rey de los sapeos, pueblo tracio que vivía en la orilla izquierda del río Nesto, a poca distancia de la costa.

[58] Eran de oro y plata, muy conocidas en la antigüedad; el macizo del Pangeo está al E. del río Estrimón y de Anfípolis.

[59] Sobre la Dolopía, cf. XVIII 47, 6. Nicandro la reconquistó en el año 189 (XXI 25, 6), pero la perdió el mismo año a manos de Perseo.

mensajeros que se hizo en Beocia[60]. De todo esto le
sobrevino a Perseo la guerra contra los romanos; al-
6 gunos lo afirman así. Pero yo sostengo que lo más
importante, tanto para los escritores como para los
estudiosos, es el conocimiento de las causas que hacen
nacer y surgir cada cosa. Y, en la gran mayoría de
escritores, reina una gran confusión porque no conocen
la diferencia que hay entre un pretexto y una causa,
ni, a su vez, la que hay entre un pretexto para una
7 guerra y su principio. Ahora el mismo problema me
8 obliga a recordar y a renovar mi argumentación. De
las cosas que acabo de decir, lo primero son pretex-
tos, pero lo último, el complot contra el rey Éume-
nes, el asesinato de los emisarios y otras cosas seme-
jantes que ocurrieron por aquel entonces, es evidente
que constituyen el principio de la guerra entre los ro-
manos y Perseo, el comienzo del hundimiento del Im-
9 perio macedonio. Pero nada de todo ello puede ser re-
putado como causa. Lo cual es evidente por lo que se
10 dice a continuación. Del mismo modo que dijimos que
Filipo, el hijo de Amintas, pensaba y se había pro-
puesto acabar la guerra contra los persas, y que Ale-
jandro fue el realizador de la empresa pensada por
aquél, de la misma manera ahora declaramos que Fi-
lipo, el hijo de Demetrio, proyectó la última guerra
contra los romanos y llegó a tener hechos todos los
preparativos para esta empresa. Pero murió y fue Per-
11 seo el que realizó sus planes. Y si esto es verdad, aque-
llo resulta claro; en efecto, no es posible que la causa
de la guerra sea posterior a la muerte del que la deci-
dió y se propuso guerrear. Lo cual vale también para
las afirmaciones de los demás escritores, pues todo lo
que dijeron es posterior a la muerte de Filipo.

[60] Cf. XVIII 6, 2. Éumenes sufrió un atentado —del que resultó herido, pero sobrevivió— a manos de bandoleros pagados por Filipo V.

Filopemén discrepaba de las razones de Arcón[61], 19
el general. Pero en aquella coyuntura cambió de proceder y lo alababa; estuvo de acuerdo con las réplicas de Arcón y lo elogió en tono amistoso, porque había aprovechado la ocasión con astucia y sagacidad.
Pero a mí, afirma Polibio, ni entonces me agradó lo 2
dicho en mi presencia, es decir, que se le alaben a uno sus malas acciones, ni me place tampoco ahora, que
soy ya mayor. Creo de verdad que hay una gran dife- 3
rencia de carácter entre un hombre vigoroso y un hombre sin escrúpulos. De ellos, el primero, por decirlo así, es naturalmente una persona óptima, el segundo es
todo lo contrario. Sin embargo, ahora tenemos el jui- 4
cio corrompido, y las dos cosas a las que apuntamos, a pesar de tener muy poco en común, encuentran idéntico aplauso y aprobación entre los hombres.

Asia: el rey Éumenes

Apolonis, esposa de Átalo[62], 20
padre del rey Éumenes, era natural de Cícico, mujer digna de recuerdo y de alaban-
za por muchas razones. Era una simple ciudadana, llegó 2
a reinar y logró conservar esta dignidad hasta el fin. Y no empleó para ello ni seducciones ni artes de ramera, antes bien, ante la sociedad se comportó con gravedad y corrección. Ahora es justo que se haga de
ella buena memoria, pues tuvo cuatro hijos y los cuidó 3
con afecto y cariño irreprochables, luego que sobrevivió
largamente a su marido. Átalo y su hermano, al visitar 4
Cícico, tributaron a su madre la honra y el loor debi-
dos, con lo que se ganaron una buena fama. Llevaban 5
a su madre en medio, cogiéndola de la mano, y recorrieron así, acompañados por su escolta, los templos
y la ciudad. A todos los que lo contemplaban gustó 6
mucho el espectáculo y alabaron sin reservas a los dos

[61] Arcón de Egira, hermano de Jenarco (XXII 4, 11).
[62] Átalo I, padre de Éumenes II; cf. IV 48, 1; XVIII 4.

7 jóvenes. Recordaban a Cléobis y Bitón[63], y compara-
ban las conductas de ambos. Y si aquí parecía faltar
algo para llegar al modo eximio con que éstos demos-
traron su afecto, lo declaraban compensado por la emi-
8 nencia de la realeza. Todo esto se efectuó en Cícico[64],
después de la paz hecha con el rey Prusias.

21 Ortiago[65], un reyezuelo de Galacia, había proyectado tomar
2 para él el imperio de todos los galos de Asia. Estaba muy dotado
naturalmente para una cosa así, y, además, era muy empren-
3 dedor. Fue munificente y magnánimo, su conversación era afa-
4 ble e inteligente. Y, cual corresponde a los galos, era hombre
recio y viril para las acciones de guerra. (SUIDAS.)

Egipto

22 Aristónico, el criado de Ptolomeo,
rey de Egipto, era eunuco, pero des-
2 de su niñez fue íntimo del rey. A me-
dida que avanzó en edad se mostró más varonil y audaz de lo
3 que entre eunucos es corriente. Era hombre aguerrido por na-
turaleza y dedicó gran parte de su tiempo a tratar con militares
4 y a estudiar el arte de la guerra. También era muy hábil en
la conversación. Su mentalidad era muy liberal, lo cual es raro,
y, además, era persona naturalmente dispuesta a hacer favores.
(Ibidem.)

---

[63] Dos hermanos de Argos que, ante la carencia de bueyes para arrastrar la carreta de su madre, sacerdotisa de Hera, hacia el templo de Hereo, tiraron ellos mismos del carruaje.

[64] Cf. XXIII 5, 1.

[65] Cf. XXI 38, 1.

LIBRO XXIII

(FRAGMENTOS)

Embajadas griegas en Roma[1]

En la olimpíada ciento cuaren- 1
ta y nueve se congregó en Roma un número tal de legados procedentes de Grecia como, quizás antes, no se había visto nunca. Pues cuando Filipo se vio reducido a firmar un 2
pacto y a avenirse con sus limítrofes y fue notorio que los romanos iban a aceptar acusaciones contra él y a ocuparse de la seguridad de los que les dirigían reclamaciones, se presentaron todos los que tenían 3
frontera con Macedonia, unos, a título personal, otros, por encargo de sus ciudades y otros, en nombre de sus grupos étnicos: todos iban a formular acusaciones contra Filipo. Y, entre éstos, compareció Éumenes 4
junto con Ateneo[2], el hermano del rey: iba a inculparle por lo que había hecho en las ciudades de Tracia y por haber enviado refuerzos a Prusias. Acudió también 5
Demetrio[3], el hijo de Filipo, para defenderle contra todos éstos: llevaba consigo a Apeles y a Filocles[4], de

[1] Años 184/183.
[2] El hijo menor de Átalo I (cf. XVIII 41, 10).
[3] Cf. XXII 14, 9-11.
[4] Cf. XXII 14, 7.

los que entonces se decía que eran los amigos más
6 íntimos del rey. Hicieron también acto de presencia
unos delegados lacedemonios, de cada una de las fac-
7 ciones que hay en la ciudad. En primer lugar el se-
nado convocó a Ateneo y, aceptándole la corona de
oro[5] que traía, valorada en mil quinientos estateres
de oro, alabó cumplidamente a Éumenes y a sus her-
manos por su réplica, y les recomendó que permane-
8 cieran en su misma actitud. Luego, habiendo introdu-
cido a Demetrio, los cónsules llamaron a todos los
acusadores de Filipo e hicieron entrar las legaciones
9 de una en una. Pero las embajadas eran tantas, que la
comparecencia de todas ellas duró tres días y el se-
nado no sabía qué hacer ni cómo debía enfrentarse a
10 cada punto en particular: en efecto, de Tesalia había
acudido una embajada general y otras particulares
de cada ciudad, y lo mismo cabe decir de los perrebios,
11 de los atamanos, de los epirotas y de los ilirios[6]: unos
se presentaban a reclamar territorios, otros, esclavos
12 y otros aún, ganados, o sobre deudas pendientes y las
injusticias que habían sufrido por ellas; aquí unos ase-
guraban que no podían obtener satisfacción según los
pactos, porque Filipo saboteaba la administración de
justicia[7]; otros impugnaban los juicios declarándolos
nulos, porque Filipo corrompía la acción de los tribu-
13 nales. En resumen, las acusaciones produjeron un em-
brollo inextricable y de difícil salida.

2 De modo que el senado romano era incapaz de re-
solver por sí mismo y, además, juzgaba que Demetrio
2 no debía dar razón de cada queja en particular. Añá-

[5] Cf. XX 15, 12.

[6] Sobre los perrebios, cf. XVIII 46, 5; habían reclamado, en la reunión de Tempe, las plazas de Gonocóndilo, Malea y Ericino. Sobre los atamanos, cf. IV 16, 9. Ni los epirotas ni los ilirios estuvieron representados en Tempe.

[7] Cf. XX 6, 2.

dase que estaba predispuesto a favor suyo, porque lo
veía muy joven y muy ajeno todavía a tales conferen-
cias y complicaciones; lo que más interesaba al senado 3
no era escuchar las palabras de Demetrio, sino averiguar
las intenciones verdaderas de Filipo, por lo que eximió 4
al joven de ofrecer justificaciones, pero les preguntó,
a él y a los que le acompañaban, si disponían de algún
memorial referente a todos aquellos apartados redacta-
do por el rey. Cuando Demetrio respondió afirmativa- 5
mente y les alargó un librito no muy extenso, le invi-
taron a que les propusiera de manera resumida lo
que en él se contenía acerca de cada acusación. Filipo, 6
en unos puntos, decía[8] que había cumplido órdenes
emanadas de Roma; en otros, pasaba a sus acusadores
la culpa de la no realización. Y la mayoría de sus ase- 7
veraciones se cerraban con las frases: «por consiguien-
te Cecilio y los otros legados no nos trataron bien en
en este caso», o bien: «de modo que sufrimos esto de
manera muy injusta». Siendo éste el parecer de Filipo 8
en todas sus afirmaciones, el senado, tras escuchar a
los presentes, tomó una resolución única referente al
conjunto. El cónsul[9] ofreció a Demetrio una recepción 9
magnificente y amistosa, dirigiéndole un discurso largo
y encomiástico, en el que se le respondía: «El senado,
convencido, da crédito a Demetrio en todo lo que ha
dicho y en lo que ha leído, de que unas cosas se han
llevado a cabo ya y otras se llevarán según sea justo.»
Y para que Filipo comprobara que el senado romano 10
hacía esta gracia a Demetrio, dijo que remitiría unos
inspectores a verificar si todo resultaba según su vo-
luntad y, al propio tiempo, para esclarecer al rey que
ha sido por Demetrio por el que ha obtenido este trato.
Y así concluyó este asunto. 11

---

[8] Escribía en el memorial, naturalmente.

[9] No «el pretor», como traduce erróneamente Paton.

3 Luego entraron Éumenes y los delegados que le acompañaban, que acusaban a Filipo de los refuerzos que había mandado a Prusias, y de lo que había perpetrado en territorios de Tracia: decían que ni tan siquiera entonces había retirado sus guarniciones de las
2 ciudades. Filocles pretendía defender a Filipo acerca de esto, tanto porque había tomado parte en la misión enviada a Prusias como porque Filipo ahora lo había enviado al senado precisamente para que lo exculpa-
3 ra; el senado escuchó sus palabras por breve tiempo y le respondió que, acerca de los territorios de Tracia, si los emisarios no lo encontraban todo administrado según la voluntad del senado y todas las ciudades no habían sido puestas bajo la obediencia de Éumenes, no lo permitiría, y no iba a tolerar que se le desobedeciera en estos asuntos.

4 Y la presencia de Demetrio hizo, en aquel entonces, que se agudizaran las fricciones entre Filipo y los ro-
5 manos, ya muy considerables; es innegable que, en el hundimiento definitivo de la casa real macedonia, jugó un papel no pequeño la embajada a Roma encabezada
6 por el joven. El senado romano quiso otorgar esta gracia sólo a Demetrio, con lo cual envaneció al muchacho y ofendió gravemente a Perseo y a Filipo, al dar la impresión de que la benignidad de los romanos se había
7 logrado no por ellos, sino sólo por Demetrio. Tito Flaminino contribuyó no poco al mismo desenlace, pues había invitado al joven a conversaciones secretas y le
8 había hecho creer que los romanos le preparaban el reino. Al mismo tiempo el romano indignó a Filipo, pues le escribió que remitiera por segunda vez a Demetrio a Roma, esta vez acompañado de cuantos más
9 y más serviciales amigos pudiera. Perseo, aduciendo todo esto como pretexto, convenció, al cabo de poco tiempo, a su padre Filipo de que se aviniera a asesinar a Demetrio.

Después expondremos cómo se llevó a cabo toda 10
esta trama.

Luego fueron llamados los embajadores lacedemo- **4**
nios. De éstos, había cuatro grupos. Lisis y sus colegas 2
se presentaron como embajadores en favor de los exiliados antiguos[10]; afirmaban que éstos debían recuperar todas las propiedades que tenían cuando fueron
desterrados. Ares y Alcibíades[11] demandaban que los 3
desterrados fueran resarcidos de sus bienes hasta el montante de un talento y que el resto se distribuyera
entre ciudadanos dignos. Séripo[12] proponía en su le- 4
gación que se mantuviera el actual estado de cosas,
con el que antaño se gobernaba a los aqueos. De parte 5
de los condenados a muerte y de los exiliados por decretos de los aqueos estaba allí Querón y su comitiva: pedían que se les concediera la repatriación y que se
restaurara una constitución tal *** sostuvieron con los 6
aqueos unas conversaciones adecuadas a sus propósi-
tos. El senado, incapaz de decidir las diferencias que 7
había entre ellos, eligió a tres hombres que tiempo atrás ya habían viajado en legación al Peloponeso a gestionar tales puntos: se trataba de Tito Flaminino, de Quinto
Cecilio [y de Apio Claudio.] Las conversaciones con 8
éstos duraron largamente: por lo que atañía al regreso de los exiliados y de los condenados a muerte, y, en lo referente a que la ciudad quedara bajo los aqueos,
hubo acuerdo general, pero, en lo tocante a las propie- 9
dades, acerca de si, extrayéndolo de sus propias posesiones, se debía abonar un talento a cada desterrado [o si podían retenerlo todo], sobre esto discutieron
entre ellos. Para evitar que empezaran de nuevo dispu- 10
tas a partir de cero, redactaron [un escrito] acerca de

[10] Víctimas de Cleómenes, Licurgo y Nabis. Cf. XXI 1, 4.

[11] Cf. XXII 17, 7.

[12] Séripo era el jefe del grupo proaqueo, en el poder.

11 los acuerdos, que todos acuñaron con su sello. Pero
Tito Flaminino deseaba que también los aqueos en-
traran en la avenencia, por lo que se llamó a Jenarco [13],
12 porque éste, en efecto, era el que entonces había acu-
dido como legado de los aqueos: por un lado, éstos
pretendían renovar la alianza con Roma y, por el otro,
querían ocuparse de la controversia que había con los
13 lacedemonios. Se le preguntó inesperadamente si se
avenía a las condiciones puestas por escrito, y él no
14 sé cómo se halló en apuros, porque no le satisfacía el
regreso de los exiliados y el de los condenados a muer-
te, puesto que ello iba contra el decreto de los aqueos
y contra la estela grabada, pero, en cambio, estaba
totalmente de acuerdo en apuntar que Esparta necesa-
15 riamente debía pertenecer a la liga aquea. Y, al final,
apurados, por un lado, y sobrecogidos ante los roma-
16 nos, por otro, sellaron también el documento. El senado
romano nombró legado a Quinto Marcio y lo despa-
chó a Macedonia y al Peloponeso.

Dinócrates de Mesenia [14]

5 Dinócrates de Mesenia se pre-
sentó en Roma como embajador
y, al encontrarse con que Tito
Flaminino había sido nombrado por el senado emisa-
rio en lo referente a Prusias y a Seleuco, se alegró
2 sobremanera, creyendo que el romano, por la amistad
que le profesaba a él mismo —pues habían sido com-
pañeros en la guerra de Laconia [15]— y también por las
diferencias que sostenía con Filopemén, cuando llegara
a Grecia dispondría todo lo de Mesenia según los desig-
3 nios de él mismo, de Dinócrates. De ahí que se des-

[13] Jenarco, hermano de Arcón (cf. XXII 19).

[14] Dinócrates mandó el contingente mesenio contra Nabis en el año 195. La repatriación de exiliados, impuesta por Flaminino en el 191 (cf. XXII 10, 6), produjo una ruptura entre Dinócrates, entonces en el poder, con los romanos y con Filopemén.

[15] Contra Nabis, en el año 195.

preocupara de cualquier otra cosa, que se dedicara
a Tito Flaminino y que hiciera pender de él todas sus
esperanzas.

Dinócrates de Mesenia era un hombre cortesano 4
y militar no sólo por costumbre, sino ya por su natu-
ral. Pero su carácter pragmático, indiscutible a pri- 5
mera vista, era deficiente e incierto. Porque en las 6
acciones guerreras descollaba mucho sobre los demás
por su habilidad y su audacia; arrostraba brillante-
mente los peligros personales. Lo mismo cabría decir 7
de los aspectos restantes de su vida: en las conver-
saciones era ingenioso y amable; en las reuniones,
discreto y simpático. Y no rehuía el amor. Pero era abso- 8
lutamente incapaz de fijar su atención en asuntos gene-
rales y públicos, de prever el futuro con seguridad y,
también, de preparar un discurso ante el pueblo. En- 9
tonces, cuando él mismo había removido el inicio de
grandes males para su patria, creía que no hacía nada
y llevaba el mismo estilo de vida, no previendo nada
de lo que iba a ocurrir; se dedicaba al amor y a beber
con exceso durante el día y prestaba oído sólo a los
músicos durante los banquetes. Tito Flaminino, al final, 10
le hizo ver algo el estado real de las cosas. Pues con- 11
templándole danzar en los banquetes vestido con ro-
pajes que le llegaban a los pies, de momento calló,
pero al día siguiente lo encontró y, preguntándole Di-
nócrates algo sobre su patria, le repuso: «Yo, Dinó- 12
crates, haré todo lo posible, pero me extraña cómo
puedes bailar en un banquete cuando has promovido
trastornos tan enormes entre los griegos.» De momen- 13
to pareció que se retraía algo de ello, y que entendía
haber dado una imagen impropia de su naturaleza y
de sus designios.

Cuando se presentó en Grecia en compañía de Tito 14
Flaminino, estaba seguro de que iba inmediatamente
a disponer los asuntos de Mesenia a su antojo. Pero 15

Filopemén, sabiendo que Tito Flaminino no tenía nin-
guna orden del senado, permaneció inactivo esperando
16 su llegada. Cuando Tito Flaminino arribó al puerto
de Naupacto, y escribió al general y a los demiurgos
de los aqueos ordenándoles reunirlos a éstos en una
17 asamblea, le respondieron por escrito que lo harían
cuando les indicara qué temas quería tratar con to-
dos, porque esto es lo que la ley manda a los go-
18 bernantes. Tito Flaminino no se atrevió a escribir, con
lo que se derrumbaron las esperanzas de Dinócrates
y las de los llamados los refugiados antiguos, entonces
claramente enemistados con Lacedemonia. Así fue, en
resumen, como fracasó la estancia y las esperanzas de
Tito Flaminino.

Esparta: asesinato de unos legados enviados a Roma

6 En aquella misma época[16], los
lacedemonios exiliados enviaron a
Roma[17] unos legados, entre los
que se encontraban Arcesilao y
Agesípolis[18]; este último había sido elegido, aún niño,
2 rey de Esparta. Pero unos piratas marinos asaltaron a
3 estos legados en el mar y los mataron; los nombrados
en sustitución suya lograron llegar a Roma.

Regreso de Demetrio a Macedonia[19]

7 Al presentarse Demetrio, pro-
cedente de Roma, en Macedonia,
con las respuestas en las que los
romanos fundamentaban su propio favor y lealtad en
este joven y ponían en claro que todo se había hecho
2 y se haría en adelante a través de su persona, la po-

---

[16] Año 183 a. C.

[17] Salieron para Roma en el otoño del año 183, cuando se comprobó la inutilidad de la gestión de Tito Flaminino para Esparta.

[18] Arcesilao no sabemos quién es; Agesípolis, hijo de Agesípolis y nieto de Cleómbroto, de la casa de los agíadas, luchó contra Nabis en el año 195.

[19] Año 183 a. C.

blación macedonia acogió a Demetrio suponiendo que
ya estaban libres de grandes temores y riesgos (en efec- 3
to, pensaban que las fricciones entre Filipo y los ro-
manos les iban a llevar a la guerra), pero Filipo y Per- 4
seo veían con malos ojos lo sucedido y no les gustaba
esta impresión de que los romanos prescindían total-
mente de ellos ni de que habían pasado su favor a De-
metrio. De todos modos, Filipo disimulaba el enojo que 5
ello le producía; Perseo, en cambio, muy inferior a su
hermano no sólo en el favor gozado por parte de los
romanos, sino también en clara desventaja en todo
lo demás, debido ello a su natural y a sus predisposi-
ciones, lo llevaba muy a mal. Y temía, en consecuen- 6
cia, verse excluido del reino, aun siendo él el mayor,
por las causas indicadas. He aquí por qué Perseo 7
mandó asesinar[20] a todos los amigos de Demetrio ***.

Cuando Quinto Marcio llegó como embajador a 8
Macedonia, Filipo evacuó totalmente las ciudades grie-
gas de Tracia y retiró sus guarniciones. Se marchó de 2
allí dolido y quejoso. Y dispuso todo lo demás según
los romanos se lo habían preceptuado, pues no quería
ofrecerles ningún signo de hostilidad, ganando así tiem-
po para sus preparativos bélicos. Hizo salir a su ejér- 3
cito en campaña contra los bárbaros, atendiendo con
ello al propósito que abrigaba[21]. Pasó, pues, a través 4
de Tracia, e invadió el país de los odrisos[22], el de los
besos y el de los denteletos. Llegó a la ciudad llamada 5
Filipópolis, y sus habitantes se refugiaron en las al-
turas; Filipo conquistó la plaza al punto. Luego se 6
dedicó a recorrer toda la llanura: devastó las tierras

---

[20] Paton traduce: «corrompió».

[21] Evitar una confrontación prematura con los romanos.

[22] Los odrisos constituían la tribu principal de Tracia central; los besos estaban al O. de los odrisos, en las márgenes del río Hebro. Su capital era Filipópolis, fundada por Filipo II de Macedonia. Los denteletos vivían en el valle del Estrimón.

de unos, exigió la sumisión de los restantes y se retiró, habiendo dejado unas fuerzas de ocupación en Filipópolis, guarnición que muy pronto fue expulsada por los odrisos, que traicionaron su lealtad al rey.

Italia: embajadas griegas a Roma

9 En el segundo año de esta olimpíada[23] acudieron a Roma legados de parte de Éumenes, de Farnaces[24] [y de Filipo,] y también de parte del pueblo aqueo, además de los exiliados de Lacedemonia y de los que ahora retenían la ciudad; el senado romano
2 les concedió a todos audiencia. Se presentaron, incluso, los rodios a quejarse de la desgracia de los sinope-
3 ses[25]. A éstos y a los legados enviados por Éumenes y por Farnaces, el senado les contestó que remitiría algunos enviados a inspeccionar lo ocurrido con los de
4 Sinope, y la disputa surgida entre los dos reyes. Pero, habiendo llegado aquellos días Quinto Marcio procedente de Macedonia, y habiendo informado acerca de Macedonia y del Peloponeso, el senado ya no necesita-
5 ba de muchas palabras. Con todo, recibió a los embajadores peloponesios y macedonios, y los escuchó, pero fijó su posición y formuló sus respuestas no según las palabras de los embajadores, sino de acuerdo con el in-
6 forme de Quinto Marcio, quien había reseñado, acerca del rey Filipo, que si bien había cumplido las órdenes, las había acatado de mala gana; si encontraba ocasión,
7 lo iba a hacer todo contra los romanos. Así que el senado romano respondió a los emisarios de Filipo de un modo tal que felicitaba a este rey por lo que había hecho; con vistas al futuro, creía que debía poner cuidado en no dar la impresión de que hacía algo contra

---

[23] Años 183/182.

[24] Farnaces I subió al trono del Ponto hacia el año 185 a. C. Cf. XXVII 17, donde Polibio le llama «muy desleal».

[25] Atacados por Farnaces y por Mitrídates II del Ponto.

los romanos. En cuanto al Peloponeso, Quinto Marcio 8
había informado: los aqueos no sólo se niegan a tras-
pasar cualquier asunto al senado romano, sino que,
muy pagados de sí mismos, se proponen resolverlo
todo por sí. Con sólo que el senado les prestara alguna 9
atención y se les diera una leve muestra de disconfor-
midad, Lacedemonia se reconciliaría al punto con Me-
senia. Y, acontecido esto, proseguía Quinto Marcio, los 10
aqueos acudirían muy satisfechos a refugiarse junto a
los romanos. El senado, pues, respondió a Séripo[26] 11
dejando intencionadamente a la ciudad en el aire: has-
ta ahora los romanos han hecho todo lo posible, pero
hoy creen que esto no les corresponde a ellos. Los 12
aqueos pedían que, si era posible, se les remitieran
refuerzos contra los mesenios, pues así lo estipulaba la
alianza, o que, en todo caso, se vigilara para que nin- 13
guna ciudad de Italia exportara armas o trigo a Me-
senia. Pero los romanos prescindieron de todo esto y 14
respondieron que, ni aun en el caso de que lacedemo-
nios, corintios o argivos se salieran de la liga aquea,
los aqueos deberían admirarse de que el senado ro-
mano considerara que ello no iba contra él. Ésta fue 15
la respuesta que dieron: parecía una proclama dirigida
a los que, pensando en los romanos precisamente, pro-
yectaban abandonar aquella liga. Por lo demás, el se-
nado romano retuvo a los embajadores, esperando a
ver cómo les iban a los aqueos sus operaciones en Me-
senia. Así discurrían las cosas en Italia. 16

El desastre macedonio

Tanto para el rey Filipo como **10**
para toda Macedonia, esta época[27]
marcó el principio de males[28] y de grandes turbulen-

[26] El jefe de la facción proaquea.
[27] Año 182 a. C.
[28] Cf. XXII 18, 1, donde se dice que el inicio de este desastre es la tercera guerra macedónica (186/185).

2 cias; es tiempo digno de mención, como si la Fortuna
hubiera querido tomar venganza oportuna de los crímenes y sacrilegios cometidos por Filipo durante su
vida[29], presentándole ahora la hueste de las Erinias,
los vengadores y los espíritus justicieros de aquellos
3 a quienes había hecho desgraciados[30]: no le dejaban de
noche ni de día hasta que murió. De modo que todos
los hombres deberán reconocer lo que dice el refrán:
«existe un ojo de la justicia»[31], al que jamás despre-
4 ciaremos, dada nuestra condición humana. En efecto,
la Fortuna primero infundió a Filipo la idea de que, si
iba a hacer la guerra a los romanos, debía deportar
de las ciudades costeras más importantes a los dirigentes con sus mujeres e hijos y extrañarles a la población
5 llamada ahora Ematia y, antiguamente, Peonia[32], mien-
tras llenaba de tracios y bárbaros aquellas urbes, que
le resultarían más seguras que la lealtad de los con-
6 finados durante los peligros. Lo que se llevó a cabo:
arrancados los hombres en cuestión de sus hogares,
se produjeron un duelo y un alboroto tales, que todo
7 el país parecía tomado a punta de lanza. De ahí sur-
gieron maldiciones e imprecaciones a los dioses contra
el rey, y no sólo a escondidas, sino también públicamen-

[29] Sobre la acción vengadora de la Fortuna, cf. XVIII 15, 12. Aquí, Polibio piensa en sus sacrilegios en Termo (V 9, 2-12; XI 7, 2-3), en su brutalidad en Mesenia (VII 11, 1-11), en su traición a Rodas (XIII 3, 1-5, 1).

[30] Alusión implícita al mito de Orestes.

[31] Es un refrán citado por C. Wunderer, *Sprichwörter und Sprichtwörtliche Redensarten bei Polybios*, Leipzig, 1898 (reproducción fototípica, Aalen, 1969), págs. 15-16, como ejemplo de justeza de un historiador en el uso de refranes, aunque éste, en realidad, es el primer hemistiquio de un verso del poeta cómico Filamón.

[32] El primer testimonio de deportaciones en masa que conocemos es de Filipo II de Macedonia. Peonia se encuentra en la región occidental del río Estrimón, en el valle superior del Axio.

te. Finalmente, como Filipo determinara no dejar en 8
medio nada hostil, ni tan siquiera sospechoso para su
casa real, escribió a los comandantes de las ciudades
que buscaran a los hijos y a las hijas de los macedo-
nios que él había mandado ejecutar y que los metieran
en la cárcel; se refería, principalmente, a Admeto, Pí- 9
rrico y Samo[33] y a los que perecieron junto con ellos.
Y, además, comprendió a todos los que habían perdido 10
la vida por orden real. Cuentan que Filipo recitaba
el verso:

Necio aquél que habiendo asesinado al padre deja vivos
[a los hijos[34].

La mayoría de los detenidos eran personas ilustres 11
por la alcurnia de sus padres, de modo que su des-
gracia resultó notoria y muy lamentable para todos.
Y en aquella misma época la Fortuna introdujo toda- 12
vía, a Filipo, en un tercer drama, el de sus dos hijos.
Ellos se acechaban mutuamente[35], pero la solución 13
acerca del contencioso se le reservaba a él, y debía
ponderar de cuál de sus hijos iba a convertirse en ase-
sino, y a quién de los dos él mismo debería temer aún
más por todo el resto de su vida, no fuera que sin
llegar a viejo sufriera algo parecido; calculaba esto y
no vivía tranquilo ni de día ni de noche. Estando su 14
alma sumergida en tales desventuras y perturbaciones,
¿quién no sospechará razonablemente que algunos dio-
ses habían introducido la cólera en la vejez de Filipo
en castigo de los crímenes de su vida anterior? Lo cual 15

---

[33] Para Samo, cf. V 9, 4; Pírrico fue, probablemente, su hermano. De este Admeto no sabemos nada.

[34] Verso del poeta épico Estásimo, recogido, probablemente, no de una lectura directa, sino de una colección de refranes. Cf. WUNDERER, *Sprichwörter...*, págs. 42-43.

[35] Perseo y Demetrio.

resultará más evidente por lo que se dice a continuación.

Filipo, rey de los macedonios, tras asesinar a muchos de ellos, eliminó también a sus hijos, recitando, según dicen, el verso:

Necio aquél que habiendo asesinado al padre deja vivos
[a los hijos[36].

16 *** por eso tenía el alma como rabiosa y, junto con lo antedicho, le irritó la disputa de sus hijos; como si lo hiciera adrede, la Fortuna hacía subir a la escena simultáneamente las desgracias de ellos.

17 Los macedonios ofrecen sacrificios funerarios a Janto y hacen una lustración cabalgando sus caballos armados. (SUIDAS.)

Fragmentos de un parlamento de Filipo a sus hijos

11 «Debéis leer no sólo los mitos, las tragedias y las historias, sino además conocer bien y ponderar sus argumen-
2 tos. Y en todas estas obras se puede ver cómo aquellos hermanos que caen en rencillas y en enemistades, y avanzan mucho por este camino, no sólo se destruyen a sí mismos, sino que arruinan totalmente su vida, sus hijos y
3 sus ciudades. En cambio, los que han puesto límite a su amor propio y soportan las equivocaciones ajenas, éstos, sin excepción, además de convertirse en salvadores de todo lo que acabo de citar, han vivido gozando de la máxima gloria y de la fama
4 más estupenda. No me negaréis que muchas veces puse a vuestra consideración el caso de los reyes de Lacedemonia: os explicaba que, mientras obedecieron a los éforos tal como se obedece

[36] La repetición condensada de la misma idea hace suponer, o bien que Polibio redactó dos veces el episodio con la intención de eliminar el escrito del primer lugar, cosa que luego no hizo por error, o bien que el epitomador dejó frente a la redacción plena polibiana la suya abreviada, ejemplo claro, en último término, de cómo concibió su misión. Quizás en la segunda redacción se hiciera un comentario acerca de la acción de la Fortuna, que en el estado actual del texto no nos ha llegado.

a un padre y ambos se toleraron mutuamente en el reino, conservaron para su patria la hegemonía sobre todos los griegos,
pero cuando reivindicando para sí la monarquía modificaron 5
el régimen político, entonces hicieron que Esparta probara toda clase de males. Y, finalmente, os he expuesto, a guisa de ejem- 6
plo, y os he señalado con toda claridad el caso de Éumenes[37]
y de Átalo: éstos heredaron un imperio pequeño, cogido casi al 7
azar, y lo han acrecido hasta el punto de que ahora no es inferior a ningún otro. Y lo han conseguido no por otra cosa que por su concordia y armonía, y por su capacidad de observar
un aprecio mutuo. Y vosotros escucháis esto, pero no sólo no 8
lo meditáis debidamente, sino que, todo lo contrario, me parece que afiláis vuestros rencores mutuos.»

Grecia: Filopemén, Aníbal y Escipión mueren en el mismo año[38]

Filopemén levantó el campamento y 12
mandó avanzar, pero le pesaban la enfermedad y la vejez, pues contaba se-
tenta años. Pero, superando su edad 2
mediante la costumbre ya adquirida, marchó de Argos a Mesenia[39] en un solo día. (SUIDAS.)

Filopemén, el general aqueo, capturado por los me- 3
senios, se suicidó con un veneno[40]. En cuanto a virtud, no cedió ante ninguno de sus predecesores, pero le venció la Fortuna, a pesar de que parecía que hasta entonces en toda su vida la había tenido por colabo-
radora. Sin embargo, creo que lleva razón el dicho 4
vulgar: «tiene suerte el que puede tenerla, y no la

---

[37] Éumenes II y su hermano Átalo; cf. XVIII 41, 10; XXXII 8, 6.

[38] Este año es el 183 a. C. Polibio es aficionado a hacer notar estas coincidencias cronológicas. Pero tal sincronismo no es absolutamente seguro. Cf. su discusión en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[39] La distancia es de unos 45 Km.

[40] Las circunstancias de su muerte vienen contadas por Plutarco en su vida de Filopemén. No todos los autores antiguos dicen que se suicidara; Tito Livio apunta que murió envenenado por orden de Dinócrates (XXXIX 50, 7-8).

5 tiene el incapaz de ello»[41]. De manera que debemos
juzgar felices a ciertos antepasados no por haber sido
hombres que han alcanzado buena suerte ininterrum-
pida (en efecto, ¿qué necesidad hay de adorar vana-
mente a la Fortuna colgándole palabras mentirosas?),
6 sino porque la han gozado el máximo tiempo posible
y, cuando se les ha retirado, han caído en desgracias
relativamente pequeñas.

7 [Después eligieron a] Licortas, hombre que no le
era inferior en nada.

8 Filopemén se procuró la gloria en cuarenta años
sucesivos en un régimen democrático y diverso, pero
rehuyó siempre la envidia de la multitud; casi nunca
intervino en política buscando ser bien visto, sino con
gran sinceridad, lo que ocurre muy poco.

13 Es un prodigio grande y admirable la conversión de este hom-
bre[42] en persona muy dotada para el mando y muy superior
2 a los demás en capacidad política. Porque Aníbal permaneció
diecisiete años en campamentos, recorrió muchísimos pueblos
bárbaros y se sirvió de muchos hombres de lenguas y tribus di-
versas para empresas casi desesperadas y extrañas; nadie, en
absoluto, le tendió jamás una celada, ni le abandonaron los que
una vez se le aliaron dándose mutuamente las manos. (Suidas.)

14 Publio Cornelio Escipión apeteció la gloria en una
constitución aristocrática, pero logró hasta tal punto la
2 simpatía del pueblo y la confianza del senado, que en
cierta ocasión en que uno le citó para un día en el
senado, según la costumbre romana, y le acusó agria-
3 mente de muchas cosas, él avanzó y se limitó a decir
que no era decoroso para el pueblo romano escuchar
a alguien que profiriera acusaciones contra Publio Cor-

---

[41] Cf. XVIII 28, 5. El refrán equivale a nuestro castellano «ayúdate y te ayudaré». Wunderer no lo explica en su texto.

[42] Aníbal.

nelio Escipión, ya que él precisamente había otorgado
licencia de hablar a los acusadores[43]. Y, al oírlo, la 4
mayoría de senadores se retiraron y dejaron solo al
acusador.

En cierta ocasión, Publio Escipión requería fondos 5
para una operación urgente, pero el cuestor alegaba
que, según cierta ley, aquel día el erario no podía ser
abierto. Tomando las llaves, Escipión dijo que lo abri-
ría él mismo, pues también él había sido el causante 6
de que el erario se cerrara[44]. En otra ocasión alguien 7
pedía cuentas, en el senado, del dinero abonado por
Antíoco antes del pacto[45] y que había servido para pa-
gar al ejército. Escipión repuso que guardaba las cuen-
tas, pero que no iba a enseñarlas a un cualquiera.
Pero, como el demandante urgía y pedía que se le mos- 8
traran, Escipión rogó a su hermano que las trajera;
recibido el cuaderno, lo mostró y lo desgarró a la vista
de todos. Luego indicó al que pedía cuentas que las 9
buscara, y preguntó a los demás por qué pedían cuen-
tas acerca de cómo y por quién se había gastado tres
mil talentos, pero que, en cambio, con referencia a los
quince mil recibidos de Antíoco, no demandaban en
qué se habían invertido y por quiénes, ni cómo él mis- 10
mo, Escipión, se había apoderado de Asia, de África
y aun de España. Todos quedaron estupefactos, e incluso 11
el que había pedido cuentas guardó silencio. Hemos
narrado esto para glorificar a unos hombres ya falle-
cidos y, también, para espolear a los hombres futuros
a realizar bellas hazañas.

[43] Por su victoria en Zama sobre los cartagineses.

[44] Esta anécdota es muy confusa y tiene explicación difícil. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[45] Es difícil saber de qué pacto se trata.

Condena de los que destruyen los cultivos

15 No está bien destrozar las cosechas del enemigo, porque dice Polibio: jamás estaré de acuerdo con los que llevan a tal punto su cólera contra gentes de su linaje que no sólo privan al enemigo de los frutos del año, sino que además le aniquilan los árboles y las instalaciones, y no le dan lugar a que se
2 rehaga. Los que obran así me parecen sumamente ignorantes, pues en el mismo grado en que suponen que asustan a sus rivales destrozándoles el país y privándoles de cualquier esperanza en lo referente al sustento, no ya para el presente, sino incluso para el porvenir, en este mismo grado convierten a los hombres en fieras y hacen irreversible la rabia contra ellos, que se vengaron una sola vez.

Mesenia se rinde a los aqueos[46]

16 Licortas, el general aqueo, habiendo aterrorizado a los mese-
2 nios con la guerra *** los mesenios, intimidados antes por sus magistrados, entonces, confiados en la protección de sus enemigos, se aventuraron algo a abrir sus bocas para decir que era
3 preciso enviar legados a tratar de la paz. Dinócrates y sus colegas[47] en el poder ya no podían mirar cara a cara al pueblo porque estaba rodeado [de peligros]. Cedieron a las circunstancias y se retiraron a sus ca-
4 sas. El pueblo, convocado por los ancianos y, por encima de todo, por los emisarios beocios Epéneto y Apolodoro, que se habían presentado ya antes abogando por la paz y que entonces se encontraban oportunamente en Mesenia, se declaró al punto partidario de
5 un acuerdo. En efecto, los mesenios nombraron enviados y los remitieron a solicitar comprensión para sus
6 errores. El general de los aqueos reunió a los magis-

[46] Año 182 a. C.
[47] Algunos interpretan «y sus sustentadores» (o paladines).

trados y, tras escuchar a los que se habían presentado,
les dijo que los mesenios disponían de un solo medio
de avenirse con el linaje aqueo: entregarle a él los 7
promotores de la sedición y a los culpables de la muer-
te de Filopemén; en todo lo demás debían confiar la
solución a los aqueos y aceptar de inmediato una guar-
nición aquea en su ciudadela[48]. Trasladadas estas 8
condiciones al pueblo, los que ya de antiguo estaban
enojados con los causantes de la guerra eran parti-
darios de detenerlos y entregarlos; los que creían sin-
ceramente que los aqueos no les causarían ningún daño
accedían a que ellos los gobernaran en todo. A fin de 9
cuentas, no teniendo otra elección en aquellas circuns-
tancias, aceptaron unánimemente tales ofrecimientos.
El general Licortas ocupó, entonces mismo, la ciudade- 10
la y dispuso en ella una guarnición de peltastas, a
continuación tomó de su campamento las tropas nece-
sarias, se presentó en la ciudad[49], congregó al pueblo 11
y le exhortó en tono adecuado a las circunstancias
presentes: les prometió que no se arrepentirían de
aquella confianza. Pero para una decisión definitiva 12
apeló a la asamblea aquea, pues como si fuera a pro-
pósito, se volvió a reunir en Megalópolis por segunda
vez. Sin embargo, ordenó que cuantos hubieran to- 13
mado parte en la muerte de Filopemén fueran ejecuta-
dos sin esperar a nada.

Los mesenios, que por sus propios errores habían lle- **17**
gado a las últimas, fueron reintegrados a su situación
originaria en la liga aquea por la magnanimidad de
Licortas y de los aqueos. Por aquel entonces, Abia, 2
Turia y Faras[50] se habían separado de Mesenia, y así

---

[48] El monte Itome.

[49] En Mesene.

[50] Las tres ciudades estaban en el borde oriental de Macedonia.

3 fueron miembros de la confederación aquea. Los romanos, enterados de que la guerra de Mesenia se había desarrollado a favor de los aqueos, ignoraron totalmente su respuesta anterior y dieron otra diferente a los mismos legados: les explicaron que habían tomado la medida de que nadie desde Italia suministrara armas
4 a Mesenia, ni tampoco víveres. Y así pusieron de manifiesto que no sólo no se desinteresaban ni rehuían los asuntos extranjeros, aunque no les afectaran directamente, sino que muy al contrario les indignaba que algo no les fuera sometido y que todo no fuera administrado según su parecer.

Admisión de Esparta en la liga aquea

5 Los legados procedentes de Roma se presentaron en Lacedemonia llevando la respuesta. El general de los aqueos[51] concluyó rápidamente las operaciones de Mesenia y convocó una asamblea general[52]
6 en Sición. Los aqueos, pues, se reunieron y él les aconsejó que admitieran a Esparta en la confederación aquea, alegando que los romanos rehusaban los plenos poderes que antes se les habían dado sobre esta
7 ciudad; ahora respondían que los problemas de Lace-
8 demonia no les importaban en absoluto; los gobernantes actuales de Esparta querían ser miembros de
9 la liga aquea. Se les exhortaba a que les admitieran en Sición, pues ello convenía desde dos puntos de vista, primero porque aliarían a unos hombres que
10 fueron leales al linaje aqueo y, además, porque, de los exiliados antiguos, no iban a tener como miembros de la liga a aquellos de quienes habían experimentado la ingratitud y la impiedad, sino que, puesto que éstos habían sido excluidos de la ciudad por obra de otros, los aqueos iban a confirmar la decisión de estos últi-

[51] Licortas.
[52] Véase tipificada en II 46, 6.

mos e, incluso, con el favor de los dioses, les darían
las gracias debidas. Con estas palabras y con otras 11
parecidas exhortaba Licortas a los aqueos a que admi-
tieran a Esparta. Pero Diófanes[53] y algunos otros in- 12
tentaron echar una mano a los desterrados, y exigieron
de los aqueos que no acecharan a los caídos en desgra-
cia y que, para favorecer a unos pocos, no apoyaran
a los que habían expulsado a otros del país de manera
impía e injusta.

Éstos fueron los argumentos de los dos bandos. Los **18**
aqueos los escucharon atentamente y decidieron ad-
mitir la solicitud de Esparta. A continuación se grabó
la estela y la ciudad fue miembro de la liga aquea;
de los primeros exiliados de la ciudad fueron admiti- 2
dos aquellos que parecían no ser reos de ingratitud
contra la liga.

Tras disponer todo esto, los aqueos enviaron a 3
Roma a Bipo y Argeo para que dieran cuenta de todo
al senado. Y lo mismo hicieron los lacedemonios, que 4
enviaron a Querón. Los exiliados, por su parte, remi- 5
tieron a Cletis y a Diactorio a defender su causa con-
tra los legados de los aqueos.

---

[53] Enemigo político de Licortas, cf. XXI 3b.

LIBRO XXIV

(FRAGMENTOS)

Italia: embajadas a Roma[1]

1 Habiéndose presentado en Roma [los embajadores de los lacedemonios y los de][2] los exiliados espartanos, también los de los aqueos, junto con los de Éumenes, y los del rey Ariarates, junto con los de Farnaces[3], estos últimos fueron los primeros a los que
2 dio audiencia el senado. Poco tiempo antes el comisionado Marco y sus colegas, que habían sido enviados a supervisar la guerra entre Éumenes y Farnaces[4], informaron acerca de la moderación de Éumenes en todo y, por el contrario, de la soberbia y rapacidad continuas
3 de Farnaces, de modo que el senado no necesitó escuchar largamente a los que habían llegado, sino que respondió que enviaría una segunda comisión que exa-

[1] Invierno del 182/181.

[2] El texto intercalado entre corchetes no está en las fuentes textuales griegas, pero el humanista Gronovio señaló aquí una laguna y la restituyó tal como refleja la traducción. La existencia de esta laguna y su restitución ha sido admitida por todos los editores posteriores de Polibio.

[3] Sobre el ataque de Farnaces a Ariarates, cf. XXIII 9, 3; con referencia a Éumenes, cf. XXI 45.

[4] Esta guerra se desencadenó hacia finales del año 183 a. C.

minara celosamente las diferencias entre los antedichos. Luego fueron introducidos conjuntamente los emi- 4
sarios de los exiliados lacedemonios[5] y los de la ciudad. El senado escuchó bastante más tiempo a estos últimos y no los censuró acerca de lo ocurrido. Sugirió 5
a los exiliados que escribieran a los aqueos acerca de su propia repatriación. Al cabo de unos días fueron 6
introducidos Bipo y Argeo, los enviados de la liga aquea, que expusieron cómo Mesenia había sido reintegrada a su constitución anterior. Y el senado romano acogió amistosamente a aquellos legados, pues ninguna de las medidas tomadas había desagradado a nadie.

Grecia: Acaya y Creta[6]

Habiéndose presentado en el **2**
Peloponeso, procedentes de Roma, los exiliados de Lacedemonia, que por encargo del senado romano eran portadores de cartas a los aqueos que trataban de su propio regreso y de su seguridad personal en su patria, los aqueos 2
decidieron aplazar el consejo hasta el regreso de sus propios embajadores. Dieron, pues, esta respuesta a 3
los exiliados. Plantaron la estela de su pacto con los mesenios y, entre otros favores, les concedieron una exención por tres años de las tasas federales, de manera que el arrasamiento de los campos perjudicó a los aqueos no menos que a los mesenios. Al llegar Bipo 4
desde Roma, puso en claro que las cartas a favor de los exiliados se habían escrito no por interés del senado romano, sino por la inoportunidad de los desterrados, de manera que los aqueos decidieron no modificar 5
su posición.

En Creta se originaron una serie de turbulencias[7], **3**

---

[5] Cf. XXIII 18, 5.

[6] Año 181 a.C.

[7] Cf. XI 5, 9.

si se puede hablar de principio de trastornos, pues la continuidad de las guerras intestinas y el odio mortal que se profesaban todos entre sí convierten, en Creta, principio y fin en una misma cosa. Lo que a algunos les parece absurdo de decir, allí precisamente se ve ocurrir siempre.

Macedonia

4 El monte Hemo[8] está en el Ponto, y es el más grande y el más
2 alto de la región; divide Tracia casi por la mitad. Polibio dice que desde la cumbre de este monte se ven los dos mares, lo cual es falso, pues la distancia que lo separa del Adriático es muy grande y en medio hay muchos obstáculos que impiden la visión.

Italia[9]

5 Farnaces y Átalo firmaron unas treguas, y también los demás contendientes[10]; todos ellos se retiraron a sus países
2 con sus tropas. Éumenes en ese momento se había repuesto de su enfermedad y residía en Pérgamo cuando se le presentó su hermano y le puso al corriente
3 de todas sus gestiones. Satisfecho por lo ocurrido, Éumenes se decidió a enviar a todos sus hermanos a Roma, con la esperanza de que, por medio de tal embajada, pondría fin a su guerra contra Farnaces; al propio tiempo deseaba en interés general recomendar sus hermanos a sus antiguos amigos y huéspedes en
4 Roma, y también al Senado. Átalo quería lo mismo
5 y se puso en camino con su séquito. Llegaron a Roma y, privadamente, todos recibieron amistosamente a aquellos jóvenes[11], pues los conocían por haber tomado
6 parte en las campañas de Asia. Y, con todo, el senado les recibió aún más magnificentemente, pues los ob-

[8] Sobre los difíciles problemas que plantea la localización de este monte, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[9] Años 181/180.

[10] La guerra acabó definitivamente en el 179 a. C.

[11] Cf. XXII 20, 6.

sequió con regalos de hospitalidad y espléndidos banquetes, y organizó suntuosamente su recepción. Cuando 7
Átalo entró en el senado evocó, en su largo discurso, las antiguas relaciones amistosas de ambos países, acusó a Farnaces, pidió que el senado romano tomara cartas en el asunto y le infligiera el castigo merecido. El senado le atendió cortésmente y contestó que en- 8
viaría delegados que, como fuera, pondrían fin a la guerra. Y ésta era la situación de Italia.

Grecia: Ptolomeo Epífanes y la liga aquea[12]

En aquella misma época el rey 6
Ptolomeo, queriendo confederarse con la liga aquea, envió un legado a prometer el donativo de diez naves quinquerremes equipadas totalmente. Los 2
aqueos, porque les pareció que el ofrecimiento debía agradecerse, lo aceptaron de buen grado; [el dispendio, en efecto, se acerca mucho a los diez talentos.] Tras las oportunas deliberaciones, eligieron como lega- 3
dos a Licortas y a Polibio, y con ellos a Arato, hijo de Arato de Sición: debían a la vez agradecer al rey las armas y el dinero que ya les había enviado, recoger las naves y proceder a su despacho. Escogieron a 4
Licortas, porque, con ocasión de efectuarse la renovación de la alianza por parte de Ptolomeo, él era el general aqueo y colaboró celosamente con el egipcio; a Polibio, aunque no llegaba a la edad legal, porque su 5
padre había ido en calidad de embajador a la corte de Ptolomeo, había renovado la alianza y había trasladado a Acaya las armas y el dinero cedidos; esco- 6
gieron por razones parecidas a Arato, porque los suyos tenían relaciones ya de antiguo con la casa real egipcia. Pero Ptolomeo murió por aquellos días y la legación no 7
llegó a salir del país.

[12] Año 180 a. C.

7 *Querón de Esparta*[13]

Por aquel entonces había en Lacedemonia un cierto Querón[14] que, el año anterior, había viajado casi por un azar a Roma en calidad de embajador; se trataba de un hombre agudo y práctico, pero joven, de origen ple-
2 beyo y de educación vulgar. Este individuo, halagando a la masa y removiendo lo que hasta entonces nadie se había atrevido a remover, muy pronto se ganó gran
3 reputación entre el pueblo. Primero requisó las tierras que los tiranos habían concedido a las hermanas y a las esposas, a las madres y a los hijos de los desterrados[15], y las repartió, sin ninguna equidad y a su antojo,
4 entre los pobres. Luego, utilizando los bienes públicos como si fueran suyos particulares, dilapidó los ingresos sin atender ni a leyes ni a la opinión común, ni a ma-
5 gistrados. Ello indignó a algunos, que se apresuraron a hacer nombrar censores de fondos públicos, según
6 indicaba la ley. Al ver lo que ocurría, Querón, consciente de que había administrado pésimamente los fondos de la ciudad, a Apolónidas, el más conocido de los censores y el que mejor podía investigar sus rapacidades, le envió unos asesinos, que lo apuñalaron un
7 día cuando salía del baño. Noticiosos de ello los aqueos, el pueblo llevó tales sucesos muy a mal. El general aqueo partió aquel mismo día, se presentó en Esparta, hizo comparecer a Querón a juicio por el asesinato de
8 Apolónidas y lo condenó. Lo metió en la cárcel, e incitó a los censores restantes a que hicieran una investigación correcta y, además, a que pensaran que los parientes de los primeros exiliados debían restituir las tierras que Querón había confiscado poco tiempo antes.

[13] Idem.

[14] Cf. XXIII 18, 4.

[15] Los primeros desterrados, que lo habrían sido por Nabis y Licurgo (cf. XXI 1, 4).

Calícrates en Roma: su política[16]

En aquella misma época, el general Hipérbato propuso discutir el escrito recibido de los romanos referente a lo que se debía hacer con los exiliados espartanos[17]. 8
Licortas aconsejó dejar las cosas como estaban, «ya que los romanos hacen lo que les es decoroso cuando atienden con la debida mesura las peticiones de quienes parecen hallarse en la miseria, pero, desde 2
luego, si alguien informa de que, de sus peticiones, unas no se pueden cumplimentar y otras comportan desdoro y vergüenza grandes a los aliados, ellos no acostumbran a porfiar ni a presionar en asuntos de este tipo. 3
De modo que si ahora alguien les advierte de que, a los aqueos, acatar este escrito les supone transgredir leyes y juramentos y violar lo consignado en las estelas en lo que concierne a la política conjunta de la liga, 4
los romanos se retractarán y convendrán en que nuestras prevenciones son fundadas y que con razón desoímos sus ruegos.» 5
Esto fue lo que apuntó Licortas; Hipérbato y Calícrates indicaron que se debía hacer caso al escrito; ni la ley ni las estelas ni ninguna otra cosa podía ser tenida por más vinculante. 6
Ante tal divergencia de opiniones los aqueos resolvieron enviar unos legados al senado romano a informar del parecer de Licortas. Nombraron, al punto, a Calícrates de Leonte[18], Lidíadas de Megalópolis y Arato de Sición legados y los remitieron con las órdenes que hacían al caso. 7
Cuando llegaron a Roma, Calícrates se adelantó a disertar ante el senado, pero distó tanto de seguir debidamente sus instrucciones e informar, que ya de buenas a primeras no sólo atacó audazmente a sus ad- 8

[16] Año 181 a. C.
[17] Cf. XXIII 17, 6.
[18] Un notorio partidario de Roma.

versarios políticos, sino que incluso se permitió re-
prochar al senado.
9 En efecto, aseguró que los romanos eran culpables
de que los griegos no les obedecieran, antes bien des-
2 atendieran escritos y requerimientos. Dijo que por
aquel entonces había dos partidos en todas las ciuda-
des regidas democráticamente: el de los que sostenían
que se debían cumplir los escritos de los romanos sin
dar prioridad ni a leyes ni a estelas ni a ninguna otra
3 cosa ante las decisiones romanas, y el de los que con-
cedían preferencia a leyes y a juramentos y a lo con-
tenido en las estelas; éstos aconsejaban al pueblo que
4 no se prestara fácilmente a transgredirlos. Esta opción
era con mucho la más popular en Acaya, la que se
5 llevaba la palma entre la masa. En consecuencia, los
que habían tomado partido por Roma gozaban de mala
reputación y eran objeto de calumnias, bien al revés de
6 sus rivales políticos. Si ahora el senado romano deci-
día algún tipo de castigo, los dirigentes políticos se
pasarían sin dilaciones al partido romano y la masa
7 los seguiría por miedo. Si el senado no tiene en cuenta
el aviso, todos se pasarán a la facción opuesta, porque
goza de mucho más prestigio y es mucho mejor vista
8 por el pueblo. «Ya ahora —prosiguió— hay algunos que,
por no disponer de otro recurso para sus ambiciones de
fama, están alcanzando las más altas honras en sus
propias ciudades, porque se muestran contrarios a vues-
tras requisitorias, batiéndose a favor de la continuidad
9 y la vigencia de sus leyes y sus decretos. Si, en reali-
dad, os es indiferente que los griegos os obedezcan y
que hagan caso de vuestros edictos, os aconsejo que
10 continuéis en vuestra posición actual, pero si queréis
que se cumplan vuestras órdenes y que nadie desprecie
vuestras exigencias, en tal caso os exhorto a que os
11 desviéis cuanto podáis. Debéis saber que, de otro modo,
ocurrirá lo contrario a vuestras previsiones, que inclu-

so ha ocurrido ya. Sí: hace poco que, en la guerra 12
de Mesenia, Quinto Marco se esforzó verdaderamente
para que, en lo tocante a los mesenios, los aqueos no
hicieran nada sin contar con los romanos. Pero los
aqueos no le hicieron el menor caso, decretaron la
guerra por su cuenta y no sólo devastaron, de manera
harto injusta, todos los cultivos de los mesenios, sino 13
que, de entre los ciudadanos mesenios más conocidos,
desterraron a unos, a otros, detenidos a traición, los
ejecutaron tras haberles aplicado todos los suplicios
más infamantes, porque habían propugnado consultar
a los romanos acerca del debate de entonces. Y ahora, 14
otra vez: cuando, transcurrido más tiempo, el senado
romano requiere la repatriación de los exiliados es-
partanos, los aqueos están tan lejos de acatarle, que
han plantado una estela y se han juramentado con los
que ahora detentan el poder en Esparta, en el sentido
de que los desterrados nunca podrán regresar. Os rue- 15
go que lo consideréis y que seáis previsores para el
futuro.»

Dichas estas cosas y otras por el estilo, Calícrates **10**
se retiró. Entraron luego los exiliados espartanos, ex- 2
pusieron brevemente su situación y, después de pro-
nunciar, además, algunas frases para conmover a todos
los senadores, abandonaron el recinto. El senado ro- 3
mano, tras llegar a la conclusión de que Calícrates
hablaba de manera muy favorable y de que, además,
debía promover a los que atendían sus decretos y
desbancar a los que se les oponían, en aquella oca- 4
sión por primera vez se propuso debilitar a los que
trabajaban por el bien en diversas ciudades y fortale-
cer, tanto si era justo como injusto, a los que le eran
afectos. Con el correr del tiempo sucedió, y a no mu- 5
cho tardar, que al senado romano le sobraron adula-
dores, pero anduvo escaso de amigos verdaderos. En- 6
tretanto, en cuanto a la repatriación de los exiliados,

escribió no sólo a los aqueos, requiriendo que ayudaran a estos hombres; además se dirigió a los etolios y a los epirotas y, conjuntamente con ellos, a los atenienses, a los beocios, a los acarnanios, apelando a la leal-
7 tad de todos para quebrantar a los aqueos. Aunque, acerca de Calícrates mismo, el senado corporativamente callara, sin embargo, en su respuesta, indicó a los demás que en sus ciudades debían ser hombres como
8 él. Calícrates, portador de tales contestaciones, se presentó en Grecia muy orondo, sin haberse dado cuenta de que para todos los griegos esto fue el origen de grandes males y para los aqueos más que para otros.
9 En efecto, en aquella época los aqueos todavía podían, hasta cierto punto, tratar, en plano de igualdad, con los romanos por haberles sido leales en ocasiones decisivas[19] desde el momento en que tomaron partido a su favor, me refiero a las guerras contra Filipo y
10 Antíoco. Así progresó la nación aquea y alcanzó su punto culminante de prosperidad en el período de tiempo que abarca nuestra *Historia*, pero aquí se produjo también el inicio del cambio y de la decadencia; la
11 audacia de Calícrates *** los romanos son hombres magnánimos y de sentimientos compasivos: se apiadan de todos los fracasados y quieren favorecer a los que
12 buscan refugio en Roma. Sin embargo, cuando alguien que les ha sido leal les pide justicia, casi siempre

[19] En otoño del año 198 (XVIII). Aquí el ideal helenístico de autonomía es presentado e ilustrado de forma negativa. En XVIII 13-15, Polibio trata el concepto de traición y aquí da ahora un ejemplo concreto con la política de Calícrates ante Roma. Polibio defiende a las claras el ideal helenístico de autonomía, incluso después de la ruina de Cartago. Polibio debía de pensar que los etolios fueron traidores a la causa de Grecia por cuanto provocaron directamente la intervención de Roma en Grecia, pero a ello confluyen otros motivos: los etolios representan una concepción más liberal y, hoy diríamos, progresista del gobierno, frente a los aqueos, esencialmente conservadores.

rectifican y dan la vuelta en la medida de lo posible.
En aquella ocasión, Calícrates había acudido a Roma 13
como legado para proclamar lo que era justo respecto
a los aqueos, pero aprovechó la ocasión para lo contra-
rio e introdujo el problema de los mesenios, que los
romanos ni tan siquiera habían mencionado. Calícrates
regresó, pues, a la Acaya blandiendo las amenazas ro-
manas: de retorno de su embajada esparció el terror y 14
atemorizó a las masas, que ignoraban lo que en verdad
se había dicho en el senado. Primero se le eligió es-
tratego. Dejando de lado sus maldades restantes, tam-
bién fue totalmente venal. Al cabo de poco tiempo 15
asumió el poder y repatrió a los exiliados de Lacede-
monia y de Mesenia.

Comparación de Aristeno y Filopemén[20]

Es verdad que los aqueos Aris- **11**
teno y Filopemén no tuvieron ni
un natural parecido ni opciones
políticas semejantes, pues Filopemén estaba dotado 2
congénitamente, tanto en el cuerpo como en el espíritu,
para las operaciones bélicas; Aristeno, en cambio, lo
estaba para el debate político. En cuanto a sus ideas 3
políticas, he aquí las diferencias entre ambos: en la
época de la guerra de Antíoco y de la llevada a cabo
por Filipo, los romanos ya se habían inmiscuido total-
mente en los asuntos griegos; Aristeno dirigía la polí- 4
tica de un modo tal, que estaba dispuesto a hacer lo
conveniente a los romanos, algunas cosas, incluso antes
de que éstos las indicaran. Sin embargo, no se puede 5
negar que procuraba siempre dar la impresión de ob-
servar las leyes aqueas y que ponía el máximo interés
en gozar de tal reputación. Pero si alguna ley chocaba

---

[20] Aristeno era partidario de obedecer a Roma sin poner condiciones, mientras que Filopemén proponía una colaboración crítica. Cf. WALBANK, «Polybius...», en *Polybe. Neuf exposées...*, págs. 6-7.

a las claras con las instrucciones llegadas de Roma,
6 en tal caso cedía. Filopemén, por el contrario, aquellas demandas romanas que concordaban con las leyes aqueas y con el texto de la alianza las satisfacía y
7 colaboraba sin reservas, pero cuando los romanos solicitaban algo que no caía dentro de los límites preestablecidos, no se prestaba voluntariamente a hacerlo: respondía que, en principio, los romanos debían argüir sus puntos de vista y efectuar, luego, una segunda
8 demanda; si ni en esta repetición lograban convencer, al final los aqueos debían apelar a este testimonio y entonces sí, ceder y cumplir con lo que se les reclamaba.

12 Aristeno ofrecía a los aqueos los siguientes argumentos para explicar su posición: decía que les sería imposible conservar la amistad romana, si blandían a la vez la espada y el caduceo. «Si tenemos la potencia necesaria para resistir y estamos en condiciones de hacerlo, hagámoslo [pero si incluso Filopemén admite que en último término debemos ceder, cedamos y extraigamos provecho de ello], ¿por qué vamos a aspirar
2 a lo imposible y a descuidar lo posible?» Dos eran, según él, las finalidades de toda política, lo decoroso y lo conveniente. Si a algunos políticos les es posible adquirir lo decoroso, éstos deben actuar correctamente y retenerlo; los incapaces de ello deben refugiarse en
3 la parcela de lo conveniente; dejar escapar lo uno y lo otro es indicio muy claro de indolencia. La sufren notoriamente aquellos que se avienen impremeditadamente a hacer cualquier cosa que se les indique, pero
4 luego lo realizan de mala gana y con repugnancia, de modo que una de dos: o bien se debe demostrar que somos capaces de no obedecer sumisamente, o bien, si ni tan siquiera nos atrevemos a decir esto, entonces debemos estar dispuestos a acceder a todas las órdenes.

Filopemén replicó que no debían pensar que él era 13
tan necio que no pudiera comprender la diferencia que hay entre la constitución de los aqueos y la de los romanos, ni la superioridad de estos últimos. «Pero 2
al tender naturalmente los más poderosos a oprimir cada vez con más dureza a los sometidos, ¿acaso —dijo— nos conviene colaborar con los deseos de nuestros dominadores, sin ponerles trabas, para saber por experiencia muy pronto qué son las órdenes más rigurosas, o bien, por el contrario, debemos combatir 3
con todas nuestras fuerzas aquellas intenciones y contrariarlas todo lo que [podamos?] Y si nos dan órdenes [ilegales,] pero nosotros se lo echamos en cara, debilitaremos algo sus arranques y mitigaremos la aspereza de su poder, sobre todo porque los romanos tienen en mucha estima, al menos hasta ahora, como tú mismo reconoces, Aristeno, la observancia de juramentos y pactos, y su lealtad para con los aliados. Pero si 4
nosotros mismos, desconociendo nuestros derechos, nos declaramos dispuestos, cual si fuéramos prisioneros de guerra, a hacer cualquier cosa que se nos ordene, ¿qué diferencia habrá entre el linaje aqueo y el de los sicilianos, el de los capuanos y los de otros notoriamente esclavizados ya desde antiguo? Una de dos —prosi- 5
guió—, o bien es preciso conceder que entre los romanos la justicia no significa nada, o bien, si nadie se atreve a decir esto, en tal caso usemos de nuestro derecho y no nos abandonemos, teniendo, como tenemos, grandes y espléndidas oportunidades de colaborar con ellos. Digo que lo sé claramente: a los griegos les lle- 6
gará el caso en que se verán forzados a cumplir las órdenes que se les impongan, ¿pero acaso alguien de vosotros querrá ver que esto ocurre inmediatamente? ¿No será lo contrario, lo más tarde posible? Me parece que lo más tarde posible.» Filopemén explicó que 7
la diferencia entre su política y la de Aristeno consistía

en esto: Aristeno se empeñaba en ver este destino realizado lo más pronto posible y en coadyuvar a ello con la máxima energía; él mismo, en cambio, se resistía a ello y lo aplazaba en la medida de sus fuerzas.

8 De todo lo dicho resulta evidente que la política de Filopemén era noble y la de Aristeno honesta: am-
9 bas, en todo caso, seguras. Y así, cuando a romanos y griegos les sobrevinieron momentos muy graves, las guerras contra Filipo y Antíoco, Aristeno y Filopemén
10 mantuvieron el pacto de los aqueos con Roma. Y, con todo, se extendió la fama de que Aristeno era más partidario de Roma que Filopemén.

Asia: guerra entre Éumenes y Farnaces[21]

14 En Asia el rey Farnaces, omitiendo otra vez consultar con los romanos, aún en época de invierno envió a Leócrito al frente de diez mil soldados
2 a devastar Galacia[22]; él mismo, al inicio de la estación primaveral, concentró sus tropas con la intención de
3 invadir Capadocia. Informado Éumenes, llevó a mal lo sucedido, porque Farnaces transgredía todos los términos del tratado; sin embargo, se vio forzado a hacer
4 lo mismo. Había agrupado ya sus fuerzas cuando desde
5 Roma llegó Átalo por mar. Tras reunirse y deliberar le-
6 vantaron inmediatamente el campo. Llegaron a Galacia, pero no lograron atrapar a Leócrito; encontraron, en cambio, a Casígnato y a Gezátorix[23], enviados a ellos en demanda de impunidad. Ambos se habían hecho

---

[21] Año 180 a. C.

[22] La Galacia es una meseta en el centro de Asia Menor, en el curso medio del río Sangario. Los galos la ocuparon en 278/277. Sus cultivos eran fértiles y, además, poseía espesos bosques.

[23] Casígnato es, probablemente, el comandante de las dos alas de la caballería de Éumenes, que murió en Calicino en el año 171 antes de Cristo; Gezátorix fue un reyezuelo que dio su nombre a una parte de Paflagonia.

partidarios de Farnaces en el año anterior; ahora pro-
metían cumplir lo que se les ordenara. Átalo y Éume- 7
nes no les hicieron caso debido a su anterior deslealtad;
se pusieron en marcha con todo su ejército y progre-
saron contra Farnaces. Desde Cálpito llegaron en cinco 8
días al río Halis, y al sexto reanudaron el avance en
dirección a Parnaso[24]. Allí se les sumó Ariarates, rey 9
de los capadocios, con sus milicias locales; todos juntos
penetraron en el territorio de Mociso[25]. Apenas habían 10
acampado fueron informados de la llegada de unos
emisarios romanos que pretendían lograr un arreglo.
Al saberlo, el rey Éumenes por un lado envió a Átalo, 11
para que les recibiera; él, por el otro, reforzó sus efec-
tivos y los ordenó con sumo cuidado: quería a la vez
adecuarlos a su verdadero cometido, y demostrar a
los romanos que era capaz por sí mismo de rechazar
a Farnaces y de derrotarle militarmente.

Se presentaron, pues, los emisarios romanos, con **15**
su petición de que se pusiera fin a la guerra. Éumenes
y Ariarates se declararon dispuestos a ello, pero soli- 2
citaron de los recién llegados que, de ser posible, or-
ganizaran una conferencia con Farnaces: así, al ser
públicas las intervenciones, podrían apercibirse por sí
mismos, y con muchas pruebas, de la informalidad
y de la crueldad de este hombre. Si tal convocatoria 3
era imposible, los emisarios deberían ser jueces equita-
tivos e imparciales de la situación. Los legados consin- 4
tieron en ejecutar según sus posibilidades todo lo que
resultaba oportuno, pero exigieron que el ejército alia-
do evacuara los territorios ocupados, porque era ab- 5
surdo que permanecieran allí, por un lado, los emisa-

[24] Parnaso es una plaza a seis millas del río Halis, donde forma el lago Tatu (hoy Tuz Gölü).

[25] Mociso está en la cuenca del Halis no lejos de la ciudad —fundación griega— de Cesarea.

rios que negociaban sobre la paz y, por el otro, las
6 partes en litigio, que se hostigaban mutuamente. Éu-
menes aceptó y, al día siguiente, él y Ariarates levan-
taron el campo y emprendieron la marcha en dirección
7 a Galacia. Los romanos se reunieron con Farnaces y
primero solicitaban de él que entrara en conversaciones
con Éumenes, pues era la manera más rápida de saldar
8 la situación. Farnaces empezó a poner inconvenientes
y, al final, se negó en redondo. Entonces los romanos
se percataron de que creía poco en su causa y de que
9 recelaba abiertamente. Pero querían poner fin a la gue-
rra a cualquier precio e insistieron hasta que él acce-
dió a enviar ministros plenipotenciarios a Pérgamo,
en la franja costera: deberían restablecer la paz en las
10 condiciones fijadas por los emisarios. Habiendo llegado
la misión de Farnaces al tiempo que los romanos y Éu-
menes, también éstos condescendieron y se prestaron a
11 todo con tal de lograr la paz. Pero Farnaces no se avenía
a nada y no mantenía lo ya acordado, sino que cam-
12 biaba continuamente y hacía nuevas demandas. Los ro-
manos vieron, al punto, que sus esfuerzos eran baldíos,
porque Farnaces no deseaba en absoluto llegar a un
13 acuerdo. La reunión fue inútil: los romanos se retira-
ron de Pérgamo, los enviados de Farnaces regresaron a
su país y la guerra prosiguió. Éumenes reanudó de nue-
15 vo sus preparativos. Era la época en que los rodios
se lo atrajeron, y él marchó rápidamente a apoyarlos
en su guerra contra los licios [26].

---

[26] Para el desenlace de la guerra entre Rodas y los licios, cf. XXII 5, 1-10.

LIBRO XXV

(FRAGMENTOS)

España

Cuando Polibio dice que Tiberio Graco[1] destruyó trescientas ciudades españolas, Posidonio[2] aclara que, en esto, esta persona exagera porque quiere congraciarse con Graco llamando ciudades a las fortalezas, como si se tratara de pompas triunfales. Y sin duda podemos creer que Polibio usa estas expresiones, pues los generales y los escritores fácilmente se dejan arrastrar a este tipo de falacias para conferir prestancia a las empresas. 1

Asia: la paz entre Farnaces, y Eumenes y sus aliados[3]

A Farnaces la inesperada incursión enemiga le resultó gravosa y se avino a todas las proposiciones; envió emisarios a Éumenes y a Ariarates. Éstos aceptaron el diálogo y 2 también remitieron, al punto, legados de su parte a Farnaces. Esto se fue repitiendo por ambos bandos, hasta que al fin se estipuló la tregua bajo las siguien- 2

[1] Propretor en España en el 179 a. C.

[2] Posidonio de Apamea (235-150 a. C.): enseñó en Rodas, luego pasó a Roma y, allí, estudió los discursos de Cicerón. Su obra geográfica principal es *Sobre el Océano*.

[3] Año 179 a. C.

3 tes condiciones: habría paz siempre entre Éumenes,
Prusias[4] y Ariarates, por un lado, y Farnaces y Mitrí-
4 dates[5], por el otro. Farnaces no penetrará en Gala-
cia[6] bajo ningún pretexto. Quedan derogados los pac-
5 tos anteriores de Farnaces con Galacia; evacuará,
igualmente, Paflagonia[7] y repatriará a los habitantes
que antes deportó; junto con ellos, restituirá armas,
6 proyectiles y todo el material restante. Devolverá a
Ariarates los territorios que se anexionó en las mis-
mas condiciones en que los encontrara, y los rehenes.
7 Reintegrará la plaza de Tío[8], junto al Ponto, que poco
antes Éumenes había cedido a Prusias como muestra
8 de su gran agradecimiento. Se estipuló también que
Farnaces retornaría los prisioneros de guerra sin res-
9 cate y que entregaría todos los desertores. De los
fondos y de los tesoros sustraídos a Morcio[9] y a Aria-
rates, debería reintegrar a estos reyes la suma de
10 novecientos talentos y añadir trescientos más para Éu-
menes como indemnización por los gastos de guerra.
11 Se impuso a Mitrídates[10], gobernador de Armenia, la
multa de trescientos talentos porque hizo la guerra a
Ariarates transgrediendo así su pacto con Éumenes.
12 Entraron también en este tratado, de los soberanos
de Asia, Artaxias[11], príncipe de la mayor parte de Ar-

---

[4] Prusias II sucedió a su padre, Prusias I, en el 182 a. C.

[5] No es el sátrapa de Armenia Menor que saldrá más abajo, sino el sucesor de Farnaces, Mitrídates IV Filopátor Filadelfo.

[6] Porque Galacia estaba, de algún modo, ligada con Pérgamo.

[7] Paflagonia está situada al E. del Ponto, en el curso inferior del Halis, limitada al O. por Bitinia y al S. por la Galacia.

[8] Tío: la grafía vacila, quizás sea Teyo. Era una pequeña ciudad en la costa de Paflagonia.

[9] Morcio, reyezuelo de Gangra, en Paflagonia.

[10] Fue sobrino de Antíoco III (cf. VIII 23, 3). Este pacto se fundaba en la paz de Apamea (188 a. C.).

[11] Artaxias gobernó, en calidad de soberano independiente, Armenia Oriental, después de la batalla de Magnesia.

menia, y Acusíloco; de los de Europa, Gátalo, el sár- 13
mata; de las ciudades libres, Heraclea[12], Mesembria,
Quersoneso y, con ellas, Cícico. Y, finalmente, en lo 14
referente a los rehenes, se prescribió a Farnaces cuántos y a quiénes debía liberar. Cuando éstos llegaron, las tropas de Éumenes y las de Ariarates abandonaron
el país. Y éste fue el final de la guerra contra Farna- 15
ces emprendida por Éumenes y Ariarates.

Macedonia: Perseo sucesor de Filipo V[13]

Perseo renovó su amistad con 3
los romanos y, al punto, procuró ganarse a los griegos: llamó a Macedonia a los fugitivos insolventes y a todos los proscritos por sentencia de un tribunal; también, a los
exiliados por imputárseles cargos de alta traición. Fijó 2
listas de estos hombres en Delos, en Delfos y en el templo de Atenea Itonia[14], garantizándoles no sólo su seguridad personal, sino incluso la recuperación de los bienes que cada uno poseía en el momento de ser
desterrado. En Macedonia condonó las deudas pen- 3
dientes con la casa real y excarceló a los inculpados
de ofender a la corona. Con todas estas medidas levantó 4
el ánimo de muchos, pues su persona parecía mostrar
perspectivas excelentes a todos los griegos. También 5
en la apariencia externa de su vida normalmente mos-
tró una dignidad real, ya que su porte era egregio, 6
y, además, era hábil en ejercicios físicos de todo tipo
que fueran verdaderamente provechosos. Su conducta 7
tenía una gravedad y una compostura no muy propias de sus años. Evitó la incontinencia que su padre había tenido en lo referente a vino y a mujeres; en los banquetes bebía moderadamente, y no sólo él, sino tam-

[12] Heraclea Póntica fue una colonia beocia en la costa de Bitinia; Mesembria fue una fundación calcedonia en la costa oeste del Ponto Euxino; para Cícico, cf. nota 111 del libro IV.

[13] Años 179/178 a. C.

[14] En las cercanías de Itón, en Tesalia.

8 bién los amigos que comían con él. Y éste fue el principio que tuvo el reinado de Perseo.

9 El rey Filipo, cuando aumentó su poder y se hizo con el dominio de Grecia, fue el hombre más desleal y receloso; cuando la suerte le volvió la espalda[15], fue
10 el más moderado. Y cuando se derrumbó totalmente, entonces se preparó para cualquier eventualidad, pero intentó también por todos los medios rehacer su monarquía.

Italia: una embajada licia[16]

4 Después de la expedición de los cónsules Tiberio Sempronio Graco y Cayo Claudio Pulcher contra los agrios y los istros, el senado romano recibió en audiencia a los legados enviados por los licios.
2 Era ya a finales de verano y los comisionados llegaron a Roma cuando los licios habían sido ya derrotados. Sin embargo, los habían remitido con la antelación
3 suficiente, pero resultó que los jantios[17] cuando iban a entrar en guerra despacharon a Nicóstrato como em-
4 bajador a los aqueos y a Roma. Se presentó, pues, en Roma y excitó la compasión de la mayoría de los senadores poniéndoles ante la vista la crueldad de los rodios y el peligro que les acechaba a ellos, los licios.
5 Al final logró convencer al senado de que remitiera
6 una delegación a Rodas, a poner en claro que, atendiendo las disposiciones promulgadas por los diez legados en Asia cuando trataron la guerra de Antíoco[18],

[15] Después de la batalla de Cinoscéfalas (cf. XVIII 33, 7), en julio del año 197 a. C.

[16] Años 178/177. Para la disputa entre Rodas y los licios, confrontar XX 5, 1-10; XXIV 15, 13.

[17] Janto era una de las ciudades en la ruta principal que va a Licia desde el mar; estaba en una colina a la orilla izquierda del río del mismo nombre.

[18] Sobre las disposiciones de los diez después de la guerra con Antíoco, cf. XXI 46, 1-11.

los licios habían sido confiados a los rodios, pero no
en calidad de dádiva, sino más bien como amigos y
aliados. Tal fue la solución que se halló, la cual, cier- 7
tamente, no satisfizo a muchos, pues parecía que los 8
romanos querían suscitar un conflicto entre rodios y
licios con la intención de agotar las provisiones y el
dinero de los primeros; conocían de oídas el cortejo 9
nupcial que acababan de ofrecer a Perseo y, además,
el entrenamiento de sus naves. Ocurría que, poco tiem- 10
po antes, los rodios habían reequipado de manera
munificente y espléndida toda la flota de que dispo-
nían. Perseo les había donado gran cantidad de madera 11
para construir embarcaciones y, además, había ofre-
cido una tiara sobredorada a cada uno de los marineros
que habían escoltado a su novia Laódice.

Rodas: su legación a Roma[19]

Habiéndose presentado en Ro- 5
das los legados romanos, expu-
sieron los decretos del senado
romano. Organizóse un alboroto en la isla y mucha
confusión entre su clase política, irritada porque se
decía que los licios no les habían sido confiados en
calidad de regalo, sino como aliados. Les parecía que 2
acababan de resolver satisfactoriamente sus proble-
mas con ellos, y ahora veían de nuevo el principio de
más contratiempos, ya que los licios, al comparecer 3
los romanos para explicar esto a los rodios, volvieron a
amotinarse: eran capaces de todo para lograr la liber-
tad y la independencia. Sin embargo, tras escuchar a 4
la delegación romana, estos isleños se convencieron de
que los licios habían logrado engañar al senado de
Roma. Y nombraron, al punto, embajador a Licofrón,
para que informara al senado de la verdadera situa-
ción. Y éste era el estado de cosas: parecía que, a no 5
tardar, los licios iban a sublevarse otra vez.

[19] Año 177 a. C.

6 *Italia: se presentan en Roma diversas embajadas*[20]

El senado romano, cuando se le presentaron los emisarios de Rodas escuchó sus palabras pero
2 aplazó su respuesta. Compareció también una delegación dardania[21], que trató el tema de los bastarnos[22], de su número y de su corpulencia, de su audacia en las acciones bélicas. Se refirieron también a la colaboración de Perseo con los galos, asegurando que les angustiaba más este hombre que los mismos bastarnos: de ahí que solicitaran el apoyo
4 de Roma. Se presentaron, además, unos tesalios que confirmaron el testimonio dado por los dardanios; recomendaron, igualmente, al senado romano que prestara ayuda, de modo que éste decretó remitir una comisión que inspeccionara ocularmente la situación
5 denunciada. Se nombró a Aulo Postumio y se le envió, sin pérdida de tiempo, acompañado de algunos jóvenes.

[20] Años 177/176 a. C.

[21] Sobre Dardania, cf. II 6, 4.

[22] Los bastarnos eran un pueblo afincado en los Balcanes y en el estuario del Danubio; eran gentes primitivas que ignoraban la agricultura. Se duda si eran germanos o celtas.

LIBRO XXVI

(FRAGMENTOS)

Antíoco Epífanes[1]

En el libro vigesimosexto de sus *Historias,* Polibio llama a Antíoco Epífanes *epimanês* (=el loco) y no *epifanês* (=el ilustre), debido a su conducta. Pues no sólo se rebajaba a hablar con personas plebeyas, sino que bebía en compañía de extranjeros que se acogían a su país, y con los más adinerados. 1a
Y si se enteraba, continúa Polibio, de que en cualquier sitio algunos jóvenes se juntaban para celebrar un banquete, él se presentaba allí con un pífano y músicos, de modo que, ante aparición tan inesperada, la mayoría se levantaban y se iban. Muchas veces también se despojaba de sus vestiduras reales y recorría el ágora vestido con una toga. (ATENEO, X 439a.) 2

Antíoco, el llamado Epífanes, pero apodado Epímanes debido a su conducta ***. De él cuenta Polibio que, a veces, abandonando la corte sin que lo advirtieran los servidores, aparecía en cualquier lugar callejeando con dos o tres. 1
Frecuentaba principalmente a los plateros y a los orfebres haciéndoles sugerencias y discutiéndoles, así como a los grabadores y otros artesanos. 2
Luego se rebajaba a hablar con personas plebeyas, las que encontraba, y bebía en compañía de los inmigrados más pudientes. 3
Y si se enteraba de que en cualquier sitio unos jóvenes se juntaban para celebrar un banquete, se presentaba sin hacer alarde de ello y bailaba al son del pífano y de su banda, de 4

[1] Antíoco IV de Siria, hijo menor de Antíoco III.

manera que la mayoría, ante cosa tan inesperada se levantaban
5 y se iban. Muchas veces se despojaba de sus vestiduras reales,
se ponía una toga y recorría el ágora como un candidato[2]:
saludaba a unos, hacía reverencia a otros pidiéndoles que le
dieran el voto, a veces decía que para agoránomo, a veces,
6 que para demarco. Cuando alcanzó la magistratura que pre-
tendía, se sentó en un carro curul adornado de marfil y circu-
laba a la usanza romana por el ágora y escuchaba las reclama-
ciones que se le dirigían, que sustanciaba con interés y diligencia.
7 Y ello dejó perplejos a los hombres normales: unos creían
que era simplemente una persona infantil, otros, un loco. De
8 manera semejante se comportó con los donativos, pues a unos
los obsequiaba con tabas de hueso de gacela, a otros, con dá-
9 tiles y a otros, con oro. Y, a veces, se topaba por pura casua-
lidad con personas a las que no había visto jamás y les hacía
10 regalos increíbles. En los sacrificios públicos de las ciudades
y en los honores tributados a los dioses, eclipsó a todos los
11 monarcas anteriores, lo cual se puede comprobar en el templo
de Zeus Olímpico de Atenas y en las estatuas que están alre-
12 dedor del altar en Delos. Se bañaba en los baños públicos
cuando estaban repletos de gente vulgar, pero le llevaban vasijas
13 que contenían los perfumes más costosos. En una ocasión en
que uno le dijo: «Felices vosotros, los reyes, que empleáis estas
esencias y oléis así», él no contestó nada a aquel hombre, pero
al día siguiente se dirigió adonde él se bañaba e hizo que le
vertieran en la cabeza un frasco de un perfume carísimo, llama-
14 do estacte, de modo que todos los bañistas se levantaron
atropellándose y amontonándose hacia el perfume, que era vis-
coso y les hacía caer; la gente se mondaba de risa, lo mismo
que el propio rey. (ATENEO, V, 193d.)

---

[2] A unas elecciones. Los candidatos se revestían de togas blancas (*candidus*, en latín).

LIBRO XXVII

(FRAGMENTOS)

La guerra contra Perseo: operaciones en Beocia[1]

En esta ocasión se presenta- 1
ron, como enviados de parte de los tespios, Lases y Caleas, y, de parte de Neón, Ismenias. Lases 2
iba a entregar su propia patria a los romanos e Is-

---

[1] Roma había intentado, en lo político y en lo militar, aislar a los estados helenísticos, lo que fue funesto para algunos de ellos. Como ya hemos visto, para oponerse a Antíoco III, Roma apoyó a Filipo V, su antiguo enemigo, que así ahora permaneció fiel a Roma. Pero no olvidó las humillaciones anteriores, como la ayuda a Éumenes II. A la muerte de Filipo V en el año 179 a. C., Macedonia experimentaba un auténtico renacimiento; Perseo, su hijo y sucesor, si bien no rompió con Roma, intentó forzar el asedio político y militar a que ésta la había sometido. El atálida Éumenes II contribuyó a aumentar la tensión entre Roma y Macedonia; en el año 172 a. C., una embajada del atálida en Roma expone la verdadera situación, por lo que la guerra entre Roma y Perseo (171-168) es de gran importancia; por última vez en la historia del helenismo un estado helenístico, Macedonia, que étnicamente era un solo pueblo, se subleva contra Roma, esta vez no para disputarle un imperio, sino simplemente para echar al odioso ocupante que los humillaba desde hacía treinta años. Se luchó en tres frentes: contra los romanos, contra su lacayo Éumenes de Pérgamo y contra los dárdanos en el NO. Pero ni por tierra ni

menias, según un acuerdo unánime, a entregar todas
las ciudades beocias a la discreción de los legados ro-
3 manos. Y esto era lo más opuesto a las intenciones
de Quinto Marcio, muy partidario de hacer que los
beocios se rigieran por una asamblea autónoma en cada
4 ciudad. De ahí que recibiera, gustosa y afablemente, a
Lases, a los enviados de Queronea y de Lebadea y a otros
5 que habían acudido enviados por sus ciudades; a Is-
menias, en cambio, lo ridiculizó, lo dejó de lado y no
6 le hizo el menor caso. Algunos exiliados se conjuraron
contra Ismenias y por poco muere lapidado, si no se hu-
biera refugiado en el podio de los enviados de Roma.
7 En Tebas, en esta época, había revueltas y turbulen-
8 cias, ya que, mientras unos sostenían que se debía en-
tregar la ciudad a la lealtad romana, los ciudadanos de
Coronea y de Haliarto, que se habían refugiado allí,
tendían a que se controlara de algún modo la situación:
defendían que era indispensable continuar la alianza
9 con Perseo. Durante un cierto tiempo las opiniones en-
contradas se mantuvieron en equilibrio, pero, cuando
Olímpico de Coronea cambió de partido (fue el pri-
mero en hacerlo) y propuso la alianza con los romanos,
se dio un vuelco total: el pueblo mudó de opinión.
10 Como primera providencia, impusieron a Dícetas que
acudiera como emisario a Marcio para justificar ante

por mar alcanzó Perseo éxitos notables: por mar la flota romana y la jonia dominaban la situación. Pero tampoco los romanos alcanzaron éxitos decisivos, a pesar de la famosa marcha del cónsul Quinto Marcio Filipo a través de Tesalia y del Olimpo. Pero los romanos lograron, en el año 168 a. C., ventajas posicionales decisivas y Perseo se vio forzado a librar la batalla de Pidna, en la que, si bien al principio la falange macedonia pareció llevar la mejor parte, al fin los macedonios fueron aniquilados y Perseo cayó prisionero. La sumisión total del mundo griego a Roma se había consumado. Se puede decir que el año 168 a. C. y la batalla de Pidna representan un giro copernicano en la historia de Occidente.

él la alianza con Perseo. Luego echaron a Neón y a 11
Hipias[2], y los persiguieron hasta sus casas, exigiéndoles que explicaran su dirección política; eran ellos, en efecto, los que habían dispuesto la coalición con Perseo. Una vez expulsados Hipias y Neón, el pueblo se 12
constituyó en asamblea: en primer lugar, se decretaron honores y subsidios para Roma; después, se ordenó a los jefes que activaran la alianza, y, por último, se nombraron emisarios que entregaran la ciudad a los romanos y repatriaran los desterrados a sus ciudades de origen.

Todo esto era lo que ocurría en Tebas. En Calcis, **2**
los desterrados designaron a Pómpidas para que acusara a Ismenias, a Neón y a Dícetas. Los tres fueron con- 2
victos de error de manera irrefutable y, como los romanos se ponían del lado de los desterrados, Hipias llegó a estar en una situación desesperada, hasta el 3
extremo de que su vida corría peligro ante la excitación popular. Esto duró hasta que los romanos se preocuparon algo de su seguridad y reprimieron el furor de las turbas. Pero, al presentarse los tebanos con los 4
decretos y los honores ya conocidos, cada asunto se movió rápidamente en dirección contraria, puesto que las ciudades estaban situadas a muy poca distancia unas de otras. Marcio, desde luego, acogió a los teba- 5
nos, alabó a su ciudad y aconsejó repatriar a los exiliados a sus poblaciones de origen. Y ordenó que todas 6
las ciudades enviaran legados a Roma, a confiarse a la lealtad romana[3]. Todo le había salido según sus in- 7
tenciones (que eran dividir el pueblo beocio y eliminar los sentimientos de la mayoría a favor de la casa real macedonia); mandó regresar a Servio, que estaba en 8
Argos, lo dejó en Calcis y él acudió al Peloponeso.

[2] De este Hipias sabemos algo, cf. XXII 4, 12.

[3] A hacer una *deditio*, simplemente.

9 Al cabo de pocos días, Neón emigró a Macedonia. Ismenias y Dícetas fueron encarcelados, suicidándose al
10 cabo de poco[4]. El pueblo beocio, que, durante largo tiempo se había conservado fiel a su liga y que se había salvado de manera extraña y paradójica de muchos y diversos peligros, entonces, habiéndose abandonado a una excitación insensata y pueril al adherirse a la causa de Perseo, se disgregó y se dispersó según sus ciudades.
11 Aulo Atilio Serrano y Quinto Marcio Filipo, al llegar a la plaza de Argos, se reunieron con sus magistrados y solicitaron del general Arcón[5] que mandara mil soldados a Calcis como custodios de la ciudad hasta
12 que los romanos hubieran pasado. Arcón les atendió prestamente y los cónsules, que habían realizado todo esto en Grecia durante el invierno[6], se encontraron con Publio Cornelio Léntulo, con el que navegaron de regreso a Roma.

Los rodios apoyan a Roma

3 En la misma época, los legados Tiberio Claudio, Aulo Postumio [y Marco Junio,] recorrieron las islas y las ciudades de la zona costera de Asia [se quedaron un cierto tiempo en cada sitio, reco-
2 mendando siempre la alianza con los romanos, pero] en Rodas hicieron una estancia prolongada, por más que precisamente entonces los rodios no la necesitaran.
3 En efecto, Hagesíloco, que, a la sazón, era el prítanis,

[4] Walbank, «Polybius...», en *Polybe. Neuf exposées...*, págs. 10 y sigs., piensa que aquí, para Polibio, hay un caso concreto de sentimiento antirromano superficial y absurdo, pero quizás no lo sea tanto; no se puede excluir que, de modo más o menos directo, Polibio personalmente interviniera en todas estas acciones y negociaciones. Y ello debe ser desde ahora muy tenido en cuenta: de ahí en adelante Polibio habrá intervenido personalmente en muchas de las cosas que narra.

[5] Para los años 172/171; para Arcón cf. XXII 14, 1.

[6] En febrero del año 171 a. C.

hombre de los más prestigiosos, el que después de esto fue embajador en Roma, ya antes, cuando llegó a ser indudable la guerra de los romanos contra Perseo, entre otras cosas había aconsejado al pueblo que tomara partido por Roma y había sugerido a los rodios
que armaran cuarenta naves, para que, si llegase la 4
oportunidad en que se necesitaran, no debieran construirse entonces siguiendo una orden, sino que, dispuestos favorablemente, cumplieran al instante la exi-
gencia. Hagesíloco explicó todo esto a los romanos 5
y les mostró los preparativos. Luego despachó a los emisarios romanos, que felicitaron a la ciudad. Tiberio Claudio recibió la fidelidad de los rodios y regresó a Roma.

Perseo y Rodas

Perseo, después de la confe- **4**
rencia con los romanos[7] [envió a diversos pueblos de Grecia unas cartas con el mismo texto en cada una.] En esta carta incluía todas las cuestiones de derecho y los discursos que se habían
pronunciado por ambas partes: suponía que su supe- 2
rioridad legal aparecería incuestionable y, al propio tiempo, pretendía sonsacar el partido que tomaría
cada ciudad. Envió las cartas a las ciudades mediante 3
correos, pero a Rodas las remitió con los legados An-
tenor y Filipo[8]. Éstos, ya en su destino, entregaron las 4
cartas a los magistrados; al cabo de unos días asistieron a la asamblea y recomendaron a los rodios que, de momento, quedaran a la expectativa para ver qué
ocurriría: si los romanos, violando los pactos[9], atacaban 5

[7] La conferencia habida con Quinto Marcio Filipo, que tuvo lugar en Peneo en otoño del 172.

[8] Este Antenor fue el almirante que visitó Rodas un año más tarde (14, 1-2) y derrotó a Éumenes, pero que, al conocer la derrota de Pidna, entregó su flota a los romanos. De su compañero Filipo no sabemos nada.

[9] Cf. XVIII 42, 2 y 4.

y llegaban a las manos con Perseo y los macedonios,
6 los rodios debían intentar restablecer la paz; ello con-
venía a todos y a los rodios, encima, les sería de gran
7 honra. Cuanto más los rodios aspiran a la igualdad y
a la libertad de expresión, y se empeñan en ser los
paladines no ya de su propia independencia, sino de la
de todos los griegos, tanto más han de precaverse
contra la opción adversaria y resguardarse con todas
8 sus fuerzas [10]. Los emisarios de Perseo dijeron estas
9 cosas y otras por el estilo. Sus afirmaciones fueron
del agrado general, pero, obligados los rodios por el
favor que debían a Roma, venciendo además en ellos
el interés superior, aceptaron amistosamente otros con-
sejos de los legados, pero en su respuesta exigieron a
Perseo que no les pidiera cosa tal que les hiciera apa-
10 recer como opuestos a los designios romanos. Ante-
nor no admitió esta respuesta [que no encajaba con
sus demandas,] pero sí lo que restaba, la simpatía de
los rodios. Y navegó de regreso a Macedonia.

Perseo y Beocia

5 Perseo, informado de que al-
gunas plazas beocias se acogían
todavía a su favor, les envió como embajador a An-
2 tígono, hijo de Alejandro. Éste se presentó en Beocia:
no disponía de pretextos para intentar un contacto con
3 determinadas ciudades, pero visitó Coronea, Tisbe e,
incluso, Haliarto [11] para pedir a sus habitantes que se
4 mantuvieran firmes en su amistad con Macedonia. Es-
tas poblaciones aceptaron con interés lo que se les
decía y votaron enviar legados a Macedonia; Antígo-
no se fue por mar al encuentro del rey y le expuso la
5 situación en Beocia. Al cabo de poco llegaron los em-

[10] Una idea similar, en XVIII 23, 5.

[11] Coronea y Haliarto están en la ruta de Tebas a Lebadea (la actual Livadia). Tisbe está al S. del monte Helicón. Tisbe, Coronea y Haliarto ya están reunidas en el Catálogo homérico de las Naves (*Ilíada* II 502-503).

bajadores y pidieron refuerzos para las ciudades que
habían abrazado la causa de los macedonios: los te- 6
banos eran intolerantes, y les urgían y les agraviaban
porque ellos, los beocios, se negaban a ponerse de
acuerdo con Tebas declarándose a favor de Roma. Per- 7
seo los escuchó, manifestando que no podía en abso-
luto enviarles ayuda militar debido a la tregua vigen- 8
te[12]; en principio les dijo que debían rechazar a los
tebanos con todas sus fuerzas, pero no debían, en cam-
bio, hacer la guerra a los romanos, sino permanecer a
la expectativa.

Cuando sus enviados hubieron regresado de Asia, 6
los romanos, tras enterarse de la situación de Rodas
y de las ciudades restantes, convocaron a los emba-
jadores de Perseo. Hipias y Solón intentaron exponer 2
algo acerca de la situación general y conciliarse al
senado, pero dedicaron mucho más tiempo a justificar
su conjura contra Éumenes[13]. Concluida su apología, 3
el senado romano, que ya previamente, mucho antes,
había decidido la guerra, intimó a Hipias y a Solón
a que abandonaran la ciudad de Roma aquel mismo
día, y dieron la misma orden a todos los macedonios
que casualmente se encontraran allí; todos debían sa-
lir de Italia en un plazo máximo de treinta días. A con- 4
tinuación el senado convocó a los cónsules, les apremió
a que pusieran manos a la obra y a no desperdiciar
la oportunidad.

Lealtad de Rodas a Roma

Cayo Lucrecio Galo, cuando to- 7
davía estaba fondeado en Cefa-
lenia, remitió una carta a los
rodios pidiéndoles naves; el correo de tal correspon-
dencia fue un masajista llamado Sócrates. La carta 2
llegó a Roma cuando Estratocles era el prítanis del se-

[12] Cf. nota 7.
[13] Cf. XXII 18, 5.

3 gundo semestre[14]. Se abrió el consejo: Agatageto, Ro-
dofonte y Astimedes[15] y muchos otros eran del parecer
de enviar las naves y tomar parte ya en la guerra
4 desde el principio, sin alegar ninguna excusa. Pero Di-
nón y Poliárato[16], enemistados con los que entonces
se habían convertido en partidarios de los romanos,
escudándose en la figura del rey Éumenes, empezaron
5 a afear la opción de la mayoría. Pues, para empezar,
había habido en Rodas cierta inquina y algunas dife-
rencias con Éumenes con ocasión de la guerra de Far-
naces[17]. Éumenes había fondeado su flota en la boca
del Helesponto para impedir la navegación rumbo al
Ponto. Pero los rodios se opusieron a su plan y lo
6 impidieron. Luego, algún tiempo después, surgieron di-
ferencias con los licios[18] por ciertos territorios y forta-
lezas situadas en el límite de la Perea de los rodios[19],
dañadas continuamente por hombres a las órdenes de
7 Éumenes; todo ello hacía que prestaran fácilmente
8 oídos a lo que se dijera contra tal rey. Acogiéndose a
este pretexto, Dinón ridiculizaba la carta, afirmando
que no procedía de los romanos, sino de Éumenes,
que quería a cualquier precio embarcarles en aquella
guerra y colgar al pueblo penalidades y gastos que
9 eran absolutamente evitables. Como prueba de su afirma-

---

[14] En el calendario rodio el año comenzaba en octubre; por tanto, estamos a principios de la primavera del año 171 a. C.

[15] Los dos primeros formaban parte del partido prorromano; cf. XXVIII 2, 3; de Rodofonte se dice que era un perdido entregado a la bebida, cf. XXX 5, 4.

[16] Líderes del partido antirromano, XXIX 2, 27.

[17] Cf. XXIII 9, 1-3.

[18] Cf. XXII 5, 1-10. Sobre los orígenes de la disputa entre Rodas y Licia, los rodios hicieron tres guerras contra los carios y los licios (XXX 31, 4). La primera acabó el año 177, pero la decisión romana a favor de los licios produjo una nueva ruptura (XXV 5, 3).

[19] Cf. nota 31 del libro XVI.

ción aducían que la carta les había llegado por con-
ducto de un masajista; por un hombre así, los roma-
nos no acostumbraban a remitirlas, pues para dilucidar
asuntos como éste se sirven de legados brillantes ele-
gidos con sumo cuidado. Esto era lo que decían, aun- 10
que les constaba que la carta había sido redactada por
Lucrecio; su intención era mentalizar al pueblo de que
no hiciera nada voluntariamente a favor de los roma-
nos: debía mostrarse descontento en todo y dar ocasión
a malestares y a resentimientos. El propósito de Dinón 11
y de Poliárato era enajenar la tendencia prorromana
del pueblo y, en la medida de lo posible, fomentar en
él astutamente una simpatía con Perseo. He aquí los 12
motivos que habían hecho a estos hombres abrazar
la causa de Perseo: Poliárato era persona jactanciosa
e infatuada, que había empeñado toda su fortuna; Di-
nón, por el contrario, era avaro y atrevido, ansioso ya
desde siempre de prosperar apoyado en príncipes y en
reyes. El prítanis Estratocles se levantó y se les opuso; 13
habló largamente contra Perseo y a favor de los ro-
manos y movió al pueblo a ratificar el decreto sobre
el envío de las naves. Dispusieron al punto seis cua- 14
trirremes y despacharon cinco a Calcis, a las órdenes
del almirante Timágoras. Remitieron a Ténedos las
restantes, que comandaba [Nicágoras.] Éste en Té- 15
nedos no logró capturar a Diófanes, un enviado de Per-
seo a Antíoco, pero apresó la dotación de su nave.
Lucrecio acogió amistosamente a todos los aliados 16
que se le habían presentado por mar, pero los dispensó
de su colaboración, asegurándoles que su situación no
requería auxilios navales.

8 *Perseo ofrece la paz a los romanos*[20]

Después de la victoria de los macedonios[21], hubo una reunión del consejo de Perseo en la que algunos de sus consejeros señalaron que era de todo punto indispensable que el rey remitiera un legado al
2 general de los romanos, para aceptar, incluso en tales circunstancias, el pago del tributo a los romanos, el mismo que prometió su padre cuando fue derrotado[22],
3 y que evacuaría las mismas plazas. Si los romanos aceptaban estas condiciones, afirmaron que el final de la guerra sería honroso para el rey, después de su triunfo en la batalla campal; en adelante los romanos serían más precavidos, después de haber conocido la bravura de los macedonios, a los que ya no ordenarían
4 nada oneroso ni ilegal. Pero, si, después de lo ocurrido, los romanos no aceptaban por soberbia de ánimo, ello excitaría la cólera de la divinidad, y a él, por su mo-
5 deración, se le aliarían dioses y hombres. Éste era, pues, el parecer de la mayoría de sus consejeros. Perseo estuvo conforme y fueron remitidos sin dilaciones
6 Pantauco[23], hijo de Balacro, y Midón de Berea. Así que llegaron a él, el general Licinio reunió su consejo. Los legados le expusieron las instrucciones que tenían y los romanos requirieron de Pantauco y de sus compañeros que se retiraran, pues iban a deliberar acerca de
7 sus propuestas. Y el acuerdo unánime fue dar una
8 respuesta lo más severa posible. Entre los romanos, en efecto, es costumbre ya tradicional, después de las derrotas, mostrarse obstinados y duros, y muy mo-

---

[20] Año 171 a. C.

[21] En la batalla de Calicino, pero la narración polibiana se ha perdido; cf. nota 142 del libro XXI.

[22] Cf. XVIII 44, 7.

[23] Para Pantauco, cf. XXIX 3, 3. De Midón de Berea no sabemos nada.

derados, en cambio, cuando han alcanzado un éxito[24].
Todo el mundo comprenderá que esto es noble, pero 9
en algunos casos será lógico dudar de su viabilidad.
Lo cierto es que en aquella ocasión los romanos con- 10
testaron con la exigencia de que Perseo se entregara
incondicionalmente y de que resignara en el senado
romano la potestad de decidir a su arbitrio los asuntos
de Macedonia. Pantauco y sus colegas, oído esto, se 11
retiraron y lo comunicaron a Perseo y a sus asesores,
algunos de los cuales, estupefactos ante tamaña altivez, 12
se enfurecieron y recomendaron a Perseo que ni enviara
delegados ni tan siquiera comunicaciones referentes
a cualquier punto. Pero Perseo no era un hombre de 13
redaños: mandó muchas veces emisarios a Licinio,
ofreciendo cada vez una suma de dinero mayor. Pero 14
no logró nada: la mayoría de sus consejeros se lo
discutían y le echaban en cara que, tras vencer, se
comportaba como un vencido, como un completo derro-
tado, de manera que, desengañado de enviar mensa- 15
jes, se vio forzado a trasladar su campamento, insta-
lándolo de nuevo en Sicirio. Y esto fue lo que sucedió
aquí.

Comparación de Perseo con el púgil Aristónico

Cuando, después del triunfo **9**
macedonio, la noticia del choque
de las caballerías se propagó por
Grecia, fulgió como una centella
la inclinación de las masas a favor de Perseo, la cual
hasta entonces muchos habían ocultado. La disposi- 2
ción de estos hombres creo que se puede describir
así: lo ocurrido es semejante a lo que sucede en los
pugilatos. En éstos, siempre que a un boxeador ilustre 3
y que no ha probado la derrota, se le opone un rival
desconocido y mucho más flojo, la plebe otorga al ins-
tante su benevolencia al inferior y le anima y se pone

[24] La misma idea, en XVIII 37, 7.

4 de su lado en los asaltos; si logra conectar con el
rostro de su adversario y asestar en él un golpe que
deje huella, al instante se produce un combate general
5 en miniatura[25]. Llegan a tanto, que se burlan del otro
púgil, aunque ni le odien ni le desprecien. Pero han
simpatizado de manera extraña con el de complexión
6 más débil y le han ofrecido su simpatía. Si alguien
las entiende a su debido tiempo, las masas muy pron-
to cambian de parecer y corrigen al punto su error.
7 Algo así, cuentan, hizo Clitómaco[26]. Era un lucha-
dor invencible, y su fama se había esparcido por todo
el mundo. El rey Ptolomeo[27], explican, empeñado en
oscurecer su gloria, preparó con gran celo al púgil Aris-
tónico y lo envió, pues daba la impresión de tener una
8 complexión excelente para tal cometido. Este Aristó-
nico llegó a Grecia y se opuso a Clitómaco en las Olim-
píadas. Desde su principio, como era de esperar, la masa
se inclinó a favor suyo y lo aclamaba, satisfecha de
que dentro de unos instantes hubiera alguien que se
9 atreviera a luchar contra Clitómaco. El combate trans-
curría indeciso, pero en un momento Aristónico consi-
guió aplicar un golpe certero, lo que suscitó una gran
ovación y muchos lo jalearon todavía más, animán-
10 dolo y estimulándolo. Narran que, entonces, Clitómaco
se apartó un instante para cobrar aliento, se volvió
al público y le preguntó qué quería cuando aplaudía a
11 Aristónico y era partidario suyo a más no poder. ¿Aca-
so no sabían que él mismo combatía hábil y correcta-

[25] Aquí el texto griego está corrompido y se presta a interpretaciones. Aquí se da la de Büttner-Wobst (cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.); la idea parece ser que se producen discusiones entre el público.

[26] Clitómaco, hijo de Hermócrates de Tebas, fue el único griego que resultó vencedor en un solo día en lucha, pugilato y pancracio. La *Antología Palatina* le dedica un poema, IX 588.

[27] Ptolomeo V Epífanes.

mente? ¿O ignoraban que Clitómaco boxeaba por la
gloria de Grecia, pero Aristónico por la del rey Pto-
lomeo? ¿Acaso pretendían que en las Olimpíadas se 12
llevara la corona un egipcio tras derrotar a los grie-
gos, y no que un tebano o un beocio fueran procla-
mados vencedores en el pugilato? Habiendo dicho esto 13
Clitómaco, el cambio del público fue tal, cuentan, que
Aristónico se vio derrotado más por los espectadores
que por su mismo rival.

Algo parecido fue lo que le ocurrió a Perseo entre **10**
las turbas. Pues si alguien hubiera preguntado sin ta- 2
pujos si deseaban que una tal prepotencia recayera
sobre un solo hombre, si querían experimentar en sí
mismos qué es el poder monárquico exento en cual-
quier caso de rendir cuentas, supongo que, al ver de
qué se trataba, hubieran cantado la palinodia y se ha-
brían decantado hacia el lado opuesto. Si alguien les 3
hubiera recordado brevemente los daños que la casa
real macedonia había ocasionado a los griegos, y los
beneficios que el gobierno romano les había causado,
creo que los griegos hubieran cambiado al punto de
opinión. Pero entonces dieron vía libre a un impulso 4
primario e irreflexivo: la satisfacción de la masa ante
las noticias fue evidente. Se congratulaban por lo in-
esperado, porque al fin los romanos habían tropezado
con un rival a su altura. He querido tocar el tema 5
hasta tal punto para evitar que alguien ofenda a los
griegos tachándoles de ingratos por su parcialidad de
entonces, sin saber lo que es propio de la naturaleza de
los hombres.

El «cestros» *o* «cestrosphendone»

El llamado *cestros* fue una inven- **11**
ción que se vio por primera vez en la
guerra de Perseo. La forma del arti- 2
lugio era como sigue: tenía dos palmos de largo y el soporte
era de la misma longitud que el hierro que disparaba. Este 3

tenía ajustado un astil de madera de un palmo de largo, del
4 grosor de un dedo: en medio del dardo había tres clavijas fir-
5 memente implantadas y que no sobresalían demasiado. Las co-
rreas del perigallo desde las cuales se disparaba el proyectil no
medían lo mismo, y éste se insertaba en el arco de aquéllas
6 de modo que se soltara fácilmente. Así, cuando se volteaba el
artilugio, mientras las dos cuerdas permanecían tensas el proyec-
til quedaba inmóvil, pero cuando, al efectuar la descarga, se
7 soltaba un bramante, el tiro, expulsado por la cuerda, salía
como la pella de plomo salta de la honda. El impacto era muy
violento y, si daba en alguien, éste lo pasaba francamente mal.

Cotis, rey de Odrisia

12 Cotis[28] era de presencia digna y excepcionalmente hábil para empresas guerreras. También por el espíritu no parecía ser tracio[29], pues era sobrio y tenía la firmeza de carácter propia de un hombre noble. (SUIDAS.)

Egipto y Chipre[30]

13 Ptolomeo[31], el general egipcio de Chipre, no era en nada como
2 un egipcio, bien al revés, era juicioso y práctico. Ha-
biendo tomado a su cargo la isla cuando el rey era
todavía un niño, se dedicó a administrar con gran
cuidado los fondos y, sencillamente, ni dio nada a na-
die, aunque los funcionarios reales se lo pidieron mu-
chas veces; hablaban muy mal de él porque no soltaba
3 ni una moneda. Y cuando el rey llegó a la mayoría
de edad, Ptolomeo juntó una gran cantidad de dinero
4 y se la remitió; él y su consejo fueron felicitados
por sus economías anteriores, porque no había mal-
gastado nada.

[28] Cotis era hijo de Sentes, rey de Odrisia (cf. XXIII 8, 4), pero este nombre se repite mucho en la dinastía.

[29] Los tracios tenían fama de crueles y de traidores.

[30] Años 172/171 a. C.

[31] Este Ptolomeo es distinto de Ptolomeo, el hijo de Agesarco, gobernador de Chipre en 197 a. C. (XVIII 55, 6-9).

Perseo rescata sus prisioneros de Rodas[32]

Cuando Perseo se vio libre de la guerra contra los romanos, Antenor se presentó en Rodas de parte suya para tratar sobre el rescate de los prisioneros que navegaban con Diófanes. Y los gobernantes se vieron en un grave apuro para decidir lo que procedía hacer. En efecto, Filofrón y Teedeto rechazaban de plano cualquier contacto con Perseo, pero Dinón y Poliárato lo aprobaban. Y al final se llegó a un acuerdo acerca del rescate de aquellos cautivos. 14 2 3

Céfalo apoya contra su voluntad a Perseo[33]

Céfalo llegó desde el Epiro; anteriormente ya sostenía relaciones con la casa real de Macedonia, pero ahora las circunstancias le forzaron a tomar partido otra vez por Perseo. La causa de este cambio fue la siguiente: Cárope[34] era un epirota, hombre noble y honrado y amigo de los romanos; cuando Filipo dominaba los desfiladeros del Epiro, Cárope fue la causa de que el rey se viera forzado a dejar la región y de que Tito Flaminino dominara el Epiro y a los macedonios[35]. Cárope tenía un hijo llamado Mácatas, de quien nació otro Cárope. Murió Mácatas, y el abuelo Cárope mandó a su nieto de igual nombre, apenas un niño, a Roma, para que aprendiera a hablar y a escribir en latín. El muchacho, al cabo de un tiempo, regresó a su casa, habiendo conocido muchos personajes. Cárope, el abuelo, murió. Y el muchacho, de 15 2 3 4 5 6

[32] Años 171/170 a. C.

[33] Años 171/170 a. C. Céfalo era un moloso (XXX 7, 2) que sobrevivió a la batalla de Pidna, pero fue vencido en Tecmo por Lucio Anicio, y murió allí.

[34] Cf. XX 3, 1.

[35] En la primavera del 198 a. C., Filipo V mandó a su general Atenágoras a que ocupara los pasos de Antigonea; Filipo lo seguiría con el grueso del ejército. Pero la acción de Cárope frustró estos planes.

natural ambicioso y lleno de maldad, se tornó pre-
suntuoso y tuvo fricciones con personalidades impor-
7 tantes. Primero no se le hizo ningún caso; Antínoo
y Céfalo, que le aventajaban en edad y en el favor po-
pular, gobernaban el estado según sus propios princi-
8 pios. Al estallar la guerra de Perseo, el jovenzuelo
empezó al instante a calumniar ante los romanos a
los políticos citados: se aferraba al pretexto de la
relación anterior de estos hombres con la casa real ma-
9 cedonia. Y entonces lo espiaba todo e interpretaba tor-
cidamente todo lo que decían o hacían: quitaba deta-
lles y añadía otros. Y logró hacerles perder la confianza
10 de los ciudadanos. Céfalo, por lo demás hombre pru-
dente y tenaz, también entonces se decidió por la mejor
11 opción: empezó por suplicar a los dioses que no esta-
llara la guerra y que no se tomara ninguna decisión en
12 este sentido. Pero si la guerra llegaba, quería que se
hiciera justicia a los romanos según la alianza, que ésta
no se transgrediera innoblemente, pero que tampoco
13 hubiera una servidumbre más allá de lo debido. Pero,
al continuar Cárope con energía sus calumnias contra
él y achacar a su mala intención todo lo ocurrido con-
tra la voluntad de los romanos, inicialmente Céfalo
y los suyos lo despreciaron, inconscientes totalmente de
14 que pretendían algo desfavorable a los romanos. Pero,
cuando vieron que los etolios Hipóloco, Nicandro[36] y
Lócago, después del choque de las dos caballerías, eran
llevados arbitrariamente a Roma y que se daba crédito
a las calumnias que les lanzaban Licisco y sus parti-
darios, que habían fundado en Etolia un partido seme-
jante al de Cárope, recelaron acerca de su futuro y
15 pensaron en salvarse. Decidieron, en consecuencia, tan-

[36] Sobre Nicandro, cf. XX 10, 16. Los otros dos son práctica-mente desconocidos, aunque sobre Licurgo se sabe algo por Tito Livio (WALBANK, *Commentary*, ad loc.).

tearlo todo para no dejarse irreflexivamente deportar a
Roma por las acusaciones de Cárope. De manera que 16
fue así como Céfalo se vio obligado a abrazar la causa
de Perseo contra sus propias convicciones.

Complot epirota contra el cónsul Aulo Hostilio

Teódoto y Filóstrato cometieron **16**
una acción impía y manifiestamente ilegal. Pues, sabedores de
que el cónsul romano Aulo Hostilio estaba de paso en su ruta hacia Tesalia para reunirse
con su ejército, creyendo que si el romano era entregado 2
por ellos a Perseo se iban a ganar una gran confianza
de éste y que, de momento, infligirían un gran daño a
los romanos, escribieron repetidamente a Perseo que
acelerara su marcha[37]. El rey decidió avanzar y estable- 3
cer el contacto aquel mismo día, pero los molosos
habían hundido el puente sobre el río Aoo[38], lo que
frenó su empuje; primero se vio obligado a combatir
contra ellos. Y ocurrió que Aulo Hostilio, al llegar al 4
país de los fanoteos, se hospedó en la casa de Néstor
de Cropio, con lo que ofreció a sus enemigos, en perjuicio propio, una ocasión clarísima: si un destino favorable no la hubiera torcido hacia lo mejor, no creo
que el romano hubiera podido escapar. Pero Néstor, de 5
un modo más humano, adivinó el futuro y, aquel mismo día, hizo que el cónsul regresara de noche a Gítana[39]. Y, desviándose de la ruta a través del Epiro, el 6
romano se hizo a la mar, navegó hasta Antícira y, desde aquí, marchó hacia Tesalia.

Asia

Farnaces resultó el más impío **17**
de todos los reyes anteriores a él.

Átalo invernaba en Elatea; informado de que su **18**

[37] Hacia el Epiro.

[38] Actualmente se llama el río Viosa. Es un río macedonio, ya cerca del Epiro, que fluye paralelamente a la frontera.

[39] Gítana, población no lejana a la costa del Epiro, a la altura de la isla de Corcira.

hermano Éumenes estaba muy dolido y apesadumbrado porque los peloponesios, por un decreto común, le habían despojado de los honores más altos[40], pero que públicamente disimulaba este estado de ánimo,
2 resolvió enviar legados a algunos aqueos con el interés de restituir personalmente a su hermano no sólo los honores de las estatuas, sino también los de las ins-
3 cripciones. Y lo hizo convencido de que así le dispensaba un gran favor, pero, principalmente, de que con esta acción se mostraba fraternal y noble ante todos los griegos.

19 Antíoco[41], viendo ya sin lugar a dudas que en Alejandría se habían preparado para la guerra de Celesiria, envió a Meleagro[42] como emisario a Roma, dándole instrucciones de hablar al senado y declarar que Ptolomeo le atacaba contra todo derecho.

20 Sin duda en todas las cosas humanas debemos regular nuestras acciones según la oportunidad, que goza
2 de gran poder, principalmente, en la guerra. En efecto, el peso de ella hacia una de las partes es muy duro; descuidar esto es el más grave de los errores.

3 Parece que muchos hombres desean hacer lo que es bueno, pero que pocos se atreven a emprenderlo. Y muy pocos los que intentan cumplir totalmente con su deber en todos los aspectos.

---

[40] Años 170/169.

[41] Antíoco IV (cf. XXVI 1a).

[42] Cf. XXVIII, Meleagro estaba acompañado por Sosífanes y Heraclides.

LIBRO XXVIII

(FRAGMENTOS)

Embajadas en Roma de Antíoco y de Ptolomeo[1]

Había ya estallado la guerra 1
de Celesiria[2] entre los reyes Antíoco y Ptolomeo cuando llegaron a Roma Meleagro, Sosífanes y Heraclides[3], de parte del primero, y Timoteo y Damón, de parte del segundo. Antíoco dominaba la situación 2
en Celesiria[4] y Fenicia, porque, desde que Antíoco, el 3
padre[5] del rey del que ahora tratamos, venció a los generales de Ptolomeo en la batalla de Panio[6], las dos regiones citadas permanecían bajo el control de los reyes de Siria. Antíoco creía que lo adquirido en 4
la guerra era la posesión más gloriosa e indiscutible, de manera que prestaba una gran atención a ello, por considerarlo su propiedad particular; Ptolomeo, por 5
su parte, tenía por ilegal la asechanza de Antíoco el Viejo, que, durante su orfandad, le despojó de las ciu-

[1] Años 170/169.

[2] Antíoco IV Epífanes y Ptolomeo VI Filométor. Para el primero, cf. XXVI 1a, 1, y para el segundo, XVIII 13, 2.

[3] Cf. XXVII 19, 1.

[4] Cf. nota 6 del libro III.

[5] Antíoco III.

[6] Cf. XVI 18, 2.

dades de Celesiria que le pertenecían. Y era incapaz
6 de ceder al otro estas regiones. Por eso llegó Meleagro con instrucciones de testimoniar delante del senado que, contra toda justicia, Ptolomeo había atacado el pri-
7 mero, mientras que Timoteo comparecía para renovar el tratado de amistad, para concluir la guerra contra Perseo, pero principalmente para observar la audien-
8 cia concedida a Meleagro. Acerca de la paz no se atrevió a decir nada, porque Marco Emilio[7] ya había dado su consejo. Pero renovó el tratado de amistad con Roma y *recibió una respuesta acorde con sus solicitudes.*
9 Y regresó a Alejandría. El senado romano respondió a Meleagro y a sus colegas que recabaría de Quinto Marcio la confección de una carta dirigida a Ptolomeo, en la que se expresara lo que con toda lealtad el senado reputara preferible. Y así iban las cosas en aquel momento.

Una embajada rodia[8]

2 También entonces llegaron unos embajadores rodios, a finales ya del verano; eran Hagesíloco, Nicágoras y Nicandro[9],
2 que pretendían renovar el tratado de amistad con Roma, obtener un permiso de exportación de trigo y, al mismo tiempo, defender a su ciudad de las acusaciones
3 de que era objeto. Era evidentísimo que [en Rodas] disentían políticamente, por un lado, el partido de Agatageto, Filofrón, Rodofonte y Teedeto[10], que depositaba en los romanos todas sus esperanzas, y, por el otro, el partido de Dinón y Poliárato[11], respaldado

---

[7] Marco Emilio Lépido, cónsul en el año 187.

[8] Verano del año 169 a. C.

[9] Sobre Hagesíloco, cf. XXVII 3, 3; Nicágoras fue el padre de Panecio, filósofo estoico y maestro de Cicerón; Nicandro nos es desconocido.

[10] *Para Agatageto y Rodofonte, cf. XXVII 7, 3; para Teedeto* y Filofrón, cf. XXII 5, 2.

[11] Cf. XXVII 7, 4.

por Perseo y los macedonios. Hubo muchos debates y 4
las discusiones se prolongaban, lo que ofreció pre-
textos a los que querían desacreditar a la ciudad. El 5
senado romano, sin embargo, no tuvo en cuenta esta
situación, aunque sabía muy bien lo que allí pasaba.
Y concedió la exportación, desde Sicilia, de diez mil
medimnos de trigo. Esto fue lo que, particularmente, 6
el senado romano trató con los embajadores rodios;
a continuación convocó a los emisarios restantes, lle- 7
gados de todas partes de Grecia y que hacían deman-
das semejantes. Así estaban las cosas en Italia. 8

La guerra de Perseo: los romanos en Etolia, Acaya, Acarnania[12]

En este tiempo, Aulo Hostilio[13] 3
era procónsul; pasó el invierno
con sus tropas en Tesalia y envió
como legados a diversas partes
de Grecia a Cayo Popilio y a Cneo Octavio. Éstos, 2
primero, se dirigieron a Tebas, alabaron a los teba-
nos[14] y les recomendaron que perseveraran en su amis-
tad con Roma. A continuación fueron recorriendo las 3
ciudades del Peloponeso e intentaban demostrar a sus
habitantes la benignidad y humanidad del senado roma-
no. Aducían los decretos recientemente promulgados, 4
al tiempo que en sus parlamentos sugerían que cono-
cían a aquellos que en cada ciudad eran más remisos
de la cuenta[15], así como a los que se les oponían abier-
tamente. Y ponían muy claro a todo el mundo que les 5
enojaban no menos que sus adversarios declarados los
que andaban vacilando. Con todo ello inducían a las 6
masas a la duda y a la incertidumbre acerca de cómo
acertar, de palabra o de obra, en aquellas circunstan-

[12] Años 170/169 a. C.

[13] Sobre Aulo Hostilio Mancino, cf. XXVII 16, 2.

[14] Por su lealtad a Roma, cf. XXVII 5, 6.

[15] En declararse a favor de los romanos. Es, precisamente, lo que le ocurrió a Polibio tras la batalla de Pidna. Cf. vol. I, página 7.

7 cias. Se aseguraba que Cayo Popilio y sus colegas, cuando se reuniera la liga aquea, iban a presentar una acusación formal contra Licortas, Arcón y Polibio, que
8 demostrarían que eran hostiles al partido romano y que, si de momento permanecían sin hacer nada, no era porque su natural les moviera a ello, sino porque es-
9 peraban acontecimientos y acechaban su ocasión. Sin embargo, los legados romanos no se atrevieron a formular tales acusaciones, porque no disponían de pretextos razonables para proceder contra aquellos hom-
10 bres. De modo que cuando se reunió el consejo aqueo en Egio, los romanos dirigieron a los aqueos una alocución exhortatoria y de saludo, y regresaron por mar a Etolia.

4 Y aquí se reunió de nuevo la asamblea etolia en Termo: los legados romanos acudieron a ella y pronunciaron unos discursos exhortatorios y amistosos.
2 Pero, siendo ésta la razón principal de su llamada a la asamblea, añadieron que los etolios debían entregar-
3 les rehenes. Cuando los romanos bajaron de la tribuna, Proandro, levantándose, quiso mostrar algunos favores que él había hecho a los romanos y denunciar a
4 quienes le acusaban. Cayo Popilio se levantó de nuevo: sabía perfectamente que Proandro era enemigo de los romanos, y, sin embargo, lo elogió y se mostró confor-
5 me con sus afirmaciones. Tras él avanzó Licisco, que no acusó en concreto a nadie, pero hizo recaer sospe-
6 chas sobre muchos: afirmó, en efecto, refiriéndose a los cabecillas, que los romanos habían actuado atina-
7 damente al deportarles a Roma (aludía a Eupólemo y a Nicandro[16]), pero que sus colaboradores y compinches todavía andaban sueltos en Etolia cuando hubieran
8 debido correr la misma suerte que los otros, y ello sin

[16] Sobre Eupólemo, cf. XVIII 19, 11; sobre Nicandro, confrontar XXVII 15, 14.

perjuicio de que sus propios hijos viajaran a Roma en calidad de rehenes. Esta indirecta era contra Arquedamo y Pantaleón[17]. Retiróse Licisco y Pantaleón, le- 9
vantándose, insultó en pocas palabras a Licisco, diciéndole que lisonjeaba con descaro y vileza a los dueños de la situación, y arremetió también contra Toante, 10
porque suponía que era él quien había provisto de fiabilidad a estas acusaciones, ya que no estaba enemistado ni con Arquedamo ni con él mismo. Y evocó 11
entonces los tiempos de la guerra de Antíoco, reprochando a Toante su ingratitud, ya que cuando fue rehén de los romanos, él y Nicandro, que actuaban de embajadores, lo salvaron de manera inesperada. Y, al 12
instante, hizo un llamamiento al pueblo en el sentido de que no sólo abuchearan a Toante cuando intentara hablar, sino que lo apedrearan todos a una. Y los eto- 13
lios lo hicieron; Cayo Popilio les reprendió en pocas palabras por la lapidación de Toante y, con su colega, zarpó al punto hacia Acarnania sin mentar para nada a los rehenes; Etolia quedó llena de grandes alborotos y de sospechas de unos contra otros.

En Acarnania se reunió la asamblea en Tirreo. Es- 5
crión, Glauco y Cremas, partidarios de Roma, pidieron a Cayo Popilio que situara guarniciones romanas en Acarnania, pues no faltaban entre ellos quienes abo- 2
garan por Perseo y los macedonios. Diógenes, por su 3
parte, aconsejaba lo contrario: defendía que no se debía llevar ninguna guarnición romana a las ciudades, pues ello correspondía sólo a enemigos declarados y vencidos por los romanos mismos. Y los acarnanios no 4
habían hecho nada, en modo alguno, que les condenara a aceptar tropas de ocupación. Diógenes añadió 5
que Cremas, Glauco y sus secuaces querían constituir un gobierno propio y que, por eso, lanzaban acusacio-

[17] Líderes del partido antirromano, cf. XVII 21, 5 y XX 9, 2.

nes contra sus rivales políticos y querían arrancar de los romanos una guarnición que ayudara a sus ambi-
6 ciones. Esto fue lo que se dijo: Cayo Popilio comprendió que al pueblo le desagradaba lo de las guarniciones y que, además, quería explorar qué partido tomaba el senado romano, de modo que se mostró conforme con la opinión de Diógenes, la elogió y se marchó a Larisa, a encontrarse con el procónsul Aulo Hostilio.

6

Decisiones aqueas acerca de la guerra con Perseo y honores tributados a Éumenes[18]

Los griegos[19] pensaron que esta embajada romana requería
2 una consideración muy cuidadosa. Convocaron, pues, a los que en general simpatizaban con su política: eran Arcesilao y Aristón, de Megalópolis[20], Estratión, de Tritea[21], Jenón, de Patras, y Apolónidas, de Sición, quienes deliberaron acerca
3 del estado de cosas. Licortas permanecía aferrado a su plan inicial: creía que no debían apoyar en nada ni a los romanos ni a Perseo e, igualmente, no combatir-
4 les en absoluto. Juzgaba, en efecto, que una ayuda aquea sería perjudicial para todos los griegos por el enorme poder de que iba a disponer el bando vence-
5 dor, y que el oponerse [a los romanos] era inseguro, porque ya en tiempos anteriores, en asuntos de interés general, muchos y muy notorios hombres se les habían
6 opuesto. Apolónidas y Estratión no aprobaban que los griegos resistieran deliberadamente a los romanos, pero sostenían que era preciso oponerse noblemente, estorbándoles, a los que los zambullían hasta el cuello en

---

[18] Otoño del año 170 a. C.

[19] Büttner-Wobst apuntan, en el aparato crítico del texto griego, que «los griegos» son palabras del epitomador y que Polibio escribió: «Licortas y su partido».

[20] Cf. XXIX 25, 6.

[21] Cf. XXXII 3, 14-17 y XXXVIII 13, 4-5.

el peligro, marginando la salvación común para granjearse personalmente el favor de los romanos contra toda ley y todo interés griego. Arcón, por su parte, 7
postuló que se debían seguir los acontecimientos y no dar motivo de acusación al enemigo; no debían abandonarse a una situación paralela a la de Nicandro y sus partidarios, quienes, antes de probar el peso del poder romano, ya sufrían desgracias enormes. Del mis- 8
mo parecer eran Polibio, Arcesilao, Aristón y Jenón, por lo que allí se decidió que Arcón fuera el candidato 9
a general en jefe, y Polibio, comandante de la caballería [22].

Todo esto acababa de ocurrir, y Arcón decidió que 7
se debía colaborar con los romanos y con sus aliados, de manera que fue un puro azar que Átalo disertara ante unos hombres ya predispuestos. Ellos asintieron 2
con todo interés y prometieron su colaboración en lo que se les pedía. Átalo remitió unos legados que se 3
presentaron en la primera sesión y trataron con los aqueos de la restitución de los honores a Éumenes: solicitaban que se hiciera por el favor que Átalo les manifestaba. Resultaba difícil adivinar de qué opinión 4
era el pueblo a este respecto; muchos se levantaban

[22] O sea, propusieron a Polibio para la hiparquía. Sobre esta jefatura militar, cf. II 37, 10-11. Precisamente, Walbank señala que este momento en la vida de Polibio marca una inflexión en su actitud respecto a Roma. Licortas, padre de Polibio, propugnó una colaboración incondicional con Roma y hay que pensar que Polibio, en sus primeros años, sería del parecer de su padre, pero ahora, en el año 170, encontramos que Polibio ya no es partidario de seguir ciegamente los caminos de Roma, sino que se plantea en cada caso la cuestión previa de la oportunidad y la legalidad de tal colaboración. Es la actitud del hombre que asume responsabilidades en un momento crítico, y la indicación de que la actitud de Roma para con Grecia no era de una nitidez total. Cf. WALBANK, «Polybius...», en *Polybe. Neuf exposées...*, págs. 6-7.

para declararse en contra, y ello, por numerosos mo-
5 tivos. Los que desde el principio fueron responsables
de que se retiraran los honores quisieron reafirmar sus
tesis; otros, fundamentándose en acusaciones de tipo
personal, aprovecharon la ocasión para rechazar al rey;
algunos, finalmente, celosos de los colaboracionistas,
se empeñaban en que Átalo no lograra su objetivo.
6 Pero Arcón se levantó en apoyo de los emisarios, ya
7 que la situación requería el parecer del general. Habló
brevemente y dio un paso atrás, procurando no dar
la impresión de que formulaba tal consejo mirando
su ganancia personal, porque había gastado una canti-
8 dad considerable de dinero durante su cargo. El aprie-
to era grande cuando se levantó Polibio, quien pronun-
ció un discurso relativamente largo, en el que, sobre
todo, se puso de parte de la opinión de la masa, de-
mostrando que, en el decreto aqueo acerca de los
honores aprobado inicialmente, constaba que se debían
suprimir los honores indecorosos y los ilegales, pero
9 no todos los honores, ¡por Zeus! Alegó que los jueces
[rodios] Sosibio y Diopites, que estaban en ejercicio
en aquel entonces, tenían ciertas diferencias privadas
con Éumenes, que habían tomado como pretexto para
10 retirar los honores a rendir al rey. En esto no habían
respetado la voluntad de los aqueos y habían actuado
contra la potestad que se les había conferido, y lo más
11 grave, contra la justicia y el decoro. En realidad, los
aqueos habían decretado retirar los honores a Éumenes
no porque éste les hubiera ofendido, sino porque soli-
citaba más distinciones de las que le correspondían;
el conflicto se dio aquí y se votó retirarle las que so-
12 braban. «De modo que —concluyó—, de la misma ma-
nera que aquellos jueces pusieron unas rencillas par-
ticulares por delante del buen predicamento de los
13 aqueos y anularon todos los honores a Éumenes, no
de otra forma los aqueos han de juzgar que lo más

oportuno y decoroso para ellos es corregir la falta de aquellos jueces y su necio proceder contra Éumenes, principalmente cuando van a demostrar su agradecimiento no sólo al propio rey, sino, y aún en mayor
grado, a su hermano Átalo». El pueblo se mostró de 14
acuerdo con este discurso, y se promulgó un edicto ordenando a los magistrados restablecer todos los honores concedidos al rey Éumenes, salvo aquellos que contuvieran algo ilegal, o bien, ofensivo para la liga
aquea. Fue de esta manera como, por aquel entonces, 15
Átalo logró rectificar tal absurdo referente a los honores que se debían rendir a su hermano Éumenes en el Peloponeso.

Misión de Perseo al rey Gentio[23]

Perseo envió al rey Gentio[24] 8
a Pléurato de Iliria, un refugiado en su corte, y a Adeo de Berea
como embajadores, con instrucciones de exponerle sus 2
operaciones en la guerra contra romanos y dardanios, y lo que acababa de realizar contra epirotas e ilirios; debían recomendar a Gentio que se hiciera amigo y
aliado de los macedonios. Los legados hicieron la mar- 3
cha por el monte Escardo[25], a través de la llamada Iliria Desierta, que los macedonios, no mucho tiempo atrás, habían despoblado para dificultar a los darda-
nios sus incursiones contra Iliria [y Macedonia.] Adeo 4
y sus colegas recorrieron estos lugares con muchas penalidades, llegaron a Escodra y, al enterarse de que Gentio se encontraba en Liso[26], le enviaron recado.
Éste los convocó al punto, se reunieron y trataron de 5

[23] Años 170/69.

[24] Había sucedido a Pléurato II, quizás en el año 181 a. C., y es el primero que gobierna Iliria a título de rey.

[25] Es el monte denominado actualmente Sar Planina, la última estribación oriental del río Drin Negro, en Iliria y S. de Yugoeslavia.

[26] Sobre su situación, cf. VIII 13, 1.

las instrucciones que traían consigo los enviados de
6 Perseo. Gentio no parecía desinteresado ante una amistad con Perseo, pero alegó que no podía acceder inmediatamente a aquellas pretensiones, porque no estaba aprovisionado y, sin dinero, no podía entablar una
7 guerra contra los romanos. Adeo y su séquito recibieron
8 esta respuesta y se retiraron. Perseo compareció en Estíberra[27], donde vendió el botín e hizo descansar a sus tropas mientras esperaba a Pléurato y a Adeo.
9 Tras regresar éstos, se informó de la respuesta de Gentio y reexpidió a Adeo, ahora acompañado de Glaucias, miembro de su guardia personal, y de un tercer hombre, ilirio[28], debido a que sabía la lengua de Iliria,
10 con las mismas instrucciones que antes, como si Gentio no hubiese aclarado suficientemente lo que necesitaba y en qué circunstancias podía acceder a lo que se le
11 pedía. Y, tras la partida de éstos, él mismo levantó el campo y emprendió una marcha hacia Hiscana[29].

9 Los emisarios llegaron por aquel entonces a la residencia de Gentio, sin que aportaran más que la otra vez
2 ni recibieran otra respuesta, porque Gentio seguía firme en su decisión: estaba dispuesto a coaligarse con Perseo en aquella empresa, pero sostenía que necesitaba
3 fondos. Perseo, que lo escuchó por segunda vez, le envió a Hipias a darle seguridades acerca de los acuerdos, pero sin mencionar a las claras lo principal: decía Perseo [que, después del final feliz de la empresa,]
4 se congraciaría con Gentio, de manera que se puede dudar si debemos llamar a esto necedad o una obcecación enviada por los dioses. Creo que, más bien, este nombre y no el otro cuadra a hombres que anhelan

[27] Plaza muy al N. de Macedonia, en el país de los deuríopes.
[28] Era Pléurato.
[29] Sobre Hiscana, cf. VIII 14b.

realizar grandes empresas, que exponen su vida a cualquier peligro, pero que descuidan lo importante en sus empresas: lo conocen y pueden hacerlo *** [30] pues si, 5
en aquella ocasión, Perseo hubiera querido soltar dinero, tanto públicamente para las ciudades como privadamente para los reyes y políticos, y no me refiero ya a grandes sumas, sino a cantidades moderadas, se hubiera granjeado la estima de los griegos y la de los reyes, si no la de todos, sí de la mayoría. Me parece 6
que nadie que esté en sus cabales me discutirá esta afirmación. Como fuera, en buena hora [31] Perseo no 7
siguió este camino, pues si hubiera vencido, hubiera obtenido un poder soberbio, y si, por el contrario, lo hubieran derrotado, habría arrastrado a muchos a sufrir el mismo destino que él; siguió el camino opues- 8
to, debido a lo cual muy pocos griegos erraron en sus cálculos cuando llegó el tiempo de la acción.

Derrota de Perseo [32]

Cuando los romanos entraron **10**
en Macedonia e infligieron a Perseo una derrota decisiva [33], éste echó las culpas a Hipias [34]. Creo, sin embargo, que reprochar a los demás 2
y ver los errores del vecino es cosa fácil; muy difícil resulta, en cambio, limitarnos a hacer lo posible y reconocer nuestra propia situación. Esto último es lo que no hizo Perseo.

---

[30] Büttner-Wobst señalan aquí una laguna sin proponer ninguna restitución, pero advierten que el epitomador omitió en este lugar algo de las relaciones entre Filipo y Alejandro.

[31] El texto griego pone «en mala hora», pero, desde el editor Casaubon, todos los posteriores lo han enmendado en el sentido de la traducción: «buena hora», desde el punto de vista de los estados griegos, que, de lo contrario, se hubieran visto afectados por grandes calamidades.

[32] Verano del año 169.

[33] En la batalla de Pidna.

[34] Hipias de Berea, cf. XXVII 6, 2.

11 La ciudad de Heracleo[35] fue tomada de una manera peculiar. En cierta parte había un lienzo corto de muro muy bajo: los romanos escogieron tres manípulos y atacaron la plaza por aque-
2 lla parte de la muralla. Los soldados de la primera unidad se protegieron las cabezas con sus escudos y cerraron filas, de modo que la densidad de los escudos hizo que aquello pareciera un techo de cerámica. Luego los dos manípulos restantes ***
3 caparazón de cerámica: es una ordenación táctica que adoptaban los romanos a modo de juego. (SUIDAS.)

Polibio embajador ante el cónsul Quinto Marcio[36]

12 En el tiempo en que se decía que Perseo iba a penetrar con su ejército en Tesalia, cuando todo el mundo esperaba un choque decisivo, Arcón resolvió defender otra vez, mediante una acción positiva, a los aqueos de calumnias y sospechas.
2 Publicó un edicto, según el cual los aqueos debían realizar una marcha con todos sus efectivos militares hacia Tesalia para colaborar, en todo y sin reservas, con
3 los romanos. Entró el decreto en vigor y los aqueos ordenaron que Arcón procediera al alistamiento del ejército y a los preparativos de la marcha. Decidieron, además, mandar al cónsul romano, que se encontraba en Tesalia, una misión que le expusiera los decretos de los aqueos y que se informara acerca de dónde y cuándo las tropas aqueas debían reunirse con las legiones.
4 Nombraron al punto embajador a Polibio y a otros; a Polibio le encargaron encarecidamente, en el caso de que el general romano aprobara la presencia de las tropas aqueas, que aquel mismo día despachara a sus colegas como emisarios para presentar los acuerdos,
5 no fuera que llegaran demasiado tarde, pero que él se ocupara de que todo el ejército aqueo dispusiera

---

[35] Heracleo estaba en el golfo Termaico, en la desembocadura del río Apila.

[36] Verano del año 169 a. C.

de mercados en las ciudades de su recorrido, de manera
que los soldados no se encontraran sin avituallamien-
to. Éstas eran las instrucciones con que partieron los 6
hombres citados; se remitieron también legados a Áta- 7
lo y a Telócrito para que les trasladaran el decreto
de restitución de honores a Éumenes. En aquella mis- 8
ma época los aqueos supieron que se habían celebrado
en honor del rey Ptolomeo los festivales llamados de
proclamación, que se dan cuando los reyes llegan a
la mayoría de edad; pensaron que les convenía dar
realce a lo festejado y votaron despachar emisarios
que renovaran la amistad ya antigua con aquel linaje
y con aquella monarquía; nombraron para ello a Álcito
y a Pasíadas.

Polibio se encontró con que los romanos habían **13**
salido de Tesalia y que habían acampado en Perrebia,
entre Azorio y Dólice[37]. De momento renunció a reunir- 2
se con su general, debido a las circunstancias que le
rodeaban, pero tomó parte en todos los combates que
ocasionó la penetración romana en Macedonia. Cuan- 3
do el ejército estuvo ya en las proximidades de He-
racleo, Polibio creyó que había llegado la hora de la
entrevista, porque parecía que el general romano ha-
bía realizado ya la mayor parte de su cometido. Buscó, 4
pues, una oportunidad, entregó a Quinto Marcio el de-
creto aqueo y le expuso la intención aquea de que ellos
deseaban participar con todos sus efectivos militares
en los combates y riesgos de los romanos. Además ex-
plicó que todo lo que los romanos escribieran o man-
daran a los aqueos, durante la guerra presente, para
ellos sería indiscutible. Quinto Marcio recibió con gran- 5
des muestras de agradecimiento la propuesta de los
aqueos, pero les ahorró gastos y penalidades, porque

[37] Azorio: plaza al N. de Perrebia, a orillas del río Europos; la situación de Dólice nos es desconocida.

de momento no precisaba de la ayuda de los aliados.
6 Los otros legados regresaron a Acaya, mas Polibio se quedó e intervino en lo que entonces se llevaba a
7 cabo, hasta que Marcio, informado de que Apio Centón[38] había solicitado de los aqueos que le enviaran cinco mil soldados al Epiro, lo mandó junto a él con la orden de vigilar que no se enviasen los soldados y que los aqueos no cargaran con un gasto verdaderamente inútil, pues no había en absoluto nada que justificara la demanda de soldados por parte de Apio
8 Centón. Es difícil adivinar si hizo esto preocupado realmente por los aqueos o si quería inmovilizar a
9 Centón. Como sea, Polibio se retiró al Peloponeso cuando ya había recibido las cartas referentes al Epiro. Muy poco después se reunió en Sición la asamblea de los aqueos y él se vio ante un problema considerable,
10 pues al abrir la sesión con el tema de las tropas solicitadas por Apio Centón, no creyó nada oportuno exponer a la luz lo que Quinto Marcio privadamente le ordenara vigilar y, por otro lado, era muy inseguro oponerse a las claras a esta ayuda, si no se disponía
11 de ningún motivo. La cuestión era difícil y presentaba muchos recovecos, por lo que Polibio echó mano de un decreto que disponía no atender ningún escrito de los generales romanos, si no venía refrendado por
12 una resolución senatorial. Y aquel escrito no tenía nin-
13 gún refrendo. Polibio logró que el tema fuera traspasado al cónsul, para que éste librara a los aqueos de aquel dispendio, que sobrepasaba la suma de ciento
14 veinte talentos pequeños[39]. Pero con eso dio ocasión

[38] Fue legado en Tesalia en el 173 a. C., y en Iliria en el 170, pero fue derrotado y murió en Fanotea, en el N. del Epiro, en una escaramuza habida con invasores ilirios.

[39] Aquí hay un difícil problema de traducción, porque el sentido de *megála* referido a los talentos (moneda) es inseguro. Puede haberse tratado del «talento menor» (a pesar de su de-

a los que querían acusarle ante Quinto Apio, ya que le frustró el plan acerca de aquella ayuda.

Creta: situación de Cidonia[40]

14 En aquel tiempo los cidoniatas cometieron algo terrible y claramente ilegal. 2 Aunque cosas por el estilo, en Creta, ocurrían frecuentemente[41], lo de entonces creo que se salió de lo habitual. 3 Los cidoniatas tenían con los de Apolonia no sólo un pacto de amistad, sino también de doble ciudadanía y de participación en todo lo que los hombres consideran justo; este pacto constaba por escrito en el templo de Zeus Ideo[42]. 4 Pues bien, los cidoniatas lo infringieron, tomaron la ciudad de Apolonia, asesinaron a los hombres, robaron los bienes que encontraron, retuvieron a las mujeres y a los niños, y se repartieron las tierras de cultivo.

15 En Creta los cidoniatas temían a los de Gortina porque en el año anterior corrieron el riesgo inminente de perder la ciudad, cuando Notócrates se propuso conquistarla. De ahí que enviaran legados a Éumenes solicitándole una alianza. 2 Éumenes les envió, con todo interés, al general Leonte al mando de trescientos hombres. 3 Y, cuando llegaron, los cidoniatas entregaron a Leonte las llaves de las puertas y le confiaron totalmente la ciudad.

---

nominación) que valía seis mil denarios, por oposición al talento que valía seis mil dracmas (el llamado «talento duro»). El detalle es muy complicado, pues el peso exacto del talento variaba de región en región. En Homero los talentos son pequeñas piezas de oro; por lo demás, el talento amonedado era de cobre o de bronce.

[40] Años 170/169. Sobre Cidonia, véase IV 55, 4, y para la disputa entre Cidonia y Falasarna en el año 184, cf. XXII 15, 3.

[41] Creta tenía mala fama en la antigüedad, y Polibio no la veía con ojos distintos, cf. IV 53, 5.

[42] En la famosa gruta al pie del monte Ida, que se puede visitar todavía hoy, en la que el niño Zeus Curetes fue alimentado por animales y protegido contra su padre Crono.

16 *La situación en Rodas*[43] En Rodas los antagonismos políticos[44] se agudizaban cada vez
2 más. Pues, habiéndose recibido el decreto del senado romano en el que se mandaba no atender los preceptos de los generales, sino las órdenes emanadas del propio senado, la mayoría aceptó esta providencia senatorial. Pero Filofrón y Teede-
3 to[45] la cogieron como pretexto para conseguir sus propósitos: sostenían que se debían enviar legados al senado, al cónsul Quinto Marcio y a Cayo Fígulo, el co-
4 mandante naval: pues por aquel entonces se conocían ya todos los magistrados nombrados en Roma que iban
5 a dirigirse a los países griegos. Esta propuesta fue recibida con una ovación y, aunque se levantaron algunas voces en contra, a principios de verano se enviaron a Roma a Hagesíloco, Hagesias, Nicágoras y Nicandro, al cónsul y al jefe naval, Hagépolis, Aristón y Pasícra-
6 tes, con las órdenes de renovar la amistad con los romanos y defender a la ciudad de las acusaciones
7 formuladas por algunos contra ella; Hagesíloco debía negociar, además de lo dicho, una licencia para exportar trigo.

8 *Digresión acerca del método expositivo de Polibio* En la sección dedicada a Italia ya expusimos los discursos de estos legados al senado, las respuestas dadas por éste y todas
9 las pruebas de amistad que los rodios recibieron. Por lo que toca a nuestro método, es útil el aviso que procuramos dar con frecuencia: muchas veces nos vemos obligados a referir previamente fuera de lugar los parlamentos habidos por los emisarios y las respuestas
10 que éstos han recibido, antes de exponer cómo se ha

[43] Años 170/169.
[44] Cf. XXIX 10, 2.
[45] Cf. XXII 5, 2.

decretado el envío de la legación. Ocurre que describimos por años lo que es paralelo en el tiempo, de modo que intentamos resumir globalmente lo que en cada nación se ha hecho cada año. Se ve claro, pues, que esto ocurre inevitablemente en nuestra narración.

Prosigue el tema de la embajada rodia

Hagépolis y sus acompañantes 17
llegaron donde estaba Quinto Marcio, que había acampado junto a Heracleo, y le expusieron las instrucciones que
llevaban. Quinto Marcio los escuchó y les replicó que 2
no sólo no hacía el menor caso de tales acusaciones, sino que encima les rogaba que no prestaran oídos a nadie que se atreviera a decir algo contra los romanos,
y añadió muchas razones de tipo humanitario. En los 3
mismos términos escribió al pueblo de Rodas. Hagé- 4
polis quedó muy bien impresionado de su entrevista con Quinto Marcio, y éste lo cogió aparte y le manifestó que le extrañaba que los rodios no hubieran intentado acabar la guerra [46], cuando esto les interesaba a ellos
más que a nadie. Si Quinto Marcio hizo esto recelando 5
de Antíoco, que si se apoderaba entonces de Alejandría iba a resultar un enemigo incómodo para los ro-
manos (la guerra contra Perseo había ya empezado, 6
y se iniciaba la de Celesiria) [47], o bien si, no conside- 7
rando todavía decidida la guerra contra Perseo y ha-
biendo entrado las legiones en Macedonia, cuando 8
tenían los romanos buenas perspectivas para su desenlace, quiso estimular a los rodios a mediar en el conflicto y, al hacerlo, proporcionar a los romanos motivos razonables para decidir lo que les pareciera útil, ello
no es fácil de determinar, pero creo más bien lo se- 9

[46] No se ve claro si es la guerra entre Perseo y Roma, o la guerra entre Antíoco IV y Ptolomeo VI, pero parece, más bien, que se trata de la segunda.

[47] Esta guerra estalló en marzo del año 169 a. C.

gundo, según deja entrever lo que poco después ocu-
10 rrió a los rodios[48]. Hagépolis y sus compañeros desde
allí fueron al encuentro de Cayo Marcio, donde encon-
traron unas señales de amistad más exageradas todavía
que las que encontraran en Quinto Marcio. Y regresa-
11 ron al punto a Rodas. Rindieron cuenta de sus misiones;
la amistad de los discursos y lo favorable de las res-
puestas de ambos generales rayaron a la misma altura.
Los rodios levantaron cabeza y se llenaron de espe-
12 ranzas vanas, aunque no del mismo modo. En efecto,
los hombres prudentes se alegraban mucho de la amis-
tad evidenciada por los romanos, pero los agitadores
y los malvados echaban sus cuentas: aquel exceso de
amabilidades era señal de que los romanos temían
una revuelta y de que las cosas no les marchaban se-
13 gún sus cálculos. Y cuando Hagépolis explicó a algunos
amigos las instrucciones que Quinto Marcio le diera
privadamente, de que en el senado rodio aludiera al
14 restablecimiento de la paz, entonces Dinón pensó ya
con seguridad que los romanos pasaban grandes difi-
15 cultades. Los rodios enviaron legados a Alejandría
para poner fin a la guerra existente entre Antíoco y
Ptolomeo.

La guerra entre Antíoco IV y Ptolomeo VI Filométor[49]

18 El rey Antíoco era activo y
demostró que merecía el nombre
de rey, excepto en la estratage-
ma que usó en Pelusio.
19 Cuando Antíoco ocupó Egipto,
Comano y Cineas, que celebraban una reunión con el
rey, decidieron constituir un consejo compuesto por
los generales más brillantes; este consejo deliberaría
2 acerca de la situación. Y, en primer lugar, se decidió

---

[48] Lo que ocurrió es que Roma estuvo a punto de declararles la guerra por su ambigua actitud entre Perseo y ella misma.

[49] Es la llamada sexta guerra siria (170-168).

enviar a los forasteros griegos que se encontraban en
el país como embajadores a Antíoco, a tratar con él
de un armisticio. La asamblea general de los aqueos 3
había despachado dos legaciones: una, para renovar el
tratado de amistad, compuesta por Álcito de Egio, hijo
de Jenofonte, y Pasíadas; otra, para tratar del festival
en honor de Antígono. Había también una legación ate- 4
niense, acerca de una donación, al frente de la cual 5
iba Demárato, y dos misiones sagradas también ate-
nienses: una, referente a las Panateneas, presidida por
el pancraciasta Calias, y otra que iba a tratar de los
misterios, cuyo portavoz y negociador era Cleóstrato.
Estaban allí, de Mileto, Eudemo e Icesio; de Clazóme- 6
nas, Apolónides y Apolonio. El rey [Ptolomeo] mandó 7
también a Tlepólemo y al orador Ptolomeo como en-
viados. Éstos navegaron río arriba hasta encontrarse 8
con Antíoco.

20 Por aquel entonces, cuando Antíoco ocupó Egipto,
llegaron de Grecia los legados remitidos a negociar el
fin de la guerra. Antíoco acogió a aquellos hombres 2
amistosamente y la primera recepción que les organizó
fue muy fastuosa; al día siguiente les concedió au- 3
diencia y les pidió que hablaran según sus instruc-
ciones. Los primeros en hablar fueron los legados 4
aqueos; a continuación, Demárato, el jefe de la dele-
gación de Atenas; finalmente, Eudemo de Mileto. Co- 5
moquiera que todos hablaron del mismo tema y desde
una misma perspectiva, resultó que los discursos fue-
ron muy parecidos entre sí. La culpa de lo sucedido, 6
se la endosaron todos a Euleo; aducían su parentesco[50]
y la juventud de Ptolomeo, con lo que atizaban el furor
del rey. Antíoco aceptó íntegramente aquellas alegacio- 7
nes y, confirmando aquella perspectiva, empezó a di-
sertar sobre sus derechos desde sus raíces: intentaba

[50] Ptolomeo VI era sobrino de Antíoco IV.

mostrar que la posesión de Celesiria correspondía a
8 los reyes de Siria[51]. Daba gran importancia a las con-
quistas de Antígono, el primero que retuvo el imperio
de Siria, y aducía las concesiones hechas a Seleuco
por los reyes macedonios una vez muerto Antígono.
9 Apoyándose en todo esto, sostenía que su padre An-
tíoco poseía lícitamente lo conquistado en la última
10 guerra[52] y, finalmente, negaba el acuerdo que afirma-
ban se había celebrado en Alejandría entre Ptolomeo,
recientemente fallecido, y Antíoco, su padre, pacto se-
gún el cual este Ptolomeo debía retener Celesiria en
calidad de dote cuando se casó con Cleopatra, madre
11 del rey actual. Después de haber argumentado con tan-
tas razones, cuando se hubo convencido no sólo a sí
mismo, sino también a todos los presentes de que
12 disertaba atinadamente, zarpó hacia Náucratis. Tam-
bién aquí trató humanamente a la población: a los
griegos que vivían allí les obsequió con un estater de
13 oro, y avanzó hacia Alejandría. A los legados, prometió
darles una respuesta cuando Arístides y Teris fueran a
14 encontrarle de regreso, porque, explicó, los había en-
viado a la corte de Ptolomeo; pretendía que los emba-
jadores de Grecia fueran testigos y refrendarios de
todo.

21 El eunuco Euleo convenció a Ptolomeo[53] de que
recogiera el dinero, abandonara el reino al enemigo y
2 se retirara a Samotracia. Si se considera esto, ¿quién
no estará de acuerdo en que las malas amistades co-
3 rrompen a los hombres? Pues sin estar en peligro in-
minente, y tan lejos todavía del enemigo, no se lanzó
a hacer nada oportuno, principalmente cuando tenía

---

[51] Cf. V 67, 6-10.

[52] La quinta guerra siria, 202/200 a. C., entre Antíoco III y Filipo V.

[53] Ptolomeo VI.

para ello espléndidos motivos y era señor de tantos lugares y hombres, sino que desde allí se retiró de un reino muy ilustre y feliz; ¿quién no diría que ello es propio de un alma afeminada y totalmente corrom-
pida? Si todo le hubiera ocurrido a Ptolomeo por na- 4
turaleza, deberíamos reprochar a ésta y no echar las
culpas a ninguna causa exterior, pero, puesto que en 5
las acciones posteriores la naturaleza dio razón de sí misma, demostrando que Ptolomeo fue un hombre firme y noble en medio de los peligros, es lógico y se cae de su peso que la causa de aquella retirada hacia Samotracia, de la cobardía que entonces le asaltó, debe retrotraerse al eunuco, a la familiaridad del rey con él.

Antíoco, después de levantar el cerco de Alejandría, **22**
envió legados a Roma; éstos eran Meleagro, Sosífanes y 2
Heraclides. Había juntado ciento cincuenta talentos,
cincuenta para un donativo a los romanos, y el dinero 3
restante, para algunos obsequios a las ciudades griegas.

En aquellos mismos días navegaron desde Rodas **23**
unos embajadores a Alejandría para negociar el fin de la guerra; al frente de la legación estaba Praxón; llegaron casi inmediatamente al campamento de An-
tíoco. Se celebró la entrevista y en ella hubo muchos 2
discursos; los legados aducían la amistad de su patria con ambos reinos, los lazos de familia que unían a ambos reyes y cómo convenía a ambos llegar al fin de
la guerra. Ptolomeo interrumpió al legado que todavía 3
hablaba y dijo que no necesitaba ningún discurso prolijo, pues el reino pertenecía a Ptolomeo el Viejo.
Con éste había hecho las paces hacía mucho, y eran 4
amigos; ahora, si los alejandrinos querían llamarlo de su destierro y pretendían recibirlo, Antíoco no lo iba
a impedir. Y así fue. 5

LIBRO XXIX

(FRAGMENTOS)

Italia: discurso de un embajador; Cayo Popilio enviado a Egipto[1]

1 Dijo que ellos, tanto en sus reuniones como en las conversaciones mantenidas en los paseos, sólo se ocupaban de una cosa en Roma; de dirigir la guerra de
2 Macedonia, ya discutiendo las operaciones de los generales ya recorriendo sus fallos. De esto, señaló, no se origina ningún bien para el interés público y, con frecuencia, ha surgido un perjuicio en muchas cosas: a veces a los magistrados les sobrevienen cantidad de inconvenientes por esta charlatanería tan fuera de lu-
3 gar. Cualquier calumnia es afilada y provocativa, siempre que la mente del pueblo resulte infectada por ella a causa de una charla insistente, y los magistrados son presa fácil del desprecio del enemigo.

2 El senado romano, informado de que Antíoco se había apoderado de Egipto y de que estaba ya cerca
2 de Alejandría, pensando que este incremento de fuerza
3 del rey citado le afectaba de algún modo, nombró legado a Cayo Popilio para que pusiera fin a la guerra y, de modo más general, examinara la situación precisa de aquel momento. Así estaban las cosas en Italia.

[1] Años 169/168 a. C.

La guerra de Perseo

Antes del invierno estaba de re- 3
torno Hipias, el enviado de Per-
seo a Gentio a tratar de una alianza. Expuso que el rey 2
se prestaba a entrar en guerra contra los romanos,
si se le abonaban trescientos talentos y se le ofrecían
garantías suficientes acerca de la situación general. Sa- 3
bedor de esto, Perseo, que juzgaba imprescindible la
colaboración de Gentio, eligió a Pantauco[2], uno de sus
amigos más íntimos, y le envió con instrucciones, pri-
mero, de que le transmitiera su conformidad acerca
del dinero, y prestara y recibiera los juramentos de 4
la alianza, y, además, de que debía entregar inmedia-
tamente rehenes escogidos por el mismo Pantauco,
mientras que Gentio recibiría de él los que le comu-
nicara por escrito; finalmente debía concretar con
Gentio la transferencia de los trescientos talentos. Pan- 5
tauco se puso en camino inmediatamente y se presen-
tó en Meteón, en la Labeátide[3], donde se entrevistó
con Gentio y, pronto, inclinó al muchacho a compar-
tir los ideales de Perseo. Se prestaron los juramentos 6
de alianza, se pusieron por escrito y Gentio remitió al
punto los rehenes inscritos por Pantauco y, con ellos,
a Olimpión, que recibiría los juramentos y los rehenes
de Perseo; envió a unos terceros que atenderían el
asunto del dinero. Pantauco, pues, convenció a Gentio 7
de todo lo apuntado y, además, de que despachara
legados también a Rodas, quienes, junto con los re-
mitidos por Perseo, trataran de una alianza común.
Pues si esto se lograba, si los rodios intervenían en 8
aquella guerra, demostró Pantauco que los romanos
iban a ser unos rivales fáciles. También aquí Gentio se 9

---

[2] Cf. XXVII 8, 5.

[3] La Labeátide es un pequeño territorio en la actual Albania, situado al N. y al O. del lago Scodra. Sus habitantes son, seguramente, los labiates citados en XXX 10, 1-2.

dejó persuadir por estas recomendaciones: nombró a
Parmenión y a Morco y los envió con instrucciones de
que, una vez tomados los juramentos y los rehenes de
Perseo y precisado el acuerdo del dinero, navegaran
a Rodas en calidad de embajadores.

4 Todos éstos, pues, prosiguieron hacia Macedonia,
pero Pantauco se quedó al lado del adolescente, recordándole
y urgiéndole a que no demorara los preparativos:
debía estar presto y anticiparse a ocupar lugares
y plazas, y ganarse aliados; a lo que más le instaba era
2 a pertrecharse para la guerra naval. Los romanos, en
efecto, no se habían preparado en absoluto, ni en el
Epiro ni en la Iliria[4], para esta clase de lucha, y Pantauco
pensaba que podría realizar sin trabajo sus pro-
3 yectos por sí mismo y por los que él enviara. Persuadido
por estos argumentos, Gentio se dedicaba a
4 preparativos terrestres y navales. Perseo, cuando llegaron
a Macedonia los embajadores de Gentio acompañados
de los rehenes, levantó el campamento que
tenía junto al río Elpio[5] y salió con toda su caballería
5 al encuentro de los citados embajadores. La entrevista
fue en Dión[6]: allí, delante de toda su caballería, prestó
juramento acerca de la alianza, pues quería que los
macedonios conocieran su coalición con Gentio; pensaba
que los suyos cobrarían más ánimos al ver que se
6 les sumaba esta fuerza. Luego recogió a los rehenes
y entregó los suyos a Olimpión. De éstos, los más conocidos
eran Limneo, el hijo de Polemócrates[7], y Bá-
7 lacro, el hijo del propio Pantauco. Después remitió a

---

[4] Cf. XXXII 13, 5-6.

[5] Pequeño río al S. de Macedonia, que desemboca en el golfo de Termes, entre Dión y Leibetra.

[6] Cf. la nota anterior.

[7] Este Limneo fue el hombre enviado por Filipo V a Flaminino después de la batalla de Cinoscéfalas (XVIII 34, 4).

Pela[8] a los que habían acudido por el dinero, ya que debían cobrarlo allí. A los enviados a la isla de Rodas, los reexpidió a Tesalónica, a encontrarse con Metrodoro: les ordenó estar dispuestos para la navegación. Y logró convencer a los rodios de que entraran en la
guerra. Habiendo ordenado todo esto, envió a Herofonte 8
como legado a Éumenes (por segunda vez, pues ya le había enviado antes), y a Telemnesto el cretense a
Antíoco, a advertirle que no dejara escapar la oportu- 9
nidad y que no supusiera que la altanería y la dureza
de los romanos alcanzaban únicamente a Perseo. De- 10
bía saber muy claramente que si él mismo no tomaba sus medidas, principalmente procurando detener la guerra, o al menos mandándole refuerzos, muy pronto experimentaría en su propia carne su misma suerte.

Intrigas de Perseo y Éumenes

Y aquí yo mismo he dudado 5
acerca de lo que procedía hacer, pues escribir con detalle y examinar cuidadosamente lo que ambos reyes negociaron entre sí secretamente me parecía muy criticable y ex-
tremadamente peligroso, pero, por otro lado, silenciar 2
totalmente lo que da la impresión de que en esta guerra ha sido más operativo, y, además, hace ver las causas de muchas cosas que luego resultaron difíciles de explicar, esto me parecería muestra de poco inte-
rés y de suma indolencia. De modo que me decidí a 3
redactar compendiadamente mis pareceres y a indicar las conjeturas e insinuaciones que me hicieron llegar a ellos, pues se trata de hechos que he vivido, y que me han asombrado más que los otros.

Cidas[9], el cretense, general a las órdenes de Éume- 6

---

[8] La capital de Macedonia.

[9] El nombre Cidas era muy corriente en Gortina, por lo que es difícil decidir si es el mismo que sale en XXII 15, 1.

nes, muy honrado por éste, empezó por entrevistarse
en Anfípolis con Químaro, también [cretense], que
militaba a favor de Perseo; otra vez, en Demetríade[10],
se aproximó a la muralla [de la ciudad] y negoció,
primero, con Menécrates y, después, con Antímaco
[los generales de Perseo; más arriba ya] se ha expues-
2 to. Que Herofonte [había sido enviado por dos veces
y, ahora, por tercera vez] acudía como embajador a
Éumenes de parte de Perseo, lo cual levantó sospechas
no infundadas en muchos romanos acerca del rey Éu-
menes, todo ello se deduce de lo que le ocurrió a Átalo.
3 A éste, efectivamente, le permitieron que se presenta-
ra en Roma desde Bríndisi[11], que disertara sobre lo que
quisiera; al final le respondieron amistosamente y lo
despidieron, aun cuando ni antes ni entonces les había
ayudado de una manera digna de mención en la guerra
4 contra Perseo; a Éumenes, en cambio, que les había
sido extraordinariamente útil, y les había apoyado mu-
chísimo en sus guerras contra Antíoco y contra Per-
seo[12], no sólo le prohibieron bajar hasta Roma, sino que
en pleno invierno le ordenaron salir de Italia en el pla-
5 zo de unos días. De lo expuesto resulta patente que
debió de haber un cierto complot entre Perseo y Éu-
menes, lo que hizo que los romanos desconfiaran de
6 él, tal como se ha dicho. Podemos ya examinar cuál
fue este complot y hasta dónde llegó.

7 Es fácil entender que Éumenes no quería que Per-
2 seo ganara la guerra y se hiciera dueño de todo, pues
aun sin tener en cuenta la antipatía y la enemistad
mutuas que se profesaban, heredadas ya de sus padres,

---

[10] Cf. nota 355 del libro V.

[11] 169/168 a. C.; cf. XXX 1, 1-3. Se cita Bríndisi, porque Éumenes no podía aproximarse más a Roma (XXX 19, 7).

[12] Aquí Polibio es inexacto: Átalo colaboró muy eficazmente con los romanos en Tesalia en 171 y en el 170 a. C. (XXVII 18, 1).

también ejercían un modo similar de gobierno, lo cual
era suficiente para engendrar en ellos envidia y des-
confianza y la animosidad más profunda; la conse- 3
cuencia era que intentaran engañarse mutuamente y
tenderse celadas secretamente. Y los dos hacían lo
mismo. En efecto, viendo Éumenes que Perseo estaba 4
en muy mala situación, cercado por todas partes y
dispuesto a lo que le indicaran con tal de poner fin
a la guerra, viendo que cada año enviaba legados a
los cónsules para tratar de esto y que los romanos, 5
asimismo, se sentían incómodos por la situación ge-
neral, porque en aquella guerra no adelantaban nada
(antes de la expedición de Emilio Paulo) y porque en-
tre los etolios cundía el malestar, supuso que no era 6
imposible que los romanos se avinieran a una solución
que pusiera fin a la guerra. Y pensó que él era la per- 7
sona más adecuada para actuar de mediador y recon-
ciliar a las dos partes contendientes. Éstos fueron sus 8
cálculos, y ya un año antes sondeó a Perseo por medio
de Cidas el cretense para ver a qué precio se prestaba
a comprar esta esperanza.

Me parece que aquí está el origen del complot que **8**
tramaron Éumenes y Perseo. En él se midieron dos 2
hombres, uno que parecía ser el más listo y el se-
gundo el más avaro, de manera que su pugna resultó
ridícula. Porque Éumenes[13] alargaba esperanzas de 3
todo tipo y lanzaba cebos de la clase que fuera, con-
vencido de que pescaría a Perseo con sus ofrecimien-
tos; Perseo, por su parte, ponía buena cara a la car- 4
nada y se mostraba de acuerdo, pero estaba tan lejos
de morder nada de lo indicado, que ni tan siquiera se
avenía a soltar algo suyo. La discusión se desarrollaba 5
así: era el año cuarto de la guerra y Éumenes, para

[13] Para la inteligencia de Éumenes, cf. XXXII 8, 1.

permanecer al margen y no salir en campaña en apoyo
de los romanos ni por mar ni por tierra, pedía qui-
nientos talentos y para poner fin a la guerra, mil qui-
nientos: de todo ello prometía entregar rehenes y ofre-
6 cer garantías inmediatamente. En cuanto a los rehenes,
Perseo se mostraba de acuerdo en cuanto al número,
en cuanto al tiempo de su remisión y a la condición
7 de que deberían custodiarlos los de Cnosos; en cuanto
al dinero, quinientos talentos decía que era una ver-
güenza, para el que los abonaba y más todavía para el
que los percibía dar la impresión de que se mantenía
una neutralidad a sueldo; en cuanto a los mil quinien-
tos, indicaba que los remitiría y que Polemócrates los
trasladaría a Samotracia: allí debía efectuarse la me-
diación, pues Samotracia pertenecía a sus dominios.
8 Éumenes, al igual que los médicos deshonestos, bus-
caba más el pago previo [14] que no sus honorarios, y
acabó cejando en su intento, pues su astucia no logró
9 vencer la testarudez de Perseo. Y, así, ninguno de los
dos logró hacerse con el trofeo de la avaricia y se
separaron empatados [15], igual que unos púgiles de ca-
10 tegoría. De estas cosas, algunas se supieron en el mo-
mento en que se producían, y otras llegaron poco des-
pués a los amigos íntimos de Perseo, quienes nos
hicieron entender, personalmente, que la avaricia es
algo así como el remate de toda iniquidad.

9 Añado de mi cosecha lo siguiente: ¿no es cierto
2 que la avaricia nos convierte en estúpidos? ¿Quién,
en efecto, no destacaría la miopía de ambos reyes?

---

[14] Era la manera normal de reclutar mercenarios.

[15] Literalmente el griego dice «convertir en sagrado el trofeo», refiriéndose al uso deportivo de que, cuando era realmente imposible decidir el vencedor de una competición deportiva, es decir, cuando había empate, el trofeo se dedicaba a una divinidad. La expresión vuelve a salir en XXXVIII 18, 8.

La de Éumenes[16], primero: ¿cómo podía esperar que,
siendo tan profunda la enemistad entre ambos, fuera
a ser creído y que iba a percibir una cantidad tan
fabulosa de dinero, cuando no podía ofrecer ninguna
garantía fehaciente a Perseo para el caso de incum-
plimiento de las promesas? ¿Y cómo podía suponer 3
que pasaría desapercibido a los romanos el cobro de
semejante suma de dinero? Pues aunque, de momento, 4
no se supiera, no habría quedado en secreto después.
He aquí la consecuencia, sin escapatoria posible: el 5
precio de la cantidad cobrada lo hubiera constituido
la enemistad de los romanos, que iba a costarle este
mismo dinero recibido, el reino y casi la vida, al mos-
trarse como enemigo de Roma. Si ahora, sin hacer nada, 6
sólo por sus proyectos, incurrió en los máximos peli-
gros, ¿qué le hubiera tocado padecer si el intento ci-
tado hubiera llegado a cuajar?

Y de Perseo, a su vez, ¿quién no se admiraría de 7
que no pensara algo más viable o astuto que dar dinero
y permitir que Éumenes picara el anzuelo? Pues si hu- 8
biera actuado de acuerdo con la solicitud y hubiera
puesto fin a la guerra, el donativo hubiera sido para
bien. Pero, de ver fallida esta esperanza, hubiera atraí- 9
do indudablemente la enemistad de los romanos hacia
Éumenes. Realmente, dependía de Perseo que tal tran-
sacción fuera hecha pública. Es fácil calcular lo que 10
le valía a Perseo ganar o perder la guerra. Creyó que 11
Éumenes era el causante de todos los males que le
ocurrieron, y no pudo vengarse de él con más eficacia
que haciéndolo enemigo de los romanos. ¿Cuál fue la 12
causa de una sinrazón tan evidente? La avaricia. ¿Se
puede decir algo más? Éumenes, para percibir un di-
nero injusto desatendió todo lo demás y aceptó hacer
cualquier cosa; Perseo, por su parte, lo toleró todo e

[16] Cf. XXII 18, 5; XXVII 6, 3.

13 hizo siempre la vista gorda con tal de no dar nada. En consecuencia, Perseo en el asunto de los galos y en el de Gentio *** [17].

10

Los rodios buscan la paz [18]

Se propuso una votación a los rodios y, en ella, vencieron los partidarios de enviar legados para
2 poner fin a la guerra. El debate se decidió, de esta manera, a favor del partido político contrario a Ro-
3 das [19]; en la discusión prevalecieron notoriamente los que preferían los intereses de Perseo sobre los em-
4 peñados en salvar a la patria y las leyes. Los prítanes nombraron sin demora a los legados que debían concluir la guerra: enviaron a Roma a Hagépolis, Diocles, Clinómbroto [20] y, con destino al cónsul y a Perseo, remitieron a Damón, Nicóstrato, Hagesíloco y Télefo [21].
5 Y lo que, encajando con esto, hicieron a continuación, lo que añadieron, convirtió en imperdonable su pecado.
6 En efecto, remitieron inmediatamente a Creta unos emisarios para que renovaran con todos los cretenses los pactos de amistad existentes, les exhortaran a mirar las oportunidades y los peligros, y mentalizaran al pueblo para tener los mismos amigos y enemigos que
7 los rodios. Del mismo modo despacharon enviados a

---

[17] Lo que seguía no debió de interesar al epitomador, que dejó el tema inconcluso.

[18] Primavera del año 168 a. C.

[19] Es decir, Polibio entiende que los rodios partidarios de Roma eran enemigos de su propia patria; lo que aquí se emite es un juicio moral.

[20] Sobre Hagesípolis, cf. XXVIII 16, 6 y XXX 9, 2; de los demás, cuyo nombre es de grafía insegura, no sabemos nada. Véase una edición crítica del texto griego.

[21] Para Damón, cf. XXI 31, 6. Quizás el nombre propio siguiente esté en genitivo en el texto griego, en cuyo caso leeríamos: «Damón, hijo de Nicóstrato». De no ser así, cf. XVI 5, 1. Para Hagesíloco, cf. XXVII 3, 3. De Télefo no podemos decir nada.

cada ciudad en particular, que debían desarrollar estos mismos aspectos.

Llegan a Rodas embajadores de Iliria y de Macedonia[22]

Llegaron a Rodas Parmenión y 11
Morco, los enviados de Gentio y,
con ellos, Metrodoro. Se reunió 2
la asamblea y la sesión fue muy
tumultuosa: Dinón, [Poliárato] y sus partidarios se 3
atrevían ya a hablar claramente a favor de Perseo;
Teedeto quedaba pasmado ante lo ocurrido. Pues la 4
presencia de las lanchas[23], el gran número de jinetes,
perdidos [y] el hecho de que Gentio hubiera cambiado
de bando les desalentaba. El final de la asamblea se 5
correspondió lógicamente con lo antedicho[24], pues los 6
rodios decretaron contestar amistosamente a ambos
reyes y explicarles que se había tomado el acuerdo de
concluir con su guerra; se les rogaba que no pusieran
trabas a ello. Habían recibido a los legados de Gentio 7
en el Ara Común, con grandes muestras de simpatía.

Del cometido del historiador

***[25] los otros sobre la guerra de 12
Siria; la causa de esto radica en
lo que ya hemos dicho muchas
veces[26]. Siempre que cogen argumentos simples y uni- 2
formes, y pretenden ser considerados historiadores no
por sus temas, sino por el número de libros, y quieren
causar impresión, entonces precisan convertir en gran- 3
de lo pequeño[27], alargar y decorar lo que se despacha-

[22] Principios del 168 a. C.

[23] Macedonias (Paton traduce erróneamente «ilirias»), que habían operado con éxitos en el mar Egeo.

[24] «Lo antedicho»: no sabemos qué es, por omisión del epitomador.

[25] Aquí se ha perdido un folio del original griego, por lo que el tema para nosotros comienza *in medias res*.

[26] En las diversas críticas a historiadores que nos han quedado en la obra de Polibio.

[27] Cf. Lehmann, «Polybios...», en *Polybe. Neuf exposées...*, pá-

ría en cuatro palabras, transformar en hechos impor-
tantes y relevantes políticamente cosas absolutamente
marginales, exponiendo sucesos y narrando confron-
taciones en las que murieron diez soldados de infan-
tería e, incluso, menos, y menos jinetes siempre, desde
4 luego. Resulta difícil evaluar con precisión hasta qué
punto tales historiadores manejan asedios, topografías
y cosas por el estilo, debido concretamente a falta de
5 materia. A los que escriben historia universal les ocurre
lo contrario; por eso, no debe ser menospreciado el
que hayamos omitido ciertas acciones que, en otros,
han merecido un tratamiento extenso y con florituras
o si las hemos expuesto brevemente, sino confiar en
que hemos dado a cada tema el tratamiento adecua-
6 do[28]. Aquéllos, cuando a través de toda su obra des-
criben, por ejemplo, el asedio de Fanotea[29], el de Co-
ronea[30] y [el de Haliarto][31], se ven obligados a detallar
todos los dispositivos del asedio, los golpes de audacia
7 y las condiciones concretas de la acción, además [ex-
ponen ciertas cosas con exageración. Pero nosotros
no debemos escribir] sobre la toma de Tarento, so-
bre [el asedio] de Corinto, el de Sardes, el de Gaza,
el de Bactra ni, finalmente, tratar el sitio de Cartago
8 añadiendo imaginaciones nuestras. No todos estarán
de acuerdo en si, con respecto a los aspectos citados,
nos limitamos a ofrecer una narración verdadera y ob-
9 jetiva. La misma afirmación valga para las descripcio-
nes de batallas y el reportaje de discursos, y también

gina 180, un ejemplo instructivo de la facilidad o superficialidad de ciertos historiadores; la misma idea en VII 7, 6; XII 25a.

[28] Cf. X 26, 9.

[29] Cf. XXVIII 9, 1-8, o quizás la victoria de Flaminino en Fanotea, en Fócide, en el año 198 a. C.

[30] Cf. XX 7, 3.

[31] Paton subsana la laguna con el término anotado; los restantes editores la señalan sin subsanarla.

para las otras partes de la historia. En todo ello pode- 10
mos razonablemente ser tratados con mucha comprensión, igual que en las exposiciones siguientes, si le parece a alguien que utilizamos siempre los mismos esquemas o que repetimos la disposición del material o que somos reiterativos en el estilo de la dicción. Aún 11
más: si en algún lugar fallamos en la denominación de montañas o de ríos, o en las características de los lugares, las dimensiones de la obra son suficientes para pedir indulgencia en todo ello, a no ser que seamos 12
convictos de haber consignado falsedades premeditadamente o buscando ventajas; aquí no pediríamos disculpas, como ya muchas veces en la obra hemos declarado, por lo que a este aspecto se refiere.

Gentio de Iliria: su carácter

En el libro vigesimonono, Polibio **13**
dice que Gentio, el rey de los ilirios, se entregó a la bebida y perpetró muchos crímenes a causa de ello durante su existencia; andaba bebido de noche y de día. Mató a su hermano Plátor[32], quien iba 2
a casarse con la hija de Mununio; fue él quien se casó con la muchacha. Y trataba sin miramientos a sus súbditos. (ATENEO, X, 440a.)

Campaña contra Perseo[33]

De los presentes, Escipión, el llama- **14**
do Nasica[34], yerno de Escipión el Africano, quien después gozó del máximo poder en el senado, fue el primero que aceptó guiar la tropa

[32] Que, en caso de muerte, debía sucederle en el reino. Confrontar XXVIII 8, 1.

[33] Aquí Polibio narraba la campaña de Emilio Paulo contra Perseo, culminada en la batalla de Pidna y que dio un giro copernicano a la historia del mundo occidental antiguo. Es lástima que, por la actuación del epitomador, no poseamos la descripción entera escrita por Polibio, que la vivió personalmente. Sin embargo, esta guerra puede seguirse con cierto detalle en otras fuentes, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y BENGSTON, *Geschichte*, págs. 426 y 460-462.

[34] Publio Cornelio Escipión Nasica (cónsul en 162 a. C.) había

2 en aquel movimiento envolvente. El segundo fue Fabio Máximo [35], el mayor de los hijos de Emilio Paulo, que era aún un mu-
3 chacho; se levantó rebosando ardor. Lleno de gozo, Emilio le confió no a los que asegura Polibio, sino a los mismos que el propio Escipión Nasica dice haber elegido; lo escribe en el informe acerca de estas operaciones dirigido a uno de los reyes. (PLUTARCO, *Vidas paralelas:* «Emilio Paulo», 15.)

Los romanos se opusieron valerosamente con la ayuda de sus escudos y de sus rodelas ligurias. (SUIDAS.)

15 Perseo veía a Emilio Paulo inactivo en aquellos territorios, y no sospechaba lo ocurrido, pero un desertor cretense se escapó durante la marcha y se le presentó, indicándole la bolsa
2 que pretendían cerrar los romanos. Perseo se alarmó, pero no movió su campamento; puso al frente de diez mil mercenarios extranjeros y de dos mil macedonios al general Milón, y lo mandó con la orden de apresurarse y anticiparse a ocupar las
3 eminencias. Polibio dice que los romanos cayeron sobre éstos cuando aún dormían, pero Escipión Nasica refiere que en las cumbres hubo un choque muy duro y arriscado [36]. (PLUTARCO, *Vidas paralelas:* «Emilio Paulo», 16.)

16 Polibio: cuando hubo un eclipse [37] de luna en tiempo de Perseo, rey de Macedonia, corrió entre el vulgo la fama de que
2 señalaba el eclipse del rey. Y esto envalentonó a los romanos,
3 mientras que hizo decaer el ánimo de los macedonios. De modo que es verdad lo que vulgarmente se dice: muchas son las cosas vanas en la guerra [38].

17 El cónsul Lucio Emilio no había visto en su vida a la falange macedonia: la vio entonces por primera vez, en la guerra de Perseo, y en Roma confesó a algunos amigos no haber jamás contemplado algo más terrible ni espantoso que ella, siendo así

---

sido edil en 169; estaba casado con Cornelia, la hija mayor de Escipión el Africano.

[35] El hijo mayor de Emilio Paulo; cf. XVIII 35, 6.

[36] Un mapa con el área de Pidna y el dispositivo de las tropas, en WALBANK, *Commentary,* ad loc. (pág. 385 del vol. III).

[37] Tuvo lugar el 21 de junio del año 168.

[38] Es idea tópica; cf., entre otros los lugares, TITO LIVIO, XLIV 37, 9, y TUCÍDIDES, III 30, 4.

que no sólo había presenciado muchos combates, sino incluso tomado parte en ellos como el que más.

Muchas invenciones parecen, de palabra, factibles y que ofre- 2
cen garantías, pero, cuando llega la hora de ponerlas en práctica, no dan el resultado que cabría esperar por las primeras impresiones, igual que las monedas falsas expuestas al fuego.

Dice Polibio: Perseo tenía una única alternativa, vencer o 3
morir, pero careció de presencia de ánimo; se acobardó igual que los caballistas comediantes.

Dice Polibio: A Perseo, cuando le llegó la hora del esfuerzo, 4
le sucedió lo que a los malos atletas: no aguantó su espíritu. ¡Y debía jugarse el todo por el todo! (SUIDAS.)

El rey de los macedonios, según cuenta Polibio, cuando se **18**
inició la batalla, se aterrorizó y escapó hacia la ciudad a uña de caballo, alegando que quería ofrecer un sacrificio a Heracles, quien no acepta ofrendas miedosas hechas por hombres pusilánimes, ni atiende a ruegos disparatados. (PLUTARCO, *Vidas paralelas:* «Emilio Paulo», 19.)

El senado romano recibe a unos mensajeros rodios[39]

En la ocasión en que Perseo, **19**
derrotado, se escapó, el senado romano resolvió convocar a los embajadores rodios que estaban allí pretendiendo poner fin al conflicto contra Per-
seo, como si la Fortuna hubiera hecho subir *ex pro-* 2
feso a la escena la ignorancia de los rodios[40], si es que podemos hablar de rodios y no de hombres que
entonces en Rodas habían asaltado el poder[41]. Ha- 3
gépolis avanzó y dijo que habían acudido para poner fin a la guerra, pues el pueblo de los rodios, al alargarse la contienda durante tanto tiempo, veía que, por la enormidad del dispendio que suponía, era inútil para todos los griegos y aun para los mismos roma-

[39] Años 169/168.

[40] Una idea semejante, en XI 5, 8.

[41] No se puede negar aquí un cierto prejuicio por parte de Polibio.

4 nos. Habían, pues, venido con esta intención, pero ahora, acabada la guerra según los deseos de los rodios, éstos felicitaban a los romanos. He aquí lo que Ha-
5 gépolis dijo en breves palabras; luego se retiró. El senado, aprovechando la oportunidad y queriendo poner como ejemplo a los rodios, les respondió, en esen-
6 cia, que los senadores suponían que los rodios enviaron aquella embajada no en provecho de los griegos
7 ni de los romanos, sino de Perseo. Realmente, si la embajada hubiera sido en favor de los griegos, su momento más adecuado hubiera sido cuando Perseo iba devastando territorios y ciudades griegas, acampando en Tesalia casi durante dos años[42] [y poniendo
8 en confusión a sus propias tropas]. Tras haber desaprovechado tal oportunidad, ahora los rodios se presentaban con la pretensión de poner fin a la guerra, precisamente cuando nuestras legiones habían acampado en Macedonia, y Perseo, aislado, apenas si tenía
9 esperanzas de salvación. Saltaba a la vista, por consiguiente, para los buenos observadores, que los rodios habían remitido su legación no por deseos de interrumpir la conflagración, sino en la medida que les fuera posible, para rescatar a Perseo y ponerle a salvo.
10 Debido a ello, afirmaron, no era hora ni de prestarse
11 a favores ni de dar una respuesta amistosa. Y ésta fue la contestación del senado romano a los negociadores rodios.

Discurso de Emilio Paulo

20 Emilio Paulo empezó a hablar en latín y dijo a los que en el senado eran espectadores, mostrándoles a Perseo, allí presente, que no se enorgullecieran de sus éxitos más allá de lo debido y que no fueran soberbios ni ariscos con nadie, que no se
2 fiaran tampoco de su buena estrella actual: cuanto

---

[42] Los años 171/170 a. C.

más grandes fueran los éxitos en la vida privada y en las empresas comunes, tanto más les avisaba que se
previnieran de la fortuna contraria. Sólo pocos hom- 3
bres, y aun a duras penas, se muestran tan moderados
en su buena suerte. Explicó que los necios se diferen- 4
cian de los prudentes en que éstos aprenden de las desgracias de los demás y los primeros, de las propias.

Reflexiones sobre unas palabras de Demetrio Falereo

De manera que muchas veces 21
me viene a la memoria el dicho
de Demetrio Falereo[43]. Éste, en 2
el libro que escribió titulado *La Fortuna,* quiso mostrar claramente a los hombres la volubilidad del hado. Se detiene en la época de Alejandro[44], cuando éste destruyó el Imperio persa, y
dice: «Pues si se considera no un tiempo ilimitado ni 3
muchas generaciones, sino sólo los cincuenta años anteriores a nosotros, se puede conocer bien lo dura que
es la Fortuna. ¿Creeríais que cincuenta años atrás los 4
persas o el rey de los persas, los macedonios o el rey de los macedonios, si algún dios les hubiera profetizado el futuro, hubieran podido creer que actualmente de los persas, que dominaron casi todo el mundo, no quedaría ni el nombre, y que iban a someterlo todo los macedonios, de quienes antes ni el nombre era
conocido? Así la Fortuna en nuestra vida resulta ines- 5
crutable, lo innova todo contra nuestros cálculos y me parece que demuestra su fuerza en lo inesperado,
incluso ahora, a todos los hombres, cuando sitúa a los 6
macedonios como colonizadores en medio de la prosperidad de Persia. Pero también a los macedonios les

---

[43] Sobre Demetrio Falereo, que a la muerte de Alejandro Magno (321 a. C.) gobernó Atenas durante diez años, cf. X 24, 7; XII 13, 8; XXXVI 2, 3. Su obra escrita se ha perdido totalmente, a excepción de algunas citas que nos transmiten autores de la antigüedad grecolatina.

[44] Alejandro Magno.

concederá disfrutar de ella hasta que decida cualquier
7 otra cosa.» Esto es lo que ahora le ocurrió a Perseo.
Demetrio Falereo ha profetizado el porvenir con una
8 boca más que humana. A mí, cuando en mi libro he
llegado a la época en que sucedió el hundimiento del
Imperio macedonio, no me ha parecido acertado pasar
por tal acontecimiento sin comentarlo, puesto que he
sido testigo ocular de los hechos: pensé que debía decir
9 la palabra justa y recordar a Demetrio Falereo, porque
con casi ciento cincuenta años de antelación puso
en claro lo que luego iba a ocurrir.

La situación en Pérgamo[45]

22 El rey Éumenes, cuando acabó
la guerra entre Perseo y los
romanos, se vio en una situación
absurda, según afirma la mayoría. Pero, si consideramos
la naturaleza de las cosas humanas, lo que ocurrió
2 no fue algo poco habitual, pues la Fortuna se basta
para mezclar lo corriente y lo poco normal, y si echa
una mano a alguien y le añade su propio impulso, luego,
como si se hubiese arrepentido, lo compensa e,
3 inmediatamente, mancha aquellos éxitos. Es lo que
4 entonces le ocurrió a Éumenes. Cuando le parecía que
su propio imperio caminaba muy sobre seguro y que
él en el futuro podría gozar de largos ocios, pues Perseo
y el reino de Macedonia habían sido aniquilados totalmente,
en esto le sobrevinieron impensadamente los
más grandes peligros en Asia de la parte de los galos,
cuya incursión fue en este tiempo.

La guerra de Antíoco IV con los hermanos Ptolomeos

23 Aún en época invernal llegó al
Peloponeso una embajada procedente
de ambos reyes a tratar de
una ayuda; hubo debates y con
más razón si cabe, pues existía allí una fuerte rivalidad
2 política. Calícrates, Diófanes y, con ellos, Hipérbato

[45] Años 169/168.

se negaban a prestar ayuda, pero Arcón, Licortas y 3
Polibio estaban de acuerdo en proporcionarla a los
reyes, según la alianza ya existente. Ocurrió que Ptolo- 4
meo el Joven[46] fue nombrado rey por el pueblo, debi-
do a lo crítico de la situación; Ptolomeo el Mayor[47]
había regresado de Menfis y ejercía la realeza junta-
mente con su hermano. Necesitaban ayuda de todo tipo 5
y enviaron, como embajadores ante los aqueos, a Éu-
menes y a Dionisodoro para solicitar mil soldados de
a pie y doscientos jinetes; como general de toda la
tropa aliada debía ir Licortas, y Polibio como jefe de la
caballería. Fueron enviados a Teodóridas de Sición[48] 6
también, a requerir que formara un ejército mercenario
de mil hombres. Ambos reyes conocían mejor a los hom- 7
bres citados debido a las acciones que ya hemos descrito.
La sesión de la liga aquea tenía lugar en Corinto: los em- 8
bajadores se presentaron allí y renovaron las ya muy
antiguas relaciones de amistad con la casa real egipcia.
Luego les pusieron a la vista la precariedad de la si- 9
tuación de los reyes y suplicaron refuerzos. La ma- 10
yoría de los aqueos estaban dispuestos a ayudar no
ya con una parte de ellas, sino a arrostrar los peli-
gros con los reyes, si ello era necesario, con todas sus
fuerzas; ambos monarcas ostentaban la diadema y ejer-
cían el poder. Pero Calícrates[49] se opuso: sostenía que 11
no debían en absoluto injerirse en aquellos asuntos,
principalmente en las circunstancias presentes, antes
bien, debían favorecer al bando romano permaneciendo
neutrales. Era previsible un choque decisivo, puesto 12

---

[46] Ptolomeo VII (145-116 a. C.); para el problema de su elevación al trono con su hermano y hermana, cf. XXVIII 1, 1-9.

[47] Ptolomeo VI; para su presencia en Menfis bajo la protección de Antíoco, cf. XXVIII 22, 1-3.

[48] Había sido enviado aqueo a Alejandría en 187/186 (cf. XXII 3, 6). Para su embajada a Alejandría, cf. XXIV 6, 5-7.

[49] Para Calícrates, cf. XXIV 8, 6.

que Quinto Marcio había establecido sus campamentos de invierno en Macedonia.

24 El pueblo quedó indeciso, no fuera a dar la impresión de que traicionaba a los romanos. Tomaron otra
2 vez la palabra Licortas y Polibio, que adujeron, entre otros muchos argumentos, que, cuando, el año anterior, los aqueos votaron salir a combatir con todas sus tropas a favor de los romanos[50] y enviaron como emisarios de estos ofrecimientos a Polibio, Quinto Marcio aceptó tal interés, pero repuso que no necesitaba ayuda, puesto que dominaba las entradas a Macedonia.
3 Por todo ello concluyeron que la ayuda a los romanos era un mero pretexto[51] para impedir un refuerzo a los
4 reyes egipcios. Así que exhortaban a los aqueos, poniéndoles a la vista lo crítico de la situación en que se encontraba el reino de Egipto. No debían desperdiciar la oportunidad, sino, recordando pactos antiguos, así como los beneficios recibidos y, principalmente, los
5 juramentos, apoyar el tratado. Fueron muchos los que votaron de nuevo la ayuda, y entonces Calícrates y sus partidarios desautorizaron el debate e intimidaron a los magistrados, alegando que, según la ley, en el ágora
6 no se podía discutir acerca de una ayuda militar. Al cabo de un tiempo la sesión de la liga aquea se transfirió a la ciudad de Sición, a la cual habían afluido no sólo los miembros del consejo, sino todos los ciudadanos mayores de treinta años. Hubo otra vez muchos
7 discursos, principalmente uno de Polibio, que puso en claro, primero, que los romanos no necesitaban ayuda[52], lo cual él afirmaba de forma no temeraria, ya que el verano anterior se había entrevistado con Quinto Mar-

---

[50] Para la marcha a través de las estribaciones del Olimpo, cf. XXVIII 10, 13.

[51] Por parte de Calícrates.

[52] Cf. XXVIII 13, 5-8.

cio en Macedonia[53]. Luego añadió que, si los romanos 8
necesitaban verdaderamente el apoyo de los aqueos,
no por doscientos jinetes y mil hombres de a pie
que se remitieran a Alejandría iban los aqueos a no
poder proveer de ayuda a los romanos. Podían hacerles
llegar perfectamente treinta o cuarenta mil hombres
en edad militar. De acuerdo con este discurso, el pue- 9
blo se inclinaba otra vez a remitir ayuda. En el segundo 10
día, en el cual, según la ley, los miembros del con-
sejo debían promulgar el decreto, Licortas propuso
que se debía enviar el socorro y Calícrates, que se des-
pacharan legados a reconciliar a los reyes con Antíoco.
Cuando se abrió el debate, la pugna llegó a ser muy 11
tensa: Licortas y los suyos llevaban la mejor parte;
los reinos presentaban entre sí grandes diferencias. 12
En el caso de Antíoco, era difícil encontrar algún he- 13
cho favorable a los griegos, al menos en los tiempos
antiguos, pero ahora el rey sí que se había portado de
manera magnificente con los griegos[54]; en lo referente 14
a Ptolomeo, eran tantas y tan grandes las pruebas de
amistad exhibidas en los tiempos anteriores, que ya
no se podía pedir más. Licortas expuso todo esto y 15
causó una gran impresión; la comparación demostra-
ba que la disparidad era total. Pues, así como resul- 16
taba difícil enumerar con precisión los beneficios que
los aqueos habían recibido de los reyes de Alejandría,
era absolutamente imposible, en cambio, encontrar nin-
guna prueba de amistad procedente del reino de An-
tíoco exhibida a los aqueos y ordenada a sus problemas.

Mientras Andrónidas[55] y Calícrates hablaron sobre **25**
poner fin a la guerra, nadie les hacía caso, pero les

---

[53] Sobre la embajada de Polibio en el año 169, cf. XXVIII 12-13.

[54] Cf. XXVI, 10-11.

[55] Partidario de Roma y seguidor de Calícrates. (Cf. XXX 29, 2-7; XXXVIII 17, 1-8.)

2 socorrió la ayuda de una instancia superior: justamente entonces se presentó en el teatro un correo con un escrito de Quinto Marcio en el que se pedía a los aqueos que, declarándose a favor de Roma, in-
3 tentaran reconciliar a los reyes. Y ocurría que también el senado romano había despachado como emisario a
4 Tito Numisio con la misma finalidad. Y esto era realmente un argumento contra Marcio, porque Tito Numisio fracasó en el intento de restituir la paz y ha-
5 bía regresado a Roma sin haber logrado nada. Polibio, que no quería contradecir la carta de Quinto Marcio, se retiró de la discusión. Así fue como hundió en el fracaso a los reyes la ayuda pedida; los aqueos decretaron remitir legados a reconciliar a los monarcas, nombrando para ello a Arcón de Egira y a Arcesilao
6 y Aristón, megalopolitanos. Los embajadores de los Ptolomeos, fallido su intento de alcanzar una alianza, entregaron las cartas de los reyes, que llevaban dispuestas; en ellas se solicitaba que los aqueos les mandaran a Licortas y a Polibio para aquella guerra.

26 *Antíoco se prepara para otra guerra contra Egipto*

Antíoco, olvidándose de lo que había escrito y de lo que había dicho él mismo, preparó otra vez la guerra contra Ptolomeo, de manera que parece muy cierto lo que dijo Simónides: «es
2 difícil ser bueno»[56]. Pues estar dispuesto a una conducta honorable y actuar, hasta cierto punto, en consecuencia resulta fácil, pero mantener el nivel y estar de acuerdo con esta decisión ante cualquier peripecia, sin anteponer nada a lo honesto y a lo justo, resulta, en cambio, difícil.

---

[56] Este verso de Simónides de Ceos aparece citado en Platón; Simónides lo atribuye, a su vez, a Pítaco, uno de los siete sabios de Grecia. Es difícil que Polibio haya leído los poemas de Simónides; seguramente la cita procede ya de la lectura de Platón.

Encuentro de Cayo Popilio Lena con Antíoco IV cerca de Eleusis[57]

27 Antíoco acudió al encuentro de Ptolomeo para tratar de la retención de la plaza de Pelusio[58]; Popilio, el general romano, cuando el 2 rey lo saludó hablándole desde lejos y tendiéndole la mano derecha, tenía dispuesta la tablilla en la que constaba el decreto del senado; se lo alargó e hizo, así, que Antíoco lo leyera primero, pen- 3 sando, a mi juicio, que no debía hacer un signo de amistad, antes de conocer el pensamiento del destinatario del saludo, si era amigo o enemigo. Leído por el 4 rey el documento, dijo que quería consultar con los miembros de su corte acerca de tales demandas. Habiéndole oído Popilio, hizo algo que pareció desconsiderado y de una gran altanería: tenía a mano un sar- 5 miento y trazó en el suelo un círculo alrededor de Antíoco, ordenándole responder acerca del escrito antes de salir del redondel. El rey, estupefacto ante tamaña 6 acción de soberbia, tras meditarlo brevemente dijo que atendería los consejos de los romanos. Entonces Popilio le estrechó la mano y todos los demás lo saludaron amistosamente. Lo escrito era que ya entonces mis- 7 mo debía poner fin a la guerra contra Ptolomeo. De 8 ahí que se le fijaran unos días, y el rey egipcio se replegó con sus fuerzas hacia Siria, dolido y quejumbroso y cediendo, de momento, a las circunstancias; Popilio puso en orden la situación de Alejandría, re- 9 comendó concordia a los reyes y exigió que mandaran a Poliárato a Roma[59]; él acudió a Chipre, con el deseo

---

[57] Años 169/168.

[58] Pelusio, puerto en el N. de África, en la Arabia Pétrea. La ciudad fue bastante más conocida posteriormente por el Padre de la Iglesia Isidoro Pelusiota.

[59] Líder, junto con Dinón, del partido antirromano, cf. XXVII 7, 4. Sobre la opinión de Polibio acerca de la conducta de Dinón y de Poliárato y el fin de éste, cf. XXX 8-9.

de expulsar de la isla rápidamente a las tropas de
10 Antíoco. Al llegar se encontró con que los generales
de Ptolomeo habían sido vencidos en una batalla; en
Chipre andaba todo revuelto. Expulsó, al punto, la
armada de Antíoco del país y vigiló hasta que las tro-
11 pas zarparon en dirección a Siria. De este modo le
salvaron los romanos el reino a Ptolomeo cuando
12 estaba ya casi arruinado; así ventiló la Fortuna las di-
ficultades de Perseo y de los macedonios. Cuando la
posición de Alejandría y de todo Egipto era ya des-
esperada, todo se volvió a enderezar por el simple he-
cho de que el hado de Perseo se había decidido ante-
13 riormente. Pues si ello no hubiera sido así y, además,
no hubiera existido certeza de tal situación, me parece
que hubiera sido imposible lograr que Antíoco obe-
deciera.

LIBRO XXX

(FRAGMENTOS)

Embajadas de Pérgamo y de Rodas en Roma[1]

En aquella ocasión llegó a Roma, de parte del rey Éumenes[2], su hermano Átalo[3]: aun sin el desastre que los galos infligieron a su reino[4], hubiera tenido motivos para acudir a Roma, a congraciarse al senado y obtener alguna distinción, porque habían luchado codo a codo con los romanos[5] y habían arrostrado con buen temple los mismos peligros. Pero, entonces, Átalo fue a Roma obligado por la derrota que les habían infligido los galos. Fue recibido muy cordialmente, por la amistad surgida durante la campaña y porque los romanos les creyeron predispuestos a su favor. El encuentro resultó mejor de lo que él sospechaba, llegando a envanecerse en sus

1 (margin: 1) · 2 (margin: 2) · 3 (margin: 3) · 4 (margin: 4)

---

[1] Años 168/167.

[2] Éumenes II Soter.

[3] Cf. XXIX 6, 3.

[4] Sobre esta guerra, cf. XXIX 22, 4; estalló después de Pidna, en verano del año 168 a. C., antes de que las tropas de Pérgamo regresaran de Macedonia; se hizo la paz en invierno del 167; Éumenes estaba enfermo en Pérgamo.

[5] Sobre esta colaboración, cf. XXIX 22; en cuanto a Átalo, cf. XXIX 6, 3.

esperanzas; no se había dado cuenta de la verdadera
5 causa de aquella recepción. Poco le faltó para echar
6 a perder su propia misión y aun su reino entero. En
efecto, Éumenes se enajenó la simpatía de la mayoría
de los romanos, convencidos de que en la guerra había
actuado torcidamente, pues había entrado en conversa-
ciones con Perseo y espiaba las ocasiones adversas a
7 ellos mismos. Algunos de los hombres de más presti-
gio cogieron particularmente a Átalo y le recomendaron
que abandonara la embajada en favor de su hermano;
8 de quien debía hablar era de sí mismo, pues el senado
se proponía disponerle un reino y una dinastía pro-
pias, debido a la repulsión que profesaba a su hermano
9 Éumenes. Esto hizo envanecerse mucho más a Átalo,
que, en sus conversaciones privadas, mostraba su acuer-
10 do con los que le empujaban en este sentido. Al final
convino con algunos de aquellos personajes en pre-
sentarse al senado romano y pronunciar en él un dis-
curso acerca de tal posibilidad.

2 Ésta era la disposición de Átalo; el rey Éumenes,
previendo el futuro, envía a Estratión, su médico, a
2 Roma; era el hombre de quien se fiaba al máximo. Le
comunica, pues, las cosas y le ordena que ponga en
juego todo su ingenio para que Átalo no siga los
3 consejos de los que desean hundirles el imperio. Es-
tratión se presenta en Roma, coge particularmente a
Átalo y le propone muchas y variadas razones, pues era
4 hombre que tenía prudencia y poder persuasorio. Sin
embargo, le costó mucho alcanzar su propósito y apar-
tar a Átalo de su querencia absurda: le puso delante
de la vista que, por el momento, reinaba conjuntamente
con su hermano; la única diferencia era que no se ce-
5 ñía la corona y que no recibía el título de rey; por lo
demás, tenían la misma e idéntica autoridad y, en
cuanto al futuro, todo el mundo era consciente de que
era el sucesor en el reino, esperanza que no era in-

fundada, porque el rey, por sus achaques corporales[6]
esperaba en cualquier momento el fin de su vida. Y, pues-
to que no tenía hijos, ni aun queriendo podía legar el
reino a otro, ya que no se le conocía ningún hijo na- 6
tural que luego pudiera heredar el imperio. En con- 7
secuencia le extrañaba, dijo, hasta qué punto dañaba
el estado de cosas actual, pues debían dar muchas gra- 8
cias a los dioses si aún respiraban y si habían podido
rechazar el terror galo y el peligro que comportó, de-
bido precisamente a tener ambos la misma opinión.
Pero si ahora llega a diferencias y discusiones con su 9
hermano, es evidente que hundirá el reino, que se pri-
vará a sí mismo del poder que tiene, de sus esperan-
zas de futuro, y que despojará a sus hermanos del im-
perio y de la dinastía sustentada en él. Con estos 10
argumentos y otros por el estilo, Estratión convenció
a Átalo de que se mantuviera en sus compromisos.

De modo que el citado Átalo entró en el senado, se 3
congratuló de lo ocurrido y se extendió largamente
acerca de su interés y de su celo durante la guerra
contra Perseo, y, al mismo tiempo, urgió con muchas 2
razones que remitiera legados que, con su presencia,
reprimieran la maldad de los galos y restituyeran la
situación inicial. Disertó también acerca de la ciudad de 3
los enios y de la de los maroneítas; pedía que le fue-
ran otorgadas como obsequio[7]. No pronunció ni una 4
palabra contra el rey ni acerca de la división del im-
perio. El senado, suponiendo que Átalo volvería de 5
nuevo a título particular a tocar el asunto, aseguró
que enviaría los legados y le honró sobremanera con
los regalos acostumbrados. Le prometió también entre-

[6] Cf. XXXII 8, 1. Sin embargo, Éumenes iba a vivir todavía nueve años.

[7] Probablemente separadas del reino de Pérgamo, como región autónoma.

6 garle como donativo las ciudades indicadas. Así que hubo alcanzado estos signos de amistad, Átalo se fue de Roma sin haber hecho nada de lo que se esperaba; el senado romano, fallidas sus esperanzas no pudo
7 hacer otra cosa, sino, cuando Átalo estaba todavía en Italia, conceder la libertad a las ciudades de Eno y Maronea [8], incumpliendo así la promesa; remitió a Pu-
8 blio Licinio como embajador a los galos. No es fácil decir las órdenes que le dio, pero tampoco es difícil adivinarlas, si nos fijamos en lo que sucedió después, lo cual se evidenciará por los mismos hechos [9].

4 Llegaron unos embajadores rodios: primero, Filó-
2 crates, tras él, Filofrón y Astimedes [10]. Pues los rodios, al oír la respuesta recibida por Hagépolis [11] tras la batalla y comprender por ella la ira y el orgullo del senado, enviaron sin dilaciones las embajadas citadas [12].
3 Astimedes y Filofrón, al ver, tanto por los discursos públicos como por las conversaciones en privado, los recelos y la repulsa de aquellos hombres contra ellos,

---

[8] Cf. XXII 6, 2, para Maronea, y 6, 7, para Eno.

[9] Walbank, «Polybius...», en *Polybe. Neuf exposées...*, págs. 10-11, apostilla que la ética de Polibio no es de una solidez granítica y que, aunque veladamente, tiene un cierto regusto de maquiavelismo. Si bien como defensor de los tiempos antiguos no desdeñará las ventajas de la política de Filipo V de Macedonia, aunque criticará su brutalidad; en cambio, cuando se trata de brutalidades cometidas por los romanos en la guerra de Perseo, las «comprenderá», especialmente si se trata de las cometidas por el cónsul Emilio Paulo, conocido personal suyo.

[10] Sobre Filofrón, cf. XXII 5, 2; sobre Astimedes, XXVII 7, 3.

[11] Sobre Hagépolis y la dura recepción que tuvo en Roma, cf. XXIX 10, 4.

[12] La isla de Rodas buscó siempre, en su propio provecho, un equilibrio de fuerzas en la región, sin llegar a comprender que la colosalidad del Imperio romano hacía la cosa imposible. Schmitt, «Polybios...», en *Polybe. Neuf exposées...*, pág. 85: «(Los rodios) no querían que se diera con una solución definitiva y que el poder mundial recayera sobre una sola potencia.»

se desanimaron totalmente y se vieron en un apuro
tremendo. Pero cuando un general subió a la tribuna y 4
solicitó del pueblo la guerra contra Rodas, entonces,
totalmente fuera de sus casillas por el peligro que corría 5
su patria, llegaron a vestirse de luto y, en sus exhor-
taciones, ya no suplicaban ni solicitaban a sus ami-
gos, sino que, entre lágrimas, rogaban que no se ma-
quinara nada irremediable contra los rodios. Al cabo de 6
unos días los introdujo en el senado el tribuno Marco
Antonio, el que había expulsado de la tribuna al ge-
neral que propugnaba la guerra; primero habló Filo-
frón; luego, Astimedes. Y cuando, según el proverbio, 7
ya habían entonado el canto del cisne [13], recibieron las
respuestas que siguen, por las cuales pareció que que-
daban libres de su gran miedo a una guerra. El senado 8
les afeó de manera dura y acerba lo que debía echár-
seles en cara desde muchos puntos de vista. El sentido 9
de su respuesta era que, a no ser por unos pocos hom-
bres amigos de los romanos y, principalmente, por
los mismos embajadores, los rodios hubieran sabido
muy bien y con justicia el trato que merecían. Astime- 10
des creyó haber hablado correctamente acerca de su
patria, pero no gustó en modo alguno a los griegos pre-
sentes en Roma ni a los que habían quedado en su pa-
tria. Pues compuso y publicó una versión escrita de su 11
defensa, que a la mayoría de los que la tomaron en

[13] La idea se repite en XXXI 12, 1. WUNDERER, *Sprichwörter...*, pág. 17, nota que el sentido del refrán entre los griegos (al menos las dos veces que lo usa Polibio) no significa lo mismo que entre nosotros: la última cosa hermosa que se hace antes de morir, sino hacer un último ruego antes de retirarse, aquí, concretamente, unos legados de la presencia del senado romano. Wunderer cree que el uso por parte de Polibio es estéticamente desafortunado, aunque el uso pueda derivarse de los mismos senadores que, cuando daban una cosa por perdida, decían que la había cantado el cisne.

12 sus manos pareció absurda y totalmente increíble. Tal
defensa se componía menos de los méritos de su país
13 que de acusaciones contra otros; comparaba y cotejaba
apoyos y colaboraciones e intentaba rebajar y falsificar
las de los otros, mientras que alababa y multiplicaba
14 las de los rodios en cuanto le era posible. Retraía, en
cambio, de manera acerba y malintencionada los erro-
res de los demás y procuraba justificar los de los ro-
dios, para que, de la confrontación, los propios apa-
recieran como menudencias dignas de perdón, y los
del vecino, enormes e irremisibles. Y afirmaba que, con
15 todo, sus autores habían alcanzado perdón. Este tipo
de justificación no parece en modo alguno convenir a
16 un político. Efectivamente, de los que intervinieron en
alguna trama secreta, no alabamos a los que por miedo
a las torturas se convierten en delatores de los con-
jurados; en cambio, juzgamos hombres de honor y acep-
tamos a los que afrontan cualquier suplicio y perjuicio
antes de arrastrar a sus compañeros de conspiración
17 a su propia desgracia. De modo que Astimedes, que,
por un miedo vago y difuso, puso otra vez y renova-
damente a los ojos de los poderosos los errores de los
demás, que el tiempo había ya hecho olvidar a los
gobernantes, ¿cómo no iba a desagradar a los que se
informaban por él?

5 Al recibir la respuesta descrita, Filócrates partió de
Roma aquel mismo día, pero Filofrón y Astimedes
se quedaron allí para observar: no debía escapárseles
nada de lo que ocurriera o se dijera contra su patria.
2 Llegó la respuesta a Rodas y los rodios, al suponerse
libres del pánico que les infundía la guerra, aunque
lo demás era verdaderamente penoso, no lo llevaron
3 muy a mal. No de otro modo las calamidades mayores
que esperamos nos hacen olvidar los infortunios me-
4 nores. Por eso votaron al instante una corona de diez

mil piezas de oro para la diosa Roma[14] y, nombrando
embajador al almirante Teedeto[15], le enviaron a princi-
pios del verano[16] con la corona y, con él, a Rodofon-
te[17]; debían intentar a toda costa formalizar una alianza
con los romanos. Obraron así, porque, si los roma- 5
nos [no][18] la aceptaban y el decreto de su corona y de
su embajada fracasaban, procurarían alcanzar su fin
por la acción personal del almirante, que tenía potestad
legal para este cometido. Tan pragmática era la cons- 6
titución rodia, que en los casi ciento cuarenta años
que el pueblo colaboró con Roma en sus gestas más
gloriosas e ilustres, jamás pactó una alianza con los
romanos. La razón por la que los rodios se manejaron 7
de esta manera no debe ser omitida. Pretendían que na- 8
die de los que estaban en superioridad y en el poder
desconfiara de la ayuda y de la alianza con los rodios,
y, por eso, no querían comprometerse ni ligarse de
antemano con pactos ni juramentos; aspiraban a verse
libres de embarazos y a extraer provecho de cualquier
perspectiva[19]. En aquel caso pusieron gran interés en 9

---

[14] El sentido no es claro: podía tratarse de una estatua dedicada a Roma en la misma isla de Rodas (así Paton) o bien de un donativo a la ciudad (así Walbank, *Commentary*, ad loc.).

[15] Sale con frecuencia en la obra de Polibio: IV 50, 5; XVI 15, 8; XVIII 1, 4, etc.

[16] En mayo o junio del 167 a. C.

[17] Sobre Rodofonte, político prorromano, cf. XXVII 7, 3.

[18] La negación no está en el texto original griego, pero los editores la han introducido universalmente, de lo contrario el texto sería absurdo.

[19] Los rodios pretendieron mantener siempre una neutralidad a ultranza, aunque no siempre lo consiguieron; su política, salvadas las diferencias, puede compararse con la moderna de Suiza. Escribe H. Schmitt, «Polybios und das Gleichgewicht der Mächte», en *Polybe. Neuf exposées...*, pág. 85: «Lo que aquí se describe es la política de un Estado de dimensiones medias, si bien potente militar y económicamente, que quiere ser absolutamente neutral, pero que, en un momento determinado,

alcanzar aquella distinción de los romanos, precisamente porque no les urgía una alianza ni temían por enton-
10 ces a nadie que no fueran los romanos mismos; su insistencia en aquel proyecto quería invalidar las sospechas de los que pensaban mal de su ciudad de Rodas.
11 Poco después de la llegada de Teedeto y sus colegas, los caunios [20] desertaron y los milasios [21] se apoderaron
12 de las ciudades de Euromo. Simultáneamente el senado romano promulgó un decreto, según el cual se debía conceder la libertad a los carios y a los licios [22], asignados por él mismo a los rodios después de la guerra
13 contra Antíoco. Los rodios restablecieron rápidamente la situación en lo concerniente a los caunios y a los
14 euromios; enviaron contra los primeros un contingente de hombres al mando de Licón y les forzaron a sometérseles de nuevo, a pesar de la ayuda que los caunios
15 recibieron de parte de los de Cibira; luego marcharon contra las ciudades de Euromo y vencieron en batalla a los milasios y los alabandinos [23], que habían juntado sus huestes en las inmediaciones de Ortosia [24].
16 Fue entonces cuando se enteraron del decreto del senado acerca de los licios y de los carios y de nuevo se les alarmó el pensamiento; temían que hubiera sido

---

quiere arrojar su peso decisivamente en el platillo de la balanza que más le interese.»

[20] Caunio fue la ciudad principal de la Perea rodia.

[21] Cf. nota 85 del libro XVI. Sobre Ecnomo, cf. XVIII 2, 3.

[22] Para su asignación a Rodas en el año 188 a. C., cf. XXI 46, 8. Sin embargo, aquí el texto griego es algo equívoco y se presta a dos traducciones: *a)* la dada en el texto, y *b)* «los carios y los licios, que son libres, deben continuar existiendo», es decir, se les protege contra una posible amenaza de genocidio, pues la enemistad de los rodios para con estos pueblos era proverbial.

[23] Sobre Alabanda, cf. nota 86 del libro XVI.

[24] Ciudad palestina en la costa, al N. de Trípoli, la actual Yeni Pazar, en el Líbano.

inútil el don de la corona y vanas las esperanzas de una
alianza.

Los estadistas griegos adversarios de Roma

Dice Polibio: en primer lu- 6
gar[25] advertimos a los lectores
acerca de la conducta de Dinón
y de Poliárato[26]. Eran, a la sazón, grandes las turbu- 2
lencias y los cambios no sólo entre los rodios, sino en
casi todas las ciudades, por lo que puede ser útil exa- 3
minar las tendencias de los políticos en cada caso y
reconocer quiénes parece que, en toda ocasión, han
obrado con acierto y quiénes se han apartado de lo
conveniente. Así, las generaciones futuras, como si aquí 4
se hubieran grabado unos ejemplos, podrán seguir lo
mejor en ocasiones similares y huir de lo que real-
mente se debe huir, evitando de este modo que, ya al
final de su vida, pasen por alto el decoro y sufran con
ello las gestas de su vida anterior.

Aquellos sobre los que durante la guerra de Perseo 5
recayeron acusaciones son de tres clases. De éstas, la 6
primera la constituyen los que se sentían molestos de
que un único imperio lo decidiera todo y recayera so-
bre él el gobierno del universo. Pero ni ayudaban ni
se oponían a los romanos en nada, sino que dejaban
los sucesos futuros al arbitrio de la Fortuna. La se- 7
gunda clase la forman los que veían con agrado cómo
se decidían las cosas en la cumbre y deseaban la vic-
toria de Perseo, pero no lograron arrastrar a sus con-
ciudadanos ni a sus hermanos de linaje a su propia
opinión. Los terceros fueron los que convirtieron sus 8
estados a su causa y lanzaron sus ciudades a la alianza
con Perseo.

Podemos examinar cómo cada una de las tres cla- 7

[25] El epitomador ha empezado *in medias res*, por no interesarle lo anterior.

[26] Cf. XXVII 7, 4.

2 ses afrontó las situaciones. Antínoo, Teódoto, y Céfalo
con ellos[27], comprometieron a favor de Perseo al pue-
3 blo de los molosos. El desenlace de las empresas fue
totalmente contrario a sus ideales: cuando se produjo
el peligro y se acercó el momento crítico, cedieron a las
4 circunstancias y murieron heroicamente. Merecen nues-
tro elogio los hombres que no abandonan y no se olvidan
de sí mismos ni caen en un proceder no a la altura
5 de su vida anterior. Pero en Acaya, y entre los perre-
bios y los tesalios muchos más eran acusados de pasi-
vidad[28]: acechaban su oportunidad y eran partidarios
6 de Perseo. Sin embargo, no dijeron ni una palabra en
público ni la escribieron ni se comunicaron con Perseo,
ni hicieron espionaje a su favor, sino que se mantuvie-
7 ron neutrales. Es lógico, pues, que estos hombres no
se negaran a afrontar un juicio y que tuvieran deposi-
8 tadas sus esperanzas en su inocencia, ya que es una
señal no menos leve de pusilanimidad no ser conscien-
te de nada malo y aceptar dejar la vida, ya sea por
miedo a un éxito de los rivales políticos, ya por la
potencia de los dominadores, que amar la vida de una
manera indecorosa.

9 Y luego en Rodas, en Cos y en muchas otras pobla-
ciones hubo partidarios de Perseo que se atrevieron
en sus ciudades a hablar de los macedonios y a acusar
a los romanos, y propugnaron sin ambages una cola-
boración con Perseo. No lograron convencer a sus ciu-
10 dadanos para que se aliaran con el rey. Los más co-
nocidos fueron, en Cos, los hermanos Hipócrito y
Diomedonte, y en Rodas, Dinón y Poliárato.

8 ¿Quién no condenaría la trayectoria política de es-
tos últimos? En primer lugar: sus conciudadanos sa-

[27] Eran los líderes de los molosos; cf. XXVII 15, 7, para Antínoo; 15, 1-10, para Céfalo, y 16, 1, para Teódoto.

[28] O sea, pertenecían al primer grupo.

bían bien todo lo que ellos llevaban a cabo, todo lo que decían; luego, sus cartas fueron aprehendidas y su contenido dado a la luz pública, tanto las que ellos enviaban a Perseo como las que éste les dirigía, pues 2
cayeron prisioneros los hombres despachados por unos y otros. Pero Dinón y Poliárato se negaron a reconocer los hechos y prosiguieron la disputa. Se obstinaron, 3
pues, en su amor a la vida, se aferraron a esperanzas miserables y rebajaron tanto la opinión que de ellos se tenía, la de ser hombres audaces y llenos de fortaleza, que no dejaron a las generaciones venideras ni el más mínimo resquicio para la indulgencia y la comprensión. Así fue, realmente: convictos abiertamente por sus 4
propios escritos y por sus servidores, dieron la impresión de ser más sinvergüenzas que desgraciados. Toan- 5
te[29] era un capitán de navío que había navegado muchas veces a Macedonia, comisionado por los personajes citados. Cuando la situación dio la vuelta, este hombre, 6
consciente de sus actos, se fue, lleno de miedo, a Cnido. Los cnidios lo pusieron bajo custodia, pero los rodios solicitaron su extradición y llegó a Rodas. Allí, 7
sometido a tormento, confesó y resultó concordar en todo con las cartas cogidas a los correos encarcelados y con la correspondencia cruzada entre Perseo, por un lado, y Dinón y Poliárato, por el otro, en ambas direcciones. Resultaban, pues, extraños los cálculos de 8
Dinón de que podía sobrevivir y soportar esta infamia.

Pero Poliárato superó en mucho la cobardía y la 9
estupidez de Dinón. En efecto, Popilio ordenó al rey 2
Ptolomeo que remitiera a Poliárato a Roma[30], pero el rey decidió no mandarle allí, por respeto a su patria y al propio Poliárato, y pensó en enviarle a Rodas, tanto más cuanto que él mismo se lo pedía. Dispuso, 3

[29] Cf. IV 42, 7.
[30] Cf. XXIX 27, 9.

pues, una lancha y lo confió a Demetrio, uno de sus
cortesanos, y así lo envió. Además, escribió a los rodios
4 acerca de este traslado. Cuando tocaron Fasélide[31], Po-
liárato, pensando no sé qué, cogió unas ramas de su-
5 plicante y se dirigió al altar común[32]. Si alguien le
hubiera preguntado qué quería, estoy convencido de
que no tenía nada que decir. Pues si deseaba re-
gresar a su patria, ¿para qué entonces las ramas de
suplicante? Pues esto era lo ordenado a quienes lo
6 conducían. Si era a Roma adonde deseaba dirigirse,
allí iban a llevarle a la fuerza, aun cuando no hubiera
querido. ¿Quedaba aún algo más? Otro lugar que pu-
7 diera recibirle impunemente, no existía[33]. Los de Fasé-
lide enviaron mensajeros a Rodas solicitando que acu-
dieran para llevarse a Poliárato; los rodios, muy sen-
satamente, tomaron una nave ponteada y la mandaron
8 como escolta, pero prohibieron a su comandante que
dejara a Poliárato embarcarse en ella, porque las ór-
denes emanadas de Alejandría eran que aquel hombre
9 fuera trasladado a Roma. La nave llegó a Fasélide, y
Epícares, su comandante, se negó a recibir en ella al
10 hombre; Demetrio, encargado por el rey de la custodia,
mandó que Poliárato se levantara y navegara; también
lo urgían los faselitanos, temerosos de que de todo
aquello les sobreviniera algún reproche por parte de los
11 romanos. El aludido, alarmado ante aquella situación,
subió de nuevo a la lancha y se dirigió a Demetrio.
12 Pero, mientras desatracaban, encontró un pretexto opor-
tuno y huyó corriendo hacia la ciudad de Cauno; allí
solicitó, de manera parecida, la ayuda de los caunios.
13 Éstos se lo echaron de encima porque militaban con

[31] Una fundación rodia en los mismos confines, entre Licia y Panfilia.

[32] Cf. la escena inicial de *Las Suplicantes* de Esquilo.

[33] Este episodio es estremecedor, no tanto por el triste destino de Poliárato, como por la frialdad con que Polibio lo describe.

los rodios. Y Poliárato mandó noticia a los cibiratas, pidiéndoles que le acogieran en su ciudad y que le enviaran una escolta. En cuanto a esta ciudad, tenía 14
un motivo, ya que él había educado en su casa a los hijos del tirano Páncrato[34]. Los de Cibira le atendieron 15
e hicieron lo que se les demandaba, pero al llegar allí se metió en un compromiso y complicó en él a los cibiratas, peor que el anterior de cuando estaba en Fasélide, pues los cibiratas no se atrevían a hospedarle 16
entre ellos, porque temían el peligro romano, pero no podían remitirlo a Roma, puesto que al ser gente totalmente de tierra adentro, desconocían los trabajos del mar. Les restaba una única solución: enviar le- 17
gados a Rodas y al procónsul en Macedonia solicitando la recogida de aquel individuo. Lucio Popilio escribió 18
a los cibiratas que lo custodiaran cuidadosamente y que lo pasaran a Rodas, y a los rodios que se ocuparan del traslado por mar, para que llegara intacto a poder de los romanos. Unos y otros cumplieron al pie de la letra los escritos, y fue así como Poliárato llegó a Roma, ha- 19
biendo hecho ostentación lo más que pudo de su cobardía y de su pusilanimidad[35], entregado no sólo por el rey Ptolomeo, sino también por los de Fasélide, por los cibiratas y por los rodios, todo ello por su necedad.

¿Por qué he hecho una exposición algo más larga 20
acerca de Poliárato y Dinón? Quiero evitar dar la impresión de que me alegro de sus infortunios, lo cual, además, sería absurdo. Pero, al hacer pública su falta de visión, prepararé mejor para pensar y para reflexionar a los que caigan en situaciones semejantes, en situaciones por el estilo.

---

[34] El sucesor de Moagetes (cf. XXI 34, 1).

[35] ¿Acaso sugiere Polibio, como triste solución, el suicidio?

10 *La veleidad de la fortuna; Lucio Emilio en el Peloponeso*

De ejemplos como éste se puede deducir muy bien lo abrupta que es la Fortuna, y su veleidad; cuando uno más cree que ella labora a favor suyo, se la encuentra inmediatamente
2 favoreciendo al enemigo; Perseo fabricó las columnas, y Lucio Emilio, que las encontró inacabadas, las terminó y erigió sus propias estatuas.

3 Lucio Emilio quedó admirado del emplazamiento de la ciudad[36] y de lo estratégico de su acrópolis, tanto por lo que se refiere a los lugares interiores del Istmo como a los situados fuera.

4 Tras alabar la fragosidad de Sición y la mole enorme de la ciudad de Argos, llegó a Epidauro.

5 Ahora se apresuró a visitar Olimpia; lo deseaba hacía ya tiempo.

6 Dice Polibio: Lucio Emilio penetró en el recinto sagrado de Olimpia y, al ver la estatua[37], quedó asombrado, manifestando que, en su opinión, sólo Fidias había imitado de verdad al Zeus de Homero. Su expectación, añadió, era grande al llegar a Olimpia, pero encontró que la realidad sobrepasaba sus imaginaciones. (Suidas.)

11 *La situación en Etolia*[38]

Habitualmente los etolios se ganaban la vida con el bandidaje y otras perversidades por el es-
2 tilo[39]. Y mientras pudieron robar y esquilmar a los griegos, se procuraron la manutención a costa de ellos,
3 teniendo por enemigo cualquier territorio; más tarde los romanos presidieron la administración, y ellos, privados de aprovisionarse fuera de Etolia, se enfren-

---

[36] Corinto.

[37] La estatua crisoelefantina de Zeus, la más famosa obra de Fidias.

[38] Años 168/167.

[39] Cf. IV 3-6.

taron entre sí. Ya anteriormente, durante la guerra ci- 4
vil[40], no hubo atrocidad que no cometieran. Y habien- 5
do probado poco antes sangre de unos y de otros en
las matanzas de Arsínoe[41], ahora estaban dispuestos a
todo, tan bestializados en sus almas, que ni tan siquie-
ra permitieron a sus jefes hablar en el consejo. De 6
modo que Etolia estaba llena de desgobierno, de ilega-
lidad y de muerte. Allí nada se hacía por previsión o
por cálculo, todo respondía al azar, andaba revuelto
como si se hubiera precipitado sobre ellos un huracán.

El Epiro

En el Epiro la situación era 12
parecida. Porque en la misma me-
dida que el pueblo era más moderado que el etolio,
su caudillo era más impío y más de mala ley que los 2
demás Jefes de Estado. Creo que no ha habido ni ha- 3
brá un hombre más salvaje ni más inconsciente que
Cárope[42].

Embajadas gratulatorias[43]

Después de la derrota definiti- 13
va de Perseo que puso fin a la
guerra, desde todas partes se en-
viaron legados a los generales[44] a felicitarles por los
hechos. La situación se había inclinado totalmente a 2
favor de los romanos. Debido a esta circunstancia, en
todas las ciudades llevaban la voz cantante los consi-
derados amigos de Roma, que dispusieron embajadas
y otras providencias. Por ello concurrieron a Macedo- 3
nia, desde Acaya, Calícrates, Aristódamo, Hagesias y
Filipo; de Beocia, Mnásipo y sus amigos; de Acarnania, 4
Cremas y sus colegas; del Epiro, Cárope y Nicias; de

[40] Del año 174 a. C.
[41] Cf. IX 45, 1.
[42] Cf. XXVII 15, 3.
[43] Año 167 a. C.
[44] Paton traduce «al senado», pero es un error.

5 los etolios, Licisco y Tísipo. Habiéndose juntado to-
dos a la vez y rivalizando entusiásticamente en un mis-
mo propósito, allí no surgió ningún antagonismo, por-
que todos, incluso los enemigos políticos, cedieron a
las circunstancias y evitaron cuidadosamente enfren-
tamientos; los personajes citados habían alcanzado
6 sin trabajo sus objetivos[45]. Los diez legados romanos
nombrados por los generales y enviados a las ciuda-
des y a las confederaciones nacionales cumplieron sus
órdenes y señalaron los hombres que debían dirigirse
7 a Roma. Éstos fueron casi siempre los denunciados
por los que indiqué antes (que se basaban en animo-
sidades personales), a excepción de unos pocos, que
8 realmente habían cometido hechos muy sonados[46]. A la
liga aquea el general mandó como legados a los más
conocidos de los diez, Cayo Claudio y Cneo Domicio,
9 y ello, por dos razones: primero, porque no se fiaban
de los aqueos, no fuera que desatendieran sus escritos,
y que Calícrates y sus partidarios se arriesgaran, creí-
dos de que así disiparían todas las acusaciones formu-
10 ladas contra los griegos (lo cual era verdad), y, en
segundo lugar, porque en las cartas que habían sido
capturadas no había nada concreto contra los aqueos.
11 Pasado un tiempo, el general romano envió las cartas
que trataban de esto con unos legados suyos, aunque
no estaba conforme, en su opinión personal, con las
acusaciones contra Licisco y Calícrates. Cosa que evi-
denciaron los hechos posteriores.

---

[45] Esto es inexacto: algunos pretendían la eliminación física de Perseo y de muchos de sus partidarios en las respectivas ciudades, a lo que los romanos se negaron.

[46] Paton traduce: «por sus excepcionales servicios», pero esta traducción vuelve a ser errónea. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Una sentencia de Emilio Paulo

Es propio de un mismo ánimo organizar magníficamente los juegos, dar banquetes, ofrecer bebidas con esplendidez y ordenar hábilmente las tropas contra el enemigo. 14

Polibio afirma que, después de la derrota de los macedonios de Perseo, Paulo Emilio arrasó setenta ciudades en el Epiro, la mayoría de las cuales eran de los molosos. Y que, luego, redujo a la esclavitud a quince mil hombres. (ESTRABÓN, VII 7, 3.) 15

Legados de Egipto en Roma[47]

Los reyes egipcios, una vez desembarazados de la guerra contra Antíoco, primero enviaron a Roma a Numenio, uno de sus amigos, para que diera las gracias a los romanos por los beneficios recibidos. Y sol- 16
taron, además, al lacedemonio Menálcidas[48], quien, para procurarse una fortuna personal, había abusado a ojos vista de los apuros del rey. Pero Cayo Popilio había impetrado de los reyes la gracia de su liberación. 2

La situación en Italia[49]

Por aquel entonces, Cotis, rey de los odrisios[50], envió legados a Roma en solicitud de que le devolvieran a su hijo y para justificarse de su colaboración con Perseo en la guerra. Los romanos calcularon que 17
ya habían alcanzado sus objetivos, puesto que habían liquidado favorablemente su guerra contra Perseo, y que ya no les servía para nada sostener sus diferencias con Cotis, de modo que accedieron a restituirle el hijo, 2
entregado a los macedonios y retenido, como rehén junto con los hijos de Perseo. Los romanos pretendían, 3 4

[47] Años 168/167 a. C.

[48] Llegó a ser general de la confederación aquea en 151/150 y decidido partidario de Roma; cf. XXXVIII 18, 6.

[49] Año 167 a. C.

[50] Cf. XXVII 12, 1.

así, demostrar que eran magnánimos y blandos, al tiempo que se ganaban a Cotis con este favor.

Prusias y Éumenes en Roma; fracaso de este último[51]

18 Por aquel mismo tiempo llegó a Roma el rey Prusias[52], pretendiendo congratularse con el senado y los generales por el des-
2 enlace de la guerra. Pero este Prusias no mereció jamás la majestad real, lo cual se puede deducir de lo si-
3 guiente: cuando por vez primera se le presentaron unos legados romanos, se rapó la cabeza y fue a su encuentro con un sombrero [blanco,] una toga y unas zapatillas; con esta indumentaria, pues, que es la que usan los que, entre los romanos, acaban de recibir la
4 libertad, los llamados libertos, los saludó y les dijo: «Miradme a mí, vuestro liberto, pues quiero seros agradable en todo e imitar vuestras costumbres.» Es difícil
5 encontrar palabras más rastreras: [ya antes había hecho muchas cosas semejantes a éstas, y] entonces, cuando llegó a la entrada del senado, se detuvo en la misma puerta, de cara a los senadores, bajó ambas manos, besó el suelo y saludó a la asamblea, que permanecía sentada, diciendo: «salve, dioses salvadores míos», y no dejó para los hombres futuros ninguna exageración de su vileza, de su afeminamiento y de su
6 adulación. Y cuando salió, después de las conversaciones, tuvo gestos parecidos a éstos, pero describirlos se-
7 ría indecoroso. Se mostró sumamente despreciable, pero por eso mismo recibió una respuesta más benigna.

19 Prusias tenía ya una contestación cuando Éumenes
2 llegó a Italia. Y esto proporcionó muchos quebraderos de cabeza al senado, pues estaban enojados contra él, y esta disposición era irreversible, pero no querían en
3 modo alguno delatarse. Realmente, antes habían pro-

---

[51] Años 167/166 a. C.

[52] Para Prusias II de Bitinia, cf. XXV 2, 3.

clamado que este rey era su máximo y primer amigo,
y ahora si le daban audiencia, le permitían defenderse
y le replicaban según lo que pensaban, publicarían su
irreflexión de antes, ya que habían honrado hasta tal
punto a un hombre así; si se ceñían a las apariencias 4
externas y le respondían favorablemente, con ello trai-
cionarían a la verdad y a los intereses del país. Puesto 5
que de ambas respuestas se seguía una incomodidad,
los senadores solucionaron el problema como sigue:
fingieron que las visitas regias les molestaban y pro- 6
mulgaron un decreto según el cual ningún rey debía
visitarles. Informados de que Éumenes había atracado 7
en el puerto de Bríndisi, en Italia, le enviaron un cues-
tor que le trasladara este decreto, para que le comu-
nicara a él mismo si por casualidad necesitaba algo del
senado. Si no necesitaba nada, el cuestor debía orde- 8
narle que abandonara Italia inmediatamente. Tras en- 9
trevistarse con el cuestor, el rey adivinó los senti-
mientos del senado y se lo calló todo, diciendo que
no necesitaba nada. De este modo, Éumenes se vio pri- 10
vado de viajar hasta Roma. Pero un propósito todavía 11
más pragmático contribuyó a la decisión senatorial.
Sobre el reino de Éumenes se cernía el grave peligro 12
de los galos, y era evidente que esta repulsa humillante
iba a desalentar a los aliados del rey y a redoblar el
ánimo de los galos ante la contienda. Por ello los que 13
querían degradarle totalmente se adhirieron a aquella
posición. Todo ello sucedía a principios del invierno[53] 14
y, desde entonces, el senado romano trató con todos
los que le llegaron como embajadores, pues no hubo 15
ni ciudad ni monarca ni rey que en aquella ocasión
no enviara una embajada para congratularse con los
acontecimientos. A todos recibió de manera afable y 16
cortés, excepto a los rodios; a éstos el senado les des- 17

[53] Noviembre o diciembre del año 166 a. C.

pidió desdeñosamente, con muchas advertencias sobre
el futuro. Y también a los atenienses les negó una au-
diencia.

Embajada ateniense en Roma[54]

20 Llegaron unos embajadores ate-
nienses que empezaron hablando
de la salvación de los haliarten-
2 ses, pero, desoídos en este tema, se pasaron a otro y
disertaron sobre Delos, Lemnos y el territorio de Ha-
liarto, de todo lo cual pedían la posesión, ya que po-
3 seían para ello un doble mandato. Y acerca de De-
los y de Lemnos no se les puso mayor reparo, ya que
sus reivindicaciones sobre las islas venían de lejos; en
cambio, acerca del territorio de Haliarto se les podía
4 reprochar con razón, porque no reconstruir como fuera
la ciudad prácticamente más antigua de Beocia[55], que
se había arruinado, sino, todo lo contrario, acabar de
destruirla y privar de esperanzas de futuro a sus des-
5 poseídos habitantes, es evidente que no podía parecer
bien a ningún griego y menos que a nadie, a los ate-
6 nienses. Porque abrir a todos la patria propia, pero ani-
quilar las de los otros no puede parecer coherente en
7 los hábitos de una ciudad. Pero el senado romano con-
cedió a los atenienses las islas de Delos y Lemnos [y
también el territorio de Haliarto][56]. Así estaban las
cosas en Atenas.

8 Al tomar Lemnos y Delos, cumplieron el refrán:
9 cogieron al lobo por las orejas[57], ya que de sus lazos

[54] Años 167/166 a. C.

[55] Según la tradición mítica, en Haliarto fue incinerada Alcmena, la madre de Heracles.

[56] Esta frase no está en el texto griego, pero por un paralelismo con la narración de Tito Livio del mismo asunto, el editor Hultsch la intercaló y, tras él, todos los editores posteriores.

[57] Este refrán corresponde, aproximadamente, a nuestro «coger al toro por los cuernos»; Wunderer, *Sprichwörter...*, lo califica de refrán popular, sin ascendencia literaria.

con los delios quedaban muchos puntos desagradables, pero, en cambio, de los territorios de Haliarto les siguieron más vergüenzas que frutos.

Muerte de Teedeto[58]

En aquella ocasión, Teedeto[59] 21
entró en el senado y habló acerca de la alianza; el senado aplazó su decisión y Tee- 2
deto murió de muerte natural, pues contaba ya más de ochenta años. Llegaron unos exiliados de Cauno y 3
de Estratonicea a Roma, y cuando les admitió a audiencia el senado, promulgó un decreto, según el cual los rodios debían evacuar las guarniciones de Cauno y de Estratonicea[60]. Filofrón y Astimedes navegaron a 4
toda vela con esta respuesta hacia su patria, temerosos de que los rodios desoyeran esta intimación, referente a la retirada de las guarniciones, e hicieran brotar otra fuente de acusaciones.

Lucio Anicio celebra su triunfo sobre Gentio

Lucio Anicio, que había sido pretor 22
de los romanos, derrotó a los ilirios y se llevó preso a Gentio, su rey, y a sus hijos. Organizó los juegos triunfales[61] en Roma y montó números que hicieron mondarse de risa, según cuenta Polibio en su libro trigésimo. Llamó de Gre- 2
cia a los profesionales más esclarecidos e hizo levantar una gran escena en el Circo Máximo. Y, primero, hizo salir en ella a todos los flautistas. Éstos eran Teodoro de Beocia, Teopompo, 3
Hermipo y Lisímaco, realmente los más famosos. Los puso de- 4
lante del escenario, acompañando al coro, y les ordenó tañer sus instrumentos, todos al unísono. Ellos andaban marcando el 5
ritmo con movimientos adecuados, pero Lucio Anicio les envió a decir que desafinaban y les ordenó más competitividad. Ellos 6
quedaron confusos, pero uno de los lictores les indicó que se volvieran y que se acometieran unos a otros fingiendo una bata-

---

58 Años 157/156 a. C.
59 Para Teedeto, cf. XXII 5, 2.
60 Estratonicea está veinte millas al S. de Alabanda, en Caria.
61 En las fiestas Quirinalias, el 17 de febrero del año 166 a. C.

7 lla. Los flautistas le entendieron al punto y, adoptando [un
juego] habitual en sus francachelas, organizaron una enorme ba-
8 raúnda. Los grupos centrales de danzantes se enfrentaban con
los que estaban en los extremos, los flautistas hacían sonar sus
instrumentos de manera discordante, emitían melodías ininteli-
9 gibles y avanzaban alternativamente unos contra otros. Todo
esto, al tiempo que los coros producían una gran algarabía:
subiendo a la escena agredían a sus adversarios, daban la vuelta
10 y se retiraban. Y cuando uno de los coreutas se ciñó sus vesti-
duras, se revolvió oportunamente y, a guisa de boxeador, alzó
los puños contra un flautista que le venía al encuentro, entonces
se produjo un aplauso y una aclamación formidables por parte
11 de los espectadores. Fingían todavía flautistas y coro una lucha
en toda línea, cuando entraron en escena dos bandas con zam-
poñas, seguidas de cuatro púgiles; venían también trompeteros y
clarineros. Lo que sucedió con todos éstos en liza es indescripti-
ble. Acerca de los actores de tragedias, concluye Polibio, si me
pusiera a hablar de ellos, parecería a alguno que lo tomo a
broma. (ATENEO, XIV 615.)

Rodas y Creta[62]

23 Por aquel entonces, los rodios,
apoyados por los de Gortina, es-
taban en guerra contra los raucios[63] y habían hecho un
pacto, refrendado con juramento, de no cejar en la
2 guerra antes de tomar Rauco por la fuerza. Los rodios,
que habían recibido la respuesta referente a los caunios,
vieron que el furor de los romanos no se había apaci-
guado, y cuando hubieron atendido debidamente todas
las respuestas, nombraron al punto embajador a Aris-
tóteles y lo enviaron a Roma con instrucciones de que
3 intentara de nuevo pactar una alianza. Llegó a Roma
en pleno verano, entró al senado y explicó inmediata-
mente cómo el pueblo rodio ya había obedecido las
órdenes de Roma, y solicitaron una alianza, sirvién-

[62] Años 167/166 a. C.

[63] Raucio: población a mitad de camino entre Cnosos y Gortina, en el valle de Mesara, en el centro de la isla de Creta.

dose de muchos y variados argumentos. El senado les dio una respuesta en la que no constaba para nada la amistad, y, en cuanto a la alianza, les decía que no había llegado el tiempo en que les conviniera concederla a los rodios.

Liberación de la Perea rodia[64]

Los habitantes de la Perea rodia parecían esclavos que se han visto inesperadamente libres de **24**
sus cadenas; no llegaban a creer en la realidad y se 2
movían con movimientos mayores que los que son naturales, sin pensar que aquellos con quienes se encuentran se aperciben de que ellos son verdaderamente libres, si no hacen algo absurdo y ajeno a las costumbres de los demás.

Asia: los juegos organizados por Antíoco IV[65]

Este mismo rey Antíoco[66], informado de que, en Macedonia, Paulo Emilio, el general romano, había llevado a cabo unos juegos deportivos, quiso superar a Paulo en el esplendor de su liberalidad y envió legados y oradores sagrados a las ciudades, para que anunciaran los juegos que, organizados por él, iban a tener lugar en Dafne[67]. **25**
Y el interés de los griegos por acudir allí fue grande. El princi- 2
pio de las celebraciones fue el desfile inicial, organizado como sigue. Abrían la marcha cinco mil jóvenes en la flor de la edad, 3
que llevaban armamento romano con lorigas abrochadas por cadenas; con ellos había cinco mil misios. A continuación se- 4
guían tres mil cilicios armados al modo de la infantería ligera; se cubrían con coronas de oro. Luego desfilaban tres mil tracios 5
y cinco mil galos. A éstos se añadían veinte mil macedonios: cinco mil con escudos de bronce y el resto con escudos plateados. Detrás venían doscientas cuarenta parejas de gladiadores, seguidos por mil jinetes de Nisa y tres mil de Antioquía mismo; 6

[64] Años 167/166 a. C.
[65] Año 166 a. C.
[66] Para Antíoco IV, cf. XXVI 1, 1-14.
[67] Dafne era un suburbio de Antioquía.

la mayoría de ellos llevaban fáleras[68] y coronas de oro; los res-
7 tantes, fáleras de plata. A sus espaldas marchaban los llamados
jinetes reales: eran un millar, todos con fáleras de oro. Mar-
8 chaban, luego, los denominados amigos del rey, iguales a la
formación anterior tanto en número como en ornato. A conti-
nuación, mil caballos escogidos, seguidos por el escuadrón lla-
9 mado *ágema*, que es tenido por la formación más potente de
la caballería siria; eran mil. Continuaba el desfile la caba-
llería acorazada, llamada así, lógicamente, porque hombres y
caballos van protegidos por sus armas. Éstos eran mil quinien-
10 tos. Todos los citados llevaban mantos de púrpura, muchos de
11 ellos con brocados de oro y bordados heráldicos. Seguían cien
carros de seis caballos y cuarenta cuadrigas, carros tirados
por elefantes y troncos de ellos. Cerraban la marcha treinta y
seis elefantes en fila, con sus correspondientes torreones.

12 El resto del cortejo es difícil de describir, pero intentaré
resumirlo. Porque desfilaron unos ochocientos efebos, tocados
con coronas de oro, unas mil vacas bien cebadas y alrededor
de trescientas más engalanadas, y ochocientos colmillos de ele-
13 fante. El número de imágenes fue incontable, pues eran llevadas
en andas todas las de aquellos que los hombres dicen o creen
ser dioses, semidioses e, incluso, héroes; unas eran sobredora-
14 das y otras estaban revestidas con ropajes de oro. Y a todas
ellas les acompañaban representaciones, ejecutadas en materia-
les preciosos, de los mitos referidos a ellas tal como tradicio-
15 nalmente se narran. Les seguían estatuas de la Noche y del Día,
16 de la Tierra y del Océano, de la Aurora y del Mediodía. La
cantidad de oro y de plata se puede adivinar por lo que sigue:
sólo a un amigo del rey, Dionisio, el secretario de cartas rea-
les, le seguían mil esclavos que llevaban bandejas de plata,
17 valorada cada una en no menos de mil dracmas. Iban a su lado
seiscientos pajes reales, portadores de bandejas de oro. Seguían
mujeres, unas doscientas, que rociaban con perfumes; las vasijas
18 eran de oro. Venían, luego, ochenta mujeres más, sentadas en
literas con peanas de oro, y quinientas, instaladas en otras li-
teras con peanas de plata, todas ellas vestidas lujosamente.
19 Y esto era lo más vistoso del cortejo. (ATENEO, V 194.)

---

[68] Adornos que se ponían a los caballos.

Concluidos los juegos, los combates de los gladiadores y las cacerías, certámenes que duraron treinta jornadas, en los que hubo siempre espectáculos, todos los participantes que habían acudido al gimnasio se ungían, durante los cinco primeros días, con perfumes de azafrán contenidos en frascos de oro. Estos frascos eran quince, y había otros tantos de cinamomo y de nardo. Igualmente, en los días siguientes, llevaron allí fenogreco, mejorana y bálsamo de iris, esencias, todas ellas, de finísimo aroma. Para los banquetes se dispusieron, a veces, mil triclinios, otras veces, mil quinientos, siempre con un paramento lujosísimo[69].

26 (margin, line 1) · 2 (margin, beside "de azafrán contenidos en frascos de oro. Estos frascos") · 3 (margin, beside "ellas, de finísimo aroma. Para los banquetes se dis-")

Pero la disposición efectuada por él fue extremadamente rancia y mezquina. Porque, montado en un magro jamelgo, recorrió el desfile: a unos ordenaba avanzar y a otros detenerse; situaba el resto al azar. De manera que, si alguien le hubiera quitado la diadema, nadie de los que no le conocían hubiera podido creer que aquél era el rey señor de todo, pues al verle no ofrecía ni tan siquiera la imagen de un sirviente. En los convites se quedaba de pie en las entradas del comedor: hacía entrar a unos y asignaba el lugar a otros; él mismo daba órdenes a los criados que portaban los manjares. Luego se dirigía a los comensales, al azar, y aquí se sentaba y allí se tumbaba. A veces dejaba la copa, otras tiraba los yantares, brincaba, iba a otro sitio y andaba por todo el comedor; tomaba las bebidas de pie y jugueteaba con los músicos. Alguna vez, si el banquete se prolongaba y la mayoría de los participantes ya se había ido, se presentaba a hombros de los histriones, totalmente disfrazado; aquéllos lo depositaban en el suelo. Allí, incitado por los sones de los músicos, se levantaba desnudo y, jaraneando con los payasos, ejecutaba las danzas que habitualmente suscitan las carcajadas y las groserías del público, de

[69] Los dos textos que siguen, que en la edición de Büttner-Wobst se dan en paralelo, no son de Polibio, sino de Diodoro y de Ateneo, como se nota oportunamente, quienes refunden, con algunas variantes, un texto polibiano. Schweighäuser omite estos textos en su edición dindorfiana y Walbank no los comenta.

modo que los comensales, avergonzados, abandonaban el banquete. Todos los asistentes a la fiesta, cuando veían los excesos de aquel baile, los gastos de los juegos y de los desfiles y la disposición de todo, quedaban pasmados y extrañados del rey y de su reino, mirándole fijamente, debido a su conducta repugnante. Apenas si podían creer que, en una misma y única naturaleza, pudieran juntarse, a la vez, tal dignidad y tal perversidad. (Diodoro, XXXI 16, 2.)

Pero la disposición de todo la llevó personalmente el rey, quien, montado en un magro jamelgo, recorría el desfile: mandaba a unos avanzar y a otros detenerse. En el convite, se quedó de pie a la entrada del comedor: hacía entrar a unos y asignaba el sitio a otros; él mismo daba las indicaciones a los sirvientes que portaban los manjares. Luego se paseaba entre las mesas: aquí se sentaba y allí se tumbaba; alguna vez, mientras los asistentes comían y bebían, metía en medio, de pronto, su copa o su boca y, luego, se iba brincando a otra parte. De modo que recorría así las mesas de los comensales, se paraba aquí y admitía los brindis de unos y de otros, al tiempo que retozaba con los que recitaban algo cómico. Luego, cuando el convite se iba prolongando y muchos ya se retiraban, los histriones hacían salir al rey totalmente disfrazado y lo depositaban en el suelo, como si fuera uno de ellos. El rey, entonces, incitado por los sones de los músicos, hacía de histrión con los payasos más ridículos, de modo que, avergonzados, los invitados se iban. Todos los juegos se celebraron sufragados en parte por el dinero que Antígono, tras violar los pactos con el rey Filométor[70], todavía un niño, le robó de Egipto; otra parte, la aportaron sus cortesanos. Sin embargo, la mayor parte se pagó con el dinero procedente del expolio de los templos egipcios. (Ateneo, X 439.)

27 Casi inmediatamente después de concluirse los juegos se presentó el embajador Tiberio Sempronio en
2 calidad de inspector[71]. Antíoco lo acogió con tanta amabilidad y cortesía, que el romano ni sospechó tan

[70] Cf. XXIX 6, 1-2.
[71] Años 166/165 a. C.

siquiera ni detectó nada que permitiera entrever cualquier enojo por lo ocurrido en Alejandría. Tanto es así, que a los que decían cosas de este tipo los desmentía, por la cordialidad con que había sido recibido.
Pues, sólo para citar esto, Antíoco puso a disposición 3
de Tiberio y de sus acompañantes su propio palacio.
Y, por lo que decía, casi le ciñe la diadema, a pesar 4
de que su disposición interna no era ésta, sino la contraria.

Italia[72]

Los romanos garantizaron a los 28
emisarios de los galos asentados en Asia la autonomía, siempre que permanecieran en sus propias residencias y no salieran en son de guerra de sus propios dominios.

Odio en Grecia contra Calícrates y otros prohombres partidarios de los romanos[73]

Cuando los legados se presen- 29
taron en el Peloponeso y expusieron el contenido de las respuestas, no hubo ciertamente alboroto, pero sí cólera y odio evidentes contra Calícrates[74] y sus amigos.
El odio contra Calícrates, Andrónidas[75] y sus sim- 2
patizantes se puede deducir de lo que sigue: cuando en 3
Sición se celebraban las fiestas llamadas Antigoneas[76] y todos los baños públicos tenían pilas y bañeras[77] comunes, en las que se acostumbran a bañar los per-
sonajes elegantes, cada vez que bajaban a ellas An- 4
drónidas, Calícrates o uno de sus adictos, no se atrevía

---

[72] Año 166.

[73] Años 166/165.

[74] Para Calícrates, cf. XXIII 8, 1-10.

[75] Cf. XXIX 25, 1.

[76] Cf. II 70, 5.

[77] Las dos palabras griegas que recubren los términos «pila» y «bañera» deben significar algo diferente, pero no se ve claro en qué pueda consistir la diferencia. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

a descender nadie más de los que aguardaban su turno
antes de que los bañeros hubieran vaciado toda la ba-
ñera y se hubiera llenado otra vez con agua limpia.
5 Hacían esto en la creencia de que iban a contagiarse,
6 si se metían en la misma agua que los antedichos. Sería
difícil enumerar totalmente los silbidos que se les diri-
gían en las celebraciones comunes de los griegos, y las
burlas cuando alguien se disponía a anunciar a un
7 hombre de éstos de que tratamos. Incluso los niños
que salían de las escuelas e iban por las calles, si se
cruzaban con ellos, se atrevían a chillarles: «¡traido-
res!». Tal fue el desprecio y el odio en que incurrieron
las personas predichas.

Embajadas en Roma de Prusias, Rodas y Acaya[78]

30 Se presentaron en Roma mu-
chos embajadores, pero los más
notorios fueron: Astimedes, por
los rodios; por los aqueos, Eu-
reas, Anaxídamo y Sátiro, y Pitón por Prusias. Y el se-
2 nado concedió audiencia a todos ellos. El embajador de
Prusias acusó al rey Éumenes: dijo que se les había
anexionado territorios y que no dejaba en paz en ab-
soluto a la Galacia, desobedeciendo así los decretos
3 del senado; ensalzaba a sus partidarios y humillaba,
continuamente y de todas las maneras posibles, a los
adictos a Roma y que querían hacer una política se-
4 gún los decretos del senado. Había también algunos
embajadores de las ciudades de Asia[79], que acusaban al
rey Éumenes insistiendo en que había colaborado con
5 Antíoco. El senado escuchó las acusaciones. No las re-
chazó, pero tampoco manifestó su propia opinión, sino
que se la reservó en su fuero interno, porque no se
6 fiaba ni de Éumenes ni de Antíoco; en cambio, reforzó
7 a los galos las garantías de independencia. Tiberio re-

[78] Años 165/164 a. C.

[79] Con la inclusión de Selge, cf. XXXI 1, 3.

gresó de su embajada incapaz de entender personal-
mente, y mucho menos de explicar al senado, las situa-
ciones respectivas de Éumenes y de Antíoco en algo
que no fuera lo que ya había sabido antes, al salir de
Roma. Tanto le engañó[80] la aparente amabilidad de los 8
reyes.

A continuación, el senado convocó a los rodios para **31**
escucharles. Astimedes entró discretamente, permaneció 2
de pie, con una táctica mejor que la de su embajada
anterior, pues dejándose de acusar a los demás, em- 3
pezó a rogar como los azotados durante la flagelación;
decía que su país había sufrido multas bastantes, más
de lo que merecían sus errores. Luego pasó revista a 4
las pérdidas, repasándolas sumariamente; primero ha-
bían sido desposeídos de Licia y de Caria, en las que
habían invertido desde el principio grandes sumas de
dinero: se habían visto obligados a sostener tres gue-
rras contra estos países. Y ahora se ven privados de lo
mucho que ingresaban de ellos. «Sin duda, esto tiene 5
sus razones —añadió—, pues fuisteis vosotros los que
cedisteis tales territorios a mi pueblo como muestra
de simpatía y de agradecimiento. Y ahora, al quitár-
noslos, dais la impresión de proceder fundadamente,
ya que os han surgido diferencias con nosotros y hemos
recaído en vuestras sospechas. Pero Cauno, por des- 6
contado, lo adquirimos, por el precio de doscientos
talentos, de los generales de Ptolomeo; Estratonicea,
nos la entregó, con grandes muestras de agradecimiento
encima, Antíoco, el hijo de Seleuco. De estas dos ciu- 7
dades mi país tenía unos ingresos anuales de ciento
veinte talentos, rentas de las que nos hemos visto 8
privados íntegramente por nuestra voluntad de seguir
vuestras órdenes. De modo que habéis impuesto a Ro- 9

[80] En rigor, la palabra griega es mucho más fuerte y fue escrita con evidente desprecio: «castró».

das por ignorancia una sanción mayor que la que habéis
aplicado a los macedonios, perpetuos enemigos vues-
10 tros. Pero he aquí las pérdidas más sensibles que ha-
béis infligido a nuestra ciudad: nuestro puerto ya no
percibe derechos de aduana, porque vosotros[81] habéis
convertido Delos en puerto franco y habéis despojado
al pueblo de la libertad por la que se manejaba con
una dignidad a su altura no sólo en lo referente al
puerto, sino en todos los problemas ciudadanos res-
11 tantes. No es difícil comprobar la verdad de mi afirma-
12 ción: los derechos de puerto, que hasta ahora nos
rendían un millón de dracmas anuales, nos los habéis
reducido a ciento cincuenta mil, de manera que vuestra
cólera, romanos, se ha encendido en los lugares deci-
13 sorios de nuestra ciudad. Si nuestro error hubiera
sido general y el pueblo entero hubiera sentido aversión
contra vosotros, ¿qué duda cabe de que parecería ex-
14 plicable vuestra cólera dura y rigurosa? Pero si sois muy
conscientes de que son muy pocos los responsables de
una tal locura y de que todos esos han sido suprimidos
15 por el mismo pueblo, ¿por qué sois tan severos con
los inocentes, cuando con todos los demás sois benig-
16 nos y los más magnánimos? Por ello, senadores, el
pueblo rodio, que ha perdido sus ingresos, su libertad
de expresión[82], la igualdad política, ideales por los
17 que ha estado dispuesto a sufrir cualquier cosa, pide
y suplica de todos vosotros, puesto que ha recibido ya
golpes suficientes, que ceséis en vuestra cólera y pac-
téis una alianza, para que quede visible al mundo en-
tero que habéis depuesto vuestro enojo contra los ro-
dios y que habéis regresado a vuestra primitiva actitud
18 amistosa. Porque esto es lo que ahora necesita nues-

[81] Aquí el texto griego, en la edición de Büttner-Wobst, tiene un error tipográfico evidente que torna distinto el sentido; la coma después del genitivo plural *hōn* debe suprimirse.

[82] Cf. XVII 4, 7.

tro pueblo, y no una alianza que lo sostenga con armas
y soldados.»

Estas cosas y otras por el estilo dijo Astimedes:
su lenguaje pareció decoroso y a tono con las circuns-
tancias. Tiberio Graco, recién llegado, ayudó mucho 19
a los rodios a que obtuvieran la alianza, pues atestiguó, 20
en primer lugar, que los rodios habían atendido las
indicaciones del senado romano y, además, que habían
condenado a muerte a los responsables de aquella ene-
mistad, derrotado a sus contradictores y abierto la vía
a la alianza con Roma.

Cierto tiempo después fueron admitidos los emi- 32
sarios aqueos, portadores de instrucciones en conso-
nancia con las respuestas que habían recibido. Aquéllas 2
eran manifestarse extrañados de cómo les recomenda-
ban decir algo que ya tenían decidido: de ahí que 3
comparecieran Eureas y sus colegas para subrayar
que la liga aquea ni oyó jamás ante un tribunal a los
acusados[83], ni emitió juicio acerca de ellos; ahora 4
demandaba al senado que considerara el caso de estos
hombres, que los juzgara y que no tolerara que pere-
cieran sin juicio. Pero su principal requerimiento era 5
que explicara de qué acusaciones eran reos. Y si el se-
nado romano no podía hacerlo debido a sus muchos
problemas, que confiase el asunto a los aqueos, que
procurarán tratar con rigor a los culpables. El senado 6
escuchó a los mensajeros, que hablaron según sus ins-
trucciones, y pasó apuros, pues se veía acosado por
todos lados[84]. Si bien pensaba que aquel juicio no les 7
correspondía, sin embargo absolver sin juicio a aque-
llos inculpados era evidente que iba a ser la ruina de
los amigos de Roma. Por lo que se propuso, pues no 8
había otra alternativa, anular la esperanza del pueblo

---

[83] Ante los romanos.
[84] Cf. XXXVIII 9, 6.

sobre la salvación de los detenidos e imponer el silen-
9 cio, para que la Acaya siguiera a Calícrates, y las de-
más ciudades, a los que fueran en ellas partidarios de
Roma. De modo que formuló la respuesta siguiente:
«Juzgamos que no conviene ni a los romanos ni a vues-
tros pueblos que estos hombres se reintegren a sus
10 países.» Cuando se esparció esta contestación, a los que
habían sido llamados a Italia se les encogió el espíritu
y cayeron en un desánimo total; entre los griegos res-
tantes residentes en Roma hubo una aflicción general,
porque pareció que con esta respuesta la esperanza
de salvación de los exiliados se desvanecía totalmen-
11 te; en Grecia, cuando se supo la solución dada a los
aqueos referente a los acusados, la mayoría de la gente
se desalentó y una desesperación sorda invadió a aque-
12 llos hombres; Cárope y Calícrates [85], sin embargo, y
todos los jefes de su facción cobraron ánimos reno-
vados.

[85] Sobre Cárope, cf. XXVII 15, 3; sobre Calícrates, confrontar XXIV 8, 1-10, 15.

LIBRO XXXI

(FRAGMENTOS)

Sumisión de los camamenos a Roma[1]

1 Tiberio Graco sometió a los camamenos a Roma: forzó a unos y convenció astutamente a los demás.

Legados de Éumenes en Roma, y romanos en Grecia y en el Asia Menor[2]

2 Presentáronse en Roma numerosos legados y el senado concedió audiencia a los de Átalo y a los atenienses. 3 Pues, de hecho, Prusias no se limitó a calumniar él personalmente a Átalo y a Éumenes[3], sino que había instigado a los gálatas, a los selgueos[4] y a otros muchos pueblos de Asia para que hicieran lo mismo. 4 Ésta fue la causa de que el rey Éumenes hubiera enviado a sus hermanos a que le defendieran de las

[1] Los camamenos eran los habitantes de Camamene, en la orilla derecha del río Halis, al NO. de Capadocia. Esta ocupación se dio en el año 165/164, por lo que parece que los editores Büttner-Wobst situaron este texto erróneamente a principios del libro XXXI. Véase la discusión en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[2] Años 164/163.

[3] Para las acusaciones de Prusias contra Éumenes y Antíoco, en el sentido de que conspiraban contra Roma, cf. XXX 30, 2.

[4] Sobre Selge, cf. la nota 256 del libro V.

5 acusaciones lanzadas contra él. Éstos comparecieron
ante el senado y todos los acusadores quedaron im-
presionados por la justeza de aquel alegato: al final
los hermanos de Éumenes no sólo rebatieron total-
mente las insidias de que éste era objeto, sino que re-
6 gresaron a Asia colmados de honores. Pero no por ello
el senado romano dejó de recelar de Éumenes y de
Antíoco: nombrando legados a Cayo Sulpicio[5] y Mario
Sergio, los remitió, como legados e inspectores, a Gre-
7 cia. Debían decidir la cuestión de los territorios que
se disputaban lacedemonios y megalopolitanos, pero,
principalmente, escrutar con diligencia las intenciones
de Antíoco y de Éumenes, por si proyectaban otra ac-
ción conjunta contra los romanos.

2 Demetrio, el hijo de Seleuco[6], llevaba ya largos años
retenido en Roma y, puesto que lo era en calidad de
rehén, esta retención era a todas luces injusta desde
2 hacía tiempo. Su padre lo había entregado en prenda
de su lealtad; al sucederle Antíoco en el reino, no
estaba bien que Demetrio siguiera de rehén sustitu-
3 yendo[7] a los hijos de aquél. A pesar de ello, tardó
mucho en moverse, más que nada por su ineptitud,
4 ya que era un muchacho. Pero, cuando llegó a la flor
de la edad, sacó a relucir el tema: acudió al senado[8]
y pidió y suplicó que lo restituyeran a su reino, ya que
el imperio le correspondía a él más que a los hijos
5 de Antíoco[9]. Expuso largamente esta tesis y recurrió,

[5] Es el que arenga a las tropas romanas antes de la batalla de Pidna.

[6] Cf. III 5, 3.

[7] Otra interpretación posible es: «como garantía por».

[8] En el año 163 a. C.

[9] Se trata de Antíoco IV; sobre las circunstancias de su acceso al poder, cf. XXVI 1, 1. El trono le correspondía más, según su punto de vista, por ser el hijo mayor de Seleuco IV, hermano mayor de Antíoco, pero que murió después de él.

en especial, a la afirmación de que, en realidad, Roma
era su patria y su nodriza, de que para él los hijos de
los senadores eran como hermanos y los senadores,
como padres, puesto que él llegó a Roma siendo un
niño, y a la sazón contaba ya veintitrés años. Todos los 6
senadores, al oír esto, se emocionaron, y, sin embar-
go, el senado decretó retener a Demetrio y disponer
el imperio para el niño que había quedado [10], cosa que 7
hizo, según creo, al ver que Demetrio ya era persona
mayor; los senadores pensaron que convenía más a
sus intereses la poca edad y la incapacidad del niño
que era el sucesor en el trono. Lo cual es patente por 8
todo lo que siguió, pues nombraron embajadores a Cayo 9
Octavio, Espurio Lucrecio y Lucio Aurelio y les des-
pacharon inmediatamente como administradores del
imperio según las decisiones del propio senado, ya que 10
nadie iba a oponerse a sus mandatos. En efecto, el
rey era un muchacho y los cortesanos estaban satisfe-
chos, precisamente, porque el gobierno no había sido
entregado a Demetrio. Esto era lo que ellos más espe-
raban. Cneo Octavio partió, pues, con la orden primero 11
de pegar fuego a las naves ponteadas [11], luego de desja-
rretar a los elefantes y, en resumen, de aniquilar la
potencia militar del rey. Estos legados llevaban tam- 12
bién consigo mandato de observar lo que ocurría en
Macedonia, pues los macedonios, inhabituados a un
sistema político democrático y asambleario, se debatían
en pendencias internas. Por lo demás, convenía, inclu- 13
so, que Cneo Octavio no perdiera de vista ni a los
gálatas ni a Ariarates [12]. Al cabo de algún tiempo, el se- 14
nado romano remitió un escrito para que, dentro de lo
posible, los dos reyes de Alejandría se reconciliaran.

---

[10] El hijo de Antíoco confirmado por el senado como rey fue Antíoco IV Eupátor. Reinó un solo año, 163-162 a. C.

[11] Prohibidas por el tratado de Apamea (cf. XXI 43, 13).

[12] Más abajo, en el cap. VII, Polibio se ocupará del tema.

Embajada de Ariarates V en Roma[13]

3 Por aquel mismo tiempo comparecieron en Roma unos legados de Ariarates, que acababa de tomar el relevo en el reino de Capadocia: pretendía re-
2 novar la amistad y la alianza ya existentes y, en resumen, recomendar al senado que aceptara la amistad y la buena voluntad de Ariarates, profesadas por éste
3 pública y privadamente a todos los romanos. El senado atendió estas palabras, renovó la amistad y la alianza, aceptó la actitud del rey y lo trató humanamente.
4 Todo fue así, gracias principalmente a Tiberio Graco, en aquella ocasión en que fue enviado como observador de la situación en que se hallaban los reyes; cuando estuvo de vuelta habló de manera muy favorable
5 al padre y, en conjunto, a su reino. Los senadores le habían dado crédito y acogieron muy propiciamente la predisposición del rey.

Grecia: situación en Rodas y en Caria[14]

4 Los rodios, que ya respiraban de los apuros en que se habían visto metidos, enviaron a Roma
2 como mensajero a Cleágoras: solicitaban la adjudica-
3 ción de Calinda[15]; en cuanto a sus posesiones de Licia y de Caria, pedían al senado romano que se les per-
4 mitiera continuar disfrutándolas igual que antes. Votaron además erigir en el templo de Atenea un coloso de treinta codos de altura dedicado al pueblo de Roma.
5 Cuando los calindeses hicieron defección de los caunios[16] y éstos emprendieron el asedio de aquéllos,

[13] Años 164/163 a. C. Ariarates V Eusebés Eupátor sucedió a su padre Ariarates IV Eusebés a principios del 163 a. C.

[14] Año 163 a. C.

[15] Esta ciudad estaba en la misma frontera entre Caria y Licia, a ochenta estadios al S. de Cauno, y al E. del río Indo.

[16] Sobre Cauno, cf. XXX 5, 11. La revuelta de Calinda debió de ser en los años 164, o bien: 163, posteriormente al tratado entre Rodas y Roma (XXX 31, 20).

inicialmente los calindeses requirieron la ayuda de los
cnidios. Éstos acudieron en su socorro y, durante al- 2
gún tiempo, los calindeses resistieron a sus enemigos.
Sin embargo más tarde, temiendo por su futuro [en- 3
viaron legados a los rodios,] y se les entregaron junta-
mente con su ciudad. Los rodios mandaron apoyo por 4
mar y por tierra, forzaron el asedio y ocuparon la
ciudad. Y el senado romano los confirmó en la posesión 5
de la plaza de Calinda.

Asia: Sulpicio Galo alienta la acción contra Éumenes[17]

Además de las imprudencias **6**
ya citadas, Cayo Sulpicio Galo se
iba presentando en las ciudades
más conocidas de Asia y publica-
ba una proclama por la que, si alguien deseaba for- 2
mular acusaciones contra el rey Éumenes, era invi-
tado a presentarse en Sardes en un tiempo fijado.
Luego acudió personalmente a esta capital, se estableció 3
durante diez días en su gimnasio y escuchó a todos los
acusadores: admitió contra el rey cualquier maledicen- 4
cia y ultraje, y, en general, concedió importancia a cual-
quier hecho y a cualquier acusación, ya que era hom- 5
bre de cabeza huera y se gloriaba de sus diferencias
con Éumenes.

En el grado en que los romanos parecía que se 6
malquistaban con Éumenes, en ése mismo, de hecho,
los griegos se le iban adhiriendo, pues los hombres na-
turalmente siempre otorgan su favor al oprimido.

Ariarates V y Lisias, ministro de Antíoco V[18]

Ariarates, el rey de Capadocia, **7**
tras recibir de vuelta a los lega-
dos que había enviado a Roma,
por las respuestas que éstos lle-
vaban creyó que ahora su reinado se le consolidaba
de verdad, ya que había obtenido el favor de los roma-

---

[17] Año 163 a. C.

[18] Año 163 a. C.

nos. Ofreció a los dioses sacrificios de acción de gracias por lo ocurrido y dio un banquete a sus generales.
2 Luego envió legados a Lisias, en Antioquía, empeñado en recuperar los restos de su madre y de su hermana [19].
3 Pero se abstuvo de formular acusaciones por aquella impiedad, pues no quería irritar a Lisias, aunque le dolía profundamente lo ocurrido. Mas no quería fracasar en su intento: dio órdenes muy concretas a sus
4 enviados y los expidió. Lisias accedió y Ariarates recuperó los cuerpos; les organizó un solemne recibimiento y los sepultó reverentemente junto al sepulcro de su padre.

Legados romanos en Capadocia [20]

8 En aquella misma época llegaron de Roma ciertos mensajeros: primero, Marco Junio, para dirimir las diferencias de los gálatas con el rey Aria-
2 rates. Pues, luego que los trocmios [21] no lograron por sí mismos desgajar territorio alguno de Capadocia [22], antes bien, cuando procuraron conseguirlo, se encontraron con el castigo que merecían, apelaron a los ro-
3 manos e intentaron calumniar a Ariarates. Éste es el motivo por el que Junio fue enviado. El rey le dirigió las palabras oportunas, habló con él elogiosa y amis-

---

[19] Ariarates IV se había casado con Antíoquis, hija de Antíoco III, según cuenta Diodoro (XXXI 19, 7). Ariarates V fue hijastro de ella, aunque la apreció siempre como madre.

[20] Año 163 a. C.

[21] Los trocmios eran una de las tres tribus gálatas; para su derrota a manos de Manlio Vulsio, cf. XXI 39, 14. Habitaban la Galacia oriental, a lo largo del río Halis.

[22] Capadocia es una región situada en el centro de Asia Menor, entre Galacia y Armenia; su capital era Mazaba. Se debe advertir que, en lo que sigue, el texto griego original está muy corrompido y que la traducción responde al texto conjetural de Büttner-Wobst, quienes, en el aparato crítico, apuntan otro texto posible, que, traducido, daría: «se envalentonaron e intentaron conseguirlo».

tosamente, y le despidió. Presentáronse, después, 4
Cneo Octavio y Espurio Lucrecio, que entablaron nuevas conversaciones con el rey acerca de las diferencias
que los gálatas sostenían con él. Ariarates conferenció 5
con estos segundos legados brevemente acerca del tema y afirmó su buena disposición ante cualquier acuerdo que se tomara. Pero, a continuación, se extendió largamente sobre la situación de Siria, pues sabía
que Cneo Octavio iba a continuar hacia allí. Le señaló 6
la iniquidad de aquel reino y la versatilidad de sus dirigentes. Le ofreció acompañarle con sus tropas para vigilar muy de cerca la situación hasta que regresara
incólume de Siria. Cneo agradeció en todo la buena 7
voluntad y el interés, pero dijo que por el momento
no necesitaba escolta. Si en el futuro se veía en alguna 8
necesidad, se lo comunicaría sin ambages, porque, aseguró, lo tenía por uno de los verdaderos amigos del pueblo romano.

Muerte de Antíoco Epífanes[23]

En Siria, el rey Antíoco desea- 9
ba disponer de dinero en abundancia y preparó una expedición
contra el templo de Ártemis en Elimaide[24]. Se presentó, 2
pues, en este lugar, pero vio burlada su esperanza, porque los bárbaros habitantes del país no consintie-
ron en el sacrilegio. Se retiró y murió en Tabas[25] de 3
Persia, enloquecido, según cuentan algunos, ya que le

[23] Año 163 a. C.

[24] Elimaide es la Elam de los hebreos, región entre Babilonia y Persis; era un país independiente, aunque tradicionalmente aliado con los seléucidas.

[25] La tradición manuscrita griega vacila entre Tabas y Gabas. El primer topónimo corresponde a una plaza de Caria y el segundo, a la ciudad principal de la región llamada de Paraitakene, al S. de Ecbátana, hoy un suburbio de la moderna ciudad de Ispahan. Este hecho viene narrado con tintes apologéticos en el bíblico libro 1*Mac* VI 1-17.

sobrevinieron unos presagios demoníacos por su profanación del templo indicado.

Italia: rivalidad entre los hermanos Ptolomeos[26]

10 Después que los dos Ptolomeos se hubieron partido el reino, Ptolomeo el Joven acudió a Roma[27] con la pretensión de anu-
2 lar el reparto que había hecho con su hermano. Alegaba que había cumplido aquella orden no voluntariamente, sino forzado y cogido por las circunstancias.
3 Solicitaba, pues, del senado que le fuera asignada la isla de Chipre, pues su parte resultaba, incluso así,
4 muy inferior a la de su hermano. Lucio Canuleyo y Quinto Marcio Filipo dieron un testimonio que confirmaba la versión de Ménilo, que era el legado remitido por Ptolomeo el Mayor: el hermano menor debía al otro no ya Cirene, sino hasta la propia vida —tanta era la repugnancia y la aversión que el pueblo sentía
5 por él—. Se le dio, contra toda esperanza e, incluso, de manera paradójica, el gobierno de Cirene[28]: que lo aceptara contento y que, tras ofrecer los sacrificios correspondientes, tomara el juramento a su hermano y
6 lo formulara él mismo. Ptolomeo el Menor se oponía a todo esto, pero el senado romano, comprendiendo que la división era [injusta,] pero ya definitiva, quiso repartir el imperio de una manera útil[29], ya que él mismo había sido el impulsor de aquella desmembración: en su propio interés accedió a las pretensiones
7 de Ptolomeo el Joven. Los romanos echan mano con

---

[26] Años 163/162 a. C.

[27] Probablemente, en el otoño del año 163.

[28] La restauración de Ptolomeo VI, con ayuda romana, en mayo del 163 fue seguida por una partición del reino; Cirene fue asignada a Ptolomeo VIII y el primero se quedó estrictamente con Egipto.

[29] Otra posible interpretación del texto griego es: «... repartir el imperio valiéndose de su poder estatal».

frecuencia de decisiones así: se aprovechan de la ignorancia del vecino para aumentar y organizar de forma efectiva su propio poder, cosa que encima se les agradece, pues dan la impresión de beneficiar a los ofendidos. Entonces los senadores contemplaban la gran- 8
deza de la dinastía egipcia y, temiendo que llegara a tener un jefe verdadero, con más prudencia de la que convenía a Roma, nombraron mensajeros a Tito Torcuato y a Cneo Cornelio Mérula, quienes debían trasladar a Ptolomeo el Menor a Chipre, cumpliendo allí las intenciones del rey y las del propio senado. Y los 9
remitieron sin tardanza, con la orden de reconciliar a los hermanos y entregar la isla de Chipre al menor, pero evitando una guerra.

Demetrio I huye de Roma[30]

Por aquel entonces, propalada 11
la noticia de lo que le ocurrió a Cneo Octavio, de que había sido asesinado, comparecieron en Roma unos legados del rey Antíoco, enviados por Lisias, para explicar que los 2
cortesanos del rey no tenían arte ni parte en aquel crimen. El senado remitió a los legados negándose a 3
darles cualquier respuesta y a exponer su propio parecer. Demetrio, excitado[31] ante tales nuevas, aquel 4
mismo día llamó a Polibio y consultó con él, pues dudaba de si debía acudir otra vez al senado a discutir el mismo tema. Polibio le advirtió que no tropezara 5
dos veces en la misma piedra[32], sino que alimentara

[30] Años 163/162 a. C.

[31] Es menos probable la interpretación de algunos: «aterrorizado».

[32] Precisamente en este lugar fundamenta WUNDERER, *Sprichwörter...*, págs. 43-44, la demostración de que Polibio es un autor cuyo lenguaje está profundamente enraizado en el popular, a pesar de ser culto. Sin embargo, ha aclarado, inmediatamente antes, que otras fuentes de las sentencias y refranes que aduce son compilaciones ya entonces existentes (debidas a Aristóteles

en sí sus propias esperanzas y se arriesgara a algo
digno de su reino: la situación presente le ofrecía mu-
6 chas oportunidades. Demetrio ponderó lo que se le
decía y, de momento, calló, pero, unos días después,
abordó el mismo tema con Apolonio, uno de sus ami-
7 gos íntimos. Éste, persona ingenua y todavía muy
joven, le aconsejó tantear una vez más el senado, pues
estaba convencido de que por lo menos lo exoneraría
de su condición de rehén, ya que lo había desposeído
contra toda razón, de un imperio que le pertenecía.
8 Era absurdo, en efecto, que si el hijo de Antíoco había
sido el sucesor en el reino de Siria, Demetrio fuera
9 rehén en vez del otro. Convencido por estas razones,
Demetrio acudió por segunda vez al senado y rogó
que, como mínimo, lo libraran de aquella condición
forzosa de rehén, ya que habían decidido disponer
10 el reino en favor de Antíoco. A propósito de esto habló
prolijamente, pero el senado romano, como era lógico,
11 no varió su actitud. Pues si antes, no porque Demetrio
no dijera la verdad, sino porque convenía a sus propios
intereses, decidió preservar el imperio para el niño,
la situación ahora era la misma, y lo natural era que
la decisión senatorial se basara en los mismos presu-
puestos [33].

12 Demetrio, que había emitido en vano el canto del
cisne [34], reconoció la bondad del consejo de Polibio
2 de que no tropezara dos veces en la misma piedra y
deploró lo que había hecho. Pero era de natural ani-
moso y tenía una audacia suficiente de cara a sus de-

y a Aristófanes de Bizancio, entre otros menos importantes), o bien directamente de la obra de los grandes clásicos griegos (Platón, los trágicos, los cómicos, el propio Homero).

[33] Cuando Polibio señala su intervención personal en un asunto subraya significativamente, aunque de modo implícito, un cierto cinismo y oportunismo del senado romano.

[34] Cf. la nota 13 del libro XXX.

cisiones. Llamó al punto a Diodoro, que acababa de
llegar de Siria, y le participó sus intenciones. Este 3
Diodoro había sido padre adoptivo de Demetrio; era
hombre ladino y que había examinado cuidadosamente
la situación en Siria. Señaló a Demetrio que el asesi- 4
nato de Cneo Octavio había allí revuelto las cosas, que
las masas no se fiaban de Lisias, y éste tampoco de
ellas, y que el senado romano estaba convencido de
que el crimen contra sus embajadores se había co-
metido por instigación de los cortesanos reales, de ma-
nera que la ocasión se presentaba muy favorable para
aparecer en la escena: la población de allí le traspa- 5
saría a él el reino sin la menor tardanza, incluso si
se presentaba acompañado sólo de un esclavo. Y el se-
nado romano ya no se atrevería ni a apoyar ni a dar
soporte a Lisias, después de lo que éste había cometi-
do. Lo que faltaba es que huyera de Roma sin ser 6
notado y que nadie llegara a hacerse idea de sus pro-
pósitos. Tomada ya tal resolución, Demetrio convocó 7
a Polibio, le dio cuenta de sus miras, le incitó a cola-
borar en su intento y a meditar conjuntamente cómo
podría manejarse para la fuga. Casualmente estaba en 8
Roma, entonces, Ménilo de Alabanda en su calidad de
embajador del rey Ptolomeo el Mayor, para defenderle
ante el senado y justificarle contra Ptolomeo el Menor.
Realmente, Polibio era muy amigo de Ménilo y confiaba
mucho en él. Lo creyó el hombre justo para la em- 9
presa que se les presentaba y lo recomendó a Demetrio
con todo celo e interés. Ménilo se avino a participar 10
en el intento y aceptó disponer la nave y aparejar todo
lo restante para la travesía. Había encontrado en la 11
boca del río Tíber [35], fondeada, una nave sagrada [36] car-

[35] El puerto romano de Ostia.

[36] La razón de ser una nave sagrada se explica algo más abajo: había transportado un trigo que era primicia consagrada a los dioses.

12 taginesa y la fletó: de hecho, estas naves de carga se eligen ya en Cartago y, en ellas, los cartagineses expiden hacia Tiro las primicias de trigo destinadas a los dioses. Ménilo la fletó a la vista de todos para su propio
13 regreso a su país. De manera que dispuso su aprovisionamiento sin levantar sospechas, hablaba sin recatarse a los marineros y les impartía órdenes.

13 Una vez que el patrón de la nave lo tuvo todo dispuesto, faltaba sólo que Demetrio concluyera su equipaje. Envió a su padre adoptivo a Siria a ver y a es-
2 cuchar lo que allí ocurría entre las masas. Su hermano adoptivo Apolonio participó, desde el principio, en el proyecto; a otros dos que tenía, Meleagro y Menesteo, les comunicó la acción. Y a nadie más de las personas que convivían con él, a pesar de que eran muchas.
3 Aquéllos eran, en realidad, los hijos de Apolonio, que había gozado de excelente posición en tiempos de Seleuco, pero que se trasladó a Mileto cuando Antíoco
4 le sucedió en el imperio. Al acercarse el día señalado a los oficiales de la nave, iba a celebrarse un banquete de despedida en la residencia de uno de los amigos,
5 ya que en la propia morada de Demetrio no podía darse el convite: la costumbre era invitar absolutamen-
6 te a todos los miembros de tal convivencia. Los cómplices de la acción, una vez concluida la comida debían acudir directamente desde la casa a la nave, cada uno con un solo esclavo; habían enviado a los restantes a Anagnea [37], pretextando que ellos les seguirían el día
7 siguiente. Lo que, en realidad, le ocurrió a Polibio fue que precisamente aquel día se quedó indispuesto en cama. Sabía exactamente todo lo urdido, pues Ménilo le daba cuenta puntual y continua de cómo se iba
8 desarrollando la trama. El citado Polibio andaba preocupado, no fuera que la costumbre arrastrara a De-

[37] La actual Anagni, en el valle del río Sacco.

metrio, que era muy joven y de natural dado a la be-
bida, y hubiera dificultades en la salida debido a una
embriaguez, así que le escribió una pequeña tablilla, 9
la selló y la envió con un esclavo suyo, poco antes del
anochecer, con la orden de llamar al copero de De-
metrio y entregarle el escrito, sin decirle ni quién era
él ni quién el remitente, sólo mandarle que lo pasara
a Demetrio, para que éste lo leyera inmediatamente.
Todo se hizo según lo dispuesto; Demetrio cogió la 10
tablilla y la leyó. Contenía las sentencias [38] siguientes: 11

El hombre emprendedor se va con las pertenencias del 12
[remiso.
La noche da lo mismo, pero más a los audaces.
Sé audaz, arriésgate, actúa, fracasa 13
o acierta: todo antes que abandonarte.
Sé sobrio y aprende a desconfiar: 14
he ahí los goznes de la prudencia.

Demetrio las leyó y, entendiendo las recomenda- **14**
ciones y su procedencia, fingió al punto que le había
sobrevenido un mareo y se ausentó, como se lo reco-
mendaron también sus amigos. Se dirigió a su aloja- 2
miento y mandó a Anagnea a los sirvientes poco aptos

[38] El texto griego pone: «sentencias», pero se trata de versos. Cf. WUNDERER, *Zitate und geflügelte Worte...*, págs. 52-54. Es en realidad, una carta poética, aunque los versos no formen un poema unitario, sino que procedan de diversos poetas (de los cuales sólo podemos identificar al segundo, EURÍPIDES, *Fenicias* 726) y el último (EPICARMO, citado también en XVIII 40, 4). Wunderer sospecha que los versos restantes son también de Eurípides. De todos modos, Polibio ha reunido los versos en la llamada «repetición épica», en la que cada verso repite la palabra primera o segunda del anterior, pero esto sólo es verificable en el texto griego, naturalmente. El recurso fue muy usado por los poetas alejandrinos, y en ellos, más que en Homero, se ha inspirado aquí Polibio.

para aquella travesía, con la orden de que recogieran
las redes y las jaurías y fueran a su encuentro en Cir-
3 ceo, ya que era allí donde con preferencia se dedicaba
a la caza del jabalí. De ésta le vino su amistad con
4 Polibio. Luego descubrió sus proyectos a Nicanor y a
sus amigos y les rogó que participaran en sus mismas
5 ilusiones. Éstos aceptaron con todo interés y, entonces,
él les sugirió que regresaran a sus mansiones para or-
denar a sus respectivos esclavos que, al despuntar el
alba, se dirigieran a Anagnea y que, junto con los ca-
6 zadores, les fueran al encuentro en Circeo; ellos debían
vestir las ropas de viaje y acudir donde él estaba, tras
decir a sus servidores que al día siguiente se encon-
7 trarían con Demetrio en el lugar citado. Las instruccio-
nes se ejecutaron según se ha dicho, y todos se encami-
naron por la noche a Ostia, en la desembocadura del
8 Tíber. Ménilo se había adelantado y hablaba con los ma-
rineros: les manifestaba que había llegado una orden del
rey, según la cual de momento él debía quedarse en
Roma, pero debía enviarle los soldados jóvenes de más
confianza, por los que se informaría de todo lo refe-
9 rente a su hermano. Así pues, aclaró que él no em-
barcaría, pero que a media noche llegarían los soldados
10 que iban a hacer aquella navegación. Los oficiales de
la nave se mostraron indiferentes porque, ya al prin-
cipio, habían cobrado el flete y, desde hacía mucho,
11 lo habían aparejado todo para zarpar. Demetrio se
presentó hacia el final de la tercera guardia nocturna,
acompañado de ocho hombres con ocho esclavos adul-
12 tos y tres jovencitos. Ménilo conversó con ellos, les
mostró las provisiones preparadas y los recomendó
muy cordialmente al patrón y a los marineros. Deme-
13 trio y los suyos subieron a bordo, y el piloto levó
anclas, así que alboreó, e inició el viaje sin tener la
menor idea de aquella aventura; pensaba que transpor-

taba algunos soldados, de parte de Ménilo, a Ptolomeo.

Al día siguiente, en Roma, nadie indagó dónde es- 15
taba Demetrio ni los que habían salido con él, ya que 2
los que se habían quedado pensaban que había partido
hacia Circeo, y los que estaban en Anagnea acudieron
a este lugar a encontrarle, pues creían que lo hallarían
allí. La fuga pasó absolutamente desapercibida, hasta 3
que un esclavo que en Anagnea fue azotado corrió a
Circeo para dar allí con Demetrio. Al no hallarle corrió 4
de nuevo en dirección a Roma, para verlo en el camino.
Al no encontrarlo en parte alguna, denunció la falta a 5
sus amigos de Roma y a los que habían quedado en su
residencia. La búsqueda de Demetrio se inició al cabo 6
de cuatro días de su partida y empezó a sospecharse
lo ocurrido. Al día quinto el senado se reunió para 7
abordar el tema; para este día, Demetrio ya había pa-
sado el estrecho de Mesina. Se renunció a emprender 8
una persecución, porque se suponía que en la nave-
gación habría tomado gran ventaja, ya que los vientos
le eran favorables; además previeron que no iban a
hacerle fracasar ni aun si se lo proponían. Al cabo de 9
unos días nombraron embajadores a Tiberio Graco,
Lucio Léntulo y Servilio Glaucia, quienes debían, pri- 10
mero, inspeccionar la situación de Grecia y, luego,
pasar a Asia para sondear la actitud de Demetrio e in-
vestigar las tendencias de los reyes restantes, dirimien-
do las cuestiones de éstos con los gálatas. Por ello el 11
senado nombró a Tiberio [legado, ya que en la misión
anterior] había actuado de testigo ocular de todo.
Y ésta era la situación de Italia. 12

Demetrio, esperando la llegada del que debían enviarle ***. 13
(SUIDAS.)

16 *Ariarates rechaza las protestas de Artaxias*[39]

Artaxias[40] quería asesinar a *** pero se abstuvo de ello por consejo de Ariarates e, incluso, le
2 honró más que antes. Hasta tal punto la naturaleza de la justicia ejerce un gran poder, y también las sentencias y las exhortaciones de los hombres honrados, de modo que han salvado muchas veces no sólo a los amigos, sino también a los enemigos, y han cambiado a mejor sus caracteres.
3 Un rostro amable es recomendación mejor que cualquier carta.

17 *Africa: diferencias entre los hermanos Ptolomeos*[41]

Después de esto, Ptolomeo el Menor se presentó en Grecia con los embajadores y reclutó una
2 potente fuerza mercenaria, en la que figuraba el macedonio Damasipo, quien, tras asesinar en Faco[42] a los miembros del consejo, huyó de
3 Macedonia con su mujer y sus hijos. Ptolomeo llegó a Perea de los rodios[43], donde fue acogido hospitalaria-
4 mente; desde allí se proponía ir a Chipre. Torcuato y sus colegas, al ver que había reunido un contingente mercenario muy respetable, recordaron sus instrucciones, según las cuales en aquel regreso debía evitarse
5 una guerra. Al final, cuando ya habían avanzado hasta Side[44], le convencieron de que licenciara a sus fuerzas, de que se abstuviera de cualquier golpe contra Chipre y de que les acompañara hasta los límites de Ci-

[39] Año 162 a. C.

[40] Artaxias, rey de Armenia. Una laguna en el texto nos priva, precisamente, de saber el nombre de la presunta víctima, pero aquí no se trata de un fragmento histórico, sino moral.

[41] Año 162 a. C.

[42] Era una fortaleza que estaba en las inmediaciones de Pela, en su salida hacia Edesa.

[43] Sobre esta región continental sometida a los rodios, confrontar XVIII 2, 3 y XXX 24, 1.

[44] En la costa de Panfilia. Cf. la nota 261 del libro V.

rene. Ellos le explicaron que iban a navegar hasta Ale- 6
jandría y que allí, convencerían a su hermano de que
se atuviera a las instrucciones del senado y, luego, se
dirigirían con él a la misma frontera. Ptolomeo el Joven 7
ante tales razones desistió de la invasión de Chipre,
disolvió su cuerpo de mercenarios y zarpó, primero,
hacia Creta llevando a Damasipo con él y a uno de los
legados romanos, Cneo Mérula. Pero en Creta volvió a
reclutar un millar de hombres, se hizo a la mar y
desembarcó en África, no lejos de Apis [45].

Torcuato y sus colegas llegaron a Alejandría, donde **18**
procuraron inducir a Ptolomeo el Mayor a que se re-
conciliara con su hermano y le cediera Chipre; este 2
Ptolomeo, a veces, lo prometía y, a veces, los desoía,
y de este modo dejaba pasar el tiempo. Su hermano 3
menor había acampado con sus mercenarios cretenses
en África, no lejos de Apis, según lo acordado, y, al no
recibir ninguna comunicación, iba montando en cólera.
Primero envió a Alejandría a Cneo Mérula, esperando
que éste haría que Torcuato y los romanos restantes
acudieran donde estaba él. Pero Cneo se acomodó a la 4
conducta de sus compatriotas, y el tiempo transcurría.
Pasaron cuarenta días, y como nadie se le presentaba, 5
Ptolomeo el Menor no sabía en absoluto qué hacer. Su 6
hermano mayor, el rey, haciendo uso de todo género
de agasajos, procuraba ganarse a todos los embajadores
y los retenía, no de buen grado, ciertamente, sino con-
tra su voluntad. Precisamente entonces, le ocurrió a 7
Ptolomeo el Menor que los cirenaicos desertaron de él
y que otras ciudades [46] entraron en la conspiración.

---

[45] Dos son los lugares de la antigüedad conocidos con el nombre de Apis: uno, en los límites occidentales de Egipto, sin poder precisar más, y otro, al NO. del delta del Nilo. La referencia parece ser al primero.

[46] De la Pentápolis egipcia: Apolonia, Ptolemaida, Arsínoe, Berenice y Cirene.

También Ptolomeo Simpetesio se unió a la defección;
8 éste era egipcio, y Ptolomeo el Menor, cuando emprendió la navegación hacia Roma, lo nombró administrador
9 general. Este Ptolomeo se iba enterando de todo y, al cabo de poco, supo que los cirenaicos acampaban al raso. Temió que, queriendo ganar Chipre, perdería Cirene: dejó de lado todo lo demás y marchó contra esta
10 plaza. Llegó al lugar llamado la Gran Colina[47] y se encontró con que los africanos y los cirenaicos ocupaban
11 el paso. Perplejo ante tal contrariedad, embarcó a la mitad de sus soldados y les ordenó salvar por mar el accidente y aparecerse por la espalda al enemigo; él se quedó con la otra mitad e intentó forzar frontalmen-
12 te la ascensión. Ante la doble acometida, el pánico cundió entre los africanos, que abandonaron sus posiciones; en su descenso, Ptolomeo el Menor se apoderó, incluso, de la región llamada de las Cuatro Torres, en
13 la que había agua en abundancia. Salió de allí y, en una marcha de seis días a través del desierto, llegó a
14 Cirene. Allí se le sumaron, llegando por mar, los hombres mandados por Mocírino. Los cirenaicos habían acampado en número de ocho mil hombres de a pie y
15 quinientos de a caballo. Conocían por experiencia el carácter de Ptolomeo el Menor por la conducta suya en Alejandría, veían que su imperio y sus disposiciones no iban a ser un buen gobierno, sino una tiranía, y no se avinieron a someterse voluntariamente, sino que se arriesgaron a sufrirlo todo aferrándose a su espe-
16 ranza de libertad. Cuando se les aproximó, formaron fuera de la acampada. Y Ptolomeo acabó derrotado.

19 Entonces, Cneo Mérula se presentó desde Alejandría y explicó a Ptolomeo el Menor que su hermano no cedía a ninguna de las exigencias, antes bien, afirmaba
2 que se debían mantener los acuerdos iniciales. Este rey,

[47] El actual puerto de Sollum, en el golfo del mismo nombre.

al oírlo, dispuso que sus hermanos Comano[48] y Ptolomeo marcharan a Roma como enviados acompañando a Cneo, a exponer ante el Senado la avaricia y el desprecio de su hermano. Esto ocurrió al tiempo que Pto- 3
lomeo el Mayor despedía a Tito, quien tampoco logró nada. Y ésta era la situación de Alejandría y Cirene.

Italia: llegan a Roma otras embajadas de los Ptolomeos[49]

En el tiempo subsiguiente se **20**
presentaron en Roma, como legados de Ptolomeo el Menor, Comano y su séquito, e igualmente, de parte de Ptolomeo el Mayor, Ménilo de Alabanda, y 2
el senado les dio audiencia. Se lanzaron entre sí a la cara muchas palabras pendencieras; Tito Torcuato y Cneo Mérula dieron testimonio a favor del hermano menor y lo apoyaron con interés, de modo que el senado 3
decretó que Ménilo abandonara Roma en un plazo de cinco días y, asimismo, anular la alianza establecida con el mayor y remitir al menor unos mensajeros que le expusieran sus resoluciones. Fueron nombrados Pu- 4
blio Apustio y Cayo Léntulo, quienes, en el mismo día, zarparon hacia Cirene y anunciaron con todo interés a Ptolomeo aquellas decisiones. Animado Ptolomeo el 5
Menor, rápidamente reclutaba mercenarios y se dedicaba de lleno a sus proyectos sobre Chipre. Y ésta era la si- 6
tuación de Italia.

Africa[50]

En África, Masinisa, veía las **21**
numerosas ciudades que se habían edificado alrededor de la Pequeña Sirte y la fertilidad de la región llamada Emporia; ya desde tiempo atrás[51] la suma de los ingresos producidos por estos parajes hacía que los contemplara codiciosamente;

---

[48] Para Comano, cf. XXVIII 19, 1. Este Ptolomeo era su hermano.

[49] Años 162/161 a. C.

[50] Idem.

[51] Pero no mucho: a lo sumo dos o tres años antes.

2 no mucho antes del tiempo que ahora nos ocupa de-
3 terminó probar a los cartagineses. Se adueñó del país
rápidamente, porque dominaba todos los territorios
deshabitados, y los cartagineses, siempre poco dados a
las operaciones terrestres, estaban entonces absoluta-
4 mente enervados debido a la larga paz[52]. No logró
apoderarse de las ciudades[53], porque los cartagineses
5 las vigilaban cuidadosamente. Ambos bandos presenta-
ron al senado romano la cuestión discutida y llegaron
6 con frecuencia mensajeros de uno y otro lado, y siempre
ocurrió que ante los romanos los cartagineses llevaron
cada vez la peor parte, y ello sin razón alguna, sólo
porque los órganos decisorios creían que una opinión
7 así beneficiaba a Roma: no hacía mucho tiempo que el
mismo Masinisa, cuando perseguía a un vasallo suyo
rebelde, Apter, pidió a los cartagineses paso por este
país, que no le fue concedido porque ellos pensaban
8 que la cosa no les importaba nada. Y, al final, los
cartagineses, en el tiempo de que ahora hablo, se vie-
ron tan agobiados por las decisiones del senado, que
no sólo perdieron las ciudades y el territorio, sino que
encima debieron abonar quinientos talentos por las
rentas devengadas durante el período en que los territo-
rios estuvieron en disputa.

22

Elogio de Emilio Paulo y de Escipión Emiliano

El máximo y más hermoso tes-
timonio de la conducta de Lucio
Emilio[54] fue palmario para to-
dos, precisamente cuando mu-
2 rió[55]. Pues, tal como fue elogiado durante su vida, se le

[52] Que siguió a la conclusión de la segunda guerra púnica.

[53] Acula, Tapso y Tacape, la actual Gabes, en el golfo del mismo nombre, y otras que están en territorio actualmente libio: Ea, Sabrata y Lepsis Magna.

[54] El vencedor de Pidna.

[55] En el año 160.

encontró en la muerte, de lo que se puede decir que es
el máximo indicio de virtud. El hombre que había tras- 3
ladado a Roma desde España más oro que todos sus
coetáneos juntos, que en Macedonia[56] se había apode-
rado de riquezas enormes y que podía disponer de ellas
con toda libertad murió tan pobre, que [sus hijos] 4
no pudieron pagar a la esposa[57] la dote íntegra, dedu-
ciéndola del líquido que dejó disponible, y debieron
completar el pago con algunos bienes inmuebles. Ya 5
hablamos con detalle de esto antes. De modo que se
puede asegurar que la gloria de los hombres admira-
dos en Grecia por lo que se refiere a este particular ha
quedado oscurecida, pues si es cosa admirable renun- 6
ciar a un dinero regalado en beneficio del que lo da[58],
lo que, según cuentan, sucedió en el caso del ateniense
Arístides[59] y del tebano Epaminondas, el hecho de ha- 7
berse convertido Emilio Paulo en dueño de todo el
reino, de tener el derecho a usar este dinero a su com-
pleta voluntad, y no codiciarlo en nada, ¿cómo no
será más asombroso? Y si esta afirmación a alguien 8
le parece increíble, debe reflexionar que el autor sabía
muy bien que los romanos iban a tomar en sus manos
estos libros, ya que tratan la mayoría de sus hazañas,
las más espléndidas. Y ni es posible que ellos ignoren 9
precisamente éstas, ni es lógico que otorguen su per-
dón a un falsario. Por ello nadie se ha entregado vo- 10
luntariamente al desprecio notorio y a la desconfianza
de los demás. Lo cual debe ser tenido en cuenta en 11

---

[56] Cf. XVIII 35, 4.

[57] Se trata de una segunda esposa, cuyo nombre ignoramos, que no era la madre de estos hijos; su primera mujer se llamaba Papiria.

[58] Eufemismo, para no decir claramente «soborno».

[59] Arístides de Atenas llegó a ser la figura proverbial de hombre bueno y honrado.

toda nuestra obra[60] cuando parezca que afirmamos algo absurdo acerca de los romanos.

23 El progreso de la narración y el período presente nos han conducido a esta familia, y me propongo, en atención a mis lectores[61], cumplir la promesa que dejé
2 anunciada en el libro anterior. En efecto, me comprometí a exponer la causa y las circunstancias por las que creció y brilló con tan inusitada rapidez la fama de
3 Escipión en Roma, y, al mismo tiempo, cómo fue que la amistad y la intimidad de Polibio con este personaje tomaron tal auge, que su noticia se expandió no sólo por Italia y Grecia, sino que tal conducta y trato entre
4 ellos fue algo conocido por las gentes más lejanas. A estas personas mencionadas, el comienzo de su relación les vino porque se prestaban libros y discutían acerca de
5 ellos, como ya se expuso. Esta amistad continuó y, cuando los rehenes aqueos conducidos a Roma fueron distribuidos por ciudades distintas, Fabio y Escipión, los hijos de Lucio Emilio, solicitaron con gran interés del
6 general que Polibio no se moviera de Roma. Logrado esto, el trato se tornó mucho más íntimo. Y ocurrió
7 este incidente: en cierta ocasión en que salían todos a la vez de la mansión de Fabio, éste se dirigió al ágora y Polibio, hacia otro lugar, acompañando a Esci-
8 pión. Iban caminando, cuando Publio habló con voz reposada y tranquila, aunque su rostro estaba algo en-
9 cendido: «Polibio —preguntó—, ¿por qué si mi herma-

---

[60] Es decir, la propia historia de Polibio, de la cual seguramente ya se habían publicado algunos libros cuando su autor redactaba éste. El orden de redacción y de publicación de los libros de las *Historias* polibianas es un problema complejo, que trató el profesor A. Díaz Tejera en el primer volumen de esta obra, págs. 21-23.

[61] Aquí la palabra griega correspondiente parece aludir más a los que se dedican a la historia (en este caso, Polibio) por placer y afición, que a los que tienen la obligación de estudiarla.

no y yo usamos una misma mesa, tú hablas constantemente con él, le haces todas las preguntas y le contestas, y a mí me das de lado?[62]. ¿No será claro que 10
también tú imaginas de mí lo que, según me dicen, piensan los demás ciudadanos? Pues todos me tienen 11
por lento y perezoso, a lo que oigo, cosas que no concuerdan con el carácter enérgico de un romano. Y todo, porque me niego a hablar ante los tribunales[63]. Asegu- 12
ran que la familia de la que procedo no busca un protector como yo, bien al contrario. Y esto es lo que más me ofende.»

Polibio, pasmado ante aquellas palabras iniciales del **24**
muchacho, pues entonces no tenía más de dieciocho años, repuso: «No, por los dioses, Escipión, no hables 2
así, ni pienses así en absoluto. No hacía esto porque 3
te desprecie ni te deje de lado, ni muchísimo menos. Pero tu hermano es el mayor y, por eso, en nuestras conversaciones me dirijo, primero, a él y en él concluyo; en mis réplicas y en mis consejos le hablo a él especialmente porque creo que tú compartes sus opiniones. Y ahora, realmente, te admiro cuando crees que 4
es ofensivo para ti ser más tratable de lo que conviene a los vástagos de una tal familia: ello es prueba evidente de tu grandeza de alma. También yo me prestaría 5
con sumo gusto y te ayudaría a hablar y a obrar de manera que estés a la altura de tus antepasados. Y en 6
cuanto a los estudios[64], pues veo que ahora os afanáis y que ponéis en ellos vuestro empeño, no os faltarán ni

[62] WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone la traducción: «y tú me tratas con desprecio» (=me desprecias), pero esta matización del sentido del texto griego parece inadmisible o, al menos, equívoca.

[63] Es decir, a ejercitarse en oratoria.

[64] Fundamentalmente, de literatura y de filosofía griegas, que es lo que estudiaban los jóvenes próceres romanos. No se puede precisar más.

7 a tu hermano ni a ti gente dispuesta a ayudaros: en esta época veo por aquí una riada enorme de griegos de tal condición[65]. Y, aludiendo a lo que ahora, según dices, más te ofende, no creo que encuentres un colaborador, un compañero de lucha más apropiado que yo
8 mismo.» Aún no había acabado Polibio de decirlo cuando Escipión, tomando su derecha entre sus manos y
9 apretándosela con vehemencia, exclamó: «¡Ojalá llegue a ver el día en que tú lo dejes todo de lado, fijes tu
10 atención en mí y te vengas a vivir a mi casa!; creo que, desde ese momento e inmediatamente, no desmereceré
11 ni de mi familia ni de mis antepasados.» Y Polibio, en parte, se alegró, porque veía el empuje y la receptividad del muchacho, pero, por otro lado, no sabía qué hacer, porque tenía en cuenta la excepcionalidad de aquella
12 familia y la posición social de aquellos hombres. Pero lo cierto es que, desde el momento de aquel acuerdo, el joven ya no se separó de Polibio y, para él, el trato con éste estuvo por encima de todo lo demás.

25 Desde entonces en adelante, perseverando en tal norma de conducta para darse prueba mutua de su palabra, llegaron a mirarse uno al otro con un afecto como el de padre e hijo, o con una relación como ésta[66].

2 Primero recayó en ellos una ilusionada inclinación a llevar una vida virtuosa y alcanzar, así, fama de prudencia, aventajando en este aspecto a los que eran de
3 su misma edad. Esta corona es grande y, realmente, difícil de alcanzar, pero en aquella época en Roma era fácilmente accesible, porque la gran masa vivía en un
4 estado de gran degradación. Unos se dedicaban a la

---

[65] Dedicados a la enseñanza.

[66] Polibio divide su exposición del carácter de Escipión Emiliano en tres secciones: *a)* su templanza y continencia, *b)* su generosidad en cuestiones de dinero, y *c)* su coraje militar.

pederastia, otros frecuentaban los prostíbulos y muchos
acudían a espectáculos musicales y a banquetes, con el
despilfarro que esto comporta; en la guerra contra
Perseo habían asimilado con rapidez la laxitud griega
en lo que afecta a tales vicios. Ellos habían generado 5
tal incontinencia entre los jóvenes, que muchos se
gastaban un talento en la compra de un muchacho y
otros tiraban trescientos dracmas en la adquisición de
un tonel de salazón del Ponto[67]. Esto suscitaba la in- 5a
dignación de Marco Catón, quien, una vez, dijo al pue-
blo que la prueba más segura de la degradación en la
ciudad podían verla en cada ocasión en que los jóvenes
acaudalados compraban algo que no fueran campos y
siempre que preferían las jarras de salazón a los ara-
dos. Realmente, en la época que tratamos, esta actitud 6
de Escipión fue algo fulgurante, primero porque, al
haber desaparecido el Imperio macedonio, el dominio
universal de los romanos era indisputado[68], luego por- 7
que con el transporte de las riquezas macedonias a
Roma, aquí el nivel de vida había subido mucho, tanto
privada como públicamente. De modo que Escipión, 8
al tender a un estilo opuesto de vida, contrario a todas
estas pasiones, dispuso también de modo armonioso
y coordinado con ello las otras facetas de su existencia
y, en los cinco primeros años, se ganó en todo el pueblo
la fama de prudente y de hacer las cosas a tiempo.

Luego procuró distinguirse de los demás en ser mag- 9
nánimo e irreprochable en cuestiones de dinero. Para 10
esto disponía de una base excelente: el tiempo en que
había convivido con su padre real[69]. Pero él mismo go-

---

[67] En Roma era una comida muy rara y, por consiguiente, carísima.

[68] En XV 15 1 se puntualiza cuándo Roma adquiere este dominio: en el año 168 a. C., en la batalla de Pidna.

[69] Es decir, no adoptivo. Fue hijo de Lucio Emilio Paulo y, a la muerte de éste, lo adoptó Escipión el Africano.

zaba por su propia índole de hermosos estímulos; ade-
más, la fortuna le ayudó mucho en esta resolución.
26 La primera persona que se le murió fue la madre
de su padre adoptivo, que era hermana de su padre
auténtico, Lucio Emilio, y esposa de Escipión el Ma-
2 yor, denominado el Africano. Esta mujer dejó muchas
riquezas, y él, el heredero, iba a dar en esta ocasión
3 la primera muestra de sus principios. Porque, en reali-
dad, Emilia, que así se llamaba la difunta citada, era
verdaderamente espléndida cuando salía de su mansión
para las ceremonias que conciernen a las mujeres; ha-
bía participado en la fortuna de Escipión cuando éste
4 estaba en el ápice de su prosperidad. Además de los
aderezos que lucía en su cuerpo y de los adornos del
carro, los cestillos, los vasos y todo lo restante, ya de
oro ya de plata, requerido para el sacrificio en estas
ocasiones, todo lo cual la precedía en la pompa solemne,
5 la seguía un número adecuado de esclavos y de criados.
6 Pues bien: celebrado el entierro de Emilia, Escipión
regaló inmediatamente todo este aparato a su madre
[Papiria, pues éste era el nombre de dicha mujer,] la
cual realmente vivía ya mucho tiempo separada de su
marido Lucio y llevaba un tren de vida muy inferior
7 a la alcurnia de su nacimiento. Hasta entonces ella se
había abstenido de los cortejos lujosos, pero luego,
cuando por casualidad hubo un sacrificio solemne y
público y la mujer salió con todo el boato y el es-
plendor de la familia Emilia, disponiendo, entre otras
cosas, de los muleros, la yunta y el carro de Emilia,
8 las mujeres que vieron lo ocurrido se pasmaron ante la
bondad y la generosidad de Escipión y todas levantaron
sus brazos al cielo en súplica de muchos bienes para el
9 mencionado. Esto en todas partes pudiera parecer
hermoso, pero en Roma además admirable, pues allí
absolutamente nadie da voluntariamente nada de sus
10 pertenencias. Y éste fue para él el principio de su fama

de nobleza de carácter, que progresó mucho porque las mujeres hablan hasta hastiar cuando tratan algo concreto.

En otra ocasión debía abonar la mitad de la dote **27**
a las hijas de Escipión el Mayor, hermanas de su padre adoptivo, [pues quiso cumplir los deberes de un
padre.] Y el padre había dispuesto entregar a cada una 2
de sus dos hijas la cantidad de cincuenta talentos.
La madre pagó al contado a los yernos la mitad de lo 3
adeudado legalmente y dejó el resto para después
de su muerte[70], por lo que Escipión debía liquidar este 4
saldo a las hijas de su padre. La ley romana establece 5
que la suma debida en concepto de dote se pague a las esposas en un plazo de tres años, entregándose primero el ajuar en un término de diez meses. Pero Esci- 6
pión ordenó a su banquero hacer entrega en diez meses a cada una de las citadas hermanas de los veinticinco
talentos. Tiberio y Nasica Escipión, pues éstos eran los 7
maridos de las mujeres de que hablamos, cuando hubieron transcurrido los diez meses prescritos, acudieron al banquero y preguntaron si Escipión había dado
instrucciones acerca del dinero. El banquero les invitó 8
a retirarlo íntegro y les extendió un recibo por veinticinco talentos. Ambos hombres dijeron que estaba confundido, pues según la ley entonces no debían percibir la cantidad total, sino sólo una tercera parte.
El banquero insistió en que aquéllas eran las órdenes 9
que había recibido de Escipión. Ellos desconfiaron y acudieron al joven, convencidos de que éste no sabía
nada. Y lo que sentían no era absurdo, pues en Roma 10
nadie entregaría cincuenta talentos con tres años de antelación: ni tan siquiera uno solo antes del día seña-
lado: tanto es el cuidado que los romanos ponen en 11
cuestiones de dinero y en extraer ganancias por dis-

[70] Murió en el año 163 ó 162 a. C.

12 poner de él un tiempo. Así que Tiberio y Nasica Esci-
pión acudieron a Escipión el Joven y le preguntaron
por las instrucciones que había dado al banquero.
Cuando les repuso que eran pagar sin dilaciones la can-
tidad entera a las hermanas, le replicaron que desco-
nocía los usos romanos, al tiempo que subrayaban su
13 consideración hacia él, pues según las leyes podía lu-
crarse del montante del *superávit* durante mucho tiem-
14 po. A lo cual, Escipión el Joven contestó que dominaba
bien todos estos aspectos, pero que él, la observancia
estricta de las leyes la reservaba para los otros; a los
parientes y amigos quería tratarlos con la máxima
15 largueza posible. De modo que les invitó a hacerse
cargo de los fondos depositados en casa del banquero.
16 Tiberio y su acompañante, al oírlo, se marcharon mu-
dos de pasmo ante la generosidad de Escipión y re-
conociendo su propia mezquindad, aunque en alcurnia
no cedían ante ningún romano.

28 Cuando al cabo de dos años murió su padre real,
Emilio Paulo, y los dejó, como herederos de su hacien-
da, a él y a su hermano Fabio, Escipión el Joven hizo
2 algo digno de memoria. Pues Lucio, al no tener hijos
por haber entregado los suyos propios a otros linajes
y habérsele muerto los ajenos, que él educaba como
continuadores de su prosapia, legó sus bienes a Esci-
3 pión y a Fabio. Y Escipión el Joven, viendo que su
hermano no llegaba a ser tan rico como él, le cedió
toda su herencia, estimada, en su totalidad, en más
de sesenta talentos: así Fabio iba a ser igual a él en
4 lo que a las propiedades se refiere. Corrió la fama
de esto y, entonces, añadió todavía otra prueba más
5 notoria de su disposición. Porque Fabio quería orga-
nizar una competición de gladiadores en los funerales
de su padre, pero no podía costearla por los enormes
gastos que ocasionaba. Y Escipión cubrió la mitad de
6 ellos con su propio peculio. La suma que ello exige,

si se organizan con magnificencia, no baja en total de los treinta talentos. [Una gran fama] se extendió de 7
todo ello. Al cabo de poco falleció la madre[71]. Y Es- 8
cipión distó tanto de intentar recuperar lo que antes había cedido —de ello he hablado poco ha—, que lo entregó a sus hermanas y no sólo esto, sino también el remanente de la hacienda de su madre, que legalmente no les correspondía en nada. Y ahora fueron 9
las hermanas quienes recogieron tales ornatos en las procesiones y todo el aparato que había pertenecido a Emilia, con lo que se renovó la fama de magnanimidad y amor a la familia que ya tuviera Escipión. Ha- 10
biendo dispuesto así las cosas previamente ya desde una edad temprana, Publio Escipión progresó mucho en amor a la gloria, en prudencia y en nobleza de espíritu. Para ello gastó unos sesenta talentos, pues ésta 11
fue la cantidad que empleó de su propia fortuna y que le valió el reconocimiento de una fama muy notoria de hidalguía; logró su propósito no tanto por la inversión de estas sumas, como por la oportunidad de sus presentes y la gracia con que los manejaba. Su 12
fama de templanza no le costó dinero, pero sí le hizo abstenerse de muchos y variados placeres. Mas esto le deparó un vigor corporal y una buena salud que le 13
siguieron toda la vida y le compensaron, con muchos goces y satisfacciones, de los deleites de que se había privado, habiéndolos tenido antes a mano.

Quedaba aún el aspecto del valor, que es el más im- **29**
portante en casi todas las ciudades y, principalmente, en Roma; nuestro Escipión debía tener aquí también el máximo entrenamiento. Y, por lo que a ello se refiere, 2
gozó de una excelente colaboración de la fortuna. En 3
efecto,, en Macedonia los reyes ponían un empeño especial en las cacerías; los macedonios habían criado

[71] Papiria (cf. nota 54), que falleció en el 160 ó 159.

reservas en los lugares más adecuados para la cría de
4 los animales. Estos territorios fueron custodiados diligentemente, igual que antes, mientras duró la guerra, pero, en cambio, durante sus cuatro años nadie cazó allí, pues tenían otras cosas en qué ocuparse. De ahí
5 que aquello se llenara de fieras de todas clases. Concluida la contienda, Lucio Emilio, convencido de que los esfuerzos de la caza representan un óptimo ejercicio y una hermosa diversión para la juventud, puso a disposición de Escipión el Joven los montes reales y le concedió licencia ilimitada para organizar cacerías.
6 El citado muchacho la aceptó y, en ello, se consideró como un rey; dedicó a la cinegética todo el tiempo que, después de la batalla[72], la legión permaneció en Mace-
7 donia. Y surgió en él un gran entusiasmo hacia esta práctica, ya que estaba en la flor de la edad y, además, gozaba de una predisposición natural para ella, como la de un perro podenco; la afición a la caza ya no le aban-
8 donó jamás. De regreso a Roma, juntó esta pasión por la montería a la de Polibio, de manera que, mientras los demás jóvenes se pasaban el día en los tribunales o en las salutaciones[73], vagando por el foro (mediante lo cual intentaban crearse una imagen ante el pueblo),
9 Escipión se dedicó a la caza, realizaba en ella siempre gestas espléndidas y dignas de memoria, con lo que adquirió una gloria magnífica, mayor que la de los
10 demás. La única manera que éstos tenían de alcanzar un elogio era perjudicar a algún ciudadano, consecuencia que habitualmente se sigue de los procedimientos
11 judiciales. Escipión, en cambio, se procuró una fama general de coraje sin ofender a nadie, rivalizando con

[72] De Pidna.

[73] Se refiere al uso romano de ir a saludar por las mañanas a los magnates y a los potentados; a los pobres se les daba algún dinero con el que podían pasar el día. Era la llamada *salutatio*.

obras contra las palabras. En poco tiempo aventajó 12 tanto a sus coetáneos, que nadie recuerda un caso igual entre los romanos, aunque, en su amor a la gloria, Escipión siguiera un camino opuesto al de todos los demás, según las leyes y costumbres vigentes en Roma.

He tratado algo prolijamente el carácter de Esci- 30
pión desde su primera juventud, porque supongo que este tema resultará agradable a los adultos y útil a los jóvenes. Pero mi propósito principal es proporcionar 2
credibilidad a las gestas que de este hombre narraré en los libros siguientes: así los lectores no dudarán ante la semblanza extraña de lo que le ocurra a Escipión, y tampoco desposeerán, al menos razonablemente, a 3
este hombre, de sus gestas y éxitos para adjudicarlos a la fortuna, ignorando las causas de su realización, salvo algunas, muy pocas, que sí deberemos, efectivamente, asignar al hado y a la suerte.

Después de haber avanzado hasta aquí en esta di- 4
gresión, damos la vuelta y volvemos otra vez a la exposición anterior.

Grecia: los rodios y Éumenes[74]

Los rodios, que en lo demás 31
preservaron la dignidad de su nación, en esta época resbalaron un poco, según creo, pues aceptaron doscientos ochenta mil medimnos de trigo ofrecidos por Éumenes para colocarlos a préstamo y pagar, con los réditos, a los educadores y a los maestros de gimnasia de sus hijos[75]. Esto, si de verdad existe una estrechez que opri- 2
ma la vida privada, se podría aceptar de manos de amigos, para evitar que, debido a falta de medios, los hijos queden sin instrucción, pero, cuando se vive

[74] Años 161/160 a. C.

[75] No se ve claro por qué Polibio encuentra fea esta provisión, que, en tiempos helenísticos, llegó a ser normal en Grecia. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

acomodadamente, se debe pasar por todo antes de hacer una colecta entre los amigos para pagar[76] a los
3 maestros: en el mismo grado en que los gobernantes han de preocuparse de los ciudadanos privados, en ese mismo grado debe preservarse el decoro en los asuntos públicos más que en los privados. Lo cual vale más para los rodios, por el excelente estado de sus finanzas y por su notorio sentido de la dignidad.

Asia: Prusias y Menócares[77]

32 En Asia, Prusias despachó a Roma unos legados acompañados de unos gálatas: su misión era
2 acusar a Éumenes. Éste, a su vez, envió a su hermano
3 Átalo a que lo defendiera de las imputaciones. Ariarates remitió a Roma una corona de diez mil estateres de oro y, además, unos legados que debían exponer al senado lo que él replicaba a Tiberio Graco: se pedía la puntualización de lo que Roma precisaba, ya que él estaba dispuesto a hacer en favor de los romanos cualquier cosa que éstos le indicaran.

33 Menócares[78] se presentó en Antioquía a Demetrio y le expuso al rey el contenido de su encuentro con Ti-
2 berio en Capadocia. El rey se convenció de que, en tales circunstancias, lo más urgente era dialogar con Tiberio
3 a cualquier precio, de modo que reputó por marginales los demás asuntos y envió legados al romano, primero a Panfilia y después a Rodas, por segunda vez: haría lo que fuera en favor de Roma hasta lograr que éstos
4 le reconocieran como rey. Tiberio le otorgaba grandemente su favor, de modo que contribuyó mucho a
5 que se estableciera y se hiciera con el imperio. Deme-

[76] Otra referencia a esta paga, en XXVIII 11, 10.

[77] Años 161/160 a. C.

[78] El redactor de cartas reales de Demetrio I de Macedonia.

trio se agarró a esto como a un pretexto y envió a Roma sin dilaciones unos legados a recoger la corona y a entregar al asesino[79] de Cneo Octavio y, con él, al adversario político Isócrates[80].

[79] Leptines; cf. XXXII 2, 4.
[80] Cf. XXXII 2, 4.

LIBRO XXXII

(FRAGMENTOS)

1 *Italia*[1] En esta misma época se presentaron de parte de Ariarates[2] unos emisarios portadores de una corona de diez mil estateres de oro; iban a exponer la actitud favorable que el rey adoptaba ante los problemas romanos, [el rechazo de la boda propuesta y la amistad con Deme-
2 trio]; como testigo de todo aducían a Tiberio. El se-
3 nado manifestó su conformidad, aceptó muy agradecido la corona y mandó, a su vez, lo que en él se reputa como obsequio de más prestigio, la silla curul y el
4 trono de marfil[3]. Y aquel mismo día, antes de la entrada del invierno[4], el senado romano reexpidió a los
5 mensajeros. Luego se presentó Átalo, cuando los cónsules ya habían tomado el mando. Los gálatas enviados por Prusias formularon acusaciones contra él, y también
6 otros muchos enviados procedentes de Asia. El senado los escuchó a todos, pero no sólo absolvió a Átalo de las acusaciones, sino que lo despidió exage-

[1] Año 160 a. C.
[2] Cf. XXI 32, 3.
[3] Eran los máximos distintivos que concedían los romanos a los reyes amigos.
[4] Seguramente, en el mes de octubre.

rando sus pruebas de amistad, pues en el mismo grado en que se enajenaba al rey y crecían sus diferencias con Éumenes, en este mismo cultivó la amistad de Átalo y acreció su poder.

De parte del rey Demetrio, llegó el embajador Me- **2**
nócares[5], que llevaba a Roma una corona de diez mil estateres de oro; conducían detenido al asesino de Cneo
Octavio Graco. El senado dudó largo tiempo acerca de 2
cómo debía actuar en aquellas circunstancias, pero ad- 3
mitió los legados y la corona; en cambio, rechazó a los hombres que iban detenidos, a pesar de que Demetrio les había enviado no sólo a Leptines, el asesino
de Cneo Octavio, sino incluso a Isócrates[6]. Éste era 4
un gramático que daba lecturas públicas; era de natural charlatán y fanfarrón, un pelmazo a quien en Grecia abominaban: Alceo de Mesenia[7] la tomó con él
en su obra *Comparaciones* y le hizo burlas. Isócrates, 5
pues, se presentó en Siria y, no satisfecho de despreciar en sus discursos las costumbres de las gentes de allí, lanzó también afirmaciones sobre asuntos públicos: decía que Cneo Graco había llevado su merecido y que, de igual modo, hubieran debido morir los demás embajadores para que no quedara quien notificara a los romanos lo sucedido: así cesarían éstos en sus altaneros
ros mandatos y en su poder ilimitado. De modo que 6
cayó en la desgracia aludida por haber utilizado tal lenguaje.

Lo que pasó con los hombres en cuestión es digno **3**
de recuerdo. Pues Leptines, tras asesinar a Cneo Octa- 2

[5] En el año 159 a. C. Sobre Menócares, cf. XXXI 2, 1, y en cuanto a la corona, cf. XXX 5, 4.

[6] Como se ve en el final del libro anterior.

[7] Poeta epigramático que vivió a finales del s. III y principios del II a. C. Fue enemigo mortal de Filipo V de Macedonia. Treinta de sus poemas se encuentran en la *Antología Palatina*.

vio Graco, se paseó sin ocultarse por Laodicea[8]: decía haber obrado con justicia, que había actuado con el
3 favor del cielo. Cuando Demetrio se hizo cargo del imperio, Leptines se acercó al rey, advirtiéndole que el asesinato de Cneo Graco no le alarmara y que no
4 decidiera nada desfavorable contra los laodiceos: él mismo se trasladaría a Roma e indicaría al senado que
5 había actuado con el apoyo de la divinidad. En conclusión: debido a su disposición y empeño, Leptines fue
6 trasladado a Roma sin cadenas ni custodios; Isócrates, en cambio, cuando fue objeto de la acusación, quedó como alelado. Se puso en el cuello un collar y una cadena, raras veces ingería alimentos y descuidó total-
7 mente la higiene corporal. Cuando llegó a Roma constituyó un espectáculo horrendo: al mirarle, cualquiera hubiera reconocido que, tanto en lo corporal como en lo espiritual, no hay nada más temible que el hombre
8 cuando se ha bestializado. Aquella visión era sobremanera terrorífica y brutal, puesto que Isócrates hacía más de un año que no se había lavado y que no se
9 había cortado las uñas ni los cabellos; el aspecto y la manera como revolvía los ojos daban una impresión tal, que el que lo miraba se habría acercado con menos prevención a cualquier animal que a aquel hombre.
10 Leptines perseveró en su actitud inicial, presto a presentarse ante el senado: habló sin tapujos a los asistentes acerca de su acción y sostuvo que ningún daño proce-
11 dente de los romanos debía sobrevenirle. Y al final vio colmada su esperanza, pues el senado, suponiendo (por lo menos según creo yo), que el pueblo iba a opinar de él que se reservaba la condena de los homicidios si cogía a estos culpables y los castigaba, los admitió
12 a su presencia muy a regañadientes, pero mantuvo su

[8] Ciudad fundada por Seleuco, a la que dio el nombre de su madre Laódice.

causa en suspenso, para luego poder aprovecharse de las acusaciones cuando lo deseara. He aquí, pues, la 13 respuesta que transmitió a Demetrio: obtendrá todo su favor si se pone de su lado con aquella potencia que le permita su imperio.

Rechazo de una embajada aquea[9]

También de parte de los 14 aqueos[10] llegaron a Tebas los embajadores Jenón y Telecles a declarar en favor de los acusados aqueos, pero, más que nada, para ayudar a Polibio y Estratio[11], porque la ma- 15 yoría de los rehenes restantes habían pagado su deuda al tiempo[12], al menos, ciertamente, los que gozaban de algún renombre. Estos legados se presentaron con 16 instrucciones muy simples: hacer la petición, pero no enemistarse en absoluto con el senado. Fueron admiti- 17 dos a su presencia e hicieron los discursos pertinentes, pero no lograron nada, pues los senadores habían decretado lo contrario: no modificar la situación establecida.

Etolia tras la muerte de Licisco[13]

Tras la muerte de Licisco el **4** etolio[14], hombre turbulento y alborotador, los etolios se volvieron juiciosos y concordes, y ello, por la desaparición de esta persona: como se ve, el poder de las naturalezas 2 de los hombres es tan grande que la nobleza o la maldad de uno solo[15] hace que no únicamente los ejércitos y las ciudades, sino también los grupos nacionales

[9] Año 159 a. C.

[10] Cf. XXX 32, 1-12, donde se encuentra un intento de liberar a los rehenes en el año 164 a. C.

[11] Para Estratio de Tritea, cf. XXVIII 6, 2.

[12] Es decir, llevaban mucho tiempo en condición de rehenes y habían envejecido.

[13] Años 160/159 a. C.

[14] Para Licisco de Estrato, cf. XXVII 15, 14; XXVIII 4, 5 y XXX 13, 4.

[15] Esta idea es un tópico estoico, cf. I 35 (sobre Jantipo), VIII 3, 3 (sobre la fantasía de Heráclito).

y, de hecho, los diferentes pueblos que componen el universo conozcan por experiencia los máximos bienes y los máximos males.

3 Licisco era un hombre sumamente perverso, pero murió noblemente[16], de modo que es lógico que muchos reprochen a la fortuna, que a veces reserva a los peores personajes una muerte digna, premio de los hombres honestos.

Las actividades de Cárope en el Epiro[17]

5 Extinguidas las discordias civiles después de la muerte de Licisco, la situación de Etolia se
2 normalizó; también, tras la defunción de Mnásipo de Coronea[18], mejoraron las condiciones en Beocia[19], e igualmente en Acarnania inmediatamente después del
3 óbito de Cremas. En Grecia hubo algo así como una purificación, como si en ella los malos espíritus se
4 hubieran extinguido. Pues también Cárope de Epiro[20]
5 falleció en este año en Bríndisi. La situación del Epiro fue hasta entonces inestable y turbulenta igual que en años anteriores[21], debido a la crueldad y a la arbitrariedad de Cárope, que duró hasta el final de la guerra
6 de Perseo. Una vez que Lucio Anicio y Lucio Emilio decidieron ejecutar a los personajes más conspicuos y trasladar a Roma a aquellos sobre los que recaían
7 sospechas menores, Cárope asumió el gobierno y obró
8 a su antojo: no hubo crimen que no cometiera, unos personalmente, otros a través de amigos; él era realmente muy joven y corrieron a juntársele los hombres peores, los más plebeyos, movidos por el lucro que les

---

[16] No sabemos cómo, pero, de todas formas, violentamente.

[17] Años 160/159 a. C.

[18] Para Mnásipo de Coronea y para Cremas, cf. XXX 13, 3-4.

[19] En esta época, en Beocia, había un gobierno federal, confrontar XXVII 2, 10.

[20] Para Cárope de Epiro, cf. XXVII 15, 3.

[21] Cf. XXX 12.

sacaban a otros. Él poseía una especie de soporte y de 9
predisposición para ser creído, porque sus actos pare-
cían obedecer a razones válidas y contar con la apro-
bación de Roma. Era, además, desde hacía bastante
tiempo amigo de los personajes citados, y también
del anciano Mirtón y de su hijo Nicanor, hombres 10
hasta entonces moderados y, por lo que se veía, amigos
de los romanos. Anteriormente se habían alejado enor-
memente de cualquier injusticia, pero entonces no llego
a comprender cómo se rindieron, apoyaron y se hicieron
cómplices de los crímenes de Cárope. Luego este hom- 11
bre mandó asesinar, a unos, públicamente en el ágora,
a otros, en sus propias casas, a algunos, en los cam-
pos o bien apostando sicarios en las rutas; requisó
las haciendas de los muertos, e introdujo otro expe-
diente: exilió y proscribió a los ricos y no sólo a ellos, 12
sino también a sus herederas[22]. Cundió el terror, y él 13
explotó personalmente a los hombres y a las mujeres
por medio de su madre Filótide, persona muy apta y 14
más capaz de lo que se podía esperar de una mujer
para colaborar con la violencia.

Luego que hubo expoliado a todos tanto como pudo, 6
admitió nada menos que a un juicio popular[23] a todos
los desterrados. Y en la ciudad de Fénice el pueblo, 2
unos por miedo y otros seducidos por Cárope, con-
denaron a todos los acusados no al exilio, sino a la pena
capital, alegando que eran enemigos políticos de los
romanos. Con todo, los inculpados lograron huir y Cá- 3
rope se dirigió a Roma acompañado de Mirtón y lle-
vando consigo una gran cantidad de dinero: quería
que el senado ratificara sus atrocidades. Y en aquella 4

---

[22] El griego pone el término genérico «mujeres» (no como sinónimo de esposas), pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta, seguramente con acierto, «herederas».

[23] «Juicio popular», así Paton; WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta «asamblea popular».

acción se produjo un ejemplo hermosísimo de los principios romanos, un espectáculo espléndido para todos los griegos residentes en Roma, pero principalmen-
5 te para aquellos acusados: Marco Emilio Lépido, sumo sacerdote y príncipe del senado, y también Lucio Emilio Paulo, el vencedor de Perseo, que gozaban de gran prestigio y autoridad[24], al enterarse de los hechos de Cárope en el Epiro no le permitieron visitarlos en sus
6 residencias. Se esparció la fama de este detalle y todos los griegos residentes en Roma exultaron de gozo, al ver el odio que los romanos profesaban a la iniquidad[25].
7 Luego, Cárope fue admitido a presencia del senado, pero éste no accedió a sus demandas y se negó a darle
8 una respuesta definitiva: afirmó que enviaría a unos legados con instrucciones de inspeccionar lo sucedido.
9 Cárope se marchó y se guardó esta respuesta; redactó otra que se avenía a sus necesidades; en ella se decía que los romanos habían aprobado sus actuaciones.

Pretensiones de atenienses y aqueos sobre la isla de Delos[26]

7 De parte de los atenienses llegaron los embajadores ***[27] y Teáridas y Estéfano de parte de los aqueos: su discusión era so-
2 bre Delos. Luego que hubieron cedido esta isla a los atenienses, los romanos respondieron a los delios que debían abandonarla, pero llevándose consigo sus per-
3 tenencias. Los delios emigraron a la Acaya, donde fueron inscritos como ciudadanos; entonces defendían que los procedimientos a seguir por ellos frente a los atenienses debían concordar con la convención entre

---

[24] El texto griego sigue aquí una expresión latina estereotipada, *fides et auctoritas*.

[25] Otro lugar común, cf. XXX 32, 5.

[26] Años 159/158 a. C.

[27] Esta laguna es insanable: en ella debían constar los nombres de los embajadores.

Atenas y los aqueos[28]. Pero los atenienses negaron que 4
tal convención tuviera algo que ver con los delios, por lo que éstos exigieron de los aqueos represalias contra los atenienses. La misión fue para tratar el tema y reci- 5
bió por respuesta que seguían vigentes las leyes que los aqueos habían promulgado referentes a los delios.

Pérgamo: elogio de Éumenes[29]

El rey Éumenes no gozaba de 8
gran vigor corporal, pero sobresalía por la lucidez de su mente.
En la mayoría de las facetas era hombre que no cedía 2
ante los reyes de su tiempo y los aventajaba en lo que es más importante y de más dignidad. En efecto, ante 3
todo, habiendo recibido de su padre un reino compuesto de pequeñas poblaciones sin importancia, logró que su imperio rivalizara con las dinastías más potentes de su tiempo, para lo cual no se sirvió de la fortuna 4
como aliada, ni de ninguna revolución, sino sólo de su agudeza y de su industria, y de su propia actividad.
En segundo lugar, fue un gran amante de la gloria, con- 5
cedió más beneficios que otros reyes de su tiempo a las ciudades griegas y engrandeció a muchos hombres particularmente. Añadamos que tenía tres hermanos 6
[que eran muy parecidos:] hizo que, en la práctica, se le sometieran en calidad de guardia personal: salvaron el prestigio del reino. Es fácilmente comproba- 7
ble que todo esto ha sucedido pocas veces.

---

[28] Era un tratado comercial entre los aqueos y los atenienses, que especificaba el modo de resolver las disputas. Confrontar XXIII 1, 2.

[29] Se trata de Éumenes II de Pérgamo (197-160 a. C.). Confrontar XVIII 41, 10.

9 *Italia: Cayo Fannio enviado a Dalmacia*[30]

Los isios[31] habían enviado con
insistencia legados a Roma para
denunciar que los dálmatas les
dañaban el país y las ciudades que tenían sometidas,
2 Epetio y Tragirio[32]. Puesto que también los daorsos[33]
3 formulaban acusaciones semejantes, el senado envió
como legado a Cayo Fannio, a inspeccionar el estado de
la Iliria y, principalmente, la situación de los dálma-
4 tas. Éstos, mientras vivió Pléurato, se le mantuvieron
subordinados, pero, a la muerte de éste, Gentio le su-
cedió en el reino[34] y los dálmatas se rebelaron contra
él: hicieron la guerra a las tribus de las regiones limí-
trofes y sometieron a las ciudades vecinas, algunas de
las cuales llegaron a pagarles tributos en trigo y en
5 ganado. Fannio fue enviado a inspeccionar todo esto.

10 *Ariarates y sus enemigos en Roma*[35]

Todavía en verano el rey Aria-
2 rates se presentó en Roma. Ha-
bían asumido sus cargos los cón-
sules Sexto Julio y Lucio Aurelio, y él fue a su encuen-
tro particularmente, acomodando sus vestidos y su pre-
sencia a las malas circunstancias en que se encontraba.
3 Había comparecido también un emisario de Demetrio,
Milcíades, preparado tanto para defenderle contra Aria-
4 rates como para acusar a éste odiosamente. Había en-
viado, además, legados Orofernes[36]: eran Timoteo y

---

[30] Años 158/157 a. C.

[31] Sobre Isa, cf. nota 23 del libro II.

[32] Epetio (la actual Stobrec) estaba a unos 8 km. al E. de la actual Spalato, en la costa sur de la península del mismo nombre; Tragirio (actualmente Trogir) estaba al O. de Salona, en una península que hay entre el continente y la isla de Liova.

[33] Los daorsos eran un pueblo ilirio que vivía cerca del río Narenta, en su margen izquierda.

[34] Para la muerte de Pléurato y su sucesión por Gentio, cf. XXVIII 8, 1.

[35] Años 158/157.

[36] Era el hermano mayor de Ariarates.

Diógenes, que llevaban una corona de oro y pretendían
renovar la amistad y la alianza con Roma[37], pero, prin-
cipalmente, intentaban una confrontación con Ariara-
tes para justificarse y, a la vez, atacarle. En estos tratos 5
privados los que causaron más impresión fueron Dió-
genes y Milcíades, puesto que la pugna era de muchos
contra uno, y tenían una apariencia de prosperidad
comparados con el rey caído en desgracia. Pero tam- 6
bién llevaron, con mucho, la mejor parte en la exposi-
ción de los hechos: en todos los asuntos se atrevieron
a decirlo todo, sin respetar en absoluto la verdad. Lo 7
que decían carecía de fundamento, pero no había quien
les refutara. Por lo demás, la mentira se impuso sin 8
encontrar resistencia y pareció que los asuntos les mar-
chaban viento en popa[38].

Asia: destrucciones que en Oropo causaron los atenienses

Muchos hombres han perecido **11**
por culpa del dinero, en su afán
insaciable de poseer[39]. Entre
ellos se cuenta Orofernes, rey de
Capadocia, que cayó víctima de
esta pasión y perdió el reino y la vida. Ahora, tras re- 2
sumir brevemente la restauración de Ariarates en su
reino, regresaremos a nuestro método habitual, utili-
zado en toda esta obra; aquí omitimos los sucesos de 3
Grecia y conectamos directamente con la historia de
Capadocia, en Asia, puesto que no hay razón para que
separemos la salida de Italia de Ariarates y su reposi-
ción en el reino. Luego retrocederé para exponer los 4

[37] Cf. 31, 3, 1.

[38] Porque el senado decidió que Ariarates y Orofernes debían reinar conjuntamente. Ariarates mandó ejecutar a sus enemigos Timoteo y Diógenes en Corcira y, tras eludir a los agentes de Orofernes en Corinto, llegó a Pérgamo, donde Átalo le ofreció seguridad.

[39] Un ejemplo de esto lo da el mismo Polibio al hablar de Arquías, gobernador de Chipre (XXXIII 5, 4).

5 hechos de Grecia en esta misma época, entre los cuales descuella uno muy particular y extraño, ocurrido en la
6 ciudad de Oropo[40]. Trataremos sucinta, pero íntegramente, este suceso recurriendo en parte al pasado,
7 anticipando, en parte también, el futuro, para evitar que la exposición resulte oscura y trivial, ya que se trata de un episodio aislado y no muy claro. Pues si
8 este acontecimiento narrado íntegramente a duras penas consigue la atención del auditorio, ¿cómo atraerá el interés de los estudiosos expuesto de manera dislocada y bajo fechas distintas?

9 Así como las más de las veces los hombres en la prosperidad viven totalmente en armonía, en la adversidad se indignan con los hechos y se tornan irritables para con sus amigos y se enojan contra ellos, cosa que
10 le sucedió a Orofernes[41] cuando la situación se le volvió al revés, y también a Teótimo, y se hicieron reproches mutuos.

11 De Orofernes *** cuenta Polibio, en su libro trigesimosegundo, que reinó algún tiempo en Capadocia; abandonó las costumbres patrias e introdujo en su reino el refinado libertinaje jonio. (ATENEO, 440b.)

12 Átalo, el hermano de Éumenes, tras asumir el poder, dio un primer ejemplo de sus tendencias y de su habilidad política restituyendo a Ariarates su imperio.

Italia: guerra de Roma contra los dálmatas[42]

13 Cayo Fannio regresó de la Iliria y certificó que los dálmatas distaban tanto de corregirse ante algunas de las acusaciones formuladas contra ellos por

[40] Oropo es una ciudad costera, situada en el Epiro, a 7 km. al E. de la desembocadura del río Asopo.

[41] Sabemos por Diodoro que Orofernes, al ver que le había fallado el atentado contra Ariarates, saqueó el templo de Zeus que había en el monte Ariadna para pagar a los mercenarios.

[42] Años 157/156 a. C.

los que sostenían[43] que les dañaban sin cesar, que ni
tan siquiera aceptaban tocar este tema: afirmaban que
ellos no tenían nada que ver con los romanos. Explicó 2
también que los dálmatas no les proporcionaron ni alojamiento ni manutención, y no sólo esto, sino que encima les quitaron violentamente los caballos que traían
de otras ciudades y estaban prestos, incluso, a inferirles 3
lesiones corporales si ellos no hubieran cedido a las circunstancias y no se hubieran ido sin reaccionar agresivamente. *El senado romano se dio por informado* 4
y se indignó ante la rudeza y la testarudez de aquella gente; pensó, además, que era el momento justo de hacer la guerra contra estos hombres; muchas causas
lo aconsejaban. En efecto, una vez que hubieron depues- 5
to a Demetrio de Faros[44], los romanos tenían totalmente descuidada la región de la Iliria que mira hacia el
mar Adriático. Otro motivo era que no querían permitir 6
que una paz prolongada reblandeciera a los italianos,
pues desde la guerra contra Perseo y la intervención 7
en Macedonia habían transcurrido doce años. De ma- 8
nera que, al declarar la guerra a esta nación, su intención fue renovar el empuje y el coraje de las masas romanas y, al propio tiempo, aterrorizar a los ilirios
y forzarles a cumplir sus órdenes. Éstas fueron, en 9
verdad, las causas que impulsaron a los romanos a hacer la guerra a los dálmatas. Y con ella demostraron a los neutrales en la contienda que habían decidido pelear debido a los ultrajes inferidos a sus embajadores.

Guerra entre Prusias II y Atalo II[45]

Por aquellos tiempos compare- **14**
cieron en Roma legados procedentes del Epiro: unos iban a defender a los que detentaban el poder en la ciudad de

[43] Los isios y los daorsos.

[44] Sobre Demetrio de Faros, cf. II 10, 8, y sobre su expulsión de la Iliria en el año 219 a. C., cf. III 19, 8; IV 66, 4.

[45] Años 157/156 a. C.

2 Fénice y otros, a los exiliados de esta población. Tras un duelo oratorio sostenido cara a cara, el senado romano les contestó que daría instrucciones acerca de ello a unos enviados a la Iliria, al frente de los cuales viajaría Cayo Manio.

15 Después de su triunfo sobre Átalo, Prusias llegó a Pérgamo[46] y dispuso unos sacrificios suntuosos en el
2 templo de Asclepio. En efecto, sacrificó muchos toros: los agüeros fueron favorables y, entonces, regresó a
3 su campamento. Al día siguiente estableció a sus tropas en el Niceforio[47]: demolió los templos y destruyó los recintos de los dioses, se llevó las imágenes y ma-
4 chacó las estatuas de piedra. Finalmente arrancó de cuajo, incluso, la imagen de Asclepio, obra insigne de
5 Firómaco[48] y se la llevó consigo; era la misma a la que, en la víspera, había ofrecido libaciones, había suplicado y había sacrificado toros pidiendo, como es natural, que el dios le fuera favorable y benigno desde
6 cualquier punto de vista. Yo mismo, en otra ocasión, cuando traté de Filipo, tildé estas actitudes de demen-
7 tes[49]. En efecto, ofrecer sacrificios y procurar con ellos propiciarse la divinidad adorándola, colmando de manera inusual sus mesas y sus altares, cosa que Prusias acostumbraba a hacer con genuflexiones al estilo de las
8 mujeres[50], para, luego, ultrajarla y provocar la irritación del dios con tamañas destrucciones, ¿quién no dirá que ello es empresa propia de un coraje furioso,
9 de un espíritu aberrante? Ello ocurrió entonces con

[46] En el año 155 a. C.

[47] Sobre este recinto, cf. XVI 1, 6. En él había templos y altares suntuosos.

[48] Escultor muy activo de Pérgamo en el s. III a. C.

[49] Por ejemplo, en V 9, 1-12.

[50] Walbank, *Commentary*, ad loc., ve aquí una intolerancia, por parte de Polibio, acerca de las demostraciones de religiosidad.

Prusias. Después de estos asaltos[51], no hizo nada varo-
nil: manejó, de manera innoble y con ánimo afeminado,
los asuntos humanos y los divinos. Trasladó su ejér-
cito a Elea: tras tantear esta plaza sin el menor éxito 10
por la defensa que de ella hizo Sosandro, hermano
de leche del rey, que había penetrado con soldados
para frustrarle los propósitos, levantó el campo en di-
rección a Tiatira. Durante la marcha saqueó violenta- 11
mente el templo de Ártemis en Hieracome[52]. Y no se 12
limitó a expoliar de modo semejante el templo de Apo-
lo Cineo que se alza en Temno[53], sino que, además, lo
incendió. Llevó a cabo semejantes empresas y regresó 13
a su palacio: había hecho la guerra a hombres y a dio-
ses[54]. Durante la marcha de retorno, el ejército de Pru- 14
sias pasó hambre y enfermó de disentería, de modo que
pareció que una cólera enviada por un dios lo visitaba
inmediatamente debido a todo ello[55], [y algo semejante 15
les ocurrió a sus fuerzas navales, pues en la Propóntide
cayó sobre su flota un temporal absurdo, el mar se
le tragó muchas naves con sus dotaciones; otras se
estrellaron contra tierra firme y naufragaron. Ésta fue
la primera respuesta de la divinidad a sus iniquida-
des sacrílegas.]

Átalo, derrotado por Prusias[56], nombró embajador **16**
a su hermano Ateneo[57] y lo envió, junto con Publio
Cornelio Léntulo, para denunciar al senado lo sucedi-

---

[51] A los templos.

[52] Sobre este templo, cf. XVI 1, 8. Los reyes de Pérgamo reconocían la inviolabilidad de este santuario.

[53] Sobre Temno, cf. V 77, 4.

[54] La misma idea sale en IV 62, 3.

[55] Büttner-Wobst señalan una laguna en el texto griego, pero otros editores no la admiten. El texto con que los editores alemanes la llenan procede de Diodoro, quien, seguramente, a su vez, había tomado un texto polibiano.

[56] En el verano del año 156 a. C.

[57] Sobre este personaje, cf. XVIII 41, 10; XXIII 1, 4.

2 do. Los romanos, cuando les vino Andrónico y les expuso lo ocurrido en la primera invasión del enemigo,
3 no le prestaron atención, pues recelaban que Átalo quería atacar a Prusias y se buscaba pretextos y se les
4 anticipaba con calumnias. Cuando Nicomedes y Antífilo, embajadores de Prusias, atestiguaron la falsedad de tales imputaciones, el senado romano dio aún menos cré-
5 dito a lo que se afirmaba contra Prusias. Pasó algún tiempo y llegó más información acerca de tales hechos, con lo que el senado entró en dudas y envió a los legados Lucio Apuleyo y Cayo Petronio a inspeccionar la verdadera situación de los reyes citados.

LIBRO XXXIII

(FRAGMENTOS)

La guerra entre Prusias y Átalo

Aún era invierno[1] cuando el senado romano, al conocer el informe de Publio Léntulo sobre los hechos de Prusias[2], pues el emisario romano acababa de llegar de Asia, convocó a Ateneo, el hermano del rey Átalo. Pero no necesitó muchos argumentos, sino que nombró rápidamente legados a Cayo Claudio Centón, a Lucio Hortensio y a Cayo Aurunculeyo, y los remitió con él a Prusias con instrucciones de impedirle que hiciera la guerra a Átalo. 1
2

Embajada en apoyo de los exiliados aqueos

Se presentaron también en Roma, de parte de los aqueos exiliados, los emisarios Jenón de Egio y Telecles de Egina. Éstos hablaron ante el senado y, al abrirse el debate, poco faltó para que los senadores absolvieran a los inculpados. El error por el cual esta liberación no llegó a cuajar fue cometido por Aulo Postumio, que era pretor en ejercicio y moderaba la sesión. Las posibilidades eran tres: una, simple y llanamente la absolución, 3
4
5
6

[1] A finales del invierno del año 155 a. C.

[2] Cf. XXXII 16, 1.

otra, la contraria, y una tercera era perdonar a los exiliados, pero de momento retenerlos. La mayoría estaba
7 a favor de la absolución, pero Aulo Postumio omitió una de estas posibilidades y planteó sólo la alternativa: ¿quiénes votan por la absolución de los inculpados
8 y quiénes lo contrario? El resultado fue que los partidarios de todavía retenerlos se sumaron a los de la no absolución y superaron a sus oponentes. Y ésta era la situación.

2 *Una embajada de Atenas*[3]

Se notó una diferencia en los tres filósofos que los atenienses enviaron a Roma, al senado, a pedir la condonación de la multa que se les había impuesto por la destrucción de Oropo. La multa era casi de quinientos talentos. Los filósofos eran Carnéades[4], de la Academia, Diógenes, estoico, y Critolao, peripatético. Ya en el senado, les sirvió de intérprete el senador Cayo Acilio, pero antes habían disertado, en plan de exhibición, ante una gran multitud. Y Rutilio y Polibio explican que cada uno de los filósofos causó admiración por el estilo de su elocuencia. «Pues Carnéades hablaba —explican— de manera rápida y vehemente, Critolao lo hacía con destreza y suavidad, y Diógenes, con modestia y sobriedad.» (Aulo Gelio, *Noches áticas* VI [VII] 14, 8-10.)

3 Cuando los embajadores procedentes de Roma llegaron a la Acaya y explicaron que poco faltó para que todos los desterrados pudieran repatriarse, los aqueos

[3] El texto de este segundo capítulo es latino y pertenece a Aulo Gelio, *Noches áticas* VI 14, 8-10, pero un escoliasta de este autor latino nota que nos encontramos fundamentalmente con una traducción de texto polibiano del libro XXXIII.

[4] Carnéades de Cirene dirigió la Academia platónica en fecha anterior al año 155 a. C. Fue el fundador de la llamada «Academia Nueva» y su doctrina principal fue el escepticismo. Diógenes de Seleucia (240-152 a. C.) fue discípulo de Crisipo y sucedió a Zenón en su calidad de cabeza de la escuela estoica. De Critolao de Fasélide sólo se sabe que fue un peripatético.

concibieron esperanzas, el pueblo se animó de nuevo 2
y enviaron inmediatamente a Telecles y a Anaxídamo
de Megalópolis[5]. Ésta era la situación del Peloponeso.

Rodas

Aristócrates, el general rodio, 4
era de aspecto majestuoso e im-
ponente[6]. Además los rodios pensaban que, de entre 2
todos, poseían en él un militar capaz y muy apto para
la guerra. Pero estas esperanzas les fallaron, ya que 3
acometía las empresas como metiéndose en un fuego,
y aparecía distinto, como la moneda falsa. Esto, lo 4
demostraron por sí mismos los hechos.

Chipre

[Demetrio][7] ofreció a Arquías qui- 5
nientos talentos, si rendía a Chipre, y
seguirían otros honores y emolumentos, que le serían debida-
mente mostrados si le procuraba este provecho.

Este anuncio fue hecho a Ptolomeo en presencia de Arquías[8]. 2a
Arquías tenía la intención de entregar la isla de Chipre a 2
Demetrio, pero fue atrapado y llevado ante el tribunal; se ahor-
có con una tira tomada de la cortina[9] de la puerta de entrada.
Pues, según reza el refrán, los hombres vanos, engañados por 3
su deseo, hacen cálculos vanos. Arquías pensaba en hacerse con 4
cincuenta talentos, y perdió el dinero que preveía y, con él, el
aliento. (SUIDAS.)

Ariarates y la plaza de Priene[10]

Por aquel entonces cayó sobre 6
los de Priene una desgracia ab-
surda. Cuando Orofernes deten- 2

---

[5] Sobre este Anaxídamo, cf. XXX 30, 1.

[6] Aunque Polibio le dedique algún espacio, de este personaje no sabemos nada.

[7] Demetrio I Soter (seléucida) de Siria. Estamos en el año 155 a. C. El texto empieza con una laguna, que los editores han restituido unánimemente.

[8] Gobernador de Chipre en nombre de Ptolomeo VI.

[9] Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[10] Priene, ciudad de Caria, en la ladera sur del monte Mircle, en el estuario del río Meandro.

taba el gobierno, los prieneses recibieron de él en de-
pósito cuatrocientos talentos[11], reclamados más tarde
3 por [el rey] Ariarates cuando recuperó el poder. Me
parece que los de Priene se oponían a ello con razón,
asegurando que, mientras viviera Orofernes, a nadie
entregarían el dinero, sino al que lo había deposita-
4 do; muchos creyeron que Ariarates se apartaba de la
5 justicia cuando exigía un depósito ajeno. A pesar de
todo, hasta aquí podría comprendérsele, pues procu-
raba dar a entender que aquel dinero pertenecía a su
reino, pero seguir adelante en su furia y en su celo
6 ya no parecía razonable. En la ocasión de que trata-
mos ahora[12], envió tropas a saquear el país de los
prieneses, y en ello le ayudó Átalo, que además le
azuzaba por las diferencias que sostenía con los de
7 Priene. Éstos perdieron muchos hombres y muchas ca-
bezas de ganado, pues las escaramuzas tuvieron lugar
no lejos de la ciudad. Incapaces de resistir, los prieneses
mandaron emisarios a los rodios y, luego, recurrieron
8 a los romanos, quienes no pusieron atención en lo que
se les decía. Los de Priene fundaban sus muchas es-
peranzas en aquella suma de dinero, pero el resultado
9 fue exactamente el contrario, porque reintegraron el
depósito a Orofernes, pero, precisamente por ello, su-
frieron injustamente los considerables daños que les
infirió el rey Ariarates.

Italia: a) Atalo y Prusias[13]

7 Lucio Hortensio y Cayo Au-
runculeyo regresaron de Pérga-
mo, expusieron el desprecio que
2 Prusias hacía de las órdenes del senado y cómo, rom-
piendo la tregua, les asediaron en Pérgamo[14], a ellos

[11] Cf. XXXII 10, 4.
[12] Años 155/154 a. C.
[13] Años 155/154 a. C.
[14] Para el ataque de Prusias contra Pérgamo en el verano del año 155, cf. XXXII 15.

mismos y a Átalo, haciendo gala de delitos y violencias de todo tipo. El senado lo llevó muy a mal, se in- 3
dignó por lo sucedido y, en la misma sesión, nombró a diez delegados encabezados por Lucio Anicio, Cayo Fannio y Quinto Fabio Máximo y los remitió, al instante, dándoles instrucciones de que acabaran con la guerra y de que obligaran a Prusias a abonar una cantidad a Átalo en concepto de reparaciones de guerra.

b) la guerra de Liguria [15]

En aquella misma época se pre- 8
sentaron en Roma unos legados de parte de los masaliotas, hos- 2
tigados desde hacía tiempo por los ligures, que ahora los habían rodeado totalmente y, además, les asediaban las plazas de Antípolis y de Nicea [16]. Enviaron legados a Roma a denunciar lo ocurrido y a solicitar apoyo. Comparecieron, pues, los emisarios ante el senado, 3
que, en su sesión, decidió enviar inspectores que fueran testigos oculares de lo ocurrido y que procuraran, a la vez, enderezar de palabra la ignorancia de aquellos bárbaros.

Los masaliotas remitieron legados a los romanos 9
para comunicarles que los ligures los maltrataban; el senado romano nombró inmediatamente legados a Cayo Flaminio, a Marco Popilio Lenas y a Lucio Popio, 2
quienes se hicieron a la mar juntamente con los emisarios de Masalia: tocaron tierra en el país de los ojibios [17], junto a la ciudad de Egitna. Los ligures fueron 3
informados de la llegada de éstos y de que iban a ordenarles el levantamiento del cerco; acometieron a los demás, que todavía estaban fondeando, y les impidieron poner pie a tierra; cogieron a Flaminio, que ya 4

[15] Años 155/154 a. C.

[16] Las ciudades actuales de Antibes y de Niza, que eran colonias griegas dependientes de Masalia (Marsella).

[17] Los ojibios vivían entre Antibes y el río Var. La ciudad de Egitna no ha sido identificada.

había desembarcado y que ya había descargado su bagaje, y le intimaron a que abandonara el territorio. El romano no les atendió, y ellos empezaron a pillarle
5 el material. Como los esclavos y los libertos se opusieran e intentaran impedirlo, los ojibios los forzaron
6 y los agredieron físicamente. Flaminio prestó apoyo con su escolta personal, pero resultó herido y dos de sus hombres muertos; los ojibios los acosaron hasta las naves, de modo que Flaminio logró, a duras penas, salvar el riesgo cortando las amarras y levando anclas.
7 Arribó a Masalia, donde fue atendido con todo esmero.
8 Informado de lo sucedido, el senado romano mandó inmediatamente a uno de los cónsules, Quinto Opimio, con un ejército para hacer la guerra a los ojibios y a los decietas[18].

10 Quinto Opimio concentró sus tropas en la ciudad de los placentinos y, tras hacer una marcha por la cordillera de los Apeninos, se presentó en la tierra de los
2 ojibios. Acampó junto al río Aprón, y aguardó allí al enemigo, del cual había sabido que se había agrupado
3 y que estaba presto a presentar batalla. Algo más tarde, el romano se aproximó con sus fuerzas a Egitna, plaza en que los emisarios romanos habían visto rota la tregua, la tomó a la fuerza, la saqueó y envió a Roma
4 encadenados a los responsables del ultraje. Tras esta
5 acción, ya se dispuso frente al enemigo. Los ojibios pensaron que la afrenta que habían inferido a los legados romanos era imperdonable; movidos por un coraje extraño y con un ímpetu imponente, antes de que los decietas se les juntaran, reunieron cuatro mil
6 hombres y se lanzaron contra los romanos. Quinto Opimio, al ver la embestida y el arrojo de los bárbaros quedó estupefacto, pues aquello era absurdo. Y no per-

[18] Estos decietas debían de ser limítrofes de los ojibios, pero desconocemos su ubicación.

dió el optimismo, porque comprendía que el adversario no se fundaba en ninguna razón. El romano era hombre experimentado y de naturaleza excepcionalmente dotada y aguda en las operaciones. Hizo salir a sus 7
propias tropas y, tras pronunciar una arenga adecuada a aquellas circunstancias, avanzó al paso contra el enemigo. Le atacó violentamente y superó muy pronto 8
la formación opuesta. Mató a muchos hombres y forzó a los restantes a huir a la desbandada. Justamente en- 9
tonces se presentaron los decietas, también agrupados, para presentar batalla conjuntamente con los ojibios. No llegaron a tiempo a la contienda: primero recogie- 10
ron a los ojibios que huían de ella y, al cabo de poco, pelearon contra los romanos con extraordinario coraje y vigor. Pero salieron derrotados del choque y se en- 11
tregaron todos inmediatamente, ellos y su ciudad, a la lealtad romana [19]. Quinto Opimio se hizo dueño de aque- 12
llos pueblos: asignó sin dilaciones a los masaliotas los territorios que él había ocupado, y obligó a los ligures a entregar a los masaliotas rehenes en ciertos períodos especificados [20]; desarmó a las gentes que habían lu- 13
chado contra él, distribuyó sus propias fuerzas entre las ciudades, y estableció allí su campamento de invierno. De modo que esta empresa alcanzó su principio 14
y su fin en un período muy breve de tiempo.

Los Ptolomeos rivales [21]

Precisamente en el tiempo en 11
que el senado romano enviaba a Quinto Opimio a la guerra contra los ojibios se presentó en Roma Ptolomeo el Joven [22], que compareció ante el senado y acusó formal- 2

[19] Es un caso de *deditio.*

[20] O sea, rehenes no perennes, que, con el paso del tiempo, perdían valor, sino del tipo de los que periódicamente eran sustituidos por otros más jóvenes.

[21] Estamos en los años 155/154 a. C.

[22] Ptolomeo VIII Evérgetes.

mente a su hermano, inculpándole de un atentado
3 contra su persona. Exhibió las cicatrices de las heridas, exageró con palabras altisonantes la atrocidad del delito y buscó mover a los senadores a compasión.
4 Llegaron también unos legados de parte de Ptolomeo el Mayor[23], Neoledas y Andrómaco, a defender a su se-
5 ñor ante las acusaciones de su hermano. Pero el senado se negó incluso a escuchar su defensa, conquistado de antemano por las incriminaciones del hermano menor. Les obligó a abandonar la ciudad de Roma aquel
6 mismo día y otorgó a Ptolomeo el Menor cinco legados encabezados por Cneo Mérula y Lucio Termo, con un quinquerreme para cada legado: debían trasladar a
7 Ptolomeo el Menor a Chipre. Además, el senado romano escribió a los aliados de Grecia y de Asia que podían ayudar a este Ptolomeo en su regreso.

La situación en Pérgamo

12 Era aún tiempo de invierno[24] cuando Átalo juntó un gran ejército, puesto que Ariarates y Mitrídates le habían enviado contingentes de infantería y de caballería, según las alianzas, mandados por De-
2 metrio, el hijo de Ariarates. Cuando él estaba ocupado en estos preparativos llegaron desde Roma los diez legados, que se reunieron con él en Cade[25] y conferenciaron sobre la situación; luego se trasladaron al en-
3 cuentro de Prusias. Tras dar con él, le expusieron con
4 aires de amenaza las órdenes del senado romano. Pru-
5 sias aceptó algunas, pero rechazó la mayoría. Los romanos se enojaron contra él y le negaron la amistad y la alianza, regresando todos nuevamente a la sede de
6 Átalo. Prusias, que se había arrepentido, los siguió por

---

[23] Ptolomeo VI Filométor.

[24] Finales del invierno de los años 155/154 a. C.

[25] Ciudad frigia, hoy llamada Gediz, situada junto a las fuentes del río Hermo.

algún tiempo suplicándoles, pero, al no conseguir nada,
los dejó. Y no sabía qué hacer. Los romanos, por su 7
parte, ordenaron a Átalo que acantonara sus tropas en
territorio propio, que no abriera hostilidades y que ga-
rantizara la seguridad de sus ciudades y sus aldeas.
Y los diez legados se repartieron: unos navegaron a 8
toda vela para exponer ante el senado romano la des-
obediencia de Prusias, otros se dirigieron a Jonia y
otros, todavía, hacia el Helesponto y la región de Bi-
zancio, todos, con un único y determinado propósito, 9
revocar a aquellos pueblos de la amistad y la alianza
que contrajeran con Prusias, que debían transferir a
Átalo en la medida de lo posible, simpatizando ahora
con él.

Fue en aquella época cuando Ateneo arribó con **13**
ochenta naves ponteadas. Cinco eran cuatrirremes ro- 2
dios, enviados a la guerra de Creta, veinte procedían
de Cícico, veintisiete, las remitía Átalo; las restantes,
los otros aliados. Demetrio costeaba el Helesponto, 3
tocaba tierra en las ciudades sometidas a Prusias, rea-
lizaba desembarcos continuos y causaba grandes daños
al país. *Oído el informe sobre Prusias, facilitado por los* 4
legados que habían regresado, el senado romano mandó
al instante otros tres nuncios, Apio Claudio, Lucio Opio
y Aulo Postumio. Éstos llegaron a Asia y liquidaron 5
la guerra; obligaron a los dos reyes a los pactos siguien-
tes: Prusias entregaría, en el acto, a Átalo veinte na- 6
ves ponteadas y le pagaría quinientos talentos en un
plazo de veinte años; cada uno de ellos retendría los 7
territorios que poseía antes, en el inicio de la guerra.
Además Prusias debía indemnizar, abonando en cada 8
caso cien talentos, por las destrucciones causadas en
el país, a los de Metimna, a los de Egea, a los cimeos
y a los heracliotas. Éstos fueron los términos en que se 9
redactaron los pactos. Seguidamente las tropas de Átalo
se replegaron hacia sus países, tanto las navales como

10 las terrestres. Y éstos fueron los detalles de lo que sucedió con motivo de las diferencias surgidas entre Átalo y Prusias *** [26].

Fracaso de una embajada aquea[27]

14 En Roma, en esta época, compareció ante el senado una legación aquea a tratar de los reclamados por Roma, pero el senado decidió no cambiar de parecer.

Laódice y Alejandro Balas trasladados a Roma[28]

15 Era todavía pleno verano cuando Heraclides[29] se presentó en Roma llevando consigo a Laódi-
2 ce y a Alejandro. Y, mientras residió en la ciudad, simuló poseer una gran fortuna, lo hacía todo con gran astucia y dejaba pasar tiempo intencionadamente para propiciarse el senado.

3 Astimedes de Rodas, nombrado a la vez embajador y almirante, compareció aquel mismo día ante el senado romano y disertó acerca de la guerra contra los
4 cretenses. El senado romano lo escuchó con atención y envió, al punto, a Quinto[30] como legado para dar fin a aquella guerra.

La guerra de Rodas contra Creta

16 En aquellos mismos días[31] los cretenses enviaron un legado a los aqueos en demanda de apoyo; este legado era Antífates de Gortina, hijo de Telem-
2 nesto; los rodios mandaron a Téufanes. Se celebraba el consejo anual de los aqueos en Corinto y los em-

---

[26] Aquí se interrumpe bruscamente el texto griego sin que la secuencia sea sintácticamente completa.

[27] Años 154/153 a. C.

[28] Año 153 a. C.

[29] Sobre este personaje, cf. XXVIII 1, 1.

[30] Reflejo exacto del texto griego, pero no sabemos de quién se trata.

[31] Como tantas veces, las palabras «en aquellos días» son del epitomador, pero aquí no podemos precisar la fecha.

bajadores de ambos bandos hablaron de la ayuda. El 3
parecer de la mayoría se inclinó a favor de los rodios, porque el prestigio de esta ciudad les imponía, así como el estilo de su constitución y el carácter de sus
ciudadanos. Antífates vio todo esto y quiso compare- 4
cer de nuevo ante la asamblea. El presidente se lo permitió, y él se expresó en términos más graves y más
serios de lo que es habitual en un cretense[32]. Este joven, 5
en realidad, no era cretense y había logrado evitar la
pésima formación dada en Creta. Esto hizo que los 6
aqueos aceptaran su franqueza y contribuyó aún más a ello el hecho de que el padre de Antífates, Telemnesto, había acudido al frente de quinientos cretenses y había luchado codo con codo con ellos, noblemente,
en la guerra contra Nabis[33]. Sin embargo, tras escu- 7
charle por segunda vez, la mayoría[34] continuaba siendo del parecer que debía ayudarse a los rodios, hasta que Calícrates de Leonte[35] se levantó y afirmó que no podían guerrear contra nadie sin licencia de Roma, ni
tampoco mandar ayuda bajo ningún pretexto. Lo cual 8
hizo que se impusiera el parecer de no modificar nada.

Disgustados por lo que ocurría, los rodios cayeron 17
en un coraje irracional e hicieron preparativos absurdos: llegaron a una disposición semejante a la de los
enfermos de enfermedades crónicas[36]. Pues éstos, mu- 2
chas veces, cuando han seguido correctamente el tratamiento, y han obedecido a los médicos sin lograr alcanzar una mejoría, molestos por lo que les ocurre,

---

[32] Sobre la mala reputación de los cretenses, cf. VI 47, 5; VIII 16, 4.

[33] En el año 192 a. C., Nabis atacó Giteo, y Filopemén lo repelió por tierra y por mar.

[34] Quizás deba interpretarse «la asamblea». Así, Walbank, *Commentary*, ad loc.

[35] Cf. XXIV 8, 1-10; XXIX 23, 1-25.

[36] Para esta comparación médica, cf. XXIX 8, 8.

no ven otra salida, entonces, que echarlo todo a rodar y recurrir a sacrificios y a oráculos; no faltan quienes
3 prueban amuletos y ensalmos de cualquier tipo. Y es lo que entonces sucedió a los rodios: todo les iba saliendo al revés y creyeron que su única solución consistía en atender a cualquier cosa que se les dijera, en
4 aceptar cualquier esperanza y hacérsela suya. Parece normal que les sucediera esto, pues siempre que lo natural falla y, con todo, es inevitable proseguir, lo
5 único que queda es sondear lo absurdo. De ahí que los rodios, puestos en tal situación, hicieron lo que se suele en estos casos: eligieron de nuevo como general al que habían rechazado, y otras cosas ilógicas.

Italia: Atalo el Joven, Demetrio y Alejandro Balas en Roma[37]

18 Llegaron a Roma diversas embajadas y el senado convocó, en primer lugar, a Átalo[38], el hijo
2 del rey Éumenes, pues ya de niño había acudido a Roma para comparecer delante del senado y renovar, en su persona, la amistad y el dere-
3 cho de hospitalidad de que gozaba su padre. Fue recibido, pues, con simpatía por el senado y por los amigos de su padre, obtuvo las respuestas que esperaba y los honores correspondientes a su edad, y al cabo de unos días emprendió el viaje de regreso a su país,
4 en el transcurso del cual todas las regiones de Grecia le acogieron de manera pronta y suntuosa.

5 Por aquellos mismos días llegó también Demetrio[39], que, por su condición de adolescente, fue objeto de una recepción comedida y, luego, regresó a su país.

6 Heraclides, que había permanecido en Roma más tiempo, compareció ante el senado acompañado de Laó-

---

[37] Años 153/152 a. C.

[38] El futuro Átalo III (138-133 a. C.). Cf. XXX 2, 6.

[39] El hijo de Demetrio I seléucida, que será Demetrio II Nicátor.

dice y de Alejandro Balas. El primero que habló fue 7
este adolescente, y lo hizo de forma moderada[40]: sugirió a los romanos que no olvidaran la amistad y la alianza que les habían unido a su padre Antíoco, y que, por encima de todo, le restituyeran a él en el trono,
o que, por lo menos, le permitieran repatriarse y no 8
estorbaran a los que estaban dispuestos a colaborar
con él en la recuperación del reino de su padre. Luego 9
tomó la palabra Heraclides y abundó en el buen recuerdo de Antíoco, acusando a Demetrio: llegó a la conclusión de que, en justicia, se debía conceder el retorno al joven y a Laódice, que eran los auténticos
hijos del rey Antíoco. Nada de esto gustó a los sena- 10
dores moderados, pues veían el montaje de la comedia,
y Heraclides les asqueaba manifiestamente. Pero la 11
mayoría, encandilada por la magia de Heraclides, ac-
cedió a la redacción del decreto siguiente: «Alejan- 12
dro y Laódice, hijos del rey que fue amigo y aliado nuestro, recurrieron al senado y disertaron delante de
él; éste les otorgó licencia de repatriarse y de recuperar 13
el trono paterno, y les decretó la ayuda que pedían.»
Heraclides se apoyó en ello, reclutó mercenarios inme- 14
diatamente, convocó a los prohombres [todos cuantos pudo] y, al llegar a Éfeso, puso manos a la obra y preparó la empresa proyectada.

Siria

Polibio cuenta en su libro trigesimo- **19**
tercero que Demetrio, que logró escapar de Roma cuando en *ella* era rehén, *fue rey de Siria*. Pero era muy aficionado al vino y se pasaba ebrio la mayor parte del día. (ATENEO, X 440 b.)

Fragmentos de localización incierta

A muchos, una vez que han conce- **20**
bido un odio o un amor excesivos hacia alguien, cualquier pretexto les parece lícito para alcanzar su propósito.

[40] Otra interpretación posible es «con correcta frialdad». Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

21 Temo caer sin darme cuenta en lo que se dice corrientemente: «¿Quién es más necio, el que ordeña un chivo o el que recoge leche con un tamiz?» Realmente, también yo voy a dar la impresión de hacer algo por el estilo, si trato con detalle lo que es una falsedad manifiesta y le concedo una atención no a su
2 medida. Hablando de ello se habría perdido el tiempo, a no ser que se hubiera pretendido escribir en sueños o ver visiones con los ojos abiertos.

LIBRO XXXIV [1]

(FRAGMENTOS)

(A. Fragmentos griegos)

Generalidades. El argumento de este libro

Algunos autores, en la exposición 1
de su historia general, tocaron temas referentes a la geografía, de modo que trataron por separado la topo-

[1] Como verá el lector, de este libro XXXIV no quedan textos genuinamente polibianos. No hay duda de que Polibio concentró y reunió en este libro sus conocimientos geográficos, y ello, fundamentalmente, por dos motivos: *a)* porque responde a un viaje que Polibio hizo por España y por el N. de África (lo cual indica que el libro es de redacción tardía, posterior a la campaña de Escipión en España), y así Polibio puede redactar su geografía con datos de primera mano, *b)* porque tiende a concentrar las materias extrahistóricas en libros determinados (así el libro VI, dedicado al estudio de diversas constituciones y al campamento romano, y el libro XII, dedicado a crítica historiográfica), con lo cual evita continuas digresiones que oscurecerían el hilo de su historia. Los textos de este libro no son polibianos directamente, pero sí responden a ideas de Polibio, y, cuando las citas son de Estrabón, seguramente son transcripciones literales del texto polibiano, porque con frecuencia este geógrafo ni tan siquiera refundía los datos que tomaba de otros autores, sino que simplemente copiaba su texto. Este libro XXXIV fue reconstruido, por primera vez, por

2 grafía[2] de los continentes; procedieron así, por ejemplo, Éforo y Polibio. (Estrabón, VIII 1, 1, C 332.)

3 Polibio dice que, por lo que se refiere a Grecia, Eudoxo[3] hizo una buena exposición, y que Éforo[4] la hizo muy buena, al tratar de la fundación de ciudades, genealogías, migraciones
4 y establecimientos de colonias, «pero nosotros —añade— queremos describir la situación actual de las plazas e indicar las
5 distancias, que es lo más esencial en la ciencia geográfica».
6 Pero ahora eres tú, Polibio, quien introduces los errores vulgares acerca de las distancias, y ello, no ya fuera de Grecia, sino en un contexto griego, y debes rendir cuentas ya sea a Posidonio, ya a Artemidoro, y aun a otros muchos[5]. *(Ibid.,* X 3, 5, C 465.)

7 El historiador Polibio ha compuesto un libro titulado *Las partes del globo habitadas bajo el ecuador celeste*[6]. Éste está
8 en la mitad de la zona tórrida[7]. Asegura que esta región está

Schweighäuser en su edición dindorfiana del año 1836; los editores posteriores del texto griego han reflejado en lo esencial el trabajo de Schweighäuser, introduciendo en él modificaciones que nunca lo alteran en su esencia. Una introducción detallada a este libro rebasa las posibilidades racionales de una nota. Por esto remito a Walbank, *Commentary,* ad loc., sin que ello obste para que, dentro de límites claros, se enmarque correctamente cada unidad temática.

[2] En el lenguaje de Estrabón y, con toda certeza, en el de Polibio «topografía» significa «descripción de un territorio».

[3] El geógrafo Eudoxo de Cnido, que escribió una obra titulada *El círculo terrestre,* de la que quedan escasos fragmentos.

[4] Aquí Polibio da una buena lección de ética profesional, pues si bien su posición frente a la figura de Éforo es, en general, desfavorable (cf. IV 20, 5), no deja de notar sus aciertos cuando, a su juicio, los hay.

[5] Estrabón no se engaña, pero estamos ante los casos límite de las posibilidades de investigación de los sabios antiguos, enormemente limitadas.

[6] Esto no parece ser cierto. Al menos, en ningún otro texto de la antigüedad se atribuye a Polibio una obra tal.

[7] Esta zona tórrida no corresponde a la que en la geografía moderna se denomina así, sino que coincidía con las dos zonas

habitada y que tiene un clima más templado que el que tienen
los habitantes de los extremos de la zona tórrida. Por un lado,
aporta[8] las narraciones de los que han visto personalmente
estas regiones y que dan testimonio de los hechos[9]; por otro,
arguye a base de la naturaleza de los movimientos del sol. Éste, 9
efectivamente, en la época de los solsticios permanece mucho
tiempo cerca de los círculos del trópico, ya alejándose ya apro-
ximándose a ellos, de manera que hoy vemos que se queda en
sus proximidades unos cuarenta días. Ésta es la causa por la 10
que la duración de los días prácticamente no se altera durante
estas cuarenta jornadas. Por la persistencia de su situación
sobre las regiones que se encuentran bajo los círculos del tró-
pico, esta región resulta chamuscada e inhabitable por el exce-
sivo calor. Pero, desde el círculo equinoccial o ecuador, el sol 11
baja deprisa, de manera que la duración del día aumenta o
decrece rápidamente según los equinoccios. Es razonable, pues,
suponer que el clima de las regiones situadas por debajo del
ecuador será más templado, ya que el sol no se sitúa larga-
mente sobre los puntos extremos, sino que se aleja muy pronto
de ellos. Todos los que viven alrededor de los dos círculos 12
tropicales se ven expuestos igualmente al paso del sol, pero
éste permanece más largamente sobre los que hoy viven en los
trópicos actuales. Por esta razón, la región que está debajo 13
del ecuador, en el centro de la zona tórrida, tenía un clima
más moderado que el de los extremos de dicha zona, que están

---

tropicales postuladas más adelante por Polibio (§§ 14-15, 18), que aquí Gémino reduce a una. Esta zona tórrida, en opinión de Polibio, surca el curso alto del Nilo (país que los antiguos no conocieron o, al menos, no se tiene noticia de que hubieran llegado a él) y el mar Rojo.

[8] Polibio cita dos tipos de evidencia: las observaciones de los exploradores y los argumentos teóricos. De Polibio, Gémino nos transmite sólo estos últimos, pero Estrabón los de las dos clases.

[9] Durante los reinados de los Ptolomeos, se exploró el curso del Nilo aguas arriba hasta una distancia considerable, pero no se llegó jamás a las fuentes. También se exploró la región del mar Rojo, aquí con fines prácticos, pues se buscaban elefantes para usarlos en la guerra.

debajo de los círculos tropicales. (GÉMINO, *Elementos de astronomía,* C 16.)

14 Polibio establece seis zonas: dos, debajo de los círculos árticos; dos, entre éstos y los círculos tropicales, y dos, entre éstos y el círculo equinoccial o ecuador. (ESTRAB.., II 3, 1, C 96.)

15 Polibio se equivoca cuando establece algunas zonas delimitadas por los círculos árticos: dos, inmediatamente debajo de éstos, y dos, entre éstos y los círculos tropicales. *(Ibid.,* II 3, 2, C 97.)

16 Si, como afirma Eratóstenes, la zona de debajo del ecuador es templada, opinión con la que está de acuerdo Polibio (sólo que este último añade que esta zona es muy alta[10] y, por ello, lluviosa), las nubes del Norte formadas en la estación de los vientos etesios quedan estabilizadas en la altura, en grandes masas. Es preferible pensar que hay una tercera zona templada muy estrecha[11], que no introducir aquí dos zonas bajo los círculos tropicales. *(Ibidem.)*

17 Posidonio se opone a las tesis de Polibio cuando éste sostiene que la región de debajo del ecuador es muy alta. *(Ibidem.)*

18 Después de Arato[12], no todos están de acuerdo en el número de zonas. Algunos, como Polibio y Posidonio, dicen que son seis, pues dividen en dos la zona tórrida. (AQUILES TACIO, *Introducción a los fenómenos,* C 31.)

Sobre las navegaciones de Ulises, principalmente cerca de Sicilia[13]

2 No es seguir el modo homérico apañar fantasmagorías totalmente in-
2 fundadas. Es lógico que parezcan más creíbles aquellas mentiras en las que se mezcla algo de verdad, como afir-

[10] Es claro que Polibio ha recogido esta información de boca de exploradores que han recorrido la región.

[11] Esta afirmación es de Estrabón, no de Polibio.

[12] Aquí el texto griego escribe: «después de éste», y aunque lo más probable es que la referencia sea a Arato de Solos (Cilicia), polígrafo que cultivó también la geografía, algunos suponen que éste es Parménides de Elea. Cf. WALBANK, *Commentary,* ad loc.

[13] Situar correctamente en su lugar los hechos que narra la epopeya homérica fue un tema central de la ciencia helenística. En la época de Polibio, los máximos expositores del tema

ma Polibio al tratar los errabundeos de Ulises. (ESTRAB., I 2, 9, C 20.)

Polibio interpreta correctamente las navegaciones de Ulises[14], 3
así, por ejemplo, cuando llama a Éolo despensero de los vien- 4
tos[15] y dice que ha sido su rey, pues indica el momento apto
para zarpar en los diversos lugares del estrecho que tengan
doble corriente[16], y hacerse a la mar desde ellos resulta difícil
por el reflujo; lo mismo, cuando califica[17] de adivinos y agoreros 5
a los reyes Dánao, el que en Argos reveló donde estaban las
cisternas, y Atreo, quien señaló que el curso del sol es opuesto
al del cielo; califica de soberanos y de videntes a los que prac- 6
tican la adivinación por medio de sacrificios y, asimismo, a
los sacerdotes egipcios, a los caldeos y a los magos, que se
distinguían de los otros hombres por su saber peculiar y que
gozaron de especiales precedencias y honores por parte de nues-
tros antepasados, no de otro modo a como se honra a cada 7
uno de los dioses como inventor de algo útil. Establecidos 8
estos principios, Polibio no permite que Éolo sea presentado
como algo mítico, ni tampoco todas las navegaciones de Ulises:
afirma que hay algo de leyenda, como en la guerra narrada

---

eran Aristarco y Crates de Malos. Los problemas planteados eran dos, discernir lo que en la geografía homérica fue siempre ficción y lo que respondía a la realidad; en este segundo caso se debían fijar los lugares con la máxima precisión posible. Para los estoicos, Homero fue un modelo de exactitud y veracidad, cosa que Erastóstenes rechazaba. Polibio se alinea a favor de Homero (actitud fundamentalista) y cree que los viajes de Ulises no fueron más allá de Sicilia y de la costa italiana. Crates de Malos sostenía que ya Ulises había atravesado el estrecho de Gibraltar y que había navegado por el mar Exterior.

[14] Polibio cree firmemente en ellas.

[15] Cf. *Odisea* X 1-27. Homero dice exactamente «despensero» *(tamíēs)* y en la traducción debe conservarse la gracia del original; en alguna traducción castellana se lee «administrador», que, aparte de deslucir la fuerza evocadora del original, lo traiciona, pues el concepto actual de administrador es algo completamente ajeno al mundo griego.

[16] Es el estrecho de Mesina, en el que, cada seis horas, la corriente del agua marina cambia de dirección.

[17] El sujeto gramatical continúa siendo Polibio.

9 en la *Ilíada;* estos errabundeos han sido, en general, colocados
en Sicilia tanto por el poeta como por los demás escritores que
10 tratan la historia local de Italia y de Sicilia. Polibio no está
de acuerdo con la afirmación de Eratóstenes, según la cual
los lugares por donde erró Ulises serán hallados cuando se dé
11 con el talabartero que cosió el odre de los vientos. También lo
que dijo que ocurrió en el escollo de Escila concuerda con la
captura del pez espada [18], cuando del monstruo Escila [19] dice:

12 *y pesca por allí oteando el escollo,*
delfines y el pez perro, y aun si
encuentra un cetáceo mayor. (Odisea XII 95-7.)

13 Pues, cuando los atunes, llevados en bancos por la corriente [20]
a lo largo de la costa de Italia, se desvían y no logran alcanzar
la isla de Sicilia, sucumben víctimas de animales mayores, cual
14 delfines, peces perros y otros cetáceos. Por su captura engordan
los peces espada, a los que Polibio aplica el nombre de xifias o
15 de pez perro. Aquí sucede lo mismo que en las inundaciones
del Nilo y de otros ríos, lo mismo que cuando el fuego abrasa
los bosques: las bestias huyen a manadas de las llamas, o del
agua, y se convierten en pasto de otras mayores.

3 Tras decir esto, expone el método de captura del pez espada,
2 tal como se practica cerca del escollo de Escila. Se sitúa en el
lugar de anclaje un oteador común para todos los botes movidos a dos remos; cada embarcación, la tripulan dos hombres.
3 Uno de los dos acciona los remos; el otro que está a proa se
queda inmóvil con el arpón. El oteador le señala la presencia
del pez espada, pues este animal hace emerger del mar la
4 tercera parte de su cuerpo. El bote se le aproxima y el hombre
lo hiere de cerca; luego arranca el arpón del cuerpo de la presa,
5 pero dejando en él la punta, que tiene forma de anzuelo, está
ajustada al asta de manera muy floja y, además, lleva atado

---

[18] No hay duda de que Polibio ha visto personalmente el espectáculo.

[19] Aquí Escila no es todavía el escollo famoso, juntamente con Caribdis, sino un monstruo previo que le conferirá su nombre.

[20] Del estrecho de Mesina.

un hilo que le aflojan al animal herido hasta que se cansa en
su esfuerzo por escapar. Después, lo arrastran hasta tierra o 6
lo cargan en el bote, esto último, si su mole no es muy grande.
Si el arpón se les cae al mar, no lo pierden, pues consiste en 7
una encoladura de madera de encina y de pino, de modo que al
mojarse la madera de encina lo hace flotar y es recuperable
fácilmente. Algunas veces ocurre que, a través de la madera 8
del bote, resulta herido el remero, a causa de la longitud de
la espada del pez; el ímpetu de la bestia hace su captura semejante a la del jabalí.

Por razones como ésta y otras parecidas, asegura Polibio, se 9
puede conjeturar que, para Homero, los errabundeos de Ulises
fueron por el mar de Sicilia, puesto que atribuye al monstruo
Escila un sistema de caza practicado especialmente por los nativos en las proximidades del escollo de Escila[21]. Y lo que cuen- 10
ta de Caribdis se parece a lo que ocurre en el estrecho de
Sicilia. Pues aquello de: 11

regurgita tres veces[22],

en vez de dos, es un error del escribano o del historiador. Y lo 12
que se dice de la isla de Méninx[23] se corresponde con las
afirmaciones acerca del país de los lotófagos.

Y si en Homero[24] hay algo que no concuerde, la causa radica **4**
en un cambio, en ignorancia o en una licencia poética, que es
una combinación de historia, disposición y mito. El fin que se 2
propone la historia es la verdad[25], así, por ejemplo, en el *Ca-*

---

[21] Toda la narración da la impresión de una observación perenne por parte de Polibio.

[22] Cf. Homero, *Odisea* XII, 105. El texto homérico más corriente dice «tres», pero no falta algún manuscrito de Homero en el que leemos «dos veces». Aquí, concretamente, parece que Polibio sigue las doctrinas de Crates de Malos.

[23] Para la identificación de la isla de Méninx con el país de los lotófagos, cf. I 39, 2-3, y sobre la planta del loto, XII 2, 1-7.

[24] «En Homero»: el texto no lo pone, pero debe sobreentenderse.

[25] Aquí se pasa del caso concreto de Homero a una teorización general.

tálogo de las Naves el poeta nos explica lo que corresponde
a cada ciudad: a una, la llama rocosa, de otra dice que está
en los confines, a otra la califica de costera o de rica en palo-
3 mas. El fin que se propone la disposición es la vivacidad, por
ejemplo cuando introduce combatientes; el fin del mito es el
4 placer y el asombro[26]. Inventárselo todo no es de fiar ni es
propio de Homero: de la poesía de éste afirman todos que es
un tratado filosófico, no lo que sostiene Eratóstenes cuando
nos invita a no juzgar los poemas por sus contenidos y a no
5 buscar historia en ellos. Polibio explica que el lugar

durante nueve días fui llevado por los vientos crueles[27]

se adapta mejor a un recorrido breve (pues los «vientos crueles»
no empujan en línea recta) que a una salida al mar Exterior,
en cuyo caso hubieran soplado continuamente vientos favora-
6 bles. Si se establece que la distancia que hay entre el cabo de
Malea y las columnas de Heracles es de veintidós mil quinien-
tos estadios y que se ha recorrido en nueve días a una velocidad
uniforme, la navegación de cada día arroja dos mil quinientos
7 estadios[28]. ¿Comparativamente, quién ha oído de alguien que
desde Licia o desde la isla de Rodas haya llegado a Alejandría
en dos días[29], cuando la distancia a recorrer es de cuatro mil

---

[26] Esta afirmación tiene resonancias aristotélicas y acerca la historia a la poesía; cf. II 56, 11.

[27] *Odisea* IX 82.

[28] La velocidad media de una nave griega en la antigüedad era de 165 km. en un día (24 horas). Multiplicados por los nueve días de navegación, arrojan una distancia de 1.485 km. Ahora bien, Polibio parte de la base de que la distancia entre el cabo de Malea y el estrecho de Gibraltar es de 22.500 estadios, que, repartidos en nueve días, dan 2.500 estadios, que equivalen a 460 Km. Dejando aparte la distancia real entre los accidentes geográficos citados, aquí Polibio ha redactado a la ligera, y no ha comprobado tan siquiera si los datos que maneja son coherentes entre sí; los datos de referencia proceden de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[29] La distancia en línea recta desde la isla de Rodas a Alejandría de Egipto (al O. del delta del Nilo) es de 600 km., mientras que la indicada por Polibio es de 740 km. Según las velocidades

estadios? Y a los que preguntan cómo se explica que, si Ulises 8
llegó tres veces a Sicilia, no dice ni una sola de que haya
navegado a través del estrecho, Polibio responde que también
todos posteriormente evitaron esta ruta. Esto es lo que les
contestó. (ESTRAB., I 2, 15-17, C 23-25.)

Discusión de Polibio contra geógrafos precedentes

En su exposición de la geografía **5**
de Europa, Polibio dice que se des-
entiende de los geógrafos antiguos,
pero que analizará a los que los re-
futaron, es decir, a Dicearco[30] y a Eratóstenes. Éste es el último
autor que ha escrito sobre geografía. Explica que también tra-
tará de Píteas de Masalia[31], quien ha inducido a muchos a error, 2
pues asegura que ha recorrido a pie toda Inglaterra; indica que
el perímetro de la isla arroja más de cuarenta estadios; añade 3
la descripción de la isla de Tule[32] y la de aquellos lugares en
los cuales no hay tierra propiamente dicha, ni mar, ni aire,
sino una amalgama de estos elementos, parecida a una esponja
marina; en esta mixtura la tierra, el mar y todo queda en sus- 4
pensión y viene a ser como el acoplamiento de todo, pero no
es transitable ni navegable. Píteas asegura haber visto él perso- 5

---

medias de la navegación antigua, el recorrido exigía tres días y medio.

[30] Sobre Dicearco: vivió en el Peloponeso, principalmente en Esparta; escribió básicamente sobre geografía e intentó trazar un mapamundi de las tierras entonces conocidas. Eratóstenes fue más conocido, por haber sido bibliotecario de la Biblioteca de Alejandría. Por lo que aquí interesa escribió un libro titulado *Sobre las medidas de la tierra*. Se atrevió a declarar que las nociones geográficas de Homero son falsas y se atuvo a las de Anaximandro, el primero, que sepamos, que trazó un mapa de la tierra.

[31] Navegante marsellés de cronología incierta, que pasó el estrecho de Gibraltar, remontó por las costas de la Península Ibérica y las francesas para llegar a la península de Cornualles.

[32] La isla de Tule es, seguramente, legendaria; como sea, Píteas la colocaba a seis días de navegación partiendo del N. de Escocia. Según él, en esta isla había medio año de luz y medio de tinieblas. De ser la isla de Tule una alusión verdadera, lo sería a Islandia, a las islas Shetland o a alguna isla de la zona central de la costa noruega.

nalmente esto, parecido a la esponja marina, y que lo restante
6 lo explica de oídas. Éstas son, pues, sus afirmaciones y precisa,
además, que desde aquí ha recorrido toda la parte de Europa
que da al mar Exterior desde Cádiz[33] hasta el río Tanais[34].
7 Arguye Polibio que esto es increíble: ¿cómo iba a poder recorrer
y navegar tales distancias un simple particular y, encima, pobre?
8 Apunta que Eratóstenes, si bien dudando acerca de si podía
darse crédito a todo ello, se lo da, sin embargo, a sus afirma-
9 ciones referentes a Inglaterra, a Cádiz y a España. Pero es
preferible, prosigue Polibio, conceder nuestra confianza a Evé-
mero de Mesene[35] antes que a Píteas, pues aquél declara mo-
destamente que *sólo ha* navegado por *el* país *de* Panquea,
mientras que el masaliota se jacta de haber visitado Europa hasta
sus límites septentrionales, hasta los confines del universo, cosa
10 que no creeríamos ni en boca de Hermes. Eratóstenes, según
Polibio, califica a Evémero de «bergeo»[36]. ¡Y sin embargo daba
11 crédito a Píteas, cuando incluso Dicearco se lo negaba! Pero esta
puntualización «aun cuando incluso Dicearco se lo negaba» es
ridícula, pues lo propio para Eratóstenes sería tomarlo como
12 modelo: Polibio detecta en Eratóstenes muchos errores. Se habla
de la ignorancia de Eratóstenes en lo que se refiere al Oeste y
13 al Norte de Europa. Sin embargo, debemos ser comprensivos
para con él y para con Dicearco, que no han visitado estos lu-
gares; ahora bien, ¿a Polibio y a Posidonio, quién podrá per-
14 donarles? Porque precisamente Polibio es el que tilda de errores
propios del vulgo las afirmaciones falsas en cuanto a las dis-
tancias que encontramos en Dicearco, en Eratóstenes y en otros
muchos, pero él mismo yerra cuando pretende refutarles.

6 De todas formas, cuando Dicearco dice que la distancia desde

[33] Si se interpreta esto estrictamente, Píteas ha hecho la navegación por el mar Exterior (el océano Atlántico).

[34] El río Tanais de la antigüedad es el Don o el Elba.

[35] Evémero de Mesene (o quizás de Mesana), personaje oscuro del que sabemos muy poco; describió un viaje legendario por el mar de la India y un archipiélago legendario que se encontraba en él.

[36] Es decir, «el gran embustero». El epíteto «bergeo» deriva de Antífanes de Berga, un autor del s. III a. C., que describe viajes fantásticos. Su fama de impostor fue tan grande, que el epíteto «bergeo» pasó a significar simplemente «mentiroso».

las columnas de Heracles al Peloponeso es de diez mil estadios
y mayor aún si se sigue la costa del golfo Adriático hasta su
lugar más profundo, y cuenta en tres mil los que van desde
el Peloponeso hasta el estrecho de Sicilia, de manera que el
resto son siete mil estadios, para llegar desde el estrecho a
las columnas de Heracles, Polibio declara que no discute si la 2
indicación de estos tres mil estadios es correcta, pero que la
cifra de siete mil es a todas luces inexacta, tanto si se cuenta
en línea recta a través del mar como si se mide bordeando la
costa. La costa viene a ser como un ángulo obtuso, cuyos lados 3
llegan hasta las columnas de Heracles y el estrecho de Mesina;
el vértice lo da la ciudad de Narbona, de manera que se cons- 4
tituye un triángulo, cuya base sería una línea recta trazada a
través del mar y los otros dos lados, los que forman el án-
gulo citado. El primero de ellos, el que va desde el estrecho 5
de Sicilia hasta Narbona mide más de diez mil doscientos esta-
dios y el otro, poco menos de ocho mil. Y, observa Polibio, la 6
distancia mayor que hay de Europa a África se da en el mar
Tirreno, y todos reconocen que no rebasa los tres mil estadios,
separación que a través del mar de Cerdeña es aún menor.
Admitamos, arguye, lo de los tres mil y sumémosles dos mil, 7
la profundidad del golfo de Narbona, una perpendicular que
va desde el extremo a la base del ángulo obtuso. Por un tratado 8
escolar de geometría se demuestra que toda la línea costera que
va desde el estrecho de Mesina a las columnas de Heracles
supera en casi quinientos estadios la línea recta trazada a través
del mar. Si se suman a éstos los tres mil que van desde el 9
Peloponeso al mar de Sicilia, el conjunto de estadios en total,
los de la línea recta, son más del doble de los que fijó Dicearco.
Y, concluye Polibio, según este geógrafo sólo la distancia hasta 10
el golfo Adriático ya es superior a ésta.

Pero, querido Polibio, se le podría objetar, la comprobación 11
de lo que tú mismo dijiste hace evidente el error contenido
en estos cálculos: del Peloponeso hasta Léucade hay setecien- 12
tos estadios, los mismos del Peloponeso hasta Corcira, y también
los mismos desde Corcira a los Montes Ceraunios[37], y en di-

[37] Los montes Ceraunios son la cordillera llamada actualmente de Mal i Çikes, que acaba en el cabo de Glossa, al S. de la bahía de Valona, frente a Escútari, al E. del paso del Bósforo.

rección a Oriente, la costa de Iliria desde los montes Ceraunios
13 a la Yapidia[38] arroja seis mil ciento cincuenta estadios, de
manera que ambos estáis equivocados: Dicearco, en sus afir-
maciones de que del estrecho de Mesina a las columnas de He-
racles hay siete mil estadios, y tú mismo, en lo que piensas
14 demostrar, pues la mayoría está de acuerdo en señalar que
tal distancia a través del mar es de doce mil estadios.

15 ¿No sería lógico pensar que Eratóstenes superó en simpleza
a Antífanes de Berga y que no ha dejado a nadie aventajarle
en temeridad cuando trata de sucesos? *(Ibid.*, II 4, 1-3, C 1045.)

7 Luego, Polibio corrige ciertas cosas a Eratóstenes, algunas
2 atinadamente, pero en otras agrava su error. Pues Eratóstenes
dice que de Ítaca a Corcira hay trescientos estadios, y Polibio
sostiene que hay más de novecientos; Eratóstenes calcula que
de Epidauro a Tesalónica hay novecientos, cuando Polibio dice
3 que son más de dos mil. Hasta aquí bien. Pero si Eratóstenes
dice que de Masalia a las columnas de Heracles hay siete mil
estadios, y de la cordillera pirenaica a las dichas columnas
seis mil, Polibio empeora este error cuando apunta que la
distancia desde Masalia a las columnas es de algo más de nueve
mil estadios[39], y desde los Pirineos algo menos de ocho mil;
4 Eratóstenes se acercó más a la verdad. Hoy se está de acuerdo
en que, descontando los rodeos de la ruta, España entera no
tiene más de seis mil estadios de longitud desde los Pirineos hasta
5 su lado occidental. Al curso del río Tajo, Eratóstenes le atribuye
una longitud de ocho mil estadios[40] desde sus fuentes a su des-
embocadura, sin tener en cuenta sus inflexiones (lo cual sería
impropio de la ciencia geográfica), hablando de una línea recta.
Y, sin embargo, las fuentes del Tajo distan más de mil estadios
6 de la cordillera de los Pirineos. En este punto, Polibio de-
muestra correctamente que Eratóstenes desconoce España y

---

[38] Región al NO. de la actual Yugoeslavia.

[39] Polibio establece que la distancia entre el estrecho de Gibraltar y los Pirineos es de ocho mil estadios, lo cual contradice la afirmación de aquí. Si se tiene en cuenta que el estadio medía 185 m., las distancias arrojan, en kilómetros, 1.110, para Eratóstenes, y 1.320, para Polibio, ambas erróneas. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[40] La longitud real del Tajo es, aproximadamente, la mitad.

que sus afirmaciones acerca de ella se contradicen. Sin embargo, cuando supone que hasta Cádiz, en la parte meridional, España está habitada por los galos, si de verdad sostiene que los galos habitan Europa hasta Cádiz, ¿cómo es que luego lo olvida, y cuando trata de España no los menciona ni por asomo? Y cuando Polibio enseña que la longitud de Europa es inferior a la de África y Asia juntas, su comparación es incorrecta. Pues el límite formado por las columnas de Heracles mira hacia el Oeste, según Polibio, y el río Tanais fluye en dirección nordeste, de modo que, sumadas las longitudes de Asia y de África, Europa resulta menor que el espacio que media entre el orto occidental y el equinoccial; Asia ocupa el espacio del semicírculo septentrional que va desde el orto occidental al equinoccial. *(Ibidem,* II 4, 4, C 106.)

que sus afirmaciones acerca de ella se contradicen. Sin embar- 7
go, cuando supone que hasta Cádiz, en la parte meridional, Es-
paña está habitada por los galos, si de verdad sostiene que los
galos habitan Europa hasta Cádiz, ¿cómo es que luego lo olvida,
y cuando trata de España no los menciona ni por asomo? Y cuan- 8
do Polibio enseña que la longitud de Europa es inferior a la
de África y Asia juntas, su comparación es incorrecta. Pues el 9
límite formado por las columnas de Heracles mira hacia el
Oeste, según Polibio, y el río Tanais fluye en dirección nor-
deste, de modo que, sumadas las longitudes de Asia y de África, 10
Europa resulta menor que el espacio que media entre el orto
occidental y el equinoccial; Asia ocupa el espacio del semicírculo
septentrional que va desde el orto occidental al equinoccial.
(Ibidem, II 4, 4, C 106.)

Europa tiene, en realidad, muchos salientes, y Polibio ha 11
tratado este punto mejor que Eratóstenes; sin embargo, no lo
ha hecho suficientemente. Pues cita tres, el que está en las 12
columnas de Heracles, sobre el cual está España, el que está en
el estrecho de Sicilia, sobre el cual está Italia, y el tercero es
el cabo de Malea, que comprende todos los pueblos que hay
entre el Adriático, el Ponto Euxino y el río Tanais. Polibio 13
reseña los dos primeros sin hacer modificaciones, pero esta-
blece un tercero que abarca desde la punta de Malea hasta
Sunio, sobre el cual está Grecia entera, Iliria y partes de Tra-
cia, luego cita otro, el Quersoneso Tracio, encima del cual están 14
los estrechos de Sesto y de Abido. Estas partes son habitadas
por los tracios; un quinto saliente lo constituiría el Bósforo
Cimerio y la boca del lago Meótico. *(Ibid.,* II 4, 8, C 108.)

La Lusitania

Polibio de Megalópolis, en el libro **8**
trigesimocuarto de sus *Historias,* tra-
ta de aquella parte de España llamada Lusitania, y dice que allí
hay unos robles, nacidos debajo del agua, cuyas bellotas ali-
mentan a los atunes. No erraría, pues, quien llamara a los atunes 2
cerdos marinos. (ATENEO, VII 302e.)

Cuenta Polibio que estas bellotas llegan hasta Italia, teniendo 3
en cuenta, además, puntualiza, que también Cerdeña las produce,
país más próximo a Italia. (ESTRAB., III 2, 7, C 145.)

Cuando trata de la prosperidad de la Lusitania —este país 4
forma parte de Iberia, llamada por los romanos Hispania— en

el libro trigesimocuarto de sus *Historias*, Polibio de Megalópolis dice que allí, debido a la bondad de su aire, tanto los animales como los hombres son muy prolíficos y que los frutos del cam-
5 po jamás se corrompen. Las rosas, las violetas blancas, los espárragos y otros vegetales por el estilo sólo dejan de darse
6 durante tres meses; en cuanto a la pesca comestible, tanto por su calidad como por su cantidad y su aspecto verdaderamente apetitoso supera en mucho a la que se produce en nuestras
7 costas. Un medimno siciliano de cebada cuesta un dracma,
8 uno de trigo nueve óbolos alejandrinos. Una metreta de vino vale un dracma, y un cordero pequeño o una liebre lo mismo.
9 El precio de un carnero es tres o cuatro óbolos. Un cerdo cebado que arroje un peso de cien minas vale cinco dracmas, una oveja dos. El talento de higos se vende a tres óbolos, un ternero
10 a cinco dracmas y un buey apto para el yugo a diez. Las carnes de los animales salvajes se venden a precios ínfimos, con frecuencia se regalan o se utilizan para intercambios. (ATEN., VIII 330e.)

España

9 Sus habitantes se llaman turdetanos o bien túrdulos[41]; para unos au-
2 tores son los mismos, para otros son pueblos distintos. Esto cree Polibio al decir que los túrdulos tienen al norte por vecinos a los turdetanos. (ESTRAB., III 1, 6, C 139.)

3 Los turdetanos deben la prosperidad de su país, así como los celtas[42], por su proximidad y su afinidad con ellos, a su sociabilidad y a su carácter pacífico. *(Ibid.,* III 2, 15, C 151.)

4 Dicearco, Eratóstenes, Polibio y la mayoría de griegos sitúan las columnas de Heracles en el estrecho de Gibraltar. *(Ibidem,* III 5, 5, C 170.)

---

[41] Parece que son los mismos; en todo caso serían tribus ribereñas del Guadalquivir.

[42] Aquí la palabra griega *keltoí* debe traducirse por «celtas» y no por «galos», pues serían, en todo caso, tribus galas muy características, habitantes de la Península Ibérica. Cuando la palabra *keltoí* se refiere a las tribus que habitaban Francia y el N. de Italia, la traducción correcta es «galos», y cuando el mismo gentilicio griego se refiere a los galos que pasaron a Grecia y al Asia Menor y acabaron estableciéndose en la Galacia, entonces la traducción correcta es «gálatas».

Explica Polibio que en Cádiz, en el Heracleo, hay una fuente 5
en la que, para bajar hasta el agua, que es potable, hay que
descender unos peldaños. Pero al manantial le ocurre lo con-
trario que al agua del mar: en horas de pleamar la fuente no
mana, y sí cuando la marea baja. La causa de ello radica en 6
el aire que asciende desde la profundidad a la superficie de
la tierra. Cuando la marea sube la tierra queda cubierta por
el avance del mar, y las salidas naturales del aire quedan
obstruidas, viéndose éste empujado hacia el interior, lo cual
obtura la vena de agua y corta el chorro del líquido, pero 7
cuando la tierra queda al descubierto el aire circula otra vez
derechamente, libera las venas del manantial, y éste fluye
abundantemente. *(Ibid.,* III, 5, 7, C 172.)

Al tratar de Cartagena, Polibio recuerda sus minas de plata: 8
dice que son muy grandes y que distan unos veinte estadios
de la ciudad, excavadas en un círculo de unos cuatrocientos esta-
dios [43]. En ellas hay unos cuarenta mil mineros, que producen 9
diariamente al gobierno de Roma veinticinco mil dracmas. Omito 10
sus trabajos restantes, pues sería prolijo contarlos, pero el mi-
neral de plata es machacado y lavado, dentro de un tamiz, en
agua corriente; se vuelve a machacar lo que queda depositado
y se lava otra vez; repetida la operación cinco veces, se licúa 11
el depósito final, el plomo se derrite y se extrae la plata pura.
(Ibidem, III 2, 10 C 147.)

Polibio dice que el río Guadiana, y también el Guadalquivir, 12
fluyen desde Celtiberia [44], distando uno del otro novecientos
estadios. *(Ibid.,* III 2, 11, C 148.)

Cuando enumera las tribus y las ciudades de los vacceos [45] 13
y de los celtíberos, Polibio cita, entre otras, las plazas de Se-
segama y de Intercatia [46]. *(Ibid.,* III 4, 13, C 62; ATENEO, I 16c.)

(Homero) describe un palacio espléndido por su construc- 14

---

[43] Son las minas de hierro de La Unión, explotadas todavía hoy.

[44] Para Polibio, la Celtiberia parece ser la parte oriental de la península, aunque aquí el uso del nombre es más genérico.

[45] Habitaban el curso medio del Duero.

[46] Sesegama: con muchas reservas, quizás se trate de Reinosa; Intercatia quizás sea Villanueva del Campo, provincia de Zamora, en el límite ya con la de Valladolid.

ción y sus adornos, como lo que cuenta Polibio de la mansión de un rey ibero; dice de éste que había imitado la molicie de la corte de los feacios, sólo que en el centro de esta morada había unas copas de oro y de plata llenas de cerveza de cebada[47]. (ATEN., I 16c.)

10 *La Galia*

En el libro trigesimocuarto de sus *Historias*, Polibio dice que al Norte de los Pirineos hasta el río Narbona[48] hay una llanura por la que los ríos Iléberis y Roscino[49] corren pasando por las ciudades
2 de su mismo nombre, habitadas por celtas[50]. Y, en esta llanura,
3 están los llamados peces subterráneos[51]. La llanura presenta una capa delgada de tierra densamente recubierta de grama. Debajo de esta hierba la tierra es arenosa en un espesor de dos o tres codos, y por allí fluye al azar el agua procedente de los
4 ríos. Y en ella los peces, cuando los ríos crecen, nadan por debajo de tierra en busca de alimento, pues comen vorazmente la raíz de la grama; toda la llanura se llena de estos peces subterráneos; los hombres practican agujeros en el suelo y los cogen. (*Ibid.*, VIII 332a.)

5 En lo referente a las bocas del Ródano[52], Polibio nota el

---

[47] Aquí hay una ironía de Polibio o de su fuente, pues la esplendidez de la copa de oro no se aviene con lo vulgar de su contenido.

[48] Es el río Aude.

[49] El Iléberis es el actual río Tec, que nace en el Pirineo y desemboca en el Mediterráneo, a 4 km. de la población catalanofrancesa de Argelers; el Roscino es el río Tet (en catalán es femenino: la Tet), que nace al N. de Puigcerdá, penetra en Francia, atraviesa la ciudad de Perpiñán y desemboca en el Mediterráneo a la altura de esta ciudad.

[50] Aquí todavía se debe traducir por «celtas» y no por «galos». Étnicamente el Rosellón estaba habitado por gentes afines a las peninsulares, cosa demostrada por la toponimia prerromana y también, seguramente, por la afinidad de las técnicas y del estilo de la pintura rupestre rosellonesa con los de la provincia levantina española.

[51] Lo que sigue es una leyenda insostenible.

[52] El tema ha sido tratado ya por Polibio en III 42, 1-6. Aquí la afirmación de Polibio es verdadera.

error de Timeo y dice que no son cinco, sino dos. (ESTRABÓN, IV 1, 8, C 183.)

El río Líger[53] desemboca entre el territorio de los pictones[54] 6
y el de los namnitas[55]. Junto a este río estaba antes la plaza comercial de Corbilón[56], de la que trata Polibio, recordando la relación que Píteas hizo de un mito. Explica que ninguno 7
de los masaliotas con los que se encontró Escipión[57] pudo decirle algo que valiera la pena cuando el romano les preguntó acerca de Inglaterra, y que tampoco nadie de Corbilón ni de Narbona, que eran las ciudades más importantes de la región. Pero Píteas se atrevió a verter los embustes más descarados. *(Ibidem,* IV 2, 1, C 190.)

Polibio dice que en los Alpes hay un animal de forma pe- 8
culiar: tiene forma de ciervo, a excepción del cuello y del cabello, que se parecen a los de un jabalí; debajo del mentón posee 9
una excrescencia, de un palmo de longitud, peluda en su extremo, y gruesa como la cola de un pollino. *(Ibid.,* IV 6, 10, C 207.)

Polibio dice que en su tiempo fue descubierta una mina de 10
oro no lejos de Aquileya[58], en el país de los tauriscos nóricos[59]; era tan abundante, que, sólo con excavar a una profundidad de dos pies la superficie de la tierra, se encontraba al punto oro en polvo. El yacimiento no tenía más de quince pies de 11
profundidad, y las pepitas procedentes de él eran de oro puro, 12
del tamaño de una haba o de un altramuz; sólo una octava parte del mineral extraído necesitaba una cocción; el oro

---

[53] Es el Loira.

[54] Los pictones, tribu gala cuya población principal era la actual Poitiers *(Pictavium).*

[55] Los namnitas han dado el nombre a Nantes.

[56] No sabemos de qué ciudad se trata, quizás sea Coueron, en las proximidades de Nantes.

[57] Se trata de Escipión Emiliano, que acompañó a Quinto Opimio a Marsella en el año 154 a. C. (XXXIII 8, 1-10).

[58] Aquileya fue una colonia latina fundada el año 181 a. C. en la desembocadura del río Natiso, en la costa del Adriático.

[59] Se añade el gentilicio «nóricos» para distinguirlos de los tauriscos que vivían en el Piamonte. Los nóricos vivían en la actual región austríaca de Carintia y eran conocidos por las minas de oro que explotaban en los montes llamados, actualmente, Höhe Tauern, no lejos del río Drave.

restante se debía fundir más veces, pero daba un rendimiento
13 alto. Cuando los italianos juntaban su trabajo con el de los
bárbaros durante un par de meses, el precio del oro bajaba un
14 tercio en toda Italia. Polibio dice que los tauriscos, al notarlo,
se hicieron con el monopolio y echaron a sus asociados.

15 Este mismo Polibio trata de las dimensiones y de la altura
de los Alpes, y compara con ellos los montes mayores de Grecia: el Taigeto, el Liceo, el Parnaso, el Olimpo, el Pelio, el Osa,
16 y de Tracia: el Hemo, el Ródope, el Dúnax. De éstos dice que
un buen andarín los sube en un día o algo menos y que en
17 un día se les rodea; los Alpes, en cambio, no se subirían ni
en cinco días; su longitud es de dos mil doscientos estadios en
18 la parte de la cordillera que emerge de la llanura[60]. Polibio cita
cuatro pasos solamente: uno, a través de la Liguria, cerca del
mar Tirreno; después, otro, por el país de los taurinos, por el
que pasó Aníbal[61]; un tercero, por la región de los salasos,
y un cuarto, en la Retia[62]. Todos ellos son muy empinados.
19 Explica que en estos montes hay abundancia de lagos; de ellos,
tres son de grandes dimensiones; el de Bénaco[63] tiene una longitud de quinientos estadios y una anchura de ciento treinta;
20 por él fluye el río Mincio. A continuación viene el Lario[64], de
cuatrocientos estadios de longitud, pero más estrecho que el an-
21 terior; en él nace el río Adua. El tercero es el lago Verbano[65],
que mide casi trescientos estadios de longitud; de él sale un
gran río, el Tesino. Todos ellos son afluentes del Po. *(Ibidem,*
IV 6, 12, C 208.)

---

[60] Aquí Polibio yerra: las dimensiones son mucho mayores.

[61] La frase «por donde pasó Aníbal» no consta en todos los manuscritos.

[62] Los pasos en cuestión parecen ser: el primero, por la Liguria, no lejos del mar Tirreno (cf. II 14, 4), el Col de Tenda; el segundo, en el monte Genèvre, el Col du Clapier (cf. III 49, 5); el que pasa a través de los salasios, que puede ser o el Gran San Bernardo o el Pequeño San Bernardo, y el de la Retia, el Brennero (con reservas), en la frontera actual entre Austria e Italia.

[63] El actual lago de Garda, que no es tan enorme como apuntó Polibio.

[64] El lago de Como.

[65] El lago Maggiore.

Italia

Polibio explica que, en Capua, se produce un vino de gran calidad llamado vino de parra, verdaderamente incomparable. (ATEN., I 31d.) 11

Polibio sostiene que la ruta terrestre por la costa desde el cabo Yapigio al estrecho de Sicilia arroja mil estadios. El mar de Sicilia, en efecto, baña esta región. La distancia por mar es de quinientos estadios. (ESTRAB., 1, 3, C 211.) 2

La longitud máxima de la costa de Etruria, dice Polibio, va desde Luna[66] a Ostia y arroja dos mil quinientos estadios; su anchura máxima no llega ni a la mitad y se da junto a los montes. De Luna a Pisa hay más de cuatrocientos estadios, y desde Pisa a Volterra, doscientos ochenta; desde aquí a Populonia, doscientos setenta, y de Populonia a Cosa[67], casi ochocientos; algunos dicen seiscientos. Polibio dice erróneamente que el conjunto da mil trescientos treinta estadios. (*Ibidem*, V 2, 5, C 222.) 3

Étale[68], una isla de Etruria. Polibio, en su libro trigesimocuarto, dice que Lemnos es llamada también Etalia. (ESTEBAN DE BIZANCIO.) 4

La bahía cerrada por los promontorios Miseno y de Atenea se llama Cráter. Al Este de estos promontorios se extiende toda 5
la Campania, la más fértil de las llanuras... Antíoco dice, de 6
este país, que está habitado por los ópicos[69], que se llaman
también ausones. Polibio ve ahí, evidentemente, dos poblacio- 7
nes, pues dice que el país del Cráter está habitado por los ópicos y los ausones. (ESTRAB., V 4, 3, C 242.)

Polibio explica que, desde Yapigia, la ruta está marcada por piedras miliarias. Hasta Sena[70] hay quinientas sesenta y 8

[66] La actual ciudad de Luni.

[67] Cosa fue una colonia latina fundada en la costa etrusca.

[68] La actual isla de Elba. La equivocidad señalada por Polibio se debe a que en ambas islas se trabajaba el hierro.

[69] Ésta es la denominación antigua; más tarde se llamarán (y serán) los oscos, que hablaban una lengua indoeuropea paralela al latín. Pero aquí el citado Antíoco ha sufrido una confusión. Los ópicos (=los ignorantes, *opicus* en latín) no pueden confundirse con los ausones que habitaban en el S. de Italia y, en parte, pasaron a Sicilia.

[70] Seguramente, la actual Sinigaglia.

dos millas, y desde este lugar a Aquileya hay ciento setenta y
ocho. *(Ibid.,* VI 3, 10, C 285.)
9 A continuación viene Lacinio, donde hay un templo de
10 Hera[71] que, en tiempo, fue rico y rebosaba de exvotos. Las
distancias no han sido calculadas correctamente. Sin embargo, Po-
libio, hablando en números redondos, indica que, desde el es-
trecho de Sicilia hasta el cabo Lacinio, hay mil trescientos es-
11 tadios, y setecientos, desde aquí hasta la punta Yapigia. *(Ibi-
dem,* VI 3, 10, C 285.)
12 De los tres cráteres[72], Polibio dice que uno está en parte
13 taponado, pero que los otros dos se mantienen. El mayor tiene
un orificio circular de cinco estadios y un diámetro de poco
14 menos de cincuenta pies; su profundidad hasta tocar el mar
es de un estadio; cuando hay buen tiempo se ve desde lejos
hasta el fondo. [Si esto es creíble, debemos también dar cré-
15 dito a los mitos que nos cuenta Empédocles[73]]. Polibio dice que,
cuando va a soplar el viento noto, se esparce una bruma ne-
blinosa sobre la pequeña isla, de modo que Sicilia ya no se ve
16 a lo lejos; cuando va a soplar el bóreas, en cambio, el cráter
aludido arroja, a la altura, llamaradas de fuego nítido y unas
nubes mayores. El soplo del céfiro produce unos efectos inter-
17 medios. Los otros dos cráteres tienen una figura similar, pero
18 sus erupciones son más débiles. Por las diferencias de las nubes
y por el lugar donde se inician las erupciones, las llamaradas y
la humareda, se puede conjeturar el viento que soplará al cabo
19 de tres días. Por lo menos, algunos de los habitantes de las
islas Lípari, arguye Polibio, cuando el mar está en calma pue-
20 den predecir sin error los vientos que soplarán. En conclu-
sión, lo que parece que Homero dijera de la manera más mis-
teriosa no fue dicho en absoluto sin sentido, antes bien, sub-
yaciendo la verdad en todo ello: fue cuando calificó a Éolo
de despensero de los vientos. *(Ibid.,* VI 2, 10, C 276.)

---

[71] Cf. III 33, 18.

[72] De la isla de Termesa, la actual Strómboli.

[73] Esta frase ha sido atetizada por algunos editores del texto griego. Según la leyenda, Empédocles se suicidó arrojándose al Etna.

Tracia, Macedonia, Grecia

[Teopompo] dice, entre otras cosas muy poco fiables [74], que los dos mares se comunican subterráneamente; [basa su afirmación] en el hallazgo de cerámica de Quíos y de Tasio en Narón [75], en donde ambos mares son visibles desde cierta altura y las [islas] Liburnias [76] tienen un perímetro como máximo de quinientos estadios. Dice, además, que una de las bocas del Danubio desemboca en el mar Adriático. Esto y algunas falsedades expuestas por Eratóstenes son creencias vulgares, según dice Polibio cuando trata de éstos y de otros autores. 12
2

La Via Egnacia arranca de Apolonia hacia Macedonia avanzando en dirección este, y está señalada por piedras miliarias y estelas hasta Cipsela [77] y el río Hebro; la distancia es de mil quinientas treinta y cinco millas. Si se tiene en cuenta —y así lo hace la mayoría— que una milla son ocho estadios, esto da cuatro mil doscientos ochenta estadios, pero si, como calcula Polibio, a los ocho estadios añadimos dos pletros, que es la tercera parte de un estadio, entonces hay que sumar ciento setenta y ocho estadios, la tercera parte del número en millas. Ocurre que viajeros que parten de Apolonia y otros que parten de Epidamno recorren por esta vía una distancia igual. Toda ella se llama Via Egnacia, su primera parte tiene, además, por sobrenombre Via Candavia por un monte de la Iliria, y pasa por la ciudad de Licnido y por Pilón [78], plaza limítrofe en el paso de Iliria a Macedonia. Desde aquí, bordeando el monte Barno [79], sigue, a través de Heraclea [80], Lincesto y Eordea [81], hasta llegar a Edesa, Pela [82] y Tesalónica. Según Polibio, la longitud 2a
3
4
5
6
7
8

[74] Polibio ya había criticado a Teopompo en VIII 9-11.

[75] Narón, la actual Naretva, en Yugoslavia.

[76] Están en la costa de Liburno, al S. de la península de Istria. Pero en la *Tabula Peutingeriana* se colocan en la región del Nórico, no lejos del Danubio (el Híster, para los antiguos), lo que explica la aproximación que tiene Polibio. Cf. *Weltatlas*, pág. 12, mapa *e*.

[77] Ciudad situada en el S. de Tracia.

[78] La ciudad de Pilón no ha sido localizada.

[79] Actualmente, el monte Voras, en el valle del Vardar.

[80] Esta Heraclea estaba al S. de la actual ciudad de Monastir.

[81] Sobre Eordea, cf. XVIII 11, 10. Tiene al N. el monte Voras.

[82] Para Edesa, cf. V 97, 4. Pela era la capital de Macedonia.

de esta última parte es de doscientas sesenta y siete millas. *(Ibidem,* VII 5, 9, C 317.)

9 De Perinto[83] a Bizancio la distancia es de seiscientos treinta estadios; la que hay del río Hebro y de Cipsela, en dirección a Bizancio, hasta las Rocas Cianeas[84] es de tres mil cien, según establece Artemidoro[85]; la distancia total desde el golfo de Jonia, en Apolonia, hasta Bizancio arroja siete mil trescientos veinte
10 estadios, pero Polibio añade ciento ochenta más, pues suma un tercio de estadio a los ocho con que cuenta la milla. *(Ibidem, epít.* VII 57.)

11 El perímetro del Peloponeso, navegando de cabo a cabo, es de cuatro mil estadios, según Polibio. *(Ibid.,* VIII 21, C 335.)

12 Polibio dice que, desde el cabo Malea, yendo en dirección norte hasta el río Danubio, se recorren unos diez mil estadios, pero Artemidoro le corrige, y es lógico... pues, según él, la distancia que hay del río Danubio al cabo Malea son siete mil quinientos estadios. La diferencia se debe a que Polibio no señala la distancia en línea recta, sino la efectiva, recorrida por un determinado general. *(Ibid.,* VIII 5, C 335.)

Asia

13 Artemidoro y Eratóstenes están de acuerdo en su cálculo sobre la distancia que hay en línea recta desde el río Éufrates a la India. Y Polibio afirma que, sobre la India, debemos fiarnos al máximo de Artemidoro. *(Ibid.,* XIV 2, 29, C 63.)

Alejandría, ciudad de Egipto

14 Polibio ha visitado la ciudad y desaprueba la situación en que en su
2 tiempo se encontraba; explica que en ella conviven tres clases de gentes: el elemento nativo, el egip-
3 cio, raza aguda y civilizada; el mercenariado, muy numeroso, pendenciero e ignorante, pues ya desde antiguo los egipcios han mantenido un ejército compuesto de extranjeros más acostumbrados a mandar que a ser mandados, debido a la incapacidad
4 de sus reyes; el tercer elemento es el estrictamente alejandrino. También éste es difícilmente gobernable por las mismas causas

---

[83] Para Perinto, cf. XVIII 2, 4.

[84] Son unos islotes rocosos que están en la entrada oriental del Bósforo.

[85] Artemidoro, geógrafo griego que nació hacia el año 100 a. C. en Éfeso.

ya citadas, pero, pese a todo, es preferible a los mercenarios. Aunque en aquel entonces eran ya gentes mestizas, sin embar- 5
go, radicalmente, se conservaban griegas y se acordaban de los usos corrientes entre los griegos. En la época en que Polibio 6
llegó a Alejandría una gran parte de esta capa social había sido aniquilada[86], principalmente, por Demetrio Evérgetes, hijo de Fiscón, contra quien hubo revueltas frecuentes; él abando- 7
naba el pueblo a la soldadesca y se producían matanzas tales en la ciudad, que, dice Polibio, justificaban realmente el dicho 8
del poeta:

el camino hasta Egipto es largo y doloroso[86 bis].

(ESTRAB., XVII 1, 12, C 197.)

(B. FRAGMENTOS LATINOS)

15 Polibio puntualiza que la anchura de Europa, desde Italia al Océano, es de mil ciento cincuenta millas, pero en su época la distancia real no se había determinado aún. Como ya dijimos, la longitud de Italia hasta los Alpes es de mil ciento veinte millas, y desde aquí, pasando por Lyon, hasta el puerto bretón de Morini[87], que parece ser la distancia medida por Polibio, mil ciento sesenta y nueve millas. (PLINIO, *Historia Natural* IV 121.)

2 Polibio establece que la distancia, del estrecho de Gibraltar a la embocadura del Lago Meótico, es de tres mil cuatrocientas treinta y siete millas; que, desde el mismo punto en línea recta y dirección este hasta Sicilia, es de mil doscientas cincuenta millas; desde aquí a Creta hay trescientas setenta y cinco; de Creta a Rodas, ciento ochenta; desde aquí a las islas Quelidonias[88] hay la misma distancia; de estas islas a Chipre, doscien-

[86] En Alejandría hubo una matanza de griegos en el año 145, probablemente una represalia de Ptolomeo VIII por el exilio que había sufrido en el 163 a. C. En el 145 consiguió recuperar el trono.

[86 bis] *Odisea* IV 485.

[87] Actualmente, Boulogne, en la Bretaña francesa.

[88] No se sabe a ciencia cierta cuáles son estas islas, lo cual dificulta la comprensión del pasaje.

tas veinticinco millas, y de aquí a Seleucia Pieria, en Siria, ciento quince. El total arroja, pues, dos mil trescientas cuarenta millas. *(Ibid.*, VI 206.)

3 En un extremo de la Bética, a veinticinco millas de la entrada al estrecho de Gibraltar está la isla de Gades[89], de una longitud de doce millas y una anchura de tres, según Polibio. En su lugar más cercano al continente esta isla dista de él no más de setecientos pies; su punto más distante de él está a más de siete millas. *(Ibid.* IV 119.)

4 El mar que hay entre Sicilia y el país de los salentinos[90] es llamado por Polibio mar Ausonio[91]. *(Ibid.*, III 75.)

5 Entre los dos Bósforos, el Tracio y el Cimerio, la distancia en línea recta es de quinientas millas, según Polibio. *(Ibid.*, IV 77.)

6 Agripa[92] indica que la longitud total de Africa desde el Atlántico a la parte más meridional de Egipto es de tres mil cincuenta estadios. Polibio y Eratóstenes, considerados verdaderas autoridades en la materia, establecen que la distancia es de mil cien millas desde el Mar Océano hasta Cartagena, y de mil seiscientas veintiocho desde Cartagena a Canopo, en la boca oriental del Nilo. *(Ibid.*, V 40.)

7 Cuando Escipión Emiliano ejercía el mando en Africa, el historiador Polibio recibió de él una flotilla, para que explorara este continente. Y Polibio precisa que desde la cordillera del Atlas, yendo en dirección oeste, hasta el río Anatis[93] hay cuatrocientas noventa y seis millas; la región es un bosque tupido

[89] Cádiz, en la época de Polibio, era una isla unida al continente por un estrecho brazo de tierra, es decir, Cádiz era un tómbolo.

[90] Los salentinos eran una tribu de origen ilirio que se estableció en la actual Calabria.

[91] El mar Ausonio es, simplemente, el mar de Sicilia.

[92] Agripa Vipsanio, noble romano que perteneció al género ecuestre. Participó en política y detentó varias veces mandos militares, pero lo que aquí interesa es que redactó un comentario al mapamundi entonces existente. Había nacido en el 63 a. C.; se ignora la fecha de su muerte.

[93] El río Anatis es el actualmente llamado Oved Teusift (que fluye al N. de la actual Marrakech).

en el que hay toda clase de bestias de las que viven en África. *(Ibidem,* V 9.)

Desde Cartago a la Sirte Menor hay, según Polibio, tres- 8
cientas millas. Esta Sirte está a cien millas de la costa y tiene un perímetro de trescientas. *(Ibid.,* V 26.)

Polibio explica que Cerne[94] es una isla que está en el límite 9
de la Mauritania que da a la cordillera del Atlas; esta isla dista ocho millas de la costa. *(Ibid.,* VI 199.)

El tamaño de los dientes de elefante se ve, principalmente, **16**
en los templos; sin embargo, en el extremo de África que limita Etiopía, se usan en las casas como batientes de las puertas, para empalizadas que rodean estos domicilios y para establos de ganado, en los que sirven de estacas, como refiere Polibio apoyándose en la autoridad del príncipe africano Gulusa[95]. *(Ibidem,* VIII 47.)

Polibio, que acompañaba a Escipión Emiliano, refiere que los 2
leones, cuando son viejos, atacan al hombre, pues carecen del vigor suficiente para perseguir bestias. Entonces ponen sus guaridas en las cercanías de poblaciones; por esta razón, el propio Polibio y Escipión vieron muchos leones pender crucificados: así espantarían a otros congéneres, que no atacarían a los hombres por miedo a un castigo semejante[96]. *(Ibid.,* VIII 47.)

Trogo[97] nos explica que cerca de Licia crecen en el fondo 3
del mar unas esponjas, de las que se recolectan las que usamos, según Polibio, para calmar por la noche a los enfermos. *(Ibidem,* XXXI 131.)

---

[94] Es una islita que está frente al cabo Mogador, aunque algún comentarista ha pensado que se trata de la isla canaria de Fuerteventura.

[95] Fue el segundo hijo de Masinisa, con quien seguramente Polibio mantuvo relaciones personales, cf. IX 25, 4.

[96] Polibio, si la fuente que nos transmite esta noticia es fidedigna, también a veces da muestras de credulidad excesiva.

[97] Pompeyo Trogo, historiador romano procedente de la Galia Narbonense, del que se sabe muy poco. WALBANK, *Commentary,* ad loc., insinúa que el Polibio citado aquí no es nuestro historiador, sino otro oscuro escritor del mismo nombre, liberto de Calígula, que murió asesinado por orden de Mesalina. Había sido personaje influyente en el imperio de Claudio.

LIBRO XXXV

(FRAGMENTOS)

1 *La guerra celtibérica*[1] La guerra que estalló entre romanos y celtíberos se llamó guerra de fuego[2]. Fue extraña por sus caracterís-
2 ticas y por lo ininterrumpido de los choques, pues las guerras que se libran en Grecia y en Asia las más de las veces se deciden por una sola batalla, raramente en una segunda, y las batallas mismas, las resuelve el choque inicial en la primera arremetida, que ocasiona el desmoronamiento de uno de los
3 dos ejércitos. Pero en esta guerra sucedió lo contrario de todo
4 lo apuntado. En realidad, los combates los dirimía la noche, pues los soldados, llevados por su coraje, resistían tenazmente y no querían ceder en el cuerpo a cuerpo, por extenuados que estuvieran, sino que, desde su huida, se revolvían y empezaban
5 de nuevo. Toda la guerra y la serie infinita de confrontaciones
6 se vieron paralizadas, más que nada, por el invierno. En resumen, si alguien imaginara una guerra de fuego, no pensaría en otra que en ésta. (SUIDAS.)

2 Los celtíberos[3], tras pactar una tregua con Marco Claudio, el general romano, enviaron embajadas a Roma y se mantuvieron en paz, aguardando la respuesta del

---

[1] Esta guerra se libró junto a Segeda, la actual Belmonte, a 10 Km. al SO. de Calatayud. Segeda era la capital de la tribu de los belos, pero no todos los belos se sumaron a la insurrección.

[2] Por su violencia y porque se esparció como un incendio.

[3] Los belos, los titios y los arévacos.

senado. Marco Claudio, en cambio, salió en campaña 2
contra los lusitanos[4], tomó por la fuerza la ciudad de
Nercóbriga[5] y, luego, invernó en las proximidades de
Córdoba[6]. Los embajadores llegaron a Roma; los que 3
acudían de parte de los belos y de los titios, pueblos
que se habían declarado en favor de los romanos, fue-
ron admitidos en su totalidad dentro de la urbe; en 4
cambio, a los legados de los arévacos se les ordenó
acampar a la otra orilla del Tíber, ya que se trataba
de enemigos, hasta que el senado hubiera deliberado
acerca de la situación. Cuando pareció oportuno intro- 5
ducirles en una sesión, el pretor hizo pasar a los aliados
separadamente por ciudades. Y éstos, aunque eran 6
bárbaros, hablaron [prolijamente] y procuraron tratar
sistemáticamente las diferencias, demostrando que si 7
los que habían tomado las armas no eran reducidos,
así que las legiones romanas abandonaran España, al
instante se les precipitarían encima para vengarse de
ellos como de unos traidores, y de nuevo volverían 8
inmediatamente a las andadas si lograban salir indem-
nes de su primera traición, con lo cual ellos, los ro-
manos, predispondrían a todos los pueblos de España
a rebelarse, pues les convencerían de que se bastaban
para oponerse a Roma. Exigieron, pues, que las legiones 9
romanas no evacuaran España y que cada año pasara
a ella un cónsul a inspeccionar a los aliados y a cas-
tigar el crimen de los arévacos. Si querían retirar sus 10
fuerzas, los romanos debían dar un escarmiento a los
citados para que ya nadie se atreviera a hacer lo que
ellos habían cometido. Estas cosas y otras por el estilo 11
dijeron los que, entre los belos y los titios, se habían
declarado a favor de Roma. Luego fueron introducidos 12

[4] En el año 154 a. C.
[5] Fregenal de la Sierra, en la provincia de Badajoz.
[6] En el invierno de los años 152/151 a. C.

13 los embajadores de los enemigos. Los arévacos, tras
entrar en la sesión, hablaron de manera que, a prime-
ra vista, parecía sumisa y humilde, pero la actitud que,
en realidad, evidenciaron no era la de unos vencidos
14 que ceden a las circunstancias. Señalaron, en efecto,
que con frecuencia la fortuna es incierta, y convirtieron
las batallas ya libradas en tan indecisas, que dejaron
la impresión de haber salido de ellas más gloriosamente.
15 Y acabaron diciendo que si, debido a su error, se les
imponía una multa, la satisfarían, pero, una vez cum-
plida la orden, exigirían atenerse de nuevo a los acuer-
dos que, en tiempos de Tiberio, ellos habían concluido
con el senado.

3 Habiendo oído ya los senadores a ambas partes,
2 mandaron entrar a los legados de Marcelo. Al ver que
éstos se inclinaban más hacia una negociación y que
el propio general se mostraba más afín al parecer del
3 enemigo que al de los aliados, a éstos y a los arévacos
les respondieron que, una vez en España, el mismo
4 Marcelo les expondría el pensamiento del senado; los
senadores, convencidos de que sus aliados habían di-
cho la verdad y lo que convenía a Roma, de que, en
último término, los arévacos eran unos fanfarrones
y de que Marcelo se había acobardado ante aquella
5 guerra, dieron instrucciones secretas a los legados que
les había enviado, en el sentido de que prosiguieran la
6 guerra ardorosamente, tal como la patria merece. Deci-
dida, pues, la prosecución de la contienda, ante todo
se dispusieron a mandar otro general a España, pues
7 habían perdido la confianza en Marcelo. Habían sido
ya nombrados los cónsules que habían asumido el man-
8 do; eran Aulo Postumio Albino y Lucio Licinio Lúculo.
Éstos se aprestaron a los preparativos con gran celo
y sin regatear esfuerzo, pues pensaban que esta empresa
9 iba a decidir la situación en España. Si el enemigo
salía de ella derrotado, suponían los cónsules que todo

el mundo se avendría a lo que se le mandara, pero que, si se orillaba aquella guerra, se envalentonarían no sólo los arévacos, sino también todos los demás pueblos españoles.

Ahora bien, con cuanto más ardor el senado romano 4
se disponía para esta guerra, tanto más le ocurrían
cosas absurdas. Quinto Fulvio, que en el año anterior 2
había sido general en España, y sus acompañantes
habían explicado en Roma lo ininterrumpidas que eran
las confrontaciones y los peligros, el número de muer-
tos y el valor de los celtíberos. Era claro que a Marcelo 3
aquella guerra le acobardaba y, entre los jóvenes, cun-
dió un desánimo extraño, que los más viejos no habían
visto nunca anteriormente. El apocamiento llegó a un 4
punto tal que no se encontró un número suficiente
de oficiales que se prestaran a ser tribunos militares:
quedaban puestos vacantes, cuando hasta entonces lo
normal había sido que aspiraran al puesto muchos
más oficiales de los necesarios; tampoco los legados 5
nombrados por los cónsules, que deben figurar en el
séquito del general, aceptaban el cargo, y lo más grave, 6
los jóvenes rehuían el alistamiento y aducían unas
excusas que era una vergüenza alegar, indecoroso in-
vestigar e imposible verificar. Al final, los magistrados 7
y el senado no veían nada claro dónde acabaría la
desfachatez de los jóvenes, pues lo que ocurría obli-
gaba a usar esta palabra. Publio Cornelio Escipión el 8
Africano[7] era aún joven, pero abogaba por la guerra.
Se había ganado a la vista de todos la fama de hon-
radez y de prudencia, pero precisaba aún la de valor.
Al ver al senado vacilante, se levantó y dijo que él 9
no ponía obstáculos a que le enviaran con los cónsules
a España en calidad de legado o de tribuno militar;

[7] Evidentemente, Polibio carga aquí las tintas para subrayar la figura de Escipión el Africano.

10 estaba dispuesto a cualquiera de ambos cargos. Aunque, dijo, a él personalmente le era más seguro y sa-
11 tisfactorio marchar a Macedonia, pues ya entonces los macedonios recurrían a Escipión para que dirimiera
12 sus querellas domésticas. Pero añadió que aquel momento crítico de la patria urgía más y convocaba más hacia España a los verdaderos amantes de la gloria.
13 Este ofrecimiento pareció a todos algo desconcertante, tanto por la edad de Escipión como por la prudencia que anormalmente evidenciaba. Al punto hubo una gran aceptación de Escipión, que aumentó en los días si-
14 guientes, pues los que antes se habían acobardado ahora experimentaban repugnancia al verse inferiores en la comparación: unos se ofrecieron a los generales como voluntarios para ser legados y otros acudían en grupos o hermandades a alistarse.

5 Polibio: entonces Escipión sintió la comezón y el apuro de si debía atacar al bárbaro y entablar un duelo personal con él.
2 El caballo de Escipión quedó renqueando por una herida, pero no se desplomó, de modo que Escipión cayó al suelo, pero de pie. (SUIDAS.)

Liberación de los exiliados aqueos[8]

6 Acerca de los exiliados aqueos, Escipión habló mucho en el senado romano, a instancias de Polibio: unos senadores eran partidarios de concederles la repatriación, y otros se oponían a ello. Marco Porcio Catón se levantó y ex-
2 clamó: «Como si nada tuviéramos que hacer, nos pasamos aquí todo el día sentados discutiendo sobre unos ancianos griegos, si deberán llevárselos unos sepultureros de aquí o bien de Acaya.»
3 Habiéndose votado el regreso de aquellos hombres, Polibio dejó pasar unos días y, luego, procuró ser recibido otra vez por el senado; quería pedir para los desterrados los honores de que
4 gozaran antes; para ello, sondeó el parecer de Catón. Y éste, sonriente, comentó que Polibio, como Ulises, quería entrar de nuevo en la cueva del Cíclope para recoger el sombrero y el cinturón, que había olvidado allí. (PLUTARCO, *Catón el Mayor* 9.)

[8] Cf. XXX 13, 11. Estamos en el año 150 a. C.

LIBRO XXXVI

(FRAGMENTOS)

Función de los discursos en la historia

Sin duda alguien preguntará la 1
razón por la que, en este momento espectacular[1], no utilizamos el procedimiento de trasladar aquí los discursos habidos, cuando vamos a tratar
un tema tan trascendental y de tanta envergadura. Casi 2
todos los autores lo hacen: reproducen los discursos que se pronunciaron a favor de cada uno de los bandos.
Por mi parte, yo he patentizado ya en muchos lugares 3
de mi *Historia* que no desdeño este recurso, pues he trasladado con frecuencia parlamentos habidos ante asambleas, o bien piezas oratorias pronunciadas por po-
líticos. Sin embargo, no me decido a hacerlo en cual- 4
quier ocasión, lo cual será claro aquí. Realmente no sería fácil encontrar un tema más famoso ni un material más completo para establecer una comparación
como ésta. Tampoco tendría algo más a mano que este 5
ejercicio. Así y todo, creo que los hombres políticos 6
no deben sacar a relucir su inventiva y echar mano de discursos retóricos ante cualquier tema que se pro-

---

[1] Aquí el texto griego es oscuro y se presta a interpretaciones; la que doy es una de las posibles.

ponga[2], sino que deben utilizarse los términos justos
7 para cada caso, y que los historiadores no deben empeñarse siempre en demostrar a los oyentes su propia habilidad; deben exponer, en cuanto sea posible, la sustancia de lo que se dijo tras investigarlo con atención, y de esto, lo más vivo e imponente.

La tercera Guerra Púnica

2 Hacía tiempo que la decisión había sido tomada en firme y ahora los romanos buscaban un pretexto que, a su parecer, fuera honesto de cara a los
2 de fuera[3]. Pues éste era un aspecto que tenían muy en cuenta, ciertamente, y en ello pensaban bien. Una declaración de guerra, apostilla Demetrio[4], si parece justa, agranda los triunfos y aminora las derrotas, pero si parece injusta y vergonzosa, surte efectos contrarios. En aquella ocasión los romanos estuvieron a punto de dejar aquella guerra, precisamente porque no se ponían de acuerdo sobre sus efectos en la opinión exterior.

Negociaciones entre Roma y Cartago; llegada de los romanos a África[5]

3 Hacía tiempo que los cartagineses deliberaban [acerca de cómo] debían reaccionar ante la respuesta romana[6]. Los de Útica[7] se les habían adelantado dejando su propia ciudad a merced de los romanos, y una per-
2 plejidad total invadía ahora a los cartagineses. La úni-

---

[2] Esto es un alfilerazo contra Timeo.

[3] Aquí emerge tímidamente lo que será un tema típico de la ética medieval, la guerra justa.

[4] Demetrio Falereo, cf. X 24, 7.

[5] Año 149 a. C.

[6] Masinisa, el rey númida aliado de Roma, se vio amenazado y aun hostigado por los cartagineses, después de un ir y venir de legaciones y emisarios. Los romanos, que querían la guerra, tomaron como pretexto los ataques cartagineses a Masinisa e intervinieron.

[7] Sobre Útica, cf. I 70, 9. Aquí se trata claramente de una *deditio*.

ca esperanza que todavía les alumbraba era acceder a 3
abdicar de la potestad de gobernarse y complacer en todo a los romanos. Ni cuando se habían visto derrotados y en el máximo peligro, con el enemigo encaramado a sus muros, habían cedido nunca los poderes
de su patria. Y ahora habían desperdiciado el fruto de 4
este recurso, pues los de Útica se les habían anticipado: a los romanos ya no les parecería extraño y admi- 5
rable si ellos procedían igual que los citados uticenses.
Lo único que les quedaba era elegir entre males: o bien 6
aceptar valientemente aquella guerra, o entregarse a la
lealtad romana. En una sesión secreta del senado y 7
luego que se hubieron pronunciado muchos y encontrados discursos, nombraron a unos embajadores plenipotenciarios y los enviaron con instrucciones de que procuraran hacer lo que pareciera más oportuno para
la patria según las circunstancias. Los embajadores 8
eran Gescón, de sobrenombre Estrítano, Amílcar, Mis-
des, Gílimas y Magón. Estos embajadores de los carta- 9
gineses llegaron a Roma y se encontraron con que la guerra ya había sido declarada y que los generales ya habían partido con sus tropas. La situación no les ofrecía alternativa y entregaron Cartago a la lealtad romana[8].

Esta entrega a la lealtad romana ha sido tocada **4**
por nosotros ya antes, pero es imprescindible recordar-
la ahora resumidamente. Pues los que se entregan a la 2
lealtad romana ceden, en primer lugar, los territorios que les pertenecen y las ciudades que hay en ellos, y luego, todos los hombres y mujeres radicados en el
país y que viven en las ciudades. Transmiten también 3
los ríos, puertos, templos y sepulcros, en suma, los romanos se convierten en señores de todo, y los que se entregan a su lealtad no quedan dueños de nada.

[8] Otra *deditio*.

4 Tomado este acuerdo por parte de los cartagine-
ses, al cabo de poco sus legados fueron convocados a
presencia del senado y el pretor presidente les ma-
nifestó la decisión senatorial: puesto que ellos habían
adoptado una determinación sensata, el senado romano
les garantizaba la libertad y el uso de sus propias le-
yes, además de sus territorios íntegros y las restantes
5 posesiones, públicas o privadas. Al oírlo, los cartagi-
neses se alegraron, pues creían que, en la elección de
males, habían salido bien tratados por el senado ro-
mano: les había conservado lo más preciso e impor-
6 tante. A continuación, el pretor les puso en claro que
obtendrían todo lo citado, si enviaban trescientos rehe-
nes a Lilibeo en un plazo de treinta días (debían ser
senadores o miembros del consejo de ancianos[9]) y si,
7 además, cumplían las órdenes de los cónsules. Los le-
gados dudaron largo rato acerca de cuáles eran las
órdenes que les habían impartido los cónsules. Pero
partieron aquel mismo día, por las prisas de anunciar
8 en la patria lo decidido. Llegaron, pues, a Cartago y
expusieron detalladamente los acuerdos a sus conciu-
9 danos. Éstos les escucharon y creyeron que los lega-
dos lo habían negociado todo aceptablemente, con una
única excepción: les causó gran sorpresa y no menos
angustia el que no se mencionara para nada la ciudad.
5 Cuentan que, en aquella ocasión, Magón de Bru-
2 tio pronunció unas palabras varoniles y prácticas. Dijo
que, lógicamente, eran dos las oportunidades de deli-
berar acerca de ellos mismos y de la patria. Pero ha-
3 bían desperdiciado la primera. De modo que, ¡por
Zeus!, ahora no debían derretirse los sesos tratando
de ver cuáles eran los mandatos que les darían los
cónsules, o pensando por qué el senado romano no

[9] Sobre los dos órganos de gobierno cartagineses, cf. I 21, 6; X 18, 1.

había hecho mención de la ciudad; esto lo hubieran
debido ponderar cuando se entregaron a merced de
los romanos. Pero ya se habían entregado y, ahora, 4
debían tener conciencia muy clara de que les tocaba
admitir cualquier orden que se les diera, con tal de
que no se tratara de algo totalmente humillante o in-
esperado, en cuyo caso procedería deliberar de nuevo 5
sobre si consentían la guerra en su territorio y sufrir
los males que ella conlleva, o bien si, ante el horror
de una invasión enemiga, debían aceptar de grado
cualquier cosa que se les prescribiera. La guerra que 6
tenían encima y lo incierto de las perspectivas indu-
jeron a todos a cumplir las órdenes, y se acordó man-
dar los rehenes a Lilibeo. Escogieron, al punto, a tres- 7
cientos jóvenes y los enviaron, en medio de lágrimas
y de un coro de gemidos, pues remitían a los más
familiares y allegados; las mujeres eran las que aña-
dían más fuego a aquella situación. De modo que 8
zarparon en dirección a Lilibeo y, allí, fueron entre-
gados por los cónsules a Quinto Fabio Máximo; pues
entonces éste era el general en jefe de los romanos
en Sicilia. Éste, pues, los recibió y los remitió sin que
corrieran peligro a Roma, donde fueron recluidos jun-
tos en el muelle del decimosexto ***[10].

Una vez trasladados allí los rehenes, los generales 6
romanos ocuparon la ciudadela de Útica. Cuando en 2
Cartago se supo, la ciudad quedó presa de la excitación
y del pánico, ante lo dudoso de las expectativas. Sin 3
embargo, se decidió enviar legados para informarse de
los cónsules sobre qué debían hacer y para exponer,
al propio tiempo, que estaban dispuestos a cumplir
cualquier orden. Llegaron, pues, los mensajeros al cam- 4

[10] Esta laguna es, en sí, insanable, pero debía de contener una expresión como «y dijeron a los cartagineses que resolvieran lo definitivo en Útica».

pamento romano, se reunió el consejo, entraron los
5 enviados y hablaron según sus instrucciones. El cónsul de más edad encomió su disposición y sus orientaciones, y les ordenó entregar sin dolo ni engaño armas
6 y municiones. Los legados manifestaban que acatarían la orden, pero solicitaron de los romanos que reflexionaran sobre lo que podía ocurrir, si ellos entregaban su armamento y los romanos lo recogían y se marchaban por mar. Pero, con todo, lo entregaron.

7 Allí se evidenció que el poder de la ciudad era grande, porque los cartagineses entregaron a los romanos más de diez mil cotas de malla y dos mil catapultas.

7 El pueblo cartaginés no sabía nada en absoluto de lo que
2 le esperaba, pero lo infirió por el énfasis de los embajadores, y se abandonó a gemidos y llantos de todo tipo.

3 Todos habían lanzado un grito al unísono, pero luego,
4 pasmados, enmudecieron [11]. Mas la noticia se esparció entre la masa y aquella mudez se interrumpió: unos se abalanzaron contra los enviados pensando que ellos eran los causantes de
5 todo; otros, contra los italianos que quedaban entre ellos, en quienes desahogaron su furor; otros se precipitaron hacia las puertas de la ciudad *** [12].

8 Amílcar, llamado también Fameas, general cartaginés que entonces estaba en la flor de la edad, era hombre muy vigoroso, apoyo relevante para empresas militares, jinete excelente y audaz.

Los envidiosos de Escipión se dedicaban a ridiculizar sus gestas [13].

2 Fameas, al ver los puestos de guardia de las posiciones avanzadas, a pesar de que no era hombre pusilánime, evitó los en-
3 cuentros con Escipión. Una vez que se aproximó a unos em-

[11] Claramente, los miembros del consejo de ancianos, contrapuestos a la reacción popular que seguirá después.

[12] La decisión final fue declarar la guerra a Roma; Apiano y Tito Livio describen la escena vívidamente.

[13] Otra vez se subraya un aspecto desfavorable de Escipión para realzar luego su figura.

boscados romanos, se protegió tras una cresta abrupta y permaneció allí mucho tiempo.

Los escuadrones romanos huyeron hacia un montecillo. Todos dieron su opinión, y Escipión dijo *** si comienzan otra vez las deliberaciones, se preocuparán más de no sufrir daño que de infligirlo al enemigo. 4 5

No es de extrañar si demostramos gran diligencia recordando hechos que conciernen a Escipión y reproducimos extensamente todo lo que dijo. 6

Polibio cuenta que, en Roma, Marco Porcio Catón, que había escuchado las gestas de Escipión [14], exclamó: 7

sólo él es sabio; los demás yerran cual sombras.

Los romanos, que aprobaron totalmente el acuerdo concertado por Escipión y su tratamiento de la situación ***. (SUIDAS.) 8

La acción romana en Cartago juzgada por los griegos. El episodio de Andrisco (Filipo el Impostor)

En Grecia se habló mucho y muy diversamente de los cartagineses cuando fueron derrotados por los romanos; también se habló de Filipo el Impostor. Pero, primero, se habló de los cartagineses y, después, de Filipo el Impostor. Las opiniones y las tesis acerca de los cartagineses eran varias, pues unos alababan a los romanos y sostenían que habían deliberado sobre su imperio de manera prudente y práctica. Destruir el miedo al enemigo [15] siempre inminente, la ciudad que les había disputado tantas veces la hegemonía y que todavía ahora podía disputársela si se ofrecía la oportunidad, asegurar el dominio 9 2 3 4

[14] En su calidad de tribuno militar.

[15] Es el *metus hostilis*, el miedo al enemigo, al que apelaba Catón y del que Escipión Nasica decía que era saludable para el pueblo.

de la propia patria fue cosa de hombres juiciosos y
que ven muy lejos.

5 Algunos contradecían todo esto, alegando que no
fue tal la causa que llevó a los romanos a hacerse con
la hegemonía, sino que poco a poco habían caído en
la ambición de poder que habían tenido los atenienses
y lacedemonios [16]. En ello habían empezado más tarde,
pero, por lo que se veía, llegarían con certeza al mis-
6 mo fin. Pues, en primer lugar, los romanos habían
guerreado contra todos los pueblos hasta someterlos y
hacer aceptar irremisiblemente a sus oponentes una
sumisión total y un cumplimiento estricto de lo orde-
7 nado. El inicio de esta actitud romana lo presentaba
la guerra contra Perseo, en la que Roma desarraigó
de cuajo el Imperio macedonio, y había culminado
ahora, en su decisión con respecto a los cartagineses.
8 Éstos no cometieron nada irremediable, pero se les
trató de manera dura e irreversible, por más que se avi-
nieran y consintieran en hacer todo lo que se les man-
dara.

9 Otros, en fin, decían que el romano era un pueblo
civilizado, que esto le era connatural y que los roma-
nos se jactaban de conducir las guerras de manera
noble y sencilla, sin echar mano de emboscadas ni de
ataques nocturnos, despreciando cualquier acción a
realizar con dolo y engaño. Pensaban que sólo les hon-
10 raba la lucha abierta y cara a cara. Sin embargo, aho-
ra, al tratarse de los cartagineses, habían recurrido a
fraudes y engaños: casi al mismo tiempo ofrecían unas
cosas y ocultaban otras, hasta hacer perder a los carta-
gineses toda esperanza de recibir ayuda de sus aliados.
11 Esto era más propio de las intrigas de un déspota,

[16] La referencia es a la hegemonía ateniense del s. v a. C. y a la espartana del s. IV.

que de una actitud civilizada y romana: el nombre lógico que merecía era sacrilegio y traición [17].

Y no faltaban quienes contradecían también a éstos. Pues si los romanos hubieran obrado así antes de 12
que los cartagineses se rindieran a discreción y, en un espacio breve de tiempo, hubieran ofrecido unas cosas y ocultado otras, en tal caso hubieran aparecido lógicamente reos de lo que se les acusaba. Pero el 13
caso era que los cartagineses habían cedido a los romanos la potestad de resolver sobre ellos mismos lo que les conviniera, de modo que fue gozando de esta potestad como los romanos ordenaron y exigieron lo que les pareció bien; lo ocurrido no puede compararse a un sacrilegio ni, menos aún, se diría que faltó poco para haber allí una violación de un pacto. No faltaba quien negara en absoluto ser aquello una injusticia. Cualquier mala acción, en efecto, debe clasificarse según 14
tres modalidades, en las que arraiga naturalmente toda fechoría. Pero lo realizado entonces por los romanos no responde a ninguno de estos tipos. La impiedad consiste 15
en pecar contra los dioses, contra los padres o contra los muertos. Violación es lo cometido contra un juramento o contra unos acuerdos puestos por escrito, e injusticia es lo perpetrado contra las leyes o contra las costumbres. Y de nada de esto eran reos los roma- 16
nos, ya que no habían pecado ni contra los dioses, ni contra los padres ni contra los muertos, no habían roto ni pactos ni juramentos, muy al contrario, acusaban precisamente de esto a los cartagineses [18]. No ha- 17
bían tampoco infringido leyes ni costumbres y no ha-

[17] Sacrilegio, porque los pactos se consideraban sancionados por la divinidad, invocada al principio de ellos, y traición, porque faltaron a la palabra dada.

[18] El ataque a Masinisa por parte de los cartagineses (2, 1-4) fue una violación del tratado del año 201 a. C.

bían faltado a la palabra dada. Habían recogido una cesión de potestad que les fue ofrecida voluntariamente: los cartagineses obrarían a merced de los romanos. Si, luego, no obedecieron las órdenes, forzaron contra sí mismos la conducta de estos últimos.

10 He aquí lo que en Grecia se dijo acerca de los
2 romanos y de los cartagineses. Acerca de Filipo el Im-
postor[19], primero, el rumor no pareció ni tan siquie-
ra tolerable: surge en Macedonia un Filipo caído del
cielo, que desprecia no sólo a los macedonios, sino
3 incluso a los romanos. No disponía de razones plau-
sibles para justificar su empresa, pues se sabía que
el auténtico Filipo, que contaba casi dieciocho años de
edad, había muerto en Alba[20], ciudad de Italia, a los dos
4 años de la muerte de Perseo. Al cabo de tres o cua-
tro meses se esparció el rumor de que este Filipo el
Impostor había derrotado a los macedonios en una
batalla librada en la otra orilla del río Estrimón, en
la Odomántica[21]. Aunque algunos lo creyeron, la ma-
5 yoría no, en absoluto. Pero, al cabo de poco, corrió
otro rumor: ahora había derrotado a los macedonios
aquende el Estrimón y controlaba toda Macedonia.
Los tesalios envían cartas y legados a los aqueos en
demanda de socorro, puesto que ya corrían peligro.
6 La cosa pareció rara e inesperada: lo ocurrido no se

[19] Andrisco, un batanero de Adramitio, se presentó en Grecia como hijo de Perseo y Laódice y procuró asegurarse el apoyo de Demetrio I de Siria, hermano de Laódice. Demetrio lo entregó a los romanos, pero él logró escaparse hacia Mileto y llegó a Teres, en Tracia, donde se casó con una hermana de Perseo. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[20] La antigua Alba Fucens de los romanos, llamada todavía hoy Alba, al N. de Avezzano. Allí murieron Perseo y su hermano Filipo, de quien Perseo había sido tutor.

[21] La Odomántica tomó su nombre de los odomantes tracios, que vivieron en el margen oeste, y más tarde al E. del río Estrimón, en Macedonia oriental.

mostraba ni razonable ni convincente. Esto era lo que se pensaba de tales hechos.

Polibio invitado a viajar a Sicilia[22]

Llegaron al Peloponeso unas 11
cartas dirigidas a los aqueos, remitidas por Manlio Manilio, en las que se decía que obrarían acertadamente si enviaban inmediatamente a Polibio de Megalópolis a Lilibeo, pues allí había pleitos internos que aconsejaban su intervención. Así que recibió el escrito del cónsul, el consejo aqueo resolvió despacharle inmediatamente.
Y nosotros, convencidos por muchas razones de que 2
convenía hacer caso a los romanos, lo dejamos todo y
nos hicimos a la mar a principios de verano. Pero, al 3
llegar a Corcira, allí recibimos más correspondencia de los cónsules, que había llegado a los corcireses. En ella se nos exponía que los cartagineses ya habían entregado a los rehenes y que estaban dispuestos a
obedecer en todo. Entonces pensamos que la guerra 4
había concluido y que ya no se nos necesitaba para nada, de modo que zarpamos de retorno al Peloponeso.

Por qué Polibio en su obra usa su propio nombre

No debe sorprender si alguna 12
vez nos señalamos por nuestro nombre y, otras veces, por expresiones corrientes como «al de-
cir yo esto» o bien «estando nosotros de acuerdo». En 2
muchos de los hechos que vamos a historiar desde ahora hemos intervenido personalmente, y se hace necesario variar las alusiones a nosotros mismos para evitar que una referencia continua a nuestra persona promueva la burla, ante tal repetición e insistencia, no sea que, diciendo en toda ocasión «mío» o «por mí»
caigamos, sin darnos cuenta, en una actitud bufa. Al 3
usar todas las expresiones, pero variándolas y acomodándonos a lo oportuno en cada caso, evitaremos en

[22] Esta invitación se le cursó en el año 149 a. C.

lo posible lo cargante que resulta hablar siempre de
4 uno mismo, ya que un discurso así es, naturalmente, de poco recibo, pero con frecuencia se hace imprescindible, cuando no podemos esclarecer nuestro inten-
5 to si no es de esta manera. Desde este punto de vista hemos obtenido una ayuda del azar: como mínimo hasta la época presente sólo nosotros hemos poseído el nombre que llevamos, al menos según sabemos[23].

El poder de la fortuna

13 Cuando una casualidad hizo que, en un mismo día, la estatua de Calícrates fuera bajada a un lugar oscuro[24] y la de Licortas fuera subida a la luz, restituida a su ubica-
2 ción originaria, estos hechos forzaron a todo el mundo a decir que no se debe abusar soberbiamente del éxito y perjudicar a los demás, antes bien, se debe ser consciente de que es una propiedad —¡y tanto!— de la Fortuna golpear, de rechazo, a los legisladores con sus mismas ideas y leyes.

3 En los hombres el ansia innata de novedades es suficiente para promover cualquier revolución.

La situación en Bitinia[25]

14 Los romanos enviaron unos mensajeros que debían atajar el ímpetu de Nicomedes[26] e impedir a Átalo hacer la guerra a Prusias. Nombraron a Marco Licinio, hombre enfermo de gota e inválido to-
2 talmente en sus piernas; con él, a Aulo Mancino, a quien le había caído una teja en la cabeza y llevaba unas cicatrices tan grandes y tan profundas que la maravilla es cómo pudo salvarse; les acompañaba Lu-

---

[23] Quiere decir que nadie le ha aplicado ningún adjetivo peyorativo.

[24] Quitar y reponer estatuas de políticos según la ideología de los gobernantes ha sido siempre algo habitual; cf. XXXIX 3, para estatuas de Arato, Aqueo y Filopemén.

[25] En el año 149 a. C.

[26] Para su revolución, cf. este mismo capítulo 14, 1-5.

cio Maléolo, quien daba la impresión de ser el más
lerdo de los romanos. La acción precisaba de celeridad 3
y audacia; los nombrados parecían los más inadecua-
dos para tal cometido. De ahí que, según cuentan, 4
Marco Porcio, de sobrenombre Catón, dijera en plena
sesión del senado que no sólo Prusias moriría de
muerte natural, sino que Nicomedes envejecería en su
trono, pues ¿cómo iba a ser posible que aquellos
hombres actuaran con celeridad? Y aunque se apre-
suraran, ¿cómo iban a cumplir su embajada si no te-
nían ni pies, ni cabeza, ni corazón?

El rey Prusias[27] era de aspecto repugnante y, aun- **15**
que tenía una buena capacidad razonadora, su presen-
cia física era la de un enano; para las empresas mili-
tares era vulgar y mujeril. Pues no sólo era cobarde, 2
sino absolutamente incapaz de sufrir penalidades: en
una palabra, durante toda su vida fue un afeminado
en cuerpo y alma, cosa que nadie acepta, en modo al- 3
guno, en los reyes, pero menos el pueblo bitinio. La 4
consecuencia natural era que fuera un hombre suma-
mente incontinente en sus pasiones corporales. Care- 5
cía de toda cultura, desconocía la filosofía y no tenía 6
noción ni idea de lo bello; vivía una vida bárbara, la
de un Sardanápalo[28], día y noche. De modo que, así 7
que se abrió una mínima esperanza, la masa de los
gobernados no sólo se vio empujada irresistiblemente
a pensar de manera distinta de como el rey[29], sino
también a tomar venganza de él.

---

[27] Prusias II de Bitinia.

[28] Para este personaje, prototipo tradicional de los afeminados, cf. VIII 10, 3.

[29] Otros interpretan: «a hacer defección de él», a abandonar su causa.

16 *Elogio de Masinisa*

Masinisa[30], rey de los númidas
en África, fue el mejor rey y el
2 más afortunado de los de nuestra época. Reinó más
de sesenta años, gozó de buena salud y de longevidad,
3 pues alcanzó los noventa[31]. En cuanto a sus disposi-
ciones corporales, fue el hombre más vigoroso de su
tiempo. Si era preciso permanecer de pie, podía que-
dar inmóvil sobre sus pies un día entero; si se halla-
4 ba sentado, no precisaba de levantarse. Sostenía día y
noche, continuamente, las penalidades de los ejerci-
5 cios hípicos y no sufría en absoluto. Y he aquí una
prueba de su vigor corporal: cuando murió tenía no-
venta años y dejó un hijo de cuatro, llamado Estém-
bano[32], que fue adoptado por Micipsa[33]. Y, además,
6 otros nueve hijos. Todos éstos vivieron en mutua con-
cordia y aprecio, por lo que en su reinado se vio libre
7 de complots y de cualquier corrupción cortesana. Pero
lo principal y casi divino es lo que sigue: hasta él las
tierras de la Numidia habían sido yermas y se creía
que, ya de natural, en ellas los vegetales no podían
8 llegar a la sazón; Masinisa fue el primero y el único
que demostró que no hay cultivo que allí no pueda
prosperar con la misma fertilidad que en las demás
regiones; dispuso para cada uno de sus hijos, separa-
damente[34], tierras de labranza de dimensiones de diez
9 mil pletros, aptas para cualquier laboreo. Con motivo
de su muerte es justo y razonable que se haga de él

---

[30] Para Masinisa, cf. IX 25, 4; XV 18, 5. Al preverse la tercera Guerra Púnica dio claras muestras de querer permanecer neutral lo que alarmó a los romanos, que le enviaron una embajada en demanda de ayuda.

[31] Había nacido hacia el año 240 a. C.

[32] El historiador romano Valerio Máximo dice lo mismo (VIII 13), pero llama a este niño Metimno.

[33] El hijo mayor de Masinisa.

[34] Aquí el texto griego presenta una variante que, traducida, dice: «extensas».

este elogio. Escipión llegó a Cirte a los tres días de su 10
muerte y lo dispuso todo muy acertadamente.

Polibio cuenta que Masinisa murió a los noventa años de 11
edad, dejando un niño, hijo suyo, de cuatro. Muy poco antes 12
de su muerte había vencido a los cartagineses en una gran batalla; el día anterior a ella, fue visto delante de su tienda comiendo pan seco[35] y, a los que se sorprendieron de ello, les dijo que lo hacía porque ***. (PLUTARCO, V 1, 20.)

De nuevo sobre el poder de la Fortuna

Pero yo, escribe Polibio, repro- 17
chando a los que atribuyen a la Fortuna y al azar las peripecias de la vida pública y privada, ahora deseo discutir este tema en la medida en que lo admite una obra de his-
toria sistemática. Aquellas cosas de las cuales, ¡por 2
Zeus!, dada nuestra condición humana, es difícil o imposible averiguar las causas, en nuestro apuro las atribuimos a la divinidad o a la fortuna: así, por ejemplo, la caída de lluvias torrenciales y continuas o de grandes nevadas, o lo contrario, sequías o heladas que producen la destrucción de las cosechas, e, igualmente, pestilencias persistentes y plagas por el estilo; acertar la
causa de tales fenómenos es difícil. Lo lógico, ante tales 3
rarezas y el apuro que producen, es seguir las creencias populares y hacer rogativas y sacrificios para propiciarnos la divinidad, también trasladar consultas a los dioses para ver qué nos resulta preferible decir o
hacer y lograr atajar los males que nos afectan[36]. Pero 4
aquellas cosas cuyo agente y cuya finalidad es posible descubrir, creo que no debemos atribuirlas a la divi-

[35] Un hombre de su edad difícilmente puede tener dientes para comer pan duro.

[36] Polibio insiste, una vez más, en el tema religioso, en unos términos que, por lo menos, hacen pensar en su aceptación, como fuera, de unos poderes sobrenaturales.

5 nidad. Me refiero a cosas como las que siguen. En
nuestra época se han abatido sobre Grecia entera una
natalidad muy baja y una despoblación que ha vaciado
ciudades y ha ocasionado una improductividad, a pe-
sar de que no hemos tenido guerras continuas ni pes-
6 tilencias. Si alguien decidiera formular una consulta
a los dioses, para que nos revelaran qué es lo que
debemos decir o hacer para multiplicarnos y habitar
ciudades más populosas, ¿no sería la pregunta super-
flua, siendo la causa clara y estando la solución al
7 alcance de nuestra mano? Si los hombres son educados
en la fanfarronería, en la avaricia y en la desidia, si
se niegan a casarse, o bien, aunque contraigan matri-
monio, rehúsan mantener a sus hijos, de los que en la
mayoría de los casos aceptan uno, difícilmente dos,
para criarlos regaladamente y dejarlos ricos, el mal
8 crecerá rápida e inadvertidamente[37]. Porque de estos
hijos, que son uno o dos, supongamos que a uno lo
mata la guerra y al otro un mal epidémico: la con-
secuencia es una casa vacía. Aquí pasa lo mismo que
en los enjambres de abejas: también las ciudades se
9 deshabitan poco a poco y van perdiendo poder. No ne-
cesitamos en absoluto preguntar a los dioses cómo
10 librarnos de esta calamidad. El primer hombre con
que nos topemos nos dirá que la solución está en nos-
otros mismos, en que modifiquemos nuestras apeten-
cias, y si no, en que promulguemos leyes que obliguen
a alimentar a los hijos nacidos. Para ello, no se nece-
11 sitan ni adivinos ni prodigios. El mismo argumento
vale para cada caso en particular[38].

12 Pero en aquellos en que es imposible o difícil en-

[37] Este interesante texto de Polibio podría firmarlo cualquier sociólogo moderno.

[38] Es decir, no sólo para las ciudades en general, sino también para cada familia, cada matrimonio en particular.

contrar las causas, la cuestión queda abierta. Un ejemplo lo da lo ocurrido con los macedonios. A éstos, los romanos les habían hecho muchos y grandes beneficios: se habían visto todos liberados de imposiciones monárquicas y de tributos, no se podía negar que habían pasado de la esclavitud a la libertad, y, personalmente, en las ciudades el buen celo [por las leyes,] notorio en los romanos, los exoneró de grandes revueltas y de matanzas endémicas[39], *de manera que la hostilidad y la enemiga que hasta entonces les profesaban los romanos ahora se mudó en goce de amistad y de benevolencia para su ciudad. Pero Filipo el Impostor acusó, primero, a los legados y a ciertos efetas. A bastantes los cogió prevenidos, pero la mayoría se vieron por un breve tiempo desterrados, torturados y asesinados: eran los que en la situación anterior habían sido nombrados por los reyes auténticos, de modo que ya eran expuestos a la burla* *** *si alguien recuerda los reyes antiguos* *** [40] *del campamento de los romanos se arrepintiera aquel mismo día* *** *De los crímenes de Filipo el Impostor contra ellos*; *los otros* *** 13
14 *muchos* luchando, primero, con Demetrio y, luego, con Perseo contra los romanos, y fueron derrotados; ahora, en cambio, aliados a un hombre repugnante, hicieron proezas de valor para salvarle el reino y vencieron a los romanos. ¿Quién no se vería en dificultades para 15
explicar este suceso? Es difícil dar con su causa. Al 16
decidir sobre estos hechos podemos decir que lo suce-

---

[39] Desde aquí el único manuscrito que nos conserva este texto está muy deteriorado; Büttner-Wobst proponen una restitución en su aparato crítico a la que responde la traducción subrayada.

[40] Aquí hay una laguna muy extensa imposible de restituir, pero cuyo núcleo central debe de ser: «Filipo el impostor hace variar el modo de ser de los macedonios, que ahora van contra los romanos.»

dido es un mal enviado por la divinidad, que una venganza de los dioses se abatió sobre toda Macedonia. Lo cual es claro por lo que sigue a continuación [41].

---

[41] Pero aquí corta el epitomador.

LIBRO XXXVII

(FRAGMENTO)

Museo, lugar[1] cercano al monte Olimpo que hay en Macedo- 1
nia. Lo menciona Polibio en su libro trigesimoséptimo. (...)

---

[1] Parece ser que se trata de un santuario, pero es imposible decir más acerca de este lugar.

LIBRO XXXVIII

(FRAGMENTOS)

De la introducción

1 El libro trigesimoctavo comprende la culminación del desas-
2 tre de Grecia [1], porque, aunque ésta sufrió con frecuencia calamidades, ya generales ya parciales, sin embargo, a ninguna de estas catástrofes anteriores, le cuadra tal nombre y tal concepción mejor que a la ocurrida
3 en nuestra época. Pues no sólo podemos compadecer a los griegos por lo que sufrieron, sino que, además, al saber la verdad de cada caso, pensaremos que son
4 más desgraciados aún por lo que hicieron. Podría parecer que no hay descalabro mayor que el de los cartagineses, pero es de creer que, de algún modo, el
5 ocurrido entonces a los griegos le supera. Aquéllos, en efecto, dejaron acerca de sí mismos a los hombres venideros un apoyo, por leve que fuera, para defender su causa; en cambio, los griegos no dieron un pretexto verosímil a los que quieren defenderles en sus errores. Los cartagineses, al mismo tiempo que fueron totalmente aniquilados por las calamidades, quedaron insensibles ante sus desgracias futuras, mientras que los griegos, que sobreviven y contemplan sus desventuras,

[1] Se refiere a la batalla de Pidna.

convierten en herederos de su infortunio a los hijos
de sus hijos. En cuanto consideramos que los que han 6
sobrevivido a las desgracias son más dignos de compa-
sión que los que murieron en el lance, así debemos
reputar que las peripecias de los griegos son peores
que las ocurridas a los cartagineses, a no ser que se 7
haga la afirmación mirando sólo las conveniencias, sin
tener en cuenta el decoro y la nobleza[2]. Quien recuer- 8
de y compare las catástrofes que son tenidas por las
mayores de Grecia con éstas, a las que ahora nos refe-
rimos, confirmará que lo que ahora decimos es la
verdad.

Parece que la Fortuna infundió el máximo pánico **2**
a los griegos con motivo del paso de Jerjes a Europa.
Entonces peligraron todos, pero murieron muy pocos, 2
en su mayoría atenienses. Los atenienses, previendo
sensatamente el futuro, se llevaron a sus mujeres e hi-
jos y abandonaron[3] la patria. El azar les perjudicó, 3
pues los bárbaros se adueñaron de Atenas y causaron
graves destrozos en la ciudad[4]. Pero de ello los ate- 4
nienses no reportaron ni afrenta ni vergüenza, bien
al contrario, la máxima fama entre todos los hom-
bres, ya que lo pospusieron todo y eligieron compartir
el destino de todos los griegos restantes. Adoptaron, 5
pues, esta actitud valiente y no sólo recuperaron, al
cabo de muy poco, su ciudad y sus territorios, sino que,
además, disputaron a los lacedemonios la hegemonía
sobre los otros griegos. Estos mismos atenienses, de- 6
rrotados luego por los espartanos, llegaron a tal aprieto,
que se vieron forzados a derruir los muros de su propia
patria[5]. Lo cual diríamos, sin embargo, que constituye 7

[2] Esta noción es claramente estoica.

[3] Se refugiaron en Salamina, en Egina y en Trecén.

[4] El episodio viene narrado minuciosamente por HERÓDOTO, VIII 51-53.

[5] JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 23.

una acusación contra los lacedemonios, no contra los
atenienses; los espartanos, en efecto, usaron con de-
masiada dureza la potestad que les había brindado la
8 Fortuna. Pero luego, derrotados por los tebanos, per-
dieron su hegemonía sobre Grecia, dejaron de preocu-
parse de poseer un imperio y se encerraron en los lí-
9 mites de Laconia. ¿Es que es una vergüenza, si, com-
pitiendo por los premios mayores, fracasaron hasta tal
punto que debieron regresar a sus dominios ancestra-
10 les? Todo esto debe llevar el nombre de infortunio,
11 en modo alguno el de desastre. Los de Mantinea se
vieron forzados a abandonar su patria cuando los es-
partanos los dispersaron, y vivieron diseminados en
12 aldeas[6], pero aquí todo el mundo tildó de indolentes[7]
13 a los espartanos, no a los de Mantinea. Pasó algún
tiempo y los tebanos contemplaron cómo su patria era
arrancada de cuajo; fue cuando Alejandro, proyectan-
do ya pasar a Asia, determinó castigar a los de Tebas[8]
e infundir así pánico a los demás griegos en el tiempo
14 en que él estaría en otra empresa. Entonces todos se
apiadaron de los tebanos, víctimas de algo injusto y
terrible; nadie intentó justificar el acto de Alejandro.

3 Al cabo de poco tiempo, los tebanos encontraron
alguna ayuda y habitaron de nuevo su patria sin co-
2 rrer ningún riesgo[9]. La compasión de los demás es
una ayuda no pequeña para los afectados injustamen-
te por un infortunio; comprobamos con frecuencia que

[6] Los espartanos expulsaron a los de Mantinea de su propia ciudad en el año 305, cf. IV 27, 4-7.

[7] El texto griego habla claramente de indolencia, pero aquí la palabra no parece encajar con el sentido, por lo que el comentarista Castiglione propuso leer, en el griego, «insaciables».

[8] La destrucción de Tebas tuvo lugar en el año 335 a. C., y el paso de Alejandro a Asia, el año siguiente.

[9] Casandro restauró Tebas en el año 316, tras destruir Macedonia.

la simpatía general hace cambiar la Fortuna y que,
por esta simpatía, los que están en el poder se arre-
pienten y corrigen las desgracias de los que han sido
víctimas injustas de una calamidad. Durante algún tiem- 3
po, Calcis, Corinto [10] y otras ciudades, debido a la fer-
tilidad de sus tierras, se vieron sometidas a los reyes
macedonios y debieron aceptar tropas de ocupación.
Pero todos se empeñaban, en la medida de sus fuer- 4
zas, en liberar a estos sojuzgados [11], odiaban a sus
opresores y acabaron por considerarlos enemigos. En 5
general se trataba de ciudades o de grupos de ciuda-
des que, en épocas anteriores, se hundieron en el de-
sastre, generalmente, luchando por una hegemonía, o
bien traicionadas por reyes o por monarcas, de mane- 6
ra que se encontrarán pocos a los que convenga el
oprobio de una desgracia o el nombre de un infortu-
nio. Consideramos que los estados o los individuos 7
sobre los que se abaten calamidades excepcionales son
infortunados, pero que sólo sufren desastres aquellos
cuyas acciones les conllevan oprobio debido a su in-
operancia. En la época en cuestión sufrieron desastres 8
los peloponesios, los beocios, los focenses [los dorios,]
los locros, algunos de los habitantes del golfo de Jo-
nia [12] y, con ellos, los macedonios *** no fueron en ab- 9
soluto infortunados, sino que sufrieron el desastre [13]
más bochornoso y reprobable, pues evidenciaron des-

[10] Calcis y Corinto fueron ocupadas por Filipo II, después de su victoria en Queronea (338 a. C.) sobre la coalición de atenienses y tebanos.

[11] Polibio aquí piensa, probablemente, en las campañas de Arato contra Antíoco Gonatas y Demetrio II para liberar las ciudades del Peloponeso y del Istmo.

[12] Sobre el mar Jonio, cf. II, 14.

[13] Aquí Polibio distingue entre infortunio (que se abate sobre uno sin que éste pueda evitarlo) y desastre (que es lo que hubiera podido evitar).

lealtad y cobardía, y sus acciones les reportaron ver-
10 güenza, debido a su extravagancia. De modo que, per-
dido ya todo honor, consintieron por diversas razones
11 en recibir a los lictores romanos en sus ciudades. La
monstruosidad de sus culpas les había infundido gran
12 pánico, si podemos llamarlas suyas, pues yo estable-
cería que la masa falla por ignorancia de lo debido;
los que pecan son los responsables de una tan grande
ignorancia.

4 No deberá sorprender si, apartándonos del estilo
de la narración histórica, nos expresamos de manera
literariamente más ambiciosa al tratar estos hechos[14].
2 Seguramente algunos nos van a echar en cara que
efectuamos la exposición de forma pendenciera, cuan-
do lo que más nos corresponde es disimular los errores
3 de los griegos. Pero yo ni pienso que un hombre tí-
mido y remiso en la exposición de la verdad deba ser
tenido como amigo leal por los competentes para juz-
4 garle, ni que deba ser tenido por buen ciudadano el
que abandona el camino de la verdad, porque se retrae
de apesadumbrar, aunque sea un momento, a algún
5 personaje[15]; el expositor de historia universal no debe
admitir otra cosa que la verdad, sólo debe atenerse
6 a ella. Por cuanto la transmisión de las palabras di-
chas en una ocasión determinada llega a más personas
y se prolonga por más tiempo, es preciso que el autor
valore al máximo la verdad y que también su público
7 adopte esta actitud. Si hay conmociones, conviene que
los griegos socorran a los griegos de todos los modos
posibles, defendiéndolos, velando sus errores y apaci-
guando la ira de los gobernantes, cosa que hicimos de

---

[14] La historia tiene un *éthos* (característica) que requiere veracidad e imparcialidad.

[15] Da la impresión de que Polibio, al llegar ya muy cerca del fin de su obra, hace examen de conciencia en su calidad de historiador, y ofrece aquí un tratado de moral profesional.

verdad[16] cuando se presentó la ocasión, pero conviene 8
también legar a la posteridad una memoria de los hechos incontaminada de error, pues no debe apetecernos embelesar de momento los oídos de nuestro auditorio[17], sino, más bien, enmendar los espíritus para evitar más tropiezos en los mismos errores. Acerca de este tema baste con lo dicho.

Apología del método polibiano de redactar la historia

Sé muy bien que algunos cen- 5
surarán mi obra alegando que mi exposición de los hechos es in-
completa y fragmentaria[18]: al 2
ponernos, por ejemplo, a describir el asedio de Cartago, lo dejamos a medias, lo cortamos y pasamos a
los de Grecia, y de ahí a los de Macedonia, a los de 3
Siria, o a los que sea, cuando los estudiosos buscan una exposición seguida y desean llegar hasta el final; así concurren más la diversión y la utilidad en los que
siguen una obra histórica. Yo no soy de este parecer, 4
todo lo contrario. Puedo invocar como testigo a mi favor la propia naturaleza[19], que, en el caso de nuestros sentidos, no elige nunca seguir y persistir en lo mismo; en ella lo habitual es el cambio; desea el reencuentro con una cosa tras una mutación y unos in-
tervalos. Lo dicho se ve claro, en primer lugar, por el 5
sentido del oído, que ni en los cantos corales ni en la percepción de discursos tiene deleite en un tono invariado y constante; lo que realmente le halaga es el

[16] Cf. XXXIX 3, 10; 5, 2-6.

[17] En opinión de Polibio, esto es propio de la tragedia, cf. II 56, 11. Polibio establece varias veces una distinción entre lo placentero y lo útil.

[18] Alusión implícita a Éforo y a sus discípulos, que opinaban que los temas deben tratarse ininterrumpidamente, para dar una visión global de ellos.

[19] Polibio se apoya aquí en la filosofía de HERÁCLITO, que decía que «esforzarse y gobernar siempre lo mismo cansa» (fr. 82).

estilo diversificado y todo lo que ofrece variaciones,
6 así como los cambios máximos y más frecuentes. Pa-
ralelamente se comprueba que tampoco el gusto puede
permanecer mucho tiempo en sólo unos manjares[20],
7 que, por exquisitos que sean, llegan a asquearle: se
goza en el cambio y, con frecuencia, toma con más
placer comidas de poco precio, prefiriéndolas a las costo-
8 sas, sólo por la variación. Lo mismo ocurre con la vista,
como se puede verificar, pues no puede en modo algu-
no permanecer fija en algo; la mueve la variedad y el
9 cambio de lo contemplado. Sin embargo, es en el es-
píritu donde más se ve que la variación es lo conve-
niente, pues los cambios en los objetos de atención
y de estudio sirven de pausa y de descanso a los hom-
bres aplicados.

6 Por eso, los más sabios de los historiadores anti-
guos me parece que introducían en su obra paréntesis
de este tipo: unos se servían de digresiones míticas
o bien históricas, y otros, de incisos explicativos, así
que pasaban de un tema a otro no sólo en los dominios
2 de Grecia, sino también en los exteriores a ella. Quie-
ro decir que, por ejemplo, cuando trataban los asuntos
de Tesalia y los éxitos de Alejandro de Feras[21], inter-
calaban en medio los proyectos lacedemonios en cuanto
al Peloponeso[22]; luego, los hechos de los tebanos[23] y

[20] Dice el refrán castellano «cada día gallina, amarga la cocina».

[21] Sobre Alejandro de Feras, cf. VIII 35, 6.

[22] Daban en esbozo la posición de Esparta después de la batalla de Mantinea y su exclusión de la paz del 362 a. C.

[23] Aquí los editores proponen variantes textuales; el códice Vaticano 73 (única fuente griega de este pasaje) lee: «de los atenienses»; Lucht leyó «de los tebanos», que, por razones históricas, es la lectura más aceptada.

luego, los de Macedonia[24] o de Iliria[25], para derivar ha-
blando de la campaña de Ifícrates contra Egipto[26] o
de los crímenes cometidos por Clearco en el Ponto
Euxino[27]. Se puede ver que todos los autores en cues- 3
tión han utilizado una disposición así, pero de manera
desordenada, mientras que nosotros hemos introduci-
do un orden. Ellos, en efecto, al recordar la manera 4
como Bardilis, el rey de los ilirios[28], o bien Cerso-
bleptes, el monarca tracio[29], adquirieron sus imperios,
no añadieron la continuación ni, luego de una digre-
sión, ofrecieron los hechos subsiguientes, sino que, como
si compusieran un poema, retornaron a las posiciones
iniciales. Nosotros, en cambio, tras tomar separada- 5
mente los lugares más importantes del universo y los
hechos acaecidos en ellos, hemos procurado una disposi-
ción consecuente, adoptando siempre un método único
para organizar el plan; hemos narrado paralelamente
los hechos contemporáneos delimitándolos dentro de
cada año, dejando obviamente al buen juicio de los 6

[24] No es claro a qué pueda referirse aquí Polibio (o Teopompo); quizás, que a la muerte de Pérdicas III en un desastre militar que sufrió en Iliria (359 a. C.), le sucedió su hermano Filipo II.

[25] Cf. el § 4 de este mismo capítulo.

[26] Ifícrates, hijo de Timoteo, se hizo famoso en la guerra de Corinto, pero más tarde sirvió de mercenario en Tracia, donde se casó con la hija del rey Cotis. Cornelio Nepote escribió una biografía popular de este personaje.

[27] Clearco (391-353 a. C.) fue discípulo de Platón y de Isócrates en Atenas, pero regresó a su patria, Heraclea del Ponto, donde se convirtió en tirano de la ciudad y trató salvajemente a sus adversarios políticos.

[28] Personaje muy oscuro, del que ni tan siquiera se sabe dónde exactamente tenía su reino. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

[29] Cersobleptes, rey de Odrisa, sucedió a su padre Cotis en el 360 a. C. y gobernó Tracia hasta el 340. Sostuvo una guerra contra su rival Miltócites y contra los atenienses.

estudiosos introducirse en el discurso seguido de los
temas o en las intercalaciones propuestas; así, nada de
lo citado ni quedará inconcluso ni será insuficiente para
7 el auditorio. Hasta aquí el tratamiento de este tema.

La tercera Guerra Púnica: juicio sobre el general Asdrúbal

7 Asdrúbal[30], el general cartagi-
nés, era fanfarrón y charlatán,
y estaba lejos de una capacidad
2 militar objetiva. De su falta de
juicio hay muchas pruebas. Primero, se presentó a la
entrevista con el rey númida Gulusa[31] revestido de una
armadura completa, sobre la cual llevaba una capa
de color púrpura marina; le escoltaban diez solda-
3 dos armados de espada. Se separó de éstos, avanzando
unos veinte pasos, pero protegiéndose por el foso y
la empalizada. Allí hizo señales con la cabeza al rey
de que se le aproximara, cuando lo correcto hubiera
4 sido lo contrario. Gulusa, sin embargo, vestido muy
sencillamente, al modo númida, se le acercó sin es-
colta. Al acercársele le preguntó qué miedo le em-
bargaba, ya que se presentaba con una armadura com-
5 pleta. Asdrúbal repuso que el miedo a los romanos.
Y replicó Gulusa: «¡Bien dicho! De no ser así, no te
habrías encerrado en la ciudad, pues nada te obliga
a ello. Pero veamos qué quieres, por qué me llamas.»
6 «Solicito de ti —le dice Asdrúbal— que me sirvas de
intermediario ante el general romano y que le prometas
en nombre nuestro que cumpliremos sus órdenes; lo
único que pedimos es que respetéis esta pobre ciudad.»

---

[30] Este Asdrúbal, que no hay que confundir con el más conocido yerno de Amílcar Barca, fue atacado por Masinisa en el invierno de los años 151-150 a. C. Fue derrotado y condenado a muerte, aunque fue indultado; más tarde volvió a ejercer el mando superior del ejército cartaginés (cf. XXXVI 7, 5) y defendió a Cartago contra el ataque de Escipión.

[31] Cf. XXXIV 16, 1. Cuando murió Masinisa, Gulusa tomó el mando del ejército númida, aliado de los romanos.

Declara Gulusa: «Esta petición me parece muy pueril, 7
mi buen amigo, pues la hicisteis ya al principio mediante una legación, cuando los romanos estaban todavía en Útica. Y entonces no lograsteis convencerles. ¿Qué razón te hace creer ahora que se os concederá, si estáis rodeados por mar y por tierra y no tenéis, prácticamente, esperanzas de salvación?» Asdrúbal le 8
replicó diciendo que él no estaba al corriente de la situación, pues en lo referente a los aliados del exterior las perspectivas eran excelentes. Gulusa no se había enterado de lo que había ocurrido con los moros[32] ni de que las tropas cartaginesas que estaban 9
en el campo abierto habían salido bien libradas[33]. De modo que su situación no era tan desesperada. Y confiaban, por encima de todo, en tener a los dioses por aliados y en las esperanzas que ellos infunden; era 10
claro que no los desatenderían, ya que los cartagineses eran víctimas de la violación de la tregua. Esto les daba muchas garantías de salvación[34]. O sea que le 11
solicitaba que pidiera al general, tanto en atención a los dioses como a la Fortuna, que respetara a la ciudad. El romano debía ser consciente de que si no se accedía a esta petición, los cartagineses se degollarían mutuamente antes que entregar la ciudad. Esto y co- 12
sas por el estilo fue lo que ambos dijeron, y se separaron tras acordar que se verían nuevamente al cabo de tres días.

Gulusa le refirió el diálogo sostenido al general ro- **8**
mano, y Publio Cornelio Escipión, soltando la carca-

---

[32] Aquí hay una variante textual: marusios. Como sea, éstos estaban acantonados en Néferis; los romanos y Gulusa los atacaron y tomaron la plaza al cabo de veinte días de bloqueo.

[33] Otros traducen más vigorosamente: «habían quedado intactas».

[34] Esta idea sale bastante en Polibio y otros historiadores romanos.

jada, exclamó: «¿Qué es lo que vas a pedir? ¿Exhibiste
una impiedad grande e inhumana en el trato con
nuestros prisioneros[35] y ahora esperas la ayuda de
los dioses, cuando has violado las leyes de los hom-
2 bres?»[36]. Sin embargo, el rey quiso hacer algunas su-
gerencias a Escipión, principalmente que le interesaba
3 poner fin a aquella guerra, pues aparte de que el fu-
turo siempre es incierto, ya se acercaba el nombra-
miento de cónsules nuevos, punto al que debía atender
y evitar que se le echara encima el invierno, y otros
4 cosecharan sin esfuerzo la gloria de sus fatigas. De-
cía esto, y el general le interrumpió, indicándole que
expusiera lo siguiente a Asdrúbal: ofrecía seguridades
personales a él, a su esposa y a diez de entre las man-
siones de sus parientes y amigos. De su fortuna per-
sonal podía reservarse diez talentos y llevarse cien de
5 sus esclavos, los que quisiera. Al tercer día señalado,
Gulusa acudió al encuentro de Asdrúbal con estos ofre-
6 cimientos tan amistosos. Y Asdrúbal volvió a salir con
gran ostentación, caminando lentamente, vestido de
púrpura y con la armadura completa, de manera que
los tiranos que salen en las tragedias allí habrían he-
7 cho el ridículo. Asdrúbal era de complexión entrada
en carnes, de barriga prominente y de un color tos-
tado fuera de lo normal; daba la impresión de cebarse
para los festivales, igual que los toros de engorde, y
no la de estar a la cabeza de un pueblo que sufría
una miseria tan extrema, que difícilmente puede des-
8 cribirse en palabras. Cuando se reunió con el rey y
supo los ofrecimientos del general romano, se aporreó

---

[35] Cuenta Apiano que, en el año 147 a. C., este Asdrúbal desahogó su ira por la toma de Mégara por Publio Cornelio Escipión tirando desde un muro a unos prisioneros romanos a los que, previamente, les había hecho vaciar las cuencas de los ojos y cortar la lengua.

[36] Que mandaban respetar a los prisioneros de guerra.

los muslos e invocaba a los dioses y a la Fortuna, afir-
mando que jamás llegaría un día en que el sol viera
vivo a Asdrúbal y a la patria pasada a fuego, pues 9
para los hombres sensatos el mejor sudario es el fuego
que abrasa a la patria. Si se consideraran estas afir- 10
maciones, sería de admirar tanto este hombre como
su magnanimidad; en cambio, si se atiende a su con-
ducción de los asuntos, pasman su ruindad y cobardía.
Ante todo, cuando sus conciudadanos estaban literal- 11
mente consumidos de hambre, él banqueteaba, se servía
opíparamente segundas mesas [37] y su figura oronda sub-
rayaba el desmejoramiento de los otros: el número 12
de los muertos de consunción era increíble, como tam-
bién lo era el de desertores cada día a causa del ham-
bre; él, burlándose de éstos e insultando a aquéllos y 13
asesinando a los de más allá, sembraba el terror y
retenía, así, un poder que difícilmente hubiera ejer-
cido en una ciudad floreciente; él lo asumía en una
patria hundida en la catástrofe. Creo que hemos afir- 14
mado con toda la razón que sería difícil encontrar go-
bernantes más parecidos entre sí, que los que en aquella
época había en Grecia y en Cartago. Lo cual se verá 15
con toda claridad cuando se efectúe la comparación
entre unos y otros.

Una legación romana en Acaya; ruptura de hostilidades [38]

Llegaron a Roma procedentes 9
del Peloponeso los legados Lucio
Aurelio Orestes y sus colegas, ex-
pusieron lo que les había ocurrido,
que por poco pierden allí la vida; hablaban con exa- 2
geración y fantasía, y señalaban que el peligro no les
había venido al azar, sino que los aqueos se les habían
lanzado premeditadamente encima para hacer en ellos
un escarmiento. El senado se indignó ante aquellos he- 3

[37] Es decir, comía el doble de lo normal.

[38] Años 147/146.

chos como nunca se indignara, y nombró al instante legado a Sexto Julio César, al que envió con las ins-
4 trucciones siguientes: debía reprochar y acusar suavemente[39] a los aqueos por lo sucedido, e insistir más y advertirles que no prestaran oídos a los que les exhortaban a lo peor: no podía pasarles desapercibido que iban a caer en la indiferencia de los romanos.
5 Todavía estaban a tiempo de corregir su desconocimiento de la situación y cargarla en los verdaderos
6 culpables de su error. Resultó, pues, muy claro que también a Aurelio Orestes el senado le había dado instrucciones de que no pretendiera dividir al pueblo aqueo, antes bien procurara sorprender y aturdir la au-
7 dacia y el odio aqueo contra los romanos. No faltó quien supusiera que éstos usaron intencionadamente [*de esta moderación en sus expresiones*] porque la
8 guerra contra Cartago era aún indecisa. Pero la verdad no era ésta, sino que hacía ya mucho tiempo que habían aceptado la alianza de la nación aquea, creían que era en quien más podían confiar de los griegos y habían decidido alarmarla porque se habían envalentonado más de la cuenta. Los romanos nunca se propusieron hacer la guerra a los aqueos o romper totalmente con ellos.

10 El legado Sexto Julio se dirigía de Roma al Pelo-
2 poneso y se encontró con Teáridas[40], emisario enviado por los aqueos para propiciarse al senado y darle explicaciones acerca de los desmanes cometidos contra
3 Aurelio Orestes. El romano se entrevistó, pues, con Teáridas y le sugirió que regresara a Acaya, pues él llevaba instrucciones de tratar todos estos problemas con los
4 aqueos. Sexto llegó al Peloponeso y entabló conversa-

[39] Este adverbio extraña en su contexto, pero responde al interés romano de no malquistarse con los aqueos.
[40] Era el hermano mayor de Polibio, cf. XXXII 7, 1.

ciones con ellos en la ciudad de Egio. Pronunció mu-
chos discursos amistosos; aludió muy poco al cargo 5
de malos tratos inferidos a los legados romanos, y casi
no pidió justificación, pues explicó lo sucedido con
más indulgencia que los mismos aqueos; lo único que
rogó fue que no progresaran en la inquina contra los
romanos o contra los lacedemonios. La fracción mo- 6
derada admitió gustosa la advertencia, pues se sentía
compungida, era muy consciente de lo cometido y se
ponía ante los ojos lo que ocurría a los adversarios
de Roma. El partido popular no tenía nada que oponer a 7
los parlamentos de Sexto Julio, que eran muy justos.
De momento, pues, no hizo nada, pero le duraba el
resentimiento y la corrupción. A él pertenecían Dieo[41], 8
Critolao y sus secuaces, adeptos todos ellos de una
misma ideología. Eran, como si se hubiera hecho *ex
profeso*, la selección de la escoria de cada ciudad, hom-
bres hostiles a los dioses y baldón de sus propios li-
najes; como dice el proverbio: «aceptaban con la mano 9
izquierda lo que los romanos les ofrecían con la dere-
cha»[42]. Pero los cálculos les fallaron estrepitosamen-
te. Suponían que, debido a sus operaciones en África 10

---

[41] Este Dieo de Megalópolis es, seguramente, hijo de Diófanes (XXXI 3b, 2). Fue un adversario decidido de los romanos.

[42] El sentido del refrán es que aceptaban con mala intención lo que los romanos les ofrecían con franqueza y de buena fe. Cf. WUNDERER, *Sprichwörter...*, trata por dos veces el refrán. En la pág. 19 dice que procede del mundo de los comerciantes y, seguramente, de los comerciantes de ficción, en la comedia; pero en la pág. 123 se vuelve a ocupar del tema para decir que, paleográficamente, el lugar es muy incierto. Según Wunderer, el sentido del refrán es: los adversarios de los romanos se muestran de acuerdo en convocar una asamblea de la confederación aquea en Tegea, a la que deberán acudir Dieo y Critolao, para llegar a un arreglo con los espartanos, pero a la hora de la verdad acude sólo Critolao y declara que no goza de plenos poderes. O sea que los aqueos ofrecen algo a los romanos, que, luego, niegan con la actitud de Critolao.

y en España[43], los romanos temerían una guerra contra los aqueos, que pasarían por todo y se prestarían
11 a emitir cualquier voz[44]. Se creyeron dueños de la situación: contestaron amistosamente al legado romano que, a pesar de todo, remitirían a Teáridas al senado de Roma; ellos mismos le acompañarían a él hasta Tegea, donde iban a conferenciar con los lacedemonios; [se esforzarían] en encontrar la manera de llegar a un acuerdo que llevase al fin de la guerra.
12 Ésta fue su respuesta, pero luego mantuvieron al desgraciado pueblo en la ignorancia de lo que le oprimía.
13 De modo que lo que ocurrió fue natural; se debió a la inexperiencia y a la maldad de los gobernantes.

11 El final de la catástrofe se consumó de la manera
2 siguiente: Sexto Julio se presentó en Tegea y procuraba atraerse a los lacedemonios para que formaran un frente común ante los aqueos en lo referente a la rendición de cuentas por sus ofensas del pasado[45] y con vistas a la suspensión de hostilidades, esperando a que los romanos enviaran a alguien a resolver defi-
3 nitivamente la situación; Critolao se reunió con los demás y se acordó que rehusarían el encuentro y que
4 Critolao acudiría solo a Tegea. Cuando Sexto ya desesperaba de la entrevista, el hombre citado compare-
5 ció, y hubo una controversia con los lacedemonios en la que no accedió a nada, pues alegaba que no tenía poderes para disponer nada sin conocer la opinión mayoritaria[46]; dijo que trasladaría las propuestas a los

---

[43] Cf. XXXVI 1-8, 9, 16; XXXV 1-5 (guerra celtibérica).

[44] También esta expresión tiene aspecto de ser un refrán, pero ni Walbank ni Wunderer la tratan en tal sentido. Podría proceder del mundo del teatro.

[45] Básicamente eran problemas fronterizos de espartanos, por un lado, y de Megalópolis y Argos, por el otro, según sabemos por Pausanias.

[46] De la asamblea aquea.

aqueos en la próxima asamblea, que debía celebrarse
al cabo de seis meses[47]. Sexto Julio notó muy clara- 6
mente la mala voluntad de Critolao, se indignó ante
lo sucedido y despachó a los lacedemonios hacia su
país; él regresó a Italia lleno de desprecio por la ne-
cedad y la locura de aquel hombre. Cuando los ro- 7
manos se ausentaron, Critolao recorrió las ciudades
durante el invierno y reunió las asambleas, alegando
como motivo su voluntad de exponer lo tratado con los
lacedemonios y con los romanos en Tegea; su ver- 8
dadero propósito era acusar a los romanos, interpre-
tar torcidamente todo lo dicho por ellos, e infundir así
odio y aversión en la muchedumbre. Al propio tiem- 9
po intimó a los magistrados a que no exigieran el pago
a los deudores, y que no permitieran que nadie fuera
encarcelado por sus adeudos[48]; debían prolongar la 10
vigencia de los escotes hasta la decisión de la guerra.
El resultado de semejante demagogia fue que creye- 11
ran todas sus afirmaciones y el pueblo se mostró dis-
puesto para cualquier cosa que se le propusiera. Pero
no podía ni entrever lo que le aguardaba, corrompido
por el halago y la negligencia.

Quinto Cecilio estaba en Macedonia y fue infor- **12**
mado del desgobierno y confusión reinantes en el
Peloponeso. Envió, sin pérdida de tiempo, a los lega-
dos Cneo Papirio y Popilio Lenaas el Menor, acom-
pañados de Aulo Gabinio y de Cayo Fannio. Se daba 2
la casualidad de que los aqueos celebraban una asam-

[47] En la primavera del año 146 a. C.

[48] Todo esto nos resulta oscuro y debe responder a normas internas del derecho de las ciudades aqueas. Quizás haya una distinción entre deudas privadas y deudas al erario público. El escote *(erános)* era una forma de préstamo sin interés que se hacía a particulares o a comunidades. Lo que aquí se propone es, dicho con palabras actuales, una moratoria en la restitución de los préstamos.

blea[49] en Corinto; los romanos, pues, llegaron a ella
en tal oportunidad, comparecieron ante el pueblo y
pronunciaron muchos discursos muy amistosos, por el
3 estilo de los de Sexto, verdaderamente empeñados en
que los aqueos no cayeran en un odio general contra
los romanos, ni tomando como pretexto a los lacede-
monios ni por una enajenación suscitada por ellos mis-
4 mos. La masa los escuchó, pero no les hizo el menor
caso; se burlaba de los legados romanos y acabó echán-
5 doles entre alborotos y tumultos. Allí se juntó una
masa de artesanos y de obreros manuales como nunca
se había visto; todas las ciudades estaban excitadas,
pero más que ninguna Corinto, su población entera.
6 A unos pocos les agradaban mucho los discursos de
7 los embajadores romanos. Pero Critolao, que obtuvo
la ocasión que deseaba, con una audiencia enfervori-
zada a su favor, verdaderamente enloquecida, atacó a
los magistrados, se burló de sus enemigos políticos y
se despachó a su gusto contra los legados romanos[50]:
8 decía que admitía ser amigo de los romanos, pero que
9 no toleraría someterse a ningún dueño. Su aviso final
fue manifestar que, si eran hombres, no se verían
privados de aliados, pero que, si eran maricas, sufri-
10 rían señores. Abundó mucho en este aspecto, forzan-
do la situación con mentiras de mercader, con las que
11 movió y envenenó a la masa. En sus dichos y hechos
quería dar a entender que no hacía sus proyectos al
azar, sino que contaba con la asistencia de algunos
reyes y de algunas ciudades.

13 El consejo aqueo de ancianos[51], reunido, quería

---

[49] Seguramente, la asamblea reglamentaria primaveral del año 148 a. C.

[50] Que habían sido expulsados de la asamblea.

[51] Sólo aquí se menciona, en toda la literatura griega, este organismo como existente en Corinto, pero existía en muchas ciudades aqueas; sus funciones eran, más bien, asesoras.

reprimirle e impedirle que hablara en tales términos. Se le retiró la escolta de soldados, pero él alardeó, a ver si alguien se le aproximaba, si se le acercaba, si se atrevía siquiera a rozarle la túnica. Gritó que hacía 2
ya mucho tiempo que se contenía, pero que ya no podía más y que diría lo que sentía. «Porque debemos te- 3
mer menos a los lacedemonios o a los romanos —exclamó—, que a aquellos de entre nosotros que colaboran con el enemigo. Sí: algunos de aquí promueven más el interés de romanos y lacedemonios que el nuestro propio.» Y lo probaba con hechos, pues explicaba 4
que Evágoras de Egio y Estratio de Tritea habían pasado a Cneo Papirio todo lo tratado secretamente en las sinarquías[52]. Estratio reconoció que, efectivamen- 5
te, había celebrado reuniones con los hombres citados y que, después, se había reunido también con amigos y aliados, pero negó haber explicado algo de lo tratado en las sinarquías. Muy pocos le dieron crédito; la mayoría aceptó las calumnias. Critolao azuzó al pueblo 6
mediante estas acusaciones y convenció a los aqueos de que votaran, por segunda vez, una guerra declarada, nominalmente, a los lacedemonios y, en realidad, a los romanos. Y les arrancó todavía un segundo de- 7
creto ilegal[53]: los ciudadanos que fueran elegidos para el generalato se verían exentos de rendir cuentas. Así pudo asumir él mismo un mando despótico.

Critolao, pues, tomó estas medidas y, luego, em- 8
pezó a actuar para hostigar a los romanos mediante innovaciones y sin razón alguna, muy al contrario, de la manera más impía e injusta. Por lo que afecta a 9
los legados, Cneo Papirio se marchó a Atenas y, de

---

[52] Sobre las sinarquías, cf. II 37, 10-11; XXVII 2, 11.

[53] Dice «segundo decreto ilegal», porque ya lo era la declaración de guerra anterior, que exigía una asamblea reunida *ex profeso* para ello. Walbank traduce: «inconstitucional», pero la traducción parece anacrónica.

allí, a Lacedemonia, esperando acontecimientos; Aulo Gabinio se dirigió a Naupacto y los otros dos mensajeros restantes se quedaron en Atenas hasta la llegada de Quinto Cecilio. Y éste era el estado del Peloponeso.

14 *El carácter del general tebano Píteas*

Píteas era hermano de Acástides, el corredor del estadio, e hijo de Cleomnasto. Vivió torpemente y, en su primera juventud, se prostituía con cual-
2 quiera. También en su actuación política fue tan desvergonzado como ambicioso, lo cual le indujo a apoyar a Éumenes y a Filétero [54].

3 Aunque entonces se encontraba en África acompañando a Escipión, Polibio, el aqueo, no pudo ignorar el desastre ocurrido en Acaya durante el mandato de Critolao. Y aclara que Dieo, que acudía con su ejército desde Arcadia, fue derrotado, junto con sus hombres, por el mismo Metelo [55]. (OROSIO, V 3.)

15 *Organización de Acaya bajo Dieo* [56]

Puesto que la ley ordenaba [57] que, si le ocurría algo [58] al general durante el ejercicio de su mando, éste fuera asumido por el segundo en categoría hasta que se celebrara la primera asamblea de los aqueos, a la muerte de Critolao [59], el general de los
2 aqueos, correspondió a Dieo gobernar y dirigir los
3 asuntos públicos. Dieo, pues, envió tropas [60] a Mégara

[54] Éumenes II de Pérgamo y su hermano Filétero, cf. XVIII 41, 10.

[55] El § 3 es texto latino de OROSIO, V 3, que, con una adaptación a su propio contexto, los editores tienen por traducción estricta al latín de un texto polibiano.

[56] Año 146 a. C.

[57] Cf. XXIII 12, 7, para la muerte de Filopemén.

[58] Eufemismo por «si moría» o, quizás, por «si se veía imposibilitado de ejercer el mando».

[59] Se suicidó en Escarfeya, según Pausanias. Escarfeya es una plaza al N. de Tesalia.

[60] Paton traduce equivocadamente: «envió un mensaje».

y él se presentó en Argos, desde donde escribió a todas las ciudades que concedieran la libertad a dos mil esclavos que se encontraran en la flor de la edad y que hubieran nacido en las casas de sus dueños o se hubieran criado en ellas[61]. Estos hombres debían ser
armados y enviados a Corinto. Pero estableció para 4
cada ciudad el número de soldados a remitir de manera arbitraria y desigual, que es como procedía en
todo. Allí donde no se llegaba al cupo de esclavos cria- 5
dos en las casas, debía completarse en cada caso con el número correspondiente de esclavos de otra clase.
Al comprobar la fuerte escasez de los fondos públicos, 6
debida a la guerra contra los lacedemonios[62], obligó a hacer requisitorias especiales y a que los ricos hicieran contribuciones particulares, no sólo los hombres,
sino también las mujeres. Al propio tiempo, ordenó 7
que los que estaban en edad militar se concentraran
masivamente con armas en Corinto. Todo ello hizo que 8
las ciudades se llenaran de desgobierno, confusión y des-
ánimo. Unos tenían por felices a los muertos y se apia- 9
daban de los que partían; todos lloraban, como si
previeran el porvenir. Y llevaban muy a mal el des- 10
caro y la indolencia de los servidores, tanto de los que acababan de ser liberados como del resto, envalento-
nados por esta perspectiva. Además, los hombres eran 11
obligados contra su voluntad a aportar cualquier cosa que se pensara que tenían; las mujeres se veían despojadas de sus aderezos y del de sus hijos, que entregaban (la cosa parecía hecha adrede) en aras de su propia ruina.

Todo esto sucedía simultáneamente y la consterna- **16**
ción, por las medidas que iban cayendo una tras otra,

[61] Esta división de los esclavos es extraña y sólo viene mencionada aquí.

[62] Librada en los años 148/147 a. C.

impedía a los hombres la reflexión cuidadosa sobre
el conjunto de la situación, lo cual les habría permi-
tido ver que se dirigían, ellos, sus mujeres y sus hijos,
2 a una ruina previsible. Por lo demás, empujados y lle-
vados violentamente como por un torrente impetuoso,
3 obedecían a la locura e incompetencia de su jefe. Los
eleos[63] y los mesenios no se movieron de su país,
aguardando el ataque de la escuadra romana. Y no
habrían extraído ningún provecho de las circunstancias,
si aquella nube[64] hubiera aparecido según el propósito
4 originario romano. Los de Patras y los miembros de
su unión mancomunada[65], muy poco tiempo atrás, ha-
bían sufrido un descalabro en la Fócide y su situación
5 era con mucho la peor del Peloponeso[66]. Allí[67], unos se
quitaban la vida desesperados, otros huían de las ciu-
dades campo a través; lo que sucedía en ellas les ho-
6 rrorizaba, y las dejaban, pero sin rumbo fijo. Unos
detenían a otros para entregarlos al enemigo como reos
por haberse opuesto a Roma; otros prestaban declara-
ción contra amigos, por más que de momento no se
requiriera de ellos este servicio; otros se presentaban
como suplicantes, confesaban sus delitos y preguntaban
cuál era el castigo correspondiente, cuando nadie hacía
7 investigaciones acerca de ello. Todo el país se encon-
traba dominado por un embrujamiento trágico y extra-
ño: la gente se tiraba a los pozos o se despeñaba, así
que, según el refrán, incluso el enemigo se hubiera
conmovido si hubiera visto aquella calamidad de Gre-

[63] Los eleos no se reincorporaron a la renacida liga aquea.

[64] Se refiere a la flota romana. Para la metáfora, cf. V 104, 10.

[65] Cf. V 92, 7 y 94, 1.

[66] Para nosotros, la sintaxis del texto griego no es nítida y admite diversos matices: «su caso fue el más lamentable de todas las ciudades del Peloponeso», o bien «su caso fue más lamentable que el de los aliados restantes del Peloponeso».

[67] En las ciudades de la Fócide y de la Grecia Central.

cia[68]. Pues en épocas anteriores habían sufrido, cierta- 8
mente, catástrofes y una ruina total, a veces querellán-
dose sobre opciones políticas; otras, traicionados por
sus gobernantes; pero ahora habían sufrido un des- 9
calabro manifiesto por la desidia de sus jefes y por su
propia ignorancia. Los tebanos abandonaron en masa[69] 10
su ciudad y la dejaron absolutamente vacía; entre los
fugitivos se encontraba Píteas, que pasó con su mujer
e hijos al Peloponeso, y allí andaba errante por el país.

La sorpresa ante el ataque del enemigo es prueba de locura

El encuentro con el enemigo le 11
pareció sorprendente. Pero yo
creo que, según el refrán, «las
cabezas vacías piensan vacieda-
des»[70]. De modo que es natural que gente así piense
que lo más razonable es sorprendente.

Critolao proyecta retirarse a su casa

Y Critolao[71] pensó en retirar- 12
se a su casa. Obraba como uno
que no sabe nadar, pero que está
a punto de echarse al agua y no reflexiona acerca de
si debe arrojarse; sólo cuando se ha tirado se pregun-
ta cómo podrá nadar hasta tocar tierra.

---

[68] Comenta WUNDERER, *Sprichwörter...*, pág. 22: «en principio no se debe confiar en el enemigo (VII 34), pero a veces el enemigo contribuye sin proponérselo a nuestra corrección (XXXI 17, 6). Pero despertar la piedad del enemigo es señal de la mayor desgracia». La expresión de Polibio recuerda la lengua homérica, pero ha llegado a Polibio a través del acervo popular.

[69] Y huyeron, seguramente, al Peloponeso.

[70] Polibio se repite, cf. XXIII 5, 3.

[71] Es Critolao, no Dieo, pues PAUSANIAS (VII 15, 3-4) dice lo mismo y lo atribuye a Critolao.

Hechos en Corinto después del descalabro griego en Grecia central

17 Dieo se encontraba en Corinto, nombrado general por la asamblea popular[72]. Y, entonces, llegó Andrónidas de parte de Ce-
2 cilio. Dieo había esparcido contra Andrónidas y su séquito el rumor de que estaban del lado del enemigo[73], por lo que abandonó aquellos hombres a la plebe; se los llevaron maniatados entre
3 toda clase de escarnios. Se presentó también Filón de Tesalia[74] con ofrecimientos muy benévolos para los
4 aqueos. Al oírlos, algunos abogaron a su favor, entre los cuales se encontraba Estratio[75], ya anciano, quien abrazó a Dieo y le rogaba que se aviniera a las ofer-
5 tas de Cecilio. Los cuatro[76] celebraron consejo, pero
6 no atendieron las recomendaciones de Filón, pues creían que sus palabras respondían no a la salvación común, sino, ante todo, a intereses privados y a su seguridad personal. Discutieron la situación bajo esta impre-
7 sión, que era totalmente equivocada. Plenamente conscientes de sus fechorías, los reunidos jamás pudieron
8 pensar que los romanos les perdonaran. Ni tan siquiera les vino a la cabeza la idea de sufrir con aguante lo que fuera necesario por la salvación común, por el Estado, lo que hubiera sido propio de hombres deseo-
9 sos de gloria, que se decían adalides de Grecia. ¿Pero cómo podía venirles este pensamiento a tales hombres? Pues los que deliberaban eran Dieo y Damócrito[77],

---

[72] Para completar el tiempo que le restaba al difunto Critolao.

[73] Una acusación plausible, dadas las relaciones de Andrónidas con Calícrates, cf. XXX 29, 2.

[74] Para apoyar la causa romana. Pero de este Filón no se sabe nada.

[75] Cf. XXVIII 6, 2.

[76] No eran los miembros del consejo de la liga aquea, sino los citados en los §§ 9-10.

[77] General en los años 149/148 a. C. Había sido exiliado por

quien había alcanzado licencia de regresar por la confusión reinante, y con ellos Alcámenes, Teodectes y
Arquícrates. En otra parte se ha expuesto prolijamen- 10
te de quiénes se trata, el carácter de cada uno, sus actitudes y sus biografías[78].

Eran éstos los que celebraban el consejo y las de- **18**
cisiones encajaron con tales personajes. Metieron in- 2
mediatamente en la cárcel no sólo a Andrónidas y a Lagio, sino también al comandante[79] Sosícrates; a éste le imputaban haber presidido la sesión previa y haber apoyado la resolución de enviar legados a Cecilio, y,
en suma, ser el responsable de todos los males. Al 3
día siguiente nombraron un tribunal[80] contra Sosícrates y le condenaron a muerte. Le ataron y le torturaron hasta que expiró; él no confesó nada de lo que
esperaban. Lagio, Andrónidas y Arquipo salieron ab- 4
sueltos, en parte porque el pueblo se había puesto en guardia ante la ilegalidad cometida con Sosícrates, y en parte porque Dieo había recibido un talento de
Andrónidas y de Arquipo, cuarenta minas. Ni aun 5
estando en el mismo surco[81], como vulgarmente se dice, el citado Dieo lograba reprimir su desvergüenza
y su locura por lo que se refiere al dinero. Poco antes 6
había hecho lo mismo con Filino de Corinto: le acusó de haber enviado legados a Menálcidas y de ser partidario de los romanos, por lo que le mandó azotar y

---

sospechas de connivencia con el enemigo, pero ahora los aqueos lo llamaron y lo pusieron al frente de sus tropas.

[78] El epitomador no nos ha conservado estas noticias de Polibio.

[79] La palabra correspondiente griega *(hypostrátēgos)* designa a un militar de rango intermedio, cf. IV 59, 2; V 94, 1.

[80] Cf. II 37, 10-11, sobre los jueces en el Peloponeso.

[81] Cf. WUNDERER, *Sprichwörter...*, pág. 36: este refrán se refiere al momento de la decisión, especialmente en un peligro grave contra la vida. Platón tiene una expresión similar en el *Crátilo:* «soltar sobre el surco», pero el sentido no es el mismo.

torturar, junto con sus hijos, y no cesó hasta matar-
7 los a todos de esta manera. Si su delirio y su desgobierno eran tales que no se encontrarían fácilmente ni aun entre los bárbaros, lo lógico, evidentemente, es preguntarse cómo no perecieron sin remisión todos
8 los aqueos. Yo podría exponer mi opinión de que una fortuna hábil y maliciosa contrapesó la necedad y la locura de los gobernantes. Fomentada por todas partes y en todo por la incompetencia de ellos, quería salvar a cualquier precio a los aqueos y, a fuer de pú-
9 gil valeroso[82], hizo lo único que podía. Lo cual consistía en derrumbar y hacer fracasar totalmente a los
10 griegos. Y lo hizo. De ahí se derivó que el furor y la cólera de los romanos no siguiera ardiendo, que no acudieran a Acaya las legiones de África y que los gobernantes, cuya índole he descrito, no alegaran la derrota para exhibir su impiedad frente a sus paisanos.
11 Lo que, siguiendo su inclinación natural, hubieran hecho a éstos si hubieran podido escudarse en una derro-
12 ta, probablemente es fácil inducirlo de lo dicho. En aquella ocasión corría en boca de todos el refrán: «Si no hubiéramos sucumbido rápidamente, no nos hubiéramos salvado»[83].

19a *Caída de Cartago*[84]

Al general le urgía experimentar todos los casos de la suerte en medio de las derrotas que se infligían mutuamente. Protegido por unos cilindros y cubierto contra los tiros de las flechas por escudos muy gruesos, llegó de un ágil salto, acompañado de hombres muy dispuestos, cerca de una puerta enemiga forrada

---

[82] Para el símil, cf. XXIX 8, 9.

[83] Es un refrán del que existen diversas variantes, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.; WUNDERER, *Sprichwörter*..., dice que esta redacción del refrán es, probablemente, personal de Polibio.

[84] El texto del cap. 19a no es de Polibio, sino del autor latino Amiano Marcelino, que, aquí, da muy probablemente la traducción latina de un texto polibiano.

por una gruesa plancha de hierro. Y, aunque lo agobiaran piedras, proyectiles y otras armas, con riesgo de su vida, increpaba a grandes voces a los que se preparaban para hacer saltar las jambas de las puertas, diciéndoles que practicaran una abertura; no se retiró hasta que vio que ya lo iba a cubrir la mole de armamento que le caía encima. Se retiró con todos los suyos; algunos iban heridos levemente, y él caminaba ileso; un fuerte rubor les cubría. Pues había leído que Escipión Emiliano, junto con el historiador Polibio de Megalópolis, arcadio, acompañados de treinta soldados, habían socavado una puerta de Cartago con ímpetu semejante. La confianza que nos merecen los autores antiguos garantiza la proeza reciente. Pues Escipión Emiliano, protegido por un caparazón de piedra, llegó a situarse bajo la puerta, y allí, seguro y oculto, mientras el enemigo ponía al descubierto enormes pedruscos, penetró en la ciudad desguarnecida. Pero Juliano[85] llegó a un lugar abierto, del que se retiró vergonzosamente, expulsado por proyectiles, mientras bloques de piedra del monte oscurecían el cielo.

Escipión[86] llegó a la muralla; los cartagineses se defendían **19**
desde la ciudadela[87]. El general romano descubrió que la profundidad del mar que les separaba no era muy grande, y Polibio le aconsejó que esparciera por allí garfios de hierro o bien que cubriera el vado con tablas erizadas de clavos, para que el enemigo no lograra flanquearlo para atacar la trinchera romana. Pero Escipión replicó que era ridículo que, si ya habían conquistado las murallas y se encontraban en el recinto de la ciudad, se comportaran de modo que esquivaran la lucha contra el enemigo. (PLUTARCO, *Apophthégmata* 200.)

---

[85] Se trata del emperador Juliano el Apóstata y la referencia es a un ataque a la ciudad de Pirisabora, en Babilonia.

[86] La campaña de Escipión del año 147 a. C. se explicaba en el libro XXXVII, del cual no ha quedado nada. Sin embargo, el incidente narrado aquí parece pertenecer al otoño del 147 a. C.

[87] Aquí el sentido es oscuro, pues parece que la ciudadela de Cartago no estaba cerca del campo de operaciones; quizás la referencia sea a unos montículos de tierra que podían estar delante de la muralla.

20 Asdrúbal, el general cartaginés, se presentó como suplicante y abrazó las rodillas de Escipión. El general, mirando a los presentes, exclamó: «Ved la fortuna, hombres[88], cuán hábil es para ofrecer un escar-
2 miento a los mortales más desconsiderados. Éste es Asdrúbal, el que, hace poco, rechazando nuestros muchos y amistosos ofrecimientos, decía que el sudario más hermoso es la patria envuelta en llamas voraces; vedlo con estas ínfulas, pidiéndome por su vida, con
3 todas sus esperanzas depositadas en mí. Si nos lo ponemos ante la vista, ¿no vamos a entender que, por el hecho de ser hombres, no debemos ni hablar ni
4 obrar soberbiamente?[89]». Algunos desertores avanzaron hasta el borde del templo y pidieron a los que peleaban
5 en primera línea que retrocedieran un momento. El general romano ordenó a los suyos que se detuvieran,
6 y los desertores empezaron a insultar a Asdrúbal: unos le llamaban perjuro, ya que con frecuencia les juraba, tocando las víctimas, que no les abandonaría, otros le
7 motejaban de cobarde por su pusilanimidad y lo hacían con abucheos, con lenguaje hostil y maldiciente.

8 En aquel momento la esposa de Asdrúbal lo vio sentado al lado del general romano. Avanzó desde el grupo de desertores, ataviada con espléndida liberalidad, llevando a los hijos cogidos de la mano; éstos
9 vestían túnicas y sus propios ropajes. Primero llamó a Asdrúbal por su nombre, y éste se calló, con los ojos clavados en el suelo. Ella, entonces, invocó a los dioses y dio muchas gracias al general porque los
10 había salvado, a ella y a los hijos[90]. Y, tras un breve

---

[88] Aquí Escipión seguía el ejemplo de su padre Emilio Paulo, cuando Perseo se rindió después de Pidna, cf. XXIX 20, 1-4.

[89] La misma idea, en II 4, 5; cf. también VIII 21, 11 (sobre Aqueo).

[90] A partir de aquí el texto presenta una corrupción creciente que culmina en la gran laguna del final del capítulo;

silencio, preguntó a Asdrúbal cómo la había abandonado sin decirle nada, para procurarse él solo la salvación de parte del general, cómo había desamparado desvergonzadamente a los ciudadanos confiados a él en tal situación y se había pasado al enemigo, cómo 11
ahora se atrevía a sentarse, empuñando ramos de olivo, desentendiéndose de aquellos a los que [juró] muchas veces que no llegaría un día en que el sol viera a Asdrúbal vivo y a la patria hecha pavesas por el fuego; sin embargo *** [91].

*** y esto se dice en el poeta [92]. Se volvió hacia mí, 21
me cogió de la mano diestra, y exclamó: «Un momento glorioso, Polibio, pero no sé por qué temo y presiento que llegue la ocasión en que otro dé la misma orden contra nuestra patria» [93]. Sería difícil encontrar 2
una declaración más sensata o más digna de un estadista. En efecto, el hecho de pensar, en medio de gran- 3
des éxitos y de la ruina del enemigo, en los problemas del propio país y en un posible vuelco de la situación, no olvidarse, en suma, de la fortuna en medio del triunfo, es propio de un hombre grande y cabal, digno de ser recordado.

Las lágrimas Escipión [94]

Escipión contemplaba la ciudad 22
muerta definitivamente, sumida en una destrucción total. Y entonces, cuentan, lloró y compadeció sin rebozo al enemigo. Luego se 2

---

la traducción sigue el texto de Büttner-Wobst. Con todo, consúltese su edición crítica en este lugar del texto griego.

[91] El texto griego presenta aquí una laguna de unas quince líneas, de las que ya es imposible rehacer el sentido.

[92] Seguramente, en la parte final de la gran laguna citada, habría algún verso de Homero que aludiría a la ruina de Troya.

[93] Escipión teme una venganza del destino: ante las ruinas de Cartago teme que llegue un día en que Roma sufra lo mismo. Quizás Polibio quiera extraer una moral de esta hora suprema.

[94] El texto de este último capítulo no es de Polibio, sino de

sumió en un mar de meditaciones y vio que la divinidad fomenta el cambio en ciudades, pueblos e imperios, igual que lo provoca en los hombres. Pues lo experimentó Ilión, ciudad feliz en otro tiempo, lo sufrió el imperio de los asirios, el de los medos y los persas, que en tiempos había sido formidable, e incluso Macedonia, cuyo esplendor era aún reciente. Y explican que entonces, ya porque se le escapara, ya de manera plenamente consciente, recitó estos versos:

Llegará un día en que la sagrada Ilión haya perecido,
y Príamo, y el pueblo de Príamo, el óptimo lancero[95].

3 Polibio le preguntó con franqueza, porque había sido su maestro[96], a qué aludía con aquellas palabras. Y Escipión contestó, sin ocultarlo, que se había referido claramente a Roma, su patria, pues temía por ella cuando consideraba los avatares humanos. Y Polibio, al oírlo, lo consignó por escrito. (APIANO, *Púnica* 132.)

APIANO, 132, pero la fuente es, indudablemente, la narración polibiana.

[95] Famosísimos versos de Homero, que salen dos veces en la *Ilíada*, IV 164-5 y VI 448-9.

[96] Cf. XXXI 24.

LIBRO XXXIX

(FRAGMENTOS)

Aulo Postumio Albino

Aulo Postumio[1] fue un hombre que mereció ser recordado por lo que sigue: de familia y de linaje nobles, fue, con todo, notablemente chistoso, locuaz y petulante[2]. Desde su infancia, la cultura y la lengua griegas le apasionaron; en ello fue tan desmedido, que, por culpa suya, la admiración por Grecia fue algo molesto para los notables romanos que contaban ya alguna edad. Llegó a componer un poema y emprendió la redacción de una historia pragmática, en el prólogo de la cual pedía comprensión a sus lectores si, por el hecho de ser romano, no dominaba a la perfección la lengua

1 Aulo Postumio fue un hombre que mereció ser recordado
2 por lo que sigue: de familia y de linaje nobles, fue,
3 Desde su infancia, la cultura y la lengua griegas le
4 Llegó a componer un poema y emprendió la redacción

[1] Aulo Postumio Albino participó en una embajada dirigida a Perseo en Samotracia, fue pretor urbano en el año 155 a. C. y se declaró contrario a los aqueos, con lo que se ganó la enemiga de Polibio. En el año 151 fue cónsul en España y en el 146 culminó su dedicación política con una misión diplomática en Grecia. En cambio, su creación literaria parece haber sido insignificante. Cf. H. BARDON, *La litterature latine inconnue*, París, 1952, I, pág. 72.

[2] Polibio dice lo mismo del gramático Isócrates (XXXII 2, 5), pero piensa que la locuacidad es cosa de mujeres (XXXI 26, 10).

5 griega y el método de tratar el tema[3]. Parece que Mar-
co Porcio Catón[4] le replicó ingeniosamente, preguntán-
dole qué razón le impulsaba a semejante petición.
6 Pues, si le hubiera ordenado redactar una historia el
consejo de los anfictiones, sin duda hubiera encajado
7 hacer este ruego y ofrecer excusas, pero, si se ponía a
escribir voluntariamente, no había ninguna necesidad
de pedir indulgencia para sus barbarismos; hacerlo
era sumamente ridículo y tan inútil como si uno que
se hubiera inscrito en los torneos deportivos de pugi-
8 lismo o del pancracio, una vez llegado al estadio, cuan-
do le tocara competir, pidiera comprensión al público
9 si no era capaz de sostener la fatiga o los golpes. Era
claro y natural que un hombre así fuera objeto de
rechifla y que llevara en el acto su merecido, algo
que debería pasar también a tales historiadores, para
10 que no profanaran la naturaleza de la historia. Este
Aulo Postumio, durante su vida, emuló los peores de-
fectos de los griegos: fue amigo de los placeres y ene-
11 migo de las penalidades. Cosa evidenciada por las cir-
cunstancias de entonces[5], pues fue el primero en lle-
gar a las regiones de Grecia, pero, cuando se iba a li-
brar la batalla en la Fócide[6], pretextó una anemia y se
retiró a Tebas para no verse obligado a entrar en com-
12 bate. Concluido el choque, fue el primero que comu-

[3] Esto parece haber sido un lugar común de algunos no griegos que redactaron sus escritos en griego; cf. E. Norden, *Die antike Kunstprosa*, Leipzig, 1915 (reproducción fototípica, Stuttgart, 1958), I, págs. 363 y sigs.

[4] Acerca de lo que pensaba Polibio de Catón, cf. XIX 1, 1; XXXI 25, 5. Era del dominio común que a este Catón le disgustaba el que la historia de Roma se redactara en griego.

[5] Se refiere a lo relatado en XVIII 13, 7.

[6] Se dio en Queronea, donde Metelo derrotó a Dieo que mandaba un contingente arcadio; fue en el año 146 a. C.

nicó el éxito al senado romano, y lo explicó todo con detalle, como si hubiera luchado allí personalmente.

La destrucción de Corinto[7]

Polibio lamenta lo ocurrido en la 2
toma de Corinto, y explica el desprecio de la soldadesca hacia las obras de arte y los exvotos.
Dice que vio personalmente los cuadros 2
tirados por los suelos y a los soldados jugando a los dados encima de ellos[8]. Cita el cuadro de Arístides[9] representando a Dioniso, pintura de la que algunos dicen que se originó el dicho: «nada como Dioniso», y el que representaba a Heracles torturado por la túnica que le regalara Deyanira. (ESTRABÓN, VIII 6, 28.)

Las estatuas de Filopemén[10]

Debido a la simpatía que el pueblo 3
sentía por Filopemén, no derribaron las estatuas que tenía en algunas ciudades[11]. Así que me parece que cada acto genuino de virtud infunde un interés indeleble en todos los receptores del beneficio.

De ahí la justeza del dicho: «Ha sido engañado no en la 2
puerta, como se dice, sino en la calle[12].»

---

[7] Tuvo lugar en el año 146 a. C. y fue tan total, que aun ahora todo lo que se puede visitar en Corinto son ruinas romanas; sólo queda algún pequeño resto de la ciudad anterior genuinamente griega.

[8] LEHMANN, «Polybios und die Gleichgewicht der Mächte», en *Polybe. Neuf exposées...*, pág. 203, dice que aquí Polibio introduce un elemento patético, pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., lo niega, en cuyo caso se acepta el comportamiento bárbaro de los soldados romanos.

[9] Arístides, hijo y discípulo de Nicómaco, fue un famoso pintor tebano.

[10] Lo que poseemos de Polibio, aproximadamente una cuarta parte de su obra, casi se cierra con este personaje, central en la visión y en el aprecio polibiano.

[11] Es decir, las autoridades de las ciudades aqueas no permitieron que, tras la ruina de Corinto, se derribaran las citadas estatuas.

[12] Es decir, ha sido engañado antes. El refrán se aplica a los que han sido engañados por su ingenuidad. Según WUNDERER,

3 Sus estatuas eran numerosas y grandes las honras que las ciudades le habían votado. Con motivo del desastre de Corinto, un ciudadano romano empezó a derribar todas las estatuas de Filopemén que había en Grecia, asegurando que en vida había sido un enemigo perverso de los romanos. Pero Polibio tomó la palabra y contradijo a este sicofante; ni Mummio ni los legados toleraron más que se suprimieran los honores de aquel hombre famoso.

4 (Polibio) empezó a enseñarles con muchos argumentos que concuerdan con lo que al principio dijimos[13] de este hombre.
5 Ello fue que Filopemén tuvo con frecuencia sus diferencias con los romanos, pero sólo acerca de sus órdenes; se oponía a ellas para aleccionarlos y convencerlos en lo que tenían de discuti-
6 ble. Y en ello no obró nunca el azar. Una prueba de su verdadera actitud, afirmó Polibio, la ofreció Filopemén en las guerras contra Antíoco y contra Filipo[14], en las que les hizo un servicio
7 que fue como una prueba de fuego[15]: por aquel entonces gozaba de la máxima influencia entre los griegos, tanto por su autoridad entre los aqueos como porque éstos eran entonces muy
8 amigos de los romanos. Pues bien: Filopemén dio soporte al decreto de la liga aquea de hacer la guerra desde su país contra Antíoco y los etolios ya cuatro meses antes del desembarco romano[16]; prácticamente todos los griegos se habían vuelto con-
9 tra Roma. Al oírlo, los diez legados romanos aprobaron la actitud de su interlocutor y se avinieron a que continuaran vigentes
10 las honras a Filopemén decretadas en cada ciudad. Acogiéndose

Sprichwörter..., el refrán debió de aplicarse aquí a Mummio, que despojó a Corinto de sus obras de arte, pero que en su venta debió de ser engañado por los compradores griegos; el dicho parece proceder de la comedia.

[13] El lugar de referencia se ha perdido.

[14] Cf. XXIV 11, 3; 13, 9.

[15] La metáfora se usa aludiendo a la comprobación de la moneda. Seguramente por error de omisión, «una prueba de fuego» no viene en la traducción latina de Schweighäuser, aunque textualmente la frase correspondiente griega no es absolutamente segura. Cf. alguna edición crítica del texto griego y, además, WALBANK, *Commentary*, ad loc.

[16] En Apolonia, en Iliria; la flota romana había zarpado de Bríndisi al mando de Marco Acilio Glabrio.

a esta concesión, Polibio pidió al general romano la devolución de las estatuas que habían sido transferidas del Peloponeso a Acarnania, me refiero a las de Aqueo, Arato y Filopemén. Y el 11
pueblo[17], admirado por su actitud, erigió a Polibio una estatua pétrea. (PLUTARCO, *Filopemén* 21.)

La venta de las propiedades de Dieo[18]

Después de la reorganización 4
que los diez llevaron a cabo en Acaya, éstos ordenaron al cuestor encargado de la venta de las propiedades de Dieo[19] que permitiera a Polibio escoger lo que más le agradara de aquella herencia; ellos debían separarlo y entregárselo gratuitamente; el resto debía ser vendido a los licitadores. Pero Polibio distó tanto de aceptar 2
allí alguna cosa, que exigió de sus amigos que no se prendaran de nada de lo que vendía el cuestor. Pues 3
éste recorría las ciudades y subastaba las propiedades que habían pertenecido a Dieo y a los conjurados con él y que habían sido condenados, aunque no las de aquellos que tenían mujer e hijos. Pero no todos ob- 4
servaron la petición de Polibio: los que la atendieron obtuvieron la máxima gloria entre sus conciudadanos.

Los diez comisionados romanos efectuaron estas re- 5
formas en unos seis meses y, a principios de la primavera[20], zarparon de regreso a Italia; habían dejado a todos los griegos un hermoso ejemplo de la actitud romana. Al irse autorizaron a Polibio para que reco- 2
rriera las ciudades y dirimiera las disputas entre los ciudadanos, hasta que en todas partes la población se

[17] «El pueblo», aquí, es una expresión extraña; no se ve claro a qué se refiere Plutarco.

[18] Cf. la nota 6. La referencia es al año 145 a. C. Cf. XXXVIII 10, 8.

[19] En una subasta.

[20] Cf. XIV 2, 1. La frase parece referirse a marzo o a abril del año 145 a. C.

3 habituara a la constitución y a las leyes. Y, al cabo de un tiempo, Polibio logró que la población se sintiera satisfecha con la constitución otorgada y que, en ningún aspecto, hubiera dificultades ni privadas ni públicas
4 surgidas de las leyes. Y las gentes[21], que ya desde el principio aceptaron y honraron a este hombre, en el último período de su vida le alabaron la gestión y lo distinguieron de todos los modos posibles con las máximas honras en todas las ciudades, tanto en vida como
5 tras su óbito. Y pensaban hacerlo con razón, pues si Polibio no hubiera trabajado en ello y no hubiera redactado las leyes que gobernaran la jurisdicción pública, todo habría quedado confuso y lleno de grandes
6 enredos. De modo que hay que considerar esto como el máximo logro entre los ya citados que obtuvo Polibio.

Honores tributados a Lucio Mummio

6 Tras celebrarse la asamblea general en Acaya, el general romano[22] restauró el recinto de los juegos ístmicos y, además, adornó los templos de Delfos y de Olimpia; se puso a recorrer las ciudades aqueas y, en todas ellas, fue objeto de honores y del debido
2 reconocimiento. Y estos honores se le tributaban merecidamente, tanto por ciudadanos privadamente como
3 por las ciudades. En efecto: su conducta fue la de un hombre íntegro y honesto que trató todos los asuntos con delicadeza, a pesar de poseer, en Grecia, gran po-
4 der y de haber tenido muchas oportunidades. Allí donde dio la impresión de no hacer lo más conveniente, nos parece evidente que no obró por propio impulso,

---

[21] Los estudiosos opinan, unánimemente, que los §§ 4-6 de este capítulo no responden a Polibio, sino al primer editor póstumo de sus obras.

[22] Lucio Mummio destruyó Corinto, parece, por una ofensa que los corintios infirieron al honor romano, pero su actitud más general para con los griegos fue generosa y benévola.

sino movido por sus amigos[23]. Esto se ve clarísimo en 5
el caso de la caballería calcídica[24], a la que aniquiló.

Muerte de Ptolomeo VI Filométor: su carácter

Ptolomeo, el rey de Siria, mu- 7
rió de las heridas recibidas en la
guerra[25]; según unos, es digno de 2
recuerdo y de grandes elogios,
según otros, merece lo contrario.
De hecho, fue hombre tan pacífico y noble como el que 3
más de los reyes anteriores. He aquí las pruebas má- 4
ximas de ello: en primer lugar, no hizo matar a nin-
guno de sus amigos por una acusación formulada con-
tra ellos, y no creo que otros alejandrinos murieran por
orden suya; además, cuando pareció que su hermano 5
lo desbancaría del imperio[26], primero logró aprehen-
derlo en Alejandría y se limitó a hacerle reconocer su
delito. Y, cuando su hermano volvió a las andadas y 6
conspiró en Chipre[27], logró cazarlo por segunda vez en
Lapeto[28], pero distó tanto de castigarle como a un
enemigo, que le asignó otros dones, añadidos a los que
ya le correspondían por los pactos suscritos[29], y pro-
metió concederle a su hija[30] en matrimonio. Sin em- 7

[23] Polibio explica de la misma manera los crímenes de Filipo V, cf. XIII 4, 1-5. Véase también IV 8, 1-12.

[24] Para la enemistad entre Calcis y Roma, cf. XXXVIII 3, 8.

[25] Para Ptolomeo VI Filométor, cf. XXVII 13, 2. Este Ptolomeo se aprovecha de las discordias civiles en Siria (entre Demetrio II y Alejandro Balas) y pretende adueñarse del país. Vence a Alejandro (1*Mac* 11, 8), pero recibe tales heridas en la batalla, que muere al cabo de tres días. El libro bíblico no especifica el lugar de la batalla, pero sabemos que fue en Enopara, no lejos de la actual Nahr Afrin, en el N. de Egipto.

[26] En el año 164 a. C.

[27] En octubre del 162 a. C. Cf. XXXI 10, 3-10.

[28] En la costa de Chipre.

[29] Cf. XXXI 2, 14.

[30] Evidentemente, su hija mayor, Cleopatra Tea, que Ptolomeo hubo de su matrimonio con Cleopatra II, hermana y esposa suya.

bargo, cuando las cosas le marchaban bien y prósperamente su espíritu desfallecía, y una indolencia y un desenfreno típicamente egipcios se apoderaban de él. Cuando se encontraba en tal estado de ánimo fue cuando sufrió los descalabros.

Del epílogo[31]

8 Dice Polibio al final de su obra: habiendo cumplido esta misión, volvimos a casa, abandonando la urbe; así coronamos nuestra actividad política anterior, que mereció un trato de favor por las buenas disposiciones hacia
2 Roma. Por ello agradecemos a todos los dioses que nos permitan vivir de tal forma el resto de nuestra vida, y en estas condiciones, pues somos conscientes de que la Fortuna es muy capaz de envidiar a los hombres; emplea su fuerza precisamente en aquellos casos en que la vida de alguien parece más feliz y más plena de éxito.

3 Pues de esta suerte transcurrió mi vida. Pero ahora alcanzamos el final de la obra y deseamos recordar el esquema inicial que trazamos al proyectar la *Historia*, resumir luego toda la exposición haciendo encajar el principio y el final, y todos los temas particula-
4 res entre sí. Explicamos al principio el propósito de comenzar los libros introductorios en el punto en que
5 Timeo concluye su obra[32]. Primero daríamos una visión sumaria de los hechos de Italia, Sicilia y África,

[31] Polibio distribuyó su obra en cuarenta libros, pero en el estado actual del texto no queda nada del último libro polibiano. Por criterios de lengua, referidos al texto griego, y porque el contenido de este capítulo octavo no se ajusta a los propósitos polibianos, expresados principalmente en III 4-5, LEHMANN, «Polybios und die griechische Geschichtsschreibung», en *Polybe. Neuf exposées...*, pág. 205, y WALBANK, *Commentary*, ad loc., creen que este epílogo no responde a la mano de Polibio, sino a la del primer editor póstumo del texto griego.

[32] Cf. I 5, 1-5.

únicos temas tocados por Timeo en su libro, y anunciamos que, al llegar a la época en que Aníbal mandó las fuerzas cartaginesas[33], en que Demetrio, el hijo de Filipo, sucedió a éste en el trono de Macedonia[34], en que Cleómenes de Esparta fue desterrado de Grecia[35], cuando Antíoco heredó el reino de Siria[36] y Ptolomeo, el llamado Filopátor, el de Egipto[37], 6 aquí estableceríamos un segundo punto de arranque, desde el cual trataríamos la historia universal dividiéndola por olimpíadas y éstas, por años; trataríamos paralelamente los hechos históricos[38] hasta la caída de Cartago[39] y la guerra que romanos y aqueos sostuvieron por el Istmo, concluyendo con la exposición de la restauración del orden antiguo en Grecia. 7 Y afirmamos que de todo ello surgiría lo más hermoso y, a la par, más útil para los estudiosos[40], llegar a saber cómo y por qué clase de constitución[41] casi todo el mundo se vio sometido y cayó bajo el Imperio de los romanos, lo cual no se encuentra que haya sucedido antes. 8 Hemos cumplido ya todos estos propósitos; lo único que queda es indicar los períodos incluidos en la *Historia* y la organización numérica del conjunto de la obra[42].

[33] En el año 221 a. C., cf. II 36.

[34] Cf. II 70, 8; la fecha es el año 221.

[35] Cf. III 3, 2, 3. La fecha es junio del 222 a. C.

[36] Cf. II 71, 4. Estamos a finales del verano del 223 a. C.

[37] Cf. II 65-69; febrero del 221 a. C.

[38] Cf. XII 28, 9; III 32, 5.

[39] En el año 146, el mismo de la destrucción de Corinto por los romanos.

[40] Cf. I 4, 4.

[41] Cf. I 1, 5.

[42] El libro XL, perdido, debía contener los resúmenes y los índices de la obra entera.

ÍNDICE ONOMÁSTICO [1]

[1] Las cifras romanas indican el libro. Las cifras arábigas que siguen inmediatamente a las romanas o a un punto y coma indican el capítulo del libro en cuestión. Y las cifras siguientes separadas por comas, indican los parágrafos correspondientes dentro del capítulo.

ÍNDICE GENERAL